

Serie ESTUDIOS

José Antonio Pérez Rubio
Coordinador

Sociología y desarrollo.
El reto del desarrollo sostenible



MINISTERIO
DE AGRICULTURA, PESCA
Y ALIMENTACIÓN

SUBSECRETARÍA

SECRETARÍA GENERAL
TÉCNICA

Nº 166
V- 94468

SOCIOLOGÍA Y DESARROLLO. EL RETO DEL DESARROLLO SOSTENIBLE

**José Antonio Pérez Rubio
(Coordinador)**



MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN

SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
CENTRO DE PUBLICACIONES

Paseo de la Infanta Isabel, 1 - 28014 Madrid

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
Catalogación de la Biblioteca Central
SOCIOLOGÍA y desarrollo: el reto del desarrollo sostenible / José
Antonio Pérez Rubio, coordinador – Madrid: Ministerio de Agricultura,
Pesca y Alimentación, 2007. – 516 p.; gráf.: 22 cm. – (Estudios; 166)
.ISBN 978-84-491-0779-5

1. DESARROLLO SOSTENIBLE I. Pérez Rubio, José Antonio II.
España.

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación III. Estudios
(España. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación); 166
502.131.1

Fotografía de portada: Antonio Real Hurtado



MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN

Secretario General Técnico: Juan José Granado Martín. **Vicesecretario General Técnico:** José Abellán Gómez. **Director del Centro de Publicaciones:** Juan Carlos Palacios López. **Jefe del Servicio de Edición y Producción:** Juan José Martínez Fernández.
Coordinador: José Antonio Pérez Rubio.

Edita:

© Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación

Secretaría General Técnica
Centro de Publicaciones

Maquetación, Impresión y Encuadernación:

Artes Gráficas Gala, S.L.

NIPO: 251-07-103-2

ISBN: 978-84-491-0779-5

Depósito Legal: M-55947-2007

Catálogo General de publicaciones oficiales:

<http://060.es> (servicios en línea/oficina virtual/Publicaciones)

Distribución y venta:

Paseo de la Infanta Isabel, 1

Teléfono 91 347 55 51 - 91 347 55 41

Fax: 91 347 57 22

centropublicaciones@mapa.es

Tienda virtual: www.mapa.es

Datos técnicos: Formato 13x20 cm. Caja de texto: 10,2x16 cm. Composición: una columna. Tipografía: Times, cuerpo 10. Encuadernación: Rústica, cosido con hilo vegetal. Cubierta en cartulina gráfica de 300 g. Tintas: 1.

Coordinador:
José Antonio Pérez Rubio

A mi familia

Autores

Por oden de intervención:
José Antonio Pérez Rubio
Andrés Yurjevic Mashall
Blanca Muñoz
Eduardo Sevilla Guzmán
Tomás Rodríguez Villasante
Francisco Herreros Vázquez
Eduardo Moyano Estrada
Luis Camarero Rioja
Manuel Fernández González
Ernest García

ÍNDICE

Prefacio	7
1ª parte:	
Itinerarios de los análisis sobre desarrollo desde el punto de vista sociológico, desde el crecimiento a la sostenibilidad	11
1. El difícil camino de una disciplina con vocación	13
Introducción.....	15
1.1. La sociología frente a los retos del desarrollo.....	16
1.2. La incertidumbre del estatus de la “sociología del desarrollo” desde sus inicios	17
1.3. De la pretensión de interdependencia con otras ciencias sociales a la dependencia de la sociología en los estudios sobre el desarrollo.....	21
1.4. Hacia nuevos marcos de referencia de la sociología: medio ambiente y desarrollo.....	25
2. Las formas de análisis en las visiones económicas y sociológicas del desarrollo y del subdesarrollo	30
Introducción.....	30
2.1. Los aspectos sociales en los análisis económicos del desarrollo. Del equilibrio al desequilibrio en el desarrollo.....	37
2.1.1. Las teorías del equilibrio económico	38
2.1.2. Las etapas del crecimiento económico.....	42
2.1.3. El papel del empresariado en el desarrollo y la ruptura de “patterns” en las relaciones económicas	45
2.1.4. La variedad histórica de modelos de desarrollo	52
2.1.5. Las consecuencias del crecimiento desequilibrado ...	60
2.1.6. El dualismo estructural en los países subdesarrollados.....	65
2.2. Los enfoques sociológicos sobre las teorías de la modernización: modelos ideales, transculturización y factores psicológicos en el desarrollo	75
2.2.1. La difusión de las estructuras del desarrollo y el freno de las culturas receptoras. La tecnología y las instituciones.....	79

2.2.2.	La función del rol de la personalidad y de las élites en el desarrollo	88
2.2.3.	El planteamiento del continuum rural-urbano. Los modelos de comportamiento campesino como freno al progreso	106
2.3.	La dependencia y la transición al desarrollo.....	112
2.3.1.	El nacimiento de la dependencia y el privilegio de aspectos económicos	114
2.3.2.	La corriente estructuralista latinoamericana. La heterogeneidad estructural y el estatus de las relaciones sociales en la dependencia	119
2.3.3.	Dependencia, “colonialismo interno” y las relaciones sociales	128
2.3.4.	La dependencia y la importancia de los aspectos sociopolíticos	131
2.3.5.	El accionalismo y los movimientos sociales en la dependencia.....	138
2.4.	Las corrientes marxistas. El imperialismo y la dependencia ...	147
2.4.1.	El imperialismo desde el centro y desde la periferia ..	151
2.4.2.	La transición capitalista y las polémicas en torno a la definición de las formas de producción en los países subdesarrollados.....	161
3.	Hacia nuevos planteamientos en torno a la interrelación entre medio ambiente y desarrollo a finales del siglo XX. En busca de los actores en el desarrollo sostenible	177
3.1.	Planteamientos iniciales.....	178
3.2.	El ambientalismo y su definición por los movimientos sociales.....	188
3.3.	La “justicia ambiental” o ecologismo de los pobres. De la distribución intergeneracional a la distribución intrageneracional de los recursos	193
3.4.	La vertiente crítica de la agroecología y la justicia social....	196
3.5.	Una aproximación a la naturaleza del desarrollo sostenible.....	203
3.6.	Avatares del desarrollo sostenible en la “globalización”. Dominio de la perspectiva malthusiana y crítica del intercambio ecológico desigual	210
3.7.	Discurso de los actores en la escena del desarrollo sostenible ...	219

2ª parte:

Una muestra de las tendencias de los énfasis sociológicos respecto a la sostenibilidad 235

Introducción 237

Marco conceptual para un desarrollo humano y ecológico 247

I. Un desarrollo humano y ecológico 251

A. Génesis del concepto 251

B. El Desarrollo Humano y ecológico y las Actuales Corrientes de Pensamiento Económico 254

II. Hacia una conceptualización de un desarrollo humano y ecológico 263

La biosfera: primera armonía comprometida 264

El ser humano: segunda armonía comprometida 265

La lógica económica: una racionalidad cuestionable 267

Propuestas emergentes 268

Necesidades humanas 268

Innovación tecnológica 271

Contabilidad nacional 272

Externalidades 274

III. Hacia un desarrollo rural humano y agroecológico (DRHA)... 276

IV. Bibliografía 277

Las nuevas teorías del subdesarrollo: el paso de las teorías del subdesarrollo a los análisis contemporáneos de los estudios afroamericanos y neocoloniales 279

Introducción 281

Las primeras teorías sobre los “otros pueblos” 282

Sobre la definición del concepto de subdesarrollo: las teorías de las modernización y las teorías de la dependencia 289

La interpretación del subdesarrollo en la era posmoderna 306

Los Estudios Afroamericanos 308

Los análisis Neocoloniales 315

¿Es posible una conclusión?: del desarrollo sostenible a una nueva ética sobre el desarrollo racional 322

Las bases sociológicas de la agroecología y el desarrollo rural sustentable	325
1. Nota introductoria: sobre la naturaleza de la agroecología.....	327
2. Sobre los conceptos de desarrollo y desarrollo rural en el pensamiento científico convencional como precedente de la agropecuaria.....	335
3. Una interpretación agroecológica de las formas históricas de desarrollo rural-urbano	343
4. Una propuesta agroecológica de desarrollo rural a modo de conclusión	352
Referencias	359
Redes para mejor-vivir, más allá de los dilemas del desarrollo local	367
1. Los gritos de las periferias.....	369
2. Algunas contradicciones de fondo.....	373
3. Las redes que construyen alternativas	379
4. De los dilemas a los tetralemas	396
5. Metodologías participativas: pasos de un proceso.....	400
6. Bibliografía.....	403
Capital social y desarrollo económico	405
1. Introducción.....	407
2. ¿Qué es el capital social?	408
3. La evidencia: estudios empíricos sobre capital social y desarrollo económico	410
4. Los mecanismos	415
5. Conclusión.....	420
6. Referencias	421
Capital social y desarrollo en zonas rurales	425
Resumen	427
Abstract.....	427
Introducción	428
Breve aproximación al enfoque del capital social	430
La noción de “capital social” en los estudios sobre desarrollo	431
Un modelo-síntesis	436
Los procesos ascendentes (<i>Bottom-up</i>) de desarrollo	439
Los procesos descendentes (<i>Top-down</i>) de desarrollo.....	442
Conclusiones	445

Desarrollo y reestructuración rural: reflexiones acerca del desarrollo local de las áreas rurales	449
1. El surgimiento del modelo de desarrollo rural	453
2. La herencia de la reestructuración rural	456
3. Más allá de la reestructuración rural: la importancia de los elementos simbólicos, relaciones e instituciones en el desarrollo rural	459
4. La construcción sociopolítica del desarrollo rural	461
Los plurales agentes del desarrollo rural	463
De los recursos materiales a los contenidos cognitivos y pragmáticos	464
La creación de un marco normativo e identitario: entre el conflicto y el consenso	466
5. Lo rural como espacio representacional para la sociedad global ..	467
6. Las conexiones latentes entre significados y procesos. Ambigüedades de lo local	469
Bibliografía	474
Sobre algunos costes sociales y ecológicos de la alimentación actual ..	477
La producción, distribución y consumo de alimentos como hecho social universal	479
El punto de partida: el estado de la cuestión en la sociología de la alimentación	481
Un vistazo a los datos: los cambios más recientes en la dieta	482
El impacto ambiental de la dieta	484
Alimentación y acceso desigual a los recursos	486
Deslocalización/relocalización	490
Estrés crónico, mala comida y erosión del bienestar	491
Bibliografía	492
Notas	495
Referencias bibliográficas	498
Bibliografía	501

PREFACIO

De procedencias distintas o argumentos desde diferentes perspectivas, dentro del contexto de la “Sociología del Desarrollo”, este texto no deja de ser un híbrido. Son diferentes escritos sobre los problemas que han preocupado y preocupan a los sociólogos en relación con los cambios sociales, en especial los de las sociedades o países atrasados. El libro tiene una finalidad última y es la de tratar de contribuir a la consolidación del estatus de la “Sociología del Desarrollo” frente al dominio de otras ciencias sociales, tal es el caso de la Economía. Dado el carácter transversal del concepto de desarrollo, hemos tratado de bordear las fronteras de la Sociología incidiendo en los aspectos sociológicos incluidos en los planteamientos desde la Economía.

No es un libro donde se den recetas o protocolos para resolver los problemas, los contenidos intentan sugerir temas que fueron ya olvidados, que han quedado arrinconados e incluso marginados y otros de rabiosa actualidad en relación con la problemática del cambio social en las sociedades llamadas subdesarrolladas, atrasadas o dependientes. Esta recopilación puede ser de utilidad, pues sus aspiraciones consisten en la puesta en orden de las aportaciones realizadas a finales del siglo XX y principios de XXI sobre los diferentes planteamientos del desarrollo y más en concreto sobre el cambio de paradigma referido a la sostenibilidad.

Aunque el abanico de contenidos que proponemos proviene de investigaciones o de otros trabajos, todos están dentro de las fronteras de lo que se denomina “estudios sociológicos sobre el desarrollo”. Esperamos que el lector sea condescendiente con el sesgo que tratamos de imprimir al haber seleccionado estos textos, y también con las repeticiones y tautologías que pudieran derivarse de las puestas en situación en los diferentes artículos.

Este libro pretende interesar a quienes tengan curiosidad por conocer las maneras de “hacer” en el amplio campo de la “Sociología del Desarrollo”, tanto para estudiosos de la Sociología, la Antropología, la Economía como de la Ciencia Política; puede servir de ayuda en el empleo de políticas acordes con la consideración del capital social, las redes sociales o las visiones estructurales que necesitan los programas de desarrollo. Esta pretensión sirve para la práctica y el conocimiento de como se están articulando los proyectos de desarrollo y más específicamente en el caso del desarrollo rural. Consideramos que es necesario implantar guías o alumbramientos ante el imperialismo de las visiones economicistas y cuantitativistas donde los cuadros financieros predominan, y a los a que se atienen la mayoría de los estudios sobre las causas del atraso.

Muchos análisis, entre ellos los que se incluyen los artículos que publicamos, tienen una percepción propia de la orientación de los actores sociales o populares en el escenario de las transformaciones sociales de los países o regiones atrasadas. Actualmente, como afirma Peemans¹, no hay solo una visión idealista de grandes movimientos sociales que intentan conquistar el Estado, es la mejora de las condiciones de vida inmediatas a nivel local lo que se contempla como proyecto principal. Desde los años ochenta del siglo XX, J. Scott² ha contribuido a poner en valor la importancia de la distinción que se debe hacer entre “movimientos sociales” organizados y “resistencias populares”. Scott ha mostrado la permanencia de estas resistencias y la inmensidad del campo de la socialización que ella recubre, campo ocultado por los diferentes enfoques de la modernización de la historia social y política del norte y del sur. El estudio de las redes sociales en sus diversas manifestaciones, fundamento del estado del capital social, así como la instrumentalización de la producción intelectual agroecológica, forman parte del acervo de las nuevas tendencias que se decantan en la última década del siglo XX en torno al desafío de la globalización y las respuestas populares en los ámbitos locales.

Los escritos que presentamos en este libro no son los más importantes, pero sí son estratégicos para la explicación de los procesos de cambio con las sociedades rurales. No están todos los que debían estar, esto es evidente, pero no deja de ser una muestra representativa de las tendencias y de las aportaciones que los investigadores están realizando en el campo de la cultura sociológica a lo largo de estas últimas décadas en relación con el desarrollo. No se trata de reivindicar una especialización sociológica para los asuntos relacionados con las transformaciones en los procesos desarrollo, se trata de realizar una contribución a legitimar la “intromisión” de la sociología en campos que han sido acotados y a veces vedados por otras ciencias sociales.

La huella dejada por los autores de los capítulos corresponde al género de los abordajes modernos del fenómeno del desarrollo desde el campo

¹ Peemans, J.P. (2002): *Le développement des peuples face a la modernisation du monde. Les theories du développement face aux histories du développement “reel”*, Louvain – La Neuve – Belgique, Academia - Bruylant / L'Harmatton, p. 390

² Scott, J.C. (1997): *Resistance without protest and without organisation: Pesant Opposition to the Islamic Zakat and the Christian Tithes*, en *Comparative Studies in Society and History*, n° 29. También Scott, J.C. (1990): *Domination and the arts of resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press.

de la Sociología. No deja de ser una pincelada gruesa en este asunto, dado el arsenal bibliográfico disponible.

Todos los participantes se mostraron interesados y diligentes a la hora de la entrega de su tarea, fue quizás el coordinador, movido en un mar de dudas e incertidumbre, el que retrasó el proyecto. La confianza de aquellos en él fue un acicate para que saliera a la luz. Tanto Tomás Rodríguez Villasante, como Eduardo Sevilla Guzmán y Eduardo Moyano Estrada fueron los que confiaron en que desde la Universidad de Extremadura saliera este texto. Extremadura, un ejemplo de sociedad en proceso de cambio, y la Universidad de Extremadura que ha contribuido a que esta región proclamara su identidad y reivindicara su autonomía frente a la dependencia y el atraso secular.

José Antonio Pérez Rubio
Profesor de Sociología
de la Universidad de Extremadura

1ª PARTE:
ITINERARIOS DE LOS ANÁLISIS
SOBRE DESARROLLO DESDE EL
PUNTO DE VISTA SOCIOLÓGICO.
DESDE EL CRECIMIENTO
A LA SOSTENIBILIDAD

José Antonio Pérez Rubio

**EL DIFÍCIL CAMINO DE UNA DISCIPLINA
CON VOCACIÓN**

1. EL DIFÍCIL CAMINO DE UNA DISCIPLINA CON VOCACIÓN.

INTRODUCCIÓN.

El interés de la Sociología por tratar de lograr un espacio científico en el que encuentre su justificación ha sido una constante en la aspiración de esta ciencia. Sin embargo, en el caso del estudio de las dinámicas del desarrollo de los países atrasados, la Sociología a veces se ha implicado de forma ideológica defendiendo intereses que tergiversaban su característica más genuina: el ejercicio de la crítica como elemento básico de la construcción científica.

A primera vista, parecería que la Economía tendría más que decir respecto al fenómeno del desarrollo-subdesarrollo. Efectivamente, dada la gran divulgación de los enfoques del desarrollo desde el punto de vista económico, parecería que los economistas constituidos en monopolizadores del tema tratarían de atraer a los estudiosos e interesados en él a sus metodologías y campos analíticos. Hay que reconocer el gran impulso dado por los economistas a los estudios sobre el subdesarrollo, sobre todo aquellos que han contribuido a romper con las ataduras ideológicas que los análisis del equilibrio y las fases del desarrollo les imponían, promoviendo a través de su crítica nuevas formas más holísticas y más de acuerdo con la realidad de lo que es este fenómeno.

Más recientemente, ante la casi exclusividad de la ciencia económica en cuanto a la búsqueda de fórmulas y soluciones al subdesarrollo en general, algunos economistas se han visto forzados a valorar e integrar características o elementos relacionados con aspectos sociales y medioambientales, sobre todo, al manejar el arsenal conceptual del desarrollo sostenible. De ahí su reconocimiento de que las explicaciones que dan desde el campo de la teoría económica son insuficientes para profundizar en la verdadera naturaleza del atraso, cuando de lo que se trata es de una realidad multidisciplinar³. A lo largo de la historia de los estudios sobre el subdesarrollo, el sobrepeso de la visión económica ha lastrado el campo explicativo proclamando una explicación determinante de las causas. Algunos investigadores, como por ejemplo aquellos de la escuela neomarxista anglosajona, proponían un proyecto donde la economía y la sociología fueran íntimamente asociadas en virtud del argumento de que no existe excedente sin clase social, ni clase social sin excedente.

³ Pulido y Fontela (2004): Principios del desarrollo económico sostenible. Cuadernos del Foro de Pensamiento Actual, nº 2. Madrid, Fundación Iberdrola.

No obstante, no es nuestro objetivo el distinguir entre enfoques sociológicos y económicos del subdesarrollo tratando de delimitar unas fronteras verdaderamente difusas entre las dos disciplinas. La cuestión principal se plantea en torno a cuestiones metodológicas de las diferentes perspectivas del fenómeno, y, más que diferenciar entre enfoques sociológicos y económicos, trataremos de ver cómo dentro de estos enfoques existe una perspectiva “conservadora”, o más bien, inductora al orden social occidental, y otra “crítica” que propugna el cambio de dicho orden”, sobre todo desde el punto de vista del conflicto.

Por tanto, la opción por una perspectiva objetiva del subdesarrollo viene condicionada por la necesidad de rechazar el análisis de carácter exclusivista, tanto en el plano económico (donde el desarrollo principalmente es definido como un incremento per cápita o aumento del PNB) como a nivel sociológico (donde los aspectos caracteriales de las personas, así como la acción de los grupos o élites son definitivos a la hora del “arranque” hacia el desarrollo en las regiones y países atrasados).

En nuestro caso, se puede decir que la intencionalidad de los textos que presentamos está en situar los conocimientos sociológicos a un nivel equiparable al del resto de ciencias sociales (principalmente la economía y la antropología) y servir de referencia a las líneas programáticas de los proyectos de desarrollo desde un punto de vista crítico, para definir las estrategias del desarrollo a partir de los planteamientos del nuevo paradigma de la sostenibilidad.

Teniendo en cuenta lo anterior, este texto consagrado a los planteamientos sociológicos de desarrollo tiene también una doble misión. Por un lado, dar a conocer el protagonismo que adquieren las acciones y las construcciones sociales a partir de las transformaciones socioeconómicas en las sociedades llamadas subdesarrolladas. Por otro lado, se trata de realzar los planteamientos relacionados con la puesta en entredicho de las concepciones “clásicas” del desarrollo, la introducción del factor medioambiental como factor indispensable en los análisis sociológicos y las estrategias de los actores ante este cambio de paradigma.

1.1. La sociología frente a los retos del desarrollo

No han sido pocos los obstáculos que ha tenido y tiene la “sociología del desarrollo” para emerger como disciplina, dentro de la legitimidad que le otorga su voluntad de constituirse como especialidad en la explicación de las grandes transformaciones sociales que han definido la tran-

sición del siglo XX al XXI: en primer término, el proceso de descolonización y sus consecuencias, y posteriormente la aparición de las cuestiones medio ambientales y las demandas sociales asociadas, es decir, el proceso de construcción o, mejor dicho, de reconstrucción social de la naturaleza.

Respecto al primer tema, las discusiones sobre la existencia o no de un “status” de la “sociología del desarrollo” frente a otras ciencias sociales preocupadas por este fenómeno, principalmente la economía, han sido continuas durante la segunda mitad del siglo XX, sin llegar a una verdadera conclusión en cuanto a implementar un corpus teórico definido para los problemas que planteaban los países llamados subdesarrollados por unos, dependientes o periféricos por otros. En este sentido, estaba claro que los condicionamientos ideológicos que determinaban las diferentes visiones sobre el fenómeno afectaban a los planteamientos teóricos lo mismo que a su instrumentalización. Dada la complejidad de los temas y la prioridad concedida a la económica, la discusión se centró en lograr una definición del campo de la sociología a partir de la aceptación del concepto de multidisciplinariedad que debía tener el desarrollo de los países descolonizados.

En el segundo, es decir, los procesos sociales que provocan los problemas relacionados con el medio ambiente sobre todo en los países nacidos del proceso de descolonización se superponen a los procesos de desarrollo.

Si en el primer caso, el interés de la sociología era alcanzar una equiparación de status en cuanto a su definición de ciencia que aborda los problemas sociológicos del desarrollo frente a otras ciencias sociales y principalmente de la economía; en el segundo caso, a parte de esto, se enfrenta con la supremacía tecnocrática de las ciencias naturales en la mayor parte de las investigaciones sobre el medio ambiente que se reflejan en la mayoría de los programas de investigación ambiental, generalmente desprovistos de referencias culturales y de contextos históricos.

Con objeto de ver la reacción de la sociología ante los retos que le ha ido presentando el desarrollo, es necesario recurrir a los textos estratégicos que han delimitado las corrientes de pensamiento.

1.2. La incertidumbre del estatus de la “sociología del desarrollo” desde sus inicios.

En 1982, veinte años después de la “eclosión” de los estudios del desarrollo, como consecuencia del periodo del proceso de descoloniza-

ción, la *Revue Tiers Monde* en un número monográfico, bajo la dirección de Yves Goussault⁴, trataba de dar a conocer los interrogantes que se cernían sobre una disciplina de las ciencias sociales fuertemente subestimada por unos y combatida por otros. Se trataba en ese número de hacer un balance de los trabajos realizados hasta el momento en Francia, así como de evaluar los avances de sus fundamentos científicos y aplicaciones, con el objetivo de enseñar y recordar que la “sociología del desarrollo” estaba lejos todavía en ese momento de un reconocimiento científico e institucional a pesar de sus aportaciones.

A pesar de ello, Goussault manifestaba la voluntad de los autores que participaban en este número de hacer avanzar esta disciplina, aunque no escondían sus dudas en función de sus carencias⁵:

- Insuficiencia en la determinación de su campo de estudio.
- Insuficiencia en sus métodos y referencias teóricas.
- “Conyunturalidad” de una intervención todavía liada a una demanda ocasional e indecisa.
- Subestimación de sus aplicaciones, frecuentemente consideradas como de acompañamiento social a proyectos técnico- económicos.
- Falta de formación de sociólogos en la práctica, etc.

Afirmar la necesidad de esta disciplina eludiendo sus precariedades exigía un cuestionamiento objetivo de la situación de su desarrollo en ese momento, y una puesta al día de las apreciaciones sobre ella desde diversas perspectivas. Varias aproximaciones fueron propuestas ante la necesidad de contar con un status de “la sociología del desarrollo”:

- 1) Desde la perspectiva histórica. Se trata de estudiar las condiciones de emergencia de la “sociología del desarrollo” y las razones que llevaron a la realización de trabajos que se reagruparon bajo ese vocablo. En la coyuntura de los años 60 tanto las transformaciones políticas de la descolonización así como los movimientos revolucionarios, el privilegio del desarrollo económico a través de los fenómenos de la “industrialización” periférica de los años 60, el resultado del proceso de multinacionalización del capital, las reformas agrarias, etc., buscaban el incremento de la productividad y elevar las cotas del nivel de vida de los países descoloniza-

⁴ Goussault, Y. (1982): *Sociologie du developpement*, en *Reveu Tires Monde*, tomo XXIII, nº 90.

⁵ Goussault (1982): op. cit. p. 238 y ss.

dos. Todos estos fenómenos, como señala Goussault, favorecieron una demanda sociológica en asuntos relacionados con el desarrollo de esos países que, en el caso de América Latina, dieron lugar a diversas escuelas de pensamiento críticas con la sociología americana⁶.

- 2) Desde el propio campo de la actividad sociológica, al tener un carácter inductivo, a partir de las investigaciones y prácticas ligadas a los proyectos de desarrollo. Siguiendo a Goussault⁷, el carácter sociológico de los estudios empíricos sobre el desarrollo (ya sea en diversos campos: agrario y rural, urbano e industrial, éxodo y migraciones, educación, salud, etc.) dependerán de varios criterios: de la naturaleza social del problema estudiado (objeto), del método y las técnicas utilizadas (construcción sociológica del objeto), de las implicaciones teóricas del estudio o de las actividades en cuestión (conceptos), de la formación y cualificación de los investigadores o educadores (los sociólogos), de los apoyos institucionales que financian el trabajo (garantía científica o pedagógica). La crítica a este tipo de estudios sobre el desarrollo vendría dada porque muchos de ellos tendrían un carácter sociológico parcial y aproximativo, es decir, se necesitaba saber si aquellas investigaciones sólo tenían una aplicación social ligada a proyectos de desarrollo (realización y evaluación de programas) o si permitían una reflexión sociológica, ya fuera de base teórica propiamente dicha, ya fuera por la realización de un estudio sobre las transformaciones en las formaciones sociales: estructuración y movimientos sociales, relaciones sociales, conciencia social y política, ideologías, incluida la posición de los sociólogos concernidos en el campo del desarrollo.
- 3) Desde una perspectiva epistemológica, Goussault se planteaba si verdaderamente existe una “sociología del desarrollo” que dispusiera de un estatuto científico que le confiriera una singularidad reconocida en el seno de las ciencias sociales. En los trabajos presentados en este número monográfico de la *Revue Tiers Monde*,

⁶ “En América Latina nacieron diversas corrientes sociológicas específicamente en torno a la industrialización periférica y la dependencia donde se mezclan diversas escuelas de pensamiento: Crítica a la sociología parsoniana (Gunder Frank y la *Monthly Review*), la neomarxista” de los sociólogos dependencistas (Cardoso, Faletto, Quijano, etc.) y, prestamos de la teoría de las élites, del funcionalismo y de otras sociologías occidentales.

⁷ Goussault, Y. (1982) : Oú en est la sociologie du développement, en el mismo número de la *Revue Tiers Monde*, tomo XXIII, nº 90, p. 240.

Goussault destaca las cuestiones, a veces contradictorias, en cuanto al estatus de la “sociología del desarrollo” y que en cierta forma representaban las opciones relativas a dicha sociología.

Brevemente pueden resumirse así:

- La “sociología del desarrollo” sería el producto de un momento en la crisis de las ciencias sociales ante las cuestiones planteadas por el subdesarrollo. Sería la prueba a la que se somete el sociólogo confrontado a los “desafíos” del Tercer Mundo. Las innovaciones teóricas sobre la dependencia, las estructuraciones sociales anómicas, el poder y la ideología que, con las críticas al eurocentrismo y al neocolonialismo de las ciencias humanas, constituirían lo esencial de esta “interpelación sociológica”.
- Sería también una sociología periférica genuina, con sus corrientes teóricas y prácticas, dado que las condiciones históricas en las que se ha desarrollado son distintas en relación con el nacimiento de la sociología occidental. Así la especificidad de la “sociología del desarrollo” reposaría sobre las “leyes” propias del desarrollo periférico.
- La “sociología del desarrollo” sería una sociología de las grandes contradicciones y conflictos “en caliente”. De esta forma estaría ligada a los movimientos sociales en “efervescencia” cuyo objeto central sería la crisis de las sociedades. Esto explicaría que haya nacido en la coyuntura de la liberación de los pueblos del Tercer Mundo, y que encontrara aplicación en un terreno nuevo e inesperado de las sociedades industrializadas afectadas por la crisis. De esta manera se explicaría el papel jugado por sociólogos no profesionales (intelectuales orgánicos políticos y sindicales, periodista u otros) en una producción sociológica inmediatamente suscitada por el acontecimiento, ante la falta de sociólogos cualificados.
- La “sociología del desarrollo” sería una sociología de la intervención ligada a las intervenciones del capital y del Estado en diferentes sectores de las estructuras sociales. Por esa razón es una sociología de estrategias e intervenciones, no pudiendo disociarse de los movimientos y luchas que ellas provocan o a las que responden. Esta concepción de la sociología del desarrollo aclara ciertas constataciones sobre la importancia que se le da a las actividades aplicadas (acompañamiento de proyectos), a las metodologías de evaluación por los sociólogos parauniversitarios.

Estos eran los interrogantes que en aquel entonces se plantearon en el número monográfico de dicha revista en referencia a la posibilidad de

crear un cuerpo teórico en torno al desarrollo. Mientras tanto eso llega no se descarta la cuestión de una sociología pluralista debido a la heterogeneidad de sus campos, instituciones y actores; por ello no habría por tanto que hablar de una sociología del desarrollo, sino de “sociologías del desarrollo desigual”.

1.3. De la pretensión de interdependencia con otras ciencias sociales a la dependencia de la sociología en los estudios sobre el desarrollo

El texto de Jacques Lombard en el mismo número de *Revue Tiers Monde* pone de relieve que ante el fenómeno global del desarrollo se requiere una cooperación del conjunto de las ciencias sociales; así lo habían propuesto economistas como Freyssinet, geógrafos como Lacoste o politólogos como Apter y Mushi⁸. Sin embargo, según Lombard⁹, varias son las condiciones que han contribuido a la necesidad de interdependencia entre las ciencias sociales, al mismo tiempo que en muchos casos han colocado a la sociología en una situación de dependencia en particular de la economía. Las condiciones son a la vez históricas, políticas, metodológicas y prácticas:

– En el caso de las condiciones históricas desde un doble punto de vista: desde el punto de vista de la historia, la necesidad de desarrollo planteada por la descolonización después de los años 50 va a movilizar las investigaciones en torno a la explicación del subdesarrollo y en la búsqueda de factores de crecimiento. Tanto el historiador, el geógrafo, el sociólogo y el antropólogo van a orientar su reflexión a partir del campo económico y en función de una ideología común. Los temas de producción, acumulación, circulación, y en menor medida los relacionados con el consumo, están en el centro de las preocupaciones de estas disciplinas.

Desde el ángulo concreto de la sociología, independientemente de que se constituya como ciencia más tardíamente que la economía, no

⁸ M. Freyssinet J. (1996): *Le concept du sous-développement*, París, Mouton. Lacoste, Y. (1965): *Geographie du sous développement*, París, PUF. Apter, D. y S.S. Mushi (1972): *La science politique. Etude du développement*, in *Reveu Internationale de Science Sociales*, XXIV.

⁹ Lombard (1982: 246) pone de relieve las aportaciones de Foster-Carter, A. (1978): *Neomarxist approaches to development and underdevelopment*, en Kart and C. Williams (1978): *Sociology and Development*, Travistock Publ. 3º ed., p. 246 y ss.

llega a articular una reflexión específica y en profundidad del campo económico. Lombard nos señala como en un tratado de sociología de 1960, donde no figurara ningún sociólogo especialista en economía, consagraba un capítulo a los “problemas de sociología económica” elaborado por un economista. Por la misma época H. Lefevre¹⁰ intentaba definir la sociología dentro del complejo socioeconómico del desarrollo y concluía que si bien la sociología, en un sentido amplio, tenía por objeto el estudio del desarrollo social en su conjunto, sin embargo, reconocía que en un sentido más modesto debía ceñirse sólo a investigar las superestructuras, como haría el jurista o el historiador. Mientras tanto la economía, al contrario, iba dejando de lado la producción e iba adentrándose en el examen de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales (clases) en la producción, en aspectos de la división y organización del trabajo y también a las relaciones de propiedad. Lefevre concluía que la sociología se define por la economía más que por su objeto específico: las relaciones humanas. En este caso se trataba de quitar toda referencia al objeto sociológico, arrinconar la sociología en el estudio de la religión y el parentesco o limitarla al análisis de las relaciones psicosociológicas entre los grupos y las clases.

Esta dependencia, que ya existía antes del movimiento de reflexión sobre el desarrollo, se explicaba por la anticipación de la ciencia económica y por el monopolio que había adquirido sobre los fenómenos que implican la cuantificación.

– En el caso de las condiciones políticas, éstas favorecieron la desventaja por el simple hecho de que los que toman decisiones se dirigirían siempre hacia los economistas para hacer el diagnóstico de una situación y preparar el futuro de un país. La sociología ha tenido poca presencia en los lugares donde se planifica el crecimiento de las sociedades en vías de desarrollo. Como afirmaba Kad¹¹, citado por Lombard, los economistas del desarrollo han fabricado frecuentemente su propia explicación sociológica, no obstante, lo han logrado mejor que los sociólogos exceptuando el campo de los servicios sociales y las relaciones industriales.

Freyssinet subrayó la primacía de la economía en los estudios del subdesarrollo, hecho que se explicaría por la superioridad de los modelos

¹⁰ Lefevre, H. (1956): De l'explication en économie politique et en sociologie, Cahier Internationaux de Sociologie, XX.

¹¹ Kad and G. Williams (1978): Sociología y desarrollo, Trabistock Publ. 3^o ed. cap I. En Lombard (1982): op. cit. p. 249.

económicos, específicos, claros adaptables a los datos reales y comprobables en diferentes regiones del Tercer Mundo¹². Razón por la cual la política se había dirigido hacia la ciencia más capaz de comprobar estas preferencias y de prever sus implicaciones: la economía.

– Las condiciones metodológicas relacionadas con privilegio del factor determinante o explicativo del progreso. En este sentido la investigación sociológica siempre ha tenido un valor secundario frente a los planteamientos de la economía. Según Lombard¹³ la causa ha sido la influencia que han tenido en las teorías del desarrollo las concepciones marxistas que hicieron del concepto del modo de producción el factor explicativo y determinante del progreso, que se puede resumir en la fórmula: el desarrollo material determina la estructura social. La reacción en contra de la subordinación por parte de los sociólogos, se incrementa como continuación de los errores de la sociología americana a partir de los modelos del estructuro-funcionalismo, insuficientemente armados para construir un esquema coherente del cambio social. Al mismo tiempo que se desarrolla esa producción marcada por el etnocentrismo, aparece la respuesta de la escuela de la dependencia en contra de la justificación del desarrollo capitalista que caracterizaba a la sociología americana de la época. De esta forma esta escuela, a partir de la crítica de Gunder Frank, articulada a la interpretación de las relaciones centro-periferia quitaba peso a la teoría americana de la modernización e iba a fomentar una interpretación neomarxista que sin olvidar la investigación sociológica, trasladaba y limitaba el análisis de las clases en los países en desarrollo al papel de la burguesía nacional en general y del campesinado en particular.

– Las condiciones prácticas de la participación de la sociología en las acciones de desarrollo muestran aún más sus límites. En palabras de Lombard¹⁴, ante la incapacidad de elaborar una teoría del desarrollo social y determinar con precisión al objeto de reflexión, la sociología se ha reducido en una multiplicidad de dependencias en relación con otras disciplinas y a limitarse a ser una “sociología de intervención”. La sociología sin proyecto global, aparece más frecuentemente como técnica o útil empleado al final de la investigación que como un verdadero análisis exhaustivo de la realidad social y de los procesos de cambio. En esta tendencia la demanda de intervención de la sociología suele limitarse a una alternativa:

¹² Freyssinet, op. cit. p. 30.

¹³ Lombard (1982): op. cit. p. 50.

¹⁴ Lombard (1982): op. cit. p. 252.

- O bien la sociología participa en un proyecto donde intervienen otras disciplinas y su rol se reduce a una encuesta de opinión sobre las aptitudes de la población en relación con dicho proyecto, dejando de lado la mayor parte de una realidad social que se escapa al diagnóstico.

- O bien interviene para medir las consecuencias de una operación técnica de desarrollo agrícola, urbano, sanitario o educativo, estando su acción limitada por las condiciones que le plantea el economista o el técnico, ya sea agrónomo, urbanista o médico. Este tipo de intervención tendrá siempre un doble límite: el que le impone no haber observado más que un aspecto de la sociedad o las consecuencias de la operación, o bien, si el análisis de la realidad social es más global, el tener que conformarse con el examen de una situación decidida por otros sin que el sociólogo haya podido tanto antes como después el experimento de otras opciones posibles.

Tratando de buscar las razones de la situación de la sociología del desarrollo en ese momento, Lombard encuentra la diferencia, en relación con otras ciencias, en la ambigüedad de las posiciones de los fundadores de la sociología, tanto en Durkheim y su obsesión por la descomposición del objeto sociológico como en las dificultades específicas de afirmación del objeto y el método en Gurvith. La tentación globalizante de ambos y en particular la integración de factores geográficos y demográficos, de un lado, y psicológicos, de otro, en la reconstrucción del fenómeno social total, no sirve para poner de relieve las reglas (modalidades y relaciones entre factores) del cambio social en una sociedad “de partida” o en la sociedad “de llegada”, al representarlas en “términos de situación” en una época dada y no en “términos de proceso”.

La proposición de Lombard¹⁵ es clara en el sentido de que “la sociología del desarrollo debe proponerse analizar las modalidades y las condiciones del cambio social resultantes directamente o indirectamente de la iniciativa del actor social en un proyecto nuevo de la sociedad”. La sociología deberá poner el acento con más énfasis sobre los grupos en transformación, sobre el rol determinante de ciertos agentes sociales implicados en el proceso de desarrollo, sobre la evolución de las clases sociales y las condiciones que favorecen las desigualdades sociales en el seno de la sociedad. En este sentido debería no solo poniendo en valor las situaciones nuevas, sino los procesos o las consecuencias que hayan permitido estas situaciones. Estos procesos podrían ponerse en evidencia a

¹⁵ Lombard (1982): op. cit. pp. 252-256.

partir de su regularidad gracias a su observación comparativa de varias sociedades o grupos en proceso cambio. Así el análisis comparado de situaciones surgidas de las reformas agrarias en diferentes países permitirían descubrir las modalidades y las estrategias más utilizadas para dar la vuelta a las desigualdades en materia de control de la tierra.

La observación sociológica, añade Lombard, debe privilegiar el examen de formas de dinamismo interno y de transformación de la acción de los actores a partir de ciertas situaciones y de procesos de modificación comparables. El análisis no podrá limitarse al examen comparado de una doble situación en el tiempo sin hacer que aparezca el encadenamiento de mecanismos que hayan determinado la situación nueva. La insuficiencia de estudios sobre temáticas corporativas a partir de situaciones análogas ha supuesto que los mecanismos del cambio hayan sido mal dilucidados, es por lo que la sociología continúa teniendo un hándicap que no se conoce en las otras ciencias sociales. Lombard señala que a diferencia de la sociología y de la historia, éstas son ciencias sistemáticas que se limitan a establecer relaciones entre los elementos dados en un momento dado. Éstas no tienen la dimensión histórica para poner al día el desarrollo de los fenómenos y el encadenamiento de los factores productores de nuevas situaciones. Esto es lo esencial y difícil en una “sociología del desarrollo”.

La definición del status de la sociología entre las ciencias sociales siempre fue una asignatura pendiente, más en relación con los fenómenos del subdesarrollo. Explicado esto, en los años 70 y 80 se plantean nuevas interrogantes al introducir los fenómenos relacionados con el deterioro del medio ambiente y la puesta en marcha de nuevos paradigmas de análisis. Si nos centramos en la dependencia de la sociología respecto a la economía, en cuanto a la explicación de los fenómenos del subdesarrollo y la dependencia socioeconómica, veremos que al añadirse el problema medioambiental la situación se complica en cuanto a lograr una independencia del método sociológico.

1.4. Hacia nuevos marcos de referencia de la sociología: medio ambiente y desarrollo

Los problemas sobre la definición de la sociología en su devenir histórico se concentran en los años 80 del siglo XX en torno a un tema que hasta ese momento no había sido objeto de atención: el medio ambiente. E. García (2004) nos da una explicación clave de como la “sociología

ambiental” recogió, en gran medida, la herencia de la “ecología humana” en su doble acepción^{16bis}: Primero como “ecología humana” o la adaptación de los seres vivos a sus diferentes ambientes (relación población y recursos y mediambiente), donde se implican la biología, la antropología, la paleontología y la prehistoria en su diálogo crítico con la sociología. Segundo, como “ecología humana sociológica” que se ha ocupado de los temas relacionados con las organizaciones formales, los barrios, los suburbios, las regiones, pero sobre todo la ciudad, donde además del ambiente natural predomina el medio construido, el social y el simbólico, siguiendo a Micklin y Choldin (1984) y Hawley (1984). Otras perspectivas con presencia en la “sociología ambiental” ha sido la conexión de los problemas ambientales con los procesos de estructuración y los conflictos de intereses desde la perspectiva de la producción, es decir, el trabajo como eje central entre el hombre y la naturaleza dentro de las relaciones de producción (punto de vista marxista). Menos preocupada por la compatibilidad entre ciencias ambientales y las tradiciones culturales del movimiento obrero y más interesada en lo que se llama “ecologismo de los pobres” (Guha y Martínez Alier 1997 y 2001) y los procesos recientes de revisión de materialismo histórico y la importancia de los movimientos sociopolíticos (O’Connor 1988, 1991, 1998). Y, por último, la otra perspectiva que ha tenido una presencia visible en la sociología medioambiental es la que se interroga sobre la desigualdad sexual y el deterioro del medio ambiente (Warreu 1994; Merchant, 1995; Holland-Cunz, 1996; Salleh, 1997) el denominado “ecofeminismo”. Aunque éste haya sido el camino hasta tiempos recientes, la sociología medioambiental tiene todavía grandes problemas en cuanto al predominio de la ideología tecnocrática en el desarrollo y su subsidiaridad respecto a otras disciplinas, como ya vimos en el caso de la sociología del desarrollo en los años 60 y 70.

Ya hemos citado anteriormente el trabajo de Woodgate y Reddift¹⁶, donde nos ofrecen un ejemplo de la supremacía tecnocrática en la mayor

^{16bis} García, E. (2004): Medio ambiente y sociedad. La civilización industrial y los límites del planeta, Madrid, Alianza Editorial pp. 70-87.

¹⁶ Woodgate G y M. Reddift (1998): “De una sociología de la naturaleza a una sociología ambiental”, en Revista Internacional de Sociología, nº 19 y 20. Aquí señala como ejemplo el que de los 47 proyectos de investigación aprobados en el Human Dimensions of Global Environmental Change que formaba parte del IV Programa Marco de la Comisión Europea, solo una pequeña parte no tiene una orientación tecnocéntrica ni empresarial. Estos analistas añadían el comentario de las preocupaciones reflejadas hoy en la mayoría de los programas de investigación ambiental en Europa al ser promovidos por las “disciplinas instrumentales” (economía, planificación, geografía, empresariales y ciencias de la información) pág. 16 y 17.

parte de la investigación en términos de I+D. En su artículo: “De una sociología de la naturaleza a una sociología ambiental”, podemos encontrar las claves de los “nuevos” derroteros de la sociología en cuanto a la consideración medioambiental en los procesos de desarrollo. Macnaghten y Urry (1995:204)¹⁷ señalan que hasta ese momento había poca evidencia de que se estuviera produciendo una contribución de la sociología a los problemas del cambio ambiental global y que los científicos hubieran tomado la delantera en los temas relacionados con la naturaleza. Woodgate y Reddift se refieren a la reflexión que realiza Hannigan sobre la condición a la que son reducidos los sociólogos por la falta de capacidad crítica. Esto le hace ver la labor de los sociólogos no sólo como “subempleados” en sus investigaciones, sino también con “supporting actors”, es decir, como actores que sustentan una casta dominada por científicos naturales y políticos ambientales. Ante el problema de exclusión de los sociólogos de las prioridades de los políticos y de los programas de investigación, que ha sido planteado tanto por Hannigan como Macnaghten y Urry, Woodgate y Reddift se preguntan en qué medida no es un problema causado por ellos mismos. La respuesta la encuentran en Lutzenhiser¹⁸ cuando argumenta la notable inclinación que encuentran estos “supporting actors” a situar sus producciones en el centro de la escena. Lo mismo que los enfoques de las ciencias naturales tienden a excluir la conducta humana, también las perspectivas sociológicas tienden a excluir las condiciones físicas y ambientales en los análisis del cambio social. En la vía de Lutzenhiser, aunque existen ejemplos de la familiarización de los científicos sociales con los problemas del cambio ambiental no hay nada que les impida proclamar su independencia de la agenda investigadora de las ciencias naturales. Fischer-Kowalski (1994), Martínez Alier (1987), Agres y Simonis (1994) son ejemplos de esta independencia en sus elaboraciones técnicas.

Según Woodgate y Reddift la disyuntiva en que se encuentra la sociología en esa década viene explicada por la situación de “impasse” que han provocado las perspectivas constructivistas, por un lado, y los enfoques más objetivistas de los problemas ambientales. Desde la perspectiva en relación con el medio ambiente, Hannigan¹⁹ propone que la sociología

¹⁷ Macnaghten, P y J. Urry (1995): *Towards a sociology of nature*, en *Sociology*, nº 29, citado por Woodgate y Reddift (1998) op. cit.

¹⁸ Lutzenhiser (1994): *Sociology, energy and interdisciplinary environmental Science*, en *The American Sociologist*; Invierno; pp 58-79.

¹⁹ Hannigan, J. (1995): *Environmental sociology: a social constructionist perspective* Rutledge, London.

frente a los problemas medioambientales se centre, por un lado, en la forma en que las cuestiones ambientales son convertibles en problemas, y, de otro, en “la autoridad y legitimidad social de las diferentes demandas sobre el medio ambiente”. Según Hannigan, los problemas ambientales no se materializan por sí mismos; más bien deben ser “construidos” por individuos u organizaciones que dependiendo de la solución o cualquier otra condición objetiva como preocupante se plantean hacer algo sobre ello. En este sentido los problemas ambientales no son muy diferentes que otros problemas sociales, tales como el abuso de menores, el problema de los sin techo, la violencia juvenil o el SIDA.

Un breve repaso de los planteamientos constructivistas por parte de Woodgate y Reddift (1998:19) nos da la clave del eje central de esta perspectiva y de su crítica. En el caso de Beinart y Coates²⁰ y de aquellos que se adscriben a la “historia ambiental”, van más allá de una simple concepción de que los conceptos de la naturaleza son siempre creaciones culturales no solo en el sentido de que el medio ambiente no es representado a través de una construcción social (mediante el lenguaje o simbólicamente), sino también como una creación de la actividad humana –la conducta humana afecta al medio ambiente– teniéndose que considerar no sólo las demandas que se hacen en relación con la naturaleza, sino también la transformación material de ésta.

En esta línea, Goodland (1995)²¹ plantea la discusión en torno a la sustentabilidad, incluyendo la sustentabilidad ambiental, afirmando que aquella también es socialmente construida. De tal forma que los principios ecológicos que forman parte de la ciencia son parte de la cultura humana. Así la idea de sustentabilidad ambiental es parte de la construcción social de la ciencia moderna.

Woodgate y Reddift²² tomando distancias del constructivismo articulan su planteamiento con el objetivo mismo de desentrañar la esencia del propio constructivismo al no estar a la altura de las circunstancias para responder al desafío que presenta la sustentabilidad. La proposición que estos autores plantean, aunque va más allá de la limitación de los planteamientos constructivistas, sin embargo, advierten que no es

²⁰ Beinart y Coates (1995): *Environment history*, (1987): *New directions in environmental sociology*, *Annual Review of sociology* n° 13, pp. 465-488; (1993): *Environmental sociology as science and social movement*, en *Environmental, Technology and Society*, n°7, pp.10-11.

²¹ Goodland (1995): *The concept of environmental sustainability*, en *Annual Review of ecological System*, n°26.

²² Woodgate y Reddift (1998): *op. cit.* pp. 20 y ss.

intención de situarse en la alternativa extrema del determinismo biológico. Ellos sugieren una visión más equilibrada de las relaciones entre la sociedad y las condiciones materiales que subyacen en ella. Se trata de aceptar que la naturaleza es ambas cosas a la vez, es decir, que la naturaleza no son sólo las condiciones materiales de nuestra existencia sino que la naturaleza se concibe como un conjunto de símbolos culturales generados socialmente. Según éstos las composiciones binarias: constructivismo/objetivismo; relativismo/realismo; sujeto/objeto; cognitivo/material; authoritative resources/ allocative resources, no son excluyentes, es decir, la existencia de los dos elementos implica la existencia del otro. La fórmula sería: si no hubiera medio ambiente físico no seríamos capaces de construirlo socialmente y la construcción social tiene dos elementos: somos al mismo tiempo creativos y destructivos, material y simbólicamente; reconstruimos nuestro entorno tanto físicamente como cognitivamente.

En esta disyuntiva se sitúa la diferencia de planteamientos entre realistas o relativistas y constructivistas. Así los difusores del realismo del cambio ambiental a pesar de los desafíos surgidos en torno a los intereses creados por parte de grupos sociales²³, achacan al constructivismo el centrarse en el análisis de las demandas en conflicto respecto a la validez del cambio ambiental, dejando las dimensiones humanas de dicho cambio a personas de poca experiencia en el campo del comportamiento social, este es el caso de Catton y Dunlap²⁴ representantes de la opción realista frente al constructivismo. Para Woodgate y Reddift²⁵: “después de haber realizado un planteamiento del “estado del arte” en cuanto al status de la Sociología frente a las otras ciencias sociales y a los retos del nuevo paradigma relacionados con modelos basados en el respeto al medio ambiente es necesario realizar un recorrido para ocuparnos de las condiciones materiales de nuestra existencia si estamos dispuestos a valorar el impacto humano sobre el medioambiente biofísico y la forma en que el medio ambiente y el cambio ambiental condicionan la estructura y desarrollo de la sociedad”.

²³ Woodgate y Reddift son partidarios de la opción realista en EE.UU. En su bibliografía destacan los trabajos de Calton y Dunlap, escritos entre 1978 hasta 1994, relacionados con la “sociología medioambiental” considerado un nuevo paradigma. Frente a esto presenta una opción constructivista a partir de los trabajos de Buttel, Wyne, Yearly, Buttel, Hawkins y Power desde 1982 hasta 1992.

²⁴ Catton, W.R y R.E Dunlap (1978): Environmental sociology: a new paradigm? In *The American Sociology*, nº13 pp:41.49.

²⁵ Woodgate y Reddift (1998): op. cit. p. 21.

2. LAS FORMAS DE ANÁLISIS EN LAS VISIONES ECONÓMICAS Y SOCIOLOGICAS DEL DESARROLLO Y DEL SUBDESARROLLO

INTRODUCCIÓN

Pretendemos subrayar que en el tratamiento del atraso pocos son los analistas que han tenido en cuenta variables sociales, y son menos los que han considerado aspectos relativos a los análisis en términos de relación social o de clase.

Respecto a los análisis del desarrollo, F. H. Cardoso²⁶ decía que “los análisis del paso de las sociedades agrarias tradicionales a las sociedades modernas suele hacerse a partir de enfoques basados en criterios que, por un lado, alejan al análisis económico de las condiciones sociales del desarrollo; y, por otro lado, ven sólo las fuerzas sociales que desencadenan la industrialización minimizando la estructura del proceso productivo. De esta forma aparece el cambio social como el resultado de un mecanismo en que “factores” económicos determinados obran para producir un “resultado” económico, sin referencia a las modificaciones que se verifican en las relaciones entre los hombres, así como en los proyectos de acción colectiva; o bien, el “despegue” para la modernización de la economía pasa a ser el resultado de la interferencia de motivos psicosociales en un conjunto de hombres que ejercen el papel de “élite dirigente” y asumen los riesgos de la aventura del futuro, tratando de imprimir a toda la sociedad la marca personal de los designios del grupo social al que pertenecen.

Como es de sobra conocido, un gran número de análisis de carácter económico se han limitado a describir las sociedades atrasadas a través de conjuntos de series estadísticas con respecto a los modelos de referencia (países o regiones adelantadas a los cuales tienen “la obligación” de alcanzar), ya sea a través de secuencias ordenadas (modelo de Rostow) o desordenadas (análisis tipo Hirschman). La visión más generalizada entre los análisis económicos es que tanto la difusión de las innovaciones como el desarrollo se extienden como una mancha de aceite, o bien saltan de unas ciudades o regiones a otras como consecuencia de su dinámica y los mecanismos del mercado. Lo mismo ocurriría con otros factores de la producción, como son el capital y de la tecnología, que al concentrarse desencadenan una reacción competitiva entre empresas, las cuales al dis-

²⁶ Cardoso, F. H. (1965): Análisis sociológicos del desarrollo económico, en Revista Latinoamericana de sociología, vol. I, n.º 2, p. 185.

minuir sus beneficios comienzan un proceso de traslado. Así, la elevación de salarios en un país con desequilibrios regionales, como consecuencia de la concentración tecnológica, provocaría un trasvase de mano de obra de tal forma que habría una tendencia al equilibrio entre ingresos y salarios como propugnaba la teoría clásica.

Lo mismo que este tipo de análisis puede considerar las fuerzas del mercado como equilibradores de la disparidad entre regiones, la emigración, como producto del desequilibrio del mercado de mano de obra, podría considerarse como buena para el desarrollo al ser un factor equilibrador de los salarios en todas las regiones; por ejemplo en el caso de Colin Clark y W. A. Lewis cuando articulaban sus análisis de las tendencias al equilibrio²⁷. Otros, como se sabe, partían de la visión del crecimiento desequilibrado y el desarrollo siempre estaba provocado por la acción de polos de crecimiento en una primera fase²⁸. El polo deberá tener una componente tecnológica y de innovación, que determina una dinámica centrífuga y de difusión de innovaciones. Es a través del proceso de difusión a partir de los polos como se alcanzará el equilibrio del nivel de desarrollo²⁹.

Es del todo indispensable hacer una incursión dentro de estas corrientes y ver que si bien es cierto que están de acuerdo en que el objetivo es el desarrollo, sin embargo, no todos los caminos para lograrlo son iguales.

Para seguir un orden en nuestra exposición sobre fenómenos y las causas del subdesarrollo a partir de la adaptación o la acción de los actores, intentaremos dar una visión de ello a partir de algunos ejemplos paradigmáticos, tratando de agruparlos en dos grandes corrientes a través de sus marcos teóricos. La razón principal de este recorrido global sobre las aportaciones hasta ahora realizadas por las diferentes escuelas viene determinada por el interés por encontrar justificación a la importancia de los aspectos sociológicos en los procesos de desarrollo. Así tendríamos:

- Por una parte, aquellos enfoques que, teniendo como modelo la sociedad industrial capitalista, tratan de aplicar las mismas pautas

²⁷ Dentro de esta tendencia los incluye Aron, R. (1962): *Dix-huit leçons sur la société industrielle*, Ed. Gallimard, p. 166; edición en castellano en Seix-Barral, p. 138, incluye también el trabajo de Fourastié, U. (1960): *Machinisme et bien-être. Le grand espoir du XX-eme siècle*.

²⁸ Lluch, E. y otros (1973): *El desarrollo económico*. Ed. Salvat, p. 86.

²⁹ Lázaro Araujo, L. (1977): *Materiales para una teoría del desarrollo regional*, en *Información Comercial Española*, nº 526-527. Junio-Julio, pp. 34 y 36.

del proceso de formación al resto de las sociedades subdesarrolladas, tales son los marcos teóricos relativos al dualismo, la difusión y el elitismo, que en su aplicación pretenden “modernizar a los campesinos”. Tales enfoques hunden sus raíces teóricas en el pensamiento liberal y se incluyen en el marco de las “teorías de la modernización”.

- Por otra parte, aquellos análisis que, teniendo como modelo de dominio la sociedad capitalista de los países industrializados le achacan ser la principal causa del subdesarrollo, de la desarticulación estructural o de la dependencia de las sociedades periféricas. Los más característicos son los que H. Newby y E. Sevilla Guzmán denominan “teorías de la dependencia”, “centro-periferia” y “colonialismo interno”, surgiendo éstos de la renovación del marxismo.

No deja de ser un intento artificial la unificación de perspectivas tan dispares como el funcionalismo y la dialéctica en el análisis del subdesarrollo por parte de algunos autores, como el ejemplo de Van de Berghe³⁰, que trató de concentrar en cuatro puntos la convergencia entre funcionalismo y el método dialéctico. Esta intención de “solucionar” la polémica entre ambos ya fue criticada y desarticulada por A. Gunder Frank en su trabajo: “Funcionalismo y dialéctica”³¹.

En resumen, y siguiendo a Havens, podemos apuntar que los análisis sobre el desarrollo se pueden diferenciar principalmente siguiendo criterios que distingan los que promocionan el equilibrio del sistema (con sus variantes), y aquellos que, en contraposición, promocionan los análisis del conflicto. El aceptar una sociedad estable para llegar a otra mejorada es típica del punto de vista del primer método; sin embargo, partir del conflicto como generador de otra nueva sociedad supone otra visión. En este sentido, podemos destacar el esfuerzo de abstracción que ha realizado A.E. Havens para llegar a una diferenciación, del que hemos reproducido en una tabla las dimensiones que definen los dos métodos.

³⁰ Van de Berghe, P. (1963): *Dialectique et fonctionalisme: Vers une synthese theorique*, en *American Sociological Review*. Una referencia a la síntesis de Van de Berghe se encuentra en el artículo de Havens, E. (1972): *Methodological issues in the study of development*. Department of Rural Sociology, University of Madison, aparecido en *Sociología Ruralis* Vol XII, nº 3-4, pp. 253 y ss.

³¹ Gunder Frank (1969): *Fonctionalisme et dialectique*, en la revista *L'Homme et la Societé*, nº 12.

Cuadro 1

Diferencias entre los enfoques del equilibrio y del conflicto en el desarrollo

CUESTIONES	EQUILIBRIO	CONFLICTOS
Intereses	Armónicos	Divididos
Relaciones sociales	Ventajosa	De explotación
Unidad social	Consenso	Coacción
Sociedad	Sistema de necesidades	Escenario para la lucha de clases
Naturaleza del hombre	Requiere instituciones restrictivas	Las instituciones distorsionan la naturaleza básica del hombre
Desigualdad social	Una necesidad social	Fomentan el conflicto y es innecesaria
El Estado	Promueve el bien común	Es un instrumento de opresión
Las clases	Artificio heurístico	Grupos sociales con intereses diferentes.

Fuente: Havens, A. E. (1971: *op. cit.*, *Sociología Ruralis*, Vol. XII, n° 3-4, p 255. Tomado por Havens de Lenski (1966), Daqhrenforff (1958), Van de Berg (1963), Horton (1967) y Adams (1967).

Refiriéndose al punto de partida, y en relación con lo anterior, los análisis del subdesarrollo de tipo funcionalista articulan sus explicaciones a partir de la connotación negativa de las estructuras de la sociedad rural-tradicional como factores interceptores del desarrollo. Esta concepción sirvió para desarrollar un entramado sociológico alrededor de las sociedades denominadas “subdesarrolladas” en el que predomina la componente rural-campesina como principal freno al desarrollo.

Por ello, en el funcionalismo, el principio básico respecto al análisis de las sociedades subdesarrolladas, el fenómeno del subdesarrollo es considerado como la ruptura del sistema de valores de las sociedades tradicionales-agrarias. El desarrollo, por tanto, consiste en ‘el abandono progresivo de un sistema de valores de la sociedad campesina, su sustitución por otro a través de los nuevos mecanismos de diversificación de las instituciones tradicionales y la progresiva integración de funciones modernas en las nuevas instituciones sociales y culturales. Que estas nuevas funciones sean legitimadas, al ser un producto de una élite innovadora y/o una adaptación de las masas, es igual a efectos de los resultados, pues el sistema no se mueve en otra línea que no sea la del continuo perfeccionamiento hasta llegar a la meta final: “la sociedad de masas”.

No obstante, para desentrañar los diferentes elementos y los aspectos de cada perspectiva debe establecerse un continuum entre los análisis

económicos y sociológicos del desarrollo sin discriminación y resaltar en nuestro caso los aspectos sociológicos. Para ello:

– El primer apartado, destaca la visión etnocentrista del desarrollo a partir de los modelos de los países avanzados, trata de realizar un recorrido desde el “grado cero” sociológico en los estudios del desarrollo donde incluso se pueden ver pinceladas de la necesidad de incluir aspectos sociales. Este apartado incluye las perspectivas del equilibrio, del etapismo, del emprendimiento empresarial, la variedad de modelos de industrialización, las consecuencias del crecimiento desequilibrado. En este último se mezclan planteamientos básicamente económicos con aspectos relacionados con las recomendaciones en política económica que afectan a la dirección del crecimiento económico. Un ejemplo paradigmático lo propone Myrdal cuando concibe que los procesos sociales suelen presentarse de forma acumulativa, aunque su principal objetivo no era profundizar en dichos procesos, sino en la tendencia a las desigualdades económicas entre regiones en el interior de un país o entre países.

En este apartado también se destacan las causas y consecuencias del atraso en los países descolonizados. Trata de explicar el subdesarrollo desde la perspectiva de la diversidad estructural en las sociedades atrasadas (dualismo), los “círculos viciosos” de la pobreza, dando prioridad a los “estrangulamientos” u “obstáculos” que oponen las estructuras de las sociedades atrasadas a su desarrollo económico.

– En el segundo apartado, teniendo como referencia a la visión dualista de los obstáculos, se trata de presentar la visión sociológica del fenómeno del desarrollo desde el punto de vista etnocentrista. La referencia como modelo de la experiencia del desarrollo de los países avanzados capitalistas, la aparición de aspectos relacionados con la marginación, la pobreza, etc., fenómenos que se consideran producto del choque o del freno que provocan las estructuras de las sociedades tradicionales al contacto con el proceso de difusión de la cultura y tecnología de las sociedades avanzadas que a su vez le sirven como modelo de referencia.

El enfoque de la modernización que domina las investigaciones sobre las sociedades rurales es el centro de las concepciones funcionalistas. Esta modernización es “necesaria” a partir de la difusión de la tecnología, de las instituciones político-administrativas, de las ideologías nacionalistas, etc., es la clave para resolver los problemas del subdesarrollo. Así,

tomando como referencia la teoría de la modernización, se explica el papel que juegan la socialización y las formas de educación en la formación de la personalidad innovadora para salir del subdesarrollo, también en la estructuración del grupo social (élite) que sirva de avanzadilla para romper con las ataduras que producen las estructuras de las sociedades tradicionales siguiendo los valores de las sociedades avanzadas. El centro de atracción y la “causa última” la sitúan en el dualismo cultural de las sociedades subdesarrolladas. A partir de la formulación de modelos ideales, se interesa por la transculturización y la socialización en valores que de los países centrales que sirven como modelos de referencia al resto de sociedades periféricas.

– El tercer apartado está dedicado al cambio de perspectiva de los análisis dominantes. La visión del estructuralismo surgió de las críticas a las explicaciones neoclásicas sobre el comercio internacional y la comprobación del “callejón sin salida” en que se encontraban los países latinoamericanos a partir de un proceso de dependencia estructural histórico.

Aunque en los análisis de la dependencia predominan las visiones económicas de la mano de los neomarxistas, es cierto que algunos autores, aun teniendo sus escritos un sesgo económico, le otorgan gran importancia a los fenómenos sociales y el papel de las clases dominantes en la perpetuación de los sistemas de intercambio desigual tanto en los países centrales industrializados como los países periféricos. En este apartado se explica la línea estructuralista cepalina y la importancia que se le da a la heterogeneidad estructural de las sociedades latinoamericanas en contra de las concepciones dualistas del funcionalismo. La heterogeneidad estructural se traduce en una diversidad de formas sociales y económicas generadas por la división social del trabajo tanto en el interior de esos países como a nivel internacional. La diversidad estructural genera estados de desarrollos regionales y nacionales producto de la “polarización-heterogeneidad” a nivel nacional e internacional. Determina la formación de grupos y regiones en estados ligados por intereses concretos, con estilos de vida y afinidad cultural. Así, una burguesía nacional y/o la burocracia estatal intentan controlar el aparato productivo, generalmente articulado al exterior, como instrumento de dominio político y hacer frente a la creciente desigualdad social.

– En el apartado cuarto, y como una perspectiva específica articula-

da a la visión de las diferencias estructurales y a las relaciones de dependencia, tratamos de mostrar cuál es la propuesta accionalista. El análisis accionalista de la dependencia se basa principalmente en la elaboración de un “nuevo” planteamiento teórico que intenta aplicarse al problema de la dependencia en América Latina. Se centra en el estudio de los actores sociales que inciden en la transformación social a partir de las contradicciones de clase. Su objetivo es identificar los actores, descubrir sus orientaciones y propuestas de creación de un sistema sociopolítico dentro de los condicionamientos que le plantea las estructuras de las sociedades sometidas a la dependencia.

La prosecución de un nuevo modelo de desarrollo implica la puesta en marcha de movimientos sociales específicos a partir de los modos de acción que genera una sociedad sobre sí misma. Se trata en suma de articular estrechamente las formas o modelos de desarrollo y los movimientos que la acompañan y reproduzcan nuevos escenarios de desarrollo. La inclusión de los movimientos sociales como protagonistas indispensables del desarrollo supone una innovación, hasta ese momento los movimientos sociales se limitaban al movimiento obrero como producto de la lucha de clases.

– El apartado último de esta parte trata de recopilar las corrientes de pensamiento en torno a la alarma social respecto al problema medioambiental, provocado por la generalización del modelo de la sociedad tecnológica a partir del proceso de globalización.

Se trata de esbozar los planteamientos realizados en los años 25 últimos años del siglo XX en torno a los problemas medioambientales que provoca el desarrollo. Se señalan las diferentes corrientes que compiten por el dominio intelectual en la interpretación de las repercusiones medioambientales a partir de la extensión de las formas capitalistas-industriales en los países subdesarrollados. En esta época se desarrolla el cambio de paradigma de referencia intelectual respecto a las anteriores concepciones del desarrollo, incluidas las teorías de modernización norteamericana. El resultado de este cambio es el establecimiento de diferentes perspectivas, diversas formas de plantear los fenómenos sociales que provoca el problema medioambiental. Éste se constituye en variable de peso en el proceso de desarrollo. Las interpretaciones han sido múltiples, pero a efectos pedagógicos presentamos varias formas de clasificación de las corrientes de pensamiento en relación con el posicionamiento de los actores ante el “estilo” de desarrollo. La alarma se refleja no sólo en los ámbitos intelectuales, sino

en los políticos y sociales, donde se constata una multiplicación de movimientos sociales en contra del proceso de globalización y el deterioro medioambiental.

2.1. Los aspectos sociales en los análisis económicos del desarrollo. Del equilibrio al desequilibrio en el desarrollo

No es nuestra intención hacer un recorrido exhaustivo por las teorías del desarrollo, solamente pondremos atención a ciertos análisis que por sus características tienen componentes más sociológicas que económicos (López Pintor: 1976)³². Esta distinción solamente la hacemos en función de un criterio pedagógico más que estar sometidos a la división dogmática entre los campos de la sociología y economía.

Hecha esta aclaración podemos decir que a partir de aquí se han construido dos tendencias que dominan el ámbito de la teoría económica del desarrollo y del subdesarrollo; por un lado, tendríamos principalmente los analistas y teóricos americanos, encabezados por Rostow y su escuela³³, y por otro, los estructuralistas sudamericanos y la corriente marxista, en la cual el subdesarrollo lleva aparejado el desarrollo de los países occidentales capitalista, es decir el subdesarrollo explicado en términos de dependencia³⁴.

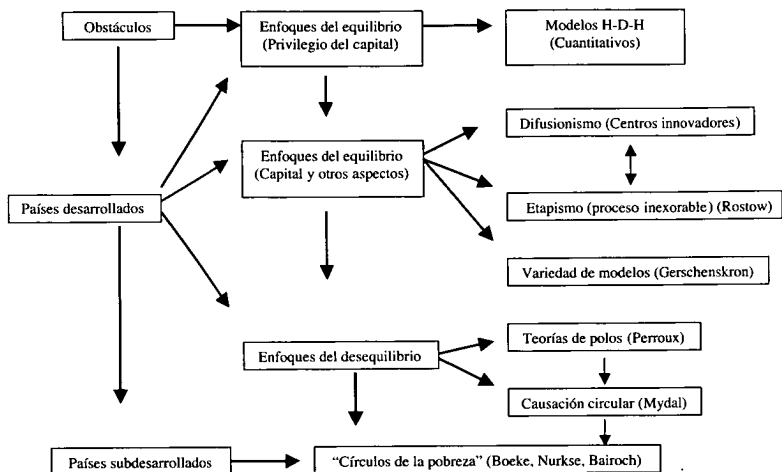
La separación que hemos hecho tiene por objetivo principal desvelar dentro de las teorías del desarrollo aquellas visiones parciales que tratan de pasar como visiones holísticas y definitorias del desarrollo y la ruptura con ciertos análisis de carácter cuantitativo que informan las llamadas políticas “progresistas” del desarrollo. La teorización, la elaboración de modelos, la cuantificación y las medidas estadísticas parecen estar en función del objetivo de la política económica: evitar la diferenciación en el desarrollo, evitar el dualismo, que perdura después de décadas en el subdesarrollo. Para tener una visión esquemática del enfoque desde la economía presentamos el gráfico 1.

³² Esta distinción entre análisis económicos y sociológicos la hacemos a partir de López Pintor, R. (1976): *Sociología industrial y de la empresa*, Barcelona, Ed. Vicens Vives.

³³ Gill, Richard (1965): *Desarrollo económico, Pasado y Presente*, Ed. UTEHA, México, pp. 36 y 37.

³⁴ Lluch, E. (1973): *Desarrollo Económico*, op. cit. Ver entrevista a Rostow en la que al análisis de la dependencia los valora como “doctrina comunista actualmente muy popular”, op. cit., p. 17.

GRAFICO 1
ENFOQUE “ECONÓMICO”: TEORÍAS DEL EQUILIBRIO Y EL DESEQUILIBRIO



Fuente: Elaboración propia.

2.1.1. Las teorías del equilibrio económico

El ejemplo del modelo de Harrod – Domar - Hicks o el también llamado H-D-H³⁵, condensa la teoría del crecimiento equilibrado, la cual a pesar de ser muy discutida a nivel económico, sin embargo, ha sido el punto de partida de muchas teorías del crecimiento modernas, tanto en los países desarrollados como en los países subdesarrollados. “El crecimiento, explicado por cuasi-mecanismos y construido como un crecimiento equilibrado en los modelos de R. F. Harrod, E. Domar, J. R. Hicks es definido como el aumento del producto (renta global)”³⁶. Este aumento está ligado a la inversión global y al consumo global. Los elementos básicos del modelo de crecimiento a largo plazo son³⁷:

³⁵ Ver entre otros la utilización de los modelos matemáticos y su aplicación a casos hipotéticos que realizan Timbergen, J. y Hendricus C. Bos (1966): Modelos matemáticos del crecimiento económico, Madrid, Ed. Aguilar.

³⁶ Perroux, F. (1962): L'economie des jeunes nations, industrialisation et groupements des nations, Paris, Presse Universitaires de France, pág. 200 y ss.

³⁷ Harrod, R. F. (1976): Hacia una economía dinámica, Ed. Tecnos 1976. Este libro contiene una serie de conferencias donde se traduce su modelo sin olvidar el dato matemático. Para una simplificación de este modelo véase el artículo de Gustav, R. (1975): Teoría en el crecimiento económico en la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Tomo III. Ed. Aguilar, p. 240.

- Una función de producción que relaciona la obtención del producto total (Q) con el stock de capital disponible (K) a través de la relación de capital producto (V), y cuya formulación es $Q=K/V$. Se supone constante la relación capital-producto, es decir, el número de unidades de capital necesarias para generar una unidad de producto.
- Una teoría del ahorro basada de la propensión keynesiana al ahorro, según la cual el ahorro total (S) es en cualquier período dado una fracción (s) de la renta o producto total (Q) de ese período $S=sQ$.
- Aceptación de la hipótesis de pleno empleo del capital, es decir, que todo el ahorro es automáticamente invertido y engrosa el stock de capital $S = I = \Delta K$.

El capital es el único factor de producción explícitamente considerado por este modelo. El trabajo se combina en proporciones fijas con el capital, sin preocuparse de reconciliar los aumentos exógenos de la población o mano de obra con las variaciones de la demanda derivada del factor trabajo al seguir la acumulación de capital. Las modificaciones que sufre este modelo, sobre todo a partir de los años cincuenta del siglo XX, son varias, entre ellas podemos destacar brevemente³⁸:

- Por un lado, la teoría neoclásica del crecimiento de Solow y Swan en la cual los factores de la producción tanto capital como trabajo son sustituibles. La función de producción cumple las condiciones usuales de proporcionalidad, es decir, que si se duplica el trabajo y capital se duplica el producto.
- La forma de la distribución de la renta no tiene relación para el ahorro global. Robinson y Kaldor afirman que los perceptores de beneficios y los asalariados ahorran distintas porciones de su renta y, como su participación relativa en el total es posible que cambie con el tiempo, ponen en duda la constancia del coeficiente global de ahorro durante el curso del proceso de crecimiento.
- La función del progreso tecnológico de Kaldor encaminado a recoger el doble impacto de un mayor stock de capital (intensificación de capital) y los cambios favorables en las técnicas de producción (cambio tecnológico) en el índice de crecimiento de la renta por

³⁸ Sunkel, O. y Pedro Paz (1984): El subdesarrollo latino americano y la teoría del desarrollo. Ed. Siglo XXI, p. 244. Ver también Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, Tomo III, Ramis, G. op. cit., pp. 238-244. Ver Higgins, B. (1970): Desarrollo económico, Madrid, Ed. Gredos. 153 y ss., y Celso Furtado, Teoría y política del desarrollo económico, op. cit., pp. 59 y ss.

habitante. El “cambio tecnológico” se introduce a modo de paraguas semántico que cubre todos estos aspectos (stock de capital por habitante, calidad de los agentes económicos y eficiencia con que se emplean en la producción) o, lo que es lo mismo, los incrementos del producto cuando la cantidad de capital y de trabajo permanecen constantes. En cualquier momento dado, por tanto, el cambio tecnológico hará aumentar la productividad de las cantidades de capital y de trabajo existentes.

Estos modelos postkeynesianos pueden tener coherencia formal, pero carecen de efectividad en el análisis de la realidad. La crítica que hace Osvaldo Sunkel va guiada a destacar los aspectos formal, ahistórico y parcial en el sentido de no ser totalizante. Es “formal” por cuanto el desarrollo de un razonamiento sigue generalmente los mismos procedimientos que los mecanismos clásico y neoclásico; así, por ejemplo, se utiliza constantemente y sin ninguna definida actitud crítica el concepto de equilibrio. El carácter “ahistórico” del pensamiento keynesiano queda puesto en evidencia por el hecho de que la “Teoría General” pretende establecer leyes que tienen rigor y validez con independencia de su inserción en un contexto histórico concreto. Es “parcial” por cuanto el análisis se desenvuelve en el campo puramente económico sin vincularlo teóricamente en forma explícita a las variables sociológicas, políticas, institucionales, etc.³⁹.

En este tipo de explicación desaparecen los aspectos sociológicos, y más que basarse en observaciones causales al estilo de la economía anterior trata de buscar la comprobación estadística⁴⁰. Con respecto al “factor humano”, y en contraposición a la economía clásica, según Robbins, se abandona del factor clave en la economía schumpeteriana: el empresario innovador. Se olvida que “los causantes de esta ruptura son los empresarios innovadores, que aprovechando la elasticidad que presenta el sistema económico, fundada en el dinero y el crédito, se esfuerzan en desviar los factores de la producción de sus usos normales y los reorganizan en combinaciones totalmente nuevas. La competencia hace que aparezcan imitadores y, durante algún tiempo, la expansión del crédito permite que esta ola innovadora se mantenga. Con el tiempo, sin embargo, el movimiento se extingue. Entonces la depresión elimina aquellas posiciones poco firmes en que algunos empresarios se

³⁹ Osvaldo Sunkel y P. Paz, op. cit. p. 244.

⁴⁰ Véase Ramis, G. (1975): *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, op. cit. p. 241, Celso Furtado op. cit., p. 63.

han colocado durante este tiempo, y la economía queda purificada y dispuesta a emprender de nuevo una ola de innovaciones. La aceptación de modificaciones estructurales del sistema, en contraposición al estado de equilibrio neoclásico, son veladas para los técnicos del nuevo equilibrio⁴¹.

Estos modelos también excluyen el análisis de la propagación de la innovación, de la inversión, de la renta adicional de unos sectores y regiones a otros. En fin, los modelos se construyen como si las instituciones fuesen dadas y constantes: el producto oscila, a través de los siglos, entre los “techos” y los “pisos”, o en torno de un “trend” de equilibrio, como si las instituciones, sus formas y los cambios de sus formas no significasen nada en cuanto a la aceleración positiva o negativa de la tasa de aumento del producto⁴². El propio Harrod, como reconoce Higgins, no aplica su sistema a los problemas de los países subdesarrollados⁴³.

El dualismo tecnológico entre los sectores productivos y la explosión demográfica son las dos columnas donde se sostienen la elaboración teórica de muchos autores como Rosenstein – Rodan, Leibenstein, Nurske, Hirschman, N. A. Lewis, etc. La ruptura del equilibrio entre población y recursos con la entrada de la inversión industrial realizada en el siglo XIX, sustituyendo al nuevo comercio colonial, supuso la adopción de políticas destinadas a reducir la tasa de mortalidad y una mejora en el nivel de vida, lo que implicaba un incremento súbito de la población. Parecería, por tanto, que hay una relación directa entre los incrementos de renta per cápita iniciales y el crecimiento de la población en los países subdesarrollados. Higgins trata de dar una explicación al fenómeno demográfico a partir de las dimensiones del desfase existente entre la disminución de las tasas de mortalidad en los primeros estadios de la industrialización y la subsiguiente reducción de las tasas de fertilidad. Siguiendo las directrices malthusianas con respecto a la población, lo que habría ocurrido en los países subdesarrollados es un desfase más prolongado entre una y otra reducción. Higgins aporta pruebas de la prolongación de este desfase cuando señala que en Europa y América la disminución de las tasas de fertilidad estuvo en relación con el proceso de urbanización. Sin embargo, señala que la industrialización o más en concre-

⁴¹ Robbins, L. (1969): *Teoría del desarrollo económico en la historia del pensamiento económico*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili S. A.

⁴² Cardoso F. H (1968): *Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina*, Editorial Universitaria Santiago de Chile, p. 35.

⁴³ Higgins B. (1970), op. cit. p. 143. No es óbice para que Higgins trate de aplicar el modelo Harrod a los países subdesarrollados. Para una exposición general del crecimiento equilibrado véase la obra de G. Ramis, op. cit.

to la elaboración de materias primas industriales no conduce a una urbanización, es decir, esta peculiar industrialización que se produjo en los países subdesarrollados no llevó consigo la rápida urbanización de los mismos. Para Higgins, la conjetura de que el desfase desastrosamente largo, entre la reducción inicial de las tasas de mortalidad y el descenso subsiguiente de los de fertilidad, va asociado a esta “forma peculiar de industrialización” que se produjo en los países subdesarrollados. Cabe dudar de si el proceso inverso, urbanización sin industrialización, tal y como ha tenido lugar en una serie de países en vías de desarrollo tras la Segunda Guerra Mundial, puede tener el mismo efecto en las tasas de fertilidad que la combinación de industrialización y urbanización en Europa durante los siglos XVIII y XIX.

Un factor perturbador ha introducido Higgins: los ritmos de incrementos poblacionales como una de las causas del subdesarrollo, en contra de los planteamientos cuantitativistas de los modelos H-D-H. Une a esto las tasas de inversión como mecanismo desencadenante del proceso de desarrollo; en realidad, Higgins se suma la perspectiva etapista.

2.1.2. *Las etapas del crecimiento económico*

Siguiendo a F. H. Cardoso, la concepción del desarrollo económico como un conjunto de “cambios de estado” en el que en cada etapa se caracteriza por la manera en que las comunidades utilizan los recursos económicos para moverse desde una situación de relativo estancamiento hacia una situación de dinamismo, requiere el empleo de un complicado mecanismo, que básicamente consiste en una operación económica simple: “podemos convenir, dice Rostow, en que, a la postre, puede descubrirse auténticamente como esencia de la transición a un aumento en la tasa de inversión a un nivel que, por lo común, en sustancia y perceptiblemente, supera al crecimiento de la población; aunque el expresarlo no implique idea alguna de que el alza en la tasa de inversión constituya una causa fundamental⁴⁴.”

La mayoría de los autores que se acogen a esta perspectiva conciben el fenómeno del desarrollo como un proceso de crecimiento, mejor dicho conciben el desarrollo en términos de tasa de crecimiento. El ingreso por habitante es para esta corriente el indicador o medida más adecuado para definir el nivel y ritmo de desarrollo como señala Osvaldo Sunkel⁴⁵, estableciéndose además una escala de países ordena-

⁴⁴ Rostow, W.W. (1961): *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*- México, F.C.E. 1961. Citado por Cardoso (19765): *op.cit.*, p. 179.

⁴⁵ Sunkel, O. y Pedro Paz (1970): *Subdesarrollo latinoamericano y la teoría del subdesarrollo*, Siglo XXI, pp. 29 y ss.

dos por el nivel del ingreso medio que a partir de un límite escogido arbitrariamente se establecerían los criterios de distinción entre países desarrollados y subdesarrollados. El acento puesto en la tasa de inversión le hace ser un elemento determinante del crecimiento. Esta preocupación por dicha tasa obliga a centrarse en diversos aspectos: movilización del ahorro, inversiones extranjeras, papel del Estado, etc. Para Osvaldo Sunkel, todos los autores que trataron temas parciales del subdesarrollo desde A. Lewis, Rosenstein - Rodan, Nurkse hasta los sociólogos: Hagen y McClelland, adoptaron la postura de observar algunas de las características del subdesarrollo, elaborando teorías que explican el estado o etapa de subdesarrollo de donde extraen las correspondientes conclusiones respecto a la política a seguir. A este cuerpo de teorías, aunque más generales, corresponden también la de Boeke, así como el enfoque de Germani, que también conciben el desarrollo como una secuencia de etapas históricas⁴⁶.

Lo que distingue a estos planteamientos en relación a las anteriores es que, al situarse en la perspectiva del crecimiento, incorporan elementos institucionales y políticos como variables que influyen en el desarrollo. Pero Cardoso no se conforma con esta apreciación, pues la concepción del desarrollo económico como un conjunto de “cambios de estado”, en que cada etapa se caracteriza por la manera de cómo cada sociedad utiliza los recursos económicos. La elevación de las etapas por Rostow a las categorías de modelos ideales vendría determinado por lo que Cardoso critica al modelo, el cual a pesar de su “aparición descriptiva” realiza una doble reducción⁴⁷:

- Por un lado se abstrae, esto es, se anula el análisis estructural del sistema productivo.
- Por otro lado, y de forma paralela, se eliminan las diferencias entre las formas posibles de reintegración de los sistemas productivos en tipos particulares de sociedades globales. En otros términos, el desarrollo económico pasa a ser medido por índices que apuntan a relaciones entre las variables: una morfológica (crecimiento de la población), otra económica (tasa de inversión), ambas abstractas en el sentido de que no expresan las formas que socialmente las vinculan y regulan a las maneras de existir.

⁴⁶ Ver Gill R. (1965): Desarrollo Económico, op. cit., p. 37.

⁴⁷ Cardoso, F. H. (1963): Cuestiones de Sociología del desarrollo en América Latina. op. cit., pp. 10 y ss.

El segundo paso metodológico, consiste en crear un continuo que varía entre dos polos: la sociedad tradicional (o economía relativamente estancada) y la sociedad de consumo de masas. Dentro de este aspecto, Rostow trata de explicar cuáles son las fuerzas impulsoras de la modernización, así dentro de las etapas de desarrollo (elemento abstracto) se introduce un elemento dinámico: los aspectos sociales capaces de motivar la acción modificadora de los hombres. El “impulso inicial” puede venir de una revolución política, incluso para que pueda ser aprovechado por una élite, etc. A lo anterior, Rostow añade la capacidad gubernamental para organizar mercados unificados, crear y mantener un sistema fiscal e impositivo que desvíe recursos hacia aplicaciones modernas.

En el análisis de las fases de transición se sustituye, entonces, la caracterización abstracta de las etapas del desarrollo por un análisis que pretende ser dinámico, donde el “motor de la historia” parece ser el resultado del encuentro feliz de dos órdenes de factores: recursos naturales favorables a la industrialización, más ciencia moderna, y objetivos sociales capaces de motivar la acción modificadora de los hombres (dignidad nacional, lucha privada, bienestar general, mejores condiciones de vida para los hijos). La conjunción favorable de estos factores crea las “condiciones previas para el despegue” económico, entendido como el aumento generalizado de la productividad, que crece en progresión geométrica gracias a la tecnología científica y a la intensificación de las inversiones. A partir del “despegue” pasados algunos años, la economía alcanza una fase de “madurez” que se define esencialmente como “la etapa en la cual la economía demuestra su capacidad para desplazar las primeras industrias que propiciaron su impulso inicial, y absorber y aplicar, efectivamente, a un amplísimo conjunto de recursos o a su totalidad, los frutos más adelantados de la tecnología considerada entonces como moderna. De la etapa de maduración a la era del consumo masivo, la diferencia consiste en la transferencia de la dirección del desarrollo hacia el sector de los servicios y de los productos duraderos.

Teniendo en cuenta que los cambios y condiciones históricas determinan las etapas, Rostow puede reconocer una variedad en el desarrollo de los países aunque no se aparta del modelo ideal, pues las variaciones consisten más bien en desfases en cuanto el tiempo y no modelos particulares de industrialización como sostenía Gerscheskron. Así, para el impulso inicial hubo naciones que necesitaron cambios fundamentales en la sociedad tradicional que afectaron tanto a las técnicas de producción como a su estructura social y política, mientras que en otros el despegue se inició libre de tales taras (caso de USA y Australia).

Como hemos indicado, las variables no económicas intervienen de forma particular en la dinámica del paso de una etapa a otra, siendo más destacados en los “requisitos” previos al despegue. Éste es el caso del nacionalismo, que hace referencia a estructuras de dominio político y su competencia en el mercado nacional incidentalmente. Más concretamente “el nacionalismo económico” será una causa de motivación de un grupo dirigente para comenzar de la “modernización”, en el sentido de una especie de “ética protestante”, como afirma Cardoso. El nacionalismo como requisito, sin embargo, puede ser sustituido por otro factor que produzca semejantes efectos, puesto que cualquier estímulo desemboca irremisiblemente en “la modernización”. Se puede afirmar que en las tres primeras fases (“condiciones previas al despegue”, “el despegue” y “la transición”) la dinámica se la puede achacar en parte a factores no económicos.

También Gunder Frank señala que esta perspectiva se enmarca dentro del enfoque general ideal-tipo, puesto que como dice Rostow se pueden identificar todas las sociedades en sus dimensiones económicas y por caber en las cinco categorías (“la sociedad tradicional”, “las pre-condiciones para el despegue”, “el impulso hacia la madurez y la época del alto consumo de masas”). Para Rostow es explícito, como es implícito en Hoselitz, que el subdesarrollo es la etapa o estado original de las sociedades supuestamente tradicionales y que no existieron etapas anteriores a la presente etapa de subdesarrollo. En Rostow es además explícito que las sociedades ahora desarrolladas fueron una vez subdesarrolladas. Pero todo esto es bastante contrario a los hechos. Todo este enfoque del desarrollo económico y del cambio cultural atribuye una historia a los países desarrollados mientras que, por el contrario, le niega una historia a los países subdesarrollados. Los países hoy subdesarrollados, evidentemente han tenido tanta historia como los países desarrollados⁴⁸.

2.1.3. El papel del empresariado en el desarrollo y la ruptura de “patterns” en las relaciones económicas

Un elemento importante para el nacimiento del capitalismo y su desarrollo sería el resultado de la acción de un elemento clave en él: el empresariado innovador. Schumpeter concibe la esencia del desarrollo economi-

⁴⁸ Gunder Frank (1971): *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la Sociología*, Barcelona, Cuadernos de Anagrama, p. 37. Ver en páginas siguientes las críticas y justificaciones históricas por las cuales el esquema ideal de Rostow no se cumple, demostrando que las dos primeras etapas no se han llevado a cabo y las dos últimas son utópicas en los países subdesarrollados.

co como ruptura de “patterns” que presentan las relaciones económicas de la corriente circular normal que caracteriza al análisis estático. Los causantes de esta ruptura son los empresarios innovadores que, aprovechándose de la elasticidad del sistema económico fundada en el dinero y en el crédito, se esfuerzan en desviar los factores de producción de sus usos normales y los reorganizan en combinaciones totalmente nuevas. La competencia hace que aparezcan imitadores de estos empresarios y, durante algún tiempo, la expansión del crédito permite que esta ola innovadora se mantenga. Con el tiempo, sin embargo, el movimiento se extingue, entonces la depresión elimina aquellas posiciones poco firmes en que algunos empresarios se han colocado durante este tiempo y la economía queda purificada y dispuesta a emprender de nuevo una ola de innovaciones.

De esta forma, según Robbins, tenemos, una imagen del progreso y de la fluctuación, una teoría del desarrollo que es asimismo una teoría del ciclo económico, concebido a la luz de los datos estadísticos correspondientes a 1914. No cabe duda de que la obra es una de las más importantes que se escribieron durante el primer cuarto de este siglo y, al igual que la mayor parte de las obras de Schumpeter, resulta extraordinariamente estimulante, aunque aparezca sumamente perversa⁴⁹.

Según Robbins, las ideas básicas de la teoría de Schumpeter habían sido anteriormente expresadas por Wicksell. Éste encontraba en la demanda de capital el elemento más dinámico. De tal forma que si los empresarios suponen que las nuevas inversiones darán al capital una remuneración más elevada que su costo, se intensificarán los negocios y, por consiguiente, habrá competencia por los factores de la producción y los precios tendrán que subir. Wicksell muestra que el elemento desequilibrador de la actividad económica es la demanda de capital; siendo la oferta de capital un factor pasivo, los empresarios pueden aprovecharse de la misma para obtener superganancias. De esto resulta una presión sobre el sistema económico, con elevación del nivel de precios⁵⁰. En contraposición Schumpeter se despreocupa de las fluctuaciones del nivel de precios y enfoca el problema desde otro ángulo. Lo que interesa no es el hecho de que el empresario sea un anticipador de ganancia, sino que la acción de ese empresario tienda a transformar el proceso productivo. La acción creadora del empresario sería el motor del progreso económico. Esto se manifiesta a través de la introducción de “innovaciones” en el proceso produc-

⁴⁹ Robbins, op. cit. p. 37 y ss.

⁵⁰ Celso Furtado, op. cit. pp. 47 y 48. Ver también Amin, S. (1974): *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, Barcelona, Ed. Fontanella, pp. 87,98 y 103.

tivo. Por otra parte, la acción del empresario se facilita por la existencia del sistema de crédito, lo que permite retirar del circuito económico los recursos para financiar las innovaciones. Observando el proceso económico principalmente del lado de la producción, Schumpeter se colocó en posición privilegiada para percibir la importancia del progreso tecnológico como factor dinámico de la economía capitalista. Su enfoque es básicamente distinto de los demás economistas neoclásicos y, principalmente por ese cambio de perspectiva, su obra parece actual, y en ello reside su valor, más que por su capacidad explicativa del proceso de desarrollo económico.

El espíritu empresarial, espina dorsal de la construcción teórica schumpeteriana, surge como una categoría abstracta, independiente del tiempo y de todo orden institucional. Se trata aparentemente de un don del espíritu humano, algo así como “la propensión al trueque” de A. Smith. El empresario sería un fenómeno de todas las organizaciones sociales, desde la socialista a la tribal⁵¹.

Schumpeter reconocía la caída inevitable del capitalismo, y, al igual que Marx y los clásicos, creía que el capitalismo llegaría al estancamiento y al colapso definitivo. Partiendo de presupuestos semejantes, es decir, la producción dependiente del ahorro y la inversión, Schumpeter corrobora la idea de que el aumento de los salarios y de los ingresos fomenta el ahorro, añadiendo la idea neoclásica de que el ahorro también aumenta con el tipo de interés. Con respecto a la inversión, distingue la inversión inducida a través del aumento a corto plazo de la producción, rentas, beneficios, etc., y la inversión autónoma a largo plazo dependiente de los recursos y el progreso tecnológico⁵².

Su contribución más destacada dentro del campo de la teoría de la inversión fue el concepto de innovación como resorte de la inversión autónoma⁵³. Se concibe la innovación como “el hacer las cosas de manera diferente que aumente la productividad de los factores de producción”. Así este concepto podía adoptar grandes formas a partir de: la introducción de una nueva mercancía, la introducción de un nuevo método de producción, la apertura de un nuevo mercado, la conquista de una nueva fuente de materias primas o bienes semimanufacturados, la creación de una nueva organización en la industria (tal como la creación de una posición monopolista (trust) o bien la ruptura con ella). La innovación es el producto de la acción del empresario como introductor de cambios. La incidencia del papel que juega el empresario en el desarrollo económico del sistema capitalista,

⁵¹ Celso Frutado, op. cit., p. 48.

⁵² Higgins (1970) op. cit., p. 116 y ss.

⁵³ Higgins (1970) op. cit. p. 11.

le supone a Schumpeter romper con la dinámica económica del desarrollo, anteponiendo al concepto de la "tendencia al equilibrio" al empresario como actor principal, es este quien introduce una nueva técnica, una organización o mercancía, coordina los factores de la producción y organiza racionalmente el trabajo. El empresario no necesita ser necesariamente un "capitalista", ya que no tiene por qué aportar fondos propios, ni tampoco tiene que ser un director, ni inventor, ni explorador, pues los inventos y exploraciones no tienen porque tener repercusiones económicas como se ha demostrado históricamente. Para Schumpeter, un empresario es alguien con el suficiente talento como para percibir la potencialidad económica y poner en práctica este talento, ya sea de inventor, director, etc.

La innovación por parte del empresario no supone el requisito de la propiedad, es decir, no debe haber coincidencia entre la figura del capitalista y el empresario como ocurría en la historia del pensamiento económico. Tampoco la asunción del riesgo forma parte de la función empresarial, ésta forma parte de la actividad del capitalista, ya que "el empresario" lo hace en la medida en que además de empresario es también poseedor del capital. La función empresarial está más o menos al alcance de cualquier hombre de negocio y es potencialmente muy difusa. No se trata de la introducción de nuevas combinaciones productivas a partir de la nueva conducta racional, sino que dicha introducción debe combinarse con un tipo especial de conducta y de persona caracterizada por los rasgos y actitudes diferentes. Ello posibilita que los empresarios sean menos numerosos que aquellos que tendrían la posibilidad objetiva de serlo.

Esta conducta se encuentra alejada de la conducta cotidiana basada en la costumbre o en las reglas escritas o no escritas, codificadas por la tradición y transmisibles a través de la educación, en las que se enmarca la actividad económica rutinaria inherente a la dirección y gestión de empresas. El empresario se opone al gerente de la misma manera que el aparato teórico de la dinámica se opone a la estática, y de la misma forma que el cambio económico se opone al flujo circular⁵⁴. El empresario es líder de la "civilización racionalista y antiheroica" donde la bolsa es un pobre sucedáneo del Santo Grial. Su acción no presenta aspectos fascinantes ni se acompaña de aquellas cargas afectivas que constituyen la gloria de otros líderes, raramente estimula la imaginación del gran público, y tampoco suscita entusiasmo colectivo⁵⁵.

⁵⁴ Martinelli, A. (1985): Análisis económico y análisis sociológico en el sistema teórico de Schumpeter. REIS, n.º. 30, pp. 44, 45.

⁵⁵ Martinelli, A. (1985): op. cit., p. 47, citando a Schumpeter en sus obras "Capitalism, socialism and democracy" y "The theory of economic development".

Más en concreto, siguiendo a Martinelli, teniendo en cuenta la carga de aspectos psicológicos y sociológicos en la acción empresarial, es preciso destacar los relacionados con:

a) Motivación y la conducta empresarial.

Para Schumpeter la conducta empresarial no se inscribe en la tradición del “homo economicus”, sino que es más bien un entramado de motivaciones racionales e irracionales. Efectivamente, por un lado, el comportamiento del empresario puede considerarse como el más racional (en un sentido de previsión y programación) ignorando la influencia de la tradición y del medio ambiente, y, por otro, su conducta no es en absoluto hedonista ni se dirige primariamente a la satisfacción racional de las necesidades y deseos individuales. Psicológicamente, el empresario está caracterizado por tres tipos de motivaciones: el sueño y voluntad de crear un reino privado, el deseo de prestigio social que de otra forma no puede conseguir, y, por último, la voluntad de conquista, el impulso de la lucha, el deseo de mostrar la propia superioridad, de obtener el éxito independientemente de sus resultados financieros, que son más bien indicadores de ese éxito y no el fin último de la acción. Sólo la primera motivación está unida a la propiedad privada, mientras que las otras dos son compatibles con ordenamientos sociales no basados en el beneficio económico. Esto supone la supervivencia de la función empresarial en cualquier sistema socioeconómico, incluso en el socialismo, a causa de la no identificación de la racionalidad como única motivación, ya que un líder tiene una base motivacional más compleja y menos asimilable a la búsqueda racional del interés individual.

Schumpeter rechaza la identificación entre racionalismo y utilitarismo, distanciándose del planteamiento dominante en el pensamiento económico⁵⁶. En el caso del empresario capitalista, el acto innovador es fundamentalmente un acto creativo, desviado de algunos valores típicos de la sociedad burguesa; responde a una racionalidad que no se corresponde con el cálculo de la propia utilidad, sino a un deseo de imaginar y crear algo nuevo.

Según Higgins, el “clima social” determina la oferta de empresarios, en él se incluirán tanto los valores de una sociedad como el sistema social, la educación, etc. Por lo tanto, la actitud de la sociedad frente al

⁵⁶ Martinelli, A. (1985): op. cit., p. 51, citando a Schumpeter en Capitalismo, socialismo y democracia.

éxito en los negocios y las recompensas sociales que le acompañan son determinantes para el nacimiento de la personalidad innovadora⁵⁷.

b) Clima social del empresario.

Respecto al ambiente social que influye sobre la innovación, es decir, las resistencias o potencialidades sociales que favorecen el espíritu innovador, Schumpeter se centra de forma histórica y sociológica en el clima cultural y la extracción social de los empresarios. Respecto a esto último, Schumpeter distingue entre función empresarial y clase burguesa, puesto que, para él, el empresario no es una profesión, ni siquiera una regla o una condición duradera, los empresarios no forman una clase social en sentido técnico como, por ejemplo, los propietarios terratenientes, los capitalistas o los trabajadores; la función empresarial no puede ser heredada. Como destaca A. Martinelli, citando a Schumpeter⁵⁸, si bien los empresarios no forman por sí solos una clase social, la clase burguesa los absorbe junto con sus familiares y parientes, renovando y rejuveneciendo continuamente sus filas. El grueso lo formaran los industriales, comerciantes, financieros y banqueros que se encuentran en el estadio intermedio entre la iniciativa empresarial y la simple y ordinaria administración de los bienes heredados. Schumpeter continúa explicado que económica y sociológicamente, directa o indirectamente, la burguesía depende del empresario y, como clase, vive y morirá con él, si bien es muy probable que se materialice un estadio de transición más o menos largo. Pero desde el momento en que la burguesía es la clase fundamental del sistema capitalista, el destino de esta última se encuentra en última instancia ligado a la suerte del empresario y está destinada a desaparecer con él⁵⁹.

c) La dinámica del sistema capitalista y la innovación.

Según Higgins, Schumpeter aunque no intenta suministrar una explicación sistemática de los cambios no económicos, pero al explicar los que se producen dentro de los económicos tiene considerablemente en cuenta una amplia gama de factores sociológicos, psicológicos, políticos y tecnológicos. Para Schumpeter, el funcionamiento del sistema estaría en relación con la perturbación que se provoca en el sistema como consecuencia de las mutaciones en el sistema de equilibrio⁶⁰. Si bien la “ten-

⁵⁷ Higgins (1970), op. cit. p. 119.

⁵⁸ Martinelli, A. (1985): op. cit., p. 54.

⁵⁹ Martinelli, A. (1985): op. cit., p. 55. citando Capitalismo, socialismo y democracia, p. 155.

⁶⁰ Higgins (1970), op. cit. p. 121.

dencia al equilibrio” de Marshall significaba el desplazamiento de un subconjunto dentro de un mismo plano sin que ese desplazamiento afectara al todo en que se inserta el subconjunto, Schumpeter nos dice que pueden producirse modificaciones estructurales del sistema que resulten de las mutaciones del subconjunto. La tendencia al equilibrio se volvería a sentir, pero ahora en un nuevo plano⁶¹.

La perturbación discontinua se produce en forma de innovación, la cual comporta la construcción de nuevas fábricas y equipos. Schumpeter ponía como ejemplo a las nuevas firmas que son las que han desarrollado innovaciones de gran importancia, como los ferrocarriles y los barcos de vapor en el XIX. Ahora bien, el desarrollo de las grandes firmas va generalmente asociado con la ascensión a la categoría del liderazgo en los negocios de nuevos hombres. Por tanto, es necesario que el desarrollo de capitalismo vaya acompañado por la disposición de una serie de líderes en lo económico que formen nuevas empresas para explotar las innovaciones, si no las economías capitalistas quizá sufran depresiones más o menos crónicas.

Para la explicación de la dinámica del sistema y a diferencia de la mayor parte de los economistas, Schumpeter ofrece un planteamiento de carácter más sociológico sobre el desarrollo. En la articulación del sistema social, el ascenso y declive de una clase se explica a través de tres elementos interrelacionados: el vínculo entre rango y función, el prestigio social unido al rol del liderazgo, y la consolidación del prestigio y poder de clase en las instituciones en virtud de la cohesión de clase. A partir de este planteamiento, Schumpeter concentra el análisis sobre los factores que minan el ejercicio de la innovación, es decir, sobre la relación entre función empresarial y la clase burguesa, por un lado, y los factores que tienden a debilitar el poder y el prestigio, por otro (como la crítica de los intelectuales, que amenazan el proceso de consolidación institucional, la desaparición de los estratos sociales aliados y la crisis de la familia burguesa).

La teoría de las clases sociales de Schumpeter, aunque no desarrollada en su totalidad, constituye el núcleo de una teoría de la transición y del cambio social que podríamos resumir de esta manera: en el origen de la crisis y la transición de una sociedad dada se encuentra la degeneración de su función fundamental, como sucedió, por ejemplo, con la función guerrera en la sociedad medieval o con la función de innovación en el capitalismo con la consiguiente desestabilización de las relaciones de clase que sobre ella se basan. Como señala Martinelli⁶², la explicación de

⁶¹ Celso Furtado, op. cit. p. 48.

⁶² Martinelli, A. (1985): op. cit., p. 60.

Schumpeter sobre la crisis del capitalismo la realizan en dos sentidos:

- En primer lugar, en el sentido de que la dinámica del sistema económico que se manifiesta a través de la concentración del capital y el desarrollo de la gran empresa no actúa directamente sobre la estabilidad del sistema capitalista, sino indirectamente mediante sus implicaciones sociológicas, como la pérdida de la esencia de la propiedad y la pérdida de la importancia del rol del empresario innovador.
- En segundo lugar, en el sentido de que se opone al contenido económico de la sociedad su propia crisis social, que se manifiesta en la decadencia de las instituciones burguesas de la propiedad y de la libre contratación, así como en la detección de los estratos protectores de origen precapitalista y en la crisis de la casa y la familias burguesas.

Para terminar, respecto al análisis de las resistencias sociales a la innovación, el pensamiento de Schumpeter se adentra en una reflexión sobre el clima cultural de la innovación y la extracción social de los empresarios, al igual que otros autores como Gerschenkron; aunque destaca el papel del empresario en el proceso de desarrollo, sin embargo, considera el papel que juega la aceptación social en la formación de la actividad empresarial.

2.1.4. La variedad histórica de modelos de desarrollo

La variante del método histórico está representada principalmente por los trabajos de A. Gerschenkron sobre la industrialización europea y su extensión a otros países⁶³. A. Gunder Frank le ha dado un tratamiento aparte pero conectada a la teoría de las “variables patrón” que definen la esencia del modelo capitalista. En contra de la perspectiva de Rostow, la base de su análisis está en el reconocimiento de la diversidad de modelos de desarrollo a lo largo de la historia en los diferentes países que actualmente se consideran países desarrollados. Los modelos son considerados según el recorrido histórico en relación a otros, así tendríamos un modelo de desarrollo “temprano o precoz”, un modelo de desarrollo “tardío” y por fin un modelo de desarrollo “aún más tardío”⁶⁴.

⁶³ Gerschenkron, A. (1968): El atraso económico en su perspectiva histórica, Barcelona, Ed. Ariel, p. 172.

⁶⁴ Esta variante no aparece en los ensayos recogidos por A. Gunder Frank (1967): en la edición de Anagrama bajo el título Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología. Sin embargo, en el artículo publicado en Cahier Internationaux de Sociologie XLII, 1967 aparece como “Gerschenkron y la perspectiva histórica”.

Para Gerschenkron⁶⁵ la historia de los países desarrollados y las variantes surgidas de los países subdesarrollados siguen pautas de comportamiento histórico con arreglo a un modelo que, aunque no se concrete, tiene todos los visos de ser un modelo ideal – tipo que se pueden concretizar. Existen países atrasados en el siglo XIX y modelos de industrialización tardíos. Por ejemplo, el modelo de industrialización rusa contiene indudablemente todos los elementos básicos comunes a los países atrasados en el siglo XIX.

La concepción básica de Gerschenkron se deduce del siguiente texto⁶⁶: “una tipología se compone de tipos. Hablar de la tipología del desarrollo industrial, por consiguiente, implica descartar al menos dos formas de entender el desarrollo. Si uno supone que, en todas partes donde ha sucedido, la industrialización se ha caracterizado por una perfecta o al menos por una considerable uniformidad, entonces no podrá decirse nada significativo acerca de los tipos de industrialización, ya que sólo existirá un tipo significativo. Un árbol no hace un bosque y un tipo no puede dar una tipología. Por otro lado, si cada fenómeno discernible de la historia industrial –o, al menos, cada fenómeno interesante– fuese “sui generis”, el número de tales fenómenos igualaría el número de “tipos”, y los intentos de constituir una tipología se vendrían abajo debido a la infinita variedad de material empírico. Para G. Frank, estas consideraciones hacen que Gerschenkron se separe de las dos tendencias: la una acaudillada por algunos historiadores de la economía en función de la naturaleza del material que manejan, sobre todo en lo que respecta a la historia empresarial. Esta vía está influenciada por Rickert y la concepción de algunos filósofos sobre la historia, cuando la imaginan de fenómenos irrepetibles. La otra influenciada por la taxonomía de las ciencias naturales, donde un gran número de fenómenos se agrupan bajo un tipo determinado. La crítica en este sentido de Gerschenkron va dirigida en el terreno de la historia económica a las clasificaciones de los sistemas por

⁶⁵ El libro de Gerschenkron, A. (1968): *El atraso económico en su perspectiva histórica*. Op.cit., recoge 15 artículos de Gerschenkron aparecidos en diversas revistas, el primero de ellos es el citado por Gunder Frank, lleva el mismo título que el título general del libro. En una nueva edición de bolsillo de Ariel se publicó el ensayo de “Economic backwardness in historical perspective” y cuatro ensayos más, dos de ellos inéditos en español el libro lleva por título genérico *Atraso económico e industrialización*. Ed. Ariel –quincenal; 1ª ed. 1970.

⁶⁶ Trabajo presentado en la reunión de la asociación Internacional de Historia Económica en Aix en Provence, en 1962. Posteriormente se publicó en: *Continuity in history and other Essays*, Harvard University Press, Cambridge. Traducido por J. Fontana como *Atraso económico e industrialización*, Ed. Ariel, op. cit. pp. 170 y ss.

etapas, según los criterios que cada autor destaca como básico para cada uno de ellas: lo económico, lo político, lo mental, el arsenal de valores, etc. Así la crítica que dirige a Rostow y su sistema de ritmo pentamétrico, con las cinco etapas del crecimiento por donde deben pasar todas las sociedades que pretendan desarrollarse.

Gerschenkron, tratando el tema de la industrialización como un aspecto parcial de desarrollo, se sitúa en un plano intermedio de las dos perspectivas anteriores⁶⁷. “El punto central que he de destacar aquí es que uno debe moverse en un plano de generalización situado entre los dos extremos. En otras palabras, debemos, en primer lugar, mostrarnos dispuestos a buscar variabilidades susceptibles de generalización, diferencias en el desarrollo industrial que puedan definirse como tipos de progreso industrial. Una vez hecho esto y hallados tales tipos, tenemos que empezar a considerar cuán seriamente vamos a tomarlos como “tipología”. Si vamos a tomarlos con toda seriedad, debemos preguntarnos si todos los tipos que hemos encontrado, o por lo menos algunos de ellos, pueden ser combinados en esquemas unificados”. Gerschenkron descarta la creencia dogmática en la semejanza inevitable de los procesos de industrialización y propone, a partir de la historia industrial de la Europa moderna hasta 1.914, buscar en primer lugar los tipos de industrialización a través de variables dependientes pares y contrarias: 1) autóctona o derivada; 2) forzada o autónoma; 3) dedicada principalmente a los bienes de producción o a los de consumo; 4) producida dentro de un marco monetario inflacionista o estable; 5) realizada con simples cambios cuantitativos o caracterizada además por transformaciones estructurales importantes; 6) efectuada continua o discontinuamente; 7) desarrollada en condiciones de progreso en la agricultura, o bien de estancamiento, o incluso de retroceso en ésta; 8) motivada por propósitos económicos o políticos.

Estos pares no agotan el número de variables contrarias, pues, como señala Gerschenkron, hay otros aspectos de la industrialización que pueden considerarse como pertenecientes a distintos tipos de proceso sin aparecer como simples dicotomías. Así, aspectos subyacentes del proceso industrial que, si bien pueden incluirse en la dicotomía desde diversas facetas, pueden incidir en el ritmo y orientación del desarrollo. Así por ejemplo, las fuentes del capital industrial pueden venir del ahorro de otros

⁶⁷ Gerschenkron, op. cit., pp. 172 y 173. Una explicación de las variables y su formación se encuentra en las páginas siguientes.

sectores, de los beneficios industriales, del capital acumulado anteriormente, del sistema bancario o del Estado; a esto añade si la procedencia de los fondos para la industrialización afectan a las decisiones empresariales o no. Otra faceta la ofrecen la influencia de las “ideologías de la industrialización”, el liberalismo, la consecución de la justicia social, el nacionalismo, etc., en la industrialización como proceso inevitable⁶⁸. Respecto a esto, señalar que Gerschenkron resalta más los factores económicos a la hora de distinguir los diversos tipos de industrialización que las justificaciones o motivaciones ideológicas.

Pero realmente a lo que da valor este autor no es a que haya en la industrialización unos aspectos más importantes que otros, sino la valoración que se le da a cada tipo cuando se relaciona con otros, “se ve claro que el significado de cada tipo o de cada conjunto de tipos aumenta de valor si puede mostrarse que está regularmente asociado a otros tipos o a otros conjuntos de tipos. En otras palabras, el problema, tal como se había expresado anteriormente, es el de concebir el proceso de industrialización como una estructura unificada pero bien articulada, esto es, el de pasar de una consideración de tipos a una tipología de la industrialización. No todos los tipos constituyen las tipologías y la relación entre ambos elementos es una relación de interacción. Esto vendría determinado por el principio de organización que rige la tipología para separar los elementos que entran o no en ella, y además por que los tipos deben ajustarse a las necesidades de la tipología. Por otro lado, la característica de fronteras móviles que posee la tipología siguiendo el principio organizador, pueden volver a incluir tipos anteriormente descartados o bien supondrá la creación de nuevos tipos en los cuales no se había pensado al implantar el principio organizador. De esta forma la validez de la tipología como instrumento de análisis dependerá de los límites de su aplicación⁶⁹.

Pasando al terreno empírico, la tipología de Gerschenkron se elabora a partir de las dos observaciones básicas: el panorama de las diferencias entre el atraso económico en el que los países de Europa se encontraban, y en el hecho histórico de que varios países empezaron la industrialización a partir de niveles de atraso desiguales, lo que supone que cada uno partiría de metas situadas a distancias diferentes en la carrera hacia el desarrollo. Así, el grado de atraso económico en que se encontrase un país en el momento de iniciarse el desarrollo industrial, determinaría las

⁶⁸ Gerschenkron, op. cit., p. 187 y ss.

⁶⁹ Gerschenkron, op. cit., p. 189.

variaciones en el curso y el carácter del desarrollo nacional. Por esto Gercheskron emplea el grado de atraso como variable independiente o explicativa, y el carácter y ritmo de desarrollo como variables dependientes o a explicar. Siendo el grado de atraso la variable “lourde” del fenómeno del desarrollo, y al ser el atraso un concepto cuantitativo lo mismo que las variables dependientes, Gercheskron llega a establecer los siguientes predicados⁷⁰:

- 1) Cuanto más atrasada estuviese la economía de un país, más probabilidades tenía su industrialización de empezar de forma discontinua y adoptar la forma de un gran brote que tuviese lugar a un ritmo alto de crecimiento del producto industrial.
- 2) Cuanto más atrasada estuviese la economía de un país, mayor sería la importancia que en su industrialización concediera al gran tamaño tanto de planta como de empresa.
- 3) Cuanto más atrasada estuviese la economía de un país, mayor importancia se concedía en su proceso industrial a la creación de bienes de producción respecto a los de consumo.
- 4) Cuanto más atrasada estuviese la economía de un país, más pesada o fuerte sería la presión que se imponía sobre el nivel de consumo de la población.
- 5) Cuanto más atrasada estuviese la economía de un país, mayor sería la parte que jugaban los factores instituciones especiales que tenían como finalidad incrementar la oferta de capital a las nuevas industrias, proporcionándoles una guía empresarial menos descentralizada y mejor informada; además, cuanto mayor fuese el grado de atraso reinante en el país, mayor era el alcance y el carácter coactivo de estos factores.
- 6) Cuanto más atrasado estuviese un país, menos probabilidades tendría de que su agricultura desempeñase un papel activo en su industrialización, ofreciendo a las industrias en expansión las ventajas de un mercado industrial en desarrollo y que a su vez estuviese basado en la creciente productividad del trabajo agrícola.

⁷⁰ Gerschenkron en *Atraso económico e industrialización*, op.cit., pp. 191 a 200, da una explicación más abstracta, usando una determinada guía más teórica que la descripción histórica que hace en el Postcritum del libro. Véase pp. 367 a 378. Hemos escogido las variables del libro “El atraso como perspectiva histórica” por su mayor claridad. Como curiosidad la proposición 5ª ocupa el lugar 6º, pues el artículo: *La tipología del desarrollo industrial como instrumento de análisis* fue escrito posteriormente.

A partir de aquí, Gerschenkron se plantea la agrupación de estas variables y elabora una tipología siguiendo estos predicados. Dado que históricamente se demuestra que en siglo XIX existían distintos niveles de atraso entre países o grupos de países, se puede elaborar una escala medible en que figure el grado de atraso en un continuum; la división en países avanzados, moderadamente atrasados, y muy atrasados, es producto de lo anterior. Esta tipología sirve, según el autor, para señalar que la industrialización continua no entra dentro de ella, pues el desarrollo industrial que acoge es de carácter discontinuo a partir de que el súbito ascenso de la tasa de crecimiento industrial puede ser mayor o menor en función del grado de atraso. De esta forma, poniendo en relación la variable independiente, el grado del atraso, con las seis variables dependientes anteriores, se tendrían tres tipos caracterizados de cómo se inició el proceso. Gerschenkron pone el ejemplo de las fuentes de oferta de capital (empresas, bancos y Estado):

Cuadro 2: Fuentes de oferta de capital y etapas del desarrollo

Etapas	Área avanzada	Área de atraso moderado	Área de gran atraso
I	Fábricas	Bancos	Estado
II		Fábricas	Bancos
III			Fábricas

Fuente: Gerschenkron. op.cit.

Así, cada subtipo está relacionado con el tipo principal, fábricas con áreas avanzadas, por ejemplo, y las diferencias entre los subtipos en el mismo nivel están relacionadas con el principio de organización, como lo están también las diferencias entre los tipos principales⁷¹.

Con este argumento pretende Gerschenkron rebatir las teorías dominantes en el desarrollo. Por un lado, atacará la simplificación y generalización que el marxismo realiza sobre la industrialización y, por otro, a la teoría etapista y uniforme de Rostow. Para el marxismo, según Gerschenkron, la historia de los países industriales avanzados señala a los países atrasados el camino que han de seguir en su desarrollo. Citando a Marx lo corrobora: "el país que desde el punto de vista industrial está más adelantado proporciona al que lo está menos una imagen de lo que constituirá su futuro"⁷². El empeño de este autor está en demostrar que los procesos de industrialización cuando se inician en un país atrasado presen-

⁷¹ Gerschenkron, op. cit., p. 194.

⁷² Cita de Marx recogida en *El atraso económico en su perspectiva histórica*, op. cit., p. 16.

tan diferencias considerables con el camino seguido en comparación a la mayor parte de los avanzados en lo que se refiere tanto al ritmo como a la estructura de producción y organización de la industria, a nivel de la base económica. A nivel político-jurídico, los instrumentos institucionales, así como el clima intelectual, afectan de forma diferente a los inicios y ritmo de la industrialización.

Con respecto a la crítica de Rostow, es más explícito, pues la división por etapas que hace Geschenkron es diferente de la regularidad, ya sea expresada como una “ley ineludible del desarrollo económico”, o bien que en el desarrollo se ofrezcan diversas alternativas a la sociedad, al fin y al cabo siguiendo las etapas, como una cosa necesaria para el desarrollo⁷³. Así, para Rostow lo mismo que para Marx, según Gerschenkron, los procesos de industrialización se repiten de un país a otro. La aceptación de los parecidos en el desarrollo entre los diferentes países no ayuda a la comprensión del desarrollo, mientras no se acepte por parte del historiador que existen hechos que no se pueden incluir en las similitudes. El ejemplo queda reflejado en la tabla anterior, aceptar que el establecimiento de una industria fuerte e independiente es la esencia de la industrialización es erróneo, pues así se podrían equiparar países en el inicio de su industrialización, como Rusia, Alemania o Inglaterra.

Esto le lleva a incidir en la cuestión de los prerequisites, pues este concepto tiene una significación más rica que la que le dio Rostow en su primera etapa (destrucción de la estructura arcaica e incremento de la productividad agrícola, nacimiento de una élite que propugne el cambio, etc.). Los prerequisites en el esquema de Rostow son considerados como “precondiciones necesarias”, y son el objeto del principal ataque por parte de Gerschenkron sobre todo respecto al concepto de “necesidad”. De hecho Gerschenkron pone como ejemplo la abolición de la servidumbre en Rusia como precondición necesaria para que se realizase la industrialización en ese país. “No hay ninguna duda de que esto es cierto; sin embargo, debería haber sido posible expresar este pensamiento sin tener que utilizar para ello palabras que son altisonantes pero que carecen de sentido. Debería existir una multa que se impusiera a quien en los escritos históricos utilizase la palabra “necesidad” o “necesario”⁷⁴. Así el término expresado supone que la industrialización es producto de ciertas con-

⁷³ Ver la crítica a Rostow en “Aproximación a la perspectiva europea: Postscriptum”, op. cit., p. 369. En el pie de página se cita a Hildebrand como representante más radical de dicha tendencia, es decir, “la ley inevitable del desarrollo”.

⁷⁴ Gerschenkron, op. cit., p. 371.

diciones que se transforman en precondiciones, teniendo así el contenido de una “determinación” o definición más que de otra cosa. De esta forma critica a Rostow en el ejemplo inglés, en el que ciertos factores que hubieran servido de precondiciones fueran elevados a la condición de prerequisites de todas las industrializaciones europeas, a pesar de que en muchas de ellas, o bien estaban ausentes o estaban presentes con poca incidencia en el gran brote de desarrollo industrial, por esta razón Gerschenkron ve necesario pensar en “sustitutivos” de los prerequisites. Así, en algunas industrializaciones al iniciarse en condiciones diferentes no necesitaron de los prerequisites. Al ocurrir esto, es lógico pensar que aparezcan factores o elementos “sustitutivos” que se organizan formando un modelo lleno de sentido⁷⁵.

La crítica al enfoque de las variables históricas de Gerschenkron nos lleva, según apunta Gunder Frank⁷⁶, a una variante adicional del modelo histórico de Rostow, es decir, que la experiencia del desarrollo ha sido diferente en los actuales países desarrollados y, por lo tanto, se establece una variedad de tipos ideales del desarrollo. La característica o el modelo de desarrollo tardío (por ejemplo el de Alemania) difiere muy poco del modelo de desarrollo precoz, por tanto sería razonable suponer que el modelo de los países de desarrollo aún más tardío, es decir, de los países aún subdesarrollados, es y debe ser diferente del modelo establecido de las etapas de crecimiento. El reconocimiento “de facto” de que la experiencia del desarrollo ha sido diferente para cada uno de los países actualmente desarrollados, y, por tanto, de que existe una diversidad en el desarrollo no sometida a modelos ideal-tipológicos (como los presentados por el método de las variables tipo de Hoselitz) y el método de las etapas históricas (Rostow), no es óbice para que Gunder Frank establezca que la variedad de tipos ideales de desarrollo propuestos por Gerschenkron, a pesar de su apariencia, no son más progresistas que los dos anteriores, y ubique este planteamiento dentro de una tercera variante ideal-tipo: Rostow, Hoselitz y Gerschenkron. La razón principal es que, a pesar de que Gerschenkron recomienda la perspectiva histórica para aclarar incluso las diferencias en el proceso de desarrollo de los países subdesarrollados, éste limita sus recomendaciones y su propia perspectiva de la historia a aquella de los países desarrollados. El análisis de Gerschenkron sobre los países desarrollados es sugerente y atractivo, pero su traslado a los países subdesarrollados supone caer en la misma trampa teórica del

⁷⁵ *Ibidem*, op. cit., p. 372.

⁷⁶ Gunder, Frank: *Cahiers Internationaux* op. cit. pag 127 y ss.

“convoy” de países hacia el desarrollo, o bien los modelos que propone Hoselitz a partir de la teoría parsoniana. El establecimiento de una variedad de tipos ideales de desarrollo viene determinada por el análisis de la experiencia del desarrollo en cada país desarrollado y que esta experiencia parece aquella de los pájaros migratorios entre las migraciones precoces y llegadas tardías⁷⁷.

· Lo mismo que para Hoselitz y Rostow, no se encuentra en Gerscehron una sola alusión al hecho de que los países subdesarrollados tienen su propia historia que merece ser estudiada, y que ésta se articula con el desarrollo de los países desarrollados. Las recomendaciones para la salida del subdesarrollo de estos países más bien giran en torno al estudio del desarrollo económico y los cambios culturales, sin tomar en cuenta el estudio de los problemas estructurales que, según Gunder Frank, son los más importantes.

2.1.5. *Las consecuencias del crecimiento desequilibrado*

Otro planteamiento es aquel que acepta que el crecimiento deba ser desequilibrado y que no debe eliminar los desequilibrios sectoriales o regionales, sino que dichos desequilibrios hay que mantenerlos vivos si se quiere que la economía siga creciendo. Hirschman señala que la tarea de la política del desarrollo es mantener las tensiones, desproporciones y desequilibrios para que puedan progresar todas las regiones aunque sea con diferencias. En un primer momento, la política económica consistiría en la concentración de inversiones públicas en las regiones desarrolladas para dotarlas de infraestructuras, con el fin de que en un segundo momento, al disminuir los requerimientos de esas inversiones, el Estado se decida a invertir en las regiones atrasadas⁷⁸.

Otros autores, caso de Friedman⁷⁹, tomando como referencia básica el planteamiento de Rostov enfocaron el análisis regional partiendo de la concepción centro-periferia, reconociendo los desequilibrios que provocaba el desarrollo. Friedman enfocó el crecimiento normal como una secuencia en cuatro etapas con distintas consecuencias a nivel territorial

⁷⁷ Gunder Frank, A. (19 Sociologie du developpement et sous-developpement de la sociologie, op.cit.p. 127.

⁷⁸ Hirschman, A.O. (1970): La estrategia del desarrollo económico, México, FCE pp. 37 y 38.

⁷⁹ Friedman, J. (1966): Regional development policy. A case study of Venezuela. Cambridge, M.I.T. Press. Una referencia a Friedman la encontramos en Lázaro Araujo, L. (1977): Materiales para una teoría del desarrollo regional, Madrid-FCE. Nº 526-527, en este artículo Lázaro Araujo incluye a Friedman en el crecimiento económico por etapas, pg. 29 y ss.

(asentamiento preindustrial, centro-periferia, dispersión del desarrollo hacia algunas zonas de la periferia, el desarrollo de un sistema especialmente integrado de regiones interdependientes). Este analista llega a reconocer las diferencias que provoca la industrialización, en el sentido de que las regiones del centro son subsistemas que, sobre una base territorial, son capaces de generar y absorber cambios innovadores; mientras que las regiones periféricas son subsistemas cuya senda de desarrollo está determinada por una relación de dependencia.

En parecida perspectiva, aunque con algunos matices importantes en la consideración de aspectos de carácter sociológicos, se expresa Richardson. Para él, la relación centro-periferia implica un “sistema colonial” en el que los recursos (trabajo, capital, materias primas, bienes intermedios) fluyen de la periferia al centro. Así, la tasa y la pauta de desarrollo de la periferia están controladas por el centro con el fin de lograr sus objetivos económicos, políticos y sociales. Pero a medida que el control del centro se ejerce sobre la periferia, aumenta también el conflicto entre ambos; en ello tiene mucho que ver el protagonismo de las élites innovadoras (urbano-económicas) y la tradicional-gobernante. Richardson pone especial empeño en el estudio de la organización territorial del poder y en las luchas políticas y sociales entre élites, subrayando la importancia de los cambios políticos y sociales, como una precondition para el desarrollo en los países y regiones en vías de desarrollo⁸⁰. No deja de ser interesante esta aportación al introducir elementos de dominio político y social en los análisis. Sin embargo, no desaparece la visión etapista al creer que las regiones subdesarrolladas alcanzarán estadios superiores de desarrollo por el protagonismo de las élites, a pesar de las luchas y conflictos entre ellas planteados a nivel nacional.

Un cambio de rumbo en las perspectivas que consideran inadecuado del enfoque etapista y del equilibrio, lo pone en evidencia Myrdal en su gran obra “Teoría económica y regiones subdesarrolladas”. Myrdal señala que no importa cuán intensamente se estudie la teoría del comercio internacional, pues ésta no nos proporcionará una explicación satisfactoria, en términos causales, de cómo ha surgido el hecho de las desigualdades económicas internacionales y de por qué existe la tendencia a que continúen aumentando. En realidad, ni la teoría del comercio internacional ni la teoría económica fueron concebidas nunca para explicar las realidades del subdesarrollo y del desarrollo económico⁸¹.

⁸⁰ Richardson, H. W.: Economía regional y urbana, Ed. Alianza Universidad, p. 130.

⁸¹ Myrdal G. (1968): Teoría económica y regiones subdesarrolladas. México FCE.

Según Myrdal, la suposición del equilibrio estable aplicada a la realidad social constituye un error y por tanto el proceso social no se realiza en dirección a un equilibrio⁸². La tendencia hacia la autoestabilización del sistema no existe, "el sistema no se mueve por si mismo hacia ningún tipo de equilibrio entre fuerzas, sino que se está alejando constantemente de tal posición. Normalmente, un cambio no da lugar a cambios compensadores, sino que, por el contrario, da lugar a cambios coadyuvantes que mueven al sistema en la misma dirección que el cambio original, impulsándolo más lejos. Esta "causación" circular hace que el proceso social tienda a convertirse en acumulativo y que a menudo adquiera velocidad a un ritmo acelerado⁸³.

Cada perturbación provoca una reacción al sistema encaminada a restaurar de nuevo el estado de equilibrio y, por tanto, el sistema económico que no esté en estado de reposo estará moviéndose siempre hacia el estado de equilibrio, aunque no sea en línea recta, sin olvidar ciertos elementos de la realidad social omitida en el análisis económico mediante la abstracción de los factores "no económicos". Dichos factores "no económicos" no pueden ser conceptuados como dados y estáticos, ya que cuando reaccionan normalmente lo hacen de forma desequilibrante⁸⁴. Los factores que destacan en el proceso de desarrollo o subdesarrollo son: la tecnología, la diversificación de la industria, el comercio internacional, la educación y actitudes de la gente (la cultura) y las instituciones⁸⁵.

El análisis del desarrollo de Myrdal tiene una doble validez para el análisis sociológico:

- Por un lado, la importancia que le da a los factores no económicos, en el sentido de que los procesos sociales suelen presentarse bajo la forma de reacciones causales en cadena, o sea, en forma acumulativa.

⁸² Amitai Etzioni (1968): Los cambios sociales. Fuentes, tipos y consecuencias, México, F.E.C., op. cit. pp. 362 y 406. Furtado C. (1975): Teoría y política del desarrollo económico, op. cit., p. 102.

⁸³ Myrdal, G. (1968): op. cit., p. 24.

⁸⁴ Myrdal, (1968): op. cit. p. 21. Destaca que los análisis de los problemas no pueden nunca detenerse ante una división entre factores económicos y no económicos siguiendo la división tradicional en ciencias sociales. Para él la distinción entre factores "pertinentes" y "no pertinentes", o mejor entre factores "más pertinentes" o "menos pertinentes", es mucho más lógico y de acuerdo con la realidad.

⁸⁵ Ver López Pintor (1976): op. cit. p. 67. Ver también Gill, R. (1965): op. cit., pp. 46 - 48.

- Y, por otro, la tendencia hacia la producción de desigualdades regionales dentro de un mismo país, aunque también destaca esta tendencia entre países desarrollados y subdesarrollados.

Con respecto a este último, dentro de un mismo país habrá regiones que teniendo un ritmo de crecimiento provoquen el estancamiento o la decadencia en otras partes del mismo país. "No hay fuerzas compensadoras que surjan para evitar la aceleración de este desplazamiento de la actividad económica de las regiones en decadencia hacia los que se encuentran en progreso. Cualquier accidente o cualquier shock que proporcione una ventaja a la región pueden dar origen a esta cadena de movimientos dispares del crecimiento⁸⁶. Entre los factores que agravan esta situación estarían factores que ya no son tan económicos, como la mayor tasa de fertilidad en estas regiones, la emigración, la religión, las costumbres, etc. Estos factores son los principales vehículos de la "causación circular" en el proceso acumulativo del cambio económico⁸⁷. Por tanto, los diferentes ritmos de progreso en un país hacen que las regiones se vean afectadas en su desarrollo por la acción conjunta de efectos retardadores o impulsores. Así, en un país que se está industrializando con rapidez, la situación normal será que muchas regiones marchen a la zaga, que se estanquen o aun que se empobrezcan.

Entre otras causas también destaca que la expansión del comercio, el libre cambio, es una de las principales causas⁸⁸. El punto básico para Myrdal está bien claro: el crecimiento en una región supone una difusión del empobrecimiento. En los países subdesarrollados la pauta histórica fue que los efectos de difusión resultaron débiles⁸⁹. El comercio internacional tiende a ser el principal factor de empobrecimiento, pues "la economía mundial se caracteriza no por tendencias generales al equilibrio o al ajuste respecto a cambios iniciales, sino por causaciones circulares que conducen a espirales viciosas que las separan cada vez más de la posición de equilibrio. El citado autor demuestra que la tendencia se da tanto hacia

⁸⁶ Higgins, B. (1970): op. cit. p. 320 y Richard Gill (1965) op. cit., pp. 46-48.

⁸⁷ Myrdal G., op. cit., pp. 42-43.

⁸⁸ Gill, R. (1965): op. cit. p. 141, cuando trata de explicar "el efecto de demostración" del desarrollo de los países desarrollados para los subdesarrollados, señala que a veces ha tenido efectos adversos analizados por Myrdal como con los "efectos contracorriente". No en todos los casos los efectos del desarrollo occidental fueron negativos. Gill recuerda que la ocupación colonial produjo ventajas y desventajas.

⁸⁹ "El desarrollo comienza en alguna parte" es objeto de estudio por Elkan Walter (1975): Introducción de la teoría económica del desarrollo, Barcelona, Alianza Editorial, pp. 16 y ss. Ver "teoría del péndulo oscilante" y su crítica en p. 27 y ss., en relación con la "causación circular acumulativa" de Myrdal.

desigualdades regionales que se dan en países aislados como hacia crecientes disparidades de productividad entre los países adelantados y subdesarrollados⁹⁰. En consecuencia, el principal causante son las variaciones de las relaciones de intercambio, ya que el comercio internacional tiende a agravar los niveles de productividad y de vida de los países subdesarrollados con respecto a los desarrollados. El deterioro en términos de intercambio provocado por el comercio internacional hace más urgente la puesta en marcha de planes de industrialización, que intenten llenar el “gap” creciente de la desigualdad⁹¹. La variable crítica, a este nivel, es la diversificación del sector industrial que permita ampliar la gama de exportaciones, pero no en base a una política de sustitución de importaciones que puede ser coyuntural o lleva a la creación de industrias poco estratégicas en términos de desarrollo general.

Para terminar este apartado y parafraseando a Celso Furtado: Myrdall, Hirschman y Perroux⁹² fueron los que contribuyeron a desviar la atención de los valores de equilibrio, y su atención comenzó a centrarse en elementos estructurales que condicionan el comportamiento de los agentes responsables de las decisiones estratégicas.

Hirschman, en la línea de las reacciones en cadena, se preocupó por las estrategias adoptadas por los agentes de cuyas decisiones depende la formación de capital. Tales estrategias no son independientes del grado de desarrollo alcanzado por un sistema económico. Hirschman distingue dos tipos de cadena de reacciones provocadas por su decisión de inversión: el efecto “arrastre” (“backward linkage”) y el efecto propulsión (“forward linkage”)⁹³. El primer efecto se basa en que cualquier actividad productiva crea cierta demanda de insumos (mano de obra, materias primas, equipos, servicios de naturaleza varia, etc.), y el segundo refleja el hecho de que la nueva producción (incluyéndose los subproductos y las economías externas creadas) puede crear insumos potenciales para otras actividades.

Para Myrdall las decisiones económicas, lejos de provocar reacciones tendentes a anular el impulso inicial, ponen en marcha procesos acumulativos en el sentido de ese impulso, siendo así que los supuestos valores de equilibrio de las variables son una abstracción que no corresponden a

⁹⁰ Vease Higgins (1970): op. cit. p. 397.

⁹¹ López Pintor (1976): op. cit. p. 68, citando a Myrdal G. (1970): *An approach to the Asian Drama*. Radon House, Nueva York 1970, p. 564 y ss.

⁹² Furtado, C. (1975): op. cit. p. 106.

⁹³ Furtado, C. (1975): op. cit. p. 103.

la realidad y que tienden a ocultar los aspectos más significativos del comportamiento de los agentes económicos.

Perroux, por su lado, señaló la importancia de determinados agentes, ya sea a través del Estado o de la unidad dominante en la ordenación de las actividades económicas y en la transformación de las estructuras, poniendo en evidencia el fenómeno de “poder” subyacente a las relaciones económicas. De esta manera, a diferencia del enfoque tradicional que se preocupa esencialmente por descubrir “automatismos”, el estudio del desarrollo tiende a concentrarse en la caracterización de las estructuras, en la identificación de los agentes significativos y en las interacciones entre determinadas categorías de decisiones y las estructuras. Para Perroux el cambio sólo podrá ser asimilado si se impulsa una expansión masiva de la educación y pueden efectuarse cambios en las actitudes de la gente y en las instituciones. Si esto no sucede, sólo se desarrollarán islotes industriales, altamente occidentalizados y rodeados de un mar de estancamiento⁹⁴.

La crítica a Friedman y al resto de autores de esta tendencia⁹⁵ se centra en la visión etapista que tienen que sufrir los espacios sobre todo en los países subdesarrollados, y que la relación centro-periferia se rompe antes o después y comienza la dispersión del desarrollo. La creencia por parte de Friedman de que el mercado no resuelve la relación centro-periferia le hace proponer la creación de otros centros y polos de desarrollo que pudieran actuar como fuentes de innovación y que compitieran con los antiguos.

2.1.6. El dualismo estructural en los países subdesarrollados

Si los anteriores planteamientos basaron su explicación en los países desarrollados, otros trabajos centrados sobre los países subdesarrollados se limitaron a mostrar aspectos parciales o a buscar variables determinantes de su atraso. Estas teorías tendrían en común la intención de solucionar los problemas del desequilibrio estructural a través de la elaboración o promoción de políticas económicas tendentes a solucionar los problemas de su estancamiento económico. Muchas de las pautas teóricas de las cuales arrancan parten de la diversidad estructural de los paí-

⁹⁴ López Pintor (1976): op. cit. p. 68.

⁹⁵ Para una crítica de Friedman ver Saenz de Buroaga, G. (1980): Teorías del crecimiento regional, I.C.E., nº 526-527, pp. 62 y 63.

ses subdesarrollados que produciría cortapisas al desarrollo homogéneo de estos.

La prevalencia de esta situación estructural ha sido llamada “dualismo estructural” en estas economías. La dualidad se aplica al menos a dos sectores de producción que están en contraposición: el sector más atrasado suele ser el sector agrario, en el cual los recursos materiales, y más en concreto la tierra, son insuficientes para emplear efectivamente el volumen de población activa, existiendo un paro declarado o encubierto, en contraposición a los otros sectores donde existen sistemas de avance industrial y de servicios.

a) La aceptación del dualismo estructural en los países subdesarrollados: El planteamiento de Boeke.

J. H. Boeke fue el primero que inició uno de los primeros debates sobre la imposibilidad de la aplicación de la política económica liberal clásica y quien inició una serie de trabajos sobre los fundamentos del dualismo económico a la luz de la realidad económica de las colonias holandesas en Asia. La base de su teoría radica en que las leyes que habían resultado válidas para la sociedad capitalista no son válidas para analizar una sociedad en la que el capitalismo en minoría convive con el sector agrario y donde predominan relaciones de carácter precapitalista. Opina Boeke que la introducción del capitalismo maduro en una economía campesina precapitalista no sólo perturba el equilibrio de este último sistema económico, sino que obstaculizaba el desarrollo gradual de formas capitalistas comparables a las conseguidas en su evolución por la economía occidental.

Hay que hacer notar la distinción que hacía Boeke entre “necesidades económicas” y “necesidades sociales” como base de su teoría. Las necesidades económicas serían la base de la actividad económica y que dominan en el mundo occidental, las necesidades sociales serían las que dominan en el campesinado y en los países atrasados. Esta concepción ha sido atacada y desarbolada por otros economistas, entre ellos Hennisman, en el sentido de que Boeke identifica la sociedad occidental con el dominio absoluto y omnipotente del “homo economicus” en su seno, pues como señala W. F. Wertheim⁶, muchos de los fenómenos considerados por Boeke típicos de las sociedades “dualistas” se daban también en las zonas rurales de los países industrializados.

⁶ Wertheim, W. F. (1975): Economía dualista, en Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Tomo IV, Ed. Aguilar.

En términos económicos, según Higgins⁹⁷ y Wertheim⁹⁸, a diferencia de lo que ocurre en la economía occidental, la economía oriental se caracteriza por “la elasticidad inversa de la oferta”, es decir, está caracterizada por las curvas de oferta de trabajo y de asunción de riesgos con dirección hacia la izquierda, o bien la reducción del esfuerzo económico ante mayores beneficios o salarios superiores. Aunque Boeke considera esta “anomalía” como típicamente dualista, también en las sociedades rurales de los países avanzados la falta de respuesta a los estímulos económicos, presiones oficiales y asesoramiento de expertos sigue siendo moneda corriente. La falta de interés en la búsqueda de beneficio no quita que Boeke señale el interés de los orientales por los beneficios especulativos y la “repugnancia consciente hacia la inversión de capital y los riesgos que lleva consigo”, hay poco interés en el terminado y en la precisión, no existen cualidades empresariales, no se llega a atender a los requerimientos mínimos de calidad y muestras, la oferta carece de elasticidad, no hay organización ni disciplina, tampoco existe una especialización local colectiva. Todo esto, afirma Boeke, está en abierto contraste con la industria del sector capitalista y occidentalizado de los países subdesarrollados. La política económica a seguir sería la de no injerencia, pues todo trasplante económico en forma de planificación para romper el bloqueo del desarrollo en estas regiones está abocado al fracaso. Es por esto que los procesos históricos del siglo pasado supusieron el servilismo y la subordinación de la economía rural precapitalista a los intereses de un capitalismo enérgico y en expansión, y han obstaculizado el crecimiento espontáneo de forma capitalista en esas zonas.

Según Higgins, la base empírica más sólida en Boeke se encuentra en que allí donde hay una gran densidad de población no se produce desarrollo económico, en el sentido que todo incremento de la producción global es totalmente absorbido por un correlativo aumento de la población que anula cualquier intento de aumentar la productividad. La aceptación por parte de Boeke del dualismo como un hecho irrevocable le lleva a un derrotismo respecto al fracaso en Indonesia de la “política ética” llevada a cabo por la administración holandesa cuando pretendió elevar el nivel de bienestar de los nativos entre 1900 y 1930, allí los holandeses hicieron gala de un enfoque científico e incluso universitario en materia de política colonial⁹⁹.

⁹⁷ Higgins, B. (1970): Desarrollo económico, op. cit. p. 267.

⁹⁸ Wertheim, W. F. (1975): op. cit., pp. 75-76.

⁹⁹ Ver explicación de Higgins, B. (1970): op. cit. en el apartado Enjuiciamiento de la teoría de Boeke, p. 271.

Destacaremos que la crítica de Higgins al planteamiento de Boeke radica en que este último achaca el dualismo a la naturaleza de la sociedad y que es más fácil explicar este fenómeno en términos económicos y tecnológicos, pues esta explicación es más sólida que la dada por Boeke en términos sociológicos¹⁰⁰.

A pesar de la invalidez de los supuestos teóricos de Boeke, hay varios rasgos característicos que merecen destacarse principalmente en el tema de las “necesidades limitadas”, en abierto contraste con las necesidades ilimitadas típicas de la economía capitalista sobre los incentivos económicos. Boeke señalará diversos casos como ejemplo de una racionalidad distinta que pueda sorprender al observador occidental: cuando el precio de la nuez de coco sea elevado es muy posible que se ofrezca menor cantidad y que una elevación de los salarios pueda provocar un menor rendimiento, si tres hectáreas son suficientes para abastecer a una familia los cultivadores no trabajarán seis. Respecto al nivel de estas “necesidades limitadas”, Higgins critica a Boeke que dé por asentado que los habitantes de los países subdesarrollados no puedan realmente imaginarse un nivel de vida más elevado, y no piensen en medios satisfactorios de gastar los incrementos de la renta o no divisen ningún medio sencillo de elevar su nivel de vida en base a sus propios esfuerzos o actividades. Higgins observa el incremento constante de las necesidades y formas de satisfacerlas, aunque sea a través de la obtención de objetos superfluos o de semilujo, y que el reto estaría en convertir estas necesidades en un resorte de crecimiento económico, haciendo ver a la gente la relación entre satisfacción de ellas y la distribución por el trabajo bien hecho, por el ahorro y por la asunción de riesgos, como una tarea difícil pero no imposible¹⁰¹. La caracterización de la mano de obra oriental como “pasiva, silenciosa, inorganizada, causal” es inaceptable, así como a las posibilidades de progreso técnico.

Lo mismo ocurre con la concepción sobre el aislamiento que produce la “repugnancia a la separación de la comunidad rural”. Higgins cita una serie de ejemplos y contradicciones que tumban las tesis de Boeke, cuando constata, al igual que otros economistas, que los incentivos económicos en los países subdesarrollados son tan determinantes para el desarrollo como en los países adelantados. A. Lewis y P. Baner dan ejemplos de ello en África, Malasia o Ceilán, donde los agricultores están dispuestos a cambiar el tipo de producción o su estructura productiva en función

¹⁰⁰ Ver Higgins, op. cit. p. 272.

¹⁰¹ Higgins, op. cit. p. 273.

de los alicientes de los precios, aumento de las necesidades, etc., incluso y en lo anecdótico: “algo tan profundamente arraigado en las costumbres tribales como el precio de las novias” varía apreciablemente con las condiciones económicas, señala P. Baner¹⁰².

Respecto a la amplitud del concepto de las economías dualistas, Higgins argumenta que tales economías no sólo se encuentran en los países subdesarrollados, con características de la “sociedad oriental” como reconocían Boeke, sino que las encontramos en la actualidad en los países desarrollados. Así por ejemplo, la actitud o preferencia por los beneficios especulativos y la aversión a la inversión de capital y a los riesgos es un hecho incluso en los países desarrollados, es decir, en cualquier economía. De la misma forma que el tildar el absentismo laboral y el rendimiento como fenómeno precapitalista, señala que estos fenómenos son típicos de cualquier sociedad que se estanca.

b) Los “círculos viciosos” de la pobreza en los países subdesarrollados y el papel del trasvase de mano de obra agrícola a la industria como solución.

El crecimiento equilibrado para los países subdesarrollados estará determinado por la lucha de la agricultura contra la industria, es lo que llevó a algunos economistas al hablar de deterioro en términos de intercambio entre los países subdesarrollados agrícolas y los países desarrollados industriales. Este debate acerca de la agricultura contra la industria es realmente el argumento más general, relativo a si un país subdesarrollado debe tratar de progresar en varias direcciones simultáneamente o si debe enfocar sus máximos esfuerzos en varios sectores básicos o “rectores” de la economía. En cierto sentido, ambos puntos de vista derivan del reconocimiento del mismo hecho; esto es: existe una interdependencia significativa entre los diferentes sectores económicos. Los defensores del crecimiento equilibrado pasan de este hecho a la conclusión de que el país debe lograr avances simultáneos en una amplia gama de actividades. Dada la interdependencia, cualquier esfuerzo aislado es probable que falle¹⁰³. Los críticos de esta tesis se encuentran en la conclusión opuesta, aunque partiendo del mismo hecho, como en el caso de Hirschman y Myrdall.

La crítica al comercio internacional como motor de desarrollo lidera-

¹⁰² Citado por Higgins, op. cit. p. 275.

¹⁰³ Gill, R. (1965): op. cit. p. 162.

da por R. Prebich y la CEPAL vino de una constatación empírica básica: la pérdida de dinamismo de la demanda de productos primarios en los mercados internacionales y que el beneficio iba para los países industrializados¹⁰⁴. La idea de que la tendencia del capitalismo a expandirse planetariamente traería consigo, de manera espontánea, el desarrollo de la periferia, ha sido criticada en primer lugar por esta corriente del pensamiento.

Pero antes de llegar a la concepción de los dependentistas, en la línea crítica al comercio internacional o la teoría de las ventajas competitivas como instrumento de elevación de la productividad, encontramos a Nurkse. Para este último, el comercio internacional supuso el desarrollo de un número considerable de países subdesarrollados durante la fase de la expansión de los países industrializados, agotada esta fase, los países subdesarrollados se encuentran ante el dilema del estancamiento o el crecimiento apoyado por impulsos generados internamente¹⁰⁵. La industrialización sería la única vía de desarrollo que les queda a los países que en la anterior fase se habían beneficiado de la exportación de productos primarios.

Nurkse, sin embargo, destaca que el proceso de industrialización no tiene por qué comportar una reducción de importaciones¹⁰⁶. La ruptura del "impasse" del subdesarrollo tiene que venir avalado por una serie de proyectos complementarios que no tienen que dejarse en manos de la iniciativa privada para romper la inercia de las estructuras subdesarrolladas, tal acción debe corresponder a una autoridad central. Para Nurkse, por tanto, los países subdesarrollados requieren una acción estatal urgente en sus economías.

La modificación estructural tanto para Nurkse como para Prebisch, como dice Furtado¹⁰⁷, implica un aumento de la participación del sector industrial en el producto. Pero esto no supone un crecimiento exclusivo del sector industrial, sino que corresponde a una expansión equilibrada de todos los sectores para satisfacer una demanda global que se diversifica con los incrementos de ingreso.

Según Nurkse, las razones de por qué los países subdesarrollados se encuentran en lo que se ha dado en llamar "los círculos viciosos" de la

¹⁰⁴ Raul Prebisch fue secretario ejecutivo de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) entre 1949-1963, secretario general de la UNCTAD entre 1963-1969 y director de la revista de la CEPAL en 1976. Véase diario "El País" de 10 de mayo de 1986 donde Ángel Serrano sintetiza su pensamiento de la Prebisch.

¹⁰⁵ Ver Furtado, C., op. cit. pp. 244 y 245.

¹⁰⁶ Ver Higgins, B. (1970): op. cit. p. 384. Ver también Elkan Walter (1975): Introducción a la teoría del desarrollo, Madrid, Alianza Editorial op. cit. p. 32.

¹⁰⁷ Celso Furtado, op. cit. p. 246.

pobreza y del estancamiento se explica porque dichos círculos se hallan entrelazados y de esta forma se perpetúan sus causas¹⁰⁸:

- 1er círculo: bajo nivel de ahorro como consecuencia de bajas rentas. De ahí bajo nivel de inversión que perpetúa la deficiencia de capital que explicaría la continuación de la pobreza.
- 2º círculo: la insuficiencia de rentas para satisfacer las exigencias nutritivas mínimas de la población perjudica la eficiencia física y con ello se reduce la productividad perpetuando las rentas bajas.
- 3er círculo: la pobreza origina bajo nivel de la demanda y a su vez explica la escasez de oportunidades de inversiones rentables, por consiguiente bajo nivel de inversión.

Para solucionar estos problemas, Nurkse propone romper el círculo con la inyección de inversiones extranjeras de capital o la ayuda exterior. La elevación de la productividad resultante, así como las rentas, serían suficientes para mantener el impulso de la formación de capital creado inicialmente.

Para ello, según C. Furtado, Nurkse partiendo de la dualidad agricultura atrasada – sector capitalista promueve una estrategia de modificación de las estructuras del subdesarrollo para romper el círculo vicioso, de esta forma el paro encubierto en el sector agrario puede movilizarse mediante políticas de reasignación de la mano de obra excedente a otras actividades. En el mismo sentido se manifiesta W. Arthur Lewis, cuando propone que la oferta ilimitada de trabajadores agrícolas con productividad baja o nula pueda reasignarse a sectores de mayor productividad¹⁰⁹. La solución es conocida, Lewis pone el énfasis en la creación de puestos de trabajo en el sector industrial, donde es posible organizar un núcleo capitalista de producción que absorba la mano de obra excedente en el sector agrario, todo dependerá del capital disponible. La mano de obra es mucho más elevada en el sector capitalista, en estas condiciones el excedente tenderá a crecer más rápidamente que el producto. Esta forma de explicar la forma capitalista de organización de la producción se difunde y tiende a absorber todos los factores de una colectividad cuya economía estaba anteriormente organizada a base de criterios precapitalistas¹¹⁰. El

¹⁰⁸ Walter, Elkan (1975): Introducción de la teoría económica del desarrollo, op. cit. Ver especialmente el capítulo 2º: Explicación de las rentas bajas, pp. 31 y 32.

¹⁰⁹ Frutado, C. (1979): op. cit. pp. 182 y ss.

¹¹⁰ Furtado, C. (1979): op. cit. pp. 184 y 198. Ver también Lluch, E.: Desarrollo Económico, op. cit., pp. 83 y 86.

proceso equilibrado de reasignación se termina cuando “una vez que las dos fuerzas de acumulación de capital y el cambio, aumentando en forma equilibrada la productividad de ambos sectores, han alcanzado este objetivo, el trabajo, al igual que el capital, se convierte en un factor escaso”¹¹¹.

Anteriormente Colin Clark¹¹² había propuesto centrarse en las estructuras de la producción a partir de la utilización del factor trabajo, es decir, en la concomitancia entre el aumento de la población activa en el sector secundario y la elevación del nivel de ingreso por habitante, para que en una fase posterior sea el sector servicios el protagonista del aumento. Como señala Raymond Aron, el libro “Las condiciones del progreso económico” dio pie a toda una corriente en la cual se incluye el ya citado Arthur Lewis y su “Teoría del Crecimiento”¹¹³. El objetivo de Colin Clark fue fijar de manera estadística las características fundamentales del crecimiento económico, sin analizar en virtud de qué mecanismos han sido obtenidos los datos estadísticos, es decir, observa el valor de la producción en los diferentes sectores, sin analizar los mecanismos, causas o condiciones necesarios para el crecimiento económico.

El estudio de la distribución del crecimiento por sectores vendría determinado por el principio que rige todo el análisis de C. Clark, la primera premisa es que aun siendo el progreso técnico un fenómeno fundamental, éste está subordinado a la modificación de las distribuciones de la producción, de la mano de obra y de los valores producidos según sectores. Ante la comprobación de que el ritmo de crecimiento es desigual según sectores, lo que habría que hacer sería modificar la importancia respectiva en cada uno de ellos: desde el punto de vista de la distribución de la mano de obra, desde el punto de vista de la distribución de la renta nacional y, por último, desde el punto de vista del valor producido per cápita por trabajador. Más en concreto, el progreso técnico requiere que se disminuya la parte de la población dedicada a la agricultura. La parte de la población excedente se transfiere a la industria. Esta transferencia está determinada por la desigualdad del progreso técnico y por la satura-

¹¹¹ Ramis G. (1975): Teoría del crecimiento económico. Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, op. cit. p. 244.

¹¹² La obra "La teoría del crecimiento económico" de A. Lewis fue escrita 15 años después que la obra de Colin Clark y se beneficia de los trabajos realizados entre 1940 y la fecha de la publicación del libro en 1955. Véase Raymon Aron (1971): Dieciocho lecciones sobre la Sociedad Industrial, Ed. Seix-Barral, Barcelona, pp. 133 y ss. Aron analiza la obra de Colin Clark e incluye en esta tendencia las obras de M. Foutastie: M. (1960): Le Grand espoir du XX siècle, L'Economie de 1960, op. cit. p. 166.

¹¹³ W. Arthur Lewis (1955): The theory of economic growth, Londres, Allen and Unwin.

ción de las necesidades¹¹⁴. A partir de cierta suma de ingresos las cantidades que se destinan a la adquisición de víveres dejarían de aumentar. De igual modo interviene la saturación de las necesidades primarias en el conjunto de la sociedad, y entonces la mano de obra susceptible de producir en cuantía superior a tales necesidades se transfiere al sector secundario o al terciario.

Lo que permite el progreso técnico, al fin de cuentas, es el capital disponible por trabajador. Aunque su implantación es más o menos rápida según los sectores, en el secundario es más rápida que en el primario. Las diferencias de nivel técnico se traducirán en cambios incesantes en la distribución de la producción, en los precios, en la distribución de la renta, en la distribución de la mano de obra. La desigualdad de ritmo de progreso técnico provoca desequilibrios renovados constantemente, de esta manera la mano de obra en el sector primario será reducida al mínimo y pasará a engrosar el sector secundario, hasta que la mano de obra reducida a mínimos en el sector primario y secundario pase a engrosar el sector terciario. En este momento se alcanza lo que Fourastie llama "estado estacionario", es decir, llegaría al término del progreso técnico¹¹⁵.

Para estos autores estaba claro, pues, que no puede haber desarrollo sin industrialización y por tanto la orientación teórica se centraría en este hecho. Como señala C. Furtado, "se asistió entonces al desarrollo de la especulación teórica acerca de las condiciones que debe poseer un país para que su economía se desarrolle con rapidez y estabilidad. Volvía a escena la idea de que el desarrollo se hace mediante el recorrido y superación de una secuencia de fases, al modo de una carrera de obstáculos¹¹⁶."

A lo anterior se une que la agricultura no sólo debe proporcionar mano de obra al proceso de industrialización, sino también productos agrarios baratos. La tesis de que el desarrollo industrial debe ir precedido de un desarrollo agrícola encuentra uno de sus principales exponentes en Paul Bairoch¹¹⁷. En la misma tendencia encontramos autores que promocionando ideas de "modernizar la agricultura", o incluso con medidas más drásticas de "reforma agraria", tratan de apoyarse en la transforma-

¹¹⁴ Ver Raymond Aron op. cit. pp. 138 y ss.

¹¹⁵ Raymond Aron op. cit. pp. 140 y 141. Aron subraya que "a título de utopía, esa concepción no es absurda. Poco importa, de momento, saber si ese estado estacionario será o no alcanzado".

¹¹⁶ Celso, F. op. cit. p. 129.

¹¹⁷ Bairoch, P. (1967): *Revolución industrial y subdesarrollo*, Ed. Siglo XXI. Ver especialmente el capítulo 5º de la 2ª parte: *La agricultura, factor determinante del cebo para lanzar el desarrollo*.

ción del sector agrícola como un elemento imprescindible de la industrialización. Schultz y Boserup son partidarios de modernizar la agricultura mediante introducción de técnicas modernas así como la creación de canales para la comercialización. Dumont, por ejemplo, se inclina más por medidas más profundas de reforma agraria. Sin embargo, todos coinciden en un punto: la necesidad de actuar sobre la agricultura para que esta proporcione a la industria la base de su desarrollo¹¹⁸.

El caso de Bairoch¹¹⁹ es significativo, por cuanto al tratar el problema del subdesarrollo y las dificultades del “despegue” de los países subdesarrollados, aparte de los elementos demográficos y técnicos introduce ciertos aspectos sociales y políticos: el problema de las mentalidades, de las estructuras sociales, de los regímenes y las instituciones políticas, que acompañan al factor “cebo” del desarrollo. Aunque Bairoch anota que no hay que confundir el factor determinante del “cebo” con la causa única, porque ese factor pudo estar y generalmente fue acompañado de otros cuya influencia se ejecutó en la misma dirección. Una vez resuelto el factor determinante, conviene identificar los mecanismos que permitieron y desencadenaron un movimiento generalizado de crecimiento, siendo éste el segundo objetivo de su análisis. Para justificarlo parte de dos ejemplos clásicos: Inglaterra y Francia, añadiendo Bélgica y Japón, que les permitan verificar sus hipótesis. Así, estudiando a través de las estadísticas el progreso de la técnica, la presión demográfica, el sistema financiero y la acumulación de capital, trata de justificar los motivos que le llevaron a tomar la agricultura, o más exactamente el aumento de la productividad agrícola, como factor determinante, bajo cuyo impulso obraron múltiples mecanismos que favorecieron el desarrollo general y acumulativo de la economía.

Bairoch se planteará el mismo esquema para los países subdesarrollados, dado que las economías subdesarrolladas se caracterizarían por una bajísima relación entre los recursos materiales y los humanos, y por una tecnología atrasada, esto da lugar a niveles de renta ínfimos, a que gran parte de la población esté en paro declarado o encubierto, a que el crecimiento esté en función de un nivel bajo de ahorro consecuencia de las

¹¹⁸ Para una crítica a la concepción de cómo la agricultura sirve de sostén al proceso de industrialización y urbanización, véase el análisis de Furtado, C. (1975): *Teoría y política del desarrollo económico*, especialmente el Cap. 15: *Agricultura y Subdesarrollo*, pp. 191 y ss.

¹¹⁹ Bairoch, P. (1973): *El tercer mundo en la encrucijada*, Alianza Editorial, especialmente la primera parte. En la misma línea que P. Bairoch podemos considerar a Niveau M. (1981): *Historia de los hechos económicos contemporáneos*. Ed. Ariel. Véase especialmente Título I: *La revolución industrial*.

rentas bajas, sumado a bajos niveles de iniciativa empresarial y de tecnología. La figura de la locomotora tirando del tren del subdesarrollo precedente del modelo de Rostow sigue estando presente en estos planteamientos sobre las economías subdesarrolladas. Aunque la mayoría de los análisis anteriores se orientan hacia la política económica, está claro que en el fondo la intención de aquellas está en el traslado de los elementos teóricos del crecimiento de los países industrializados a los no industrializados, es decir, las formas de crecimiento pueden ser extrapoladas¹²⁰.

En resumidas cuentas, como dice Cardoso, el pasaje de las sociedades agrarias tradicionales a las sociedades modernas suele hacerse a partir de enfoques basados en criterios que, como en estos ejemplos, alejan el análisis económico de las condiciones sociales del desarrollo, u otros que sólo ven las fuerzas sociales que desencadenan el proceso de industrialización minimizando la importancia de la “estructura del sistema productivo”. De esta forma aparece el cambio social como el resultado de un mecanismo en que “factores” económicos determinados obran para producir un “resultado” económico, sin referencia a las modificaciones que se verifican en las relaciones entre los hombres y en los proyectos de acción colectiva; o bien el “despegue” para la modernización de la economía pasa a ser el resultado de la interferencia de motivos psicosociales en un conjunto de hombres que ejercen el papel de “elite dirigente” y animen los riesgos de la aventura del futuro, tratando de imprimir a toda la sociedad la marca peculiar de los designios del grupo social al que pertenece¹²¹, como veremos en el siguiente apartado.

2.2. Los enfoques sociológicos sobre las teorías de la modernización: modelos ideales, transculturización y factores psicológicos en el desarrollo

En esta época la pasión por el dualismo cultural de las sociedades subdesarrolladas para los economistas se corresponde, en el campo de la sociología, con la elaboración de tipologías bipolares a través de la crea-

¹²⁰ Bairoch, P. (1967): El tercer mundo en la encrucijada, op. cit. ver 2ª parte.

¹²¹ Para esto vease Cardoso F. H. (1965): Análisis sociológicos del desarrollo económico. Revista Latinoamericana de Sociología, Vol. I, n° 2 Artículo aparecido bajo el nombre: Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina, Santiago de Chile: Editorial Universitaria en 1965. Este artículo también pertenece al capítulo segundo de Empresario industrial e desenvolvimento economico no Brasil, Sao Paulo, Difusão Europeia do Livro, en 1964.

ción de modelos ideales, con los modelos difusionistas que se interesan por la transculturación, con los enfoques psicológicos, etc., analizados y criticados magistralmente por A. G. Frank¹²² y F. H. Cardoso¹²³.

Efectivamente, la concepción de los obstáculos al desarrollo desde una perspectiva sociológica supone partir de una sociedad dual en la que la sociedad tradicional-agraria es una sociedad homogénea, pequeña, y aislada, que se ve zarandeada por factores externos, entre los cuales la tecnología juega un papel principal, y otros de tipo político-institucional, pautas de consumo, etc.¹²⁴ El hecho de remitirse a la sociedad rural cerrada no impide que pueda existir un polo opuesto de referencia: la sociedad tecnológica-industrial¹²⁵.

Siguiendo a Hoselitz y Moore, las dicotomías estructurales (que ya fueron propuestas por Reddift) tienen su base en la distinción que hizo Max Weber entre acción de tipo tradicional y acción de tipo racional. Reddift ha reiterado frecuentemente el punto de vista de que los actos sociales, de una sociedad rural o de estilo rural, no son actos de "interés único" sino de "interés múltiple". Esto significa que la actividad productiva, por ejemplo, no tiene un fin económico: se la concibe también como una actividad conteniendo elementos rituales, elementos que pertenecen a la estructura social o los relativos a la cohesión social, con fines políticos u otros. Esta auténtica "multidimensionalidad" de todo comportamiento social en las sociedades rurales aparece como el punto fundamental de algunas dificultades para producir transformaciones en dicho comportamiento. Si el comportamiento social fuera unidimensional, la transformación sería relativamente fácil. Sin embargo, cualquier acción, además de estar dirigida hacia un objetivo específico, se encuentra dirigida simultáneamente hacia otros objetivos. En pocas palabras, un acto tal como plantar, regar o realizar un intercambio no es concebido únicamen-

¹²² Frank, A. G. (1971): *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la Sociología*. op.cit.

¹²³ Cardoso, F.H. (1963): op. cit.

¹²⁴ En este sentido es necesario ver el trabajo de Francisco Marsal: *Dependencia e independencia: Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo XX*, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp.36 y ss.

¹²⁵ Para comprender las consecuencias sociales del cambio técnico en las sociedades tradicionales pueden ser paradigmáticos los trabajos de Hoselitz, B.F. y Moore, W.E. (1971): *Industrialización y sociedad*, Ed. Euroamérica, 1.971, pp. 20 y ss. Un artículo que se sitúa en el mismo sentido es el Neil J. Smelser: *Mecanismos y ajuste del cambio*, en *Industrialización y Sociedad*, en el mismo libro. El artículo también de Hoselitz, B. F. (1975): *Aspectos no económicos del crecimiento*, aparecido en la *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, Ed. Aguilar, Tomo III, pp. 250 y ss. La 1ª edición de *Industrialización y Sociedad* en inglés corrió a cargo de la UNESCO en 1963.

te como una actividad productiva, sino simultáneamente como un acto que mantiene la estabilidad y la adecuación de la situación dentro de dicha cultura¹²⁶.

Hoselitz destacó también el énfasis que Tönnies había puesto en el significado de comunidad y la diferenciación entre ésta y la sociedad (*Gemeinschaft-Gesellschaft*). Esto ha hecho que los análisis de los obstáculos al desarrollo encuentren su justificación en la “pequeñez” de la comunidad rural. La argumentación es que la pequeña comunidad tiene su origen, a menudo, en grupos de carácter tribal o constituidos por grupos de parentesco (“es corriente que aparezcan como grupos tribales, pero también pueden constituir comunidades aldeanas, castas u otras asociaciones basadas en lazos de parentesco o que se aproximan al parentesco o en la ocupación conjunta de una pequeña zona”). Así pues, la geografía y el parentesco se refuerzan y la pequeña comunidad puede considerarse en ciertos contextos culturales como una unidad cerrada en una concha. En el proceso de desarrollo surgen fuertes tendencias a romper este aislamiento y a ligar a sus miembros a diferentes formas y relaciones sociales con el exterior¹²⁷. El hecho de que en las naciones subdesarrolladas existan todavía estos grupos altamente particularizados, y que en algunos casos posean gran consistencia, hace que sean un obstáculo al desarrollo. Tönnies veía una tendencia hacia la *Gesellschaft*, siendo éste un proceso en que las comunidades primitivas tradicionales apretadamente unidas se rompen y descujan para ser reemplazadas por una sociedad lineal grande y urbanizada en la que las relaciones humanas son impersonales e instrumentales. Como los teóricos de la ascensión lineal, Tönnies ve una tendencia clara, irreversible, aunque como dice Etzioni, valora esta tendencia de forma ambivalente: por un lado, la sociedad moderna ha hecho que el hombre sea más libre, más culto y con mayor nivel de vida, pero, por otro lado, también aporta aspectos negativos como la enajenación, atomización y la impersonalidad¹²⁸.

En el mismo sentido va el pensamiento de Max Weber cuando analiza el rompimiento de la sociedad tradicional y admite un periodo cíclico en el que un jefe carismático con su equipo legitima una nueva situación de poder rompiendo con la “rutimización del carisma”. De esta forma se acerca al punto de vista del desarrollo lineal al considerar el desarrollo de

¹²⁶ Hoselitz B. F. y Wibert E. Moore (1971): *Industrialización y Sociedad*. op. cit. pp. 20 y 21.

¹²⁷ Hoselitz op. cit., p. 21 y ss. y el artículo del mismo autor: Aspectos no económicos del crecimiento, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. op. cit. Tomo III, p. 250.

¹²⁸ Amitai Etzioni: *Los cambios sociales F.C.E.* op. cit., pp. 13 y 14.

la cultura como un proceso de racionalización creciente. Aunque Max Weber no relaciona nunca los dos temas, insinúa que la estructura social se pone al nivel de desarrollo cultural bajo la acción de los periodos carismáticos; en esos momentos la estructura social está abierta a la reorganización por sistemas culturales cada vez más racionalizados. Por eso es importante en Max Weber la distinción entre acción tradicional y acción tradicionalista. Realmente, el concepto de acción tradicional que permanece en las sociedades modernas es distinto del concepto de acción tradicionalista como resurrección de una sociedad pasada. La acción tradicional aunque a veces en conflicto con la modernización es un elemento reforzador de la estabilidad en periodos de cambio rápido¹²⁹.

Como afirma Guy Rocher la atención estaba polarizada con excesiva intencionalidad en torno a la descripción y al análisis de las estructuras y el funcionamiento de la organización social de la sociedad tradicional. Pero la evolución de los estudios de antropología a partir de la desviación de su atención hacia comunidades y agrupaciones insertas en la estructura de la sociedad industrial capitalista hizo que ciertos aspectos de la evolución comenzaran a tomarse en cuenta, este fue el caso de Kroeber, Barnett y Smelser¹³⁰. Otros como Moore, Hoselitz y el propio Smelser, en sus artículos aparecidos en la revista *Industrialización y Sociedad* en 1963 justifican el resquebrajamiento del sistema de valores de la sociedad tradicional al contacto con la sociedades modernas.

La ruptura de las estructuras de la sociedad tradicional-agraria en los países subdesarrollados se suele explicar por la existencia de un centro difusor tanto de conocimiento, pericia, organización, valores, tecnología y capital, que se identifica con los países y regiones industrializadas; si el subdesarrollo se mantiene en ellas, es debido a los obstáculos o resistencia al proceso de difusión¹³¹. El difusionismo, por tanto, acepta un cierto grado de desorganización y afirma que, efectivamente, el sistema social bien integrado no existe. Así, los cambios que ocurren en la sociedad receptora (al igual que ocurre en la sociedad emisora cuando las estructuras cambian) son parciales en un principio, y se propagan del sector o sectores iniciales a otros, pues raramente cambian todas las partes de una sociedad.

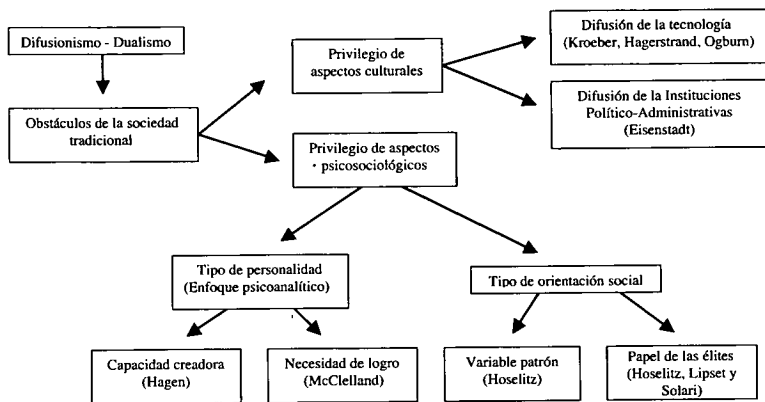
¹²⁹ Ver Hoselitz: *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*. Tomo III, op. cit., p. 251.

¹³⁰ Rocher, G. (1980): *Introducción a la Sociología General*. Ed. Herder. Barcelona, p. 404.

¹³¹ A esta perspectiva A. Gunder Frank la ha calificado de difusión o "aculturacionista", en su artículo: *Sociologie du developpement et sous-developpement de la Sociologie*, op. cit. p. 107 y ss.

Una panorámica de estos tipos de análisis lo planteamos en el gráfico 2:

GRAFICO 2
ANÁLISIS DOMINANTE – TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN



Fuente: Elaboración propia.

2.2.1. La difusión de las estructuras del desarrollo y el freno de las culturas receptoras. La tecnología y las instituciones¹³²

Esta perspectiva¹³³ privilegia la transferencia de los elementos culturales de los países desarrollados a los subdesarrollados. Como señala Gunder Frank: Occidente (considerado como la comunidad Atlántica de países desarrollados y sus ramificaciones ultramarinas) difunde conocimiento, pericia, organización valores, tecnología y capital hacia una nación pobre, hasta que con el tiempo, su sociedad, su cultura y pobla-

¹³² Aunque Havens en este enfoque incluye a Rostow, Hirschman, Barnett, Rogers, Hoselitz y Levy; por diferencias metodológicas a Rostow e Hirschman se han incluido dentro de los enfoques económicos y cada uno según sus señas de identidad más características. Rotow lo identificamos con el "etapismo" e Hirschman con el desequilibrio en el desarrollo. Hoselitz lo hemos incluido en los modelos ideal – tipo de la visión sociológica.

¹³³ Frank G. (1967): op. cit. en Cahiers internationaux de Sociologia XLII, lo traduce como "methode diffusionniste et aculturationniste". En la traducción castellana de Anagrama como "enfoque difusionista".

ción se convierten en variantes de lo que hizo la comunidad del Atlántico económicamente próspera; si el subdesarrollo se mantiene es debido a los obstáculos o resistencia a esta difusión. El subdesarrollo supone ser el primitivo estado tradicional¹³⁴.

Kroeber argumenta que la difusión es el proceso habitual, pero no necesariamente gradual, a través del cual se propagan elementos o sistemas de la cultura; de tal forma que un invento o una institución nueva aceptados en un lugar son adoptados en zonas vecinas, y en algunos casos siguen siendo acogidos en zonas contiguas, hasta que quizá se difundan por todo el mundo. Kroeber arranca del principio de que la cultura al difundirse no lo hace de forma homogénea y que además no la reproduce de un modo mecánicamente previsible; si no hubiese sido así, todas las poblaciones habrían asimilado la misma cultura. Este hecho sería debido a los frenos y limitaciones que imponen las culturas receptoras en forma de resistencia al desplazamiento¹³⁵. “La resistencia (a la difusión) se debe a la presencia en las culturas receptoras de elementos y sistemas que son, o se les deja que sean, inconciliables con las características o el sistema invasor y, por lo tanto, tienden a bloquearlos frenando su difusión ulterior”. Con frecuencia la presencia de hábitos culturales (costumbres, creencias, ideologías), esencialmente análogos a los nuevos elementos que el sistema invasor quiere introducir, encuentran obstáculos a veces muy poderosos¹³⁶ que en ocasiones impiden o facilitan la difusión, sin embargo; son por lo menos determinables de un modo aproximado¹³⁷. El desplazamiento en el tiempo y en el espacio de ciertos elementos o sistemas en el “territorio” de una sociedad receptora, creando islotes culturales, puede deberse a instituciones y costumbres que persisten el tiempo o bien a creaciones paralelas a la difusión.

Esta perspectiva parte del supuesto de que las partes de un sistema social son interdependientes, de tal forma que los cambios que se pro-

¹³⁴ Gunder Frank, op. cit. pp. 9 y 50.

¹³⁵ Kroeber, A. L. (1968): *Difusionismo*, en Etzioni, A. (1968): *Los Cambios sociales. Fuentes, tipos y consecuencias*, México, F.C.E. p. 135. En este libro realiza una recopilación sobre estas perspectivas.

¹³⁶ Kroeber de forma anecdótica se refiere a la dificultad de difusión del té en un país que esté acostumbrado a tomar café o a las dificultades que encontraron dos religiones monoteístas como el mahometismo o el cristianismo en expandirse una en el territorio de la otra. Ver Kroeber op.cit.p. 135.

¹³⁷ Riesman, D. (1968): “Del intradirigido al extradirigido”, en Amitai Etzioni (1968), op. cit., pp. 339-348.

duzcan en un área tendrán como consecuencia la producción de tensiones en otra, cuya principal reacción será la adaptación, puesto que el sistema global debe permanecer en equilibrio. Como novedad el planteamiento de partida aceptando un sistema social integrado, en el que las necesidades de los individuos y grupos son eficazmente satisfechas y por ende los individuos y grupos se sienten solidarios con las orientaciones que propugna el sistema, está totalmente descartado. Se acepta, por una parte, el equilibrio inestable y un cierto grado de desorganización social provocado por el tamaño y la complejidad de la sociedad moderna, y, por otra parte, la aceleración de los cambios en todas las estructuras.

Moore viene a demostrar también que el modelo de la sociedad perfectamente integrada es una ficción analítica útil para muchos propósitos, pero que no debe identificarse con las sociedades primitivas o agrarias¹³⁸. Entre las fuentes de tensión y violencia figuran, por lo menos, las incertidumbres en la socialización de generación en generación, las innovaciones fortuitas y las exigencias del papel competidor, produciendo escasez de tiempo, dinero y energía (o de fidelidad afectiva). El hecho de aceptar la penetración de las normas occidentales, hace que esta interferencia pueda ser favorable para el desarrollo siempre y cuando los valores sean favorables para ello. Así para satisfacer la gran complejidad de móviles, Moore afirma: “los hombres trabajarán por tantas razones como valores haya para seguir con dicha actividad y se negarán a trabajar cuando ello no sirva a sus valores”. Como dentro del esquema del trabajador de una zona no desarrollada no entra ni la elevación del consumo ni la posición social, habría que aumentar esa demanda mediante el saber, la instrucción y la creación de valores nuevos. Por tanto, para Moore, el desarrollo económico de una zona atrasada se ve afectado por las actitudes que adopte la mano de obra local; parece evidente que no son suficientes las aptitudes entre los trabajadores potenciales de las zonas no desarrolladas si no se dedican recursos suficientes para la educación para que surja una economía industrial. Así Moore dirá: “no es nada sorprendente que los nuevos dirigentes nativos tiendan a ser agitadores políticos y no administradores económicos, en vista de la política colonial y de las políticas económicas”¹³⁹.

¹³⁸ Moore Wilbert E. (1968). Aspectos motivacionales del desarrollo, en Amitai Etzioni op.cit., p. 268.

¹³⁹ Ibidem, p. 270.

a) *La difusión de las innovaciones.*

Ciertos autores, como Hagerstrand, vienen a corroborar esta perspectiva y han hecho hincapié en que el principio del efecto acumulativo a nivel tecnológico también se da a nivel cultural¹⁴⁰. Este principio parte de que una innovación (invento técnico, por ejemplo) es viable siempre y cuando aparezcan los elementos competentes que hagan posible su producción y difusión. A su vez esto requiere centros de producción y difusión. La atracción de los individuos por éstos hace que durante ciertos períodos históricos los centros innovadores y difusores sean centros de concentración del saber y de tecnología. La coincidencia de los centros de innovación y difusión es a veces real, pues los centros de difusión frecuentemente son puntos desde donde irradian las innovaciones procedentes desde el exterior, esta misión es asumida por los centros urbanos, siguiendo el principio de que la densidad de población provoca un mayor intercambio de información y por tanto de transmisión y, en consecuencia, de progreso, en esta lógica se puede ver la influencia del esquema durkheniano.

La influencia personal en la extensión de una innovación la han destacado autores como Katz¹⁴¹, que trata de explicar cómo la innovación se difunde en las sociedades tradicionales. El ritmo de la extensión de la innovación no suele ser muy rápido, ya que los individuos que aceptan el cambio son a menudo individuos marginales o desviados, si bien la “conversión” (a la tecnología) de un líder formal es a veces suficiente para convertir a todo el grupo. Las relaciones de intercambio e información se ven limitadas por las relaciones intergrupales, puesto que la transmisión de un grupo a otro depende de la naturaleza de las relaciones sociales que existan entre ambos, y de otras circunstancias, como la distancia y los obstáculos físicos. Katz argumenta con otros autores que los mensajeros del conocimiento científico, la técnica, las instituciones y la cultura del mundo occidental, como los mercaderes, los misioneros, los administradores, los técnicos, etc., son los promotores del cambio que vendría determinado por el carácter de sus relaciones personales con el grupo que traten de influir, por su capacidad para comprender y emplear adecuadamente los canales de comunicación existentes, por la compatibilidad de su mensaje en el sistema de valores del grupo en cuestión y con los intereses creados, como ya habían señalado algunos antropólogos como Gluckman¹⁴².

¹⁴⁰ Hagerstrand T. (1975) Difusión de innovaciones, en Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Tomo III, pp. 686 y ss.

¹⁴¹ Katz, Elihu (1975): La influencia interpersonal (en la difusión). Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales. Ed. Aguilar, op. cit., p. 690.

¹⁴² Katz Elihu, op. cit., p. 691.

Sin embargo, si bien la influencia personal para unos es un canal de comunicación que funciona primordialmente al servicio del cambio, otros estudios de sociología rural han demostrado que en ciertas circunstancias no ocurre esto, ya que cuantos más agricultores con los que otro agricultor habla tanto más tarda éste en aceptar una innovación, pues aunque a veces la intercomunicación personal constituye una fuente de información, ésta puede constituirse en un freno. Por lo tanto, la innovación dependerá de la personalidad y de las personas a quien influya, puesto que la resistencia al cambio puede venir hasta de parte de grupos progresistas. En consecuencia, como afirma Etzioni, la innovación y su aceptación no surge de forma fortuita, aunque ella puede aparecer de forma espontánea, no deliberada, sin ninguna planificación, y lo que es más, sin deseo alguno. Es indudable que para que aparezca depende de un requisito básico: por un lado, de que haya aparecido un tipo nuevo de pensamiento o de acción humanos, y, por otro lado, de la mayor o menor urgencia de las necesidades sociales, de la flexibilidad de la sociedad y del grado de institucionalización del cambio. Para que la innovación sea aceptada debe estar de acuerdo con las necesidades e interés de la sociedad y debe ser compatible con la estructura social¹⁴³.

También para W. Ogburn, la tecnología aparece como elemento fundamental del cambio, poniendo en relación el crecimiento cultural y el número de inventos mecánicos¹⁴⁴. El diferente ritmo de cambio es la base del “retraso cultural”, en el sentido de que las diferentes partes de la cultura moderna no cambian a la misma velocidad, puesto que hay una correlación de interdependencia entre las partes. Esto supone que un cambio rápido en una parte lo requiere automáticamente en las diversas partes correlacionadas. Como la cultura inmaterial, llámese derecho, organización social, instituciones políticas, etc., no suele seguir el ritmo de la cultura material, existe un intervalo entre los ritmos de cambio de las dos culturas que origina una serie de problemas y conflictos. Se trata de la conocida hipótesis del “rechazo o retraso cultural” (“cultural lag”). Las adaptaciones a los cambios pueden, en este sentido, llevar mucho tiempo; si la adaptación tarda en sincronizarse, las costumbres o tradiciones que permanecen pueden ser dañinas para la misma situación. Así, la progresiva des-

¹⁴³ Amitai Etzioni (1968): Introducción a los procesos de cambio: iniciación, difusión, terminación en Etzioni, A, op. cit., p. 361.

¹⁴⁴ Ogburn, W. (1962): *Social change*, Wiking Press, Nueva York, citado por González Seara, L. (1976): *Sociología, aventura dialéctica*. Ed. Tecnos, Madrid, 1976, p. 224. También se puede ver Ogburn, W. (1968): La hipótesis del retraso cultural, en Amitai Etzioni op. cit., p. 409.

trucción de los bosques en EE.UU. viene determinada por esta falta de adaptación, pues las viejas costumbres en la política de explotación de bosques duró más de lo debido, cuando deberían haberse adoptado formas de conservación propugnadas por los centros intelectuales.

Estos planteamientos nos llevan al proceso, es decir, al concepto de "cultura adaptativa". De tal forma que si el concepto de difusión ha sido empleado para denominar la propagación de un elemento dentro de una cultura, el de adaptación lo ha sido para indicar el proceso de legitimación de los elementos de una cultura en otra¹⁴⁵. La asincronía entre las partes de la cultura o la transformación de la mentalidad y el ritmo tecnológico se debe a un retraso de la primera con respecto a la segunda. Esta hipótesis implica automáticamente que cambia primeramente el sector técnico y científico y los demás tratan después de adaptarse a la nueva situación. Pero como la cultura anterior se resiste a la innovación, el proceso de adaptación puede resultar muy lento y el retraso muy considerable. No se trata de que la utilización del invento encuentre resistencias, se trata de la forma cultural en la nueva situación. El término "cultura adaptativa" consiste en ajustar los cambios culturales a las condiciones materiales, dicho en otros términos, la cultura inmaterial (los procesos y costumbres populares e instituciones sociales) comprende en algunas de sus partes ciertas reglas implícitas en el manejo de dispositivos técnicos, y otras partes lo están directa o parcialmente relacionados con él, como la religión, por ejemplo. La familia hace algunos ajustes para acomodarse a condiciones materiales modificadas, mientras permanecen constantes algunas de sus funciones. Las adaptaciones a los cambios pueden durar mucho tiempo, si la adaptación tarda en sincronizarse las costumbres y tradiciones pueden ser dañinas para la nueva situación¹⁴⁶.

b) La difusión de las instituciones políticas y administrativas.

Si lo dicho anteriormente ocurre con la tecnología, otro tanto sucede con la difusión de formas políticas y administrativas ante la oposición a los cambios que ejercen las estructuras del poder tradicional, como Eisenstadt sostiene¹⁴⁷. Smelser destacó el fenómeno del nacionalismo como una de las sali-

¹⁴⁵ González Seara op. cit. p. 225.

¹⁴⁶ W. Ogburn, op. cit., p. 210, pone un ejemplo sugestivo entre cambios en la industria y el sistema educativo. Otro, como que las viejas costumbres de explotación de bosques en USA duró más de lo debido cuando debería de haberse adoptado formas de conservación propugnadas por los centros intelectuales, siendo esta la principal causa de su destrucción.

¹⁴⁷ Eisenstadt, S. N. (1964): Desarrollo político, en Amitai Etzioni, op. cit., p. 280 y ss.

das y condición “sine qua non” para la industrialización en las sociedades subdesarrolladas. Los costos, inconvenientes, sacrificios y pérdidas de valores tradicionales pueden ser justificables por medio de esta trascendente ambición colectiva: el Estado-Nación. Cuanto más elevados sean los obstáculos que la industrialización debe salvar, más intenso ha de ser el nacionalismo para que tales obstáculos puedan ser superados¹⁴⁸. De esta forma el nacionalismo se convierte en un factor privilegiado de desarrollo, al ser un eficaz instrumento para romper las estructuras del poder tradicional.

Esta perspectiva reconoce que las sociedades subdesarrolladas fueron puestas en inferioridad de condiciones de forma dependiente y desequilibrada en relación con las potencias europeas al tratar de imponer sus formas políticas. Siguiendo a Eisenstadt, fueron el producto de un conjunto de factores negativos pertenecientes a la sociedad tradicional los que han hecho que en los países subdesarrollados se justifique el predominio del poder ejecutivo en cualquier forma de gobierno, como consecuencia de los frenazos y malformaciones que han sufrido las instituciones políticas occidentales en los países subdesarrollados. La implantación de estas instituciones y su “consolidación” se divide en dos etapas: la colonial y la de independencia (la dualización y las formas de difusión). Aceptando que todo proceso de transición y cambio en las sociedades subdesarrolladas fue y sigue siendo desequilibrado entre países, el desequilibrio se produce sobre todo en el interior de las sociedades de los países subdesarrollados, estableciéndose una dualidad entre las instituciones centrales penetradas por la influencia occidental y la sociedad tradicional que, si bien ha cambiado, sigue siendo el otro polo del desequilibrio institucional. Eisenstadt acepta que la mayor parte de los cambios introducidos directa o indirectamente por las potencias coloniales (o por las autoridades “tradicionales” de las sociedades independientes que cooperaron con las potencias europeas) se enfocaron sobre instituciones centrales de la sociedad en el campo político: la implantación de sistemas unitarios de administración, la unificación o regulación de los impuestos, el establecimiento de procedimientos de tribunales modernos y la implantación de tipos limitados de representación, etc.

Más adelante aparece la dualidad como consecuencia del frenazo que ejercen las instituciones de la sociedad tradicional a la expansión lógica de las instituciones y las orientaciones del cambio que imponen las sociedades occidentales¹⁴⁹. A pesar de la desorganización social que supuso

¹⁴⁸ Smelser, Neil (1964): Mecanismos de cambio y ajuste de cambio, en Amitai Etzioni, op. cit., pp. 57 y 58.

¹⁴⁹ Eisenstadt, S. N. - Desarrollo político en Amitai Etzioni (1968) op. cit. p. 280,

esta intromisión, “lo importante –señala Eisenstadt– es que los gobernantes procuraron, en la medida de lo posible, que los cambios no rebasaran los sistemas tradicionales, y la mayor parte de sus esfuerzos administrativos en el plano local se dirigían a reforzar las organizaciones y las relaciones existentes, a mantener la paz y el orden y a reorganizar los sistemas de tributación”. En ello habría una contradicción básica: por una parte, se hacían intentos para crear ambientes administrativos, políticos y económicos amplios y modernos; mientras que, por otra parte, los cambios debían limitarse y basarse en subgrupos relativamente inmutables y en actitudes y lealtades tradicionales. Así, mientras la administración intentaba introducir innovaciones (en particular impuestos nuevos y mejores métodos de administración fiscal) se trataba de hacerlo dentro de un ambiente social relativamente inmutable, con la finalidad implícita de limitar los cambios en materias técnicas.

Eisenstadt acepta que, si bien en el plano económico se hicieron mayores esfuerzos para integrar las comunidades indígenas en la economía de mercado, sin embargo, en el plano político no fue así a consecuencia del interés de las potencias coloniales o los gobernantes indígenas por mantener la fidelidad política y no desequilibrar el sistema colonial. Efectivamente, las potencias coloniales a través de los gobernantes indígenas estaban más interesadas en la fidelidad que no en la formación de estructuras políticas. La nueva estructura político-administrativa se basaba en orientaciones limitadas a cambios técnicos y administrativos para la población en general, y en una adhesión más general y activa para un grupo muy limitado y selecto¹⁵⁰. Esta situación, en la que los cambios se limitaban a aspectos técnicos dejando casi intacto los sistemas de fidelidad tradicionales, debería cambiar con el tiempo. El motivo vendría determinado por que “las necesidades económicas de las potencias coloniales y/o de los grupos gobernantes indígenas, su creciente dependencia de los mercados internacionales y del sistema político internacional y de los cambios que experimentaba éste, impedían toda congelación del desarrollo en una etapa dada. Así, todos esos procesos tendían a afectar a los sistemas sociales “nativos” en grado creciente y a meter en la órbita de ambientes institucionales modernos estratos cada vez más amplios de esas sociedades¹⁵¹.

El proceso de cambio de la situación colonial a la independencia lo observa Eisenstadt desde la perspectiva de los movimientos nacionalis-

¹⁵⁰ Eisenstadt S. N. op. cit., p. 282.

¹⁵¹ Eisenstadt S. N. op. cit., p. 283.

tas. Estos al mismo tiempo que expresaron con fuerza símbolos de solidaridad moderna y una orientación hacia la política para conseguir la independencia, trataron de expandirse a través del bloqueo de la sociedad tradicional para embarcar a las masas en el proyecto independista. La simbología por ellos expresada hacía referencia a la creación de nuevos valores y el sometimiento a nuevas lealtades, pero el hecho de tener que crear nuevas alternativas al poder colonial suponía el desarrollo de nuevas ideologías que no olvidaran los rasgos del carácter nacional. Eisenstadt señala que “la mayor parte de los movimientos nacionalistas desarrollaron una ideología económica que subraya románticamente la conservación de la vieja comunidad de aldea o la necesidad de la planificación del Estado. Todos denunciaban las injusticias de la política económica y la discriminación de las potencias coloniales. Esta orientación político-ideológica es criticada por Eisenstadt, pues esta postura olvidaba y discriminaba a los grupos que durante el proceso colonial habían ejercido actividades económicas o administrativas en la colonia. La orientación de los movimientos nacionalistas hacia los grupos que estaban en un proceso de cambio en período de desorganización social, hace olvidar, según Eisenstadt, que estos grupos se podían haber adaptado a las nuevas esferas institucionales. Por eso, su crítica se dirige a que los movimientos nacionalistas trataban de basarse, bien en tipos tradicionales de actitudes y de organización, o en tipos transitorios de actitudes y móviles que no estaban totalmente estabilizados¹⁵².”

A modo de conclusión, el enfoque difusionista a pesar de las apariencias está sometido a la ley del equilibrio societario: consenso, armonía de intereses desigualados como necesidad para lograr un mayor perfeccionamiento. El desarrollo sería para este enfoque la propagación de ciertos modelos culturales desde las sociedades adelantadas hacia las atrasadas. Dentro de estas últimas ocurre un fenómeno similar, desde los sectores modernos hacia los tradicionales. Estos últimos sirven de freno limitando así el desarrollo. Para que esto no ocurra, al tratar de que se acepte la técnica debe darse a conocer la efectividad de ésta y difundir las actitudes empresariales modernas. Por tanto, el “difusionismo” tiende a explicar el cambio en una sociedad hallando su origen en otra. Ahora bien, en esta perspectiva se deja entrever que los cambios que ocurren en la sociedad receptora (al igual que ocurre en la emisora cuando sus estructuras cambian) son parciales en un principio y que éstos se propagan del sector o los sectores iniciales a otros (raras veces cambian simultáneamente

¹⁵² Eisenstadt S. N. op. cit. p. 284.

todas las partes de una sociedad). Efectivamente, el sistema social bien integrado no es posible, un cierto grado de desorganización social se acepta, y lo que más preocupa a estos autores no es si existe desorganización, sino cuál es su alcance y cómo el sistema alcanza su equilibrio.

El planteamiento en términos de resistencia al desarrollo por las estructuras que permanecen dentro de la sociedad tradicional es el elemento básico de esta tendencia, no sale de las tipologías bipolares clásicas (sociedad agraria–sociedad industrial) y además valora la sociedad de Occidente como un modelo a seguir o imitar, aceptando su tecnología, su organización y división del trabajo, sus formas de producción, sus instituciones, etc. Por tanto, hay que hacer notar que estos análisis aceptan un desequilibrio transitorio hacia un nuevo equilibrio del sistema al romper las trabas que impone la sociedad tradicional.

2.2.2. *La función del rol de la personalidad y de las élites en el desarrollo*

Sin apartarse de los presupuestos dualistas en cuanto a la explicación del subdesarrollo, se encuentran aquellas visiones que tratan de identificar el grado de madurez de un país o región con el predominio de una estructura de la personalidad y/o la existencia o nacimiento de una élite, que sería la portavoz de un conjunto de valores “nuevos” y alternativos al estancamiento que sufren las sociedades tradicionales. Para un grupo de psicólogos y sociólogos de gran influencia, la modernización se basa en los siguientes predicados:

- Un tipo de personalidad diferente se desarrolla a partir de la ruptura de las estructuras tradicionales, y es la que por su propia dinámica, teniendo presente el modelo de racionalidad capitalista de los países industrializados se constituye en motor del desarrollo. En este caso, el interés se centraría en la existencia de elementos psicológicos comunes que, dentro de una diversidad cultural, estimulan el desarrollo. La labor de este tipo de análisis está en buscar valores culturales o normas de comportamiento que permanecen, se mantienen y definen el “carácter nacional” en las sociedades en transformación¹⁵³.

¹⁵³ Devos, G. A. (1975): Carácter nacional, en Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, Tomo II, Ed. Aguilar, pág. 170.

- Un grupo social constituido en avanzadilla de progreso (élite) por una serie de condicionantes socioeducativos sería el factor determinante para sacar del subdesarrollo a los países atrasados.

Por tanto habría dos tipos de proceso:

- Por un lado, el proceso en abstracto que es percibido como el resultado de una adaptación de las masas.
- Por otro, un cambio dirigido por las élites.

Estas dos tendencias (elitismo y adaptación) resumen los esfuerzos que los funcionalistas han tenido que hacer para comprender los mecanismos voluntaristas a través de los cuales una elite crea una “sociedad nueva”.

a) *Las variables patrón y las élites en el desarrollo.*

El primer objeto de interés del funcionalismo sería el intento de comprensión de la realidad del desarrollo a partir de los mecanismos de acción de las elites. Dichas elites serían los portavoces de un mundo de valores alternativos al estancamiento de las sociedades tradicionales, siendo, al fin y al cabo, los valores que dominan en las sociedades occidentales.

Ha sido la sistematización y elaboración teórica de Talcott Persons la que ha dado lugar al nacimiento de esta corriente que estudia el desarrollo como una opción que tienen los hombres dentro de un conjunto de pares de variables dicotómicas que determinan su orientación y, en última instancia, la orientación de las sociedades a las que pertenecen¹⁵⁴. Los cinco pares de variables de T. Parson (“pattern variables”) sobre las orientaciones de la acción alternativa son las que sirvieron de base a Hoselitz para la caracterización de las sociedades modernas o tradicionales¹⁵⁵.

Desde una perspectiva sociológica, este enfoque se limita a descubrir y a demostrar sobre el terreno las características que tienen las “personas innovadoras” con “iniciativa empresarial” siguiendo el planteamiento schumpeteriano en el ámbito económico. De tal forma que un empresa-

¹⁵⁴ Ver Rocher, G., op.cit., p. 78.

¹⁵⁵ Hoselitz, B. F. (1962): *Sociological aspect of economic growth*, Glencoe Free Press. En castellano: *Aspectos sociológicos del desarrollo económico*, Ed. Hispano-Europea, Barcelona, p. 30, Ver también “Principales conceptos empleados en el análisis de las consecuencias sociales del cambio técnico” en su libro *Industrialización y Sociedad*. op. cit.

riado con estas características encarnadas en los valores de la sociedad capitalista pueda ser un factor de cambio económico y social. En resumidas cuentas, bastaría encontrar un empresariado con un conjunto de características, donde el espíritu universalista domine sobre particularismo y sobre los aspectos de “mentalidad afectiva”, para que se inicie un proceso de desarrollo. Este empresariado en un contexto socioeconómico de subdesarrollo sería tratado como innovador y a imitar, mientras que un empresariado dentro de una estructura social desarrollada, con características particularistas, beneficio a corto plazo y que privilegia la afectividad, sería tratado como un empresariado marginal. Hoselitz presta solo especial atención a aquellos aspectos del comportamiento social que guardan alguna significación para la acción económica, particularmente cuando esta acción afecta a condiciones que pueden influir o provocar cambios en la producción de bienes y servicios de una sociedad¹⁵⁶. Es decir, la búsqueda de las fuerzas sociales dentro de la estructura social que promueven el crecimiento económico.

La aplicación de las variables-patrón al desarrollo económico¹⁵⁷ se implementa a través de una trilogía bipolar en la cual se enmarcan tanto las economías avanzadas como las subdesarrolladas. Así, “el universalismo” de las primeras estaría caracterizado por normas tales como la

¹⁵⁶ F.H. Cardoso op.cit., p. 189. Ver también la explicación de Guy Rocher (1980) en su Introducción a la Sociología General, Ed. Herder, sobre las opciones de valor y los ejemplos de las diferencias que separan a los individuos enfrentados a los cinco dilemas a los que corresponden diez opciones de valor, pag. 78 y ss.

¹⁵⁷ Hemos hacer notar la falta de acuerdo en la traducción tanto francesa como española de estos conceptos, lo que implican un cierto confusionismo a la hora de su definición o significación. Los pares de variables se han traducido así:

- en Guy Rocher (1980): Introducción a la Sociología General, 7° ed., Ed. Herder: Universalismo-particularismo, ser (quality)-obrar (performance), especificidad-globalismo (diffuseness).

- en López-Pintor (1986): Sociología industrial y de la empresa: Ed. Vicens Vives: Universalismo-particularismo, logro-adscripción, especialidad funcional-funcionalidad difusa.

- en Gunder Frank A. (1971): Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología, Ed. Anagrama: Universalismo-particularismo, logro (achievement)-adscripción (que a veces denomina en el texto actuación y calidad), especificidad-difusibilidad (o difusión). En el pie de página (pag. 13) de este libro, achievement también se ha traducido por adscripción.

- en Gunder Frank A (1967): Cahiers Internationaux de Sociologie n° XLII: Universalisme-particularisme, realisation (achievement)-assignation (ascription), specialite fonctionnelle-fonctionnalite diffuse.

- en Cardoso F. H. (1963): Cuestiones de Sociología de desarrollo en América Latina, Ed. Universitaria, (Santiago de Chile): Universalismo-particularismo, desempeño-adscripción, especialidad-difusividad.

libertad, el liberalismo económico y político, la democracia, el liberalismo social a partir de la movilidad social ascendente, la libre expresión de ideas y el liberalismo cultural a través de la igualdad de oportunidades, etc., todos estos aspectos constituyen la base del universalismo en los países industrializados. En contraposición las sociedades subdesarrolladas donde se privilegian aspectos del “particularismo” como norma de comportamiento, en el sentido de valorar aspectos del status adscrito, propio de las sociedades tradicionales; aquí la actuación económica no vendría determinada por preceptos universalmente aceptados, sino por la situación particular del individuo en este tipo de sociedad. El individuo en la sociedad atrasada juzgaría las situaciones, las cosas y los actos sociales en función no de criterios universalmente aplicables, sino que recurriría a normas que sólo aplica al acto particular con quien se relaciona o a la situación particular de cada actor y no bajo reglas aceptadas por todos.

El “logro” o “realización” (achievement) y la “adscripción” estarían unidos al binomio anterior¹⁵⁸. El actor puede juzgar su relación en función de lo que otros realizan (“achievement”) o les presta atención en función de lo que ellos son o también de sus cualidades adscritas (sexo, edad, familia, clase social, etc.). Así, en los países desarrollados los individuos estarían orientados hacia la “realización” o “logro”, acompañados de la recompensa, el reclutamiento y la motivación. La asignación de recompensas, la forma de reclutamiento y las motivaciones en los países subdesarrollados vendrían determinadas por normas de adscripción, ya sea por su origen social, pertenencia familiar, el sexo, la raza, etc. La preeminencia de aspectos del “ser” o “pertenencia” del individuo o de la “realización” o el “obrar” determinaría el prototipo de sujeto social en las sociedades subdesarrolladas o desarrolladas.

El tercer binomio de la acción sería la “difusividad” y la “especialidad funcional”, usando los términos de López Pintor¹⁵⁹. A nivel de los actores sociales, éstos en su interacción pueden optar por considerar a las personas en su totalidad (“globalismo” o “funcionalidad difusa”), es decir, tratarlas como unidades globales o bien consideradas solamente bajo un aspecto, ya sea de su personalidad o de su actuación. A nivel social, la “especificidad” del rol ayuda al desarrollo mientras que su “difusividad” no contribuye. El desempeño de una multiplicidad de roles

¹⁵⁸ Ver la crítica que Gunder Frank (1967): op. cit., realiza a partir de los sociólogos norteamericanos, p. 13 y ss. y F. H. Cardoso (1965): Análisis sociológicos, op. cit., p. 189 y ss.

¹⁵⁹ López Pintor (1986): Sociología Industrial, op. cit., p. 84.

sería característica de los individuos de las sociedades subdesarrolladas, el pluriempleo sería una característica de las clases bajas de estos países, donde no existe una formación profesional y una especialización como consecuencia de la falta de racionalidad en el sistema productivo.

La caracterización sociológica de los países avanzados y de los subdesarrollados hecha por Hoselitz, le lleva a plantearse la cuestión del cambio. Para ello, trata de concretar el nivel estructural-abstracto de los tres pares de variables a partir de la búsqueda de los tipos particulares de comportamiento divergente que alteran el equilibrio del sistema tradicional, cuando un grupo de individuos de una determinada cultura se toman portavoces de un comportamiento innovador. La respuesta la encuentra en que los planes de desarrollo son el ejemplo del comportamiento divergente capaz de alterar el equilibrio de la sociedad tradicional. Por otro lado, Hoselitz aboga por una distribución del poder en los países subdesarrollados para que las viejas élites económicas, que también detentan el poder político, den lugar a una nueva élite. Solo así el nuevo liderazgo económico tiene acceso al poder. De cualquier manera, la nueva élite tiene que haber ocupado una posición de marginalidad étnica, lingüística o social en la vieja sociedad¹⁶⁰.

Por otra parte, Hoselitz soluciona el problema de bajar de la abstracción a la realidad proponiendo buscar ejemplos históricos concretos. Así tendríamos tres modelos de desarrollo:

1. “Modelo expansionista” (incorporación de nuevos territorios) o “modelo intrínseco” (combinación de los escasos recursos con capital adicional y trabajo abundante).
2. “Modelo dominante” (nación económicamente autárquica e independiente de naciones extranjeras) o “modelo satélite” (nación que recibe de fuera los capitales para invertir en productos de exportación).
3. “Modelo autónomo” (en el que las decisiones que afectan el crecimiento económico dependen de individuos que no detentan el poder político) o “modelo inducido” (cuando las decisiones económicas son determinadas por una agencia central de planificación).

De la combinación de estos tres tipos dicotómicos se obtienen ocho modalidades o tipos ideales de proceso de desarrollo económico:

1. Expansionista, dominante, autónomo (EE.UU. de 1830 a 1890).
2. Expansionista, dominante, inducido (URSS de 1928 hasta hoy).

¹⁶⁰ Cardoso F. H. (1963): Cuestiones de sociología en América Latina, op. cit., p. 190.

3. Expansionistas, satélite, autónomo (Australia hasta 1914 o Canadá hasta 1900).
4. Expansionista, satélite, inducido (Congo Belga, Colonias Portuguesas, etc.).
5. Intrínseco, dominante, autónomo (Francia o Alemania en el XIX).
6. Intrínseco, dominante, inducido (Japón o Turquía desde 1922).
7. Intrínseco, satélite, autónomo (Dinamarca o Suiza antes de 1914).
8. Intrínseco, satélite, inducido (Democracias Populares del Este Europeo).

En términos de crítica, F. H. Cardoso nos explica cómo la idea de la construcción de modelos abstractos capaces de retener variables simples y universales y que por estas mismas cualidades soportan la prueba de la historia de “reducción en reducción”, aproximan las teorías de la transmisión a lo inefable de la sociología sistemática, explicando con ella procesos histórico-sociales que por su naturaleza son diferenciales. Como resultado de esto se eliminó poco a poco, además de la preocupación por los “porqués”, la preocupación por la “naturaleza” de los procesos sociales, manteniendo el “como” de las combinaciones posibles entre variables abstractas. Para conservar la adecuación de los esquemas interpretativos, empobrecieron las explicaciones sobre la “transmisión” de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas¹⁶¹.

Parafraseando a Cardoso¹⁶², refiriéndose al modelo de Hoselitz, podemos concluir que la intención de dar “carne y músculos” al esqueleto de los modelos le lleva a introducir nuevas “variables” como si de la suma de relaciones abstractas se produjera la concreción de la historia. Además de no llegar a explicar cómo y por qué resulta un “tipo de desarrollo” de la combinación de un conjunto de variables, ni tampoco en qué consiste concretamente el desarrollo. Para descubrir la élite innovadora Hoselitz pasa del plano de las orientaciones valorativas en el aspecto de la acción económica al plano de las características específicas de los grupos sociales innovadores y al del sistema de poder”. Sin embargo, esta versión inicial de Hoselitz para nada tiene en cuenta la estructura de los sistemas productivos y las relaciones de dominación concretas de una determinada sociedad, con esto se intenta reintegrar los modelos abstractos a la historia “pudiéndose prever qué cambios se pueden esperar en una nación actualmente subdesarrollada y qué obstáculos

¹⁶¹ Cardoso, F. H. op. cit. p. 188.

¹⁶² F.H. Cardoso, op. cit. pp. 190-191.

es probable encontrar en un proceso de desarrollo, debemos tener modelos con más carne y músculos de aquellos que nos puede proveer una teoría que relaciona algunas pocas variables muy generales de manera puramente abstracta.

A partir del trabajo de Hoselitz, y dentro de las investigaciones cuya problemática central es “el factor humano”, surge en el funcionalismo el interés por el estudio de las élites en los países subdesarrollados sobre todo en Latinoamérica. El ejemplo de S. M. Lipset y A. Solari¹⁶³ quizás sea el trabajo más relevante, pues ha servido de modelo para múltiples estudios realizados por los investigadores sociales del subdesarrollo de la época. La idea de que la industrialización resulta de la acción empresarial que se desarrolla a nivel de mercado venciendo las resistencias particularista de la sociedad tradicional, frente a las fuerzas universalistas representadas por la ciencia y la técnica de las sociedades modernas e industrializadas, tiene en estos autores su máxima expresión.

Es muy conocido el análisis comparativo que realizan entre el empresariado de Estados Unidos y el empresariado latinoamericano en lo que atañe a la mentalidad económica¹⁶⁴. No se separan de la metodología de Parsons al poner de relieve que el empresariado latinoamericano posee una mentalidad, y por tanto una actuación económica, basada en el particularismo, en la globalidad (difusividad), en el ser (asignación), es decir, más determinada por lazos de carácter afectivo y con una mira económica a corto plazo. En contraposición, el empresariado americano gozaría de una diferenciación positiva en cuanto a su incidencia en el desarrollo económico, dominado por una actuación que responde a los términos de racionalidad weberiana. Este tipo de empresario optaría por una orientación preferencial en cada sector de la actividad económica. Las opciones del universalismo, especificidad y el logro (realización o el obrar) determinarían las normas de comportamiento empresarial. Ahora bien, respec-

¹⁶³ Lipset S.M. y A. Solari (1967): *Elites in Latin-America*, Oxford Univerty Press. Traducido por Paidós SAICF, Buenos Aires. En este libro, y a título de ejemplo, se puede ver el carácter principal de los estudios sobre las élites, en total son 15 trabajos en los cuales se destaca el papel de las élites en la educación, la política, el mundo empresarial, etc. Lipset: *Elites, educación y función empresarial en América Latina*. Luis Ratimoff: *Los nuevos grupos urbanos, las clases medias*. F. H. Cardoso: *Elites empresariales en América Latina*. Robert E. Scott: *Las élites políticas y la modernización en América Latina*. Frank Bonilla: *Elites culturales en América Latina*. Aníbal Quijano: *Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina*. Henry A. Landsberger: *La élite obrera en América Latina y la revolución*. Aldo E Solari: *Educación y desarrollo de las élites, sistemas de enseñanza secundaria*, etc.

¹⁶⁴ Vease Guy Rocher (1980): op. cit. pag. 80.

to al empresario marginal desviado de la opción principal en el caso norteamericano sería rechazado y avocado a la ruina, mientras que en el caso del empresariado latinoamericano sería el caso de un empresario marginal innovador que ha optado por el universalismo, el actuar y la especificidad. A este último se le consideraría como innovador en su medio y se transformaría en agente activo del desarrollo económico de su país. En este caso la desviación resulta ser más "rentable" para los empresarios y la colectividad. La valoración de la desviación como conducta positiva hacia una actitud innovadora viene determinada por la creación de recompensas o castigos de la sociedad¹⁶⁵. La conducta innovadora dependerá, por tanto, de la actitud de las instituciones en cambiar el sistema de recompensas o castigos. Los estímulos positivos (recompensas) y negativos (castigos) repercuten en las conductas futuras, dichos premios y castigos son funciones del contexto social y cambian según épocas.

Esta nueva idea del protagonismo de las élites con sus condicionamientos culturales trata de dar mayor peso a los aspectos sociológicos, en contra de la idea más economicista de que el empresariado y su acción económica era el motor de la industrialización. En el predominio del tipo de élites (élites dinásticas, las clases medias, intelectuales revolucionarios, administradores coloniales, líderes nacionalistas, etc.) estaría la clave de la diferenciación de los procesos de industrialización de los países atrasados según los objetivos, formas de acción y estructura relacional con otros grupos.

Podemos concluir respecto al elitismo con los comentarios que F. H. Cardoso hace sobre esta perspectiva¹⁶⁶. "Con el protagonismo de las élites de todas formas no se llega a una diversidad de modelos de industrialización, sino a modelos de paso de las sociedades tradicionales a las industriales de carácter uniforme, pues el destino final del sistema que tratan de cambiar es el mismo: la sociedad industrial, bajo la máscara de la diversidad de estrategias y de la variabilidad de las culturas, el resorte del proceso de industrialización es, de hecho, la tecnología científica moderna, que antes que la lógica imprime la "ontología del sistema". Las élites adque-

¹⁶⁵ Ver para esto el estudio de Havens. A. E. (1972): Cuestiones metodológicas en el estudio del subdesarrollo. *Sociología Ruralis*. Vol. XII, n.º. 3/4, 1972, p. 23 y ss. En este estudio, Havens a este enfoque lo denomina "el enfoque behaviorista" (enfoque individualista), aunque incluye autores como Kunkel, Lipset, Homans, Eisenstadt, etc. El punto de partida de este enfoque, según Havens, son las necesidades fisiológicas y culturales del hombre, que mueven a la acción según el nivel de privación. Los estímulos positivos o negativos pueden repercutir en su conducta futura.

¹⁶⁶ Cardoso F.H., op. cit. pp. 184-185.

ren así un protagonismo en el proceso que llega a ser exclusivo, sin tener en cuenta condiciones y determinaciones a las que se hallan sometidas.

Este tipo de análisis, comparándolo con el de Rostow, dice Cardoso¹⁶⁷, se distingue en cuanto a la dinámica social del paso, pues identifica o trata de identificar los actores sociales haciéndolos exclusivos, pero no cabe duda que es más pobre en lo que se refiere a las condiciones de la industrialización. La razón es bien clara, estos análisis abstraen las condiciones económico y políticas establecidas, de esta forma estos autores tratan de aislar dos aspectos inseparables (lo económico y lo social), es decir, abstraen las condiciones económicas y políticas establecidas y así tratan de establecer “modelos universales del sistema industrial de producción” independientemente de las formas concretas de dominación social vigentes y de las relaciones económicas entre los pueblos.

Seguimos, pues, en el modelo dicotómico, en un modelo que promocionaría la superación de lo negativo de la sociedad tradicional que por medio de las élites llevaría a las sociedades atrasadas hacia el progreso y cuya referencia sigue siendo la sociedad capitalista occidental.

b) Los factores psicológicos en el desarrollo: el papel de la educación y la socialización.

Otros planteamientos se centran en la creación y formación de elementos psicológicos comunes entre los miembros de una determinada comunidad, aun existiendo diversas configuraciones culturales dentro de ella. Un país se diferenciaría de otro por los diferentes “estilos de vida” y “maneras de ver las cosas”, aspectos que definirían el “carácter nacional”. De Vos señala que existen variaciones en cuanto al contenido del concepto de “carácter nacional” y que dependen del enfoque del autor¹⁶⁸. Uno de los pioneros en este tipo de estudios fue Margaret Mead, que distinguió tres enfoques en el análisis:

- En primer lugar está el análisis de las relaciones entre la enseñanza básica que se imparte a todos los niños de una nación o cultura y las características posteriores que se observan en el comportamiento de los adultos dentro de la misma sociedad. Las experiencias formativas de la infancia son el objeto de tales estudios.

¹⁶⁷ Cardoso. op. cit. p. 186.

¹⁶⁸ Ver el artículo de De Vos G. A. (1977): Carácter Nacional, en la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, op. cit. p. 171.

- En segundo lugar, los estudios sociológicos de las normas y las estructuras de las relaciones interpersonales. Existen sanciones culturales que operan continuamente en la sociedad para reforzar las formas de comportamiento, de ahí que las configuraciones culturales presenten una cierta coherencia. Las representaciones culturales se asimilan y pasan a ser aspectos internalizados de la personalidad.
- En tercer lugar, están los estudios en los que se hacen simples descripciones comparativas de aquellas configuraciones culturales que diferencian a una unidad nacional de otra; diferentes estilos de vida y maneras de ver las cosas se definen como parte del carácter nacional.

Según De Vos, desde el punto de vista psicológico, esta última variedad sigue siendo una descripción superficial de valores culturalmente definidos o normas de comportamiento que se juzgan permanentes, sin relación con las posibles motivaciones o mecanismos de la personalidad. Mientras que los dos primeros grupos mencionados por Mead demuestran ir más allá del nivel descriptivo para investigar ciertos aspectos subyacentes de la personalidad que se manifiestan en el comportamiento público característico de los miembros de una sociedad determinada. Así surge el concepto que viene a definir los componentes de una “personalidad compartida” por un conjunto de individuos, haciendo hincapié en factores externos de su formación, como es, por ejemplo, la familia y la posición que ocupan los padres en la sociedad. En este sentido también va el empleo del concepto de “personalidad modal” acuñado por Linton, seguidor de Kardiner, al destacar que los tipos de personalidad, especialmente los que se encuentran en las sociedades más complejas, no son invariables.

La aplicación de los estudios sobre el “carácter nacional” a las sociedades en transformación tienen como objetivo relativizar la planificación social. De Vos pone de relieve el trabajo de Hagen¹⁶⁹ que de forma “convinciente” demuestra la relación de las variables de la personalidad con diferentes tradiciones económicas, tales como el colonialismo o el feudalismo, y la forma en que éstas facilitan o dificultan el desarrollo¹⁷⁰. Desde el punto de vista psicológico, la labor estará en buscar los valores culturales o normas de comportamiento que permanecen, que se mantie-

¹⁶⁹ Hagen, E.H. (1962) *The theory of social change: How economic growth begins*. Ed. Homewood.

¹⁷⁰ A. De Vos, *op. cit.* p. 172.

nen para definir el “carácter nacional”¹⁷¹. Dichos valores y normas se manifiestan en el comportamiento público característico de los miembros de una sociedad determinada. Este tipo de estudios tienen como objetivo descubrir, examinar y solucionar las tensiones que laten bajo las estructuras políticas y sociales, sobre todo allí donde se manifiestan con mayor virulencia, como es el caso de los países en proceso de cambio estructural.

La influencia de la socialización y/o educación en la creación de una personalidad creadora presente en los procesos de desarrollo la encontramos en el caso de Hagen, al explicar que una élite promotora del cambio intenta establecer un modelo de sociedad cuando el resto de la población no está preparada o no participa de las mismas motivaciones que ella. Parafraseando a López Pintor¹⁷², la élite o “stabliment” de una sociedad ataca o amenaza el status de cierto grupo social con el que tiene relaciones regulares (“lasser elite”) y que se ha sentido frustrado durante varias generaciones. La frustración que se instala en ésta es más intensa entre los hombres que entre las mujeres, dado el papel dominante que ellos desempeñan en la sociedad. Pero las mujeres, frente a la incapacidad de rebelión de sus maridos, reaccionan cambiando su forma de tratar a los niños (en lugar de superprotegerlos en la primera infancia y ser después agresivas con ellos, abandonarán las actitudes superprotectoras y, más tarde, siguen siendo amables con los hijos). De esta forma surgen nuevos hombres creadores y ajenos a los valores tradicionales. Son ellos los agentes del desarrollo económico.

¹⁷¹ Este enfoque, denominado por E. Hagens (op. cit. p. 58) “enfoque psicodinámico”, parte del estado interno del hombre y los elementos que lo componen: necesidades, instintos, lívido, etc. A esto se suman los valores y las normas que interiorizan los hombres y que influyen en su conducta. La resultante de dos componentes: los elementos naturales del hombre y los modificados por la acción de los valores y normas del comportamiento, forman un conjunto interno llamado personalidad, siendo ésta el factor más importante de la acción. Esta personalidad se encuentra influenciada por estímulos que rompen su equilibrio y su tendencia a volver al estado de equilibrio. El contexto social es la principal fuente de los estímulos que determinan la conducta desde la infancia. Sin embargo, la estructura de la personalidad es muy difícil cambiar al ser en gran parte inconsciente y por eso muchas acciones individuales. Las cuestiones que más interesan en este enfoque serían entre otras las experiencias de la infancia y cómo fueron interiorizadas y organizadas en la personalidad, las respuestas internas (ansiedad, rabia) que provocan los contextos sociales actuales, las consecuencias sociales de estas funciones en los adultos para la socialización de generaciones futuras y qué tratamiento individual se necesita para despertar las actitudes favorables al desarrollo.

¹⁷² Ver análisis y crítica que de esta tendencia realizan Gunder Frank, op. cit. pág. 80 y ss. y López Pintor (1986), op. cit., p. 64.

Partiendo de la premisa de que la sociedad tradicional es resistente al cambio (hasta el punto de bajar a particularismos como que al artesano de la ciudad los banqueros no le otorgan crédito por no ser digno de fiar, que el miembro de la élite no se rebajará a montar una empresa textil, en una sociedad campesina, las empresas de gran escala es algo que sólo pueden introducir extranjeros), sin embargo es la sociedad tradicional por sí sola la que determina con sus estructuras el nacimiento de la personalidad innovadora, hace falta, como decíamos, que exista una marginación, una desafección social como consecuencia de un retroceso del status de las personas que pertenecen a la “a lesser elite”. La persona que se retrae no está libre de encono, sino que, por el contrario éste es intenso, pero se encuentra contenido y explota sólo ocasionalmente. Sin embargo, los padres que adoptan una actitud de retraimiento, de retirada, dan origen a niños creadores. Hagen trata de encontrar apoyo a su teoría analizando el caso del crecimiento económico en Colombia a mediados del XIX, que no se debió a la entrada de capital y tecnología extranjera, ni tampoco a la inversión pública de capital de utilidad pública o a la existencia de mercados en crecimiento. Se debió a un grupo particular de colombianos, sobre todo al empresariado nacido y criado en la ciudad de Antioquía. Las razones, entre otras, serían: el origen (probablemente vascos), experiencia minera que al agotarse la oferta de esclavos les hizo trabajar de pastores, pérdida del comercio exterior, pérdida del respeto al status de las élites de otras partes de Colombia. Hagen otorga un gran papel a la pérdida del respeto al status y fue éste un factor grande, en la industrialización de esta región. Este ejemplo fue criticado por Higgins desde puntos de vista estructurales e históricos, dando importancia al cultivo de café y a las manufacturas de Antioquía, basándose en los estudios de la CEPAL para este país¹⁷³.

Por tanto, la educación se convierte en un elemento básico para superar los obstáculos al proceso de desarrollo. Son los valores, los motivos o las fuerzas psicológicas las que determinan en última instancia el ritmo del desarrollo económico y social. Este es el caso que señala Inkeles¹⁷⁴, al destacar las diferencias del papel del padre educando a sus hijos en circunstancias de cambio social. La educación y la familia son la clave de la génesis y desarrollo para que este tipo de personalidad esté orientada al

¹⁷³ Higgins, B., op. cit., p. 293.

¹⁷⁴ Sobre las diferencias de educador-padre en la URSS antes y después de la Revolución, ver Inkeles, A.: Cambio social y carácter social: papel de la mediación paterna, en Amitai Etzioni (1968): op. cit., p. 308 y ss.

logro. Estos autores no se conforman con la elaboración de modelos analíticos, sino que añaden ejemplos pretendidamente reales¹⁷⁵.

- También el planteamiento de McClelland nos lleva al lugar común, es decir, la justificación de la sociedad industrial de modelo occidental. "¿Qué es lo que cuenta para ascender en civilización? Se pregunta McClelland. No son recursos exteriores (por ejemplo, mercados, minas, rutas convencionales o fabricas), sino el espíritu de empresa que explota esos recursos, espíritu que se encuentra con la mayor frecuencia entre los hombres de negocio. ¿Quién es hoy en definitiva responsable de la velocidad del desarrollo económico en los países pobres? No son los planificadores económicos ni los políticos, sino los ejecutivos cuyo impulso (o falta de él) determinará que se alcancen o no las metas de los planificadores". ¿Como podría desarrollarse un país pobre más rápidamente? No es, por supuesto ayudando económicamente a políticos y planificadores, sino desviando dicha ayuda a la selección, estímulo y desarrollo de los ejecutivos que tienen un vigoroso espíritu empresarial o un fuerte impulso hacia la realización, como diría McClelland se trata de invertir en un hombre, no precisamente en un plan¹⁷⁶.

Como subraya Etzioni, "el rescate del hombre de negocios" lo realiza McClelland sacándolo de un montón de hojarasca académica y quitándole el polvo, tratando de darle respetabilidad intelectual a nivel de teoría sociológica no deja de ser un tema persistente en la literatura sociológica desde Saint Simon (y ya antes está presente en la obra de Adam Smith) hasta nuestros días. Así Weber analizará la génesis y efectos del espíritu empresarial del capitalismo; Thorstein Veblen en su "Teoría de la clase ociosa" pondrá en cuestión el papel de los empresarios y analizará el rol de los ingenieros; Sombart y Schumpeter analizarán el espíritu y papel del empresariado en la fase de desarrollo del capitalismo, etc.¹⁷⁷

La pregunta clave de McClelland¹⁷⁸ es: "¿de dónde procede la fuerte motivación del éxito? La respuesta está en los valores, creencias e ideologías, siendo éstos las fuentes verdaderamente importantes del fuerte interés por el éxito en un país. Según McClelland los estudios sobre la

¹⁷⁵ López Pintor: op. cit., pp. 64 y 65.

¹⁷⁶ Así comienza el artículo de McClelland (1964): "Business drive and national achievement", Harvard Business Review XL, reproducido por Amitai y Eva Etzioni (1964): Social change, Sources, patterns and consequences, en Basic Book, New York, traducido como Los Cambios Sociales (1968). Ed. FCE. p. 154.

¹⁷⁷ Ver referencia que López Pintor (1986), op.cit. hace a los autores clásicos y entre ellos a la obra de Sombart y otros citados por Daniel Bell en "The coming of industrial society". Ed. Heinemann, Londres.

¹⁷⁸ McClelland, D.: op. cit. pág. 164.

familia han demostrado la importancia de actuación de los padres a través del calor y el estímulo, un padre que no sea dominante ni autoritario, etc. Otros estudios demuestran que los padres deben ser respetados por sus hijos. Desde que el niño es capaz de hacer algo por sí mismo, el padre debe dejar de dirigir cada paso del hijo si quiere que éste deba desarrollar un fuerte interés por el éxito. La cuestión que se plantea, por tanto, es de dónde procede tal motivación en las familias; la respuesta de McClelland es simple: "por que ellos mismos creen en el éxito para su familia o para un grupo político, social o religioso. Por una razón u otra están envueltos en una gran oleada de ideología del éxito". McClelland vuelve a la historia de Inglaterra tratando de justificar el éxito económico a partir de que no habiendo en aquella época un interés directo por los negocios, el ascetismo y la ética que imponían las sectas protestantes tendían a que sus hijos valoran la actividad material y a su éxito social.

A tenor de esto, McClelland subraya que en nuestro tiempo son las religiones profanas –del nacionalismo y el comunismo a las que concedieron mayor importancia al éxito y tendieron a crear niveles más altos de éxito en los países subdesarrollados y en los comunistas. Como consecuencia, y con objeto de armar ideológicamente a los países capitalistas, McClelland sentencia: "si tenemos que competir victoriosamente con Rusia en la esfera económica tenemos que crear una ideología del éxito tan fuerte por lo menos como la suya. Si tenemos que ayudar a los países pobres a desarrollarse rápidamente y a confiar en sí mismos, tenemos que reconocer que el primer orden de prioridad está en fomentar el espíritu empresarial en esos países, no simplemente en darles capital material o en satisfacer sus necesidades físicas". En otro lugar se pregunta: ¿es inevitable que siga decreciendo el interés por el éxito que demuestran los ciudadanos de los Estados Unidos? ¿Nos desvanecemos con el tiempo como se desvanecerían todas las otras civilizaciones del pasado? Su respuesta es que esto no ocurrirá "si procedemos decisiva y rápidamente para influir en las fuentes de interés por el éxito en los individuos y en nuestra nación"¹⁷⁹.

En el terreno empírico McClelland (en la explicación del índice "n" de realización o "n-cumplimiento")¹⁸⁰ trata de demostrar que todo el

¹⁷⁹ McClelland op. cit. pp. 164 y 165.

¹⁸⁰ Ver McClelland D. (1974): *The achieving society*, Priceenton, citado por Higgins, B. (1970): *Crecimiento económico*, Ed. Paidós, Madrid, pp. 281 y ss. También McClelland, D.: *El motivo de realización en el cumplimiento económico*, en Hoselitz, B. F. y Moore, W. E. (1971): *Industrialización y sociedad*, Ed. Euroamérica, op. cit. pp. 103 y ss.

mundo estaba equivocado, que no es el lucro "per se" lo que mueve al empresario, sino un fuerte deseo de éxito, de realizar bien una tarea. La medida de este deseo de éxito y la importancia que tiene para el desarrollo es el objeto de su estudio. La metodología empleada por McClelland se desmarca de los análisis clásicos como la preocupación por las relaciones familiares y de amistad y la afiliación al grupo, los aspectos de relaciones de poder; sin embargo, privilegia los pensamientos, las orientaciones, los intereses y los móviles individuales guiados a la realización perfecta de las cosas en virtud del éxito que le reportan.

A nivel individual McClelland considera a su metodología rigurosamente empírica y comparable, por ejemplo, a la utilización de los "thematics aperception test" (TAT), y allí donde no cabía utilizar el TAT empleó otros "productos de la imaginación" tales como leyendas, cuentos populares recogidos en libros de enseñanza primaria¹⁸¹. Dicho método pretendidamente empírico es criticado por Higgins, porque el estudio realizado ignora los resultados desagradables y sólo se retienen los convenientes.

A nivel societario, sus estudios emplean una metodología que de manera gráfica explica las ascensiones y decadencias de las naciones y la relación de la escala de éxito a través de la literatura y la variable crecimiento económico. De esta forma explica como el "n-achievement" y el crecimiento van interrelacionados y sufren diversas inflexiones en la curva a lo largo del tiempo y posibilita realizar predicciones históricas. Puesto que la orientación hacia el éxito se manifiesta a nivel nacional en una mayor propensión hacia los negocios, vemos como a lo largo de la historia tenemos naciones que ascienden y descienden¹⁸².

McClelland y sus colaboradores llegan a la conclusión de que si los experimentos por ellos realizados para determinar el éxito en las personas y grupos han sido corroborados en la práctica, también pueden ser válidos para las sociedades globales a lo largo de la historia. Así, compilando la literatura popular del presente y del pasado se puede calcular aproximadamente la fuerza del interés por el éxito y el crecimiento económico que éste provoca posteriormente. La necesidad de éxito calculada a través del número de veces que aparece en un texto o partes de un

¹⁸¹ Ver para esto Higgins, B. (1970). Crecimiento económico, op.cit.p. 281-291, donde realiza una clara exposición del método y de la crítica a McClelland. También en Guy Rocher (1980): Introducción a la Sociología General op. cit. pp. 103 y ss.

¹⁸² McClelland, D.: op. cit. pág. 159 y 160. Los ejemplos donde su teoría se lleva a cabo son en 1925: Francia, Alemania y Rusia que tenían una baja puntuación en el interés por el éxito, mientras que en 1950 había aumentado.

texto literario, comparada con los índices económicos en una época histórica, nos puede dar la clave de si hay o no interés por el éxito el crecimiento económico. Como ejemplos históricos de interés por el éxito los encuentra en la España de finales de la Edad Media (la caída de la necesidad de éxito provocaría su posterior decadencia), de igual forma habría ocurrido en Inglaterra desde los Tudor hasta 1800¹⁸³. Poniendo en relación la escala del éxito y la variable crecimiento económico a lo largo de la historia, se explicarían las diferentes inflexiones de la curva entre las tasas de crecimiento y la imagen del éxito, de tal forma que el incremento de la necesidad de éxito precede al ritmo de crecimiento industrial. McClelland sigue argumentando que “desde el punto de vista de este análisis, la discusión acerca de si el mejor modo de estimular una economía es un sistema socialista o un sistema de libre iniciativa está basada por completo en una premisa falsa. El éxito económico y el progreso tecnológico dependen del móvil del éxito. En el caso de la economía soviética la rápida tasa de crecimiento de la economía se debe al aumento de su interés por el éxito, lo mismo que en el caso de EE.UU. ocurrió una generación antes, aproximadamente¹⁸⁴”.

En relación con la variable a explicar: la medición del desarrollo, McClelland prefiere como variable indicativa la producción de electricidad más que el nivel de vida. “La correlación entre el nivel de “n-cumplimiento” en las lecturas infantiles de 1925 y el crecimiento en la producción eléctrica en el periodo de 1925 y 1950, comparada con las cifras previstas, da un índice que estadísticamente es altamente significativo¹⁸⁵. Para comprobar este resultado de un modo más definitivo en el conjunto de las 50 naciones sobre las que se tenían estimaciones de los niveles de “n-cumplimiento” en 1950, a partir de las lecturas infantiles, se midió el incremento de la producción eléctrica entre los años 1952 y 1958. McClelland demuestra la validez de los resultados para el periodo 1952-1958 y la validez de las previsiones de crecimiento en los 50 países escogidos, y, sobre todo, que el índice de crecimiento no está relacionado con el crecimiento previo. McClelland lo corrobora diciendo: “para aquellos que creen en el determinismo económico, es de especial interés señalar que el nivel de “n-cumplimiento” en 1950 no se encuentra relacionado con el crecimiento económico previo entre 1925-1950”. Esto sugiere con gran

¹⁸³ Ver el artículo de D.C. McClelland (1968): El impulso en los negocios y la realización nacional en Amitai Etzioni (1968): Los cambios sociales op. cit. pp. 154-155.

¹⁸⁴ McClelland, D.: op. cit. p. 162.

¹⁸⁵ McClelland, D.: op. cit. p. 112 y ss.

fuerza que el “n-cumplimiento” es un factor casual. Un cambio en la mentalidad de las personas es lo que produce el crecimiento económico y no al contrario. Sigue afirmando McClelland que en un siglo dominado por el determinismo económico, tanto en el pensamiento occidental como en el comunista, es sobrecogedor encontrar evidencias concretas del determinismo psicológico, del desarrollo psicológico como predecesor y posible causa de las transformaciones económicas¹⁸⁶. Esta oportunidad del éxito en contacto con la tecnología y progreso económico es irregularmente desaprovechada tanto al interior de una sociedad global por individuos como por grupos o étnias. Por ejemplo, ciertos países que habiendo estado en contacto con el mundo occidental, caso de los países árabes del Mediterráneo, la han asimilado de una forma lenta, mientras que los Yorubas de Nigeria respondieron con éxito controlando las finanzas de este país.

Entre las críticas a la metodología de McClelland destaca la que desde del campo de la estructura económica fue hecha por Higgins en relación con el empleo del índice de producción de electricidad como índice del desarrollo económico. Para Higgins hay otras variables, por ejemplo, el consumo de cobre, que puede relacionarse más estrechamente que la producción de energía eléctrica.

La crítica desde el campo de la sociología, ya que este enfoque ha sido denominado por E. Havens “enfoque psicodinámico”, parte del estado interno del hombre y los elementos que lo componen: necesidades, instintos, lívido, etc. A esto se suman los valores y las normas que interiorizan los hombres y que influyen en su conducta. La resultante de las dos componentes (elementos naturales del hombre y los modificados por la acción de los valores y normas del comportamiento) forman un conjunto interno llamado personalidad, siendo esta el factor más importante de la acción. Esta personalidad se encuentra influenciada por estímulos que rompen su equilibrio y su tendencia es volver al estado de equilibrio. El contexto social es la principal fuente de los estímulos que determinan la conducta desde la infancia, sin embargo, la estructura de la personalidad es muy difícil cambiar al ser en gran parte inconsciente. Las cuestiones que más interesan serían entre otras: las experiencias de la infancia y cómo fueron interiorizadas y organizadas en la personalidad, las respuestas internas (ansiedad, rabia) que provocan los contextos sociales actuales, las consecuencias sociales de estas tensiones en los adultos para la socialización de generaciones futuras y

¹⁸³ McClelland, D., op. cit. p. 114.

qué tratamiento individual se necesita para despertar las actitudes favorables al desarrollo.

En el trasfondo de esta perspectiva late el sistema de valores propuesto por Parsons, como así lo corroboran analistas tan dispares como Lipset y Gunder Frank¹⁸⁷. Por tanto, esta perspectiva analítica varía en cuanto se da preferencia a "lo interior", a la estructura psicológica más que al aspecto externo. Se rechaza por parte de esta teoría los estímulos externos (castigos y recompensas) en los roles sociales basados en el logro, como argumentan los estructuralistas funcionales, donde la estructura jugaría el papel protagonista. McClelland es muy explícito al decir que ni la estructura social como sostenía Weber, ni la asignación y recompensas en los roles basados en el logro (según opinión de Hoselitz), sino un alto grado de motivación individual o necesidad de logro constituye el alfa y omega del desarrollo económico y cambio cultural. Los cambios en las formas de socialización, incluida la educación formal, pueden producir alteraciones en los tipos de personalidad de la población. La aceptación de estos valores (valores similares) puede depender mucho de la presencia y persistencia de estructuras psicológicas subyacentes que estén distribuidas diferencialmente entre las diversas poblaciones¹⁸⁸.

A pesar de la originalidad analítica tanto de McClelland como de Hagen, los dos se sitúan en la línea de los obstáculos al desarrollo aunque sus exposiciones hagan hincapié en las estructuras internas de la personalidad. La solución al subdesarrollo consistiría en sustituir una personalidad no creadora por una personalidad creadora, partiendo de la premisa de que la sociedad tradicional es resistente al cambio. Lo negativo de la sociedad tradicional determina el nacimiento de la personalidad innovadora; hace falta que exista una marginación, una "desafección social", consecuencia de un retroceso del status, para que se den las condiciones del nacimiento y extensión de dicha personalidad¹⁸⁹.

Según G. Frank estos autores, y más en concreto McClelland, freudianizan a Weber negando la influencia de la estructura social y rechazando el análisis estructural, aunque su análisis viene determinado por el

¹⁸⁷ Ver la valoración que Lipset hace de McClelland en su artículo *Elites, educación y función empresarial en Elites en Latinoamérica*, op. cit. pág. 16 y ss. y en pág. 60. También Gunder Frank, A. (1971): *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología*, op.cit., p. 85.

¹⁸⁸ A. de Vos, G. (1977): "El carácter nacional". op. cit. p. 171.

¹⁸⁹ Es bien conocido el ejemplo de E. Hagen en *The Theory of Social Changes*, op. cit., sobre el caso de los antioqueños en Colombia y el gran papel que otorga a la ruptura del respeto por el status de otras élites tradicionales en el proceso de industrialización de esa región. Ver para esto Higgins, B (1970): *Crecimiento económico*, op. cit., p. 293.

énfasis puesto por Weber sobre los valores como elementos de cambio¹⁹⁰. Corroborando lo anterior, McClelland escribe: "durante un siglo hemos sido dominados por el darwinismo social, por la implícita o explícita idea de que el hombre es una criatura producto de un medio ambiente, ya sea natural o social. Son los valores, los motivos o las fuerzas psicológicas los que determinan en última instancia el ritmo del desarrollo económico y social¹⁹¹. En este sentido señala Kunkel: "mientras que las actividades del hombre sean consideradas como una función de valores o personalidad, no se necesita prestar mucha atención al ambiente social inmediato, ya que no es tanto la presente estructura social, sino la del pasado, la que más involucrada está en la formación de valores y personalidad (...)"¹⁹². A la crítica de Kunkel de que "no hay razón por la cual un estado interno (...) tenga que ser postulado como un elemento esencial en el análisis del desarrollo económico (...) "¹⁹²", se suma Eisentadt cuando opina que el trabajo de Hagen y McClelland es deficiente en el sentido de que no establece una causa-efecto entre el estado psicológico y el posible desarrollo económico derivado.

2.2.3. *El planteamiento del continuum rural-urbano. Los modelos de comportamiento campesino como freno al progreso*

Ante la rigidez de los modelos ideales de la sociedad tradicional y la sociedad tecnológica, a la hora de explicar el atraso, aparece un marco teórico central: "el continuum rural urbano", cuyo origen se encuentra en el contexto intelectual americano desarrollado por diversas escuelas a partir de los cambios que se producen en la sociedad rural de Estados Unidos con la introducción masiva del capitalismo en la agricultura. No es nuestra intención explicar toda la genealogía del despertar de esta corriente y sus diversas escuelas; solamente trataremos de reunir a partir de la aportación que realiza el último eslabón de la tradición de los estudios de la vida rural, cómo fue la figura de P. Sorokin, en un fugaz

¹⁹⁰ Gunder Frank, A.: Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología, op.cit.pp. 82 y ss.

¹⁹¹ Gunder Frank, A.: op.cit.pág. 83, citando el texto de David McClelland: The achieving society, pp. 205, 238 y 391.

¹⁹² Gunder Frank, A., op.cit., p. 90, citando a J.H. Kunkel: Values an behavior in economic development.

paso por las ciencias sociales agrarias¹⁹³. Debido a ello, la escuela de Minnesota-Harvard es probablemente la más relevante de la tradición sociológica de la vida rural, siendo la que lleva a cabo una serie de trabajos que, aunque se centraron en gran medida en los análisis de los aspectos económicos en torno a la vida rural, tienen un cierto carácter interdisciplinario¹⁹⁴.

Parafraseando a E. y J. L. Sevilla Guzmán, el esfuerzo de Sorokin supone la primera gran tentativa de instaurar el principio de la acumulación científica sin prejuicios ideológicos en las ciencias sociales dedicadas a la vida rural de Estados Unidos. Es de lamentar, empero, que de sus excelentes análisis teóricos sobre la estratificación social agraria, la evolución del capitalismo en el campo, las relaciones interclases a nivel local y la naturaleza, etc., entre otros temas, tan sólo tuvieran continuación por el establecimiento de una dicotomía, la de la diferencia rural-urbano. Esta dicotomía, se formuló no en términos del establecimiento de una o varias características diferenciadoras, sino como una combinación de varios rasgos interconectados en una construcción sociológica con el nombre del "continuum rural urbano"¹⁹⁵.

Este enfoque consiste en considerar que la transición de una comunidad puramente rural a una urbana no se realiza en forma abrupta, sino de una manera gradual; de tal suerte que no hay una línea fronteriza absoluta que muestre una clara visión entre dicha comunidad rural y la urbana. Existen, sin embargo, una serie de constantes que a lo largo de la historia han caracterizado siempre las diferencias más importantes entre el "mundo social rural", y "el mundo social urbano", y que en forma esquemática pueden resumirse como sigue: la sociedad rural puede identificarse por el trabajo agrario, por la existencia de pequeñas comunidades, baja densidad de población, relativamente baja heterogeneidad, diferenciación estratificacional, escasa movilidad social tanto vertical como horizontal, y por relaciones personales y duraderas basadas en una interacción primaria. El mundo social urbano estaría, en forma análoga, recompuesto, teóricamente con los otros extremos de las

¹⁹³ Sevilla Guzmán, E. y José Luis (1984): La tradición sociológica de la vida rural: una larga marcha hacia el funcionalismo, en Sevilla Guzmán (Ed.) (1984): Sobre agricultores y campesinos, Madrid, Ed. MAPA, pp. 41 y ss. Sobre este tema Sevilla Guzmán, siguiendo la división que hace Otis D. Duncan, distingue tres escuelas a partir de la producción de la intelectualidad de la sociología rural en tres universidades: Wisconsin, Cornell y Minnesota-Harvard, op. cit. pp. 47 y ss.

¹⁹⁴ Ibidem: op. cit., pp. 56 y 57.

¹⁹⁵ Ibidem: op. cit., pp. 59 y 60.

mismas variables¹⁹⁶. Este enfoque, iniciado por Sorokin y Zimmerman¹⁹⁷, supone una ruptura con la tradición analítica americana (de tradición empirista), no porque su aportación teórica sea original, sino por el intento de la introducción de los estudios europeos y la inserción de la dimensión teórica de la sociología clásica en la investigación rural americana, además de ser la única que promueve su continuación. También por ser los iniciadores de los estudios con respecto a la difusión de innovaciones que constituyen uno de los elementos básicos en la explicación del continuum rural urbano.

La permanencia de estructuras relativas a la sociedad tradicional-agraria en ciertas regiones, y las anomalías que provoca el avance industrializador, no será más que el producto de una situación provisional hasta que el proceso de desarrollo se consuma. Los aspectos anómalos en las regiones subdesarrolladas (marginación, pobreza, etc.) se considerarían por parte de los analistas como un producto del choque, freno o cambio de las estructuras tradicionales al contacto con la cultura, técnica o innovación de las sociedades desarrolladas. Así pues, la duración del proceso de desarrollo en las regiones subdesarrolladas, no será más que un proceso de adaptación de una dinámica de crecimiento que viene de fuera. ¿Pero, qué ocurre cuando la dinámica viene desde dentro de los países y regiones subdesarrolladas? El cambio de perspectiva en la dinámica supone que “factores internos” provoquen un proceso hacia el desarrollo. ¿Cuáles son estos “factores internos”? La respuesta de los análisis que parten de la perspectiva interna del subdesarrollo, supone que el “factor humano” rompe con las ataduras de las estructuras de las sociedades tradicionales y dirige a estas regiones o países hacia los niveles de desarrollo de los países o regiones desarrolladas. Este enfoque de la modernización se encuentra en el centro de la concepción funcionalista del desarrollo y en la mayor parte de las investigaciones sobre la modernización de la vida rural¹⁹⁸.

De forma esquemática, el pensamiento sobre la modernización agraria consiste en considerar al campesinado como un resto o reliquia anacrónica. Robert Redfield fue el primero que, partiendo del tipo Ideal de la “Folk society¹⁹⁹”, explica cómo el modelo de aquella sociedad (peque-

¹⁹⁶ *Ibidem*: op. cit., p. 60.

¹⁹⁷ Sorokin P., A. Carle, C. Zimmermann y Ch. J. Galpin (1965): *A systematic source book in rural sociology*, Russell and Russell, New York, 1ª ed. 1.930, Tomo 1, p. VII.

¹⁹⁸ Sevilla Guzmán, E. y José Luis: op. cit., p. 81.

¹⁹⁹ Redfield, R. (1947): *The Folk Society*, en *The American Journal of Sociology*, Vol LII, Enero 1.947.

ña, alelada, homogénea, con solidaridad intensa, etc.) determina una forma de comportamiento específico.

Este tipo ideal-teórico de sociedad campesina, como señalan E. y J. L. Sevilla Guzmán²⁰⁰ es un modelo creado únicamente para que gracias a él se puede comprender la realidad. Su función estriba en sugerir aspectos de sociedades reales que merecen ser estudiadas y, especialmente, sugerir hipótesis tales como aquellas que bajo ciertas condiciones definidas puedan, en términos generales, ser cierto acerca de esa sociedad²⁰¹. Aunque lo verdaderamente importante es su pretensión de universalidad tanto en el tiempo como en el espacio²⁰², para Redfield las sociedades campesinas son siempre partes de un todo (part-societies o part-culture), es decir, de un contexto social mayor, y, lo que es más importante, el campesinado siempre mantiene una relación de status con la élite que se encuentra sobre él (ya sean señores feudales, déspotas o visires en las sociedades hidráulicas o el latifundista). Pero, en cualquier caso, el campesinado es siempre un sector social oprimido, de tal forma que la cultura de la comunidad campesina está en buena medida determinada por el sistema social global del que forma parte, es decir, no es autónoma²⁰³.

E. C. Bandfield analizó, como bien se sabe, la comunidad rural de Montenegro del sur de Italia, y de sus investigaciones sacó una serie de conclusiones interesantes en lo relativo a “los factores que imponen una acción corporativa en una cultura campesina”. Para Bandfield, la cultura campesina puede ser explicada en gran medida (aunque no totalmente) por la inhabilidad de los miembros de la comunidad para actuar conjuntamente en su común bienestar por algún fin que trascienda el inmediato interés de la familia nuclear. De esta inhabilidad para concertar la actividad más allá de la familia inmediata, surge un “ethos” (en sentido summeriano) y un “familismo amoral”. Según Bandfield, todo el comportamiento de los campesinos “montenegresi” puede explicarse, si se tienen en cuenta que actúan maximizando las ventajas materiales de su familia nuclear, a corto plazo, como consecuencia de que se asume que todos los demás actúan así. El comportamiento “familismo amoral” sigue la regla de actuar sin moralidad sólo

²⁰⁰ Sevilla Guzmán, E. (1980): Hacia un desarrollo agroecológico del campesinado, en Política y Sociedad, nº 9., p. 6. También véase Redfield, R.: The folk society, op. cit., pág. 195.

²⁰¹ Redfield, R. (1953): The natural history of the Folk Society. en Social Forces, nº 3, pp. 224-228.

²⁰² Redfield, R.: Peasant society and culture, The University of Chicago Press, p. 25.

²⁰³ Sevilla Guzmán, E.: Hacia un desarrollo..., op. cit., pp. 6 y 7.

con unas personas fuera de la familia²⁰⁴. Este autor explica cómo el “familismo amoral” es una pauta o síndrome de desconfianza y mutua sospecha hacia todo aquel que no sea de la familia. En contraposición a los “modernos” del mundo urbano industrial que se caracterizan por la hospitalidad y la confianza entre sus miembros, para los cuales el círculo de familiares y amigos es abierto y fuera de él no existe la competitividad, característica que paradójicamente se atribuye a las sociedades campesinas. Estos conceptos (desconfianza, mutua sospecha el y “familismo amoral”) entran en colisión con el concepto clásico de comunidad campesina²⁰⁵.

Otro trabajo que alcanzó gran éxito entre los sociólogos de la modernización fue la teoría de “la imagen del bien limitado” que elaboró Foster, a través de la cual se construyó un modo para explicar el comportamiento campesino²⁰⁶. Según este autor, amplias áreas de dicho comportamiento están modeladas por la imagen o percepción (orientación cognoscitiva) de que todo aquello que es deseado y valioso para el campesino (como la amistad, la riqueza, la salud, etc.) “existe en el mundo en una cantidad escasa y limitada”. No existe manera de poder incrementarlo, ya que todo incremento en el bienestar de una unidad campesina repercute en la pérdida de ese bienestar por parte de los demás miembros de la comunidad, y, como consecuencia, el logro del éxito personal es algo ausente de las sociedades campesinas. De esta

²⁰⁴ Para una visión de la importancia de las investigaciones y hallazgos de E. C. Bandfield su libro *The moral basis of a backward society*, The Free Press, New York, p. 9, ver E. Sevilla Guzmán: *La otra sociología rural en Newby, H. y E. Sevilla Guzmán (1983): Introducción a la sociología rural*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 137 a 165, y *Agricultores y campesinos*, Inst. de Estudios Agrarios Pesqueros y Alimentarios, Serie estudios, op. cit., pp. 87, 88 y 89.

²⁰⁵ Bendfield, E. C.: op. cit. pp. 10 y 83 a 102, citado por Sevilla Guzmán: op. cit., pp. 87 y 88. Como muestra de los autores contra los cuales entra en colisión la concepción de Bendfield, según Sevilla Guzmán: *Sobre campesinos...*, op. cit., pág. 88 y 89, en su pie de p. 121, se destacan William I. Thomas and Florian Znamieck (1974): *The polish peasant in Europe and America*, Octan Books, New York, 1ª ed. 1.918-1.920, Vol 1, p. 40 y ss.; así como los trabajos de Mein: *Village communities in the east and west 1.876*, Kovalski: *Modern customs and ancients laws of Russia, 1.891*, Seebohn: *The english village community, 1.890*, dentro de la antigua tradición de los estudios campesinos, o los trabajos de Shanin(1971): *Peasant and peasant societles*, Galeski(1962): *Basic concepts of rural sociology*, o Wolf (1966): *Peasants*, dentro de la nueva tradición de estudios campesinos.

²⁰⁶ Foster, G. M. (1965): *Peasant society and the image of limited good*. en *American Athropologist*, Vol. 67, nº 2. 1.965, pp. 293-315, citado por Sevilla Guzmán en “*Sobre agricultores y*” op. cit., p. 90.

forma, la sociedad campesina supone un equilibrio, dentro de una “concepción funcionalista”. Foster concluye que todas las instituciones, el comportamiento e incluso los valores y actitudes de los campesinos están modelados como funciones de esta orientación cognoscitiva. Desde el momento en que el logro personal se realiza a expensas de otro, ello constituye una amenaza que es necesario combatir, para presentar la posición relativa de cada campesino dentro de un orden social tradicional. La reacción a tales amenazas tiene dos expresiones: por un lado, la máxima cooperación o el comunismo, como forma de solución para la nivelación y permanencia de las posiciones sociales, y, por otro, el individualismo extremo en el que el mutuo recelo es la postura generalizada²⁰⁷.

La valoración final, respecto a estas dos últimas teorías, es que tanto el “familismo amoroso” como “la imagen del mundo como bien limitado” son dos orientaciones cognoscitivas impresas en el universo sociocultural del campesinado, y dos aspectos negativos con respecto al progreso y a la obtención de la modernidad.

Por último, la teoría de M. Rogers, que pretende englobar las dos anteriores, define a los campesinos como desconfiados en las relaciones personales; perceptivos de lo bueno como limitado; hostiles a la autoridad gubernamental, familísticos, faltos de espíritu innovador, fatalistas; limitativos en sus aspiraciones, poco imaginativos o faltos de empatía, no ahorradores por carecer de satisfacciones diferidas, así como impuntuales y localistas, y tienen una visión limitada del mundo²⁰⁸. Ante esto, no queda más remedio que concluir de que el campesinado es un actor social de carácter negativo y disfuncional en relación con la modernización y el progreso, que al estar guiado por orientaciones, imágenes, o valores relativos a la sociedad tradicional, se opone al progreso, al cambio y a la modernización. Por tanto, la única forma de romper con las cadenas que le oprimen es a través de las políticas gubernamentales y de los organismos internacionales (apoyándose en las concepciones del tipo anteriormente descritas), tratar de imponer los valores, visiones y orientaciones de los países del centro, ya que es en éstos donde se elabora la teoría de la modernización de la vida rural en los ámbitos académicos²⁰⁹.

²⁰⁷ Sevilla Guzmán, E.: op. cit., pp. 90 y 91.

²⁰⁸ Rogers, E. U (1969): *Modernization among peasants*, Holt Rinehart and Winston Inc., New York. Hay traducción castellana en Fondo de Cultura Económica, México, 1.973.

²⁰⁹ Véase para esto Sevilla Guzmán, E.: *Hacia un desarrollo*, op. cit., p. 8.

Sobre el cambio en este tipo de sociedades, J. F. Marsal señala el error que supone la búsqueda de un motor fundamental de cambio. En el caso de Latinoamérica este motor se achacará a factores exteriores tales como la cultura española, la tecnología capitalista o la ética protestante. Otros buscarán esta causa única en el ambiente no humano y los instintos biológicos. En rigor señala J. F. Marsal, como ya indicó Leach refiriéndose a los funcionalistas británicos, los funcionalistas americanos no podían adaptar el material histórico a su marco conceptual. De ahí la sorprendente incapacidad hasta la caricatura de los antropólogos norteamericanos para entender la revolución mexicana o la revolución peronista²¹⁰. El hecho de remitirse a la sociedad rural no impedía que pudieran ver en el polo opuesto a la sociedad industrial, aunque esta última no fuera objeto de su atención. Es lógico, por tanto, no estudiar los aspectos de esta última, es decir, la estratificación social o hablar simplemente de clases sociales, sino de culturas y subculturas como conceptos globalizados y abstractos²¹¹.

2.3. La dependencia y la transición al desarrollo

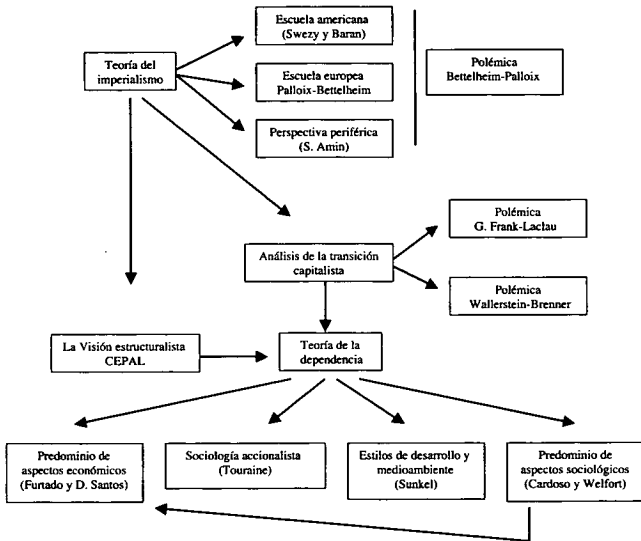
El cambio de perspectiva más importante y definitorio para los análisis del desarrollo lo inician la CEPAL y los estructuralistas latinoamericanos, nacidos de la crítica a las leyes neoclásicas del mercado internacional, de la constatación empírica de las distorsiones estructurales, y del particular ritmo de industrialización de los países latinoamericanos a partir de un proceso dependiente de crecimiento a partir de los años 50. En el gráfico 3 señalamos los derroteros más importantes por donde discurren las concepciones marxistas, estructuralistas y accionalistas de finales del siglo XX.

La teoría del comercio internacional, principalmente en su versión neoclásica, preveía que la especialización de la producción y el intercambio internacional iban a permitir la utilización óptima de los factores de la producción en función de los recursos de cada país y llegar a una equiparación relativa de la remuneración de los factores de la pro-

²¹⁰ Marsall J. F. (1979): Dependencia e independencia. Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo XX. Centro de investigaciones Sociológicas. p. 36

²¹¹ Marsall. J. F. op. cit. p. 54 y ss.

GRAFICO 3
TRANSICION CAPITALISTA Y LA DEPENDENCIA: ANALISIS DE LA RESPUESTA
A LA TEORIA DE LA MODERNIZACION



Fuente: Elaboración propia.

ducción²¹². De esta forma, el comercio internacional tendría una función específica, es decir, serviría de instrumento para nivelar las disparidades de desarrollo de los diferentes países que en él participan. La “ley del mercado” serviría para igualar los diferentes niveles en que están los países subdesarrollados. “Poco importará, por tanto, que el progreso se concentre en la industria, el mecanismo natural de los precios induciría a una baja relativa de los productos industriales en relación a los productos agrícolas. Los exportadores de materias primas de esta forma podrían beneficiarse indirectamente de los frutos del progreso técnico. La era de la razón se cumpliría en la industria y el mercado, justificándose así la creencia “prometeica” en el progreso²¹³.

Es interesante señalar la crítica de C. Furtado arguyendo que el pensamiento clásico y neoclásico estaban empapados de una concepción extremadamente optimista respecto al papel del comercio exterior como

²¹² Ver Furtado Celso (1968): Teoría y política op. cit. p. 201. Ver también Capítulo 3º: Comercio y desarrollo en Elkan Walter (1975): op. cit. p. 46.

²¹³ Cardoso, F.H., op. cit. p. 163.

instrumento de elevación de la productividad. Se comprende este optimismo si se tiene en cuenta que lo que hoy llamamos de manera genérica progreso técnico era inicialmente interpretado como perfeccionamiento de los métodos de división del trabajo, viéndose al comercio exterior una forma superior de división social del trabajo²¹⁴. El principio de que la especialización internacional de la economía de cada país viene determinada porque la función de producción es igual en todos los países, pues si las posibilidades tecnológicas permanecen y la demanda global está determinada, siendo distintos los factores su costo en función de la mayor o menor abundancia de éstos, es posible que un país desencadene un proceso de desarrollo, ya que el mercado exterior sería un factor de impulsos dinámicos, al propio tiempo que pone en marcha mecanismos que obran en el sentido de igualar las remuneraciones de factores de los diversos países. En otras palabras, el desarrollo tendería a propagarse, borrando las diferencias de niveles de ingreso entre los países²¹⁵.

Si esto era básicamente lo que proponía la economía neoclásica a partir de la ley inexorable del mercado internacional, en el caso de los países subdesarrollados, y más especialmente los países latinoamericanos, esta inflexibilidad no se cumplió.

2.3.1. El nacimiento de la dependencia y el privilegio de aspectos económicos

La crítica al papel del comercio internacional se refleja tanto en la obra de Raúl Prebisch como en la desarrollada por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL)²¹⁶ y quizás sean los trabajos más puramente representativos dentro de la línea estructuralista en el análisis de los países subdesarrollados. Las teorías de la CEPAL son genuinamente latinoamericanas, los análisis se centran en "el desarrollo de estos países subdesarrollados", teniendo presente el rol que juega el comercio internacional y su función en el intercambio desigual. La obra de la CEPAL²¹⁷

²¹⁴ Furtado, C., op. cit. p. 201. Crítica a la concepción clásica y neoclásica del mercado internacional.

²¹⁵ Furtado, C., op. cit. p. 202.

²¹⁶ La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) data de 1949 y es llamada por Hirschman "el manifiesto de la CEPAL". Ver Cardoso F. H. (1984): *Les idées leurs place*, Ed. Métaillié Paris, p. 63. Para un muestrario de esta forma de análisis ver el libro colectivo: *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina. Volumen I y II. Trabajos de apoyo ILPES.*

²¹⁷ Ver para esto Cardoso, F. H. (1984): op. cit., pp. 21-25.

engloba un conjunto de tesis que tratan de las causas y las condiciones del desarrollo, así como de los obstáculos que encuentra en estos países.

A partir de la década de los años 50, la oposición por parte de la CEPAL y R. Prebisch²¹⁸ a las teorías de la modernización, ya fueran lineales en forma de etapas o dualistas, hicieron que estos estudios sirvieran de base para implementar una "escuela" basada en el análisis estructural sobre la historia del desarrollo de Latinoamérica. Esta corriente llega a la denuncia de la desigualdad en la distribución de los beneficios entre los países latinoamericanos y las economías del centro, como consecuencia de establecerse un ensanchamiento de las diferencias de ingresos entre el centro industrial y la periferia agrícola. Como afirman Goodman y Reddift, más que existir las tendencias igualatorias profetizadas por la teoría neoclásica del comercio, la industria y la especialización han agravado y consolidado las disparidades internacionales. En la baja sistemática (en el comercio internacional) de los precios de los productos primarios se encuentra el mecanismo subyacente en el traspase de recursos desde la periferia al centro desde épocas históricas que se remontan a la conquista. Este hecho fue reforzado con la política de libre comercio durante el siglo XIX, lo cual explica el subdesarrollo latinoamericano y sus distorsiones estructurales, particularmente el desigual ritmo de industrialización y el dependiente proceso de crecimiento. Las mismas características estructurales e impulsoras del comercio, acentuadas por políticas económicas ortodoxas "liberales", han privado a Latinoamérica de fuentes de crecimiento económico autónomo y de automantenimiento²¹⁹.

En detalle la denuncia de la CEPAL se centra en la tendencia al deterioro en términos de intercambio entre materias primas y productos manufacturados ("terms of trade"). Este deterioro viene determinado por el crecimiento de la productividad en la producción de bienes manufacturados superior a la de los precios agrícolas; el aumento de la productividad debería manifestarse a nivel de precios de los productos industriales por una baja relativa del valor añadido por cada unidad producida; pero en los países industrializados existe una presión sindical que defiende el poder de compra de los asalariados, y la producción industrial se organiza para mantener las

²¹⁸ Ver capítulo: La tendencia decreciente de la tasa de ganancias y participación del trabajo, en el libro de Maurice Dobb (1964): *Capitalismo, crecimiento económico y subdesarrollo*, 1ª ed. inglesa 1958 y ed. en castellano en 1964. Ver desde otra perspectiva el análisis de B. Higgins sobre la obra de la CEPAL y Raul Prebisch en el libro "Aspectos sociales del desarrollo económico" Volumen II, ed. Unesco, pp. 159 y ss. y 173 y ss.

²¹⁹ Goodman, D. y Reddift, M (1981): *From peasant to proletarian*, Ed. pág. 31.

tasas de beneficio de los oligopolios, los precios por tanto no pueden disminuir proporcionalmente al aumento de la productividad²²⁰. Efectivamente, para Prebisch y la CEPAL la idea de que en los países industrializados existe una fuerza político-organizacional es básica. Por una parte, través de los sindicatos se ejerce una presión para defender el poder adquisitivo de los trabajadores, y, por otra, la fuerza de las grandes corporaciones capitalistas para evitar la baja de las tasas de beneficio. Éstos han sido los principales factores que han hecho que la transferencia de las ganancias de los países centrales a los periféricos no se hayan realizado, lo mismo que la igualación progresiva de las rentas a nivel internacional²²¹.

Así más que de una economía de libre concurrencia a nivel internacional se trataría de un oligopolio que, determinado por la lucha obrera y su organización, invalidaría la justificación del libre cambio como nivelador del desarrollo y aparecería como un mecanismo de explotación internacional, encontrándose los trabajadores de los países subdesarrollados indefensos para defender sus salarios. Este hecho con la débil tecnificación de la producción agrícola desembocaría en un comercio entre productos agroexportadores y productos industrializados y en un constante "deterioro en términos de intercambio" sin que las ganancias de los productores locales se vean afectadas en estos términos.

Como remedio al subdesarrollo, la CEPAL preconiza un proceso de industrialización en la periferia elevando el coeficiente técnico de la producción agrícola y aumentando los salarios de los trabajadores. Para lograr este objetivo habría que recurrir al capital extranjero y con preferencia a los empréstitos entre gobiernos para provocar un movimiento rápido de industrialización. Esto iría acompañado de una política fiscal coherente, de profundas modificaciones en el régimen de propiedad latifundista y, sobre todo, una acción reguladora del Estado, verdadero promotor del desarrollo nacional.

Las críticas a los estudios de la CEPAL surgieron tanto del lado liberal como marxista. En estas dos corrientes se pueden distinguir dentro de ellas matizaciones importantes²²². Así la corriente liberal, vería a la

²²⁰ Cardoso F.H. (1984): en *Les idées a leurs place*, op. cit. p. 26. Ver también diario "El País" 10 de Mayo de 1986 sobre la personalidad y la obra de Raul Prebisch.

²²¹ Cardoso F.H. (1984): *Les idées a leurs place* op.cit.pp. 9 a 29.

²²² Del lado liberal, como dice Cardoso, se la ve como un aspecto del "socialismo burocrático" a pesar de que se promocionaban de una forma prudente la intervención del Estado y una política proteccionista. Sobre la crítica de Gottfried Haberler, ver Cardoso, F. H. (1984), op. cit., p. 31, lo incluye dentro de las críticas económicas ortodoxas con Jacob Viner, otro crítico de la CEPAL.

CEPAL bajo el aspecto del “socialismo burocrático”²²³. Para esta corriente, partidaria del “statu quo” internacional, donde los grandes grupos capitalistas y las grandes organizaciones financieras se oponían a la internacionalización de la producción industrial y además controlaban la comercialización de la producción agrícola y las inversiones mineras, una planificación y proteccionismo nacional como los que preconizaba la CEPAL tenía la característica de soviétismo y representaba el “caballo de Troya” del izquierdismo²²⁴.

En el caso de la crítica por parte de la izquierda latinoamericana, si bien se acepta de la CEPAL el nacionalismo implícito al otorgar al Estado un papel protagonista en economía, no muestra gran entusiasmo por los otros remedios para solucionar el subdesarrollo latinoamericano, sobre todo en lo que respecta a la reforma agraria y la redistribución de la renta. Ante la toma de posición de ciertos partidos de izquierda (comunistas y populistas) que asumieron las posiciones cepalinas con respecto a la industrialización y el refuerzo de las instituciones y el Estado como elemento dinamizador del desarrollo, se levantaron las críticas de extrema izquierda sobre la labor de la CEPAL. Principalmente en lo referido a la denuncia de los mecanismos de explotación social y económica que reproduce localmente las relaciones de subordinación de los trabajadores a la burguesía y ésta a los centros imperialistas. Estas críticas vienen del hecho de que a partir de los años 50 se opera un cambio de ritmo y de forma en la circulación internacional de capitales, así como en la organización de las empresas capitalistas internacionales. La ampliación de la influencia de las multinacionales multiplicando las inversiones industriales en la periferia va a cambiar las concepciones sobre la relación centro-periferia. Un hecho se impone, la expansión del capital provocaría un proceso de industrialización periférica. Esta nueva política contrariaba la lucha antiimperialista de ciertos partidos marxistas que achacaban a los trusts capitalistas no invertir en el sector secundario, sin embargo, justificaba el optimismo de la corriente leninista que veía en la expansión de los capitales una industrialización periférica como paso previo a la revolución. A partir de este momento las relaciones entre las políticas nacionales, las empresas del Estado y el capital exterior se transforman en más densas y complejas²²⁵.

Siguiendo a F. H. Cardoso esta ofensiva del capital hacia el exterior

²²³ F. H. Cardoso (1984): op. cit., pp. 10, 28 y 29.

²²⁴ F. H. Cardoso: “Les idées a leurs place”, op. cit., p. 29.

²²⁵ Cardoso, F. H., (1984): op. cit. p. 49.

se ve acompañada por la política norteamericana que culminaría en la Conferencia de Punta del Este en 1961, en la que se estimulan múltiples formas de cooperación internacional y el intercambio entre los países latinoamericanos. Con esto la CEPAL se ve sobrepasada, puesto que muchas de sus políticas son asumidas y legitimadas a partir de entonces. La reforma agraria, la reforma fiscal, la planificación, juzgadas por los liberales como izquierdista tratan de ser puestas en práctica. Pero no se ponen en cuestión los aspectos estructurales de fondo: los términos de intercambio, las disparidades del progreso técnico y los salarios reales entre el centro y la periferia, que son la base de la teoría cepalina²²⁶. A partir de ese momento hay un aparente ensombrecimiento de las teorías de la CEPAL, a partir de las críticas de la izquierda, sobre todo liderada por P. Baran.

Ya en 1945 M. Dobb²²⁷, desde el pensamiento marxista clásico, había pronosticado una expansión del capital en la periferia, como consecuencia de que necesariamente una elevación de la composición orgánica de capital en países industrializados aceleraría la baja tendencia de la tasa de ganancia. Dobb explica que la causa del trasvase de capital a la periferia es por la existencia de una mano de obra abundante y en consecuencia por el aumento, por tanto, de las tasas de ganancia empresarial, y que la industrialización consecuente de este trasvase de capital más bien sería destinado a la creación de industrias complementarias y no competitivas con los países del centro centro.

P. Baran articula el análisis político que le falta a la CEPAL, el cual incluye la transformación de las estructuras de poder como único medio de llevar a cabo un programa de reformas. A partir de 1957, P. Baran, teniendo en cuenta los obstáculos que suponen las estructuras políticas al desarrollo, sustituye la idea de la penuria de capitales ligados al mercado interior (que señalaban Nurkse y Singer) por la utilización inadecuada del "excedente económico" en los países subdesarrollados, el cual, utilizado adecuadamente, sería el remedio. La creencia por parte de Nurkse y Prebisch de que los capitales extranjeros resolverían en parte el problema del subdesarrollo es atacada por P. Baran, en el sentido que dichos capitales agravan las distorsiones donde sería destinado el excedente. Por esta razón privilegia la inversión nacional y el desarrollo de las fuerzas productivas internas, reduce la importancia de la balanza de pagos y el deterioro en términos de intercambio entre el centro y la periferia²²⁸.

²²⁶ Cardoso, F. H., (1984): op. cit. pp. 50 y 172.

²²⁷ Dobb, M. (1945): Economía, política y capitalismo. F.C.E.

²²⁸ Cardoso, F. H. op. cit. p. 40.

Su crítica también va dirigida a los hábitos de consumo de las clases superiores, ya que aquellos deterioran las inversiones reales y no desarrollan los medios de producción interiores. Plantea la tesis de que “la inversión tiende a convertirse en autogenerador, mientras que su ausencia convierte el país en autoestancado, el uso irracional del excedente es un factor aniquilador del desarrollo. Los países periféricos en este caso no podrían salir del estancamiento más que por vías políticas. A pesar de que la presencia de capitales no fuera tratada por la línea clásica marxista, P. Baran coincide en este punto con la CEPAL, pero a la inversa. Propone no una serie de reformas que favorezcan el aumento de la productividad y de la inversión de capitales extranjeros como remedios del subdesarrollo, sino una revolución socialista que fuera capaz para liberar las fuerzas productivas de dichos países.

A pesar de sus carencias, sin embargo, hay que señalar que la obra de la CEPAL y de Prebisch dio lugar a una corriente estructuralista en Latinoamérica de la cual tuvo una época fructífera desde el punto de vista teórico que alumbró a muchos de los planteamientos sobre el subdesarrollo y el problema medio ambiental como veremos.

2.3.2. La corriente estructuralista latinoamericana. La heterogeneidad estructural y el estatus de las relaciones sociales en la dependencia

Un grupo de analistas de gran prestigio trataron de abordar el subdesarrollo a partir del fenómeno de la “heterogeneidad estructural” que provoca la dependencia. En el caso de Aníbal Pinto²²⁹, siguiendo línea estructuralista cepalina, muestra su interés por la repartición interna de los beneficios y el nivel de vida en relación con el progreso técnico y el crecimiento de la productividad. Centra su objetivo en la “heterogeneidad estructural” de las economías latinoamericanas en contra de las concepciones dualistas. Esta heterogeneidad sería el producto de un proceso de marginación social propio de un modo de desarrollo basado sobre polos

²²⁹ Ver Cardoso, F. H. (1984): op. cit. pág. 53. Pinto, Aníbal (1965). La concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano. En el Trimestre Económico, México, enero-marzo, 1965. Sobre la heterogeneidad estructural, véase Pinto, Aníbal (1970): Naturaleza e implicaciones de la “heterogeneidad estructural” de América Latina. El Trimestre Económico, vol. 37(1), n° 145, pp. 83-100. Sobre la transformación del modelo de desarrollo latinoamericano, Pinto, Aníbal (1970): El modelo de desarrollo reciente de la América Latina. El trimestre económico, vol. 38 (2), n°. 150, pp. 477-498.

de modernización que provoca una triple concentración de beneficios del progreso técnico a nivel social, a nivel de la estratificación económica y a nivel regional. El motor de desarrollo para él es el mercado interior, reconociendo que la nueva situación planteada a partir de la inversión de las multinacionales desde el exterior no va a parar a sectores de base de la economía, sino a la producción de bienes de consumo, tales como automóviles, refrigeradores, televisores, etc., en este tipo de modelo el estancamiento no existe.

Por su parte, Celso Furtado sitúa al desarrollo latinoamericano dentro del marco de la transformación de las estructuras como forma de aumentar la productividad, siendo a su vez dichas estructuras producto de cambios en las formas de repartición y utilización de la renta. Dos conceptos son básicos en Furtado: renta y productividad. El aumento del flujo de la renta está sometido a las modificaciones de estructuras dentro de un proceso sometido a su vez al incremento o no de la demanda, siendo esta considerada como determinante del proceso de cambio de estructuras y éstas a su vez del crecimiento de nivel de renta, y estando sometida en última instancia a las preferencias individuales y colectivas fundadas en un sistema de valores.

Por esta razón Furtado distingue entre crecimiento y desarrollo, pues este último engloba al anterior, no siendo una cuestión de nivel tecnológico. El desarrollo supone una complejidad estructural que se traduce en una diversidad de formas sociales y económicas generadas por la división social del trabajo²³⁰. Al mismo tiempo, en su obra "El desarrollo económico: Un mito"²³¹, Furtado distingue entre dependencia y subdesarrollo y trata de situar a las grandes empresas (multinacionales) en las nuevas relaciones centro-periferia, siguiendo los planteamientos de la CEPAL. En este sentido Furtado señala que "no hace falta decir que la industrialización que actualmente se realiza en la periferia bajo el control de las grandes empresas es un proceso cualitativamente distinto de la industrialización que en una etapa anterior conocieron los países céntricos. El dinamismo económico en el centro del sistema deriva del flujo de nuevos productos y de la elevación de los salarios reales que permiten la expansión del consumo masivo. En contraste, el capitalismo periférico engendra el mimetismo cultural y requiere una permanente concentración de ingresos a fin de que las oligarquías puedan

²³⁰ Cardoso F. H. (1984): op. cit. pág. 166.

²³¹ Furtado, C. (1979): El desarrollo económico. Un mito. Ed. Siglo XXI. 1ª ed. en portugués 1974. p 92.

reproducir las formas del consumo de los países del centro. Añade que la evolución del sistema capitalista en el último cuarto de siglo se caracterizó por un proceso de homogeneización e integración del centro, un distanciamiento creciente entre el centro y la periferia y una considerable ampliación del foso que, dentro de la periferia, separa a una minoría privilegiada de las grandes masas de la población. Esos procesos no son independientes unos de otros: deben ser considerados dentro de un mismo cuadro evolutivo. Cabe agregar que el creciente control de la actividad económica en el centro por las grandes empresas y la orientación del progreso técnico hacia la producción en masa hacen aún más difícil, en el marco del capitalismo, la creación tardía de sistemas económicos nacionales”.

Para elaborar un concepto que defina esta nueva situación, C. Furtado parte de la hipótesis siguiente: el punto de origen del subdesarrollo son los aumentos de productividad del trabajo engendrados por la simple reubicación de recursos con el fin de obtener mayores ventajas comparativas estáticas en el comercio internacional. Para captar la naturaleza del subdesarrollo, a partir de sus orígenes históricos, es indispensable contemplar simultáneamente el proceso de producción y redistribución de recursos²³², la forma de apropiación del excedente y el número relativo de la minoría privilegiada, que varían conforme a las condiciones históricas que prevalecían en cada área. Este proceso se realiza a partir del fenómeno de la dependencia.

Para Furtado la dependencia es más general que el subdesarrollo, en el sentido que toda economía subdesarrollada es necesariamente dependiente, puesto que el subdesarrollo es una creación de la situación de dependencia. Más aún, la transición del subdesarrollo al desarrollo es difícilmente concebible en el marco de la dependencia²³³. El fenómeno de la dependencia se manifiesta inicialmente bajo la forma de imposición externa de pautas de consumo que sólo pueden ser mantenidas mediante la generación de un excedente creado en el comercio exterior, es la rápida diversificación de ese sector del consumo lo que transforma la dependencia en algo difícilmente reversible. Cuando la industrialización pretende sustituir esos bienes importados, el aparato productivo tiende a dividirse en dos: un segmento ligado a actividades tradicionales, destinado a las exportaciones o al mercado interior (rurales y urbanas), y otro constituido por industrias de elevada densidad de capital que producen

²³² *Ibidem*, p. 93.

²³³ *Ibidem*, p. 104.

para la minoría modernizada²³⁴. A medida que avanza el proceso de industrialización, en la periferia aparece el proceso de sustitución de importaciones, el cual requiere una intensa absorción de progreso técnico bajo la forma de nuevos productos y de las técnicas requeridas para producirlos. Y en la medida en que avanza esa industrialización, el progreso técnico deja de ser problema de adquirir en el extranjero este o aquel equipo, y pasa a ser una cuestión de tener o no acceso al flujo de renovación que está brotando en las economías del centro²³⁵.

La dependencia, que antes consistía en pautas exteriores de consumo mediante la importación de bienes, ahora se enraíza en el sistema productivo y asume la forma de programación por las subsidiarias de las grandes empresas. Sin embargo, Furtado no olvida que la dependencia está enraizada en el dominio social de una clase o élite que trata de reproducir las pautas de consumo de los países céntricos. Así, una burguesía local y/o una burocracia estatal fuerte es posible que traten de controlar el aparato productivo como instrumento de control social para hacer frente a la creciente desigualdad social, pero este control de la producción no significa menos dependencia. La dependencia existe en todas las situaciones históricas en función del dominio económico, pero el subdesarrollo, como señala Furtado, es posible que sea inherente al sistema capitalista, "es decir, que no pueda haber capitalismo sin las relaciones asimétricas entre subsistemas económicos y la explotación social que constituyen la base del subdesarrollo"²³⁶.

En la misma vía se encuentran los análisis de O. Sunkel y O. Paz. Los dos hacen menos hincapié en los aspectos del "flujo de renta" y las variaciones de la demanda que en las diferencias estructurales, en el sentido de que las economías desarrolladas tienen una estructura distinta de la que caracteriza las economías subdesarrolladas, ya que la estructura de estas últimas es una resultante de las relaciones que existieron históricamente y perduran actualmente entre los dos grupos de países²³⁷.

La singularidad de Sunkel y Paz está en que la noción de dependencia se traduce en que el desarrollo y el subdesarrollo pueden ser analizados como estructuras parciales pero interdependientes de un mismo sistema. La característica principal que diferencia ambas estructuras es que

²³⁴ Ibidem, p. 105.

²³⁵ Ibidem, pp. 107 y 108.

²³⁶ Ibidem, p. 114.

²³⁷ Sunkel, O. y Pedro Paz (1984): El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo siglo XXI, 17ª edición 1984, 1ª ed. 1970. Ver también la cita de F. H. Cardoso (1984): en "Les idées a leurs place", op. cit. pág. 169.

la desarrollada, en virtud de su capacidad endógena de crecimiento, es la dominante, y la subdesarrollada, dado el carácter inducido de su dinámica, es dependiente; esto se aplicaría tanto a la relación entre países como a las relaciones “dentro” de un país. El problema fundamental del desarrollo de una estructura subdesarrollada aparece así como la necesidad de superar su estado de dependencia, transformar su estructura para obtener una mayor capacidad autónoma de crecimiento y una reorientación de su sistema económico que permita satisfacer los objetivos de la respectiva sociedad²³⁸.

En esta línea hay que destacar las matizaciones que O. Sunkel hace en su artículo “Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina²³⁹”, cuando destaca que la estructura del subdesarrollo es producto de vinculaciones estructurales externas, así como de las estructuras condicionantes internas. Si bien los factores externos serían la vinculación social, política, económica y cultural, mientras que los internos serían los recursos naturales, la población, las instituciones políticas, el Estado, las clases, los grupos y las ideologías, etc. La conclusión es que no debe admitirse que el subdesarrollo sea un momento en una evolución de una sociedad económica, política y culturalmente aislada; el subdesarrollo es parte del proceso histórico global del desarrollo, son dos procesos simultáneos que actúan y se condicionan mutuamente.

Para O. Sunkel el principal protagonista de este proceso es “el contra”, o sea, la institución económica básica y central del mercado capitalista, pues este nuevo sistema favorece no sólo el desarrollo de los segmentos nacionales internacionalizados en el núcleo, sino el segmento nacional en el que se encuentran localizadas las matrices en los países subdesarrollados, pero al mismo tiempo produce efectos desintegradores y favorece el subdesarrollo. Este proceso frustró a una serie de empresarios nacionales en Brasil, México y Argentina. O. Sunkel añade que el proceso no sólo frustró al empresariado nacional y también a las clases medias nacionales (incluyendo intelectuales y científicos), sino al mismo proletariado nacional. “El contra” representa el fin de la toma de decisiones nacionales de los países subdesarrollados y supone que las firmas multinacionales sean un agente intermediario de penetración de las leyes,

²³⁸ Sunkel, O. y P. Paz (1984): El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo, op. cit. p. 37.

²³⁹ Sunkel, O. (1971): Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina. Ed. Trimestre económico, nº 38 (2) ° 50, pp. 571-628.

la política y la cultura de un país a otro, reduciendo la capacidad gubernamental para ejercer el control de la economía nacional. “El contra” tiende a centralizar la investigación y la decisión empresarial en el país de origen, y denuncia el modelo de desarrollo capitalista en la periferia sobre todo en sus efectos perversos: concentración de ventas y diferencias sociales. Ante este panorama, pone el acento en la acción política, es decir, en los instrumentos y las estructuras del poder de las cuales dependen.

También como aportación singular de Sunkel, es importante abundar en los procesos de “polarización-heterogeneidad estructural” tanto a nivel nacional como internacional. Existen dos conjuntos dentro de los países subdesarrollados: por un lado, el conjunto de actividades, grupos y regiones en estados naciones diferentes que se hallan ligados a través de una variedad de intereses concretos, así como por “estilos”, nivel de vida y afinidad cultural; por otro, el conjunto de actividades, grupos y regiones en estados diferentes totalmente excluidos de la parte desarrollada y sin ningún lazo de unión. De esta forma, lo mismo que hay países de niveles económicos heterogéneos, hay heterogeneidad de niveles de desarrollo, de ingresos, etc., tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados. Dentro de estos últimos habrá un grupo transnacional o internacional que esté relacionado con los intereses del capital de los países desarrollados, esta minoría puede percibir ingresos medios superiores a los medios de los países desarrollados, provocando un proceso de marginación social que limita la posibilidad de acceso a los medios de producción y transferencia de ingresos y fomenta las diversas formas de discriminación, racial, social, etc.

No deja de ser novedoso el engarzamiento que se realiza entre los dos tipos de estructura económica entre los países desarrollados y subdesarrollados, y el papel que realiza una minoría social vinculada al capital exterior. El traslado de la polarización internacional al interior de cada país no sólo se realiza entre espacios, entre grupos sociales y actividades avanzadas y modernas, sino también por espacios, grupos y actividades primitivas, atrasadas y dependientes²⁴⁰. Aunque la idea de la heterogeneidad estructural dentro de un mismo país ya fue destacada por Myrdal, O. Sunkel indica, efectivamente, que hay niveles de desarrollo, de ingresos, etc., tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados. Sin embargo, la diferencia estriba en que dentro de estos últimos existe un grupo transnacional que está articulado a los intereses del capital de los

²⁴⁰ Lázaro Araujo, L. (1977): Materiales para una teoría del desarrollo regional, ICE, nº 526-527, p. 43.

grupos dominantes en los países desarrollados. Este protagonismo de las fuerzas sociales dominantes, Sunkel lo asimila al “estilo de desarrollo”, es decir, cuando achaca a aquéllas la elección del modelo de desarrollo para los países subdesarrollados.

Cada país central tuvo diferentes formas o “estilos” en la fase de expansión industrial, ese modelo se adoptaron en los diversos países modalidades diferentes en materia de organización económica, estructura social y orientación de la técnica, los modos de organización de la industria, la agricultura, el transporte, las formas arquitectónicas y de la construcción, etc. Sunkel otorga un importante papel al conjunto de características ambientales, las que a su vez fueron profundamente modificadas en el proceso histórico de los ecosistemas. Como veremos más adelante, el reconocimiento por parte de O. Sunkel de la existencia de un “estilo ascendente” a nivel mundial (o regional) y un “estilo dominante” a nivel nacional es importante cuando se relaciona con el medio ambiente y supone un cambio en la interpretación del subdesarrollo²⁴¹.

Cabe distinguir, dice O. Sunkel, entre “estilo” como interpretación coherente e inevitablemente simplificada de ciertas tendencias ascendentes o dominantes a nivel regional o mundial, y “estilo” como la concreción nacional de procesos complejos y contradictorios. En cada país persisten no sólo formas de capitalismo nacional y capitalismo de Estado, sino formas precapitalistas y campesinas que constituyen “estilos de vida” o “estilos de sobrevivencia”, más bien que estilos de desarrollo²⁴². Es indudable que la aportación de O. Sunkel va del lado del estructuralismo en cuanto que la imposición del proceso industrial con diferentes “estilos” en los países industrializados y la incorporación del “estilo de vida” de las sociedades industriales de Occidente. Las repercusiones que ese “estilo” ha tenido a nivel agrícola o regional y ambiental ha sido la transformación del medio rural, sometiéndole al dominio del medio urbano y potenciando los problemas ambientales.

Al igual que Furtado, el desarrollo para Sunkel consistiría en la igualdad de las oportunidades sociales, políticas y económicas, tanto en el plano nacional como en las sociedades que poseen patrones más elevados

²⁴¹ Sunkel, O. (1981): La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina, en *El análisis estructural en economía: Ensayos de América Latina y España*, en José Molero (compilador). F.C.E. Madrid.

²⁴² Sobre definición de “estilos de desarrollo”, véase los artículos de Sunkel, O. (1978): La dependencia y la heterogeneidad estructural: *El trimestre Económico*, n° 177. Aníbal Pinto (1976): *Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina*. Revista de la CEPAL, 1° trimestre 1976.

de bienestar material. Sin embargo, esto no significa que dicho proceso de cambio social tenga que seguir la misma trayectoria, ni deba conducir necesariamente a formas de organización social y política similares a las que prevalecen en los países actualmente industrializados o desarrollados. Esto implica, en consecuencia, la necesidad de examinar y buscar en la propia realidad latinoamericana las influencias que ésta sufre por el solo hecho de coexistir con sociedades desarrolladas, el proyecto de nación, las estrategias políticas de desarrollo y las formas de organización que habrán de satisfacer las aspiraciones de los grupos en cuyo nombre se realiza la tarea del desarrollo²⁴³. Por otra parte, este enfoque implica el uso de un método estructural histórico y totalizante a través del cual se persigue una reinterpretación del proceso de desarrollo de los países latinoamericanos, partiendo de una caracterización de su estructura productiva, de la estructura social y del poder derivado de aquélla, de la influencia de la estructura social y del poder sobre la política económica y social, y de los cambios en las estructuras productivas y de poder derivados de las transformaciones que ocurren en los países centrales y en las vinculaciones entre esos países y los periféricos²⁴⁴.

La ventaja, desde una perspectiva holística del desarrollo, es que estos planteamientos implican la introducción de factores sociales, políticos y culturales que los anteriores análisis no incluían. Los estructuralistas, y más especialmente los que acompañan en su segunda etapa a la CEPAL, se dan cuenta de lo necesario que es un análisis centrado en la propia realidad latinoamericana y la importancia que tienen las decisiones políticas a la hora de la introducción del modelo de desarrollo.

Para resumir diremos que la crítica de los dependetistas van dirigidas a las teorías del desarrollo basadas en modelos abstractos formales a partir de los cuales las sociedades se dirigen hacia una meta; aunque sean susceptibles de variación histórica como consecuencia de la iniciativa privada o la iniciativa estatal, son supuestos que no tienen validez científica porque no se fundan en principios históricos. Así Do Santos afirma que “no hay ninguna posibilidad histórica de que se constituyan sociedades que alcancen el mismo estadio de desarrollo que las desarrolladas, el tiempo histórico no es unilineal, no hay posibilidad de que una sociedad se desplace hacia etapas anteriores de las sociedades existentes. Todas las sociedades se mueven paralelas y juntas hacia una nueva sociedad”.

²⁴³ Sunkel, O. y Octavio Paz (1984): op. cit. p. 39.

²⁴⁴ Sunkel, O. (1971): op. cit. p. 40.

Como consecuencia, las oportunidades históricas de que gozaron las sociedades capitalistas desarrolladas es imposible que se vuelvan a repetir. Otra crítica de los dependetistas va dirigida a los enfoques que centran el estudio en las resistencias de las sociedades tradicionales al cambio. La distinción de los procedimientos económicos, políticos y psicológicos que permitan remover los obstáculos sociales, políticos, culturales e institucionales que oponen las sociedades arcaicas, retrasadas, como señala T. Do Santos: obstáculos representados por “sociedades tradicionales”, “sistemas feudales” o “los requisitos feudales”, según las distintas escuelas de pensamiento en América Latina, no deja de ser un análisis de una relación abstracto-formal entre dos estadios o sistemas (tradicional-moderno, feudal-capitalista)²⁴⁵. Para Do Santos el principal objetivo de estas críticas es fijar las bases de un nuevo análisis que se centre en la propia idiosincrasia de las sociedades subdesarrolladas, formadas a partir de un proceso histórico, o, lo que es lo mismo, de las leyes específicas del desarrollo de tales sociedades que inexorablemente las llevan a la dependencia. La dependencia, por tanto, no es un “factor externo” aunque la situación internacional en que este movimiento se produce (propio y específico de estas sociedades subdesarrolladas) es tomada como condición general no como demiurgo del proceso nacional. Dado que es una fórmula cómoda la de sustituir la dinámica interna por una dinámica externa, si esto fuera posible, estaríamos eximidos de estudiar la dialéctica de cada uno de los movimientos del proceso global y sustituiríamos el estudio de las diversas situaciones concretas por una fórmula general abstracta²⁴⁶.

Enfocar la dependencia como una condición que configura cierto tipo de estructuras internas significa tomar el desarrollo como fenómeno histórico mundial, resultado de la formación, expansión y consolidación del sistema capitalista. Tal perspectiva implica la necesidad de integrar en una sola historia la perspectiva de la expansión capitalista en los países desarrollados y sus resultados en los países hoy afectados. Pero no se trata de tomar estos resultados como simples “efectos” del desarrollo capitalista, sino como su parte integrante y determinante. Este paso teórico pone la perspectiva del subdesarrollo y la dependencia del lado en que S. Amin la ha dejado, y, como consecuencia, hay que incluir a la dependencia dentro de la teoría del imperialismo, es decir, del sistema de relaciones económico – sociales a nivel mundial. No obstante, a pesar de

²⁴⁵ Do Santos, Th. (1980): op. cit. pp. 153-154.

²⁴⁶ Do Santos, Th. (1980) op. cit. p. 174.

que la dependencia, según T. do Santos, deba ser situada en el cuadro global de la teoría del imperialismo, ella tiene su realidad propia que constituye una legalidad específica dentro del proceso global y que actúa sobre él de esta manera específica²⁴⁷.

2.3.3. Dependencia, “colonialismo interno” y las relaciones sociales

En el caso específico del “colonialismo interno” como efecto de la dependencia, el modelo explicativo parte de poner más énfasis en los actores implicados en la “explotación” de unos países o regiones por parte de otros.

La visión del “colonialismo interno” ha tenido influencia en Europa a través de D. Seers²⁴⁸ y el Instituto de Desarrollo de la Universidad de Sussex, sobre todo a partir de la divulgación que hicieron de esta perspectiva y su aplicación en el interior de un país autores como S. W. Williams y M. Hechter. Este tipo de análisis tiene mayor atractivo sociológico, no se limita a hablar en términos estructurales económicos, sino que introduce elementos de dominio entre grupos distintos y heterogéneos de la estructura social central sobre los grupos distintos y heterogéneos de la estructura social periférica. Sin embargo, tienen una visión bastante ambigua, como lo corrobora el propio S. W. Williams cuando afirma: “el colonialismo no es sólo una relación de explotación de toda una población por otra, que, a su vez, tiene también distintas clases. El colonialismo interno tiene, pues, bastantes diferencias con la estructura de clases, pero también tiene suficientes diferencias con la estructura de relaciones campo-ciudad, para poder utilizarse como un instrumento de análisis²⁴⁹”.

En el caso de M. Hechter, la visión sobre el “colonialismo interno” y el desequilibrio regional viene condicionada porque “la modernización es un proceso especialmente asimétrico que crea ventajas y desventajas sobre

²⁴⁷ Ibidem, p. 175.

²⁴⁸ Un ejemplo lo encontramos en Seers, D. y B. S. Chaffer (1981): *La Europa subdesarrollada: Estudios sobre relaciones centro-periferia*, Ed. Blume, libro colectivo promocionado por Dudley Seers y S.S. Schaffer del Institute of Development Studies (IDS) de la Universidad de Sussex. En él se recogen una serie de artículos de diferentes autores y diferentes países sobre el problema de la dependencia (centro-periferia) en ciertas regiones subdesarrolladas de Europa.

²⁴⁹ Wyn, Williams (1977): *El colonialismo interno y la identidad cultural de los subsistemas regionales*, en *Agricultura y Sociedad*, nº 13, p. 247. Del mismo autor: *Internal colonialism: core-periphery contrast and evolution*, Ed. Area, Vol. 9, nº 4, 1977. En castellano traducido por Paralelo, nº 1, p. 104.

distintas áreas y produce una distribución desigual de los recursos y del poder entre el centro y la periferia. Los roles de mayor prestigio son monopolizados por los grupos centrales o estables, creándose un sistema de estratificación cultural y desarrollándose una división del trabajo que contribuye al desarrollo de una distinta identificación étnica". La interpretación realizada por M. Hechter sobre el "colonialismo interno" para estudiar los nacionalismos que surgen en la periferia, tiene su base en que "el centro se caracteriza por una estructura industrial diversificada frente al dependiente desarrollo de la periferia al tener una industria muy especializada, y, por tanto, más sensible a las fluctuaciones del mercado; de tal forma que cuanto mayores sean las diferencias culturales de la estratificación social de la periferia, y más observables sean sus marcas de identidad, mayor será la probabilidad de que el grupo en desventaja asuma con el tiempo su propia cultura como igual o superior a la del centro²⁵⁰".

Los planteamientos de Seers, Williams y Hechter no clarifican realmente la panorámica de los actores sociales en la dependencia económica, ya que el hablar de grupos o clases, sin especificar su articulación en los diversos niveles que provoca el desarrollo de los centros y el subdesarrollo de la periferia, es hablar en abstracto desde el punto de vista de los actores sociales que intervienen en esta articulación.

Es quizás el concepto de "colonialismo interno" desarrollado por González Casanova el que puede tener más matices en las diferencias que le separan de los análisis clásicos de tipo centro-periferia en el interior de un país. La estructura colonial y el colonialismo interno se distinguen de la

²⁵⁰ Hechter, M. (1975): *Internal colonialism. The celtic fringe in the british national development*, 1.538-1.966, Berkeley and Los Angeles University of California Press, pp. 30 a 43. En este volumen analiza el caso de Gales. También en esta línea, Alberto Palloni: *Internal colonialism or clientelistic politics? The case of southern Italy ethnic and racial studies*, Vol. II, n° 3, pp. 360-377; A. W. Orridge (1981): *Uneven development and nationalism*, *Political Studies*, Vol. 29, June 1.981, n° 2, pp. 181-190; Edward Page (1978): *Michael Hechter's internal colonial thesis: some theoretical and methodological problems*, *European Journal of Political Research*, Vol 6, n° 3, Septiembre 1.978, pp. 295 a 317. Además los trabajos de Charles Ragin en los n° 3 (Vol 42) y 4 (Vol 44) del *American Sociological Review*, años 1.977 y 1.979 respectivamente. Sobre el cambio de orientación en la visión conflictivista del nacionalismo por la acción social colectiva basando su conceptualización en la acción social como mecanismo integrador, algunos trabajos se encuentran en: *New nationalism of the delveloped west*, Ed. Boston Allen and Unwin, 1.985. Según Sevilla Guzmán op. cit., pie de p. 18, reconoce con Tom Nairn (1977): *Pie break-up Britain*, Ed. London, New Left Books, que el modelo de colonialismo interno a pesar de sus zonas de debilidad posee una gran capacidad analítica; probablemente más que la nueva orientación teórica de Hechter.

estructura de clases, porque no son sólo una relación de dominio y explotación de los trabajadores por los propietarios de los bienes de producción y sus colaboradores, sino una relación de dominio y explotación de una población (con sus distintas clases: propietarios, trabajadores) por otra población que también tiene distintas clases (propietarios, trabajadores²⁵¹). La explotación de regiones subdesarrolladas, según González Casanova, es una categoría general que engloba y amplía la explotación ciudad-campo, la explotación colonial, la explotación imperialista y el “colonialismo interno”²⁵². Por tanto, “colonialismo interno” es una categoría analítica que englobaría no sólo los aspectos relativos a la explotación de unas regiones o países por otros, sino también la explotación de clases propiamente dicha. La introducción de dos categorías generales de la explotación (las clases y las regiones) en los distintos procesos de subdesarrollo, le lleva a distinguir tres tipologías de explotación: 1º) Las que se refieren a las relaciones disimétricas en el interior del centro (clases). 2º) Las que se refieren a las relaciones entre el centro y la periferia (explotación regional). 3º) Las que se refieren a las relaciones en el interior de la periferia (clases).

Sin embargo, esta concepción, para los neomarxistas a pesar de ser mucho más “completa”, no aclara empíricamente a través de quién se realiza la explotación entre regiones; por ello, no sólo es necesario que a nivel regional se incluya el aspecto del dominio y explotación de unas regiones por otras, y que dentro de ambos polos (centro-periferia) se establezca la explotación de unas clases por otras, sino que además es indispensable que se incluya en la explotación de unas regiones por otras a través de las clases sociales, o lo que es lo mismo, a través de la asociación de intereses entre las clases dominantes de las regiones dominantes y las clases dominantes de las regiones dominadas. Este punto marca una posición metodológica crucial, ya que como señalaba Bettelheim en torno a la explotación de los países pobres por los países ricos: el concepto explotación expresa, pues, una relación de producción. De aquí que la noción de explotación de los países pobres por los países ricos carezca de sentido, por cuanto no se trata de unidades homogéneas (país pobre o país rico), sino de unidades heterogéneas articuladas en torno a una estructura que le es propia, en el sentido de que la explotación se hace entre clases dentro de un país y a nivel internacional, cuando los intereses de las clases dominantes del centro y la periferia coinciden²⁵³. De igual modo,

²⁵¹ González Casanova, P. (1975): *Sociología de la explotación*, F.C.E. p. 241.

²⁵² *Ibidem*, p. 200.

²⁵³ Vidal Villa, J. M. (1976): *Teorías del imperialismo*, Ed. Anagrama, p. 247.

aunque las formas de dependencia sean variadas, como dice Casanova, todos tienen en común el trasvase del excedente de la región subdesarrollada a la desarrollada, aunque el mecanismo básico de dicho trasvase se realiza por los grupos dominantes de los países o regiones desarrolladas, en colaboración con sus homólogos en la propia zona subdesarrollada²⁵⁴.

2.3.4. *La dependencia y la importancia de los aspectos sociopolíticos*

La constatación por parte de los estructuralistas de que los mecanismos de flujos de intercambio desigual no son suficientes para explicar dicho fenómeno, hizo que algunos de ellos pusieran interés en analizar las relaciones de dependencia a partir de las estructuras de dominio y cambio político que se necesitan para superar el subdesarrollo. En este apartado tratamos de exponer algunos planteamientos que ahondaron en el papel de las clases y los instrumentos políticos que consolidaban la situación de dependencia²⁵⁵.

Los planteamientos neomarxistas de la dependencia permiten el paso del análisis económico a una interpretación global del desarrollo, para ello es necesario estudiar desde el inicio las conexiones entre el sistema económico, la organización social y política de las sociedades subdesarrolladas, no sólo en ellas y entre ellas, sino también en su relación con los países desarrollados. Como señalan Cardoso y Faletto²⁵⁶, la respuesta de la sociología de la dependencia a los estudios del desarrollo hay que encontrarla a partir de un análisis de la dependencia en términos dialécticos y no mecánicos de los intereses externos y de los internos. Este modelo de conexión dialéctica es el que debe predominar, según Cardoso, en la teoría de la dependencia²⁵⁷.

²⁵⁴ Lázaro Araujo, L: op. cit., p. 42.

²⁵⁵ El proceso de industrialización latinoamericano (de los años 50) determina el concepto de dependencia; para analizar este proceso R. López Pintor: Sociología industrial op. cit. pag. 72, destaca las obras de Sunkel, Furtado, Cardoso y Faletto y Gunder Frank como representantes del análisis de la dependencia. Sin embargo, aunque las notas de López Pintor sobre la dependencia están más en la perspectiva de explicar el paso hacia la sociedad tecnológica, nuestro interés se centra en la búsqueda de un instrumento analítico que nos explique las relaciones en la dependencia, donde se destaquen las articulaciones sociales y políticas que este concepto difunde, sobre todo a partir de la polémica de Cardoso y Faletto con Weffort.

²⁵⁶ Cardoso y E. Faletto (1968): Dependencia y desarrollo en América Latina, México. Ed. siglo XXI, p. 22.

²⁵⁷ Ver nota al pie de página de Cardoso F. H. (1984): Les idées a leurs place, op.cit.p. 132, citando a la perspectiva dialéctica que desarrolla Do Santos Th. (1980): La crisis del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina, op. cit.

Según Do Santos el reconocimiento de distintos tipos de dependencia, donde se identifican las diferentes combinaciones estructurales y las leyes que las rigen, supone no considerar condiciones generales y abstractas, sino condiciones histórico—específicas, a partir de las cuales se pueden definir las leyes de desarrollo de las sociedades dependientes²⁵⁸. En resumen, las leyes que rigen el desarrollo de los países subdesarrollados son específicas y como tales deben ser estudiadas como leyes del desarrollo de los países dependientes y sus distintas formas tipológicas. En este caso, por tanto, no se trata de “aplicar” conceptos genéricos a casos particulares, sino de redefinir conceptos universales según algunas situaciones específicas²⁵⁹, es decir, lo que Cardoso denominó “situaciones concretas de dependencia”, como veremos más adelante.

Respecto a esta caracterización de la dependencia, Weffort y F. H. Cardoso incidieron más en los aspectos de carácter sociopolítico, es decir, trataron de dar mayor amplitud al concepto de dependencia incluyendo el análisis de las estructuras políticas y de dominio social que configuran las economías nacionales dependientes por dentro y en función del sistema capitalista mundial.

Para Weffort, tal como ha sido usado, el término dependencia aparece como un concepto difuso a nivel teórico. Sin embargo, la dependencia hace emerger con fuerza elementos en el análisis como son las clases y las naciones, sobre todo, en el proceso de desarrollo en América Latina. La dependencia trata de poner de relieve “la especificidad estructural” de estos países teniendo en cuenta las relaciones económicas y políticas entre las naciones y las clases²⁶⁰. También la crítica de Weffort va dirigida al acento que ponen ciertos estudios sobre la dependencia externa, pues ésta juega un papel ideológico en la medida en que esta noción indica la necesidad de una independencia nacional sin la ruptura de las estructuras de dominio interno de clase. En este sentido, esta visión pertenece al dominio de una ideología de tipo nacional—burgués que desconoce la existencia de lazos entre el sistema internacional de dominación

²⁵⁸ Do Santos, T., op. cit. pág. 185 y 185.

²⁵⁹ Do Santos, T., op. cit. pág. 185.

²⁶⁰ Weffort F. C. (1971): Notes sur la theorie de la dependance: theorie de classe ou ideologie nationale? en Estudios n° 1, pp. 1 a 24, Para mayor información sobre la polémica sobre la noción de la dependencia, según la visión de Weffort y F. H. Cardoso, en cuanto al planteamiento de analizarla en términos de nación o de clase en el proceso de desarrollo de América Latina, vease el texto de Jerkovic, J. y J. A. G. Albuquerque (1972): Note sur la dependance economique et les rapports sociaux dans les sociétés “sous developpes”, Publication du Centre pour L’Analyse du Changement Social, Université de Louvain.

y la estructura de clases de los países latinoamericanos. El problema es saber en qué medida los teóricos de la dependencia "estructural" rompen efectivamente sus amarras ideológicas. A tenor de esto, Weffort afirma que esta noción que engloba a la vez las relaciones internas y externas, no es más que una versión más radical en el interior del mismo campo ideológico que la anterior. "Si en el caso precedente se puede hablar de nacionalismo reformista (burgués), en el caso último parece ser típico de nacionalismo radial (pequeño burgués)"²⁶¹.

Según Weffort, la imprecisión de la noción de dependencia reside en que ella oscila entre una perspectiva basada en la nación y otra basada sobre las clases. En el primer caso el concepto de nación es la premisa del análisis de clases. En el segundo se pretende que la dinámica de las relaciones de producción y de relaciones de clase determine en última instancia el carácter (real) del "problema nacional"²⁶². Para Weffort un ejemplo del primer caso nos lo ofrecen los economistas y sociólogos articulados al pensamiento de Prebich y la CEPAL, para éstos la nación circunscribe el espacio de las relaciones económicas y sociales de tal forma que se podría prever para los países "atrasados" el camino recorrido por los países avanzados, mientras que los teóricos de la dependencia tienden hacia la segunda perspectiva. En opinión de Weffort, Cardoso y Faletto proponen una combinación más osada de relaciones internas y externas; sin embargo, para Weffort esta perspectiva, a pesar de ser más osada, no deja de partir del principio de la primera: la nación. "Por tanto, la premisa nacional es explicativa en tanto que la nación (ya sea como realidad, como posibilidad o como proyecto) es el punto de partida de la articulación de su teoría". En resumidas cuentas, para Weffort²⁶³, la noción de "dependencia estructural" toma la idea de nación al igual que el concepto de clase.

En respuesta a Weffort, en el planteamiento de Cardoso hay que destacar que de lo que se trata es de poner en evidencia dos aspectos metodológicos²⁶⁴: por un lado, el análisis del proceso histórico de la constitución de la periferia debe partir de la relación entre las clases sociales a nivel interno de cada nación, y, por otro lado, el análisis tendrá en cuenta los

²⁶¹ Jerkovic, J. y J. A. Albuquerque (1972) op. cit. y Weffort F. C. (1971): op. cit. pp. 9-10.

²⁶² *Ibidem*, p. 10.

²⁶³ Jerkovic, J. y J. A. Albuquerque (1972) op. cit. pp. 17 y ss.

²⁶⁴ Cardoso, F.H. (1971): "Theorie de la dependence o analys concretes de situations de deponce?" en *Estudos* n°. 1, pp. 25-45 (en portugués), Aparecido en castellano como *Teoría de la dependencia o análisis concretos de situaciones de dependencia* en el libro: *Estado y sociedad en América Latina*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.

condicionamientos externos de la relación de clases a nivel interno; el imperialismo y el mercado externo, ya sea en su faceta económica o política.

Por tanto, no hay distinción entre las condiciones externas e internas, puesto que la dinámica interna es un aspecto particular de la dinámica general del modo capitalista, existen las formas de su expresión periférica y el modo de articulación al capitalismo internacional. En otras palabras, los cambios que tienen su origen en “el centro” son concomitantes, tienen relación, encuentran su expresión concreta, con y en los cambios de la “periferia”. Esta expresión concreta no es, sin embargo, mecánica, depende de los intereses locales de las clases, del Estado, de los recursos naturales, etc., y sobre todo de la forma de cómo ellos se han constituido y articulado históricamente²⁶⁵. En resumidas cuentas, no se pretende, como afirma Cardoso, sustituir el análisis en términos de nación por un análisis en términos de clase, pues la alternativa no es correcta, es una cuestión en términos de “status” teórico. La contradicción entre las clases en los países dependientes pasa por una contradicción nacional que se inserta en el contexto más general de la contradicción de clases en el plano internacional y por las contradicciones que se derivan de la existencia de los Estados nacionales²⁶⁶. El Estado nacional no puede ser objeto de estudio si no se tiene en cuenta esta perspectiva de análisis, de la misma forma que sería un paso atrás en insistir solamente sobre las contradicciones generales entre las relaciones de producción y las relaciones de clase, sin mostrar que la estructuración entre “el centro” y “la periferia” se refleja sobre las condiciones de integración del sistema económico y el sistema político en cada situación de dependencia. “Cada forma histórica de dependencia produjo un acuerdo (o arreglo) entre las clases, no estático sino de carácter dinámico. El paso de uno a otro modo de dependencia, considerado siempre en una perspectiva histórica, debió fundarse en un sistema de relaciones entre clases o grupos generado en la situación anterior²⁶⁷.”

Cardoso introduce un elemento dialéctico-histórico, en contra del etapismo, cuando afirma que el paso de un modo de dependencia a otro está forjado en una relación de clases. Cardoso no suscribe una concepción histórica de la dependencia, puesto que hay dependencia en la fase de la constitución del Estado nacional y de la formación de la burguesía exportadora, dependencia en la situación de “enclave”, y dependencia en la etapa de la internacionalización del mercado en la fase de formación

²⁶⁵ Ver Cardoso F. H. (1971): op. cit. p. 23.

²⁶⁶ *Ibidem*, p. 24.

²⁶⁷ Cardoso F. H. y Faletto E. (1968): op. cit. p. 35.

de las economías industriales periféricas. Afirma Cardoso que no se dividen estas fases para indicar que ellas forman parte de “etapas”, sino por que ellas son formaciones sociales específicas que suponen a veces arreglos particulares (específicos) que contienen las tres situaciones de la dependencia (precedentes) si bien están estructuradas de manera determinada²⁶⁸.

El objetivo de su planteamiento es explicar los procesos económicos como procesos sociales. Para ello se requiere un punto de intersección teórica donde el poder económico se exprese como dominación social, esto es, como política, pues es a través del proceso político que una clase o grupo económico intenta establecer un sistema de relaciones sociales que le permitan imponer al conjunto de la sociedad un modo de producción propio, o por lo menos intenta establecer alianzas o subordinar al resto de los grupos o clases con el fin de desarrollar una forma económica con sus intereses y objetivos²⁶⁹.

Seguidamente tratamos de resumir los aportes más importantes realizados por Cardoso al análisis de la dependencia a nivel teórico y metodológico:

1. La consideración de las “situaciones concretas de dependencia”. Es decir, un análisis concreto de la dependencia es ante todo el producto de una práctica, por un lado, y una reflexión teórica, por otro. Un análisis concreto deber partir de una “situación concreta”, es decir, que los análisis de la dependencia deben partir de procesos sociales reales en su conjunto, para formar una síntesis (la totalidad), o sea, un conjunto jerarquizado y articulado de relación de conceptos que permitan dar una explicación de las partes que componen el todo y las leyes de su evolución²⁷⁰.

Esta “síntesis del pensamiento”, esta necesidad de la imagen del todo como elemento previo para analizar las partes donde la trama de relaciones que se jerarquizan y se fundan dentro de un conjunto estructural determinado, sería el paso previo. Este momento constituiría un proceso histórico de producción teórico y práctico del conocimiento²⁷¹.

En realidad, la dependencia para Cardoso no es ninguna categoría inamovible y absoluta producto de una elaboración teórica; la dependen-

²⁶⁸ Cardoso F. H. (1971): op. cit. p. 41.

²⁶⁹ Cardoso F. H. y Faletto E. (1968) op. cit. p. 20.

²⁷⁰ Para una explicación de lo que se supone un “análisis concreto de situaciones de dependencia”, véase el artículo de Cardoso F. H. (1982): La dependence revisitée, en Les idées a leurs place op. cit. p. 71 y ss. Este artículo se publicó en Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLASCO n° 4, pp 3 a 31, en 1972.

²⁷¹ Ibidem, p 82.

cia es un concepto dialéctico (teórico—empírico) como hemos dicho, que va de la ideología a la ciencia, determinado por el momento de producción intelectual histórico. Esta es la causa de que Cardoso más que hablar de una teoría de la dependencia, hable de “situaciones concretas” de dependencia. El proceso histórico, ya sea a nivel de los hechos sociales, como a nivel de la producción teórica, es parejo y concomitante, puesto que la situación histórica cambia, ya que la materia prima con la cual se trabaja está hecha de luchas políticas y de luchas económicas, tal como ellas afloran a la superficie del proceso histórico. El concepto al cual se llega difiere entonces del punto de partida en el sentido que (después de haber definido las relaciones entre los Estados, entre éstos y las clases sociales, y su inscripción en el proceso de producción) permite comprender los mecanismos de reproducción y los límites (la negatividad) de una estructura de dominación dada²⁷². De tal forma que los actores redefinen y renegocian sus capacidades de intervención a medida que se modifican los contenidos políticos ideológicos en la práctica social. Este fue el caso de la etapa del “nacional—desarrollismo” que fue reemplazado por el “nacional—patriotismo” que se asocia cada vez más a los monopolios internacionales; “el nacional—populismo” pretende renacer bajo los rasgos de un “nacional—corporativismo” y así sucesivamente. Mientras que la práctica política no haya eliminado las desigualdades del sistema de apropiación entre las clases y las naciones, el concepto de dependencia guarda todo su sentido²⁷³.

2. Articulación del análisis estructural y al mismo tiempo histórico de la dependencia. Para Cardoso son dos conceptos (estructura e historia) dentro del análisis de la dependencia que no son contrapuestos. Si desde una perspectiva estructural las relaciones entre las clases, los grupos e instituciones están sometidas a ciertas irregularidades que están articuladas y que se establecen según un orden más o menos rígido, al mismo tiempo las estructuras deben ser concebidas como un producto de la lucha de clases, y en consecuencia “como un proceso” o como un conjunto de respuestas a una evolución histórica que modifica su equilibrio precedente. No se puede considerar, por tanto, un conjunto de estructuras dadas como algo invariable, puesto que dicho conjunto es el resultado de un proceso al término del cual se han impuesto formas determinadas por la dinámica social.

²⁷² Cardoso F.H. (1982): op. cit. p. 82.

²⁷³ Cardoso F.H. (1982): op. cit. pp. 82-83.

Si el objetivo de los análisis de la dependencia debe ser la búsqueda del punto de intersección teórica donde el poder económico se expresa como dominación social, para esto habrá que tener en cuenta: condiciones del mercado mundial, estructura productiva nacional y vinculación externa, configuración histórico—estructural. Ahora bien, la “situación de dependencia” pone de manifiesto que la integración de las economías nacionales al mercado internacional supone formas definidas y distintas en cada país, siempre y cuando no se atribuya a los vínculos estructurales con el exterior la determinación de la dinámica del desarrollo interno.

Es importante destacar que para Cardoso la historia no es un juego de intenciones o el efecto de una racionalidad consciente, de tal forma que todas luchas coyunturales y estructurales aparezcan como una consecuencia de las intenciones de individuos, grupos o clases sociales, como puede ser el ejemplo cuando se le asigna a la burguesía nacional la intención de asociarse al poderío imperialista²⁷⁴.

El periodo histórico para un análisis de este tipo es definitorio para no caer en la tipología abstracta, es decir, el periodo de las formaciones sociales capitalistas en el transcurso del cual se articulan la forma de dependencia dominante. La periodización es como dice Cardoso un aspecto esencial de la dialéctica marxista; es necesario realizar “cortes” en la historia como objeto de aislar las estructuras que permitan en el orden conceptual emprender la relación articulada sobre un doble plano: el de la lógica y aquel de la conciencia social objetiva. La explicación histórico—estructural, para Cardoso es diferente de una explicación empirista e historicista, en el sentido de que la explicación histórico—estructural tiene como objetivo el estudio del proceso de formación de estructura y el de descubrimiento de leyes de evolución frente a la explicación de la singularidad de los hechos históricos como significativos por sí mismos²⁷⁵. Esto supone que las estructuras se ven como sistemas de relaciones entre los hombres, determinadas por esta misma relación y susceptibles de cambio, a medida que en la lucha política, económica y cultural se presentan nuevas formas de práctica social. De esta forma, el objeto

²⁷⁴ Cardoso F.H. (1982): op. cit. p. 85.

²⁷⁵ Con respecto a la perspectiva histórica y su crítica se puede ver una muestra en Enciclopedia de las Ciencias Sociales, Vol. 10, p. 721, donde se ataca al historicismo por la significación que da al hecho histórico por sí mismo. En el mismo volumen, el artículo de T. F. O’Dea sobre la obra de E. Troeltsch y la concepción historicista heredada por Dilthey, op. cit. pág. 532. En el volumen 6 el artículo de E. Shils sobre K. Mannheim al punto de vista historicista según el cual cada época tiene sus problemas específicos, sus concepciones del mundo, de lo bueno y de lo verdadero, etc. Vol. 6, op. cit. p. 744.

del análisis no se constituye en términos de actores, sino en términos de relaciones sociales²⁷⁶.

2.3.5. *El accionismo y los movimientos sociales en la dependencia*

La explicación que sigue se basa en la aplicación al fenómeno de la dependencia del aparato conceptual que ha utilizado A. Touraine²⁷⁷ a partir de sus aportaciones a la sociología del trabajo²⁷⁸. Como bien se sabe, el análisis de movimientos sociales, y más específicamente el movimiento obrero, es el fundamento de la sociología accionista con una vertiente de carácter empírico. No obstante, el accionismo a partir de aquella experiencia elabora un corpus teórico que aplica al estudio del desarrollo y el problema de la dependencia en América Latina. El planteamiento de A. Touraine supone centrarse en el análisis de los movimientos sociales que plantean sus reivindicaciones y sus esfuerzos de transformación social a partir de la situación de partida: las tensiones y las contradicciones de clase²⁷⁹. En esta perspectiva, el concepto de desarrollo será definido como acción, como un movimiento a partir del cual se forman, se estructuran, las orientaciones normativas relativas a la creación, es decir, las orientaciones relativas, al crecimiento económico y al desarrollo de un sistema sociopolítico definido a partir de la unidad nacional. Por tanto, un modelo de desarrollo no es simplemente un hecho económico en sí, sino la puesta en marcha de movimientos sociales cuyas orientaciones y formas de acción dependen del tipo de sociedad de la cual forman parte, la cues-

²⁷⁶ Cardoso, F. H. y E. Faletto (1968): op. cit., p. 86.

²⁷⁷ Este apartado tiene como base las publicaciones de J. Jerkovic, y J.A.G. Albuquerque (1972): Notes sur la dependance economique et les rapports sociaux dans les sociétés sous-développées; Guy Bajoit (1972): Pour une sociologie actionaliste du développement; J. Jerkovic (1974): Sociologie des sociétés dependantes d'après A. Touraine, publicados por el Centre pour l'Analyse du Changement Social de la Université de Louvain.

²⁷⁸ El análisis de A. Touraine sobre el subdesarrollo y la dependencia no están agrupados en una obra general, sino que se encuentra desperdigada en varios artículos escritos principalmente en los años sesenta. Sus análisis de las sociedades dependientes están centrados en la experiencia del desarrollo en América Latina, valorando los aportes de C. Furtado, F. H. Cardoso y R. Stavenhagen al ser conscientes de los límites de la dependencia económica y el determinismo externo de la dependencia. Para esto, véase de A. Touraine el capítulo Las sociedades desarticuladas en el libro *Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina*, México, 1978, Ed. Siglo XXI, pp. 51 y ss.

²⁷⁹ Véase los artículos de A. Touraine (1963): "Sociologie du développement", Paris, *Sociologie du Travail*, V, 2 y Touraine, A. (1965): *Mobilité social, rapport de classe et nationalisme en Amerique Latine*", in *Sociologie de Travail*, V, I.

ción está en comprender la diversidad de modos de acción de una sociedad sobre sí misma a partir de la especificidad de sus movimientos sociales. Se trata de analizar los movimientos sociales, no como una respuesta a una situación económica, sino como actores de clase implicados de una forma u otra en un conflicto por el control o la transformación del modo de producción de una colectividad. El objetivo del planteamiento accionalista es articular estrechamente las formas o modelos de desarrollo de una sociedad y los movimientos sociales que la acompañan y contribuyen a producirlos²⁸⁰. Para Touraine la inclusión de los movimientos sociales como actores imprescindibles en el cambio supone tener que combinar un análisis sincrónico de relaciones de clase con un análisis de los cambios estructurales y condiciones del paso de un tipo de sociedad a otra²⁸¹.

Previo a lo anteriormente dicho es necesario situarse en el desarrollo teórico del concepto de “historicidad”, como punto de partida del análisis toureniano. La acción histórica de las sociedades se entiende como la capacidad que una colectividad tiene para actuar sobre ella misma, a partir del modelo cultural que orienta su acción y un tipo de acumulación que define un tipo de relaciones de clase²⁸². Tanto el modelo cultural como el modelo de acumulación son inseparables de las condiciones técnicas que dispone esta colectividad²⁸³. Desde una perspectiva sincrónica, este planteamiento supone distinguir tres niveles de análisis:

- a) El primer nivel es el concerniente al sistema de historicidad o también el campo de acción histórico constituido por el conjunto de orientaciones culturales (en términos de A. Touraine: un modelo de desarrollo) y por las relaciones de clase implicadas en un conflicto por el control del modelo de desarrollo de la colectividad a la que pertenecen, así como por el control de los medios de producción, es decir, una forma de orientación social. Precisamente este nivel es el lugar a partir del cual la colectividad se produce a

²⁸⁰ Un buen análisis del protagonismo de los movimientos sociales en la sociología accionalista se encuentra en Jimeno Martínez, V. (1973): *Sociología accionalista y movimientos sociales*, Madrid, Confederación de Cajas de Ahorro.

²⁸¹ Touraine, A. (1973): *Vie et mort du Chili populaire: journal sociologique*, París, Seuil, p. 115.

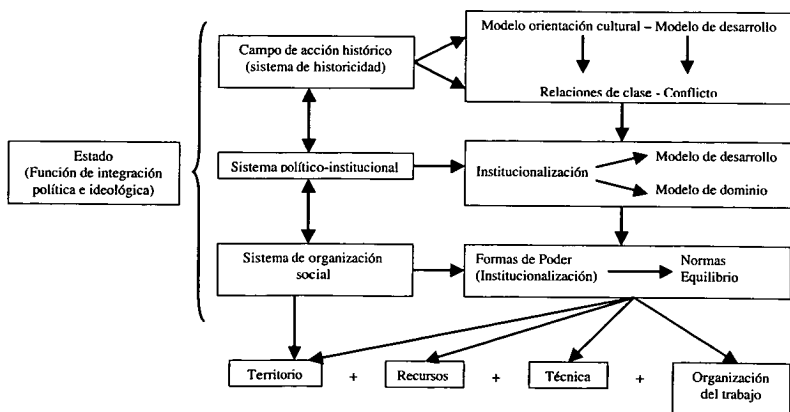
²⁸² Touraine, A. (1973): *Production de le société*, Paris, Ed. Seuil, pp. 145-207. Touraine aclara que no es suficiente definir una clase a partir de las relaciones de dominio, ya que ella participa conflictivamente en un modo de producción. Una clase es dirigente en lo que corresponde a la forma de gestionar un modelo de desarrollo, y dominante en la medida que ella trata de integrar a la sociedad en sus intereses particulares y a su ideología.

²⁸³ Touraine, A. (1973): *op.cit.*, pp 25 y ss. Nos habla de un modo de conocimiento, es decir, del saber hacer y de los recursos que una colectividad crea en relación con su entorno material.

- sí misma a partir de su trabajo, al mismo tiempo que define el campo de las relaciones sociales como relaciones de clase.
- b) El segundo nivel concierne al sistema institucional o político, constituido por un conjunto de mecanismos sociales a partir de los cuales las orientaciones culturales y las relaciones de clase están instituidas en el interior de una organización social. Este nivel es el lugar donde la colectividad adapta su organización a las modificaciones provenientes de su interior o a partir de su entorno.
 - c) El tercer nivel es el concerniente a la organización social en sí misma, constituida por una colectividad que ocupa un territorio y detiene un tipo de poder (legitimado por el sistema institucional) que utiliza según ciertas normas de funcionamiento interno y en relación con ciertos objetivos que están en relación con su entorno.

Estos tres niveles de análisis están jerarquizados y guardan una autonomía relativa entre ellos, de tal manera que el campo de acción histórico dirige, en última instancia, el sistema institucional o político y a través de él la organización social de la colectividad. Como resumen y a título aclaratorio presentamos el cuadro 4.

GRAFICO 4
PLANTEAMIENTO TEORICO DEL ACCIONALISMO



Fuente: Elaboración propia a partir de Bajoit, Gay (1972): op. cit.

Para que una sociedad actúe sobre sí misma a partir de un modelo de desarrollo, no basta que exista una clase que asegure la gestión, sino que

hace falta que exista un Estado que pueda imponer su realización. En una sociedad histórica es el Estado quien integra los tres campos sociales anteriormente citados, introduciéndose (para movilizar o reprimir) a través de sus aparatos, ya sean agencias, empresas y administraciones. De esta forma, el Estado, teóricamente, es a su vez al aparato de gestión de una colectividad nacional según un modelo de desarrollo (es el que articula un campo de acción histórico a una organización social por el intermedio del sistema político) y es el agente que interviene en las relaciones intersociales, es decir, en las relaciones de dominio o dependencia que se articulan entre diversas sociedades. El Estado siempre está ligado a las relaciones de clase. Pero sus prácticas dependerán de la configuración de relaciones sociales en una sociedad históricamente concreta: puede ser el instrumento de una clase dominante o puede remediar la ausencia de una clase dirigente, puede aliarse a una fuerza social en ascenso. Por esta razón, el análisis sociológico tiene que tener en cuenta la perspectiva histórica diacrónica del papel que ejerce el Estado en los cambios de modelo de desarrollo en las sociedades periféricas. Varios pasos metodológicos hay que destacar en el análisis toureniano:

A) Uno importante es la explicación de la “estructuración de la conciencia” de los actores antes de que se traduzca en un proyecto y en un movimiento social²⁸⁴. Este es el primer paso para comprender análisis accionalista a partir del cual Touraine distingue tres fases en el proceso de desarrollo o tres tipos de estructuras dominantes en un proceso cambiante²⁸⁵:

– La fase se denominará “preindustrial” (Fase I), que coincide con el quebrantamiento de las estructuras de la sociedad tradicional. En esta fase los valores de la sociedad tradicional son truncados por la colonización o la dominación económica o política. Esta situación se observa en la vida económica de las regiones rurales, las pequeñas ciudades y en sectores marginales de las grandes ciudades. Afecta a las pequeñas y medianas empresas de carácter tradicional, lo mismo que a los actores faltos de cualificación profesional. El sistema político se encuentra en manos de terratenientes y/o una burguesía de tipo comercial dependiente de las metrópolis extranjeras.

²⁸⁴ Véase Touraine, A. (1963): *Sociologie du development*, op.cit., p. 174. Touraine, A. (1965): *Mobilité sociale, rapports de classes et nacionalisme en Amerique Latine*, op.cit., p. 71; y Touraine A. y A. Pecant (1967): *Conscience ourrière et development économique en Amerique Latine*, en *Sociologie du Travail*, V, nº 3.

²⁸⁵ Bajoit, Guy (1972): *Pour une sociologie accionaliste du développement*, Centre pour L'Analyse du Changement Social, Université de Louvain.

En esta situación los conflictos de clase se encuentran enmascarados por conflictos sociales, étnicos o religiosos, entre nacionales y extranjeros.

– La fase “protoindustrial” (Fase II) que es una fase de inestabilidad y transición que sirve de conexión entre los rasgos de la fase I y la III.

– La fase “cuasi industrial” (Fase III) que supone la consolidación de un nuevo orden social constituido sobre el antiguo. Las estructuras de esta fase están más implicadas con la sociedad industrial, oponiéndose a las estructuras de la fase preindustrial y, en consecuencia, la desaparición progresiva de referencias a los garantes metasociales de la sociedad tradicional.

Estas tres fases no son sistemas sociales integrados, ni secuencias temporales, sino situaciones en proceso de quebrantamiento o formación definidas por de tensiones y conflictos. Las tres fases están presentes a la vez en una sociedad concreta en un tiempo y en un espacio determinado.

B) Un segundo paso consiste en distinguir los tipos de conciencia y los movimientos sociales. En cada fase domina un problema central. Sin embargo, estos problemas que caracterizan a cada fase están presentes en cada una de ellas, así, por ejemplo, la lucha por la autonomía nacional de esta fase I está presente en las fases II y III. A. Touraine sostiene la hipótesis de que estos problemas se combinan según las fases y forman tipologías dominantes de conciencia de actor²⁸⁶. El cuadro siguiente, elaborado por Guy Bajoit, aclara la interrelación entre los conceptos en las fases del desarrollo

– La fase I o del nacionalismo se caracteriza por la lucha contra el

CUADRO 3
FASES DEL DESARROLLO EN LAS SOCIEDADES DEPENDIENTES

Tipos de conciencia	Fase I	Fase II	Fase III
Principio de identidad	Clase. En tanto que pueblo	Movimiento. En tanto que movilización	Nación. En tanto que nación nueva
Principio de oposición	Nación. Contra el extranjero	Clase. Contra el poder nacional establecido	Movimiento. Contra los obstáculos al desarrollo
Principio de totalidad	Movimiento. En nombre del desarrollo	Nación. En nombre del interés nacional	Clase. En nombre de la democracia social
Conciencia	Nacional	Desarrollo	De clase
Principio dominante	Oposición	Identidad	Totalidad

Fuente: Adaptado de Bajoit, Guy (1972): *Pour une sociologie actionaliste du development*. Centre pour L'Analyse du Changement Social, Université du Louvain. p. 20.

²⁸⁶ Vease para todo esto: Touraine, A. (1965): op. cit.p. 75 y Touraine A. y Pécaut (1967):op. cit.p. 238. Touraine, A. (1965): *Mobilité sociale, rappers de classe et nacionalisme* op. cit. pp. 73 a 77. Touraine, A. (1963): *Sociologie du développement* op. cit. p. 199.

dominio extranjero (colonial o imperialista) para recuperar la autonomía nacional. Esta fase está animada por el “principio de oposición”. La identidad es definida como el pueblo en lucha contra los ricos, a partir de la legitimación del desarrollo como interés general del pueblo. Cuando el problema dominante es el de la autonomía y la unidad nacional, cuando el interés general es definido por la movilización social en contra del dominio extranjero y de las clases tradicionales dominantes, el movimiento toma la forma de revuelta popular y su expresión suele ser un “movimiento de liberación nacional”.

– En la fase II o de la movilización, el acento se pone en la lucha contra el subdesarrollo y el crecimiento a toda costa. Los actores pueden ser una burguesía nacional o un Estado, siendo éstos los que toman la responsabilidad de movilizar a la población en pos de un proceso industrializador. Esta fase está animada por el “principio de identidad” del interés general. En realidad se trata de canalizar los esfuerzos de la sociedad en marcha en pro del objetivo de la industrialización que beneficia al nuevo poder. Cuando la burguesía nacional o un estado revolucionario dirige todas las energías hacia el económico, los movimientos toman la forma de “movimientos nacional-populares”. El interés se centra en el crecimiento nacional autónomo, donde se implican en el desarrollo a todos los actos sociales, los cuales procuran controlar la élite nacional en el poder.

– En la III fase o de la democracia social, el énfasis se pone en la consecución de la democracia social a partir de la constatación de que la sociedad está centrada en las realidades y los problemas de una economía industrial. En esta fase, la oposición se dirige contra los restos de la sociedad tradicional o el inmovilismo que frenan la tendencia hacia el desarrollo y la democracia. Cuando los actores tienen como referencia las realidades, los problemas de la sociedad industrial, los movimientos toman la forma de “movimientos socioeconómicos”, éstos definen el interés general a partir de los valores de la democracia social y el desarrollo económico²⁸⁷.

A. Touraine aclara que el paso de una fase a otra, el movimiento social podrá movilizar a los actores de estas tres fases y, por tanto, será portador de las orientaciones de estos tres tipos de movimientos a la vez. Por tanto, un movimiento concreto a lo largo de las fases no contiene la expresión de un solo movimiento social, sino también la manifestación

²⁸⁷ Touraine, A. (1963): *Sociologie du développement*, op.cit.p. 159.

de conductas y actitudes de adaptación o inadaptación, de conformismo o desviación y crisis. Los movimientos sociales toman en cuenta los tres pilares del tipo de conciencia que A. Touraine considera fundamentales en el estudio del desarrollo. El nacionalismo es el cuadro de referencia del paso de una fase a otra que define el interés general y el principio movilizador. La movilización de la sociedad en la lucha contra el subdesarrollo y la dependencia hace referencia del interés general y de su principio movilizador a partir de la designación del adversario. En el paso de una fase a otra, los actores pasan de la conciencia de su propia clase a aquella de la clase adversaria, y por último al conflicto de clases.

C) Los movimientos sociales en las sociedades dependientes. Para A. Touraine en el caso concreto de América Latina, el estudio de los movimientos sociales debe tener en cuenta la evolución histórica y estructural de dichas sociedades, y, por ende, las diferentes fases que se deben distinguir en esta evolución, es decir, los diversos modelos de desarrollo social, los cuales adquieren formas de dependencia del exterior.

El estudio de los movimientos sociales en el interior de las sociedades dependientes requiere una visión diacrónica que permite caracterizar las diferentes fases, y una dimensión sincrónica o estructural que permite determinar las orientaciones de los movimientos sociales²⁸⁸.

a) En la dimensión diacrónica, las sociedades de América Latina, siguiendo el esquema de analistas como Cardoso, Furtado, S. Amin, Swezy y Baran, G. Frank y otros, Touraine distingue tres fases que en cierta forma se superponen en algunas sociedades: una fase, donde existe un tipo de sociedad y economía basada en las "ventajas comparativas", que iría desde la constitución de los estados nacionales hasta la Gran Depresión. La siguiente, caracterizada por un tipo de sociedad y economía basada en un tipo de industrialización en función de la sustitución de importaciones. Y por último, un tipo de sociedad y economía articulada a la internacionalización del mercado interno y la progresiva dependencia de las firmas multinacionales.

Este planteamiento supone un rechazo al modelo lineal y permite en la acción histórica determinar la complejidad de las diferentes problemáticas en cada fase, dando por sentado que en cada una de ellas existe una

²⁸⁸ Véase Touraine, A. (1978): Movimientos sociales e ideologías en las sociedades dependientes, *Las sociedades dependientes, Ensayos sobre América Latina*, México, Ed. Siglo XXI.

de carácter dominante. Las tres fases se sitúan en el proceso del paso del viejo al nuevo tipo de sociedad. De esta forma, en cada fase el análisis tiene en cuenta relaciones sociales ligadas al mismo tiempo a la problemática histórica del pasado presente y futuro, teniendo en cuenta que los actores sociales se enfrentan a dos tipos de sociedad en el momento del “paso”²⁸⁹. Las formas y las condiciones del “paso” de un tipo de sociedad a otro se mezclan entre sí para dar lugar a movimientos sociales, por tanto, el análisis debe tomar en consideración la diversidad de sistemas o modelos de desarrollo y rechazar una sucesión de etapas que se encadenarían y se sucederían mecánicamente una detrás de otra²⁹⁰.

b) Desde la perspectiva sincrónica o estructural este planteamiento permite determinar las orientaciones de los movimientos sociales, los cuales definen las experiencias históricas de los actores a partir de un tipo de sociedad dada y de las exigencias de estos actores. Entonces las orientaciones de un movimiento social son, pues, definidas tanto por los caracteres estructurales de un tipo de sociedad como por las exigencias de los actores (que no tienen por qué ser explícitas) a partir de sus relaciones. Como afirma D. Vidal los movimientos sociales no son sólo definidos por el número de orientaciones de su acción, sino por la determinación a que están sometidos, pero también porque en la práctica estas orientaciones pueden superponerse las unas sobre las otras y finalizar por determinarse una a las otras²⁹². En el caso de América Latina, son tres los ejes en torno a los cuales van a distribuir las orientaciones de estrategias los movimientos sociales: el primero corresponde a la problemática entre las clases populares y la clase dirigente. El carácter dependiente de estas sociedades, en relación al centro del sistema económico internacional, determina la existencia de la “marginación” de las clases populares y la importancia por hacer participar a la población en el crecimiento económico²⁹³. Esta variable introduce la formulación de orientaciones de tipo “nacionalista” como resultado de la reacción de la sociedad dependiente ante esta situación. El segundo eje corresponde a la problemática de la antidependencia y de la discrepancia entre nación dependiente y nación dominante, que también está estrechamente ligada a las

²⁸⁹ Touraine, A. (1966): *La conscience ouvrière*, París, Ed. Senil, pp. 49-51.

²⁹⁰ Touraine, A. (1970): *Les mouvement sociaux*. Congrès Mondial de Sociologie en Varna, p. 32.

²⁹¹ Vidal D. (1971): *Essai sur l'ideologie. Les cas particulier des idéologies syndicales*, París, Ed. Anthropos, p. 77.

²⁹² Touraine, A. (1973): *Vie et mort du Chili populaire: journal sociologique*, París, Ed. Seuil, p. 152.

²⁹³ Touraine, A. (1973): *Production de la Societé*, París, Ed. Seuil, p. 493.

relaciones internas de clase, las cuales son de carácter complejo. La dependencia presupone un desdoblamiento de las orientaciones de la clase dirigente y de la clase popular, lo que impide transportar de inmediato las experiencias de relaciones de clase europeas a las sociedades dependientes. El tercer eje está relacionado con la problemática de la modernización y la oposición entre la organización tradicional y organización moderna. Estas sociedades tienen un tipo de economía y de sociedad caracterizado por la resistencia y por la ruptura de formas tradicionales de organización económica, moral y política. La visión de este fenómeno, en su doble vertiente (resistencia y ruptura), supone la superación del "dualismo" al contemplarlo como un mismo y único proceso histórico de dependencia, donde se mezclan factores de interdependencia estructural entre la organización social de tipo tradicional y la de tipo moderno.

La interacción de estos tres ejes de relaciones sociales: clase popular/clase dirigente; nación dependiente/nación dominante; organización tradicional/organización moderna, son las formas básicas de caracterización de las sociedades dependientes. Queda por introducir en este análisis la acción del Estado y sus aparatos en tanto que actor principal en la gestión de la colectividad nacional a partir de un modelo de desarrollo y de las relaciones internacionales. El Estado en las sociedades dependientes lo mismo puede reforzar una clase dirigente ligada a los intereses extranjeros y al mismo tiempo reprimir a las clases populares, que integrar o movilizar toda la colectividad nacional.

Teniendo en cuenta lo anterior, la trayectoria de un movimiento social estará condicionada por la manera en que se asocia a esas tres orientaciones de la acción social (relaciones de clase: clase dirigente-clases populares; antidependencia: nación dependiente-nación dominante, y la modernización: organización tradicional-organización moderna) y sus relaciones con el aparato del Estado. Respecto a esto último, los movimientos sociales en las sociedades dependientes están todavía más sometidos a la intervención del Estado, pero también están por fuerza mezclados a acciones políticas de tipo crítico y más en concreto a formas revolucionarias.

Para terminar, diremos que el accionalismo supuso un intento de crear también una alternativa a los análisis funcionalistas tomando referencias del análisis marxista. Esta corriente, si bien tiene una gran originalidad en la aportación y definición de conceptos y su articulación entre ellos, sin embargo, tuvo una débil vertiente empírica, mientras que por el contrario ha ido más lejos en ese aspecto a través de la apli-

cación de encuestas, mediciones cuantitativas, etc., en la sociología del trabajo.

Para J. Jerkovic la sociología accionalista de las sociedades dependientes sale de la “falsa elección en la que las dos escuelas (funcionalista y marxista) parecen encerradas: de un lado, aquella que habla de la modernización y observa el progreso de la racionalidad o la solidaridad orgánica y las resistencias tradicionales al cambio; de otro lado, la otra reduce la dinámica de las naciones subdesarrolladas a los efectos del dominio ejercido por las grandes potencias capitalistas. Para Touraine²⁹⁵ esta última escuela está mejor fundamentada que la primera, ya que da una importancia esencial a la relación social de dominio, en lugar de situar artificialmente sociedades dominantes y dominadas sobre una escala de desarrollo a lo Rotow, que es esencialmente etnocentrista, por no decir que es un instrumento ideológico al servicio de los colonizadores. Por lo tanto, no habría que separar “modernización” y “dependencia”, como si el análisis tuviera que escoger entre las dos, ya que no se sabría analizar las sociedades “subdesarrolladas” sin considerar las relaciones de dependencia que las ligan a las sociedades dominantes, pero tampoco se puede dejar de considerar a la vez los movimientos sociales que se forman en las sociedades dependientes y cómo contribuyen a cambiarlas de una manera u otra²⁹⁴.

2.4. Las corrientes marxistas. El imperialismo y la dependencia

Los analistas procedentes del marxismo, al tratar de buscar una explicación holística del fenómeno del subdesarrollo y siguiendo la línea estructural de los análisis anteriores, pretenden dar una visión integral y dialéctica del fenómeno dando protagonismo al conflicto de clases. Tanto los aspectos económicos como ciertos elementos sociológicos ligados a las clases en abstracto, son casi siempre contemplados dependiendo de sus respectivas experiencias y formaciones intelectuales. Generalmente, el planteamiento suele ser el de establecer un principio explicativo a partir de la concepción de la determinación recíproca de las diferentes instancias en el modo de producción y que la lucha de clases constituye el motor que impulsa a la sociedad hacia estadios superiores de desarrollo. La sociedad se concibe como un “orden” en el que la unidad está asegurada por el dominio de una clase sobre la otra. Siguiendo

²⁹⁴ Jerkovic, J. (1974): *Sociologie des sociétés dépendantes d'après. A. Touraine, Serie A: Cahier Pédagogique, n° 4- Université de Louvain, p. 12.*

²⁹⁵ Touraine, A. (1973): *Production de la société, op.cit., p. 41.*

a Poulantzas²⁹⁶, este orden social tendría su raíz en la organización económica, más en concreto en las fuerzas productivas y las relaciones de producción que se establecen a partir de la forma de producción y de la reproducción de las condiciones materiales de la existencia humana. Esta base determina en última instancia las formas de organización e institucionalización a nivel jurídico-político, así como las formas de legitimación ideológica.

Este planteamiento es radicalmente opuesto al funcionalismo en general, pues para este último prima la subjetividad de los actores, además de su intento de legitimación social a partir de múltiples puntos de vista. El orden en el funcionalismo vendría dado por un consenso social en la distribución individual o por grupos a partir de recompensas, movilidad ascendente, etc. Las diferencias de los puntos de partida: el individuo para el funcionalismo, las fuerzas sociales para el método marxista, así con la dinámica del sistema (perfeccionamiento del sistema para el funcionalista y cambio social para el marxista), son elementos básicos en esta diferenciación primaria, como decíamos a principio²⁹⁷.

Por lo general, el objetivo del método marxista no está en la descripción de la acción de los actores, sino en la búsqueda de elementos objetivos que determinan la acción en un marco estructural en el que los actores luchan para lograr el dominio de los resortes del poder económico, político e ideológico. Dejando a un lado las interpretaciones deterministas y voluntaristas como derivaciones del marxismo clásico que han llevado a planteamientos políticos determinados²⁹⁸, la corriente de análisis

²⁹⁶ Havens, E. (1972): op. cit. pág. 262, en su afán clasificatorio llega a concebir que el análisis marxista tiende a ajustarse estrechamente a las características "típicas" ideales del enfoque del conflicto a partir de los principios de: relaciones sociales de explotación, sociedad basada en la lucha de clases, el Estado como instrumento de opresión de la clase dominante, etc. Dichos principios se basan, según Havens, en que al ser un enfoque meramente estructural las causas del subdesarrollo se buscan en las trabas que opone el Estado como instrumento de la clase dominante así como en las instituciones. Por tanto, es necesario el estudio de las clases ya que su localización, sus intereses, el excedente que controlan, etc., determinan el conflicto tanto inter como intracase. A nivel político, el estudio del poder, de los partidos, etc., como forma de controlar el excedente dentro de una sociedad, así como cómo afectan las relaciones externas de una sociedad a su desarrollo.

²⁹⁷ Para determinar las diferencias que existen entre el método marxista y el funcionalista, ver García Durán, R. (1975): El concepto de clase social, Ed. Avance, Barcelona.

²⁹⁸ El determinismo lleva a creer que las contradicciones internas del modo producción capitalista le llevará a su desaparición como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas. Muchos partidos comunistas, sobre todo en América Latina han planteado la necesidad de que las sociedades tengan que pasar por una fase capitalista para que las contradicciones las llevarán hacia una fase socialista. El voluntarismo pone énfasis en la lucha de clases como único factor de destrucción del capitalismo, son los hombres los que hacen historia en términos de Luckas.

marxista en general ha producido una gran literatura sobre el imperialismo y la dependencia. Hay que hacer notar que este tipo de análisis, y sobre todo los dedicados al estudio del imperialismo, tienen un marcado carácter económico en función de la importancia dada a la estructura económica como instancia determinante última, arrinconando a veces el papel que debería jugar la lucha de clases.

Hay que subrayar que si bien Marx elaboró una teoría del modo de producción capitalista, no planteó una teoría de las relaciones económicas entre países capitalistas y subdesarrollados²⁹⁹. Aunque la problemática histórica que trataba de explicar Marx era diferente de la actual, sin embargo, tiene la virtud de haber abierto una vía en el pensamiento que sus continuadores no tendrán más que profundizar. La “futurología” marxista y la falta de explicación del fenómeno del subdesarrollo no son óbice para estimar el gran aporte de elementos analístico que han realizado las teorías del imperialismo y de la dependencia.

Siguiendo a Mandel, el punto de partida de Marx es bien conocido: el proceso de acumulación de capital. Pero este proceso de acumulación es más que el resultado de un doble proceso previo que Marx llama “acumulación originaria”, de un lado, y la creación de una fuerza de trabajo asalariada a partir de la destrucción del modo de producción feudal, de otro. A estos procesos han contribuido el amasamiento del capital líquido procedente del pillaje colonial. La contribución involuntaria de los países “subdesarrollados” a la “acumulación originaria ha sido determinante a la hora de la industrialización europea³⁰⁰. Que se rechacen o que se los acepten los principios de Marx sobre el subdesarrollo no quitan importancia a su aportación. Incluso analistas fuera de toda sospecha aceptan el planteamiento sobre el subdesarrollo bajo aquella perspectiva. Este puede ser el ejemplo de Levi-Strauss cuando apunta los siguientes principios para el análisis del subdesarrollo³⁰¹:

- En primer lugar, la relación entre países “desarrollados” y los sub-

²⁹⁹ Guastini R. (1970): *Classes et les nations a l'ère de l'imperialisme*, en la revista *L'homme et la Société*, nº 18, p. 91. Algunas anotaciones sobre la necesidad de estudiar las relaciones económicas internacionales, como la división internacional del trabajo, se encuentran en *El Grundrisse* y los trabajos preparatorios de *El Capital*. Para esto, ver Mandel, E. (1974): *La formación del pensamiento económico de Marx*, Ed. siglo XXI, pp. 111 y ss.

³⁰⁰ Mandel, E. (1968): *L'accumulation primitive et l'industrialisation aux Tiers Monde* en Fay, V. (1968): *En partant du Capital*, Ed. Anthropos, Paris, pp. 150-151.

³⁰¹ Levi-Strauss, Claude: *Las discontinuidades culturales y el desarrollo económico y social*, en la revista *Revue Social Science Information II*. Citado por Jerkovic, J. y J.A.C. Albuquerque (1972): *Notes sur dependance et rapports sociaux*, Mineo. Université de Louvain.

desarrollados no es una relación de aislamiento. “Las sociedades que hoy llamamos “subdesarrolladas” no son tales por el sólo hecho de serlo, sería una equivocación el concebirlas como exteriores al desarrollo occidental o bien que han permanecido indiferentes delante de él. En realidad son estas sociedades las que han hecho esto posible, ya sea por su destrucción directa o indirecta, entre los siglos XVI y XIX”.

- En segundo lugar, la relación entre países desarrollados y subdesarrollados no es una relación abstracta. La relación no puede ser concebida en abstracto. No es posible olvidar que después de varios siglos se ha manifestado de forma concreta a través de la opresión y el exterminio”.

Desde este punto de vista, afirma Levi-Strauss, el problema del desarrollo no es materia de pura especulación. Los análisis que se hagan, así como las soluciones que se propongan, deben tener en cuenta las condiciones históricas irreversibles y el clima moral que constituyen lo que podríamos llamar la “carga dinámica de la situación colonial”.

En “El Capital” Marx trató de forma tangencial las relaciones económicas internacionales, “au passage” como afirma Samir Amin³⁰², la idea ya expresada en el Grundrisse de que las relaciones internacionales en términos de intercambio quedan aplazadas y esto hace que se centre más de la búsqueda de las leyes del movimiento capitalista (plusvalía, tasa de plusvalía y tasa de ganancia)³⁰³ y sus repercusiones sociales, políticas y culturales, que en el propio desarrollo del sistema económico como hicieron los clásicos coetáneos de Marx. Sin embargo, en la obra de Marx quedarían fijadas las bases para que los seguidores marxistas establecieran dos caminos del análisis dialéctico del desarrollo: por un lado el análisis global del desarrollo, y, por otro, el dominio imperialista que supone la situación de subdesarrollo³⁰⁴.

³⁰² Sobre la contribución de Marx a la explicación de la dependencia, véase Samir Amin (1970): *L'accumulation a l'échelle mondiale*. Ed. Anthropos. París y *El desarrollo desigual*. Ed. Fontanella pp. 138 y ss. También la obra de Vidal Villa (1976): *Teorías del imperialismo*. Ed. Anagrama. Barcelona.

³⁰³ Ver a título de ejemplo los análisis sobre la teoría marxista en Sunkel, O. (1970): *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. op.cit.pp. 139 y ss., y en Furtado, C. op. cit. pp. 19 a 39 sobre las teorías marxistas del capitalismo imperialista, pp. 229 y ss.

³⁰⁴ Para el tratamiento de las corrientes marxistas sobre el subdesarrollo vease Evers, T. (1979): *El Estado en la periferia capitalista*. Ed. Siglo XXI, p. 16 y ss.

2.4.1. El imperialismo desde el centro y desde la periferia

Por cuestiones de espacio no tratamos aquí todos los temas relacionados con el imperialismo³⁰⁵, más en concreto dos de las tres corrientes que apunta Dhoquois³⁰⁶: la primera representada por Lenin como figura máxima entre los marxistas revolucionarios, Bujarin y Rosa de Luxemburgo, principalmente, y la segunda representada por Swezy Baran y la escuela norteamericana. Dentro de la tercera corriente destaca el debate iniciado por A. Emmanuel³⁰⁷ y C. Bettelheim³⁰⁸ hacia 1969. La obra de Emmanuel: "L'échange inégal" sintetiza su pensamiento y en su prólogo aparece la réplica de Charles Bettelheim³⁰⁹. Como señala V. Villa, al fin y al cabo, de simples divergencias teóricas, cuasi eruditas, se transforma en una línea de separación clarísima e irreconciliable en cuanto a la "práctica concreta" del movimiento revolucionario³¹⁰.

³⁰⁵ Por razón de espacio descartamos el planteamiento de C. Palloix y algunos autores sobre la falta de conciencia de clase en la clase obrera en la fase actual del imperialismo. Ver Palloix, C. (1970): La question de l'imperialisme chez Lenine et Rosa de Luxemburg, en la revista *L'homme et la société*, nº 17, p. 103. La visión del imperialismo, que algunos autores tienen, como es el caso de Marcuse (*L'homme unidimensional*. Ed. Minuit 1968), Swezy y Baran (*El capitalismo monopolista*. Ed. Maspero 1968) o Emmanuel (*L'échange inégal*, Maspero, 1969) es la ausencia de solidaridad internacional del proletariado, haciendo notar la desaparición de la lucha de clases en los países capitalistas y concluyendo que toda forma de lucha se sitúa a partir de ahora entre países pobres y países ricos. Siendo así que, muchos analistas afirman que el proletariado industrial en los países menos avanzados –o del tercer mundo– forman una capa favorecida en relación con el proletario agrícola de estos países. Estos autores olvidan, según Palloix, que la lucha de clase del proletariado –en su espacio nacional así como en el internacional– no aparece más que como la reflexión de las contradicciones del modo de producción sobre las relaciones sociales. Constatar la ausencia de una solidaridad internacional de los trabajadores más allá de las palabras es una cosa, pero no demuestra de ninguna manera que esta solidaridad no esté incluida en la esencia del imperialismo, y que no esté dispuesta a brotar, a transformarse en una lucha de clases efectiva del proletariado en todo momento. O sea, la problemática del imperialismo permite desembocar en una práctica política afirmando la solidaridad internacional de los trabajadores.

³⁰⁶ Un esquema teórico sobre las corrientes marxistas se encuentra en Dhoquois, G. (1969): *Le debat sur l'imperialisme*, en la revista *L'homme et la société*, nº. 12, pp. 251 a 254. Ver también el artículo que sobre la polémica del "intercambio desigual" en Chistan Palloix (1971): *La question de l'échange inégal. Une critique de l'économie politique*, en la revista *L'homme et la société*, nº 22. También es esclarecedor el análisis de Vidal Villa, J.M. (1976): *Teorías del Imperialismo*, Ed. Anagrama, Barcelona.

³⁰⁷ Emmanuel, A. (1969): *L'échange inégal*. Ed. Maspero, París 1969.

³⁰⁸ Para una breve y clara reseña de la polémica A. Emmanuel y C. Bettelheim, ver el artículo de C. Palloix (1969): *Imperialisme et échange inégal* en la revista *L'homme et la société* nº 11, p. 222, en ella se polemiza también sobre la aristocracia obrera como subproducto del imperialismo, ver p. 207-213. También sobre la polémica Emmanuel-Bettelheim, el artículo de Guastini, R. (1971): *Les classes et les nations à l'ère de l'imperialisme*, en revista *L'homme et la société*. nº 22. pp. 91 y 92.

³⁰⁹ Ver Vidal Villa op. cit. pp. 228 y 242.

³¹⁰ Vidal Villa, op. cit. p. 252.

C. Bettelheim criticó a A. Emmanuel su falta de un análisis de clase como arma revolucionaria del cambio en contra de las corrientes “foquistas” y guevaristas que propugnan el sometimiento de la dirección política a la militar en el proceso revolucionario. El concepto de explotación de los países ricos por los pobres en Emmanuel se sitúa más a nivel de intercambio que del proceso de producción que conlleva la explotación de las clases por las clases en cualquier tipo de país.

Los trabajos de C. Palloix y Samir Amin que intervienen en el debate del intercambio desigual son una muestra de esta corriente, pero con mayor incidencia en el papel que las clases sociales juegan en el subdesarrollo. Efectivamente, los análisis de C. Palloix y S. Amin tienen un mayor interés al desplazar su interés hacia el estudio de las formaciones sociales, ya sean dominantes (Palloix) o dominadas (Amin). Las razones de emparejar a S. Amin y Palloix está en función que hay elementos en sus teorías que son útiles para una comprensión de la visión marxista de la dependencia. Siguiendo a Jerkovic y Albuquerque podemos resumir- la así³¹¹:

- Estos dos autores comparten la tesis fundamental de que existe en el mercado del momento un sistema económico único: el sistema capitalista.
- Dicho sistema, aun siendo único, no es uniforme, habría países capitalistas y además países socialistas que se integran el sistema capitalista mundial a través de sus relaciones exteriores.
- Los dos se complementaron en la orientación de sus perspectivas.

Amin, diferenciándose de Palloix, trata de ver las relaciones centro-periferia desde las sociedades que son exteriores al sistema capitalista del centro, mientras que su análisis queda en la perspectiva global de que ninguna formación social moderna no puede ser explicada fuera del sistema capitalista mundial. El interés que estos dos autores tienen por estudiar las relaciones entre formación social y economía mundial viene a corroborar el sentido más sociológico que económico que se le da a la interrelación entre formaciones sociales y entre éstas y la economía mundial como sistema de relaciones sólidamente articuladas.

La singularidad de Palloix³¹² se encuentra en que la economía mundial es una articulación jerarquizada (económica, política e ideológica)

³¹¹ Jerkovic, J. y J. A. G. Albuquerque (1972): op. cit. p. 8.

³¹² Palloix C. (1971): *L'economie mondiale capitaliste*, Ed. Maspero, París.

de formaciones sociales, donde se distinguen formaciones capitalistas avanzadas dominantes, por un lado, y, por otro, formaciones capitalistas dominadas, pero además añade los mismos términos de dependencia para los países socialistas. El principal objetivo de su estudio es la articulación entre formaciones sociales dominantes y formaciones sociales dominadas, a través de las "relaciones de producción mundiales" que tienen su fundamento en la internacionalización de fuerzas productivas y el proceso de internacionalización del capital (capital internacional)³¹³. Es aquí donde hay que ubicar los fenómenos de dominación y explotación por parte del centro sobre la periferia. "La teoría de la dominación, tanto económica, política y cultural, es absolutamente necesaria para la comprensión del imperialismo (...). Pero el reverso de la dominación para los países del centro está en "la dependencia" para los países de la periferia, (...) anclados ambos en los hechos internos de dichas formaciones sociales y unidos en un todo único, las relaciones de producción mundiales aseguran el desarrollo del centro y el subdesarrollo de la periferia"³¹⁴". Abundando en el tema de la articulación de las formaciones sociales en la economía mundial, la acción de las grandes unidades monopolistas internacionales, es decir, las multinacionales³¹⁵, son las que tienden a integrar las tres esferas del movimiento de capital: producción, circulación, realización, es decir, unifican fusionándolo el capital industrial, comercial y bancario.

Al hilo de lo anterior, Palloix argumenta que la principal contradicción en el modo de producción capitalista a nivel de las formaciones sociales es la contradicción que se desarrolla entre el "capital nacional" y el "capital internacional"³¹⁶. El primero vendría definido por el papel que el Estado y la "burguesía nacional" han tenido en la industrialización de las sociedades capitalistas, mientras que el "capital internacional" pasa a depender de la hegemonía de Estados Unidos. Como consecuencia las formaciones sociales capitalistas dominadas tienen de particular que las

³¹³ Este concepto no fue empleado por ningún marxista, salvo Boukharine que explicó la economía mundial del imperialismo en su obra: *La economía mundial y el imperialismo*, en 1915. Marx puso las bases en el *Grundrisse* y Lenin en "Imperialismo fase superior del capitalismo". Sin embargo, Boukharine sigue los pronósticos de Hilferding y Kautsky en el sentido de detectar una tendencia hacia la constitución de un supermonopolio mundial. Ver para esto Vidal Villa, op. cit., pp. 118 y ss.

³¹⁴ Vidal Villa: op. cit., p. 286 citando a Palloix.

³¹⁵ Palloix, C. (1971): *La économie mondiale capitaliste*, op. cit. pág. 83. Hay dos hechos mayores que intervienen de manera determinante en el proceso de acumulación de capital: la firma multinacional y la sociedad de ingeniería. Ver Cristhian Palloix (1975): *Las firmas multinacionales*, Ed. Siglo XXI.

³¹⁶ Palloix, C. (1971): *L'économie mondiale capitaliste*, op. cit., p. 183.

relaciones de producción no controlan el desarrollo de las fuerzas productivas. La dominación de una formación sobre otra viene determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción a nivel internacional. Como decíamos, esta dominación no consiste en una dominación meramente económica, sino también política y cultural. Palloix lo explica así: “la dominación económica del modo de producción capitalista, ejercida a partir de una diferencia creciente del desarrollo de las fuerzas productivas, determina una dominación política, cultural e ideológica que conduce a una teoría de la “dependencia”³¹⁷. Los conceptos de dominación y dependencia son dos elementos distintos, uno específico del centro y el otro de la periferia, anclados ambos en los hechos internos de dichas formaciones sociales y unidos en un todo único: las relaciones de producción mundiales que aseguran el desarrollo del centro y el subdesarrollo de la periferia³¹⁸.

Todo esto debe verse en el contexto más global del fenómeno del imperialismo. La diferencia entre el concepto de imperialismo en Palloix y el concepto de imperialismo clásico (Lenin), está en que para este último el imperialismo se limita a una etapa del modo de producción capitalista, mientras que para Palloix el imperialismo es inherente o consustancial al modo de producción capitalista, sea cual fuere el grado de desarrollo de este último. Así, el imperialismo en cualquier fase del desarrollo capitalista asegura el funcionamiento del modo de producción en las diversas vías que el capitalismo adopta en su evolución histórica. Palloix distingue, en el seno del capitalismo, diversos períodos evolutivos: el capitalismo industrial y financiero (descrito por Lenin), el capitalismo monopolista de Estado (descrito por Swezy y Baran), y por fin el descrito por él: “el capitalismo de la competencia internacional de los monopolios”. A cada modelo de funcionamiento capitalista existe una respuesta en forma de imperialismo, es decir, una respuesta variada y variable. Así, la última fase del capitalismo sería una respuesta que definiría la naturaleza del imperialismo en esa fase con diferencia a la forma que adoptaban “los antiguos imperialismos”: exportación de mercancías, acompañado de una especialización internacional del trabajo en el etapa concurren-

³¹⁷ Palloix, C. (1971): *Imperialisme et analyse du capitalisme contemporain*, en la revista *L'homme et la société*, nº 19, p. 86. “Los objetivos del capital nacional sobre todo en los países europeos entran en conflicto con aquellos del capital internacional que pasa a ser dominado por el capital USA”. También el artículo de Palloix, C. (1969): *Impérialisme et mode de production capitaliste* en *L'homme et la société*, nº 11.

³¹⁸ Vidal Villa (1976): op. cit. p. 286, citando a Palloix op. cit. p. 182.

cial, exportación de capitales en la etapa monopolista, y “el nuevo imperialismo” que puede suscitar un crecimiento económico en las formaciones sociales dominadas³¹⁹. Pero dicha elevación de nivel económico de las formaciones sociales dominadas se hace a cargo tanto de rechazar (teoría de “rejet”) por parte de las formaciones sociales dominantes las actividades industriales de la primera revolución industrial (textil, alimentarias, siderúrgicas, etc.), ya que necesita una mano de obra poco cualificada y de actividades productivas de la segunda revolución industrial (industrias de transformación, bienes de equipo, etc.). Al mismo tiempo las formaciones sociales capitalistas dominantes se reservan lo mejor de la tercera revolución industrial (electrónica, carrera del espacio, etc.).

En el caso de Samir Amin, lo mismo que para Palloix, el imperialismo y el subdesarrollo son dos conceptos indisociables, pues forman un tipo único a través del cual las relaciones de producción mundiales aseguran el desarrollo del centro y el subdesarrollo de la periferia. No obstante, la característica principal que los diferencia es la perspectiva de análisis escogida por este último, aunque en la línea de renovación marxista como Palloix. Efectivamente, S. Amin se sitúa desde otro punto de vista del que adoptaron hasta ese momento los análisis marxistas al estudiar la evolución de las sociedades dependientes en su relación con las sociedades capitalistas dominantes³²⁰. Para Amin ninguna formación social contemporánea puede ser estudiada fuera del sistema capitalista mundial totalmente integrado, donde se puede distinguir un centro y una periferia. El objetivo de S. Amin se centra en la demostración de que los países de la periferia no se encuentran en vías de desarrollo, sino bloqueados por el sistema imperialista impuesto por los países del centro, poniendo de manifiesto cuáles son las leyes que rigen esta relación.

El centro tiende a confundirse idealmente con el modo de producción capitalista, el cual, además de ser dominante en las formaciones sociales del centro, tiende a convertirse en exclusivo, por lo que la formación socioeconómica concreta tiende a confundirse al mismo tiempo con el modo de producción capitalista. Esto justificaría el análisis de Marx y su afirmación de que el modo de producción capitalista es el sistema real hacia el cual tiende el país capitalista más desarrollado de su época:

³¹⁹ Jerkovic y Albuquerque (1972): op. cit. pp. 9 y 10.

³²⁰ Véase Samir Amin (1970): *L'accumulation á échelle mondiale. Critique de la théorie du sous-développement*, Ed. Anthropos, París 1970. Esta obra fue ampliada y reestructurada posteriormente bajo el nombre *Le développement inégal: essai sur les formations du capitalisme périphérique*. Ed. Minuit, París 1973. Ha sido traducido por Ed. Fontanella, 1ª edición en 1974.

Inglaterra. Por el contrario, en las formaciones sociales de la periferia el modo de producción capitalista es dominante, pero no tiende tanto a ser exclusivo, por el hecho de que la extensión del capitalismo está basada en el mercado externo y en virtud de la "especialización" entre el centro y la periferia. En la periferia los modos de producción no son destruidos por el dominante, pero sí transformados y sometidos al modo de producción dominante a escala mundial y local³²¹. Históricamente, la articulación del centro y la periferia se caracteriza por el flujo de transferencias de valores en beneficio del centro. Esta situación no se sitúa solamente en la prehistoria del capitalismo (como observaba Marx), sino bajo formas renovadas de intercambio desigual. La intención de Amin es la de demostrar que el subdesarrollo no es en absoluto un estadio anterior al desarrollo.

Otra de las originalidades de S. Amin radica en que su análisis no se limita al estudio económico de la interrelación centro-periferia, sino que añade a aquél un grado de condicionamiento que otros autores no dieron tanta importancia, al destacar que la formación social es un concepto específico, distinto al concepto de modo de producción, pues este se sitúa al nivel más elevado de abstracción y no implica ningún orden de sucesión histórica. La formación social se sitúa a nivel histórico donde se combinan los modos de producción. "Las formaciones sociales son, pues, estructuras concretas, organizadas, caracterizadas por un modo de producción dominante y la articulación en su entorno de un conjunto de modos de producción que le están sometidos. En las formaciones sociales del centro el modo de producción capitalista es dominante, ya que su extensión está en función del ensanchamiento del mercado interno en detrimento de otros modos de producción, aquél se constituye a partir del dominio de la formación central sobre la periférica. Un análisis del subdesarrollo debe contener un análisis de las formaciones sociales capitalistas del capitalismo periférico, es decir, un análisis de sus formas de transición al capitalismo periférico³²².

³²¹ Samir Amin (1974): *El desarrollo desigual* op. cit. págs. 19 y 20. Amin al igual que Palloix, no sólo integra el mercado mundial a las formaciones sociales donde domina el modo de producción capitalista, sino que de este sistema también participa marginalmente Europa del Este. La incorporación de los países del Este en la división internacional del trabajo y las represiones internas en dichos países también lo podemos encontrar en la obra de A. Gunder Frank (1978) y en concreto en su artículo "Vive l'entreprise transidéologique. Les économies socialistes dans la division capitaliste international du travail", aparecido en *L'homme et la société*. Cuadruple número 47, 48, 49 y 50.

³²² De aquí el interés de S. Amin de que se borren los términos subdesarrollo, tercer mundo, etc., y sean sustituidos por los de "formación del capitalismo periférico".

El modelo de transición de las formaciones precapitalistas de S. Amin es un rechazo a lo que se puede llamar “estadio anterior al desarrollo” como propugna la teoría de modernización por etapas de Rostow. Las formas de transición al capitalismo periférico son por necesidad diferentes al proceso de transición que sufrió el capitalismo central. En este sentido Amin esgrime dos conceptos básicos: la acumulación autocentrada y la acumulación extrovertida. El primero sería el modelo seguido por los países de Europa e incluso por la URSS y China, y subraya que “la articulación determinante en un sistema capitalista autocentrado es la que liga la producción de bienes de consumo a la producción de bienes de equipo, destinados a permitir la producción de los primeros³²³”. La acumulación autocentrada para Amin tiene las siguientes bases³²⁴:

- Primero, la acumulación autocentrada, es decir, sin expansión exterior del sistema, es posible, teóricamente, si el salario real aumenta a un ritmo calculable determinado. La tendencia inmanente del sistema es mantener el nivel del salario real, que sólo aumenta cuando y en la medida que la clase obrera obtiene con sus luchas sindicales algunas mejoras. Si el salario real no aumenta a un ritmo necesario, la acumulación exige en compensación una expansión exterior continua del mercado. Esta es la base del “expansionismo” necesario del modo capitalista. A lo largo del siglo XIX, hasta más o menos 1880, los salarios reales del centro no habían aumentado lo suficiente; por tanto, se requirió una forma de expansionismo que atribuyó a la periferia ciertas funciones, mientras que a partir de los últimos decenios del siglo los salarios reales del centro aumentaron a un ritmo más definido, dando formas inéditas del expansionismo al modelo de producción capitalista (las del imperialismo y la exportación de capitales) y a la periferia funciones también nuevas.

- En segundo lugar, la acumulación autocentrada da al modo capitalista central una vocación de exclusividad, es decir, de destrucción de todos los modos precapitalistas. La formación social capitalista central tenderá a confundirse con el modo que la domina, mientras que todas las formaciones anteriores eran combinaciones estables de modos diferentes.

- En tercer lugar, la acumulación autocentrada es la condición necesaria para que se manifieste la baja tendencia de la tasa de ganancia. Los

³²³ Samir Amin (1974): *El desarrollo desigual*. op. cit., p. 68.

³²⁴ *Ibidem*, p. 71.

monopolios y el imperialismo constituyen la respuesta del sistema a esta baja tendencia, poniendo fin a la persecución del beneficio. Sin embargo, una parte del reflujo de los beneficios que provienen de la periferia, donde el capital fue a buscar una tasa de remuneración más favorable y, por otra, la baja continua de la tasa de ganancia en el centro, paralela a la búsqueda de los mecanismos de acumulación autocentrada, agravan el problema de la absorción del capital excedentario. La manera de cómo el sistema supera este problema es el capitalismo monopolista de Estado que organiza la absorción del capital excedentario. El análisis de esta respuesta del sistema a sus problemas exige la introducción de un nuevo concepto: el de "excedente", más amplio que el concepto de plusvalía".

En esta línea, S. Amin toma el análisis de Swezy y Baran como una aportación renovadora frente al marxismo dogmático: "la ley tendencial al aumento del excedente, que es el resultado de la política de Estado y de los monopolios en la época del capitalismo monopolista contemporáneo, no está en contradicción con la ley de la baja tendencia de la tasa de ganancia; por el contrario, es su expresión en el sistema de nuestra época, en contra las concepciones del marxismo dogmático sobre la caída del capitalismo"³²⁵.

Unido al modelo de acumulación autocentrada se encuentra el papel que juega el comercio exterior, siendo éstos los ingredientes para explicar lo que es la acumulación extrovertida y la dependencia. El comercio exterior se ve sometido a las exigencias de la acumulación autocentrada y constituye uno de los medios de realizarla, "en otras palabras, las economías autocentradas imponen un tipo de especialización internacional desigual a su favor. Para S. Amin, si se examina esta relación de asimetría por parte de la periferia que sufre esta especialización desigual, descubrimos un modelo de acumulación fundamentalmente diferente"³²⁶. La clave está en el sector exportador de los países periféricos, ahora bien, dicho sector se formará siempre y cuando el capital de los países centrales encuentre mejor remuneración en la periferia para combatir la baja tendencia de la tasa de ganancia. La obtención de materias primas y productos alimenticios más baratos que los del centro es básica para la crea-

³²⁵ Ibidem, p. 72.

³²⁶ Ibidem, p. 182, Amin coincide con Palloix respecto a las formas de especialización de las formaciones sociales periféricas en lo que él llama producción industrial "clásica" (siderometalúrgica, incluso bienes de equipo, etc.). Al mismo tiempo que la revolución científica y técnica de los países del centro han rechazado aquellas producciones "sucias" y se limitan a producciones "limpias": automatización, electrónica, conquista del espacio, etc.

ción del sector exportador. Todo esto a condición de que la remuneración del trabajo en el sector exportador sea inferior a la de los países del centro. Además, la remuneración del trabajo en el sector exportador será tan baja como lo permitan las condiciones económicas, sociales y políticas.

Por tanto, el desarrollo de las fuerzas productivas en la periferia será de carácter heterogéneo al contrario que la acumulación autocentrada. Normalmente es avanzado en el sector exportador y atrasado en el resto de los sectores. Este retraso, mantenido por el sistema, será la condición indispensable para que el sector exportador posea una mano de obra barata³²⁷. Como consecuencia de lo anterior, el mercado interior engendrado al desarrollarse el sector explotador quedará limitado. Esto explica que la periferia sólo atraiga un volumen limitado de los capitales del centro aunque les ofrezca una mejor remuneración. La contradicción entre la capacidad de consumir y la de producir se supera a escala de conjunto del sistema mundial, a través de la ampliación de mercado en el centro, mientras que la periferia cumple solo una función marginal, subalterna y limitada. Esta dinámica conduce a una polarización creciente de la riqueza en beneficio del centro.

Añadido a lo anterior, y con respecto a la caracterización de las relaciones de producción, la remuneración más baja del trabajo en la periferia, así como de los productos exportados que benefician al centro, es una situación que se mantiene no solo a través de medios económicos sino también de medios extraeconómicos. La función de proporcionar mano de obra barata al sector exportador supone que la sociedad periférica pierde su carácter "tradicional"³²⁸. Los métodos empleados para asegurar una baja remuneración del trabajo están basados en el refuerzo de capas sociales parasitarias que cumplen la función de correa de transmisión: latifundistas, kulaks, burguesía comercial, burocracia estatal, etc. El mercado interno se basará, principalmente en la demanda de productos de lujo de estas capas³²⁹: Al otro lado del poder social, dentro de la periferia, se encuentra la "marginación de las masas, es decir, el resultado de un proceso de empobrecimiento: proletarianización de los pequeños productores agrícolas y artesanales, semiproletarianización rural y empobrecimiento sin proletarianización de los campesinos organizados en comunidades campesinas, urbanización y aumento masivo del paro urbano abierto y del subempleo, etc.

³²⁷ Samir Amin (1974), op. cit., p. 183.

³²⁸ Ibidem, p. 183.

³²⁹ Ibidem, p. 184.

Otra gran aportación que había apuntado Amin es la caracterización del subdesarrollo a base de las "distorsiones". Para ello S. Amin expone nueve tesis para definir la transición a la economía capitalista periférica, de las cuales se destacan las siguientes³³⁰: Una distorsión hacia las actividades exportadoras que absorben la fracción motriz de los capitales procedentes del extranjero. Esta extroversión no procede de la "insuficiencia del mercado interior" periférico (lo que se conoce como "somos pobres por que somos pobres"), sino de la superioridad del centro en todos los aspectos, y obliga a la periferia a refugiarse en la función de proveedora complementaria de productos primarios, agrícola, mineros, etc. Otra distorsión hacia actividades terciarias que provoca una hipertrofia impuesta por los mismos límites del desarrollo periférico: la industrialización insuficiente, el paro creciente, el reforzamiento de la posición de la renta de la tierra, etc. Esta hipertrofia de actividades improductivas se expresa en la periferia contemporánea por los gastos administrativos y por la unión permanente de las finanzas públicas de los países subdesarrollados. Una tercera distorsión a favor de las ramas ligeras de producción industrial y como consecuencia el recurso a técnicas modernas de producción. Esta distorsión resulta del carácter complementario del desarrollo de la periferia, lo que impondrá a la periferia políticas de desarrollo diferentes a aquellas en las que se basa el desarrollo en el centro.

Estas distorsiones, entre otras características de la dependencia económica, componen los mecanismos del dominio del centro. Estos mecanismos son los que agravan los caracteres estructurales del "subdesarrollo" a medida que se desarrolla el crecimiento económico: las desigualdades sectoriales de la producción y la desarticulación del sistema económico.

Amin realiza un esfuerzo en la caracterización de las formaciones sociales de la periferia, a pesar de su diversidad, a partir de tres características comunes y esenciales: 1ª) En el sector nacional, el predominio del capitalismo agrario y comercial. 2ª) Constitución de una burguesía local a partir del capitalismo extranjero. 3ª) Tendencia al desarrollo de un capitalismo de Estado que se configura como el preparador de una nueva etapa de especialización internacional de carácter desigual y que definirá la organización de la organización de las relaciones centro-periferia.

La lucha de clases, como motor de la historia de estas sociedades, no se desarrolla dentro del cuadro nacional sino a nivel del sistema mundial. La oposición, por tanto, no se da entre la burguesía y el proletariado de

³³⁰ Samir Amin (1974), op. cit., p. 183.

cada país aisladamente, sino entre la burguesía mundial y el proletariado mundial. Amin al distinguir, por un lado, una burguesía del centro y una burguesía de la periferia pero dependiente de aquélla, y, por otro, un proletariado del centro y otro de la periferia, trata de criticar las nociones de “naciones burguesas” y “naciones proletarias”, así como la lucha entre “países pobres” y “países ricos”, pues el capitalismo es un sistema mundial único y no una suma de naciones. Sin embargo, Amin reconoce que las condiciones mundiales de lucha de clases se han modificado. El “núcleo central” del proletariado se sitúa en lo sucesivo no en el centro, sino en la periferia.

A pesar de este panorama, al igual que la idea de Swezy y Baran, el futuro del sistema capitalista es que puede funcionar. Amín se opone al dogmatismo y propone el estudio de cómo el sistema capitalista supera sus propias contradicciones, en contraposición al apocalipsis final del sistema, idea de la cual se ha alimentado numerosas políticas de los partidos comunistas³³¹.

2.4.2. La transición capitalista y las polémicas en torno a la definición de las formas de producción en los países subdesarrollados

Dentro de la perspectiva marxista es necesario resaltar la producción teórica en torno a la transición histórica hacia la consolidación del sistema capitalista y su desenlace. Ya hemos señalado en este sentido cómo Samir Amin señalaba que las formaciones sociales del capitalismo periférico el modo de producción capitalista era dominante y que, sin embargo, tenían de particular que este dominio no conducía a una “exclusividad tendencial”³³². De ello resulta que los modos de producción precapitalistas no son destruidos, sino transformados y sometidos al modo de producción dominante a escala mundial y local. Es por esto que el subdesarrollo es un término impropio para designar las formaciones socioeconómicas del capitalismo periférico y por tanto ha de hablarse de “formaciones de transición bloqueada” desde el punto de vista histórico.

En este sentido, es de interés incidir en los estudios sobre la transición hacia el capitalismo, y, más en concreto, en la consideración de la “transición agraria” en los países periféricos, cuya función ha sido la de suministrar recur-

³³¹ Ver para esto Postface de Samir Amin: *L'accumulation á l'échelle mondiale. Critique de la theorie du sous- developpement*, op. cit.

³³² S. Amin (1970): *L'accumulation á l'échelle mondiale*, op.cit.pp. 53 y 54.

sos y mano de obra barata en beneficio de las regiones o países del centro. Partiendo del hecho de que la penetración capitalista mostraba marcadas diferencias que, como bien dice D. Goodman, reflejan el efecto condicionante de los factores históricos, demográfico y ecológicos que operan en las estructuras regionales y locales”, la transición adquiere un valor analítico importante a la hora de identificar las estructuras que operan en la dependencia³³³.

La importancia de este concepto (“transición agraria”) hay que buscarla en la discusión entablada en torno a la transición capitalista. Por un lado, para los países europeos, la opinión de M. Dobb atacando la interpretación de P. Sweezy sobre la función que desempeña el capital comercial en la transición³³⁴ será la que en términos generales servirá de base a la discusión sobre el papel del comercio internacional en la caracterización de los países subdesarrollados. Por otro lado, para los países dependientes, la polémica posterior entre Gunder Frank y Laclau, por una parte, y Wallerstein y Brenner, por otra, la una desde la perspectiva de la transformación de las formas o modelos de producción, y la otra desde la dinámica externa del comercio internacional.

Para Dobb, la decadencia del feudalismo en Europa se materializa a partir de la ineficacia del feudalismo como sistema de producción, junto con las crecientes necesidades de ingresos de la clase dominante. El continuo aumento de las necesidades es el que provoca la presión sobre los productores a partir de una superexplotación de la fuerza de trabajo que obligó a abandonar la tierra, esto dio lugar a que la nobleza optara por los arrendamientos, aparcerías, etc.³³⁵ Sweezy tomando la proposición de Dobb le da la vuelta en cuanto a la función que juega el comercio internacional. El comercio internacional fue una fuerza creadora que engendró un sistema de producción para el intercambio al lado del antiguo sistema feudal de producción para el uso. Una vez yuxtapuestos estos dos sistemas comenzaron a influirse mutuamente, de esta forma la ineficacia de la organización señorial de la producción se enfrenta a un sistema más racional de especialización y de división del trabajo, y por tanto a su dominio y subsunción.

Dobb ataca la idea de un feudalismo con estabilidad interna y cuya

³³³ Véase Goodman, D. y M. Reddift (1981): *From peasant to proletarian*. Cap. II. *Theories of capitalism transition and underdevelopment*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 21 y 24.

³³⁴ La polémica central entre M. Dobb y Sweezy P. se puede véase en Sweezy P. y M. Dobb (1976): “La transición del feudalismo al capitalismo” 1ª Ed. 1967, Ciencia Nueva y 6ª Ed. en Ayuso 1976. En esta edición intervienen P. Sweezy, M. Dobb, K. Takahashi, R. M. Hilton, C. Hill y G. Lefevre.

³³⁵ Véase P. Sweezy y M. Dobb (1976): “La transición del feudalismo al capitalismo”, op. cit. pp. 20-52, el artículo de P. Sweezy y la respuesta de M. Dobb op. cit. pp. 49-65.

transformación tiene que venir impactada desde el exterior. Para él no existe exclusividad de factores internos o externos, existe una interacción entre las fuerzas externas y el conflicto (proceso de descomposición) interno, pero teniendo siempre presente que las contradicciones o el conflicto interno dentro de un modo de producción funcionarían incluso en una escala cronológicamente distinta³³⁷. Dobb no niega la importancia de las ciudades de mercado exportador y el comercio como factores aceleradores de la desintegración del antiguo régimen de producción feudal, acentuando sus conflictos internos, acelerando el proceso de diferenciación social dentro del régimen de la pequeña propiedad, creando una clase de “kulaks”, por un lado, y, por otro, un semi-proletariado. En contraposición a Sweezy ve a las ciudades como imanes para los siervos fugitivos producto de la repulsión de la explotación feudal, sin embargo, para Dobb la expulsión de los siervos se debía tanto a fuerzas de atracción (exteriores a la explotación) como de repulsión (interiores al régimen de explotación). En resumidas cuentas, Dobb valora que el “sistema de producción” en que se basa Sweezy “tiene más que ver con la esfera del intercambio que con las relaciones de producción, es decir, no presta atención a la transición de la extracción coercitiva del trabajo sobrante por parte de los terratenientes hacia uso de mano de obra libremente contratada, que dependía de la existencia de mano de obra barata en el mercado de trabajo, esto es, de elementos proletarios o semiproletarios. Afirma Dobb que este factor fue más fundamental que la proximidad de los mercados en cuanto a determinar si sobrevivían o se disolvían las antiguas relaciones sociales³³⁸.

En la base del planteamiento de Dobb, en torno a la transición desde el modo de producción feudal, está qué clase feudal era la dominante, dado que, como reconoce Sweezy, todavía no existía una producción capitalista y no podía tratarse de una clase capitalista. Dobb no acepta que fuera una mezcla entre feudal y capitalista, ya que nos encontraríamos con que esta clase no había invertido su capital en el desarrollo de un régimen burgués de producción. Tampoco que hubiera sido una burguesía comercial, porque entonces el Estado hubiera tenido la naturaleza de algún tipo de Estado burgués. Dobb da diversos argumentos históricos que niegan el carácter de revolución burguesa a la guerra civil en

³³⁶ P. Sweezy: op. cit. p. 29. Ver también M. Dobb (1973): *Ensayos sobre capitalismo, desarrollo, planificación*. Ed. Tecnos, sobre todo el capítulo sobre La transición del feudalismo al capitalismo.

³³⁷ Sweezy y Dobb (1976): Respuesta al comentario crítico de P.M. Sweezy. op. cit. p. 53.

³³⁸ *Ibidem*, pp. 56, 57 y 58.

Inglaterra en el siglo XVII, ya que para ello debería de haber existido un poder estatal burgués. Si se rechazan todas las opciones anteriores sólo nos queda, dice Dobb, que la clase dominante sigue siendo feudal y el Estado sigue siendo instrumento de su dominio. Si bien es cierto que el comercio llegó a tener un lugar destacado en esta época histórica (siglo XV, XVI y XVII), la clase dominante (la feudal) tenía gran interés por el comercio y se asoció políticamente con la burguesía. Esta última forma semidisuelta de explotación feudal dentro del periodo absolutista era muy distinta de la explotación feudal de siglos anteriores y, por tanto, muchos aspectos de la estructura interna de la explotación feudal se iban desgastando a gran velocidad. Como señala Dobb, también es verdad que la explotación feudal del régimen de pequeña producción muy raras veces adoptó la forma de la renta de dinero, es decir, que no puede decirse que esta forma de explotación se había deshecho de sus formas feudales mientras la concreción política y las presiones del derecho consuetudinario del dominio señorial siguieron dominando las relaciones económicas, y mientras no existió un mercado libre de la tierra con libertad de movimientos para la mano de obra.

Sin embargo, Sweezy insiste en el hecho, ya destacado por Pirenne, de que el desarrollo de los gustos de la clase feudal dominante hizo que la aristocracia se rodease de lujos y comodidades. El aumento de gastos incrementó la necesidad creciente de ingresos de la clase feudal. A esto se añade el desarrollo de las ciudades, que eran los centros y las incubadoras de la economía de intercambio y sirvieron de refugio a los siervos que conseguían una vida más libre y mejor nivel de vida. El auge de la economía de intercambio fue lo bastante poderosa como para destruir el sistema de producción feudal anterior. A pesar de su atractivo para lograr una producción más especializada y mayores ganancias que la economía de uso, añadido al atractivo de la ciudad para los trabajadores agrícolas, no implicó forzosamente el fin de la servidumbre ni de los señoríos. La economía de intercambio es compatible con la esclavitud, con la servidumbre, con el trabajo independiente por cuenta propia y con el trabajo asalariado. En esto Sweezy da la razón a Dobb, ya que en ciertas regiones de Europa el progreso del comercio se vio acompañado de una intensificación y no de una relajación, de los lazos de la servidumbre, pero lo considera como algo temporal y parcial y que no tienen que oscurecer la visión global, es decir, el desarrollo del comercio destruye los lazos de servidumbre que va siendo sustituida por aparcerías y en menor medida por mano de obra asalariada³³⁹.

Más tarde, el debate de la transición se trasladó del centro a la periferia, es decir, las discusiones sobre el papel que jugaban las fuerzas internas o las fuerzas externas se aplicó al estudio de los países periféricos, de esta forma los planteamientos de Dobb y Sweezy engarzan con las teorías sobre la transformación capitalista de las sociedades precapitalistas.³⁴⁰

Dos corrientes pueden distinguirse a partir de la interpretación de que la expansión capitalista acabaría con los modos de producción precapitalistas: la llamada del “subdesarrollo estructural”, representada por P. Baran, A. Gunder Frank y Wallerstein, manteniendo que la incorporación de países atrasados al “sistema mundo” capitalista los condena a un subdesarrollo irreversible. La otra llamada de la “articulación de modos de producción (capitalistas y no capitalistas)” representada por Laclau y Brenner, entre otros. Según esta última, las economías periféricas se desviarían del “modelo europeo” analizado por Marx, produciendo una “transición bloqueada”, como ya hemos visto en Samir Amin. Una visión de la polémica entre los tandems opuestos: Gunder Frank – Laclau y Wallerstein – Brenner, nos dará la clave de sus diferencias.

Con respecto a los primeros, la polémica gira en torno a la caracterización capitalista de las formas de producción agrícola desde el principio de la colonización, sobre todo en Latinoamérica. Ya hemos apuntado cómo G. Frank, partiendo de las críticas a las teorías de desarrollo referidas al dualismo, etapismo, etc., concibe el desarrollo y el subdesarrollo como fenómenos de un proceso unitario del desarrollo del mundo capitalista. Para entender este proceso es necesario abandonar la concepción del papel histórico progresista del capitalismo apuntado por Marx, aceptar la extensión global y unidad de este sistema. Su estructura de monopolio y desigual desarrollo a través de su historia tiene como respuesta la generación simultánea del subdesarrollo en algunas partes y desarrollo económico en otras³⁴¹. La penetración capitalista en la periferia conduce a la rápida desaparición de los modos de produc-

³³⁹ Ver Sweezy P. y M. Dobb (1976): op. cit. Comentario crítico en *La transición del feudalismo al capitalismo*, p. 31.

³⁴⁰ Ver para esto Dhoquois, G. (1969): *Les premières sociétés de classe. Les formes asiatiques*, en revista *L'homme et la Société*, nº 11, y Godelier, M. (1969): *Las sociedades primitivas y el nacimiento de las sociedades de clases según Marx y Engels*, Ed. Oveja Negra, Medellín-Colombia. Aquí se recoge la evolución del pensamiento de Marx sobre las sociedades en periodo de transición.

³⁴¹ Gunder Frank, A. (1969): *Underdevelopment or revolution*, p. 415, citado por Goodman, D. y Reddift M. (1981) op. cit., p. 32.

ción no capitalistas y argumenta que Latinoamérica, por ejemplo, fue incorporada la economía mundial (al capitalismo) a partir de la Conquista. De esta forma, G. Frank elimina la discusión sobre “la transición agraria” y como consecuencia cualquier mención de la articulación de los modos de producción capitalistas y precapitalistas. Así las relaciones de clase capitalista, determinadas por las estructuras de dominio capitalista de la metrópoli, penetran totalmente incluso en las regiones más atrasadas de la formación social satélite integrándolas al sistema económico mundial.

Contra la concepción del dualismo (capitalismo - feudalismo) típico de los partidos comunistas en América Latina y la caracterización de la estructura de ciertas regiones como “feudal” o “semifeudal”, G. Frank afirma que es totalmente errónea, pues no es causa del atraso que en dichas regiones “pervivan instituciones arcaicas”, sino de la incorporación de estas regiones muy tempranamente a la economía capitalista mundial. Las estructuras e instituciones que perviven en estas regiones en realidad son empresas capitalistas, aunque degeneradas. Esta hipótesis la extiende G. Frank al latifundio caracterizándolo como una empresa capitalista, sin consideración sí aparece como “plantación” o “hacienda”, ni a los períodos de su resurgimiento. Para G. Frank, el latifundio, su crecimiento y sus condiciones de servidumbre de apariencia feudal han existido siempre en Latinoamérica y es la respuesta al incremento de la demanda global internacional.

Contra las tesis progresistas (sustitución del sistema feudal por el capitalista) y la posibilidad de desarrollo capitalista independiente, afirma que las economías satélite mantienen una posición subordinada al ser economías exportadoras de productos primarios y al estar sometidas a la expropiación del excedente por parte de las metrópolis, extendiéndose así una relación de explotación desde las metrópolis nacionales a los centros regionales y de éstos a los centros locales. La “cadena de expropiación del excedente” trae a colación la conceptualización del excedente. Frank adopta la distinción establecida por Baran entre el “excedente económico actual” producido por la “actividad económica actual” y el “excedente económico potencial” que no está disponible porque la estructura de monopolio evita su producción o (si es producido) es apropiado y malgastado por medio del consumo de artículos de lujo. De esta forma, argumenta que el subdesarrollo está causado no sólo por la expropiación o apropiación del excedente “actual”, sino también por las “estructuras de monopolio” implantadas por el capitalismo en las economías satélite, las cuales reducen el “excedente económico potencial”. Más importante que

la pérdida del excedente económico por parte del satélite es la impugnación de la economía del satélite con la misma estructura capitalista y las mismas contradicciones³⁴².

Muchos críticos, entre ellos Goodman y Reddift³⁴³, van a incidir en el punto de partida de Frank sobre el excedente, ya que omite cómo se produce la explotación o cómo se mantienen las estructuras de monopolio, es decir, no ofrece ni el análisis del mecanismo preciso de la extracción del excedente ni la forma específica de apropiación. Efectivamente, estas críticas también van dirigidas al privilegio que otorga Baran a la utilización del excedente en perjuicio de las condiciones de apropiación, descuidando así las relaciones sociales específicas de la producción bajo las cuales se extrae el excedente. Esta omisión explica la conceptualización ambigua de Frank sobre las relaciones de explotación y sus dificultades al integrar las relaciones de clase capitalistas en sus análisis. Las relaciones de explotación entre unidades espaciales y entre clases son ambas conceptualizadas como relaciones “metrópolis – satélite”. Esta compenetración de entidades espaciales y clases sociales produce un análisis extremadamente confuso de la estructura de clases. Estos críticos se acogen al concepto de explotación de Bettelheim, pues para ellos la mera transferencia del valor del excedente desde los capitalistas de los países pobres (u otros explotadores) a los capitalistas de los países ricos no queda descrita como explotación en el sentido estricto de la palabra, porque, como afirma Bettelheim, solamente “la gente que trabaja puede ser explotada por otros explotadores³⁴⁴”.

En el mismo sentido, las críticas más destacadas vienen de la mano de Laclau, y se refiere al reduccionismo ejercitado por G. Frank a partir de su concepción del feudalismo y el capitalismo, al considerar la transformación capitalista de las formaciones sociales precapitalistas como un simple e indiferenciado proceso, no dando importancia a la singularidad de los procesos de desarrollo en los países latinoamericanos. Fue Laclau³⁴⁵ quien criticó con intensidad a Frank a tenor de esto, apoyándose en que Marx define el concepto de capitalismo no solo como una forma específica, sino también como una articulación de relaciones sociales específicas de producción, bajo las cuales el excedente de la

³⁴² Frank, G. (1967): op. cit. pp. 7 a 10.

³⁴³ Goodman D. y Reddift M. (1981): op. cit. p. 35.

³⁴⁴ Bettelheim, Ch. (1972): op. cit. p. 301.

³⁴⁵ Laclau, E. (1972): Feudalismo y capitalismo en América Latina, en Sociedad y Desarrollo, Santiago de Chile, Ed. Anagrama, 2ª ed. 1980 bajo el título Tres ensayos sobre América Latina.

mano de obra es apropiado en forma de “valor de excedente” (formas de apropiación). Esto presupone un modo de producción del excedente, separación del productor directo de los medios de producción y, por tanto, la existencia de un libre mercado de obreros. Esta forma de apropiación es la que lleva a las antagónicas relaciones de producción y a la división social entre productores directos y la clase capitalista.

Estos planteamientos, afirma Laclau, explican la equivocada identificación de G. Frank del modo capitalista de producción con el intercambio y la producción para el mercado mundial. Esta errónea conceptualización introduce sucesivamente grietas irreparables en el análisis de G. Frank sobre la transición desde el feudalismo al capitalismo en Europa y en la periferia. Éste designa a estos sistemas sobre las bases de un fenómeno que se desarrolla en la esfera del intercambio de mercancías y no en la esfera de la producción, transformando así la presencia o ausencia de un lazo con el mercado en el criterio decisivo para distinguir dos formas de sociedad: la feudal y la capitalista. Tal concepción es claramente ajena a la teoría marxista, la cual mantiene que feudalismo y capitalismo son sobre todo modos de producción³⁴⁶.

Por tanto, el concepto de “transición agraria” en Laclau tiene otras connotaciones que las planteadas por G. Frank. Pero ante el concepto dualista los dos coinciden en que la economía del período colonial no fue una “economía cerrada” dada la evidencia histórica del comercio internacional y la especialización consecuente. A partir de ese momento las economías latinoamericanas se integran en un complejo estructurado internamente e integrado en la economía de mercado a nivel mundial. Para Laclau el error de G. Frank está confundir la evidencia del intercambio de mercancías y especialización con la existencia de relaciones capitalistas de producción. Laclau afirma que en cada caso G. Frank falla al definir la especificidad de las relaciones de explotación, porque sus conceptos de feudalismo y capitalismo excluyen las relaciones de producción con el resultado. “La existencia de un mercado sustancial constituye además la diferencia decisiva entre los dos³⁴⁷”. La primacía del intercambio de relaciones en estos conceptos, ha inspirado recientes caracterizaciones críticas del trabajo de G. Frank como centrado en el comercio y neo-smithiano³⁴⁸.

Laclau sostiene que el punto de transición hacia el sistema capitalista se identifica con la crisis económica europea del XVII, y acepta que

³⁴⁶ Laclau (1971): p. 20.

³⁴⁷ Goodman D. y Reddift (1981), op. cit. p. 37 citando a Laclau.

³⁴⁸ *Ibidem*, p. 38 citando a Brenner.

el sistema de plantación y las economías exportadoras latinoamericanas participaron del mercado mundial capitalista. Para evitar calificar las economías latinoamericanas como capitalistas, argumenta que en estas el modo de producción solamente es capitalista a nivel formal: ellas participan en el movimiento general de sistema capitalista sin que su forma de producción, sin embargo, sea capitalista³⁴⁹. Según Laclau el proceso de integración de las economías latinoamericanas en la economía mundial fue lento y siguió un ritmo espasmódico y desigual, incluyendo relaciones serviles que fueron fortalecidas en la época mercantilista del comercio en expansión. A partir de finales del XIX, estas condiciones fueron gradualmente modificadas en Latinoamérica con el crecimiento progresivo del proletariado rural, aunque actualmente todavía se mantienen condiciones semif feudales. Así Laclau considera la posibilidad de que fuera una “transición incompleta” al capitalismo, lo cual supone la perspectiva de la “articulación” entre formas distintas de producción que en realidad son diferentes modos de producción. Una demostración de ello lo encuentra en la discusión sobre la naturaleza del inquilinato en Chile. Para Laclau esta forma de producción, a pesar de estar potenciada a partir de la expansión de los mercados exteriores, entra dentro de las formas feudales. La caracterización de Laclau de la agricultura latinoamericana como “precapitalista”, representada por el “régimen feudal de las “haciendas”, se apoya en el fracaso de la integración del proletariado agrícola en forma de empresa. De esta manera puede considerarse que la intensificación de relaciones serviles bajo varios sistemas de arrendamiento y trabajo de las instituciones precapitalistas se debe a la expansión de las oportunidades comerciales. A partir de ahí, tenemos en esos países la articulación de las empresas precapitalistas en el sector agrario y las relaciones capitalistas de producción en otros sectores de la economía.

Por último y con respecto a las consecuencias de estos análisis, siguiendo a Goodman y Reddift, diremos que para G. Frank la economía mundial es el marco de las diferentes formas de explotación de mano de obra y de la apropiación del excedente. La razón del abandono de las relaciones de clase por parte de G. Frank vendría explicada por la primacía de las relaciones espaciales, ya que las primeras (las de producción) son consideradas como una categoría residual resultante de la segunda. En contraposición, Laclau privilegia las relaciones de clase y más en concreto la lucha de clases, un instrumento capaz, a través de su expresión polí-

³⁴⁹ Ibidem, p. 39 citando a Laclau.

tica, de influir en el desarrollo capitalista en formaciones sociales concretas³⁵⁰.

La polémica sobre la caracterización de las relaciones sociales en la periferia aparecerá también más tarde a partir de la obra de Wallerstein y la respuesta de Brenner. Wallerstein recoge el relevo de Frank en lo que respecta al papel que juega el comercio internacional y su expansión a partir del siglo XVI como punto de partida de la economía del mundo moderno. La división del trabajo a nivel internacional que data de la época mercantilista, transforma a las naciones – estado de Europa en el “núcleo” e impone un intercambio desigual sobre las áreas periféricas, apropiándose el excedente de estas últimas y especializándolas en la producción agrícola. Así se establece una jerarquía entre los “estados núcleos” sobre los países de la periferia considerándose el subdesarrollo con el rango más bajo de dicha jerarquía. Así las empresas con mayor grado de capitalización y nivel técnico son reservadas por las áreas de categoría más alta y viceversa.

Al igual que Wallerstein, Banaji toma el sistema mundial como el nivel en el que modo de producción debería ser conceptualizado. Al definir el concepto “hacia arriba”, Banaji excluye la posibilidad de que una formación social pueda estar constituida por una articulación de determinados modos de producción, excepto quizás, en una situación temporal y transitoria³⁵¹. A nivel de la realidad, Banaji admite que las empresas individuales en una economía pueden exhibir diferentes relaciones de explotación de trabajo; pero el punto sustancial, sin embargo, es que esas empresas están sujetas a las leyes del movimiento de aquella economía. Banaji concluye lo que Wallerstein afirmaba anteriormente, en una economía donde el capitalismo es dominante las empresas precapitalistas contra las apariencias formales son capitalistas en esencia, ya que están subordinados a las leyes del movimiento capitalista.

Respecto a la discusión sobre las relaciones de producción, Wallerstein, al igual que Frank, no concede significación alguna a la mano de obra asalariada como símbolo esencial del capitalismo, pues para él el obrero asalariado es una de las formas en que la mano de obra es reclutada y pagada a través del mercado. De tal manera que se pueden desarrollar en la agricultura formas como la esclavitud, el “segun-

³⁵⁰ Goodman D. y Reddift (1981): op. cit., p. 43.

³⁵¹ Goodman D. y Reddift M. (1981): op. cit. p. 58. En la misma línea que Banaji se expresa Bernstein, en el sentido de que el modo de producción capitalista al ser dominante somete a cualquier forma de producción y destruye las condiciones de reproducción de otros modelos.

do feudalismo”³⁵², la aparcería y el arrendamiento o el inquilinato como producto de desarrollo capitalista a nivel mundial. La transición al capitalismo se traduce en una cuestión de relaciones comerciales, en el caso de Europa es asociada al desarrollo de una división europea del trabajo. Esto implica el paso de los “imperios mundiales” a la “economía mundial”, y, dentro de esta visión, todos los modos de control de mano de obra son igualmente capitalistas. Por otra parte, estos especializados sistemas de control del trabajo cambian de acuerdo con los dictados de las ventajas comparativas regionales, el crecimiento del comercio mundial y el rendimiento. Están determinados, en efecto, por la mano invisible de las fuerzas del mercado³⁵³. Para Wallerstein, por tanto, las diferentes formas de control del trabajo, como formas de apropiación del excedente, están determinadas por los modelos del comercio internacional, desde la economía de los “imperios – mundo” a la “economía – mundo”. Por tanto, el desarrollo del comercio llevará consigo una organización de la producción cada vez más eficiente por medio de una especialización regional cada vez mayor, permitiendo una distribución regional más efectiva, lo que Wallerstein denomina sistema de “control del trabajo en relación con los recursos naturales y de la población. La división mundial de trabajo inducida por el comercio dará lugar a su vez a una estructura internacional de estados nacionales desigualmente poderosos; una estructura que, por medio del mantenimiento y la consolidación de la división mundial del trabajo, determina un proceso acelerado de acumulación en ciertas regiones (el centro) mientras impone un ciclo de atraso en otras (la periferia).

La respuesta de Brenner se centra en que los conceptos de “imperio – mundo” y “economía – mundo”³⁵⁴ fueron desarrollados para distinguir las economías capitalistas modernas de las precapitalistas. Señala Brenner que Wallerstein no encara la característica principal de la moderna economía capitalista como es la extensión de la plusvalía relativa a diferencia de la economía precapitalista donde predominan formas de obtención de carácter absoluto (plustrabajo absoluto). Es decir, una fuerza de trabajo obtiene un incremento de la productividad cuando es capaz, con la misma cantidad de tiempo de tra-

³⁵² También le da el nombre de “coerced cash-crop production” al llamado “segundo feudalismo”. Wallerstein señala la “tenancy”, que se puede traducir por “arrendamiento o inquilinato”, como posesión temporal de la tierra.

³⁵³ Goodman, D. y Reddift, M. (1981): op. cit. p. 45.

³⁵⁴ Brenner, R. (1979): Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica al marxismo neosmithiano, en Teoría n.º 3, traducido por A. Jiménez de 1ª Ed. 1977 en New Left Review. pp. 64 y ss.

bajo que antes, producir un excedente por encima del valor de los medios de producción y de los medios de subsistencia necesarios para reproducirse. Esto no puede darse sin cambios cualitativos, sin innovaciones en las fuerzas de producción, las cuales han exigido históricamente la acumulación de excedente, es decir, la “reversión del excedente” en la producción.

Brenner critica a Wallerstein el no poder explicar que el desarrollo del plustrabajo relativo basado en el crecimiento de la productividad del trabajo sea un rasgo general y dominante del capitalismo moderno, ya que su concepción del desarrollo es esencialmente “cuantitativa” y gira en torno a estas tres condiciones, que define Wallerstein para el paso a “la economía-mundo”: 1) el crecimiento del tamaño del sistema mediante la expansión; 2) la redistribución de los factores de producción mediante la especialización regional a fin de obtener una mayor eficiencia; 3) la transferencia del excedente³⁵⁵. Capitalismo y economía mundo son las dos caras de la misma moneda. El rasgo que diferencia a esta “economía mundo” y, antes, el paso del “imperio – mundo” hasta ella, es la producción para la venta en el mercado en el cual el objetivo es obtener la máxima ganancia, para esto los hombres diseñarán constantemente nuevas formas de producción que incrementen su margen de ganancia.

Brenner centra su crítica en que el capitalismo es definido por Wallerstein, como “un modo de producción con vista a la ganancia de un mercado”, y la conclusión que saca de que cualquier región que forme parte del sistema de intercambio aparentemente interdependiente (que se constituye a partir de la división mundial del trabajo) es capitalista, con independencia de sus métodos de “control de trabajo y de “recompensa de la fuerza de trabajo”³⁵⁶. Hasta tal punto que incluso las regiones exportadoras de las periferias basadas en la servidumbre, como ocurrió en Europa oriental, se hacen para Wallerstein tan capitalistas como las regiones cuya producción para el mercado se basa en el trabajo agrícola asalariado libre. Así, el “feudalismo” queda englobado en la economía-mundo desapareciendo como realidad autónoma. Se convierte en una forma más de empleo capitalista de la fuerza de trabajo; esta forma se expansionará o disminuirá en función de su rentabilidad para el mercado. La difusión del trabajo libre es solamente un aspecto del desarrollo de la división

³⁵⁵ Brenner, R. (1978):, op. cit. pp. 66 y 67.

³⁵⁶ Brenner, R. (1979): op. cit. pág. 103 y 104 y ss.

mundial del trabajo, que vendría determinado por los requisitos técnicos del desarrollo de las fuerzas productivas en regiones específicas y los tipos de producción.

La objeción de Brenner a esta forma de argumentar se basa en que las tres condiciones de Wallerstein para el desarrollo de una economía mundo: la expansión del volumen geográfico del comercio, lo que él llama “incorporación”, el desarrollo de una diversidad de métodos de control de trabajo para diferentes productos y zonas: “especialización”, y, por último, la creación de aparatos de Estado para asegurar la transferencia del excedente, no tienen por qué asimilarse al capitalismo mientras que el incremento del plustrabajo relativo no sea un gasto sistemático de tal modo de producción. Esto quiere decir que “la producción con vistas a la ganancia mediante el intercambio (como afirma Wallerstein) gozará del efecto sistemático de la acumulación y del desarrollo de las fuerzas productivas solamente cuando exprese ciertas relaciones sociales de producción específicas, primordialmente, un sistema de trabajo asalariado libre, donde la fuerza de trabajo sea una mercancía. Solamente allí donde el trabajo haya sido separado de la posesión de los medios de producción, y donde los trabajadores hayan sido emancipados de cualquier relación directa con el dominio (tal como la esclavitud y la servidumbre), será posible la combinación del capital y la fuerza de trabajo “libres” con el nivel tecnológico más alto. Solamente allí donde las condiciones de trabajo asalariado sea libre se verán obligados las unidades de producción a vender a fin comprar, a comprar a fin de sobrevivir y reproducirse, y en último término a extenderse, a innovar, a fin de mantener en posición su relación con otras unidades de producción³⁷. Las economías precapitalistas, incluyendo aquellas en las que el comercio está muy generalizado, gozan de un desarrollo limitado puesto que su estructura de clases en la economía determina las unidades que la componen, ya sea aquellas que producen medios de subsistencia o las que producen medios de producción o lo que es lo mismo las que producen medios de supervivencia y reproducción, ya que no pueden incrementar sistemáticamente las fuerzas de producción, la productividad, a fin de reproducirse. De esta manera, “la producción con vistas a la ganancia en el mercado no puede determinar por sí misma el desarrollo de las fuerzas productivas, resulta que el problema histórico de los orígenes del desarrollo económico capitalista en relación con los modos precapitalistas de producción se convierte en el problema del origen del sistema de propiedad/extracción del plusvalor (sistema de clases) del trabajo asalaria-

³⁷ *Ibidem*, p. 68.

do libre: el proceso histórico por el que la fuerza de trabajo y los medios de producción se convierten en mercancías³⁵⁸.

Respecto a las estructuras de dominio social, y a los sistemas de control y recompensa del trabajo, Wallerstein señalaba que métodos de control de trabajo son esencialmente métodos técnicos de producción que maximizan la producción con relación al carácter ecodemográfico de la región a favor de la clase dominante para extraer el excedente. Para Brenner, el problema está en que no es lo mismo maximizar la producción que maximizar el excedente, estos implican principios y procesos diferentes y mutuamente contradictorios³⁵⁹. Brenner ataca el planteamiento de Wallerstein de que la especialización de un área, dentro del contexto de la expansión del mercado internacional, vendría determinada por las características ecodemográficas y por la aplicación del método de producción más adecuado que a su vez lleva aparejado un sistema de control y de recompensa del trabajo, dando como resultado una producción máxima con un crecimiento del conjunto del sistema. Este razonamiento es calificado por Brenner de “ultrasmithiano”, pues la premisa de donde se parte es la maximización de ganancia a partir de “homo economicus” liberal fuera de todo sistema de relaciones sociales de explotación.

Brenner subraya que al afirmar que el modo de control de trabajo es productivo al llevarlo a cabo las clases dominantes, es argumentar que las clases dominantes (explotadoras) ocupan esta posición porque sus métodos de control de trabajo son más efectivos, más competitivos que otros y que reciben una parte del excedente como forma de retribución de su función: controlar y organizar las formas de trabajo más rentables. Esto, según Brenner, no sería más que una herencia en armonía con los presupuestos de economía neoclásica. Ninguna de las funciones que realizan puede explicar por qué reciben parte del producto. Es por el contrario, su posición como explotadores lo que les permite llevar a cabo cualquiera de las funciones productivas que realizan de acuerdo con sus necesidades y capacidades. Brenner no pretende negar que las clases explotadoras desempeñen en ocasiones funciones productivas, sino afirmar que su función productiva deriva de su posición de clase explotadora, acogiéndose a la frase de Marx: “el capitalista no es capitalista por ser director industrial sino que se convierte en jefe industrial porque es capitalista³⁶⁰”.

³⁵⁸ *Ibidem*, p. 69.

³⁵⁹ Goodman y Reddift (1981): op. cit. y Brenner R. (1979): op. cit. p. 110.

³⁶⁰ Brenner op.cit. p. 112.

- A modo de colofón, para terminar con la visión de las polémicas de los que partiendo de conceptos abstractos (modos de producción – formación social) tratan de someter a las leyes del modo de producción a todas las formas de producción, y aquellos que se basan en el principio de articulación de los modos de producción, podemos añadir, siguiendo a Sevilla Guzmán y Muñoz Molina³⁶¹, que así como para los funcionalistas la modernización de las sociedades agrarias-tradicionales es un proceso imparable, el concepto de “modernidad” también se encuentra implícito en el marxismo cuando analiza la evolución social como un mecanismo unilineal a partir del paso de un modo de producción a otro. Esta visión de la modernización se entiende como la implantación y posterior desarrollo del capitalismo, el cual iría destruyendo poco a poco las formas precapitalistas de producción hasta alcanzar su pleno dominio. En este sentido, las fuerzas productivas poseen una naturaleza análoga a los procesos de crecimiento y desarrollo. Efectivamente, esta visión no difiere mucho de las concepciones liberales del desarrollo en cuanto que la dicotomía entre lo tradicional y lo moderno en el conjunto de esta tradición ha implicado la incomprensión de fenómenos como la pervivencia de formas de explotación teóricamente “atrasadas” puestas en marcha por el capitalismo. La “perversa creencia” por parte del marxismo clásico, como ha señalado Hanza Alavi³⁶², de que en las “sociedades en desarrollo” el capitalismo generaría nuevas contradicciones de las que surgirían nuevas fuerzas sociales que impulsarían su desarrollo ha dado lugar, y en contra de lo esperado, a que en las propias sociedades avanzadas de una parte persistan formas de explotación basadas en la fuerza de trabajo familiar y, en menor medida, focos de marginación, y, de otra parte, en “las sociedades en desarrollo” lo que realmente se incrementó fue el subdesarrollo. Para H. Alavi esto se explica a partir del concepto de “subsunción”. El valor que tiene la teoría de la “subsunción”³⁶³ consiste en el reconoci-

³⁶¹ Sevilla Guzmán, E. y M. González de Molina (1990): *Ecosociología: Algunos elementos teóricos para el análisis de la coevolución social y ecológica en la agricultura*. REIS, nº 52.

³⁶² Alavi, Hamza (1982): *The structure of peripheral capitalism*, en H. Alavi y T. Shanin (1982): *Introduction to the sociology of developing societies*, London, Macmillan, pp. 172-192.

³⁶³ Alavi, Hamza (1982): *The structure of peripheral capitalism*, en Alavi, H. y T. Shamin (Eds): *Introduction to the sociology of developing societies*, London, McMilland (1982) op. cit., pág. 172-192, citado por Sevilla Guzmán: op. cit., del apartado: *La subsunción como proceso conflictual*, op. cit., p. 27. El concepto de “subsunción” se encuentra en la obra de Marx.

miento de la pervivencia estable de formas de explotación capitalista o no bajo el régimen de “subsunción formal” al modo de producción capitalista. Esto, si bien le acerca a los teóricos de la articulación³⁶⁴, se separa de ellos al no admitir contradicción ninguna en el carácter capitalista de tales sociedades: el capitalismo no las borra (estas formas de producción capitalistas), las sustituye por nuevas instituciones sacadas de la nada. Toma los legajos del pasado como materia prima para constituir su sociedad de futuro, combinándolas con nuevas realidades sociales y culturales que él también crea³⁶⁵. Para H. Alavi cualquier forma de explotación, ya sea no-capitalista o precapitalista, debe tener como supuesto metodológico la búsqueda de una “función”, y que dicha forma de explotación tiene que cumplir “por referencia a las necesidades”, en este caso del capitalismo, al que forzosamente ha de aliarse subordinado³⁶⁶. Con ello elimina la posibilidad de constitución autónoma de otras formas sociales de producción (o formas de explotación), por lo que no existe la posibilidad de coexistencia de formas de explotación diferentes con la capitalista, en una relación conflictiva³⁶⁷.

No obstante, las aportaciones de Maurice Godelier en torno a “la transición” pueden contribuir a reforzar la forma de cómo se producen las formas materiales y sociales de producción durante los procesos de transición. Dichos procesos “serían aquellos momentos en que no sólo los modos de producción, sino las formas de pensamiento, las normas de actuación individual o colectiva que se ven confrontados a límites internos y externos comienzan a agrietarse, a perder importancia o a descomponerse a riesgo de vegetar durante siglos en lugares menores, o también a extenderse por sí mismos o por voluntad sistemática de grupos sociales

³⁶⁴ Ver para esto: Samir Amin y K. Vergopoulos (1974): *La question paysanne et le capitalisme*, Paris, Ed. Anthropos. Una visión global de las aportaciones y polémicas en el capítulo *Articulación y Capitalismo periférico*. Más consideraciones en Goodman y Reddift (1981): op. cit. pp. 60 y ss. Las perspectivas de la articulación, sobre todo, en torno al estudio sobre las sociedades agrarias dependientes, determinan el bloqueo del desarrollo capitalista en esta sociedad, y diversas variantes vienen a legitimar que el enfoque de articulación acepta la transformación parcial de los diversos modos de producción articulados al dominante. Así Poulantzas habla de “formas transitorias”, lo mismo que Samir Amin y C. Vergopoulos, como un proceso de “conservación – disolución en el que estos modos son reestructurados, parcialmente disueltos, y así subordinados y conservados (así lo ve Bettelheim), de esta forma la articulación se convierte en funcional para el sistema.

³⁶⁵ Alavi, Hamza: op. cit., pp. 74 y 182.

³⁶⁶ *Ibidem*: pág. 178. Sevilla Guzmán: op. cit. p. 27.

³⁶⁷ Bernstein, H. (1977): *Notes on capital and peasantry*, en *Review of African Political Economy*, nº 10, 1.977.

que se oponen a su reproducción en nombre de otros modos de producción, de pensar y actuar, cuyo desarrollo desean³⁶⁸”. Desde este punto de vista, los procesos de transición no tienen por qué implicar la desaparición de los viejos modos de producción, a pesar de que de la transición por parte de Godelier es que “la razón última, la racionalidad de un determinado modo de producción”, es la transformación total de todas las relaciones sociales en las específicamente suyas³⁶⁹.

Lo más atractivo de la articulación de los modos de producción es que los modos de producción precapitalistas sobreviven con mayor o menor intensidad a medida que nos alejamos del centro hacia a la periferia, siendo enfocado desde la lógica del desarrollo desigual y a través de la lógica del mercado y de otros mecanismos de dominación. De esta forma, la coexistencia de diversos modos de producción no sólo era posible, sino que además era la forma más usual de cómo el capitalismo se extendió por la periferia. A pesar de lo atractivo de este planteamiento, como dicen Sevilla Guzmán y González Molina, no carece de problemas, ya que si bien abandona la visión del desarrollo unilineal del capitalismo que domina y destruye progresivamente a los otros modos de producción a él articulados, no descarta la perspectiva de considerar a las diversas formas de explotación no capitalistas como modos de producción, y por tanto la aparición de la dualidad: tradicional-moderno que, en este caso, se trasladaba del centro a la periferia³⁷⁰.

3. HACIA NUEVOS PLANTEAMIENTOS EN TORNO A LA INTERRELACIÓN ENTRE MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO A FINALES DEL SIGLO XX. EN BUSCA DE LOS ACTORES EN EL DESARROLLO SOSTENIBLE

Desde los años setenta hasta los noventa el asunto de la relación entre el desarrollo y medio ambiente era ya una preocupación en crecimiento. La producción científica en torno al tema hacia presagiar, por un lado, una divergencia de los planteamientos en función de los paradigmas a los

³⁶⁸ Godelier, Maurice (1987): Introducción al análisis de los procesos de transición, en *Los procesos de transición. Estudios de casos antropológicos*, Revista Internacional de Ciencias Sociales, UNESCO, p. 24.

³⁶⁹ Sevilla Guzmán, E. y M. González de Molina: op. cit., p. 25.

³⁷⁰ Sevilla Guzmán, E. y M. González de Molina: op. cit., p. 18-20.

que se adscribían, y, por otro, el progresivo carácter interdisciplinar del fenómeno del desarrollo y el problema medio ambiental³⁷¹.

En el caso de las corrientes sensibilizadas por el medio ambiente no podemos realizar una revisión exhaustiva del estado de la cuestión en aquel momento, dada la ingente producción generada, sin embargo, podemos esbozar cuál es el tratamiento de algunos aspectos relacionados con el fenómeno del desarrollo, sobre los cuales la sociología intenta realizar nuevos aportes y pretende superar el status de “ciencia auxiliar”, como decíamos al principio^{371bis}.

En el cuadro 6 se representa un compendio del nuevo planteamiento:

- La reinterpretación del desarrollo a partir de las nuevas formas de los flujos a favor de los países del Norte.
- La complementariedad precaria entre ciencias sociales y ciencias naturales en el estudio del desequilibrio ecológico y la aparición de las corrientes de pensamiento y la formación y modificación de sus intereses de estudio.
- La formación de los movimientos sociales de respuesta al desequilibrio socioeconómico.

El texto que sigue trata de profundizar en algunos de los aspectos teóricos a que se han dado lugar las diferentes corrientes, así como en una nueva descripción de los actores en el escenario del desarrollo ligado al mantenimiento de la sostenibilidad.

3.1. Planteamientos iniciales

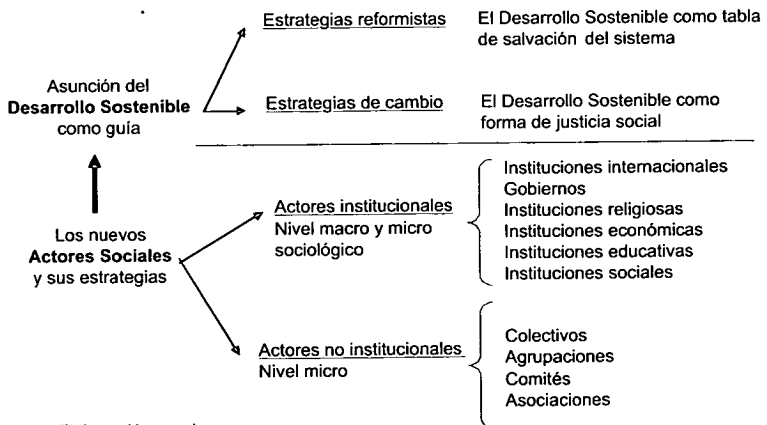
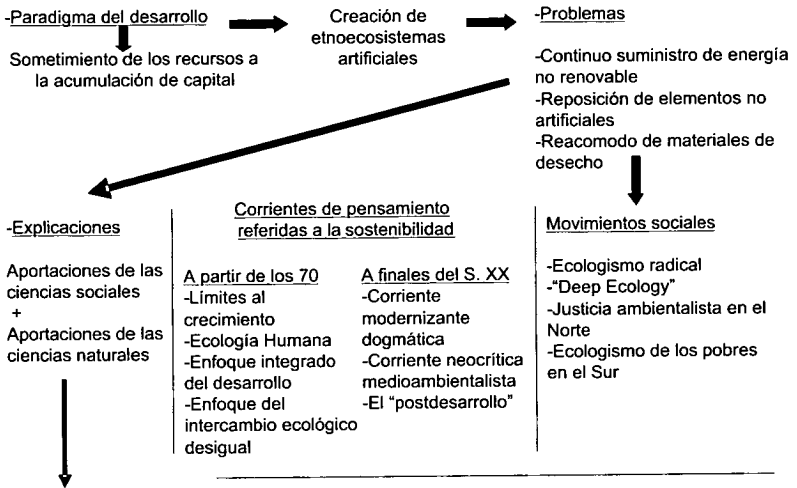
A principios de los 70, S. R. Melnick³⁷² mostraba el interés que tenía para las diferentes disciplinas el estudio del binomio: desarrollo y medio ambiente. En ese momento el punto de partida era la genera-

³⁷¹ Higgins and Higgins (1979): *Economic development of a small planet*, Norton and Co.

^{371bis} Ernest García (2004) en su libro *Medio ambiente y sociedad. La civilización industrial y los límites del planeta*, op. cit. pp. 59-98, nos da una visión global y certera de los orígenes de la sociología medioambiental y su relación con los diferentes disciplinas preocupados por el medio ambiente (ecología humana, economía política), así como de las corrientes de pensamiento en torno al ecofeminismo, la cuestión del constructirismo, etc.

³⁷² Una muestra de la producción intelectual de la época entorno al desarrollo y el medio ambiente lo encontramos en el artículo de Melnick, S. R. (1980): *Principales escuelas, tendencias y corrientes de pensamiento*, en el libro de Sunkel, O. (1980): *Estilos de desarrollo y medio ambiente de la América Latina*, México, FCE. op. cit. p. 242 y ss.

GRÁFICO 4 REINTERPRETACIÓN DEL DESARROLLO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA SOSTENIBILIDAD



Fuente: Elaboración propia.

lización de la idea de crisis en los planteamientos teóricos anteriores y la dificultad de interpretar los acontecimientos cuando ya existen distintos principios de organización intelectual. Esto quería decir que existían distintos paradigmas que compiten por la dominación, incluido el paradigma dominante que es el sistema ideológico capitalista.

Sunkel y Fuenzalida³⁷³, arguyen que el paradigma (ideológico) era aún capitalista, pero bajo fuertes presiones de otros paradigmas. En el proceso de lucha por el predominio, el paradigma dominante absorbe todos aquellos elementos de sus competidores que no son estructuralmente dañinos. Como resultado de este proceso, el sistema aparece como un conglomerado de diversos estilos y paradigmas que pugnan por diversas concepciones de la “verdad” de sus principios, esta competencia se manifiesta, para la mayoría de los espectadores y agentes del sistema, como una crisis. En realidad, de acuerdo con la interpretación estructural de la historia, la crisis no había llegado aún, decía Melnick³⁷⁴: “estamos en un proceso de transición que con el tiempo evolucionará hasta llegar a la crisis que vendrá a consolidar un nuevo paradigma dominante y un nuevo estilo de desarrollo mundial”. En aquel momento histórico, siguiendo a Melnick, se pueden distinguir varias características de la coyuntura de la crisis que, de todas formas, no tenía un carácter negativo. Entre las características de este proceso de transición destaca:

1. Su carácter mundial, en cuanto que distintas instancias internacionales a través de informes (tales como las Naciones Unidas, el Club de Roma y otros) se ocupaban en preparar modelos o esquemas para el “manejo” del mundo. Para Sunkel y Fuenzalida el sistema se descubre como un capitalismo transnacional que puede caracterizarse como tecno-industrial oligopolista, capitalista y global o internacional, cuyos componentes más importantes eran las transnacionales que incluyen no solo las empresas, sino también los organismos internacionales y los institutos, la comunidad transnacional y la cultura transnacional³⁷⁵.

2. La incertidumbre ante la falta de sistemas claros de referencia, falta de objetivos claros y definidos debido al grado de especialización y complejidad alcanzado; siendo difícil dar orientaciones coherentes para la acción. Es decir, que si bien la especialización había contribuido a la

³⁷³ O. Sunkel y E. Fuenzalida (1978): *Transnational capitalism and national development*, en Villamil (comp.) (1978): *Transnational capitalism and national development*, Haverstar Press.

³⁷⁴ Melnick, S. R. (1980): op. cit. p. 242 y ss.

³⁷⁵ Tales como el Hudson Institute, el Rand Corporation, Stanford Research Institute, etc. Una crítica exhaustiva a la labor ideológica de estos organismos la encontramos en el artículo de A. Nielgo y Sevilla Guzmán (1994): *Sobre el discurso ecotecnocrático del desarrollo sostenible para los ricos y la respuesta agroecológica*, en *Foro Alternativo las otras voces del planeta*. Encuentro Mundial de Movimientos Sociales y ONGs. Mineo.

productividad y el progreso, sin embargo, planteaba graves problemas de dirección u orientación coherente con la acción. Strong destacaba en 1977 el peligro que entrañaba el uso de la energía nuclear (incluso la carrera de armamentos) por una parte, y, por otra, los problemas ecológicos y los recursos. El primer aspecto se relaciona con la tecnología y la política. El segundo con la tecnología, la política, la organización, los recursos y la población³⁷⁶.

3. Los problemas de desigualdad en distribución de la riqueza y del progreso económico. La desigualdad abarca todos los niveles: países, grupos sociales, regiones, subregiones, etc., todos los cuales se integran de alguna forma en un sistema planetario mundial. La desigualdad en este periodo histórico aunque tendría sus raíces en la economía, pero se manifiesta en muy diversos aspectos: políticos, culturales, etc.

Ante esto, la respuesta supone una postura no determinista en el sentido de que todavía se está a tiempo de afectar la dirección de cambio del sistema. Como afirma Melnick, las investigaciones sobre el desarrollo y el medio ambiente no son sino un esfuerzo sistemático para lograr ese objetivo. La "economía cuaternaria" puede llegar a ser el paraíso o el infierno para el ser humano. Es tarea del presente construir una nueva sociedad. El futuro aunque imprevisible es el resultado de las decisiones que se toman ahora³⁷⁷.

También O. Sunkel en su trabajo: "La interacción entre estilos de desarrollo y medio ambiente en el proceso histórico reciente de la América Latina"³⁷⁸, trataba de demostrar que la preocupación por los problemas de medio ambiente abre paso a la discusión sobre el sistema de organización mundial que se encuentra en transición hacia una nueva forma de desarrollo.

A pesar de que en aquella década comenzó un esfuerzo intelectual para la ordenación del pensamiento a partir de las características citadas, podemos afirmar que dicho esfuerzo hoy día siguen casi con los mismos derroteros y matices³⁷⁹. Dentro de las tendencias que en ese momento

³⁷⁶ Strong, M. (1977): Más no es suficiente, en Mazingira, nº 3 y 4, citado por Melnick, S. R. (1980): op. cit. p. 244.

³⁷⁷ Melnick (1980): op. cit. p. 245.

³⁷⁸ Melnick hace referencia al artículo mimeografiado de Oswaldo Sunkel aparecido en 1979.

³⁷⁹ Ejemplos de recopilación y clasificación de aportaciones más reciente los podemos encontrar en Dobson (1997): Pensamiento político verde. Una ideología para el siglo XXI, Barcelona, Ed. Paidós. También en Bellver, V. (1997): "Los ecofilósofos", en Ballesteros, J. y Pérez Adán, J. (1997): Sociedad y Medioambiente, Madrid, Ed. Trotta.

daban importancia al medio ambiente, Melnick distinguía tres grandes corrientes³⁸⁰:

- 1ª) La primera es aquella que veía el tema de los “límites al crecimiento” desde un punto de vista holístico, distinguiendo dentro de ella tres ramas:

A. La primera escuela sería la que contemplaba el problema desde el punto de vista de los límites de los recursos físicos y por ende debe de existir un límite al crecimiento. Esta tendencia es identificada como neomalthusiana al impugnar el supuesto neoclásico de que nadie se opone al principio básico de lo que es deseable “más de todo para todos³⁸¹”. Según Melnick³⁸², K. Boulding (1966) fue el precursor de este movimiento y creador del concepto de “la economía de la nave espacial”, así como P. Ehrlich (1967) acuñó el término “bomba poblacional”. El principio de la economía de límites guarda relación con el manejo apropiado de las existencias, siendo Daly (1977) quien elabora la idea de una economía en estado continuo basada en el manejo adecuado de los recursos. Esto no significa un crecimiento nulo. La misma idea (existencias) aparece como de los tres principios de la racionalidad social que introduce Sachs (1977): en el sentido de que el crecimiento “es una condición necesaria para el desarrollo pero no suficiente”. El crecimiento debe ser optimizado (no maximizado) para el muy largo plazo, incluso con consideración para las generaciones futuras. Según Melnick esta escuela neomalthusiana alcanzó su máximo apogeo a partir de los informes del Club de Roma (Meadows, Mesarovik, Pestel y Tinbergen) y fue preparada por un grupo de científicos del Massachusetts Institute of Technology que elaboraron el famoso informe: “The limits to growth en 1972”. La escuela de los límites al crecimiento a través del Informe de Roma logró una gran difusión en los medios de comunicación, universidades, gobiernos y organismos internacionales, uno de cuyos resultados fue la creación por parte de la

³⁸⁰ Tratamos de resumir el gran esfuerzo de recopilación y clasificación que realizó S.R. Melnick (1980): op. cit. p. 246 y ss.

³⁸¹ En los planteamientos sobre el tema vinieron de la mano de Boulding, K. (1966): *The economics of the spaceship*; Herat y Ehrlich, P. (1967): *The population bomb y The end of affluence* (1974).

³⁸² Melnick (1980): op. cit. p. 251-252, incluye entre otros dos trabajos de Boulding, K. (1966): “*The economics of the spaceship earth*”, Garret de Bell, Ed. Daly (1977): “*Steady state economics*”, W.H. Freeman and Co., San Francisco y Sachs, I (1977): “*El juego de la armonización*”, *Mazingira*, nº 3/4.

ONU del PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente) en 1972.

B. La segunda escuela de los límites trata el problema desde el punto de vista energético y tiene una connotación específica relativa al concepto de entropía³⁸³. El principio básico consiste en que todos los procesos de transformación conlleva un gasto de energía. Este gasto supone transformar la energía en un nuevo estado en el cual (la energía) no es reaprovechable para los mismos propósitos. El hecho de que la tierra tenga existencias acumuladas de energía (carbón, petróleo y uranio), el principio fundamental consiste en buscar un modelo de crecimiento que minimice el gasto de las energías y que se adecue a las ofrecidas por el sol y otras fuentes renovables y continuas³⁸⁴.

C. La tercera se referiría a las escuelas de los "límites sociales", en el sentido que le da Kahn³⁸⁵: no existen límites físicos al crecimiento, éste se detendrá "espontánea" o naturalmente de todas maneras, debido a los cambios de la demanda global por el advenimiento de la "sociedad cuaternaria". Según Melnick este planteamiento sigue los modelos de transición de Rostow y Clark. Dentro de la corriente de los "límites sociales" Melnick destaca el planteamiento en torno a los "bienes posesionales" (ésta sería una segunda subcorriente dentro de la escuela de los límites sociales). Es decir, de la disponibilidad de éstos no sólo para el consumidor (utilidad marginal), sino para el resto de la comunidad (el consumo no está al alcance de todos). El crecimiento de estos bienes después de la Segunda Guerra Mundial empieza a generalizar su consumo de tal forma que se hacen cada vez más escasos. La manera de hacerlos de nuevo abundantes es detener el crecimiento³⁸⁶.

Las tres escuelas de los límites están, según Melnick, muy estrechamente ligadas. Se trataría de variaciones de los planteamientos sobre el tema básico: "la capacidad de sustentación de un sistema".

³⁸³ El concepto de la entropía tiene relación con los principios de la termodinámica. La primera ley es que el total de energía en el universo es siempre constante.

³⁸⁴ A esta escuela Melnick adscribe a Georgescu-Roegen, N. (1971): *The entropy law and the economic process*, Harvard University Press. Dickson, A. y Odum, E. (1971): *Environment, power, and society*, Academic Press; del mismo autor (1971): *Fundamentals of ecology*, Sannders Co. Dickson, A. (1977): *The future file*, Avan Books. También Daly, H. (1977): "Steady state economics", W.H. Freeman and Co.

³⁸⁵ Kahn et al. (1976): *The next 200 years*, Williams Morrow and Co. New York.

³⁸⁶ Melnick adscribe a esta tendencia a Hirsch, F. (1978): *Social limits to growth*, Harvard University Press; a Scitowsky, T. (1976): *The joyless economy: an engwiry human satisfaction and consumer dissatisfaction*, Oxford University Press, y otros.

2^a) La segunda gran corriente corresponde la escuela de la “ecología humana” y la del “enfoque integrado de desarrollo y subdesarrollo”. A esta corriente Melnick la denomina “integralista” desde un enfoque holístico donde prevalece la unidad fundamental de los hechos y el progreso histórico social. Con varias ramas:

A) La escuela de ecología humana, según Michelson³⁸⁷, maduró a partir de los avances de la ecología animal y vegetal y en sus primeros momentos estuvo fuertemente marcada por la ideología determinista ambiental, siendo R. Park la figura más representativa del período inicial. En opinión de Michelson, Park define “la ecología humana como el estudio de agrupaciones de individuos a través del tiempo y del espacio en los que los principios de organización están basados en las fuerzas subsociales y no racionales sugeridas por los biólogos”. Estas fuerzas son las de competencia, dominación, invasión y sucesión. La expresión de la ecología humana subraya la interdependencia de cuatro variables como ley principal: población, organización, medio ambiente y tecnología³⁸⁸.

Aunque como afirma Melnick hay tantas definiciones de ecología humana como autores, no obstante, todos parecen concordar en los elementos básicos apuntados por Hawley, ya en 1950, al centrar su atención en las “interdependencias” que se desarrollan en la acción y reacción entre la población y su hábitat³⁸⁹. La ecología humana es para Melnick un nuevo planteamiento holístico del desarrollo humano, social y económico. Partiendo de las definiciones de Hawley y los de Sargent- Shimkin³⁹⁰, extrae algunos elementos claves con objeto de construir modelos operativos para la ecología humana: primeramente, el carácter antropocéntrico del análisis, esto es, la necesidad de privilegiar los aspectos humanos y

³⁸⁷ Melnick, S. R. (1980): op. cit. cita a Michelson et alter y Hawley, A. (1950): *Human ecology*, The Ronal Press, como el analista que distingue tres escuelas principales: 1^a) La neortodoxa; 2^a) Analistas del campo social; 3^a) Analistas de los aspectos socio culturales.

³⁸⁸ Según Michelson los exponentes principales de esta tendencia son Hawley, Schiore, Dunsy y McKinzie

³⁸⁹ Melnick op. cit. p. 256, siguiendo a Michelson, señala a Hawley (1950): *Human Ecology*, The Royal Press Co., como el que rompe con la tradición del determinismo ambiental, sosteniendo que las especies humanas no ocupan un nicho definido o preestablecido en la jerarquía ecológica, lo cual es evidente en la falta relativa de restricciones en los hábitos alimentarios del hombre.

³⁹⁰ Melnick op. cit. p. 257, cita a Sargent-Shimkin (1972): *Biology, society and culture in Human Ecology*, Mettress. Este autor reconoce que el hombre, la biología, la sociedad y la cultura están íntimamente relacionadas entre sí.

sociales en las soluciones, teniendo en cuenta la aportación de Gallopin (1978)³⁹¹. Se trata de un sistema de interacciones donde se da más importancia a los aspectos humanos y sociales, ya que si dieran importancia a los elementos ambientales estaríamos en el dominio del movimiento conservacionista. En segundo lugar, el significado de sobrevivencia en el sentido de Hawley, de que podemos sobrevivir en una enorme variedad de situaciones, lo que confirma los avances de la tecnología. Este punto nos lleva al tema de los límites del crecimiento, en el sentido de Ehrlich³⁹², la sociedad nunca antes habían estado amenazada por el colapso total que es sin duda una de las consecuencias del estilo de desarrollo.

B) La segunda escuela en el enfoque “integralista” es la referida al desarrollo-subdesarrollo (como fenómenos dependientes), destacando el principio de la unidad fundamental de todas las variables que inciden en el proceso de desarrollo, siendo el medio ambiente una de ellas, pero tratado en la perspectiva estructuralista de la unidad de los hechos históricos³⁹³. La formación de los planteamientos sobre la interrelación entre subdesarrollo y crisis medioambiental se hizo partiendo de textos reconocidos como ejemplares en el tratamiento de este tema. Melnick destaca entre otros a Founex (1971), Araujo Castro (1971), Iglesias (1971), Zimmerman (1974), CEPAL (1975) y Strong (1977).

El Informe Founex de 1971 fue preámbulo a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano de 1972, pretendía fijar las orientaciones conceptuales e ideológicas que debería adoptar la conferencia frente al tema del medio ambiente y producir las recomendaciones para la adecuación de un programa para las Naciones Unidas. En este informe se introduce el término “medio humano” a diferencia del concepto tradicional de medio ambiente (natural o artificial). El informe Founex asentó la concepción de que mientras que en los países desarrollados los problemas medioambientales pueden ser consecuencia del desarrollo y podrían ser superados por el propio desarrollo, en los

³⁹¹ Melnick destaca, como un informe sistémico del medio ambiente donde se privilegia el sistema de interacciones, la perspectiva de Gallopin, G. (1978): “The human environment”, documento del seminario de la UNESCO de Baveloche (Argentina), sobre técnica de modelización global, Institute of Development Studies, University of Sussex.

³⁹² Ehrlich, (1974): *The end of affluence*, Ballantine Books, New York, citado por Melnick op. cit. p. 258

³⁹³ Las ideas fundamentales de esta corriente fueron claramente expresadas en el Informe de Founex (Suiza) donde se reunieron un grupo de expertos dirigidos por Maurice Strong, para definir las orientaciones conceptuales e ideológicas que adoptaría la futura Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano a celebrar en 1972.

países en desarrollo la raíz del problema medioambiental era consecuencia de la pobreza y la falta de desarrollo. El informe trata de destacar que no existen diferencias entre los problemas ambientales y el problema social, sin embargo, distintos tipos de interrelación implican diferentes estrategias.

La CEPAL usó en 1974 este marco de referencia para el primer proyecto sobre América Latina, en cuyo informe denunció los problemas sociales (analfabetismo, desnutrición, etc.), la contaminación del agua, el suelo y la atmósfera o la erosión y las inundaciones. En 1977, la CEPAL dedicó un esfuerzo a redefinir el marco conceptual de Founex, cuyo problema fundamental seguía siendo la definición de medio ambiente. Dos conclusiones importantes se desprenden del marco de Founex y de las experiencias de la CEPAL: 1º) Los problemas ambientales no presentan grandes diferencias según el nivel de desarrollo (los problemas son técnicamente similares en todos los países). Lo que cambia es la intensidad del problema y la naturaleza de los demás problemas o circunstancias que actúan simultáneamente en el sistema. Se puede resumir indicando que los problemas ambientales están en función del estilo de desarrollo y no del nivel de desarrollo. 2º) Esto último conduce a la conclusión de que las políticas para el desarrollo y el medio ambiente no pueden ser de carácter universal, diferenciándose según las circunstancias y condiciones específicas en cada región o país.

No obstante, en opinión de Melnick, a pesar de este resultado las discusiones conceptuales y la acción sobre el medio ambiente quedaron prácticamente donde habían empezado, es decir, los países desarrollados continuaron elaborando y refinando técnicas para evaluar proyectos e internalizar las externalidades, y los subdesarrollados continuaron en su desesperada lucha contra la pobreza. Esta lucha en las formas de conciliar el desarrollo y el medio ambiente lo veremos más adelante en el planteamiento de la crítica al discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad en relación con el intercambio desigual.

C) En un nivel intermedio entre las corrientes marginalistas y los integralistas se incluye la corriente de planificación espacial y regional. Las nuevas tendencias que empiezan a aparecer a principios de los 70 se inclinan por la planificación, no tanto como un mecanismo de toma de decisiones, sino como un proceso de orientación societal (Etzioni, 1971; Friedman, 1973; Dunn, 1971; Schon, 1971). Está relacionada con la planificación regional y los modelos que hemos visto en torno a tratamiento de la instalación de actividades económicas en el espacio, las estrategias de desarrollo equilibrado o desequilibrado (Nurkse, Rosenstein,

Hirschman, Myrdal, Friedman con la construcción centro-periferia y los temas de innovación y difusión, etc.) Finalmente, el reconocimiento de las relaciones espaciales y sociales como dialécticamente interactivas e interdependientes, en el sentido que le da Soja (1978)³⁹⁴: las relaciones sociales son tanto formadoras del espacio como determinadas por el espacio socioespacial, representada también por Melnick las proporciones específicas en torno a la planificación espacial se contemplan en el ecodesarrollo (I. Sach), los asentamientos -ecosistemas (Lee Smith) y los régimen agropolitanos (Friedman)-, son experiencias de la proporciones que integran las estructuras sociales y ambientales tanto naturales como artificiales.

3ª) La tercera gran tendencia sería la más importante, según Melnick, en cuanto a su difusión y seguidores: la de las externalidades y el análisis de costo-beneficio, por varias razones

- En primer lugar, este enfoque corresponde al que adoptan los países avanzados donde estas técnicas de análisis han sido elaboradas. Esta es la posición de la escuela neomalthusiana. En estos países el problema fundamental no parece ser la necesidad del cambio, sino el ajuste del sistema.
- En segundo lugar, gran parte de la asistencia financiera que los países avanzados y organismos internacionales ofrecen debe ser presentada en los términos descritos por alguno de los muchos manuales al uso (por ejemplo por la OCDE y la ONU).

Las evaluaciones en términos de balances materiales y energéticos, aunque tiene su base en la economía neoclásica ha logrado situarse entre esta última y la planificación (Knee (1971); Odum (1976); Dickisum (1977); Chapman (1975), es decir, que se reconoce los fallos del mercado (las externalidades, las economías de escala, la falta de dirección, los problemas sociales) que justifican la intervención sobre el sistema. De la misma forma, esta tendencia mantiene su fe en el avance de la tecnología, es decir, en una técnica para evaluación de los problemas medioambientales (calidad del agua, contaminación del aire, los ruidos, etc.). Melnick (1980: 264) pone el ejemplo de Weindrich (1968) cuando afirma que la mayoría de los costos asociados a la contaminación ambiental

³⁹⁴ Soja, E. (1978): *Topian marxism and spatial praxis: a recommendation of the political economy of space*, en *Working Paper and Spacial Praxis*, nº 1, UCLA / SAUP.

pueden ser tabulados por ingenieros, médicos u otros expertos profesionales.

3.2. El ambientalismo y su definición por los movimientos sociales

La manifestación social de los planteamientos doctrinales, ideológicos, pseudocientíficos e incluso científicos relacionados con la crisis ecológica se refleja en la decantación de los movimientos sociales que han ido apareciendo como expresión del largo proceso de transición hacia otros paradigmas. En este sentido, Iranzo³⁹⁵, siguiendo a Yearly³⁹⁶, señala que el ecologismo se ha convertido en un registro discursivo cuya consideración es esencial de un modo u otro para la acción social en muchos ámbitos (economía, política, tecnología, etc.). Su fuerza como movimiento social, su alianza pragmática con la ciencia y su concierto con los medios masivos de comunicación, le han permitido problematizar la relación actual entre las sociedades humanas y la biosfera³⁹⁷. En el caso de la política, la influencia de los grupos ecologistas ha sido decisiva, hasta el punto de que durante los años ochenta “los verdes” se convirtieron en el agente socializador de la izquierda alemana, subraya Guiddens³⁹⁸ siguiendo la obra de Morkovits y Gorski³⁹⁹.

Aunque, como afirma Castells⁴⁰⁰, existe una gran diversidad de movimientos sociales, que se detecta a través de su acción colectiva, la política y sus discursos, sin embargo, es la diversidad de teorías y practicas lo que caracteriza al ecologismo, como una nueva forma de movimiento descentralizado, multiforme, articulado en red y omnipresente. Respecto al movimiento ambientalista o la acción colectiva relacionada con el medio ambiente, Castells señala que desde el punto de vista sociológico

³⁹⁵ Iranzo J. M. (1996): Ecologismo y religión civil: ética y política en la modernidad avanzada, en *Política y Sociedad* n° 23, monográfico sobre Medioambiente y Sociedad. p.173.

³⁹⁶ Yearly, S. (1992): *The green case a sociology of environment issnes*. Politics, London, Routhledge.

³⁹⁷ Martínez Alier, J. (2002): *The environmentalism of the poor. A study of ecological conflict and evaluation*, Great Britain, Edwards Elgar Publishing Limited.

³⁹⁸ Giddens A. (1999): *La tercera via, la renovación de la socialdemocracia*, Ed. Taurus. p. 69.

³⁹⁹ Markovits, A. y Gorski, P (1993): *The germanleft*, Cambridge, Plity Press, citados por Guiddens, p. 269.

⁴⁰⁰ Castells, M. (1998): *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura Vol. 2 El poder de la industria*, Madrid, Alianza Editorial.

hay que distinguir entre medioambientalismo y ecología. Por medioambientalismo Castells hace referencia a todas las pautas de conducta colectiva que, en su discurso y practica, aspiran a corregir las formas de relación destructiva entre la acción humana y su entorno natural, en oposición a la lógica estructural e institucional dominantes. Por ecología se entiende una serie de creencias, teorías y proyectos que consideran a la humanidad un componente de un ecosistema más amplio y desean mantener el equilibrio del sistema en una perspectiva dinámica y evolucionista. En opinión de Castells la mayoría de los movimientos han sido extraídos de las experiencias y practicas aparecidas en Estados Unidos y Alemania a partir de los años 70, y todos los movimientos ambientalistas cumplen con la regla toureniana de los tres principios: el principio de identidad (a quien representa o la identificación del grupo reivindicador), el principio de oposición (la identificación del adversario u obstáculo que impide sus derechos o los derechos normales) y el principio de totalidad o formación de unos objetivos (que reivindica en nombre de alguna verdad básica admitida por toda la colectividad).

Si hay un punto en el que todos los ecologistas están de acuerdo es en la crítica al antropocentrismo como forma de organización humana. Si bien, como indica Bellver⁴⁰¹, a partir de Fox y Sosa, el antropocentrismo admite dos interpretaciones: 1º) El antropocentrismo fuerte (*strong antropocentrism*) que considera al individuo como lo único importante en el mundo, y en consecuencia todo lo demás –la naturaleza en primer lugar, pero también las comunidades, las culturas y las instituciones humanas– no tendrían más que un valor instrumental. 2º) El antropocentrismo débil (*weak antropocentrism*) que reconoce que a pesar de la centralidad del ser humano, éste puede poner límite y orientar sus preferencias y, a su vez, puede establecer deberes hacia objetivos no humanos. Así Bellver, siguiendo a Norton, afirma que el antropocentrismo débil se caracteriza por establecer que todas las preferencias sentidas (*felt preferences*) por el ser humano no son necesariamente lícitas. Para ser lícitas, las preferencias humanas deberían ser coherentes con una “concepción del mundo racionalmente asumida”. Son las llamadas preferencias consideradas (*considered preferente*).

Realizar una agrupación de corrientes o de interpretaciones ecológicas sobre los efectos medioambientales del sistema industrial es una cuestión compleja, como hemos visto en el anterior apartado al tratar de

⁴⁰¹ Bellver Capella, V. (1997): Las Ecofilosofías, en Ballesteros, J y Pérez Adan, J. (1997): op. cit., p. 251-252.

los antecedentes en la formación del pensamiento. No obstante, teniendo en cuenta el discurso y las prácticas observadas a nivel internacional por las movilizaciones, se puede realizar una aproximación a la clasificación de los movimientos sociales. Para ello son esclarecedoras las propuestas realizadas por M. Castells, desde la perspectiva sociológica, Martínez Alier desde el campo de la economía y Bellver desde el lado de la filosofía⁴⁰². En cuanto a las grandes corrientes de pensamiento en las que se han inspirado la mayoría de los movimientos sociales relacionados con el medioambiente durante el siglo XX han sido:

1º) En la base más extrema estaría el ecologismo radical, Bellver lo denomina “ecologistas biólogos”, que niega no sólo la legitimidad del antropocentrismo fuerte sino también la del débil. Es la manifestación biocéntrica del culto a la naturaleza por encima de cualquier planteamiento económico-social. Pertenecen a esta corriente los movimientos nacidos en los Estados Unidos durante el siglo XIX como consecuencia de los efectos de los grandes cambios en la naturaleza de las tierras nuevas conquistadas a los indígenas, en virtud de la consideración de la naturaleza como un instrumento al servicio del lucro y el beneficio. Las reacciones frente a esta postura vienen de la mano del “trascendentalismo religioso” que reivindica a la naturaleza como instrumento de identificación con la obra de Dios en la tierra.

Esta estrategia conservacionista dio comienzo a partir de la obra de Joh Muir (1838-1914) y el primer grupo ecologista creado por él con el nombre de “Sierra Club”, teniendo como resultado la creación de los primeros parques naturales en Estados Unidos. Aldo Leopold (1876-1948) con un libro: “La Ética de la Tierra”, supuso un primer planteamiento de tipo radical o profundo proponiendo una forma de comportamiento ético de las relaciones del hombre con los animales y las plantas. No es cuestión de sacrificar la tierra y desplazar al ser humano de su condición de fin en sí mismo, sino el propósito de conservar la naturaleza como un valor en sí y fuente de significado para el ser humano, lo que serviría para desterrar la naturaleza como materia prima. A juicio de Bellver⁴⁰³ este planteamiento ha servido para fundar los movimientos ecologistas más biocéntricos, a partir de la voluntad de reconocer que la naturaleza contiene valores no estrictamente económicos, aparte de planteamientos

⁴⁰² Véase las citas anteriores.

⁴⁰³ Bellver Capella, V. (1997): op. cit. p. 255-256.

científicos, para justificar la conservación de las especies (“biología de la conservación”). Sus logros más significativos son el Convenio de Biodiversidad (1992) y la Ley de Especies en Peligro de Extinción de los Estados Unidos. Esta postura radical vendría condicionada por la consideración negativa de la voluntad humana, del egoísmo humano, por lo que exige declarar la culpabilidad humana en el deterioro medioambiental. Este movimiento ha tenido una manifestación concreta en la creación de grandes organizaciones de carácter multinacional en defensa de la naturaleza, algunas de ellas se han convertido en potentes grupos de presión ante gobiernos y organismos internacionales, este puede ser el ejemplo de: la Internacional Union for the Conservation Nature (IUCN), la Worlwide Fund for Nature (WWF), Nature Conservancy, la Andubon Society o el tradicional Sierra Club.

2º) Frente a la condena inapelable del ser humano por el delito del desastre ecológico, otros ecologistas optaron por la “Deep Ecology” concepto utilizado por primera vez por el filósofo noruego Arne Naess⁴⁰⁴ en 1973 que se sustenta en tres postulados básicos: El biocentrismo o igualitarismo biológico, según el cual todas las especies que habitan la tierra tienen el derecho a desarrollarse de acuerdo con su naturaleza. La autorrealización mediante la identificación del individuo con los demás seres y la comunidad biótica. El carácter espiritual de toda la naturaleza, a la que reconoce como divinidad immanente, y que constituye el fundamento último del igualitarismo biológico.

Según Dobson⁴⁰⁵ las posturas biologists de la “Deep Ecology” y el biocentrismo o igualitarismo ecológico tienen su extensión en los años sesenta del siglo XX. La obra de Rachel Carson: (*Silent Spring*) de 1962 con otras de carácter científico, tuvieron un efecto divulgador a nivel de opinión pública y de estímulo para nacimiento de movimientos sociales como consecuencia sobre todo del empleo de plaguicidas (el conocido DDT) en la agricultura (“revolución verde”) potenciada por la necesidad de incrementar la productividad por unidad de superficie. Frente a la postura de conservar espacios naturales vírgenes, donde todavía no ha habido ingerencia de la acción humana, y la actitud negativa de la inter-

⁴⁰⁴ Naess, A. (1973): *The shallow and the deep*, Long-Range Ecology Movement Inquiry nº 16.

⁴⁰⁵ Dobson, A. (1997): *Pensamiento político verde. Una ideología para el siglo XXI*, Barcelona, Editorial Paidós pg. 141.

vención del hombre frente al resto de la naturaleza, se trata de evitar la culpabilidad absoluta y la condena del ser humano. En realidad la respuesta que se da al problema ecológico no está en culpabilizar al hombre, sino en replantearse el lugar del ser humano en la naturaleza después de constatar el carácter limitado del mundo natural y de las posibilidades de desarrollo del hombre. A partir de esta concepción se distinguen dos corrientes:

- El “biorregionalismo” que intenta organizar las sociedades humanas en función de las posibilidades y límites biológicos del territorio en el que habita un determinado grupo humano. De tal forma que el crecimiento económico y el de la población están determinados por los límites espaciales y por el respeto a los equilibrios ecológicos previos a la actividad humana.

- La idea de los espacios naturales (“Wildeness”) o territorios no afectados por la acción humana, sitúa el centro de atención en la protección de la flora y la fauna, margina la preocupación ecológica por el hombre en las ciudades y en su trabajo.

Dentro la primera corriente, se incluye lo que Castells denomina el “movimiento de comunidades en defensa de su espacio”, con frecuencia etiquetados con malicia como movimiento “en mi patio trasero no”⁴⁰⁶. Este movimiento tuvo gran raigambre en Estados Unidos, a partir del incidente de Love Canal y los vertidos tóxicos en Niagara Falls en 1978. Dicho movimiento cuestiona la localización de materiales o actividades indeseables en comunidades de baja renta y zonas habitadas por minorías, por un lado, y la falta de transparencia en la toma de decisiones sobre el uso del espacio, por otro. Las demandas sociales van guiadas a la extensión de la democracia, a una planificación del espacio de carácter responsable y equitativo para compartir del desarrollo urbano/industrial.

Castells señala como derivado de esta tendencia al “ecologismo contracultural”, que incluiría expresiones tan aparentemente distintas como los ecologistas radicales (tales como “Eart First” o “Sea Shepherds”), el movimiento para la liberación de los animales y el eco feminismo. Según Castells la mayoría de estos movimientos compartirán la filosofía del filósofo Arne Naess y su influencia en la corriente de la “ecología profun-

⁴⁰⁶ Castells, M.(1998): op. cit. p.139.

da” (“Deep Ecology”)⁴⁰⁷. Sin embargo, la enseñanza de la organización ecologista Greenpeace es un ejemplo de la cristalización del movimiento en una organización para la acción medioambiental y al mismo tiempo de revolución cultural que considera a un modelo de desarrollo actual caracterizado por la falta de preocupación acerca de sus consecuencias sobre la vida en el planeta. Este movimiento es un ejemplo de movimiento de concienciación que dirige sus esfuerzos a presionar a gobiernos e instituciones para cambiar la legislación.

Estos movimientos que comenzaron en los Estados Unidos en los años sesenta del siglo XX adquirieron su mayor expansión en los años ochenta. En los noventa temas importantes como la lucha por la paz y la protesta antinuclear han pasado a segundo plano, en parte debido al éxito de las protestas sobre todo con la paralización de la construcción de centrales nucleares y en parte debido al fin de la “guerra fría”. De esta forma, siguiendo a Castells⁴⁰⁸, una variedad de temas sociales se han convertido en bandera de un movimiento cada vez más diversificado. Así, las comunidades pobres y las minorías étnicas se han movilizado contra la discriminación medioambiental; los trabajadores contra las causas nuevas y viejas de los accidentes laborales, el estrés provocado contra los ordenadores, el envenenamiento químico; las mujeres que gestionan la vida diaria de las familias, son las que sufren de forma más directa la contaminación y el desarrollo incontrolado. Si estos movimientos sociales predominaron principalmente en el primer mundo, al mismo tiempo en el tercer mundo estaban ocurriendo cambios sociales importantes en relación al desarrollo y a la pobreza. Aunque no hay espacio para más explicaciones, resaltamos el protagonismo del ecofeminismo y sus diferentes interpretaciones, que es un movimiento de envergadura mundial que es preciso tener en cuenta^{408bis}.

3.3. La “justicia ambiental” o ecologismo de los pobres. De la distribución intergeneracional a la distribución intrageneracional de los recursos

El nuevo paradigma ecológico, aparecido entre los años noventa, es el producto del pensamiento que se desarrolla a partir de las teorías del intercambio desigual en términos de flujos no solo económicos, sino también

⁴⁰⁷ Castells, M. (1998): op. cit. p.143 y ss.

⁴⁰⁸ Castells, M. (1998) op.cit. p. 157.

^{408bis} Para una visión clara del movimiento ecofeminista y sus diversas vertientes, ver García, E. (2004): Medio ambiente y sociedad, op. cit. pp. 87-90. También el apartado que Bellver Capella V. (1997) dedica al ecofeminismo en su artículo Las Ecofilosofías, en Ballesteros J. y Pérez Adán op. cit.

ecológicos. Como ya veíamos en Oswaldo Sunkel, el establecimiento de estos flujos a través del comercio internacional implica que los países subdesarrollados deben constituirse en el sumidero de residuos con una mayor repercusión de los impactos medioambientales a partir de un “estilo” de desarrollo de tipo dependiente de las economías de los países desarrollados. En este contexto, este “estilo” de desarrollo socioeconómico, en el interior de los países periféricos, afecta sobre todo a los grupos marginados, como son los campesinos, los indígenas, los negros y los pobres urbanos.

En este caso, no se trata de una movilización en defensa de las demás especies, bajo el principio de sus valores intrínsecos, como harían los movimientos conservacionistas, ni la lucha por el derecho de las futuras generaciones a disfrutar de ellos, sino la defensa de los segmentos sociales marginados en los que no se esgrimen argumentos estéticos, ni éticas conservacionistas, ni los utilitaristas de los ecoeficientes. Su argumento es principalmente ético: la justicia social. Esta corriente se apoya en la agroecología, la etnología, la ecología política, la ecología urbana, la economía ecológica, la sociología medioambiental y el neomarxismo⁴⁰⁹. En esta tendencia se sustentan los movimientos sociales ligados a la lucha por la supervivencia, lo mismo que los movimientos ecologistas que tratan de sacar los recursos naturales de los circuitos de la economía capitalista y de la racionalidad mercantil. (“mercado justo”). De hecho, en los países periféricos, y más en concreto en América Latina, crece lo que se ha dado en llamar el “ecologismo de los pobres” frente a la pobreza y la degradación ambiental.

Realmente, como afirma Bellver, el movimiento no empezó en esos países⁴¹⁰, el término justicia ambiental se utilizó en los países avanzados para aludir al movimiento de lucha contra la localización de instalaciones contaminantes, particularmente las plantas para el tratamiento de residuos peligrosos en barrios de minorías sociales o de ciudadanos con bajos ingresos. Pero pronto el objetivo del movimiento se amplió hasta abarcar la lucha contra todas las formas de discriminación racial-ambiental (“environmental race discrimination”), entendida como la exposición desproporcionada de las minorías a los peligros ambientales en general. Si estos fenómenos sociales son típicos de las sociedades avanzadas, los movimientos reivindicativos por la reapropiación de la naturaleza tienen otras características acordes con los “estilos” de desarrollo implementados por la extensión del sistema capitalista a través del proceso de globa-

⁴⁰⁹ Tobasura Acuña, I (2004): Movimientos ambientales y política medioambiental en Colombia en los años noventa, Salamanca, Tesis Doctoral. p. 56.

⁴¹⁰ Bellver Castella, V. (1997): op. cit. p. 264 y Castells, M. (1998): op. cit. 143 y ss.

lización y la progresiva degradación de las condiciones de existencia de comunidades sociales de los países subdesarrollados, incluso en comunidades que hasta este momento parecía que se encontraban a salvo de la depredación del sistema capitalista internacional.

Afirma Leff que en estos países la degradación del ambiente genera un círculo perverso de pobreza que a su vez acentúa el deterioro ecológico; por ello la conservación y el uso sustentable de los recursos implica una gestión participativa en su manejo productivo⁴¹. El principio de la equidad es indisociable de los objetivos del desarrollo sostenible; más que un compromiso con las generaciones futuras se plantea la cuestión "intrageneracional", es decir, el acceso de los grupos sociales actuales a los recursos ambientales del planeta. La reapropiación social de la naturaleza va más allá del abordaje de la equidad como distribución ecológica, es decir, como una repartición más justa de los costos de degradación y contaminación ambiental, una mejor evaluación del conjunto de recursos dentro de los ámbitos nacionales y una mejor distribución del ingreso. Leff a través del análisis de los conflictos ambientales provocados por las formas de explotación y uso de la naturaleza en América Latina, cuestiona la posibilidad de afianzar la justicia social en ciertos derechos de propiedad sobre los recursos por el desequilibrio de poder existente entre los grupos sociales en torno a la apropiación de la naturaleza. Autonomía, autogestión, democracia ambiental, se están convirtiendo materializaciones que hasta finales de los años noventa parecían impensables. El proceso de reapropiación de la naturaleza, como plantea Leff, parte del principio de "equidad en la diversidad" y ello implica la autodeterminación en las necesidades, la autogestión del potencial ecológico de cada región en "estilos" alternativos de desarrollo y autonomía cultural de cada comunidad. Estos procesos son los que definen las condiciones de producción y las formas de vida de los diversos grupos de población en relación con el manejo sustentable de su ambiente. Así la reapropiación de la naturaleza trae de nuevo al escenario social la cuestión de lucha de clases; la lucha de clases, en este caso, no versaría sobre la apropiación de las fuerzas productivas articuladas al sistema industrial, en el más puro sentido marxista clásico, sino en la apropiación de los modos y condiciones naturales de producción. Siguiendo a Leff⁴², frente a la fórmula para

⁴¹ Leff, E. (1996): Sobre la reapropiación social de la naturaleza, en López Ramírez y P. F. Hernández (1996): *Sociedad y medioambiente. Contribuciones a la sociología ambiental en América Latina*, Asociación Latinoamericana de Sociología. Benemerita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 17-18.

⁴² Leff, E. (1996): op. cit. p.19.

la definición de clase en torno o en relación con el control de las fuerzas productivas y los medios de producción, visión unidimensional de las fuerzas naturales desencadenadas y limitadas por la tecnología, el ambientalismo plantea la apropiación de la naturaleza dentro de un nuevo concepto de producción, fundado en los potenciales ecológicos, tecnológicos y culturales, que orienta alternativas de uso de los recursos.

3.4. La vertiente crítica de la agroecología y la justicia social

Superpuesto al movimiento de la justicia ambiental existe una base científica articulada a las aportaciones del pensamiento agroecológico, lo que en términos de Hecht⁴¹³ se denomina al “redescubrimiento de la agroecología”, es decir, como la agroecología ha logrado emerger nuevamente a partir de la crisis ecológica en sus manifestaciones técnicas, económicas, sociales y culturales. La agroecología comenzó a usarse en los años 70, pero, como afirma Hecht, la ciencia y la práctica de la agroecología son tan antiguos como los orígenes de la agricultura. Tres procesos históricos han contribuido a oscurecer y restar importancia al conocimiento agronómico que fue desarrollado por los grupos étnicos locales y sociedades no occidentales: destrucción de los medios de codificación, regulación y transmisión de las prácticas agrícolas, la dramática transformación de muchas comunidades indígenas no occidentales y los sistemas de producción en que se basaban como resultado de un colapso demográfico, y el surgimiento de la ciencia positiva.

Siguiendo a González de Molina⁴¹⁴ y Hecht⁴¹⁵, comenzó a usarse el término agroecología a partir del interés por el conocimiento de los fenómenos ecológicos en la relación con las malezas y plagas y las plantas cultivadas; se ha ido ampliando progresivamente incorporando ideas de un enfoque de la agricultura más ligado al medioambiente más sostenible socialmente, centrándose no sólo en relación con la producción, sino también en la sostenibilidad ecológica del sistema de producción.

⁴¹³ Hecht, Susana B. (1996): Evolución y pensamiento agroecológico, en Desarrollo Rural Humano y Agroecológico – Modulo I: Historia, Fundamentos y Situación Actual, Chile, CET-CLADES. p. 49 y ss.

⁴¹⁴ González de Molina, M. (1997): Agroecología: bases teóricas para una historia agraria alternativa, en Desarrollo Rural Humano y Agroecológico –Modulo I- Agroecología: Historia, fundamentos y situación actual, Chile, CET-CLADES. p. 100. También Hecht, S. B. (1996): op. cit. p. 52 y ss.

⁴¹⁵ Hecht, S. B. (1997): op .cit .pp.52 y ss.

Constituye un enfoque que afecta a varios campos del conocimiento. Desde un punto de vista amplio, los analistas citados, siguiendo a M. Altieri⁴⁶, coinciden en dar a la agroecología un doble sentido: En sentido amplio, se entiende por agroecología un enfoque centrado en la actividad agropecuaria como un elemento de desarrollo que no degrada ni agota los recursos, y emplea una tecnología que no contamina a tasas superiores a la de la naturaleza, concebida así, la agroecología es un elemento estratégico del desarrollo sostenible. Ahora bien, siendo el desarrollo un proceso técnico y económico, también lo es desde el punto de vista humano. En esta dimensión, la más genérica, la agroecología se encuentra articulada con diferentes disciplinas que abordan otros ámbitos como la psicología, la sociología, la política, la ética, etc. La agroecología, según González de Molina a partir de Jiménez Herrero⁴⁷ (1989), parte de un supuesto epistemológico que supone una ruptura con los paradigmas convencionales de la ciencia oficial: frente al enfoque parcelario y atomista que busca la causalidad lineal de los procesos físicos, la agroecología se basa en un enfoque holístico y sistémico que busca la multicasualidad dinámica y la interrelación de los mismos. Concibe el medioambiente como un sistema abierto, compuesto de diversos subsistemas interdependientes que configuran una realidad dinámica de complejas relaciones ecológicas, sociales, económicas y culturales. Se trata de un sistema abierto que ha propiciado la superación de sistemas aislados de la explotación agrícola de los demás factores circundantes; la agroecología supone la unidad entre las ciencias naturales y las ciencias sociales para comprender los procesos históricos entre medioambiente y la evolución social: los agroecosistemas.

Para los agroecólogos⁴⁸ la diferencia más importante entre una visión agroecológica del mundo y la ciencia occidental estriba en que aquélla percibe a los pueblos como una parte de los sistemas locales en evolución. La naturaleza de cada sistema biológico ha evolucionado hasta reflejar la naturaleza del pueblo, su organización social, conoci-

⁴⁶ Altieri, M. (1996): El "Estado del Arte" de la agroecología y su contribución al desarrollo rural en América Latina, en *Desarrollo Rural Humano y Agroecológico -Modulo I- Agroecología: Historia, Fundamentos y Situación Actual*, Chile, CET-CLADES, p. 134.

⁴⁷ González de Molina, M. (1997) op. cit. p. 100. Jiménez Herrero, L. (1989): *Medioambiente y desarrollo alternativo. Gestión racional de los recursos para una sociedad perdurable*, Madrid, IEPALA.

⁴⁸ Norgaard, R. B. (1996): Bases epistemológicas de la agroecología, en *Desarrollo Rural Humano y Agroecológico -Modulo I: Agroecología: Historia, Fundamentos y Situación Actual*, Chile, CET-CLADES. p. 115-116.

mientos, tecnología y valores. Los pueblos han seleccionado las características de las especies durante siglos, de igual modo la naturaleza de los pueblos refleja alguna de las características del ambiente físico y del sistema biológico. Terrenos y climas físicos distintos y los sistemas biológicos que le están asociados –alpinos, bosque tropical, sabana y desierto– conducen a modos distintos de organización social, respaldan diferentes tecnologías y promueven valores distintos. Los pueblos han evolucionado de forma distinta en ambientes y sistemas biológicos diferentes. Así la cultura humana moldea a los sistemas biológicos al mismo tiempo que éstos a su vez la moldean, cada uno impone al otro una función colectiva, ambos han coevolucionado. Pero más allá de la agroecología aparece con fuerza la idea de interrelación de la agroecología con otras ciencias o con los fenómenos sociales relacionados con la crisis medioambiental⁴¹⁹.

El resultado de la interacción entre características endógenas, tanto biológicas como ambientales en el medio agrícola y de factores exógenos, tanto sociales como económicos, generan la estructura del agroecosistema. Así, un sistema agrícola difiere en sus aspectos fundamentales de un sistema ecológico “natural”. Los agroecosistemas son ecosistemas semi-domesticados que se ubican en un gradiente entre una serie de ecosistemas desde los que han sufrido un mínimo impacto humano hasta los sistemas fuertemente artificializados. Hecht citando a Hellen⁴²⁰, afirma que los sistemas agrícolas serán una interacción compleja entre procesos sociales externos e internos y entre procesos biológicos y ambientales y no solo pueden entenderse desde el punto e vista espacial sino también temporal. Efectivamente, señala Hecht que “los sistemas agrícolas son artefactos humanos” y los determinantes de la agricultura no termina en los límites de los campos. Las estrategias agrícolas no solo responden a funciones del medio ambiente, procesos bióticos y del proceso del cultivo, sino que también reflejan estrategias humanas de subsistencia y condiciones de existencia. En este contexto factores económicos, psicológicos y sociales, tales como la disponibilidad de mano de obra, acceso y condiciones de los

⁴¹⁹ La labor de interrelacionar la agroecología con la ecología ha sido llevada a cabo, según González de Molina (1996): op. cit. p. 100, por: Dalton (1975); Netting (1974); Van Dyne (1969); Speding (1975); Cox y Atkins (1979); Coway (1985); Hart (1979); Laurence y otros (1984); Beyliss – Smith (1982). La introducción en los análisis agroecológicos variables sociales destaca Buttel (1980); Altieri y Anderson (1986); Richards (1986); Karin (1983); Barlett (1984); Hecht (1985) y Blaik (1984). Sobre la explicación de la relación recíproca entre cultura y medio ambiente: Durhan (1978); Netting (1974) y Steward (1977).

⁴²⁰ Hecht, B. (1996): op. cit. p. 54.

créditos, subsidios, el riesgo percibido, informan sobre precios, obligaciones de parentesco, el tamaño de la familia, y el acceso a otro tipo sustento condiciona las estrategias y comportamientos del campesino. Con este diseño de escenario holístico de las opciones agroecológicas del campesinado, Hecht se apoya por los trabajos de Scott, Barlett y Chambers⁴²¹.

Desde una perspectiva sistémica la agroecología como disciplina científica requiere el empleo de un sesgo que permita introducir en el análisis la "sociedad mayor" como apuntan Sevilla Guzmán y González de Molina⁴²², es decir, aquellos elementos de la sociedad global que determina la condiciones de la producción agraria. No obstante, la agroecología parte de la problemática agronómica en el sentido que le da M. Altieri⁴²³; el enfoque agroecológico considera los ecosistemas agrícolas como unidades fundamentales de estudio; y en estos sistemas, los ciclos minerales, la transformaciones de la energía, los procesos biológicos y las relaciones socioeconómicas son investigados y analizados como en todos. Así la agroecología desde un punto de vista holístico y sistémico contempla el manejo de recursos naturales desde una perspectiva globalizadora; es decir, que tenga en cuenta los recursos humanos y naturales que definen la estructura de los agroecosistemas: sus factores sociales, étnicos, religiosos, políticos, económicos y naturales. El concepto de agroecosistema⁴²⁴ al poseer una estructura holística requiere una visión histórica y sociológica, por un lado, y antropológica por otro, en un enfoque basado inicialmente la circulación de los flujos materiales y energía y en las formas de consumo y degradación endo y esomáticos.

La estrategia de la agroecología parte de la coevolución entre cultura y medio ambiente. La visión agroecológica parte del análisis de la coevolución social y ecológica para aprender de las experiencias en las que los hombres han desarrollado sistemas de adaptación que han permitido conectar formas de reproducción social y ecológica de los agroecosistemas. González de Molina⁴²⁵ desde el punto de vista de la historia agraria

⁴²¹ Scott (1978): *The moral economy of the peasant*, Madison, University of Wisconsin. Scott (1986): *Agricultural choice and change*, New York, Academic Press. Chambers (1983): *Rural Development: Putting the*

⁴²² Sevilla Guzmán, E y M. González de Molina (1996): *Sobre la agroecología: algunas reflexiones en torno a la agricultura familiar en España*, en M^a Antonia García de León (1996): *El campo y la ciudad*, Madrid, MAPA.

⁴²³ Altieri, M. (1993): *El estado del arte de la agroecología y su contribución al desarrollo rural en América Latina*, Berkeley-CLADES, mineo.

⁴²⁴ Sevilla Guzmán, E. y M. González de Molina (1996): *op. cit.* pp. 162 y 163.

⁴²⁵ González de Molina (1997): *op. cit.* p. 103.

trata de cuestionar teóricamente y metodológicamente las concepciones clásicas y neoclásicas de la función de la producción y la del mercado, y que aquellos planteamientos se identificaban con la destrucción de los sistemas agrarios tradicionales donde se reimpone la lógica de crecimiento agrario y la modernización tanto en los países capitalistas como los de socialismo real. La implantación de la cultura industrial en el campo asumía el beneficio que aportaría para el campesino la producción del mercado, sin tener en cuenta el desequilibrio que traería en los sistemas agrarios tradicionales que eran capaces de dar respuesta a los requerimientos de la naturaleza, del medioambiente y del paisaje, de las condiciones de trabajo, del uso de la energía, de la salud de los humanos, de los animales y de las plantas.

V. Toledo⁴²⁶ también señala que la historia humana también puede ser visualizada desde una perspectiva agroecológica. Los enfoques ecológicos de la historia intentan comprender los fenómenos históricos no solo los cambios que operan al interior de las sociedades, sino en las transformaciones que ocurren en las relaciones entre las sociedades y el universo natural (o los ecosistemas). Para V. Toledo la apropiación de la naturaleza constituye el primer acto del proceso metabólico por medio del cual los seres humanos organizados en sociedad producen y reproducen sus condiciones materiales, aunque son múltiples las configuraciones concretas y específicas que toma la producción agrícola. V. Toledo reduce a cuatro formas principales el uso de los recursos naturales, cada una de las cuales conforman los “modos básicos de apropiación de la naturaleza” históricamente determinados: el modo “extractivo” o “cinético”, el modo “campesino, o agrario” que aparece con el nacimiento de la agricultura, el “modo agro-urbano” ligado al incremento de la demanda de alimentos de los espacios urbanos, el modo “agroindustrial” también llamado “moderno” que es un producto de occidente y de la revolución industrial. El “modelo campesino” y el “agroindustrial” conforman hoy día las tendencias fundamentales de uso de los recursos del medio contemporáneo, representan dos maneras radicalmente distintas de concebir manejar y utilizar la naturaleza, es decir, conforman racionalidades productivas diferentes. La sucesión-superposición de estas formas de concebir el uso de la naturaleza conforman dos paradigmas donde coexisten dos racionalidades que configuran sistemas ideológicos distintos, aunque

⁴²⁶ Toledo, V. (1995): Campesinidad, agroindustrialidad, sostenibilidad: los fundamentos ecológicos e históricos del desarrollo, Cuadernos de Trabajo nº 3, Grupo Interamericano para el Desarrollo Sostenible de la Agricultura y los Recursos Naturales. p. 4 y ss.

el sistema de racionalidad instrumental donde se apoya la producción agroindustrial basada en los principios de la sociedad tecnológica, trate formar contenidos relacionados con la sostenibilidad y la racionalización de los recursos en función de las leyes naturales, es evidente que estas dos grandes tendencias son las que predominan en las sociedades actuales.

La agroecología es la expresión de este nuevo paradigma, tiene la doble faceta de servir de crítica al modelo agroindustrial y como instrumento reivindicativo del movimiento ambientalista en los países periféricos, sobre todo en América Latina. Al mismo tiempo, el movimiento ecologista influyo en ella dotándola de una perspectiva crítica hacia el modelo de producción impuesto por el intercambio desigual entre los países de centro y los países dependientes. De esta forma, las reivindicaciones de los movimientos campesinos e indígenas no solo se articulan en términos de control de la tierra, sino desde el punto de vista social y cultural en relación con las formas tradicionales de gestión medioambiental más acordes con el modelo de desarrollo sostenible.

También en este sentido Hecht⁴²⁷ declara que la crítica a la “Revolución Verde” permitió poner en entredicho los planteamientos económicos y agrícolas desde diversas perspectivas y dio fuerza a los movimientos campesinos en aquellos países. Diversas “verdades” fueron volteadas y descubrieron los efectos que habían tenido los planteamientos etnocentristas y de la ciencia occidental en las sociedades tradicionales de aquellos países. Superando el enfoque meramente ecológico y desde un punto de vista más holístico, se ha tenido en cuenta: por un lado, la importancia de la articulación de la dimensión social (organización social y relaciones sociales de producción) a los sistemas de cultivo. Y por otro, las diferentes nociones sobre la eficiencia y racionalidad en la explotación de los sistemas nativos de producción, y la lógica de las estrategias locales de producción en comunidades rurales y sociedades que están sometidas a grandes transformaciones a medida que se integran en economía de gran escala. Esto ha hecho que los investigadores en desarrollo rural se preocupen por los efectos que han provocado los cambios tecnológicos y los cultivos, la expansión de los mercados, la implicación de los cambios en las relaciones sociales y la transformación en las estructuras de tenencia de la tierra y de acceso a los recursos, y como todos procesos están íntimamente ligados y afectan a los agroecosistemas regionales a través de procesos históricos y políticos. Dichos procesos hoy están denominados por el protagonismo de las capas sociales marginadas en un escenario de globalización.

⁴²⁷ Hecht, S. B. (1996): op. cit. p. 61.

Por último, la distinción que realiza V. Toledo⁴²⁸ de las luchas campesinas actuales pueden ser aclaradoras por donde discurre el movimiento llamado “justicia ambientalista”. Por un lado, “las luchas por el territorio”, es decir, las movilizaciones demandantes de propiedad agraria, y, de otro, “las luchas por el control del proceso productivo”, esto es, por la autogestión económico política. Las primeras generalmente han antecedido a las segundas que no tuvieron alternativa, ya que la concesión de la propiedad a través de las reformas agrarias no ha sido un elemento suficiente en la emancipación económica y social del campesinado. Sin embargo, la experiencia de los movimientos sociales, sobre todo indígenas, en América Latina, supone el cambio de paradigma de la ideología occidental, donde el campesinado ha sido visto como un sector atrasado, arcaico, ignorante e improductivo al que hay que eliminar para ser restituido por un empresario agrícola portador de la racionalidad instrumental y destructor de la naturaleza. Señala V. Toledo (1992: 73), en contraposición a esta tendencia que las llamadas culturas tradicionales posmodernas están destinadas a jugar un papel protagonista del lado de las fuerzas que buscan amortizar y resolver la crisis medioambiental. Como lo ha venido demostrando una corriente cada vez más importante de investigaciones, las culturas indígenas son proveedoras de una cosmovisión y modelos cognoscitivos, estrategias tecnológicas y formas de organización social y productiva, más cercanos a lo que se ha visualizado como un manejo ecológicamente adecuado de la naturaleza. Este nuevo paradigma no sólo ha calado en los ambientes intelectuales, organizaciones ambientales fundadoras y agencias internacionales de desarrollo, sino que comienza a filtrarse en las organizaciones de base y comienza a ser objeto de discusión en foros indigenistas y organizaciones campesinas. Toledo ante los procesos sociales que se desarrollan en América Latina en torno a la reapropiación de la naturaleza, no duda en argumentar que se trata de un nuevo o mejor “tercer tipo de lucha”, cualitativamente diferente, donde la transformación de la naturaleza se convierte en objeto y sujeto de la lucha política, en la que estos movimientos ponen sobre la mesa un salto ideológico que consiste en tomar la naturaleza como fuente primaria o primigenia de todo el proceso de producción.

En el mismo sentido, Leff⁴²⁹ apunta que los nuevos movimientos sociales en las áreas rurales de América Latina van más allá de los reivin-

⁴²⁸ Toledo, V. (1992): Utopía y Naturaleza. El nuevo movimiento ecológico de los campesinos e indígenas de América Latina, en Nueva Sociedad, n° 122. p. 80.

⁴²⁹ Leff, E. (1996): op. cit. pp. 21-22.

dicaciones tradicionales en el ámbito económico (por el empleo, mejores salarios y una mejor distribución de la riqueza), en el ámbito político (por una mejor pluralidad y participación en la forma de decisiones y en el sistemas institucionalizado de partidos) o en el área cultural (por la defensa de valores culturales y diversidad étnica). Los movimientos rurales emergentes tienen en común el rechazo a las políticas neoliberales que genera explotación económica, marginación política, segregación cultural y degradación de la naturaleza. No solo luchan por una mayor equidad y participación dentro del orden establecido, sino por la continuación de un nuevo orden social. Así, el desarrollo sustentable, en esta perspectiva, va más allá del propósito de capitalizar la naturaleza y ecologizar el orden económico. La sustentabilidad pasa por la socialización de la naturaleza y por el manejo comunitario de los recursos, fundados en el principio de la diversidad ecológica y cultural. Hoy, la lucha por sus identidades culturales, sus espacios étnicos, sus lenguas y costumbres, esta entrelazada con la revaloración de su patrimonio de recursos naturales y culturales, del ambiente que han habilitado y donde se han desarrollado históricamente.

Para Toledo⁴³⁰ existe un significado propiamente ecológico en estos nuevos movimientos cuyo punto de referencia es el contexto general de la lucha por la supervivencia a escala planetaria. El ejemplo de la lucha ecológico-política por parte de la comunidad indígena en contra de la deforestación de la Amazonia forma parte de una batalla a nivel global en contra de los efectos planetarios que esto provoca, ya que la lucha que realiza una microscópica comunidad rural es una batalla por todos los movimientos de la especie. La adopción del componente ecológico en las clásicas batallas por la propiedad de la tierra o la autogestión económica y política, transforma el carácter de la movilización y ofrece a sus actos un poderoso instrumento de lucha. Este efecto, trae como consecuencia una gran ventaja política: sitúa a toda la movilización campesina bajo el espectro de los reflectores del mundo, y, por supuesto, atrae la actuación, la simpatía y la solidaridad de toda una gama de organizaciones nacionales e internacionales.

3.5. Una aproximación a la naturaleza del desarrollo sostenible

Volver a tomar como referencia los modelos o “estilos” de desarrollo al tener en consideración de la naturaleza como un recurso en términos

⁴³⁰ Toledo V. M. (1992): op. cit. p. 84.

de mercado, pero con la novedad del reconocimiento de la limitación de recursos y de que su disponibilidad esta condicionada por las leyes de reposición de los mismos, supone adentrarnos brevemente en la controversia respecto a las formas del tratamiento de las concepciones del tan traído y llevado concepto de “desarrollo sostenible”. El uso y abuso de este concepto por parte de académicos, políticos y tecnócratas, ha proporcionado una descomunal literatura al cabo de estas últimas décadas. No obstante, el objetivo de esta breve exposición está en mostrar dos grandes aspectos que ya veníamos promocionando:

- Destacar la importancia de los aspectos sociológicos frente al predominio de los económicos y medioambientales en esta perspectiva.
- Demostrar que existe “una izquierda” y “una derecha” en las diferentes concepciones sobre la sostenibilidad y matizaciones de planteamientos en cuanto a la compatibilidad o integración del mercado en la sostenibilidad.

La teoría económica neoclásica, argumentaba que el mercado asegura que no existen límites al crecimiento, en el sentido de que un recurso natural tiene un comportamiento semejante al de otros bienes, es decir, si se vuelve escaso aumentará su precio y descenderá el consumo, si por el contrario es abundante, la oferta desborda a la demanda y descendiendo el precio. Guiddens⁴³¹ argumenta que las soluciones que da el mercado para una diversidad de problemas ecológicos son posibles y esto no es optar por el fundamentalismo del mercado, aunque, por otra parte, confiar en los peligros ambientales sería por sí misma una estrategia peligrosa. Reconocer este hecho significa para él comprometerse con las ideas de desarrollo sostenible y modernización ecológica, como han reconocido apropiadamente la mayoría de los partidos socialdemócratas en Europa. Para Jiménez Herrero⁴³² el relativo éxito del concepto de desarrollo sostenible se debe a que implícitamente se defiende un planteamiento estratégico con un claro carácter reformista y también optimista frente al pesimismo de antaño. De esta forma, sin subvertir el orden económico establecido se pretende reconciliar las actividades humanas con las leyes de la naturaleza, incluyendo nuevas bases de gestión ambiental, así como nuevos contenidos equitativos y principios éticos en la coo-

⁴³¹ Guiddens (1999): *La tercera via (...)* op. cit. p. 70.

⁴³² Jiménez Herrero (1997): *Desarrollo sostenible y economía ecológica*, Madrid, Editorial Síntesis.

peración para el desarrollo mundial. Al mismo tiempo, el cambio conceptual hacia una variada gama de significaciones coexistentes respecto al concepto de desarrollo sostenible es consecuencia de las diferencias teóricas entre los distintos “estilos” o modelos de desarrollo, al seleccionar las variables de estudio y de la profundidad del nivel de la realidad. Siguiendo a Jiménez Herrero⁴³³, a mediados de los ochenta aparecen criterios y conceptos renovados que van a permitir más adelante el concepto de desarrollo sostenible, es decir, aflora una nueva percepción marcada por el “desencanto desarrollista” y la “concienciación ambiental”. Los veinte años que reparan la Conferencia de Estocolmo (1972) y la Conferencia de Río (1992) han servido para pasar de la idea de compatibilidad al criterio de integración entre medioambiente y desarrollo; en definitiva, pasar de un desarrollo ecológico simple a un desarrollo sostenible global.

Para empezar los mismos economistas han reconocido el desarrollo sostenible como un esquema conceptual integrador en un contexto más global: el de las ciencias sociales. Estos comienzan a aceptar que el desarrollo sostenible es una disciplina integradora que absorbe elementos de la economía, de la sociología y de la ecología. La primera consecuencia de este enfoque integrador es la necesidad de considerar una función multicriterio como objetivo final en el desarrollo sostenible, sea cual sea el ámbito territorial de su aplicación. Esta función incluye los siguientes objetivos de naturaleza económica, social y ecológica, según Pulido y Fontela⁴³⁴:

- Un sistema productivo asociado a un sistema sostenido de innovación que garantice el pleno empleo y un satisfactorio nivel medio de bienestar económico.
- Una sociedad participativa y equitativa que ofrezca igualdad de oportunidades en la educación y la sanidad y que garantice condiciones de vida satisfactorias a todos los ciudadanos erradicando la pobreza.
- Un equilibrio ecológico que permita la preservación de los recursos, de la energía, del agua, de la biodiversidad y que reduzca los niveles de contaminación, evitando los efectos nocivos sobre el clima, etc.

A partir de un momento histórico, con la consideración de variables sociales culturales y ecológicas, los organismos internacionales preten-

⁴³³ Jiménez Herrero (1997): op. cit. p. 68 y ss.

⁴³⁴ Pulido, A. y E. Fontela (2004): Principios del desarrollo económico sostenible, op cit. p. 104.

den superar la barrera del economicismo, y presentan sus propuestas teniendo en cuenta una dimensión humana del desarrollo. Efectivamente, es en 1990 cuando el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) acomete la labor de fomentar un informe anual con el título: "Desarrollo Humano", incluyendo un indicador complejo el IDH (Índice de Desarrollo Humano) que refleja aspectos que completan los indicadores económicos relacionados con el PNB, como la esperanza de vida, la educación y la capacidad para mantener un nivel de vida. Anteriormente, ciertos investigadores de prestigio habían contribuido a la visión más humana del desarrollo en la década de los ochenta. La publicación de M. Cernea: "Primero la Gente"⁴³⁵, había tenido una amplia acogida en el mundo académico en temas relacionados con la antropología y la sociología del desarrollo, la investigación social aplicada, metodología de la evaluación, etc. El principal objetivo de M. Cernea responde a las demandas de los planificadores y estudiosos del desarrollo así como de los programas de desarrollo de los organismos internacionales en el tercer mundo, sobre la necesidad de considerar variables sociológicas frente a los prejuicios tecnocráticos y etnocráticos en la planificación. M. Cernea considera que se han privilegiado los aspectos materiales olvidando a los protagonistas sociales. Este ejercicio de humanización de la planificación vendría justificado por los constantes fracasos de los programas de desarrollo mal informados y mal concebidos desde el punto de vista sociológico. Como afirma M. Cernea⁴³⁶ aunque ello incomode a los organismos de desarrollo, el reconocimiento de este hecho (el fracaso de los programas) incrementa el interés por identificar las variables socioculturales de los proyectos. En consecuencia, se realizan mayores esfuerzos para proporcionar el "software" indispensable para el "hardware" de los proyectos.

En las directrices de los organismos internacionales la consideración de los aspectos sociológicos en la planificación del desarrollo en los años noventa es imparable. Aunque es en 1986 cuando la Comisión Mundial para el Ambiente y el Desarrollo acuñó el término "desarrollo sostenible", y como hemos dicho ya en 1990 el PNUD introduce oficialmente el término "desarrollo humano", no será hasta el informe del PNUD de 1992⁴³⁷

⁴³⁵ Cernea, M. (1985): *Putting people first. Sociological variables in rural development*, New York, Oxford University Press. 1ª edición en español, revisada y aumentada en 1995 con el título *Primero la gente*, México, FCE y Banco Mundial.

⁴³⁶ Ver el capítulo de Cernea, M. (1995): *op cit.*: *El conocimiento de las ciencias sociales y las políticas y los proyectos de desarrollo*. p. 25.

⁴³⁷ PNUD: *Desarrollo Humano: Informe 1992*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.

cuando se integre el enfoque humano y el de la sostenibilidad ambiental. En la propuesta original de un "Desarrollo Humano Sostenible", aunque da prioridad al ser humano, reconoce que la protección ambiental es esencial para asegurar la viabilidad a largo plazo de los sistemas naturales y su biodiversidad.

La integración conceptual entre desarrollo y medio ambiente se cimienta sobre la noción de sostenibilidad. Como la idea básica, según Jiménez Herrero⁴³⁸, apunta a que la sostenibilidad de los ecosistemas naturales se determina por su resistencia a las tensiones y su capacidad de recuperación ante diversas alteraciones. Así ha sido a lo largo de la historia desde las primeras sociedades humanas con la incorporación constantes de prácticas sostenibles. La trascendencia del concepto desde la dimensión estrictamente ecológica a tener en cuenta criterios económicos sociales y culturales bajo un enfoque integral, rebate el confucionismo con que se plantea la noción de sostenibilidad, sobre todo, cuando se suelen omitir principios básicos de tipo ecológico-ambiental cuando se habla de "desarrollo sostenido" (usado frecuentemente en economía) y la capacidad de mantener un progreso continuamente, sin tener en cuenta que lo que tiene que ser sostenible es a la base de los recursos del proceso de desarrollo.

Desde el punto de vista estratégico, el desarrollo sostenible se ha convertido no sólo en una preocupación dominante para economistas y ecologistas, sino para políticos de las más diversas tendencias. Es difícil encontrar un programa de movilización o un programa electoral donde no conste la palabra desarrollo sostenible. Como podemos comprobar en los artículos de la segunda parte, la cuestión está en quienes son los actores y cuáles son sus orientaciones respecto a dicho concepto y desde que situación lo proponen. En el ámbito político se trata de saber cuál es el filtro por donde pasa el concepto de sostenibilidad y cuál es su plan de puesta en práctica. Así desde el ángulo reformista, la propuesta de Guiddens⁴³⁹ siguiendo a Dryzeck es que la modernización ecológica implica un consorcio en el que gobiernos, empresas, ecologistas moderados y científicos que cooperen en la estructuración de la economía política capitalista con arreglo a criterios más defendibles ecológicamente.

Reddift, por otro lado, plantea que el principal problema del concepto de desarrollo sostenible radica en la fundación de una definición general

⁴³⁸ Jiménez Herrero (1997): op. cit. pp. 75 y 76.

⁴³⁹ Guiddens, A.(1999): op.cit.p.72. Toma como referencia a Hajer Maarten A.(1995): *The politics of environmental discourse*, Oxford, Clarendore Press.también a Dryzeck, J. (1997): *The politics of the Earth*, Oxford, Oxford University Press.

que conserve su precisión analítica. La realidad del desarrollo sostenible se traduce de diferentes formas por ecologistas, planificadores ambientales, economistas a pesar de que parezca que existe consenso entre los autores. Una de las causas de esta confusión consiste en la inexistencia de acuerdo en cuanto a que es exactamente lo que debe sostenerse. Aunque en ocasiones el objetivo de la sostenibilidad se refiere a la base de los recursos; en otros al sustento a los que dicha base procura. Algunos analistas aluden a niveles de producción sostenibles, mientras que otros hacen hincapié en los niveles de consumo sostenible como señala Reddift⁴⁰.

A la variedad sesgos disciplinarios, las diferencias entre paradigmas y disputas ideológicas, Reddift añade otro tipo de contradicciones en el debate sobre el desarrollo sostenible: la importancia concedida a cada cuestión. Para algunos el problema principal que debe abordar está en la incidencia del “progreso humano” sobre la naturaleza, lo que obliga a plantearse los fines y los medios de desarrollo como plantean Devall y Sessions⁴¹. Otros consideran la importancia de la sostenibilidad debido a la limitación de la naturaleza para la continuación del progreso humano, básicamente se preocupan de las restricciones que al modelo de desarrollo convencional imponen los imperativos biosféricos. Las soluciones consistirían en el desarrollo de tecnologías que eviten las más graves consecuencias del conociendo económico sobre el medio ambiente o el la adopción de medidas para evaluar los impactos ambientales.

La otra contradicción surge cuando se considera el desarrollo sostenible en el marco de las relaciones Norte-Sur, es decir, cuando se presta atención a las contradicciones impuestas por las desigualdades estructurales del sistemas global. Como afirma Reddift, las preocupaciones ecológicas en el Norte, donde puede haber formas de trabajo alternativas y donde ofrezcan mejores posibilidades, pueden ser opuestas las del Sur, donde no se estiman las ventajas del medio ambiente o de un valor estético, sino de un valor económico que produce una explotación. Al mismo tiempo en el Norte los recursos naturales son una fuente de valor, provocando un conflicto entre los que pretenden explotarlos y los que desean conservar el “paisaje”. El hecho de que los paisajes desarrollados se tengan cada vez más en cuenta las cuestiones relacionadas con la conserva-

⁴⁰ Reddift, M. (1995): Desarrollo sostenible: ampliación del alcance del debate, en A. Cadenas (ed.): Agricultura y Desarrollo Sostenible, Madrid, MAPA. pp. 92-93. También ver Reddift, M. (1987): Sustainable development: exploring the contradictions, Methnen, Londres

⁴¹ Devall, B. y Sessions (1985): Deep ecology: living as it nature mattered, Peregrine Smith, Layton, Utah.

ción del medio ambiente surge la idea del cambio de prioridades en las demandas y en las políticas cuando se han obtenido unos niveles de vida relativamente altos para la mayoría de la población. En los países subdesarrollados del Sur, los conflictos ambientales se centran en la consecución del nivel de necesidades básicas, la identidad cultural y las estrategias de supervivencia, no en la creación de una válvula de seguridad dentro de un espacio urbano cada vez más congestionado.

Desde el punto de vista político y las formas de abordar la planificación del desarrollo existen diferencias en las formas de interpretar en función de los puntos de partida y los objetivos entre las instituciones políticas. Paniagua y Moyano⁴⁴², basándose en Myers, señalan que la complejidad del concepto de sustentabilidad deriva de las distintas y simultáneas asociaciones que establecen entre los problemas que trata de resolver:

- Entre diferentes problemas ambientales.
- Entre diferentes esferas de la actividad humana, como la protección ambiental y desarrollo.
- Entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo.
- Entre la generación presente y la futura.
- Entre la protección de los recursos naturales y las necesidades humanas básicas.
- Entre la ecología y la economía.
- Entre la eficiencia económica y la equidad total.

La complejidad del concepto de sostenibilidad por el hecho de su transversalidad que integra elementos ecológicos, económicos y sociales y la dificultad para hacerla operativa, radica también en que los elementos que la integran no son invariables, es decir, varían conforme cambian los elementos e interacciones entre los grupos que componen la sociedad. Es, por tanto, un concepto histórico y socialmente determinado, es decir, un concepto abierto y adaptativo a las condiciones sociales que se producen. Con objeto de lograr cierta utilidad al concepto de sostenibilidad, Paniagua y Moyano proponen⁴⁴³ que se tengan en cuenta dimensiones diferentes procedentes de distintas disciplinas:

⁴⁴² Paniagua, A. y E. Moyano (1998): Medio ambiente, desarrollo sostenible y escalas de sostenibilidad, en REIS, nº 53, toman la idea para señalar la complejidad del concepto de Myers (1993): The question of linkages in environment and development, Bioscience, 43, p. 155.

⁴⁴³ Paniagua A. y E. Moyano (1998): op. cit. p. 156, tomando la idea de Daly, citan a Barbier (1989): Economics, Natural Resource Scarcity and Development, Londres, Earthscan Publications.

- La sostenibilidad ecológica: que supone el mantenimiento de las principales características que son esenciales para la supervivencia a largo plazo de los ecosistemas.
- La sostenibilidad económica: que requiere una gestión adecuada de los recursos para la continuidad del sistema económico vigente.
- La sostenibilidad social: que exige que los costes y beneficios del desarrollo sean distribuidos de forma equitativa entre la población global (equidad intrageneracional) pero teniendo presente el bienestar de las generaciones futuras (equidad intergeneracional).

Respecto a esto último, la brecha conceptual más importante en cuanto a la interpretación de la sostenibilidad se desencadenó en las reuniones preparatorias de la Cumbre Mundial sobre Medioambiente y Desarrollo en 1992 (Conferencia de Río)⁴⁴⁴. Allí las sociedades rurales donde predominaba una población campesina obligaba a intervenir en los sistemas naturales más frágiles y biodiversos del planeta, ya que no podían permitirse el lujo de reducir una producción debido al riesgo de sucumbir, la lucha por la supervivencia física se plantea antes que cualquier otra consideración, frente a los agricultores de países avanzados envidiados económicamente y energéticamente y protegidos de los mercados mundiales. Realmente, la gran discusión se centró en los planteamientos relacionados en el intercambio ecológico desigual en los tres grandes dimensiones: medioambiente, pobreza y crecimiento demográfico. En consecuencia, en contra de la visión oficialista, los medioambientalistas que se abscibieron a la visión del intercambio desigual consideraban que los problemas del tercer mundo, la pobreza y el deterioro medioambiental estaban íntimamente ligados, y que la fragmentación de temas para su discusión no solo era artificial, sino que esta alejada de la realidad; ya que las políticas de desarrollo implementadas en los países subdesarrollados habían sido antagonicas a los principios de sostenibilidad.

3.6. Avatares del desarrollo sostenible en la “globalización”. **Dominio de la perspectiva malthusiana y crítica del intercambio ecológico desigual**

Como ya hemos señalado la concepción malthusiana ganó fuerza a mediados de los sesenta por medio del éxito de obras como “La Bomba

⁴⁴⁴ Murgueto (1992): op. cit. p. 36.

Poblacional” de Paul Elrich (1966) y “La Tragedia de los Comunes” de Garret Hardin (1968). Estos autores otorgaron un estatus privilegiado al crecimiento de la población como causa de la principal degradación ambiental y del agotamiento de los recursos. Este punto de vista fue legitimado por las publicaciones elaboradas a partir de los trabajos de Club de Roma y a su “best sellers” más importante: “Los Límites del Crecimiento”, utilizando modelos que articulaban las tendencias de la población, el uso de los recursos y la contaminación atmosférica. El Informe Brundtland (1987) dota definitivamente de un carácter político a la solución a los problemas ambientales al afirmar la necesidad de adoptar rápidas y decisivas acciones políticas respecto al crecimiento poblacional con el fin de prevenir la destrucción ambiental.

Siguiendo a E. Sevilla Guzmán y A. Mielgo^{44bis} el planteamiento básico respecto a los países subdesarrollados es el siguiente: el crecimiento poblacional y el agotamiento de los recursos son la causa de la pobreza en países. El mantenimiento del sistema del mercado internacional, la aplicación de políticas de control de la natalidad en los países del Sur y la transferencia de tecnología del Norte a esos países, son las propuestas básicas para solucionar el hambre y la pobreza.

Frente a este planteamiento, y a tenor de la producción científico-ideológica de la ecoeficiencia, el planteamiento contrario: el origen de los problemas ambientales esta en la situación histórica de desigualdad provocada por el intercambio ecológico desigual entre los países del Norte y los del Sur, motivado por la economía de acumulación y el derroche a través del consumo eso y endosomático de las poblaciones de los países avanzados.

Pioneras de la visión del intercambio ecológico desigual fueron las investigaciones que el ya citado O. Sunkel había realizado en el ámbito de la CEPAL⁴⁴⁵, donde se establecieron las premisas de que los problemas medio ambientales eran causa y resultado de “estilos” concretos de desarrollo en el proceso de transnacionalización. Como bien señalaba en 1981

^{44bis} Sevilla Guzmán, E. y A. Alonso Mielgo (1994): Sobre el discurso ecotecnocrático del desarrollo sostenible para los ricos y la respuesta agroecología, en Foro Alternativo: las otras voces del planeta. Encuentro Mundial de Movimientos Sociales y ONG's en constestación al 50 aniversario de la creación del FM, BM y GATT, Moduel-Adeanat-Cordoba. En este texto se realiza una exhaustiva y detallada crítica a la producción intelectual nacida de los foros internacionales, empezando por los informes del Club de Roma (Meadows, Mesarovic y Pestel, y Timbergen. También se incluye una crítica al Informe de la Comisión Mundial del Medio Ambiente (Informe Brundtland). y a los resultados de la Cumbre de Río de 1992.

⁴⁴⁵ O. Sunkel dirigió el proyecto “Transnacionalización, medioambiente y desarrollo” de la CEPAL: Entre sus colaboradores destaca Nicolo Gligo, con quien fue promotor y recopilador de los trabajos.

en su artículo “La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente”⁴⁴⁶: el hecho de que América Latina experimentara un crecimiento económico sin precedentes en los años sesenta se hacía necesaria una importante acción en materia social, prestando atención a los problemas sociales de salud, vivienda, educación, seguridad social, y a las medidas, programas e instituciones dedicadas a mejorar la situación de marginación. Pero pasado el tiempo comenzó a advertirse que el problema no consistía sólo en el rezago de los sectores sociales, sino que era mucho más profundo: su solución requería transformaciones estructurales y redistribución del poder y la riqueza. Las posibilidades de articular “estilos” de desarrollo alternativos planteaba la revisión de las políticas seguidas y de ver sus limitaciones: “no reconocen la nueva constelación internacional que había transformado significativamente el antiguo modelo centro-periferia, y tampoco prestaban una consideración apropiada a la dimensión ambiental en el análisis integral del proceso de desarrollo”⁴⁴⁷.

Como señalábamos anteriormente, para O. Sunkel la ecuación desarrollo-medio ambiente supone una unión indisoluble de estas dos variables, de tal forma que el análisis de sus interacciones revela la estructura y dinámica del sistema que los engloba. En el caso del desarrollo del capitalismo en su fase de expansión industrial el proceso adopta en los diversos países “estilos” y modalidades en los países subdesarrollados donde representó un importante papel el conjunto de características ambientales, las que a su vez fueron profundamente modificadas en el proceso histórico de intervención de los ecosistemas y de creación de un ambiente artificial. Sunkel añade que, durante este período histórico, todos los centros del capitalismo industrial tuvieron sus extensiones coloniales o zonas de influencia hegemónica a las que se transmitieron algunas características del estilo de las potencias metropolitanas. Las fuerzas sociales dominantes en países periféricos políticamente independientes, por otra parte, pudieron incluso elegir los elementos del “estilo” que les resultaría más atractivo o conveniente, por ejemplo, ferrocarriles ingleses, arquitectura y cultura francesa, armamento y asistencia técnica militar alemana, técnicas mineras norteamericana y decoración japonesa⁴⁴⁸. El hecho de haber sido casi todos los países desarrollados potencias internacionales y coloniales, sus estilos nacionales de desarrollo reflejan no sólo

⁴⁴⁶ Sunkel, O. (1981): La interacción entre los estilos de desarrollo y el medioambiente en América Latina, en Molero, J. (1981): El análisis estructural en economía: Ensayos de América Latina y España, México, Madrid, FCE, pp. 241 a 301.

⁴⁴⁷ Sunkel, O. (1981): La interacción entre los estilos de desarrollo (...), op. cit. p. 242.

⁴⁴⁸ Sunkel, O. (1981): op. cit. p. 257.

la interacción sociedad-naturaleza nacional, sino también la interacción sociedad nacional-naturaleza colonial, y en mayor o menor grado, según los casos, mundial. Esto refleja, entre otras cosas, en que, no obstante constituir sólo una pequeña proporción de la población mundial, han llegado a apropiarse y a consumir una elevada proporción de los recursos naturales del mundo por el amplio y diversificado acceso que esas sociedades tuvieron a los recursos naturales del mundo entero a lo largo de su proceso de desarrollo⁴⁹. Existe, por tanto, un “estilo ascendente” a nivel mundial (o regional) y un estilo dominante a nivel nacional (como decíamos en el apartado 2.3.4.) aunque también se puede hablar de un estilo en decadencia.

O. Sunkel aclara que la interrelación entre “estilo” de desarrollo y medio ambiente no sólo se refiere del entorno biofísico natural y sus sucesivas transformaciones artificiales, se trata de incluir el ambiente constituido o “artificializado” y las interacciones ecológicas entre todos estos elementos, y también entre ellos y la sociedad⁵⁰. Sunkel reafirma que la biosfera condiciona las posibilidades de desarrollo y que a su vez depende en mayor o menor grado de la disponibilidad, tipo y forma, identificación y utilización de los recursos, la acumulación del capital fijo o medio artificial, el tamaño del país y sus características demográficas, su clima, relieve, ubicación geográfica, etc. Al mismo tiempo, el proceso de desarrollo socioeconómico, puesto que implica utilización de recursos, generación de desechos y desperdicios, desplazamiento de población y actividades productivas, y otros procesos que alteran los ecosistemas, afecta con su dinámica de diversas maneras a la biosfera, y de este modo al propio desarrollo, generando así nuevas condiciones para el ulterior proceso de desarrollo, y así simultánea y sucesivamente.

La concepción de Sunkel contiene las directrices de la interpretación más moderna del “intercambio ecológico desigual” que el desarrollo del capitalismo ha generado a través de la distribución mundial del poder entre un centro y una periferia. Este sistema impondría una forma de producción y de consumo despilfarrador de energía y recursos, contaminan-

⁴⁹ Sunkel, O. (1981): op. cit. p. 259. la definición de “estilo” de desarrollo de Sunkel se acoge al elaborado por Pinto, A. (1976): Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina, y J. Graciarena (1976): Polos y estilos de desarrollo: una perspectiva heterodoxa, los dos en Revista de la CEPAL, 1º semestre de 1976: “Un estilo de desarrollo constituye la manera en que dentro de un determinado sistema se organizan y asignan los recursos humanos y materiales con objeto de resolver los interrogantes sobre qué, para quienes y cómo producir los bienes y servicios” o “la modalidad concreta y dinámica adoptable por un sistema en un ámbito definido y en un momento histórico determinado”.

⁵⁰ Sunkel, O. (1981): op.cit.p. 246.

te y destructor de los equilibrios naturales por parte de los países del centro y somete a la esquilma de recursos a los países de la periferia. Ahora bien, este desigual sistema se impondría a partir de la presencia y acción de actores sociales: instituciones privadas de carácter internacional, “clases de servicio”, formas políticas que sostienen y reproducen el sistema. Como señalan E. Sevilla y A. Alonso⁴⁵¹, la desigualdad social, esto es, los privilegios respecto a la riqueza, el estatus y la propiedad, vienen determinados por formas de apropiación de los flujos de energía y materiales de unos grupos sobre otros en el interior de una determinada sociedad, primero, y de unos países sobre los otros, con las consiguientes distribuciones internas, después. Esta articulación estaría determinada por el funcionamiento de ecosistemas fuertemente artificializados en los países del centro a partir de:

- a) Un continuo “suministro” de energía proviniente de la naturaleza.
- b) Una constante “reposición” de los elementos arquitectónicos artificiales deteriorados.
- c) Un “reacomodo” de los materiales de desecho resultantes.

E. Sevilla y A. Alonso subrayan que sistema capitalista es la artificialización de los ecosistemas quien configura las pautas de desigualdad social y de privilegios, imponiendo diferentes entidades socioculturales a los etnoecosistemas resultantes. Así pues los procesos generadores de la desigualdad social han de abordarse analíticamente como enfermedades ecosistémicas, ya que estas constituyen una parte “esencial” del deterioro de tales ecosistemas. Desde esta perspectiva la raíz del deterioro de los recursos naturales y de la sociedad posee una misma naturaleza: la forma de artificialización capitalista de los ecosistemas.

En definitiva, existe una configuración histórica de identidades etnoecosistémicas producto de la coevolución social y ecológica. Señalan E. Sevilla y A. Alonso⁴⁵² que este sistema de articulación a través del intercambio ecológico desigual, en el que se configuran gradientes de periferias según las relaciones que se establecen imponen desde el centro, ha sido el resultado de un proceso histórico de globalización en el que el centro necesita de crecimiento, la acumulación y la concentración acu-

⁴⁵¹ Sevilla Guzmán, E. y A. Alonso (1995): op. cit. p. 95 y ss.

⁴⁵² Sevilla Guzmán, E. y A. Alonso (1995): op. cit. pp. 97-100, basándose en Martínez Alier, J. (1987): *Ecological economics*, Oxford Basil Blackwell y Martínez Alier, J. (1997): *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Barcelona, Icaria.

mulada, lo cual solo se puede llegar a cabo una vez sobreartificializados sus ecosistemas, recurriendo a la expropiación de los etnoecosistemas periféricos. El forzamiento ecosistémico provocado por el crecimiento económico provoca un desequilibrio sobre la capacidad de sustentación del ecosistema. Este proceso se ha visto incrementado enormemente después de la II Guerra Mundial. A partir de ese momento el proceso de globalización adquiere una nueva dimensión a través de la creación de articulación de transnacionales que han dado como resultado el nacimiento de un conjunto de instituciones internacionales para imponer el modelo del desarrollo económico de la identidad etnoecosistémica europeo-occidental al resto del mundo, así nace el Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional, que crean una infraestructura de control político y económico que legitimará la consolidación de estructuras de desigualdad entre el central y la periferia⁴³.

Según E. Sevilla y A. Alonso, en los contenidos de los planteamientos de los organismos y eventos internacionales que se celebraron en los años ochenta y noventa, “la culpabilidad” en el deterioro medio ambiental y la pobreza en los países subdesarrollados corre a cargo de ellos mismos, bajo la influencia ideológica del discurso que estos organismos se elaboran argumentos para justificar el deterioro y su miseria como consecuencia principal de sus altas tasas de natalidad. Tanto la vaguedad de la definición del concepto de desarrollo sostenible que promociona el Informe Brundtland (a partir de 1987) como los veintisiete principios de la Declaración de Río (a partir de 1992) redactados en términos condicionados de “se debería” o “se deberá” para las actuaciones en materia de política socioeconómica y medioambiental, confiando en la condición moral de gobernantes políticos, dejan una estela de buenas intenciones que han tenido un resultado pobre en cuanto a la toma de decisiones en política medioambiental y en la resolución de la pobreza de los países subdesarrollados.

Efectivamente, a pesar de veinte años “de banalizaciones y derivas”, como señala recientemente F. Mancebo⁴⁴, desde la Cumbre de Río se ha generalizado el concepto de desarrollo sostenible por tres razones: una buena y dos malas. De un lado, la evidente interdependencia entre la degradación de los ecosistemas y el modo de vida de las sociedades obliga a integrar el funcionamiento de las sociedades. De otra parte, ciertos Estados deseaban beneficiarse de una buena imagen

⁴³ Sevilla, E., Guzmán E. y A. Alonso: op. cit. pp. 95 y ss.

⁴⁴ Mancebo, F. (2006): *Le développement durable*, Paris, Arman Colin, pp. 37 y ss.

en tanto que participantes en dicha Cumbre, al no estar sometidos a compromisos muy precisos. Por último, la Cumbre de Río ha sido la síntesis de decenas de encuentros internacionales bajo la bandera del ecodesarrollo. Las orientaciones con respecto a la eliminación de la pobreza, la reducción de diferencias de nivel de vida, así como el “principio canadiense”, eran muy generales y estaban sometidas a interpretaciones múltiples. No contienen ningún compromiso cuantitativo, siendo fácil bloquear toda realización concreta por un gran número de “hobbies” en forma de ONG o aprovechando de la noción difusa de “sociedad civil”: grupos de interés económico, organismos sindicales y sociales, ecologistas políticos, gurus, representantes del sector industrial, negocios internacionales etc.

Las políticas llevadas a cabo, fundadas en el establecimiento de normas de emisión de los productos nocivos o de umbrales de agotamiento de recursos, han sido bastante ineficaces, y su cumplimiento dependiera del papel que jugaban el tipo de relación el entorno medioambiental en sentido estricto. Ha hecho falta pasar de una toma en cuenta del medio ambiente en sentido estricto (físico-químico, biológico, ecosistémico) a una toma en consideración del hombre con su medio de vida. La Cumbre de Río considera que los seres humanos están en el centro de preocupaciones relacionados con desarrollo sostenible. Este prerrequisito en toda política de desarrollo sostenible, incluido en el Informe Brundtland, se ha ensanchado en la Cumbre de Río en función de los cinco grandes mandamientos:

- No externalizar los efectos medioambientales de nuestras acciones.
- No limitar los criterios de eficacia económica a la sola rentabilidad a corto plazo.
- No imponer modelos dogmáticos a fin de que las políticas que se propugnan sean culturalmente aceptadas.
- Velar por la equidad de las soluciones que se propongan para que el desarrollo sea perenne.
- Tomar en cuenta de heterogeneidad espacial y territorial, puesta que las mismas actividades tienen impactos medioambientales económicos y sociales diferentes según su localización.

Sobre estas bases de desarrollo sostenible se ha difundido en el mundo hasta el punto de convertirse en un principio recurrente pronto en todos los acuerdos y todas las iniciativas internacionales que con ánimo de resumir representamos en el cuadro 3:

CUADRO 3
GRANDES FECHAS DEL DESARROLLO SOSTENIBLE

Fecha	Acontecimientos	Puntos clave
1972	Estocolmo. Cumbre de la ONU sobre el hombre y el desarrollo.	Primera cumbre de este tipo. Corre paralela a la aparición de ministerios de medioambientales en los países desarrollados entre 1972-1980.
1976	Vancouver, Conferencia Internacional sobre los Asentamientos Humanos. (Habitat 1)	Cumbre de las Ciudades.
1987	Publicación del informe "Our Common Future", llamado Informe Brundtland	Aparición formal del concepto de desarrollo sostenible.
1992	Rio: Cumbre de la Tierra de las Naciones Unidas sobre el Medioambiente y el Desarrollo	Adopción de 2500 recomendaciones y 27 principios fundando la Agenda 21
1994	Conferencia Internacional del Cairo	Cumbre sobre la Población
1995	Conferencia Internacional de Copenhague	Cumbre Social
1995	Conferencia Internacional de Pekin	Cumbre de las Mujeres
1996	Conferencia Internacional sobre los Asentamientos Humanos en Estambul (Habitat 2)	Cumbre de las Ciudades
1997	Cumbre de Kyoto sobre el Calentamiento del Planeta	Protocolo de Kyoto sobre el "Cambio Climático"
1997	Nueva York. Asamblea General de las Naciones Unidas, balance de la puesta en marcha de la Agenda 21	Acta atenuada. Los jefes de Estado no llegan a un acuerdo sobre una declaración común.
2002	Conferencia Internacional de Monterrey	Financiación del desarrollo
2002	Johanesburg, Cumbre de la Tierra de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible.	Las cuestiones de equidad socio-espacial y económica, y la lucha contra la pobreza, acompañan a las cuestiones medioambientales. Pocas decisiones concretas: fracaso relativo.

Fuente: Mancebo, F. (2006): Le développement durable, Paris, Armand Colin. Tableau 2, p.39.

Este resumen de encuentros y conferencias internacionales pone en evidencia la dificultad de poner en marcha la serie de recomendaciones de Río. En la Cumbre de Johannesburgo en 2002 es donde se ilustra la pérdida de sentido de las veintisiete iniciativas a través de un balance crítico. Como apunta Mancebo⁴⁵⁵, la actualización de los procedimientos sirven de base de las discusiones para los temas medioambientales tradicionales (bosques, océanos, clima, energía, agua potable, etc.), pero también para el examen de los desequilibrios de riqueza, de la pobreza y la modificación de las formas de producción. La difusión de las tecnologías de la información y de la comunicación ocupan un sitio preferente a través de la cuestión de la “*digital divide*” (brecha digital). Estos nuevos temas adquieren cada vez una mayor importancia, mientras que el medio ambiente “*stricto sensu*” tiende a ocupar un segundo plano. Paradójicamente la cuestión de la gestión de recursos no renovables no aparece más como horizonte último y lejano de las políticas que promocionan el desarrollo sostenible. A pesar de las críticas a las conclusiones de Johannesburgo, Mancebo trata de pintar lo que sería del todo injusto un cuadro menos negativo de los trabajos llevados a cabo en esta Cumbre. Dos puntos merecen la atracción que Mancebo ha destacado, y que resumimos así:

– La agricultura, está llamada a jugar un papel determinante en el desarrollo sostenible ya que un 70% de la población del globo depende de ella. Los progresos realizados por los agricultores siguen siendo la mejor protección contra la pobreza y el hambre. Partiendo de la constatación y el peligro de que la agricultura hipoteca la durabilidad de los recursos naturales (utilización de abonos y pesticidas), sin embargo, los intervinientes en Johannesburgo intentaron combinar los imperativos del desarrollo sostenible y las necesidades productivas inmediatas. De esta forma han creado la noción híbrida entre estas dos exigencias en apariencia contradictoria, denominada “*desarrollo razonable*”.

– La necesidad de establecer un cuadro institucional eficaz para el desarrollo sostenible de forma más clara que en Río. Este cuadro debería permitir articular los múltiples niveles territoriales e institucionales implicar formalmente en la acción a las estructuras intermedias, como las ONG, la sociedad civil y las poblaciones locales; es decir, la puesta en acción de un programa para el siglo XXI, como promocionaba la Agenda 21 de Río.

Mientras tanto el movimiento social e intelectual sigue su curso y ten-

⁴⁵⁵ Mancebo, F. (2006): op. cit. p. 44.

drá su cristalización en diversas actuaciones de los movimientos antiglobalización a finales del siglo XX, sobre todo, las revueltas en torno al Foro de Davos y los movimientos alternativos al proceso globalizador. Uno de los foros en el que expresan estos movimientos es el Foro Social de Porto Alegre, cuyas tres primeras ediciones tuvieron lugar en 2001, 2002 y 2003. Tanto la heterogeneidad de sus participantes como la diversidad de sus discursos no ha aportado grandes novedades, sin embargo, han servido para que, dentro del ingente número de propuestas, se puedan deducir algunos aspectos que sirven de denominador común a los planteamientos actuales:

- Establecimiento de modelos de desarrollo centrados en el ámbito local, que tengan en cuenta los conjuntos de necesidades de las poblaciones de los países subdesarrollados a cuya satisfacción debe ir guiando el desarrollo de los recursos de estas sociedades.
- Para esto, es necesario que en el diagnóstico de la situación de estos países se tengan en cuenta las determinaciones estructurales del mercado mundial y las responsabilidades de los países del centro. Esto impone el reconocimiento del intercambio ecológico desigual y la preponderancia de estos países sobre los de la periferia.
- Por último, y como fórmulas básicas para ir resolviendo la situación, se trataría de regular las rentas, tanto interna como externamente, a través de sistemas de fiscalidad y de políticas sociales a nivel internacional, como es el caso de la supresión de los paraísos fiscales, condonación de la deuda externa, el freno a la especulación de capital a nivel internacional (tasa Tobin), etc.

Estos eventos, por tanto, han tenido una gran influencia en el establecimiento de una "moral" medioambiental que ha sido formada como referencia en la implementación de políticas de desarrollo, sobre todo, en lo que respecta a la evolución de la pobreza en los países subdesarrollados.

3.7. Discurso de los actores en la escena del desarrollo sostenible

Es evidente que, en el escenario del desarrollo sostenible propuesto por las instancias políticas internacionales, los actores no tienen las mismas respuestas ni el mismo protagonismo, es necesario por ello pasar a la identificación de aquellos que intervienen en el sistema de intercambio ecológico desigual. E. Sevilla y A. Alonso, citando a

Martínez Alier, señalan que existirán determinadas clases “de grupos” humanos que se verán beneficiados por la transferencia de energía y materiales por parte de otros ecosistemas, lo que se correspondería con la transferencia de valor de pobres a ricos, en consecuencia existiría una jerarquía ecológica que iría desde los etnoecosistemas centrales, es decir, desde aquellos sistemas que tienen una mayor “clase” de grupos humanos sobreexomatizados en consumo hasta aquellos etnoecosistemas periféricos que apenas si alcanzan el umbral del consumo endosomático. Estos analistas añaden que al interior de los etnoecosistemas, ya sean centrales o periféricos, no existe una homogeneidad etnoecológica, ya que cada identidad cultural constituye socialmente su forma de relación con la naturaleza y con la sociedad a través de la especificidad de su proceso histórico. Este proceso es el que otorga identidad y diversidad a los grupos humanos implicados en dicho proceso de tal forma que las formas de consumo (endo y exosomático) las pautas de desigualdad social y, en general, las estructuras sociales son producto de una adaptación a los ecosistemas.

Como señala Peemans⁴⁵⁶ la reflexión crítica sobre las relaciones entre desarrollo y medio ambiente ha progresado sobre todo a partir del estudio de los impactos de las estrategias de los actores dominantes sobre los espacios rurales y urbanos. Esta crítica ha ayudado al discurso medioambiental a salir de un enfoque demasiado globalizante (problemas del efecto invernadero, capa de ozono, bosques tropicales, etc.) y preocuparse más concretamente por las interacciones entre estas dimensiones globales y lo vivido por las poblaciones a nivel local.

A través de esta forma de operar, se ha radicalizado la tendencia crítica en materia medioambiental sobre todo a partir de los años noventa. Esta radicalización se ha visto acompañada por una profundización del análisis en términos técnicos y económicos. El medio ambiente adquiere de esta manera una posición de centralidad a partir del cual se evalúan los resultados reales del crecimiento económico⁴⁵⁷. Para resumir las nuevas perspectivas en los discurso de los actores dominantes tratamos de resumir algunas tendencias que Peemans señala en su excelente

⁴⁵⁶ Peemans, J. Ph. (1995): *Modernisation, globalisation et territoires: l'évolution des regards sur l'articulation des espaces urbains et ruraux dans le processus de développement*, en *Revue Tiers Monde*, t. XXXVI, n° 141 pp17-41.

⁴⁵⁷ Peemans, J. Ph. (2002): *Le développement des peuples face a la modernisation du monde. Les théories du développement face aux histoires du développement “reel” dans la seconde moitié du xxeme siecle*, Louvain – la-Neuve Academia – Bruylant, Paris, L'Harmattan, pp. 172 y ss. 219 y ss. 305 y ss. y 398 y ss.

libro: "Le développement des peuples face a la modernisation du monde".

1. En "la corriente neomodernizante dogmática" del desarrollo sostenible, a partir de los años noventa, la componente medioambiental toma una dimensión trascendental en el discurso de los actores. La palabra clave de ese discurso es la "ecoeficiencia". Como señala Schmideing⁴⁵⁸: "las firmas privadas deben trabajar con los gobiernos para difundir procesos de producción eficientes a través del mundo de los negocios (...) Las firmas transnacionales tienen un papel trascendental para realizar el desarrollo sostenido de los países del sur, la inversión directa realizada por una firma multinacional es el útil más apropiado para propagar las competencias y las tecnologías requeridas para promover el desarrollo sostenible en los países en vías de desarrollo. La corriente de la "ecoeficiencia" no es sólo un concepto de origen académico, este concepto se ha convertido en el emblema del Business Council For Sustainable Development (B.C.S.D) creado en 1991 para representar el punto de vista de las grandes firmas transnacionales para la UNCED y la Conferencia de Río. La B.C.S.D. en su documento fundacional que data de 1991 señalaba "que el crecimiento económico en todas partes del mundo se persigue esencialmente para mejorar las condiciones de vida de los pobres, mantener el crecimiento de población y estabilizar los niveles de población alcanzados. Los mercados abiertos y competitivos, en el interior de los países o entre ellos, estimulan la innovación y la eficiencia y proporcionan ocasiones para mejorar las condiciones de vida, el precio de los bienes y servicios deben incorporar los costes medio ambientales de su producción, utilización y transformación"⁴⁵⁹. Como señala Peemans, este documento expresaba la visión del medioambiente como una nueva frontera de crecimiento, un nuevo criterio de resultados para las empresas globales. La idea complementaria sería que es el mundo de los negocios quien debe asegurar el liderazgo de la definición de una agenda global del desarrollo sostenible, el mundo de negocios y la industria, que son la fuente de

⁴⁵⁸ Schmideiny, S. (1992): *Changing course: A global business perspective on development, and the environment*, Cambridge, Mass. The Mit Press, citado por Peemans (2002): op. cit. p. 175.

⁴⁵⁹ Peemans, J. Ph. cita en op. cit. p. 175-176 el texto de BSCD (Business Council for Sustainable Development (1991): *What the BSCD wants to say and what the BSCD is proposing*, Geneva – BSCD, Media Kit.

riqueza principal del mundo, deben ser la vanguardia de la revolución medioambiental⁴⁶⁰.

Este es el discurso de la neomodernización que ciertamente ha calado, de tal forma que la pobreza y el medio ambiente se han convertido en las nuevas fronteras de la acumulación globalizada. A través de este proceso muchos adversarios de ayer se han convertido en aliados hoy, como dice Peemans: este mundo aparentemente consensuado es un mundo jerarquizado donde los “hermanos grandes” informan firmemente a los “hermanos pequeños” de las reglas del juego y la sintaxis. Sin embargo, no se debe olvidar que este discurso convertido en hegemónico queda siempre como un discurso, es decir, la cuestión está si el discurso hiper-normativo de la “modernización” tiene relación con el “desarrollo real” de los años ochenta y noventa⁴⁶¹.

2. La corriente neocrítica medioambientalista, es muy escéptica sobre la voluntad real del mundo de las empresas a contribuir a la puesta en marcha de un desarrollo sostenible. Afirma que si bien existe simplemente una tentativa de recuperación del lenguaje medioambiental no existe ninguna voluntad de reformar seriamente al modo de producción en el cual la lógica de la expansión es a base de consumo y del despilfarro. Escondida detrás de la bandera de la ecoeficiencia, su única preocupación es de integrar el “eco-business” como una nueva dimensión del “business as usual”. Lo mismo ocurre con su escepticismo respecto a los grandes discursos y los grandes acontecimientos de las instancias internacionales que promocionan el desarrollo sostenible⁴⁶². La Declaración de Río en la cual se inspiraron los encuentros de los años noventa (sobre todo el Protocolo de Kyoto y mismamente la cumbre europea de Goteborg de 2001) ha traído un cambio de tendencias ideológicas dominantes (la hegemonía planetaria del economismo liberal), así como de las relaciones Norte-Sur e Intrasur en relación a la Cumbre de Estocolmo. En este contexto difuso, el medio ambiente ha sido declarado como uno de los componentes del desarrollo, entendido como el crecimiento económico internacional a condición de que las formas menos eficientes de la producción o las formas menos funcionales de consumo sean reducidas a escala mundial.

En esta perspectiva el medio ambiente se convierte en un criterio complementario de la relación y la eficiencia entre países y empresas, los mejores deberán fijar las reglas a las cuales deberán adaptarse los otros.

⁴⁶⁰ Peemans, J. Ph. *ibidem* p. 176.

⁴⁶¹ Peemans, J. Ph. *ibidem* p. 177.

⁴⁶² Peemans, J. Ph. *ibidem* p. 222-223.

El medio ambiente no puede interferir en la apertura al comercio internacional si éste es dirigido por socios "limpios" y eficientes del Norte y del Sur. Río debe interpretarse en un continuum "de acontecimientos globales" a través de los cuales las élites globales intentan imponer sus preferencias estratégicas, haciendo concesiones (en estos "acontecimientos" internacionales) a nivel retórico, desmentidas, criticadas o vaciadas de su sentido en el "acontecimiento" siguiente (hay que pensar en el rechazo de G. W. Bush para ratificar el protocolo de Kyoto negociado por su predecesor en la Casa Blanca)⁴⁶³.

Paralelamente al escepticismo en relación con el discurso dominante sobre el desarrollo sostenible, se ha visto emerger un discurso crítico radical en el campo de las relaciones entre población y desarrollo, poniendo en causa los fundamentos del paradigma dominante. Así la agenda del control de la población según F. Furedi⁴⁶⁴, ha evolucionado hacia un nuevo embalaje a causa de las críticas que había recibido en los años ochenta por el carácter coercitivo, intervencionista, alarmista o antitercermundista de las políticas del control demográfico. La agenda ha evolucionado hacia la integración de políticas demográficas en programas más neutros, como la salud, la educación, el "empowerment" de las mujeres. Las políticas destinadas a reducir la fecundidad son en lo sucesivo presentadas como si fueran destinadas a dar más elección a las mujeres. Para Furedi, hemos pasado de la utilización de argumentos centrados en el desarrollo a argumentos centrados en el género, se puede decir que con nuevos instrumentos tácticos. El eje sigue siendo el mismo como continuación del anterior: la población es el problema, como idea asociada a una imagen de peligro y amenaza. Añade Furedi que el discurso del control demográfico está repleto de eufemismos y acrobacias lingüísticas para evitar su asociación a políticas demasiado coercitivas con objetivos puramente demográficos (como ha sido el caso en Bangladesh, en China, en Indonesia, en la India).

Efectivamente, este discurso que otorga cada vez más importancia a de la libre elección de las mujeres, y sobre todo a los derechos humanos, se encuentra en el centro de las publicaciones que conciernen la Conferencia del Cairo sobre la Población y el Desarrollo (1994). Donde se afirma que la estabilización de la población mundial no puede alcanzarse más que tomando en consideración los deseos de los individuos, el

⁴⁶³ Peemans, J. Ph. *Ibidem* p. 223.

⁴⁶⁴ Furedi, F. (1997): *Population and développement. A critical introduction*, Cambridge, Polity Press, citado por Peemans, J. Ph. (1997): *op. cit.* p. 224.

derecho de las parejas de decidir libre y responsablemente el número de hijos y el intervalo de sus nacimientos. Este discurso está marcado por una tensión cada vez más fuerte entre el objetivo permanente de realizar el control demográfico y la tentativa de intentarlo dentro de la retórica de la libertad de elección. Los programas sobre la población intentan reducir esta tensión a través de la educación y de otros medios indirectos⁴⁶⁵ para cambiar las aptitudes y los comportamientos sobre la fecundidad⁴⁶⁵. Las contracciones entre la afirmación del derecho a la elección de las personas y la voluntad de imponer la elección está en el centro de las publicaciones de las Naciones Unidas y del Banco Mundial sobre las cuestiones de la población. Se puede afirmar que la mayor parte de estudios sobre la fecundidad no toman en serio las concepciones y las demandas de la gente que está analizando. Si la investigación revela una preferencia por una gran familia, estos estudios no dudan en afirmar la necesidad de cambiar sus aptitudes y sus previsiones⁴⁶⁶.

Según Furedi⁴⁶⁷, las publicaciones de las organizaciones internacionales que evocan abundantemente los derechos humanos no toman en cuenta, entre esos derechos, el derecho de respetar a un individuo o a una población, sus costumbres, sus códigos sociales y sus modos de vida. Según Furedi la cuestión no está en saber si estas costumbres son buenas o malas. La cuestión está en saber por qué un grupo de expertos tienen autoridad para definir desde el exterior cuáles son los buenos comportamientos y los buenos valores que las poblaciones de un país dado deben valorar o rechazar. Se llega así a que los valores aceptados deben finalmente confundirse con los de los mismos expertos. Para Furedi, la literatura sobre el control de la población contiene la mayor parte de las veces,

⁴⁶⁵ Peemans, J. Ph. (1997): op. cit., p. 225 cita un trabajo de Riedmann, A. (1993): *Science that colonies: A critique of fertility studies in África*, Philadelphia Temple Un. Press p-109, donde se critican los informes de las organizaciones internacionales respecto a la fecundidad en África, según los cuales estas relaciones promueven sistemáticamente un enfoque en términos de superioridad del modelo occidental de familia nuclear imponiéndolo de facto como el solo modelo de referencia para las sociedades africanas, p. 125.

⁴⁶⁶ Peemans, J. Ph. (1997): op. cit. cita p. 225 un trabajo de Ainworth, A., Beegle, K. and Nyamele, A. (1995): *The impact of female schooling on fertility and contraceptive use*, Washington DC, Word Bank. En este estudio del Banco Mundial en torno al impacto de la educación sobre la fecundidad de las mujeres africanas, reconoce que las encuestas realizadas en los ochenta y noventa, la dimensión ideal de la familia varía entre seis y nueve hijos. El estudio explica que en ese contexto hay poca necesidad de contracepción en África. Mientras tanto el estudio apela a la necesidad de una estrategia con facetas múltiples para bajar la demanda de hijos y aumentar el uso de contraceptivos.

⁴⁶⁷ Peemans, J. Ph. (2002): op. cit. p. 227, cita a Furedi, F. op. cit. p. 168-169.

implícita o explícitamente, una condena de las culturas que valoran la fertilidad y todas las prácticas o actitudes que pueden impedir de una manera u otra una reducción del crecimiento de la población.

Las corrientes neocríticas muestran la disparidad entre el discurso normativo (lo que debería ser el “nuevo orden de las cosas”) y las penosas realidades del desorden provocado por las estrategias de poder que los discursos normativos quieren legitimar y engrandecer. Estas corrientes críticas han mostrado, en los años noventa, la formidable manipulación de los conceptos del discurso de la “neomodernización” para cumplir realidades y para imponer a los pueblos y a las gentes el desorden y el caos que ellos ratifican, como si fuera el orden natural e ineluctable de las cosas.

3. A pesar de que la corriente neocrítica en los años noventa ha puesto en entredicho las pretensiones de hegemonía del discurso de la neomodernización y la voluntad de los actores dominantes definir los contornos de “un nuevo orden mundial de las cosas”, hay que hacer mención a la escuela del llamado “posdesarrollo”. Siendo esta aun más radical que las anteriores corrientes neocríticas.

Según los autores de esta corriente⁴⁶⁸, es la idea misma del desarrollo la que hace falta poner en entredicho y no solo su versión globalizadora y neomodernizadora. El desarrollo no es otra cosa que la tentativa permanente de dominio de los pueblos y las gentes del Sur, es una voluntad de someterlos por la fuerza, la persuasión o la compasión a un “orden de las cosas”, cuya lógica se impone desde el exterior que no puede más que desembocar en su destrucción de la cultura, de su identidad y de la vida misma. La ayuda al desarrollo no es más que una de las armas de esta panoplia de instrumentos de sumisión y alineación. La corriente del “posdesarrollo” representa un conjunto de analistas que comparten la convicción en cuanto a la naturaleza fundamentalmente negativa del “desarrollo”. En ella se incluyen autores como A. Escobar, M. Rahnema, G.

⁴⁶⁸ Peemans, J. Ph. (2002): op. cit. p. 229. Peemans cita a estos autores como pertenecientes al “posdesarrollo”: Escobar, A. (1995): *Encountering development. The making and unmaking on the Third World*, Princeton University Press. Rahnema, M. (1997): *Towards post-development: Searching for signposts, a new language and new paradigms*, in Rahnema, M. y Bawtree, V. (eds.) (1997): *The post-development reeder*, London, Zed Books. Ferguson, J. (1990): *The anti-politics machina: Depolitization and bureaucratie power in the Third World*, Cambridge Universite Press. Sachs, W. (1992): *The development dictionary: A guide to knowledge as power*, London, Zed Books. Watts, M. (1993): *Development: Power, knowledge, discursive practice, a Progress in Human Geography*; Crush, J. (ed.) (1995): *Power of development*, London, Routhlege.

Esteva, R. Kothan en el Sur y W. Sachs, S. Latonche, G. Rist y Fergusosn y otros, aunque no tienen la misma forma de aproximarse al fenómeno, se complementan entre ellos. El desarrollo para ellos es un lenguaje de poder que aliena completamente a aquellos que están en esa dinámica, los somete y los desposee de su identidad histórica para presentarles una imagen insostenible de ellos mismos, cargada de connotaciones negativas en términos de retraso o inadaptación.

En esta perspectiva, es la configuración misma de los problemas a través del discurso dominante la que constituye “el problema”: por ejemplo la salida de la pobreza es definida según criterios a partir de los modelos de crecimiento occidentales para reducir el “gap” en términos de rentas monetarias. La identidad de una población con débiles rentas, pero caracterizada por una fuerte cohesión social, podría ser definida en términos de marginalidad y de situación de inferioridad. La diferencia no puede ser analizada más que en términos de retraso en relación al modo de producción y consumo de la población más avanzada. La corriente del “posdesarrollo” reconoce que las demandas de cambio de estas poblaciones son reales, pero es una demanda de cambio dominada, donde se reúnen la herencia del pasado y la incorporación de elementos susceptibles de mejorar la calidad de vida⁴⁶⁹.

A pesar de tener una creciente audiencia, a finales de los años noventa comenzaron las reacciones contra las posiciones de la corriente del “posdesarrollo”. La característica común de estos argumentos es la de afirmar que las críticas realizadas por la corriente del “posdesarrollo” contra el desarrollo son injustificadas, inapropiadas, sin originalidad, ya que ven al “posdesarrollo” como un bloque homogéneo y lo confunden con la teoría de la modernización. Según ellos esta teoría está desacreditada hace tiempo y que hay una gran riqueza de pensamiento sobre el desarrollo. Otra de las críticas más importantes va dirigida contra la importancia que reviste en la corriente del “posdesarrollo” la idea de la explotación del Tercer Mundo por los países industrializados. Kiely⁴⁷⁰ afirma en este sentido que los países del Tercer Mundo no sufren de la explotación sino la marginación de la economía mundial.

Por otro lado, la alternativa moralizante preconizada por los partidarios del “posdesarrollo”, presenta a los “actores de la base” como porta-

⁴⁶⁹ Peemans, J. Ph. (2002): op. cit. p. 233.

⁴⁷⁰ Kiely, R. (1999): The lost refuge of the noble savage? A critical assessment of post-development theory, en *The European Journal of Development Research*, Vol. 11, nº 1.

dores de una ética de la solidaridad que es el antídoto y la alternativa en la lógica de la dominación y del apetito de lucro como base del modelo dominante. Esta perspectiva que presenta a los actores de base como víctimas, le reprochan sacralizar “un estado idílico de las comunidades”⁴⁷¹. Efectivamente, para estos críticos del “posdesarrollo” estas comunidades no existen y por tanto hay una contradicción en presentarlas como actores y como víctimas. Se las presenta como víctimas porque son vistas como actores de una tradición vista como el anverso positivo de una modernidad conquistadora impuesta desde el exterior. Para esta corriente opuesta al “posdesarrollo”, los actores de base están bien presentes y sus valores no son los valores de la tradición comunitaria, sino que ellos intentan insertarse en la modernidad, hay en ellos una demanda de la modernidad que se efectúa a través de prácticas de “mestizaje”, de apropiaciones de símbolos de la modernidad y de inserción por todos los medios en la lógica de la modernidad.

Pero, como apunta Peemans⁴⁷², la contribución de la corriente del “posdesarrollo” debe ser vista no como un punto de llegada, sino como un punto de partida para renovar el análisis de los procesos reales de desarrollo y para sacar a la luz los intereses de los conflictos ocultos por las variantes de las diversas ideologías dominantes en el desarrollo. Las críticas al “posdesarrollo” pretenden sobrepasarlo y reinventar los “camino universales de la modernidad” que es precisamente la visión dominante del desarrollo occidental desde hace siglos. No obstante, habrá que cuestionar ciertas posiciones de la corriente del “posdesarrollo” que limitan su contribución a una comprensión de los intereses que pone de relieve. Por ejemplo, la mayor parte de actores del “posdesarrollo” tienen tendencia a aislar el desarrollo como una categoría aparte que tendría sus reglas y normas de elaboración, sus propios actores y que este conjunto gozaría de una autonomía importante para imponer sus concepciones y sus imperativos a aquellos a los que quiere desarrollar. Es como si el mundo del desarrollo fuera una nebulosa independiente compuesta por universitarios, funcionarios internacionales, expertos de todo tipo, gestores y evaluadores de proyectos, voluntarios de ONG, un pequeño mundo que elaboraría, aplicaría sobre el terreno e impondría a las poblaciones todas representaciones y las acciones que no responderían a las necesidades de la población, sino que en la mayoría de las ocasiones contribuirían a lo

⁴⁷¹ Nederveen Pietersee, J. (2002): *After Post-Development*, en *Third World Quarterly*, Vol. 21, n° 2, citado por Peemans J. Ph. (2002): op. cit. p. 238.

⁴⁷² Peemans J. Ph. (2002): op. cit. p. 245.

contrario. Esto es una visión irrealista e insuficiente del desarrollo en términos de ideas y de actores.

Con esto, Peemans⁴⁷³ arguye que como se ha demostrado las diferentes concepciones del desarrollo no se pueden separar del contexto histórico en el que han sido elaboradas. Precisamente porque el pensamiento dominante sobre el desarrollo era el reflejo de una panoplia de actores dominantes de los sistemas de poder político y económico a escala mundial. Ejemplos históricos no faltan, así Peemans señala el paralelismo que existe entre la teoría de la modernización y las políticas que ha inspirado. En un principio estaba asociada a la “doctrina Truman” elaborada en 1949, y traducía los intereses de los principales actores del Estado y los grandes grupos industriales y financieros norteamericanos. De la misma forma que el “desarrollo” estaba en primer lugar y era una componente de estrategia que aseguraba la hegemonía de esta coalición de actores, el “containment” era el reverso en los países del Este, y la puesta en marcha de la “economía de mercado abierto” en Europa era la tercera. En los años setenta la doctrina de la “interdependencia” y de las “necesidades fundamentales” elaboradas por el Banco Mundial bajo la presidencia de Mac Namara era un elemento de una estrategia global, política, militar y económica, con la intención de someter los movimientos de base campesina en los países del Sur y mantener la hegemonía de los Estados y los nuevos actores económicos dominantes en el Norte. La doctrina de ajuste, a partir de los años ochenta, no ha sido más que un elemento de la contraofensiva política, militar y económica de las facciones más conservadoras del Norte en contra a la vez de los países nacionalistas del Sur y los países del Este. De la misma forma que la ola de operaciones militares de tipo humanitario de los años noventa que se ha convertido en un instrumento de injerencia con perspectiva global para reconstruir el Sur, según las nuevas coaliciones de los actores políticos y económicos “globales” una vez que el hundimiento de las regiones del Este suprimió toda posibilidad de inventar “otro desarrollo”.

Afirma Peemans que, modernización, interdependencia, ajuste, humanitarismo, son elementos del cuadro tan poco mágico de las doctrinas del desarrollo después de medio siglo, y no pueden ser disociadas de la evolución de las estrategias de los actores políticos y económicos dominantes a escala internacional. No se puede confundir los estados mayores con los ejecutantes como han sido las agencias del desarrollo.

⁴⁷³ Peemans J. Ph. (2002): op. cit. p. 244-245.

No se puede olvidar tampoco que los “pensadores” del desarrollo no han tenido acceso a las decisiones más que en la medida en que su discurso estuviera en consonancia con los intereses estratégicos del momento.

En este punto de la explicación, en cuanto a la determinación de los discursos de los actores (macroactores diríamos) que intervienen el “intercambio ecológico desigual” dentro de la escena del desarrollo propuesta por los organismos internacionales, es del todo necesario identificar los campos de acción y los conflictos que surgen en función de la concepción del desarrollo. Estos actores pueden ser responsables políticos, operadores económicos, instituciones y organizaciones de la sociedad civil, segmentos sociales de la población o categorías socioprofesionales, más o menos implicados directa o indirectamente en un problema y la búsqueda de una “solución” al desarrollo. Es decir, los actores se sitúan en cualquier nivel de la acción (política, social y cultural) desde el nivel macro al nivel microsociológico.

En el caso del desarrollo sostenible el proceso de su creación y legitimidad por parte de los macroactores a nivel internacional supone la introducción de lo que F. Debuyst⁴⁷⁴ denomina una “ficción” o invención. Con respecto a esto, F. Debuyst señala que existen numerosas ficciones. Una de ellas podía estar representada por la cadena siguiente: el desarrollo sostenible ha sido “inventado” por los expertos de una instancia especializada de las Naciones Unidas; su definición es lo suficientemente atractiva y legitimada como para figurar en la agenda de las grandes reuniones internacionales y servir de cuadro en los acuerdos entre los Estados, en los que se fijan los deberes y derechos en asuntos medioambientales; los Estados firmantes incluyen estos principios en las medidas nacionales; éstas, al mismo tiempo, inspiran o se reflejan en programas regionales que los municipios más activos se apresuran concretizar, sin olvidar de incluir en sus proposiciones la palabra clave de la “participación” de la población, ya sea en la consulta previa a través del establecimiento de un consejo consultivo o de una intervención en las fases de ejecución. En esta ficción, prosigue Debuyst, el desarrollo sostenible no es más que un conjunto de medidas concernientes al medio ambiente y que responden a la perspicacia de los expertos y de los políticos que descien-

⁴⁷⁴ Debuyst, F. et alter (2001): *Acteurs, stratégies et logiques d'action* en Debuyst, F., P. Defourmy et H. Gérard (eds) (2001): *Savoirs et jeux d'acteurs pour des développements durables*, Louvain-la-Neuve (Belgique), Bruylant -Academia. Debuyst usa el término francés “fiction” para designar representaciones que contienen una parte de aportaciones arbitrarias de carácter intelectual, que dan una imagen parcial o falsa de la realidad, p. 116.

den desde arriba hacia abajo. En el mejor de los casos, podría combinarse con la ficción del “desarrollo humano” que también proyectan las esferas internacionales, incluyendo programas concernientes a la pobreza, la salud, la educación, las mujeres y que pone por delante los valores democráticos, el reforzamiento de los poderes locales y el respeto a las identidades. En este escenario, los dos conjuntos (medio ambiente y desarrollo humano) representarían la parte no económica del desarrollo sostenible, donde los agentes o instituciones actúan cada uno en su esfera y no tienen en común un proyecto de desarrollo.

A modo de conclusión y buscando un planteamiento más en consonancia con lo sociológico, Debuyst propone categorías de análisis referidas más particularmente (en primer momento al menos) a la realización de un proyecto-programa de desarrollo a nivel local o micro regional. Aunque esta forma de análisis se parece también a una ficción, puesto que presenta también una parte arbitraria en la medida que postula una relativa unidad y autonomía territorial, pretendiendo que el territorio sea un espacio “socialmente definido” con anclajes propios: demográfico, cultural, que concierne a medio físico, las condiciones materiales de existencia y la densidad de lazos sociales. El lugar-territorio puede servir de “ideal tipo”, aunque la identidad no puede ser más que parcial, puesto que las poblaciones son móviles, abiertas a otras identidades que se proyectan en otros espacios, etc.

A tenor de esto, el emplazamiento de los actores y sus estrategias en relación con los recursos están en función del contexto sociológico donde actúan, así siguiendo a F. Debuyst se puede establecer una estrategia de desarrollo poniendo sobre la mesa de la investigación⁴⁷⁵: los actores, es decir, individuos y grupos que intervienen y están implicados en objetivos de la acción ya sea a través reacciones y decisiones positivas o negativas. Así se incluirían (gráfico 5).

- “Los actores institucionales” que basan su acción en una autoridad legítima (poderes políticos en diferentes niveles) y/o un poder acordado en un cuadro institucional reconocido (dirección de instituciones religiosas, educativas, económicas y sociales).
- “Los actores no institucionales” serían aquellos que no están legitimados por un poder institucional y que pueden constituirse en colectivos, agrupaciones, etc. (comités de defensa, asociaciones de barrio o comunitarios).

Estos actores dirigen sus acciones (tanto en las fases de predecisión,

⁴⁷⁵ Debuyst, F. et alter (2001) : op. cit. pp. 117 y ss.

– La estrategia es definida como la concepción y la actualización del modo de combinar los recursos en función de un fin u objetivo. La estrategia implica: 1º) la selección del teatro o teatros de operaciones (territorios, espacios); 2º) la determinación de las etapas y un escalonamiento de las decisiones/acciones en el tiempo; 3º) anticipación a las acciones de los oponentes y las capacidades de reacción a las acciones (juego de actores); 4º) valoración de lo conseguido (y la recuperación frente a las pérdidas). No obstante, Debuyst distingue entre estrategias relacionales y estrategias de realización; las primeras responden a las opciones y lógicas de intervención/acciones que conciernen a los actores (directamente implicados, aliados u adversarios), las segundas conciernen a la vías y contenidos de las realizaciones para prosecución de los objetivos.

– Los recursos que se encuentran en el centro del esquema, comprenden los aspectos materiales, financieros e inmateriales (conocimiento, posiciones de poder, etc.). Al mismo tiempo, los “coadyuvantes” (colaboradores) y los “opponentes” los refuerzan o los debilitan; éstos no tienen que ser sólo actores, también pueden ser las condiciones del contexto que influyen en el proceso de las acciones, por ejemplo la coyuntura económica, los cambios de política del Estado, catástrofes climáticas, etc.⁴⁷⁶.

Para Debuyst, está claro que a pesar de haber expuesto estos planteamientos en un solo eje, éste está supeditado a un fin pedagógico. Aunque se ha partido de los actores hacia los objetivos haría falta designar otros ejes que divergen, sea momentánea o definitivamente, para llegar a objetivos distintos a los que se habían consensuado desde el punto de partida. Los actores no forman una unidad, pueden tener percepciones diferentes y pueden sufrir presiones de los colaboradores o de los oponentes. De la misma forma que los objetivos pueden ser alcanzados de forma positiva, también puede haber objetivos no alcanzados o alcanzados de forma incompleta por el efecto de factores adversos. La cohesión de los actores el principio sobre el riesgo puede verse modificada en el desarrollo de la acción.

Como indica P. Defourmy⁴⁷⁷, los actores están marcados por su contextualización espacial-temporal (topológica y cronológica) y se sitúan más o menos en las dinámicas de los grupos sociales a los que pertenecen. Sus estrategias de acción se definen por un lado por su o sus “teatros de ope-

⁴⁷⁶ Debuyst, F. (2001) : op. cit. p. 119

⁴⁷⁷ Defourmy, P. (2001) : Espace et temporalité pour une analyse multidisciplinaire de jeux d'acteurs, en Debuys, F., P. Defourmy et H. Géreard (eds) (2001) : Savoirs et jeux d'acteurs pour des développements durables, op. cit. p. 169. Louvain –la-Neuve (Belgique), Bruylant –Academia, p. 169.

raciones” y por un escalonamiento de las etapas en el tiempo. Para analizar las acciones de los actores en el contexto del desarrollo sostenible, el observador deberá seleccionar un nivel de observación que pretende escoger, pues no existe un desarrollo sostenible válido para todos y todas las escalas. El desarrollo no tiene sentido más que en relación con los actores necesariamente situados en el espacio y en el tiempo, en tanto que proyecto (se entiende el desarrollo sostenible) de diversos actores.

Esta estructura esquematizada nos sirve de guía a la hora de analizar las acciones en torno a los procesos de desarrollo, más cuando en torno al planteamiento de un desarrollo sostenible se están articulando planteamientos legitimadores del sistema capitalistas a partir de la “justificación” del “intercambio ecológico desigual”.



2ª PARTE:
**UNA MUESTRA DE LAS TENDENCIAS
DE LOS ÉNFASIS SOCIOLOGICOS
RESPECTO A LA SOSTENIBILIDAD**

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1.- Marco conceptual para un desarrollo humano y ecológico.- Andrés Yurjevic Marshall.

CAPÍTULO 2.- Las nuevas teorías del subdesarrollo: El paso de las teorías del subdesarrollo a los análisis contemporáneos de los estudios afroamericanos y neocoloniales.- Blanca Muñoz.

CAPÍTULO 3.- Las bases sociológicas de la agroecología y desarrollo rural sustentable.- Eduardo Sevilla Guzmán.

CAPÍTULO 4.- Redes para mejor vivir, Más allá de los dilemas del desarrollo local.- Tomás Rodríguez Villasante.

**CAPÍTULO 5.- Capital Social y desarrollo económico.-
Francisco Herreros Vázquez.**

**CAPÍTULO 6.- Capital social y desarrollo en zonas
rurales.- Eduardo Moyano Estrada.**

**CAPÍTULO 7.- Desarrollo y reestructuración social:
Reflexiones a cerca del desarrollo local en áreas
rurales.- Luis Camareno Rioja y Manuel Fernández
González.**

**CAPÍTULO 8.- Sobre los costes sociales y ecológicos de
la alimentación actual.- Ernest García.**

INTRODUCCIÓN



Es a partir de los años noventa cuando se plantea en la investigación sistemática en los “procesos reales” de desarrollo, siendo la corriente “neopragmática” la que propugna este planteamiento que permite una renovación de los estudios del desarrollo y la afirmación de su plaza en el contexto de las ciencias sociales. El “llamado realismo social crítico” pretende abordar la interrelación entre estructuras y la diversidad de prácticas de los actores tanto en el tiempo como en el espacio.

Las reacciones de la población ante los ajustes que provoca el proceso de globalización a sus condiciones y medios de vida, la fragmentación social y sus diversas manifestaciones en forma de anomía, de violencia y de marginación no condenan a la pasividad a la mayoría de las poblaciones afectadas, sino al contrario, aunque hay situaciones sociales donde las poblaciones se encuentran aplastadas por los choques de este proceso.

Una cuestión que sorprende a los observadores del desarrollo es la capacidad de iniciativa de las poblaciones frente a la crisis económica y del Estado. Aunque ya no existe una visión de los grandes movimientos sociales que pretendían conquistar el Estado, son la mejora de las condiciones de vida inmediatas a nivel local las que se convierten en el proyecto principal.

Recientemente, como afirma Peemans, son muchos los estudios realizados desde el punto de vista interdisciplinar del desarrollo que muestran las nuevas formas de resistencia, nuevas iniciativas, donde lo local y lo comunitario juegan un papel central. En este sentido la visión del desarrollo gira sobre las microrrealidades, sobre las iniciativas de sobrevivencia y defensa de su medio de vida. Poblaciones marginalizadas de forma provisional o definitiva se muestran capaces de inventar formas de vivir juntos en lo concerniente a la gestión de los recursos. Las economías de “gestión local” como señalan Laurent y Myssens¹, víctimas de la acumulación desregularizada, toman iniciativas para su supervivencia e inventarse su propio desarrollo y desmienten la visión simplista y reduccionis-

¹ Laurent, P. J. (1995): *Les pouvoirs locaux et la décentralisation au Burkina Faso*, Louvain-la-Neuve, Cahiers du CIPEP, n° 26. Nyssens, M. (1994): *Quatre essais l'économie populaire urbaine: le cas de Santiago du Chili*; Louvain-la-Neuve, CIACO. Citados por Peemans (2002): op. cit. p 392.

ta del mundo presentada por el pensamiento dominante. Estas realidades deben valorarse al nivel de las realidades vividas en las megápolis, en las ciudades, en los pueblos de Sur y en parte del este de Europa. Al mismo tiempo en el Norte ciertas prácticas de sobrevivir han aparecido en el contexto de las sociedades de consumo de masas, donde se combinan actividades informales con subsidios legalmente distribuidos. Lo que es realmente importante, señala Peemans, es la traslación y la importancia de lo local en la cristalización de estas nuevas formas de pobreza en ciertos barrios urbanos en crisis, en ciertas regiones en vía de industrialización rápida, en los suburbios donde se concentran las poblaciones de inmigrantes, así como los pueblos desertificados como la consecuencia de la modernización brutal de la agricultura.

Dado lo extenso que pudiera ser un planteamiento en términos de sostenibilidad de la capacidad de iniciativa de las poblaciones, como respuesta al proceso desequilibrado al que le somete la globalización, en esta segunda parte presentamos varios trabajos que pudieran constituirse en un muestrario de los objetos de análisis a los cuales se dirige la “sociología del desarrollo” ante la perspectiva de la organización y resistencia de la población, donde lo local y lo comunitario juegan un papel central.

La pretensión con esta exposición es desplegar modelos interpretativos, tanto al plano macro como a escala local de la acción colectiva, con objeto de que posibiliten una comprensión de las formas y dinámicas sociales en términos multidimensionales. Desde la perspectiva de los agentes, sobre todo, y en la dinámica que señala Guiddens a partir de su “teoría de la estructuración”. Se trata de superar la oposición entre estructuras y acciones al introducir el concepto de “dualidad estructural”, que supone que el individuo es el resultado pero también productor de estructuras, de acuerdo también con el concepto de “agente social” como lo concibe P. Bourdieu: “el hombre solo puede ser entendido como ser social, como producto y productor de la realidad social a través de las guías normativas de la acción”².

Así la articulación entre lo macrosociológico y el ámbito de la acción en lo local pasa por planteamientos que condicionan la acción de los agentes a partir de modelos y conjuntos normativos que relacionados con la justicia medioambiental, y los derechos a participar en los beneficios

² Véase el texto de González Fernández, M. T. (2006): Las perspectivas de los agentes sociales ante cuestiones medioambientales: Elementos para su composición, en Camarero, L. A. (2006): Medio Ambiente y sociedad. Elementos de explicación sociológica, Madrid, Thomson, p.219 y 222.

que reporta las situaciones de bienestar a las poblaciones marginadas desamparadas por los modelos de desarrollo impuestos por las clases dominantes del Norte opulento³.

Casi todos los trabajos que se presentan en esta segunda parte nos llevan a la última comunidad epistémica de Sachs, es decir, a lo que él llama “perspectivas domesticas”, donde el desarrollo sostenible depende de los medios de vida locales. En el sentido de que el desarrollo sostenible, en esta perspectiva, no se refiere a las excelencias económicas ni a la estabilidad de la biosfera, sino de los medios de supervivencia de las comunidades locales. Desde este ángulo, la primera causa de la degradación medioambiental es el superdesarrollo y no una distribución ineficiente de los recursos ni la proliferación de la especie humana. El objetivo aquí son los fines y la estructura del desarrollo, al que se considera una fuerza de la descapacitación de las comunidades en el Sur, una fuerza reductora en el Norte, y un elemento medioambientalmente perjudicial en ambos casos. El desarrollo sostenible es sospechoso de ser un oximoron; en uno u otro sentido, los esfuerzos prácticos y teóricos persiguen alternativas al desarrollo económico. Es más, solo en esta perspectiva la crisis de la justicia figura destacadamente en el debate. Desde esta perspectiva se hace un llamamiento al Norte para que reduzca la carga medioambiental que endosa a otros países y para que pague su deuda ecológica acumulada durante siglos por el uso excesivo de la biosfera. Así el principal escenario para el ajuste ecológico no es ni el hemisferio Sur ni el mundo entero, es exclusivamente el Norte. Lo que se pretende es reducir los efectos globales del Norte hasta donde llega su responsabilidad doméstica. Por tanto la perspectiva doméstica se resiste a sobrestimar en la revisión de los objetivos más que en la revisión de los medios (en los países industriales)⁴.

Así los textos que presentamos en esta Segunda Parte traducen las tres grandes directrices de los estudios sobre el desarrollo de las comunidades locales:

- 1º) La interdisciplinarietà obligada de los estudios sobre el desarrollo.
- 2º) La perspectiva a partir de las experiencias en desarrollo desde el Norte y el Sur.

³ Véase el artículo de Sevilla Guzmán, E. y G. Woodgate (1997): Desarrollo rural sostenible de la agricultura industrial a la agroecología en la perspectiva domestica, en Woodgate, G. (1997): Introducción en Reddift, M. y G. Woodgate (1997): Sociología del medio ambiente, Madrid, McGraw Hill, p XXI.

⁴ Sachs, W. (1997): Desarrollo Sostenible, en Reddift, M. y G. Woodgate (1997): op. cit. p. 72-73.

3º) La flexibilidad de reflejar lo macro en lo microsociológico y viceversa.

Son ejemplos, aunque con planteamientos no homogéneos, de interdisciplinariedad desde el Sur para el abordaje del concepto de desarrollo sostenible o sustentable (en el lenguaje latinoamericano) de base humana y ecológica. Para Jurjevic además, la economía es la disciplina que ha dado criterios para un manejo eficiente de los recursos escasos (punto de vista macro) y la forma en que la empresa maximiza su utilidad y la familia su bienestar (punto de vista micro). La fuerza de este tipo de desarrollo, frente a la incapacidad de la sociedad política y científica, radica en apoyo de la sociedad civil en forma de movimientos ecologistas, instituciones de base como se ha demostrado en las experiencias latinoamericanas. Después de analizar las contribuciones de las cuatro escuelas de pensamiento económico y que juegan un papel en el destino de América Latina (la economía ecológica, la economía de la vida real, el neoestructuralismo, el neoliberalismo), la propuesta de Jurjevic aun reconociendo que pueda existir un alto grado de fertilización entre ellas, es original y sorprendentemente gratificante para la legitimación de interdisciplinariedad, cuando incluye el planteamiento psicosociológico desde las necesidades humanas hasta el desafío de poner la economía al servicio de aquellas como base del desarrollo humano y ecológico.

Desde el ámbito cultural, el texto de Blanca Muñoz nos presenta las variaciones interpretativas de los análisis sobre la perpetuación del subdesarrollo y como se ha pasado de una postura darwinista de principio a un neodarwinismo. Nos muestra un esbozo de las concepciones del Norte sobre los "otros pueblos", desde los planteamientos de los teóricos de la modernización pasando por las teorías de la dependencia, pasando por la interpretación del subdesarrollo en la era posmoderna, y sobre todo incidiendo en los estudios afroamericanos y los análisis neocoloniales, hasta la concepción del desarrollo sostenible.

El trabajo de Sevilla Guzmán nos lleva a la interdisciplinariedad a través de la Agroecología. Aunque parte de la dimensión técnica, las variables sociales funcionan para comprender la dimensión entrópica del deterioro de los recursos naturales en los sistemas agrarios que han sido creados a lo largo de la historia, es decir, la coevolución de sistemas históricos agroasociados. Desde el Sur (y principalmente de Latinoamérica) nos vienen los principales aportes de la agroecología y su contribución a la definición de la sostenibilidad a partir de los movimientos sociales urbanos y campesinos. Su incursión teórica en el pensamiento científico

convencional muestra las aportaciones de las ciencias sociales que configuraron las herramientas a partir de las cuales se implementan los estudios sobre el desarrollo rural. Analiza desde un punto crítico la evolución de los recursos naturales en las distintas formas históricas hasta llegar al nuevo modelo de desarrollo rural a partir del “pensamiento alternativo”. Definiendo dicho pensamiento como el conjunto de propuestas que se enfrentan al modelo productivo agroindustrial. Esto supone la consolidación de una perspectiva neonanorealista y marxista heterodoxa, producto de la crítica a la desorganización social de las comunidades rurales en el proceso de privatización, mercantilización y científicización que introduce el capitalismo.

Desde lo macro a lo micro, la perspectiva de Rodríguez Villasante nos alecciona sobre la constitución de redes sociales que contribuyen a crear alternativas y proponen prácticas innovadoras para la transformación de lo local y cambiar lo global. Así su estudio nos guía hasta las redes internacionales de pensamiento/acción nacidas sobre todo a partir de Río y la constitución de foros sociales mundiales, donde se constituyen nuevos valores a escala internacional y la panoplia de grupos en acción. Para pasar después a las redes regionales de economías reestructurales (ejemplo de Kerala) o de grandes ciudades (Porto Alegre) y las redes asociativas populares, ya que no podrían existir las redes populares ni las internacionales si no estuvieran apoyadas en redes basadas en las experiencias locales a nivel micrológico, donde predominan las redes de amistad, familiares o de vecindad, es decir, el foro del primer peldaño de los “conjuntos de acción” de las agrupaciones en red. En un segundo momento, la sociología “militante” propone soluciones para que las redes de tipo local, regional o internacional funcionen y sean conjuntos de acción a favor de la ciudadanía, para ello es preciso una reproducción de las conductas que faciliten los cambios de unas redes a otras, de unos momentos más pragmáticos a otros más ideológicos, del proceso de lo instituyente a las conquistas en lo instituido y viceversa. Lo importante es establecer metodologías participativas de los “conjuntos de acción” para reforzar las potencialidades de las iniciativas individuales y grupales, como forma de resistencia ante la precariedad y la marginación que provoca el proceso de globalización.

En el mismo sentido, el empleo de una “nueva variable” como es del concepto de “capital social” para el análisis de las dinámicas de desarrollo es tratado por E. Moyano y F. Herreros.

En el caso de Herreros pone en evidencia los análisis empíricos sobre los efectos de capital social a nivel internacional y los mecanismos que le

vinculan con el crecimiento económico, es decir, los factores que determinan que ciertos niveles de capital social estén correlacionados con el desarrollo económico. Aunque el problema sigue siendo el de la casualidad entre variables económicas y capital social, para Herreros el mecanismo, que mejor vincula estas dos variables es la capacidad de confianza para solucionar problemas de acción colectiva.

Moyano nos ilustra sobre el carácter polisémico de capital social, explicando como ha sido definido de modo diferente desde diversos enfoques teóricos de la sociología, comentando algunas dimensiones del capital social, concluyendo que este marco es útil para analizar los procesos de desarrollo económico. A partir del planteamiento de M. Woolcock, Moyano nos señala el mérito que tiene el dar una entrada a los aspectos sociopolíticos desde una aproximación multidisciplinar en los problemas del desarrollo de las zonas rurales.

También dentro de la perspectiva sociológica y teniendo en cuenta las transformaciones de las zonas rurales del Norte, y más en concreto de España, L. Camarero y M. Fernández nos ponen en la senda de los “intangibles económicos” que tienen una articulación con la puesta en valor de lo local, en el rescate de los elementos patrimoniales e históricos, en la incorporación de las entidades comunitarias y en el fortalecimiento de las redes sociales. Todo esto llega a tomar valor en función de los procesos de asimilación de los valores posmodernos (cambio cultural) generados a nivel global. Después de un recorrido por las interpretaciones teóricas sobre los cambios sociales en las áreas rurales, observando la “nueva oportunidad” económica de estas áreas justifica la permanencia de economía posproductivista (economía de significados) en términos de multifuncionalidad, no en función de la que ha venido llamándose capitales intangibles, sino de la importancia de los elementos simbólicos, relacionales (redes sociales) e institucionales (intervención del Estado). En el escenario de los modelos, patrones, intereses y prácticas diversas pone sobre la mesa la convivencia y el conflicto en una ruralidad movilizadora e itinerante. Ante esta panorámica, la cuestión es como interactúan los distintos actores en el seno de una sociedad que se encuentra a su vez sometida a un profundo proceso de individualización, pero que a su vez se reconoce una fuerte homogeneización de determinadas fracciones de las sociedades locales que desborda lo local.

Ernest García, desde una perspectiva más concreta de la sociología ecológica como es la sociología de la alimentación, expone la importancia de los impactos sociales y ecológicos de la dieta actual, incidiendo en sus costes. La producción, distribución y consumo de comida constituye

uno de los hechos sociales universales a lo largo de la historia de la humanidad. En la actualidad la provisión de comida ante el crecimiento demográfico es una cuestión de primera magnitud a nivel mundial, sobre todo en el Tercer Mundo. Sin embargo, en las sociedades postindustriales de los países del Centro, donde la alimentación es abundante, ha convertido a la sociología de la alimentación en un asunto menor. No obstante, el análisis sociológico en estas últimas apunta a nuevos referentes (a la tensión entre lo local y lo global, a dimensiones interterritoriales e interregionales de la desigualdad, etc.). El texto de Ernest García, en suma, reafirma el desarrollo de los estudios sociológicos de la alimentación dentro de la sociología ecológica.

José Antonio Pérez Rubio
Coordinador

MARCO CONCEPTUAL PARA UN DESARROLLO HUMANO Y ECOLÓGICO

*Andrés Yurjevic Ph.D.
Economista chileno, Ph.D. de la Universidad
de California, Berkeley.*

"El proceso de desarrollo es un esfuerzo consciente de aprendizaje que está íntimamente ligado a la búsqueda de lo nuevo, lo mejor y lo innovativo".

La presente década representa para América Latina un desafío singular, pues no sólo debe superar los negativos efectos de la "década perdida", sino que tiene que crear las bases de un nuevo patrón de desarrollo y fortalecer a las instituciones responsables de su implementación.

Si bien durante la década pasada el neoliberalismo no tuvo contrapeso para imponer su política económica como visión del desarrollo, existen hechos que llevan a pensar que este cuadro variará sustantivamente a lo largo del último decenio del siglo veinte. La importancia de los problemas sociales generados o agudizados en la década anterior ha abierto camino a planteamientos que pretenden compensar el costo social generado, como es el caso de la propuesta neoestructuralista de CEPAL denominada "La Transformación Productiva con Equidad".

Simultáneamente ideas ligadas a las escuelas denominadas economía ecológica y economía de la vida real han enriquecido la cantidad y calidad de políticas disponibles para enfrentar con decisión y claridad los problemas que impiden un desarrollo humano y ecológico. Estos planteamientos han influenciado, por ejemplo, las agendas de trabajo construidas a propósito de UNCED 92 y el encuentro denominado Cumbre de la Tierra, en Río de Janeiro. En dichas agendas se plantearon tareas en distintos ámbitos y a diversos niveles, las que han recibido el respaldo de la sociedad civil y política en los más diversos países e instituciones de carácter mundial.

Una mirada atenta a las políticas económicas que están llevando a cabo los gobiernos de la región muestra que se ha ido abandonando un neoliberalismo extremo para intentar la puesta en práctica de políticas eclécticas. Existen no pocos casos en que se aprecia la influencia del neoestructuralismo y los primeros indicios de que existe la voluntad de comprender más a fondo los contenidos de los planteamientos humanos y ecológicos, para integrar sus contribuciones de modo tal que se puedan diseñar estrategias de desarrollo sustentables y equitativas.

En el ámbito económico se observan transformaciones que demuestran que hay una intención de cambio más o menos generalizada. Mientras el estatismo se bate en retirada emerge una capacidad empresarial dispuesta a competir en el mercado internacional, para lo cual ha debido basar su rentabilidad en la eficiencia y en la innovación tecnológica y no en el proteccionismo. Sin embargo, existe el reconocimiento de áreas en las cuales el mercado no entrega las señales adecuadas y, que por tanto, no es un buen mecanismo para la toma de decisiones sobre materias relativas a la redistribución de los ingresos y aquellas de carácter ecológico. Adicionalmente, los diversos tipos de instituciones sean estatales, privadas con o sin fines de lucro se plantean la necesidad urgente de la modernización.

Por otra parte, nunca como ahora las diferencias entre nuestros países y sus economías fueron mayores y, sin embargo, esto no ha sido una barrera para acrecentar el comercio intrarregional. Cada día aumentan los acuerdos comerciales entre dos o más países, tejiéndose así una red de vínculos muchísimo más sólida que la que existió en los tiempos en que la integración latinoamericana tuvo su mayor apogeo¹.

En el plano político también se verifican avances, siendo tal vez lo más importante la capacidad de gobernantes democráticamente elegidos de tomar decisiones complejas, no siempre populares aunque lamentablemente necesarias. Lo anterior habla bien de quienes asumen sus responsabilidades y de los pueblos que sufriendo los efectos de las medidas de ajuste han entregado su apoyo a quien ha debido aplicarlas. Adicionalmente pareciera emerger una fuerte tendencia a aislar la corrupción y a castigar la ineficiencia e inconsistencia del caudillismo y clientelismo político.

En el aspecto institucional esta búsqueda de un nuevo enfoque al desarrollo ha hecho sentir la necesidad de dotar a la sociedad de instituciones capaces de realizarlo y, en el caso de las que promueven el desarrollo a nivel de base se observa una motivación por trascender las fronteras geográficas para aprender de experiencias exitosas, e incluso más, construir agendas de trabajo a nivel regional o subregional para superar la pobreza y enfrentar adecuadamente el deterioro medioambiental. El Centro Latinoamericano de Desarrollo Sostenible (CLADES) es un buen ejemplo que avala lo señalado².

El contexto comentado nos permite afirmar que gradualmente crecen las fuerzas sociales y políticas en los diversos países de América Latina que se plantean un auténtico proceso de búsqueda respecto de su desarrollo. Particularmente en los países que se ha superado la etapa del ajuste

económico se aprecian signos reales de querer abordar el tema de la equidad. Paralelamente también se observa una preocupación motivada por el impacto político o económico que han adquirido ciertos problemas medioambientales. Estos hechos generan la sensación de que la sociedad política es influyente en sus formas de concebir el desarrollo, lo que sin duda es un estímulo a la creación para las diversas escuelas de pensamiento relativas al desarrollo y para las disciplinas que lo nutren de contenido conceptual y operativo.

Este artículo aborda las dimensiones centrales de un desarrollo basado en principios humanos y ecológicos que requiere de manera estratégica que se dé una significativa sinergia entre las políticas gubernamentales y la participación de la comunidad organizada. También intenta mostrar su factibilidad en la hora presente dado el nivel de desarrollo que han alcanzado las diferentes escuelas de pensamiento económico ya mencionadas y el rol protagónico que aún juega el neoliberalismo³.

I. UN DESARROLLO HUMANO Y ECOLOGICO (*)

A. Génesis del Concepto

Antes de adentrarnos en el contenido que encierra el concepto de desarrollo humano y ecológico, es necesario precisar que cuando se habla de desarrollo, comúnmente se entiende que se está haciendo referencia a lo que cualquier texto de economía denomina crecimiento económico. En este artículo interesa definir el desarrollo en términos generales como un proceso de transformación que experimenta una sociedad en la búsqueda de márgenes crecientes de libertad, bienestar y participación para su población; mientras que el crecimiento económico se entiende como un aumento constante en el producto per cápita, lo que permite deducir que el concepto de crecimiento es más restringido y de rango inferior que el de desarrollo.

Por otra parte, también conviene precisar que entre desarrollo y economía existe un vínculo vital, ya que la economía es la disciplina que da los criterios para un manejo eficiente de recursos escasos, y que permite comprender la forma en que la empresa maximiza su utilidad y la fami-

(*) Se utiliza el concepto de desarrollo humano y ecológico en vez de desarrollo sustentable por ser más funcional y preciso para la consecución de los objetivos del documento.

lia su bienestar. Estas conductas adquieren una especial dimensión cuando el desarrollo buscado intenta captar la imaginación de la gente para aliviar la pobreza en el marco de un medio ambiente equilibrado.

El concepto de desarrollo planteado no ha tenido un origen único, sino que por el contrario se ha ido construyendo con las contribuciones realizadas por vertientes teóricas diversas que han aportado a la comprensión y relación entre pobreza y deterioro medioambiental con estudios sobre temas específicos, evaluaciones empíricas, reflexiones y aportes conceptuales. No es extraño entonces que la lógica reduccionista perciba su conceptualización como algo difuso y carente de rigor analítico, más aún si lo que se intenta es cuestionar las bases científicas, morales y materiales del padrón de vida occidental.

De hecho, existe una significativa fuerza conservadora que no cree en este tipo de desarrollo, que responsabiliza a los pobres por su falta de superación y por deteriorar el medio ambiente, liberando de la responsabilidad que les cabe a las estructuras sociales y políticas. Este tipo de actitud impacta en los medios empresariales donde se observa la inquietud que se pudiese estar avanzando hacia una "dictadura ecológica". También dificulta que emerja una teoría económica ecológica que dé consistencia a un desarrollo que privilegie la equidad intra e intergeneracional.

Sin embargo, el conocimiento ya acumulado ha posibilitado la realización de procesos de síntesis que han permitido que se comience a formalizar una visión renovada sobre el desarrollo. Los aportes hechos por disciplinas diversas han permitido construir una mirada crítica y compartida sobre la capacidad que tienen los diversos ecosistemas de sostener una calidad de vida adecuada para una población aún en plena expansión⁴.

La fuerza de este tipo de desarrollo radica en el apoyo que le entrega la sociedad civil –representada por los movimientos ecologistas, las instituciones de desarrollo de base y por una opinión pública creciente– y en el rechazo implícito que manifiesta frente a la incapacidad de la sociedad política y la sociedad científica de ofrecer las oportunidades para que todos los seres humanos puedan acceder a un bienestar que no sea a costa del medio ambiente o de la degradación humana.

En este sentido se trata de una reacción que cuestiona la ética que mueve a los científicos y a los creadores de tecnología, quienes han subordinado el interés social a intereses económicos privados, y a una sociedad política que, además de haber perdido la perspectiva del futuro, ha mostrado signos preocupantes de corrupción e ineficiencia.

A pesar de que se habla de un planteamiento que se encuentra en una etapa incipiente de evolución, las preguntas que ha levantado han impac-

tado fuertemente en disciplinas como la economía convencional y ha cuestionado la viabilidad del estilo de vida que impera en el mundo desarrollado.

Un autor señala, a propósito del tema que nos preocupa, "que hasta el siglo XIV el hombre se percibía a sí mismo como un espejo del orden del cosmos, y veía a éste como un reflejo del complejo equilibrio interior de la vida humana. Pero al reemplazar la objetividad de la naturaleza por la intersubjetividad de la ley, se rompe la unidad entre hombre y naturaleza y se pierden las razones para garantizar la unidad misma del ser humano, lo que puede potenciar su imagen autodestructiva y proyectarla a la naturaleza"⁵.

También nos encontramos con comentarios que enfatizan que "la naturaleza es considerada en la estética medieval, como el ropaje con que se viste Dios para sugerir su presencia a los hombres. De este entorno, pleno de sentido y trascendencia, debiera surgir el entorno artificial creado por el hombre, en mutua dependencia y respeto. El hombre por su plasticidad puede integrarse al entorno artificial en armoniosa unidad. La pérdida del sentido estético explica la explotación de la naturaleza y la existencia de una ecósfera mutilada, corrupta y asfixiante. Se ha perdido el sentido del cosmos, es decir del orden. No sólo se ha perdido la capacidad de ver lo bello, sino también lo feo"⁶.

A pesar de lo señalado, existe un número creciente de instituciones privadas medianas y pequeñas que han defendido los contenidos de esta mirada actualizada del desarrollo y que han expresado claramente la voluntad de querer contribuir en la solución de los problemas, porque se sienten capaces para hacerlo. La firmeza con que han hecho sus planteamientos refleja una voluntad de no dejarse acallar con promesas simples o contentarse con un rol meramente decorativo. Por el contrario, lo que se verifica es que estamos viviendo un tiempo en que la sociedad civil ha superado a la sociedad política en cuanto a percibir un desarrollo insostenible en el mediano plazo y, que, por tanto, legítimamente exige ser un socio activo en un ámbito de la realidad que hasta apenas algunos años era un monopolio del Estado, de los Organismos Internacionales y de los Centros Académicos y de Investigación.

Lo más importante en la hora actual es entonces captar y guiar la evolución de la conciencia ciudadana que busca un desarrollo humano y ecológico, conciencia que se transforma en voluntad de acción al captar que la calidad de la vida actual no corresponde a sus expectativas y que no existen las instituciones que la hagan posible.

B. El Desarrollo Humano y ecológico y las Actuales Corrientes de Pensamiento Económico

Podemos decir que América Latina avanza hacia un desarrollo cada vez más justo y sustentable en la medida que los gobiernos de la región decidan incorporar sus postulados y recomendaciones en los diseños de políticas, y exista un movimiento articulado desde la sociedad civil que le fije prioridades y lo potencie con su creatividad. La política económica, si bien no es la única variable relevante, es la que mayor peso tiene en las decisiones relativas a la asignación de recursos, distribución del ingreso y creación de incentivos que premien a los agentes económicos que protejan los recursos productivos naturales. Tal como se señalara en la introducción de este artículo, los gobiernos de la región han ido modificando sus políticas para responder a las exigencias de la equidad sin comprometer las conquistas en materia de estabilidad macroeconómica. No hay razón alguna para pensar que no exista la voluntad de avanzar hacia el diseño de políticas que incorporen la dimensión ecológica, más aún si no hacerlo puede conllevar una sanción política. A la fecha son varios los Parlamentos que discuten leyes relativas a la protección del medio ambiente, en particular cuando la contaminación afecta intereses turísticos, la viabilidad de exportaciones o directamente la salud de la población.

Es un grave error partir a priori señalando quienes son defensores del medio ambiente y quienes son insensibles al mismo. Más productivo es partir por reconocer que existen aproximaciones diversas al tema y que un debate serio y documentado permitir que la dimensión ecológica forme parte integral de todas las escuelas de pensamiento económico.

A pesar de lo dicho, es usual y razonable que quienes trabajan en programas de desarrollo en comunidades pobres se hagan preguntas sobre las posibilidades reales que existen de avanzar por la senda de la equidad y de la sustentabilidad en un medio donde el neoliberalismo tiene un peso específico muy alto.

Lo señalado es de gran importancia si se comparte la hipótesis que establece que logros significativos en la lucha contra la pobreza y protección del medio ambiente sólo son posibles si existe un alto grado de armonía entre las políticas gubernamentales de desarrollo rural y urbana y las estrategias de desarrollo de base que nacen de las propias comunidades.

Intentemos ahora una mirada más profunda a cuatro escuelas de pensamiento económico que están jugando o podrían jugar un rol protagóni-

co en el destino de América Latina. Comencemos con la denominada economía ecológica, que está en su etapa inicial de formulación, pero que es heredera de una tradición de pensamiento que ya tiene algunas décadas. Luego presentaremos la contribución de la economía de la vida real. En tercer lugar sintetizaremos el pensamiento del neoestructuralismo, que está haciendo importantes aportes en materia de equidad, y finalmente abordaremos el neoliberalismo, cuya participación en el ajuste estructural le ha generado una actitud de rechazo que dificulta una lectura desapasionada de sus postulados.

a) *La Economía Ecológica*⁷.

En la figura 1 se muestran las disciplinas que constituyen su base conceptual y la lógica de integración entre ellas.

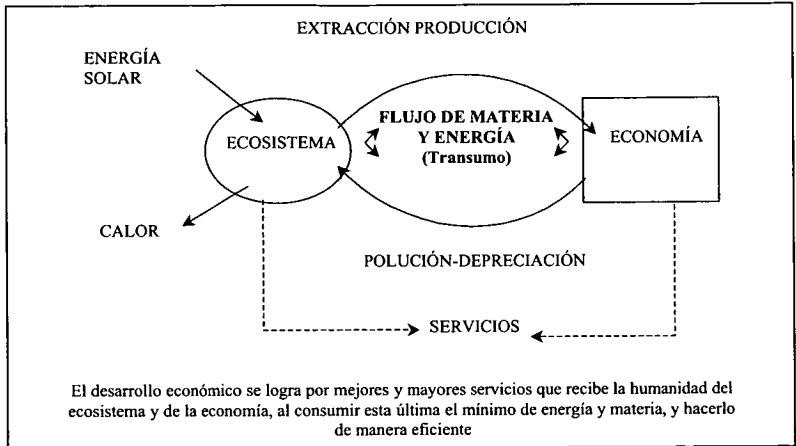
FIGURA 1
OBJETO DE ANÁLISIS DE LA ECONOMÍA ECOLÓGICA

De \ Hacia	Sector humano	Sector no humano
Sector humano	Economía medio ambiente	Economía del
Sector no humano Recursos Naturales	Economía de los	Ecología

Tomado de: Daly, Herman. 1991. Ecological economics and sustainable development: from concept to policy.

La motivación central de la economía ecológica es redefinir algunas premisas del pensamiento neoclásico de modo que la sustentabilidad sea posible. Para este efecto proponen que la teoría económica integre el concepto de transumo (throughput), entendido como un flujo unidireccional de materia y energía sometido a las leyes de la termodinámica, el cual se inicia, tal como se aprecia en la figura 2, con la extracción de materia y energía de baja entropía y alto potencial de trabajo del ecosistema, continúa con la transformación de dicho input en bienes de consumo, capital y servicios por la economía, para finalizar con la introducción de desechos, materia de alta entropía y bajo trabajo, en el ecosistema.

FIGURA 2
FLUJO DE MATERIA Y ENERGÍA DEL ECOSISTEMA A LA ECONOMÍA
(MATRIZ DEL TRANSUMO)



Fuente: Daly, Herman. 1991. Steady-State Economics. Island Press.

El flujo unidireccional capta la idea descrita y debe reemplazar al concepto del flujo circular de valores de cambio entre empresas y consumidores en un sistema cerrado tal como se muestra en la figura 3.

El flujo unidireccional (transumo) tiene dos dimensiones básicas: su escala y su distribución. Mientras la última debe ser asignada por el mercado, la primera debe ser definida socialmente, para así garantizar una distribución intergeneracional equitativa de los servicios del medio ambiente y de la economía. Plantea también que el volumen de la población y la distribución del ingreso deben determinarse por la voluntad social de modo que la eliminación de la pobreza no signifique aumentar la extracción de energía primaria del ecosistema.

Se establece una clara distinción entre desarrollo económico y crecimiento económico. El desarrollo económico consiste en aumentar los servicios que se entregan a la población por la vía de hacer un uso eficiente del stock de bienes de capital existentes, utilizando la menor cantidad de energía primaria en la mantención de dicho stock; mientras que el crecimiento económico consiste en aumentar los servicios entregados, aumentando el tamaño de los stocks y por tanto de la energía extraída del ecosistema. Lo anteriormente dicho se deduce del hecho que la economía ecológica enfatiza que la economía debe desarrollarse y transformarse pero no crecer físicamente.

FIGURA 3
VISIONES COMPARATIVAS



Fuente: Daly, Herman. 1991. Steady-State Economics. Island Press.

Propone aplicar tres criterios operativos, en la determinación de algunas dimensiones básicas: a) utilizar el mecanismo del control social para garantizar la macroestabilidad permitiendo que operen los mecanismos del mercado en el contexto de ciertos parámetros predefinidos. Así se busca sacrificar al mínimo la libertad individual; b) mantener un importante margen de seguridad entre la actual carga que la economía ejerce sobre el medio ambiente y la capacidad de tolerancia máxima del ecosistema, y c) intentar permanentemente disminuir la extracción de energía primaria de la biosfera.

Como ya se ha dicho este pensamiento está en pleno proceso de elaboración. Sin embargo, algunas de sus propuestas ya están en condiciones de comenzar a influir en los diseños de proyectos y políticas que apo-

yen un desarrollo que garantice la equidad intergeneracional. En este pensamiento son particularmente polémicas sus propuestas de evitar el crecimiento de la economía y de aplicar el control social a macrovariables con el mínimo costo en la libertad individual.

b) La Economía de la vida real

La economía de la vida real constituye un esfuerzo conceptual por incorporar en un marco analítico dimensiones de la realidad que afectan el bienestar de las personas y que no han sido incluidos en los postulados ni en las convenciones que forman parte del esquema conceptual de la economía tradicional. La importancia de lo señalado radica en que las dimensiones omitidas tienden a no formar parte de la política económica y por tanto quedan excluidas de los potenciales beneficios que reciben otros actores y las actividades económicas en que éstos participan.

Desde nuestra perspectiva interesa resaltar al menos tres ámbitos en los cuales ha acontecido lo señalado. La primera área en la cual la economía de la vida real hace un esfuerzo por plantear una conceptualización más ambiciosa se relaciona con la teoría de la demanda. Al respecto se intenta entregar una visión integral de las necesidades humanas que basada en la contribución que en esta materia ha efectuado la psicología. Particularmente para la definición de estrategias de desarrollo, esta nueva mirada permite trascender la visión del ser humano como un ser dominado por sus propios intereses que sólo maximiza su beneficio o lucro.

El segundo aspecto en el cual este planteamiento ha hecho un aporte significativo se refiere al trabajo de la mujer en la vida doméstica; trabajo que por no ser remunerado no es integrado en las cuentas nacionales, quedando fuera del rango de preocupaciones de la autoridad respectiva, con el resultado que la sociedad no invierte en el desarrollo de las mujeres que se dedican a esta actividad, relegándolas a una suerte de invisibilidad. No integrar el aporte de la mujer dueña de casa, ni tener una política para aumentar la eficiencia de su trabajo significa privar a la familia y por ende al conjunto de la sociedad a vivir en un nivel de bienestar inferior al potencial; particularmente en el caso de las familias de bajos ingresos la invisibilidad en que se desenvuelven las dueñas de casa acrecienta y agudiza la pobreza de esos contingentes humanos. Invertir en la mujer pobladora o campesina en su capacidad de optimizar los recursos disponibles y poder manejar la alimentación, salud y calidad del hábitat constituye una decisión de alta rentabilidad social para superar al menos los niveles críticos de pobreza.

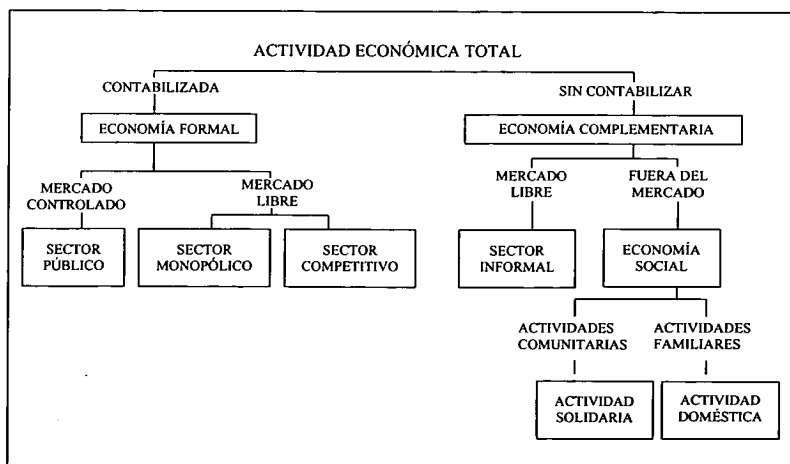
De alguna manera lo señalado se relaciona con el esfuerzo persistente

de las políticas de modernización por subvalorar las estrategias de subsistencia para que, en el caso de los campesinos, interactúen en el mercado laboral, de bienes intermedios y de consumo, como una forma de aumentar la productividad y el bienestar. Estas ideas están basadas en el supuesto que los pequeños productores operan en mercados competitivos.

El tercero cuestiona la capacidad de la teoría económica convencional de guiar la toma de decisiones en todas las diferentes circunstancias económicas. Es evidente que esto no es así en el caso de la economía informal. Para la economía convencional quienes operan en dicho mercado no son agentes económicos viables capaces de movilizar recursos en pro del crecimiento económico. En este plano, la economía de la vida real cuestiona la falta de sensibilidad del pensamiento dominante para comprender la realidad económica planteada e integrarla de forma tal que se puedan diseñar políticas que le permitan un nivel mínimo de acumulación.

El conjunto de ideas que plantea la economía de la vida real son de singular valor para el diseño de estrategias de desarrollo de base, ya que permiten conocer la realidad de los sectores excluidos, los que se identifican en la figura 4, y plantear estrategias de inclusión y de articulación que hagan posible su contribución a la creación de riqueza usando recursos que la economía convencional no valora.

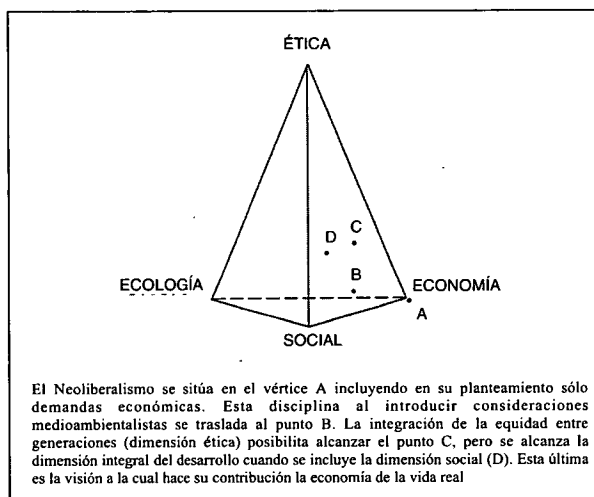
FIGURA 4
Cuentas Moderadas y Unidades Predictivas



Tomado de: Ekins P. and M.Max-Neef. 1992. *Real Life Economic*.

También permite ejemplificar la diferencia entre economía y desarrollo al mostrar que este último sólo es posible cuando a una racionalidad económica como la que domina en el sector informal se le suman dimensiones institucionales y tecnológicas para maximizar sus potencialidades. La economía de la vida real no pretende plantearse como una teoría económica alternativa al neoliberalismo, sino más bien llama a definir un marco teórico que haga posible la justicia social y ecológica. La figura 5 muestra su visión, la que resulta de una síntesis entre dimensiones éticas, económicas, ecológicas y sociales.

FIGURA 5
ESCUELAS DE PENSAMIENTO ECONÓMICO



Tomado de: Ekins P. and M. Max-Neef. 1992. Real Life Economic.

c) *El Neoestructuralismo*⁸

El fundamento de este pensamiento ha sido resumido en el planteamiento conocido como

"Transformación Productiva con Equidad".

La transformación propuesta tiene como elemento motor la competitividad y la equidad, teniendo como respaldo el progreso técnico y la elevación de la productividad. Dicha transformación debe ser la resultante de una acción concertada entre el Estado y el sector privado.

La industria debe desarrollar un conjunto de vínculos económicos con otros sectores productivos con el fin de lograr que los agentes económicos participen de los frutos de dichas interrelaciones, proceso que debe ser facilitado por servicios públicos especializados.

Define las áreas sujetas a reglamentación pública dejando que para el resto prevalezcan los mecanismos del mercado, aunque sujeto a supervisión pública. Se postula la búsqueda de áreas en que sea factible la concertación entre ambos sectores. Se valoran los equilibrios macroeconómicos y el diseño de políticas sectoriales selectivas. La economía debería operar con baja protección, neutralidad cambiaria y arancelaria. Singular importancia se otorga al fortalecimiento de los sistemas de desarrollo tecnológico y de capacitación laboral.

Se plantea el fomento a la creación de empresas pequeñas y medianas a través del crédito. Se introduce la necesidad de una distinción entre los objetivos económicos y sociales de dichas empresas. Se debe dar, por tanto, apoyo público a las asociaciones entre empresas para ganar eficiencia y poder acceder al menor costo posible a la asistencia técnica, financiera y de capacitación.

Este pensamiento reivindica una participación activa del Estado en la vida económica en aquellas áreas en las cuales los mercados se encuentran limitados para hacer una asignación eficiente de recursos, como es el caso de la superación de la pobreza y el mejoramiento de la competitividad del sector informal, y para lograr una equidad intergeneracional. Si bien la variable ecológica es aún débil en el planteamiento neoestructuralista, no hay razón para que no pueda ser incluida en forma más consistente. En general este pensamiento comienza a ganar adhesión entre la clase política de América Latina.

d) El Neoliberalismo⁹

Su inspiración es el liberalismo cuyo centro de preocupación es el individuo, el cual desarrolla sus potencialidades en ambientes en los que impera la libertad económica, expresada en el libre mercado, en la propiedad privada y en general en los postulados que son propios del capitalismo. Adhiere a la democracia y al pluralismo político, cree en el imperio de la ley, en las libertades políticas y en los derechos de las personas. La justificación moral para adherir a la competencia como fuerza que busca la superación, la basa en que todos los individuos deben tener igualdad de oportunidades.

Declara que el socialismo jamás funciona y que el capitalismo frecuentemente lo hace. Que la integración al mercado mundial aumenta el

bienestar y la prosperidad. Afirman que el capitalismo es la condición necesaria para la democracia y que las motivaciones del lucro y la superación explican que el empresario sea el agente que produce el crecimiento económico, único camino para derrotar la pobreza.

La modernidad entendida como crecimiento económico y acceso al progreso hacen del liberal un individuo positivista, profundo defensor de la ciencia y la tecnología convencional. Asocia la urbanización con el mejoramiento en la calidad de vida, cree que la libertad debe expresarse en el consumo y que la sociedad debe ser regida por instituciones burocráticas (impersonales), sujetas al control social.

Postula que una economía sana debe estar basada en una macroeconomía estable y en una microeconomía que se base en la austeridad y en la acumulación, la industria debe ser competitiva, el mercado del trabajo debe funcionar en base a la negociación y deben abolirse los monopolios empresariales, laborales y estatales. El liderazgo debe buscarse por la vía de encarnar el progreso que genera una economía eficaz y competitiva.

El liberalismo declara no saber en qué forma debe organizarse el Estado, el rol que cumple la cultura en el desarrollo y cuál es la condición suficiente para la democracia.

Aparentemente este pensamiento podría ser catalogado de antiecológico y defensor de las desigualdades sociales por su adhesión total al uso de mecanismos de asignación de recursos incapaces de considerar la dimensión ecológica y social de la realidad. Es evidente que el neoliberalismo necesita tiempo para entender el concepto de sustentabilidad a cabalidad y encontrar la forma analítica de incorporarlo a su marco teórico. De hecho, se evidencian algunos avances en este sentido, liderados por economistas neoclásicos que comprenden que la ciencia económica no puede permanecer ajena a una discusión íntimamente relacionada con la asignación de recursos cada vez más escasos.

Se reconoce que su contribución al perfeccionamiento de los mercados y los criterios que aporta para la toma de decisiones a nivel micro y macroeconómico son de innegable valor. Sin el aporte del pensamiento neoliberal sería muy difícil que las contribuciones de las otras escuelas económicas pudieran operacionalizarse. De hecho, todas las formas de eclecticismo conocidas tienen como condición necesaria para su viabilidad la existencia de mercados que funcionen en niveles crecientes de transparencia.

En síntesis se puede decir que cada vertiente aludida hace un conjunto de contribuciones que gradualmente van a ir permitiendo una teoría económica que haga posible la equidad inter e intrageneracional.

Los planteamientos más elaborados de la economía ecológica vienen de la teoría del equilibrio dinámico, en el cual la economía debe dejar de verse a sí misma como un conjunto cerrado autosuficiente, para asumir su inserción en un mundo finito en el que hay dimensiones que pueden dejarse al juego del mercado y otras que deben ser asumidas por el conjunto de la comunidad.

La economía de la vida real es todavía un conjunto de ideas en pleno desarrollo las que tocan dimensiones íntimamente relacionadas con los sectores más pobres y con las actividades que ellos realizan para sobrevivir. Es también una escuela de pensamiento que plantea el potencial de creación de riqueza que existe en sectores marginados, para los cuales la economía convencional plantea en el mejor de los casos transferencias de recursos bajo la forma de subsidios.

El neoestructuralismo es en esencia una política de modernización económica con un fuerte sesgo urbano y distributivo. En su matriz intelectual no hay elementos que hagan pensar que la dimensión ecológica no tendrá un rol importante. Lo que sí se puede afirmar es que se trata de una propuesta altamente sensible al desarrollo de las actividades que se efectúan en el sector informal de la economía rural y urbana, lo que en parte se explica por su fuerte sesgo democrático.

El neoliberalismo es un pensamiento filosófico transformado en doctrina económica, que aún no ha podido procesar analíticamente la variable ecológica. Sin embargo, sería prematuro y posiblemente erróneo decir que es el bastión antiecológico.

La sola descripción hecha muestra que se trata de cuatro aproximaciones serias y profundas en busca de legitimidad por la certeza que les cabe de poder hacer un aporte a los grandes problemas que aquejan a las sociedades latinoamericanas. Evidentemente que no son planteamientos homogéneos, no abordan los mismos aspectos de la realidad y cuando coinciden en los temas lo hacen con énfasis o con enfoques distintos. En general, podemos decir que muy posiblemente exista un alto grado de fertilización potencial entre ellas por lo diversa que ha sido la naturaleza de la fuente de inspiración que las ha nutrido y por la magnitud que tienen los problemas que deben resolver.

II. HACIA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DE UN DESARROLLO HUMANO Y ECOLOGICO

Desde nuestra perspectiva nos interesa señalar que para un desarrollo humano y ecológico, los daños ambientales y la pobreza perenne tienen

una causa explicativa profunda. Esta causa se relaciona con los procesos de transformación basados en el conocimiento científico y tecnológico convencional, así como con la lógica que guía al pensamiento económico dominante.

A partir de las causas mencionadas, se verifica que el tipo de desarrollo seguido en occidente ha generado progresivamente la pérdida de una doble armonía y una alteración básica en el orden jerárquico natural.

La biosfera: primera armonía comprometida

La primera armonía rota que se puede verificar tiene lugar al interior de la biosfera, la cual ha visto alterados sus mecanismos de autorregulación y experimentado un creciente empobrecimiento¹⁰.

El concepto "biosfera" fue acuñado por Theilhard de Chardin, sacerdote jesuita y paleontólogo¹¹. La biosfera es una película de tierra, agua y aire que recubre al planeta Tierra. Su rasgo más significativo es la relativa pequeñez de sus dimensiones y lo exiguo de los recursos que ofrece. Es el único hábitat actual de todas las especies de seres vivos. Está rígidamente limitada en su volumen y por eso contiene sólo un stock limitado de recursos de los cuales dependen las diversas especies de seres vivos para sobrevivir. Algunos de estos recursos son renovables y otros no renovables en la escala de tiempo humana y, por tanto, toda especie que apele en exceso a sus recursos renovables o que agote los no renovables se condena a su extinción.

La biosfera no es tan antigua como el planeta que ahora recubre. Se trata de un halo que se formó mucho después que la corteza del planeta se hubo enfriado, en el que parte de sus componentes originalmente gaseosos se licuaron y se solidificaron. La biosfera existe y se conserva en virtud de un delicado proceso de autorregulación y de equilibrio de fuerzas, sus elementos son interdependientes entre sí, es finita pero no autosuficiente y requiere de la energía que le provee el sol y otras fuentes cósmicas. A pesar que se trata de una fuente de energía infinita, su recepción y transformación en energía utilizable plantean desafíos altamente complejos.

Hasta hace muy poco tiempo, el hombre subestimó el incremento de su poder para afectar la biosfera, poder que se produjo por la sistemática investigación científica y la aplicación de sus resultados a la técnica y, por el aprovechamiento para fines humanos de la energía física, manifiesta o latente en los elementos inanimados de la biosfera. Es a partir de la

revolución industrial en que de manera gradual pero sostenida el ser humano decide depender de fuentes escasas de recursos energéticos, alejándose de la fuente energética solar, para vivir del capital geológico.

El hombre es el primero de los habitantes de la biosfera más poderoso que ella misma. De hecho la biosfera podría continuar existiendo por otros dos mil millones de años si el hombre lo permite. De aquí que devolverle su capacidad de autorregulación y proteger la biodiversidad que se encuentra en ella es la primera tarea básica de un desarrollo que sea sustentable.

Por esta razón, el tipo de planteamiento estudiado enfatiza la necesidad de desarrollar una ciencia y una tecnología que busquen a partir de principios ecológicos un proceso de creación de conocimiento, el que a su vez permita contar con profesionales y hombres de ciencia capaces de generar innovaciones tecnológicas, que hagan posible que el ser humano intervenga la naturaleza para obtener los servicios necesarios que le permitan satisfacer sus necesidades sin deteriorar su potencial productivo. Este pensamiento es particularmente importante para América Latina, continente que ocupa el 16% de la superficie del planeta, tiene riquezas naturales a su favor mayores que el petróleo, registrando más del doble de lluvias que el promedio mundial, el 31% de toda el agua superficial, el 46% de los bosques tropicales, el 23% de los bosques del mundo y cuenta con el 10% de la tierra arable.

El ser humano: segunda armonía comprometida

La segunda armonía perdida, que en gran medida explica la anteriormente señalada, tiene lugar al interior del propio ser humano, el cual ha hipertrofiado su racionalismo, inhibiendo el desarrollo de su sensibilidad y voluntad¹².

La sociedad moderna tiene un fanatismo por la razón, confundiéndola con el razonamiento, lo que la lleva a no darse cuenta que la razón trabaja sobre la base de las intuiciones profundas, que son revelaciones que nos ligan al universo y nos hacen solidarios con él. A partir del siglo XVIII se separó al hombre de su vida interior enseñándole a fiarse únicamente de aquello que está organizado lógicamente. En este sentido se puede decir que el positivismo de las ciencias se apoderó del hombre. La urbanización creciente lo separó de la naturaleza, sustituyéndole el mundo real, profundo, misterioso, diverso y muchas veces incomprensible, por uno de tipo artificial y lógico.

En el hombre es importante diferenciar lo que son las necesidades absolutas, los deseos y las que denominaremos aspiraciones. Las primeras provienen de nuestra fisiología y condición gregaria, son impulsos instintivos que deben ser guiados para que biológicamente el ser humano tenga una vida sana. Los deseos o necesidades relativas nos hacen sentirnos superiores a los demás y todo parece indicar que son insaciables¹³. Es importante enfatizar lo dicho porque la historia muestra que el ser humano se ha movido esencialmente entre el parasitismo y la depredación. Por esta razón la moral aparece como un bastión que la sociedad impone a nuestra capacidad depredadora, con el fin de proteger el bien común. Las aspiraciones reflejan nuestros intentos por ser mejores, por trascender las imperfecciones propias de la naturaleza humana, para instaurar lo que todavía no existe en el mundo y que uno quisiera introducir en él. Son las que empujan a la creación y se originan en las profundidades del espíritu, ligándonos al plan evolutivo, en busca de la santidad, la sabiduría y la creatividad.

El tipo de desarrollo estudiado plantea que hay que encaminarse hacia un humanismo que devuelva a hombres y mujeres su plenitud para proyectarse al mundo. Esto significa, primero, aceptar y responder adecuadamente a las necesidades absolutas, sometiendo a un riguroso control las de carácter relativo y, en segundo lugar, desarrollar una armonía entre la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad. La sensibilidad le permite al ser humano recibir los mensajes que la realidad externa le entrega, pero también aquellos que provienen desde su interior, como son las que nacen en el inconsciente. La inteligencia es la que hace posible tener conciencia de los mensajes recibidos, al traducirlos en ideas claras e inteligibles, lógicamente organizadas. La voluntad es la facultad que le permite controlar los deseos y armonizar los distintos tipos de necesidades con las aspiraciones.

En virtud de la combinación de estas tres fuerzas el hombre adquiere el dominio de sus facultades y por tanto de su libertad. El futuro del hombre depende del ejercicio que haga de su libertad, que es el gran patrimonio de la conciencia humana¹⁴.

El hombre construye su armonía interna principalmente a través de una interacción creativa y respetuosa con la biosfera, para satisfacer sus necesidades, aspiraciones y controlar sus deseos. Su inteligencia es el vehículo que debiera permitirle darse cuenta que cada miembro de la sociedad tiene un deber ecológico para hacer dignamente habitable nuestro planeta, nuestro terruño.

El tipo de desarrollo que planteamos nos hace conscientes que el ser humano pierde su condición de tal si debilitamos su unidad. La madurez

de lo sensible sólo es posible si cultivamos al hombre integral, capaz de respetar y admirar toda forma de vida en el cosmos. Para el logro de este noble objetivo es necesario armonizar la relación entre conciencia ecológica, experiencia estética y los pensamientos religiosos, éticos y filosóficos con el pensamiento científico-tecnológico.

En este sentido se plantea que no se ha hecho un uso adecuado de la inteligencia, si por ésta entendemos aquella capacidad para captar la realidad en su complejidad y actuar sobre ella en forma práctica y positiva. Tampoco se habría obrado, como señala Kant, "observando el cielo estrellado en nuestras cabezas y la ley moral en nuestro interior".

En cuanto a la necesidad de establecer un orden jerárquico natural, el desarrollo humano y ecológico plantea el desafío de poner la economía al servicio de las necesidades y aspiraciones humanas, teniendo en cuenta las leyes que regulan la biosfera. Si observamos lo que acontece en la realidad veremos que las actividades productivas han transgredido permanentemente los principios ecológicos de: a) no consumir recursos naturales a una tasa mayor que la tasa de reposición; b) no consumir recursos naturales no renovables a una tasa mayor que la de creación de sustitutos, y c) no contaminar a una velocidad mayor que la capacidad de absorción de la biosfera¹⁵. También podemos constatar que no se ha asumido la limitación absoluta de ciertos recursos, ni se han respetado los límites que impone la biosfera en la búsqueda de los intereses individuales.

La lógica económica: una racionalidad cuestionable

Nuestra tercera preocupación tiene que ver con la capacidad que ha tenido la ciencia económica para organizar la sociedad de manera que las consideraciones ecológicas y humanas queden relegadas a un segundo lugar.

La economía se define como la ciencia que asigna recursos escasos a fines múltiples y jerarquizables. Es una disciplina que parte del supuesto que los agentes económicos actúan racionalmente. Esto significa que los consumidores buscan alcanzar el máximo beneficio posible según sea el monto de ingreso que disponen, mientras que los productores buscan que su producto les genere la máxima utilidad posible. El mercado actúa como el mecanismo que hace posible que los procesos señalados se den en un marco de máxima eficiencia en el uso de los recursos.

Propuestas emergentes

Aunque, como se ha señalado, no existe una teoría económica que entregue toda el respaldo conceptual requerido por un enfoque de desarrollo ecológico y humano para dar cumplimiento a sus objetivos, esto no significa que las diversas escuelas de pensamiento económico que incorporan la sustentabilidad y la equidad carezcan de la capacidad de cuestionar premisas importantes del enfoque neoclásico y de hacer aportes en áreas específicas, tal como veremos a continuación.

Necesidades humanas

La primera área tiene que ver con la utilidad de la teoría de la demanda neoclásica para una estrategia de desarrollo humana y ecológica.

La teoría de la demanda neoclásica plantea que los seres humanos son capaces de ordenar racionalmente sus necesidades y destinar su ingreso a aquellos bienes que les producen mayor satisfacción. De lo anterior se desprende que la voluntad de acceder a una cantidad creciente de bienes no es expresión de consumismo, sino que es un acto racional orientado a mejorar el nivel de bienestar, lo que no sólo ayuda al progreso, sino que refuerza el ejercicio de la libertad individual¹⁶.

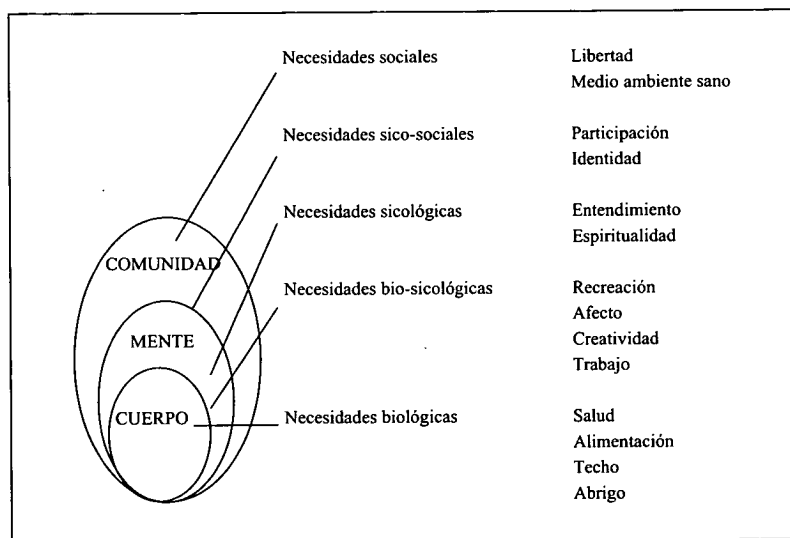
Este raciocinio, cuestionado hasta por el propio Keynes, ha podido ser sostenido hasta ahora porque una parte importante de la humanidad no tiene ingreso y por tanto no puede participar en el mercado, ya que si lo hiciera, como sucede con los consumidores en los países desarrollados, se produciría una presión sobre los recursos de la biosfera que provocaría enormes tensiones al interior y entre los países por el control de recursos limitados.

Para los defensores de un desarrollo humano y ecológico, el bienestar depende de la forma en que se conciban las necesidades humanas, así como del modo en que se aborden para satisfacerlas. Más aún, cuando se debe superar la pobreza presente y garantizar el bienestar de las generaciones futuras

Según el planteamiento de las Necesidades Humanas, las personas tienen básicamente necesidades de subsistencia, afecto, recreación, creatividad, protección, entendimiento, trascendencia, participación, identidad, libertad, solidaridad y hábitat sano. Ellas se nos revelan como carencias y potencias, llegando incluso unas a ser un medio importante para satisfacer otras¹⁷. También comprobamos que son relativamente pocas,

identificables, estables en el tiempo y cubren la dimensión biológica, bio-sicológica, sicológica, sicosocial y social del ser humano, tal como se muestra en la figura 6.

FIGURA 6
NECESIDADES HUMANAS DESDE LA PERSPECTIVA DEL DESARROLLO SUSTENTABLE



Tomado de: Komenetzky, Mario. 1992. *Human Needs and Aspirations. Real Life Economics.*

Como conjunto constituyen un sistema, que debe ser adecuadamente abordado, de manera que a través de una satisfacción equilibrada, el ser humano potencie su sensibilidad, intuición, racionalidad y voluntad, que son las capacidades básicas de las personas que le permiten diseñar una calidad de vida que sustente una plenitud creciente.

Todo ser humano que intente responder a sus necesidades debe apelar a las fuentes donde se generan los bienes y servicios que responden a las necesidades mencionadas. Este hecho nos obliga a reconocer que dichas fuentes son diversas y que las fundamentales son la propia persona, la familia, la comunidad, el medio ambiente y el mercado.

Lo señalado nos indica que la capacidad que tiene un individuo de responder a sus necesidades depende de la forma en que organice su vida

personal y social y la importancia que otorgue a las fuentes mencionadas. Esto significa que el desarrollo humano tiene que preocuparse por fortalecer dichas fuentes y diseñar enfoques creativos para responder a las necesidades ya señaladas.

Pero como las necesidades constituyen un todo articulado, los enfoques aludidos deben ser sinérgicos. Esto significa que junto con satisfacer una necesidad determinada, deben estimular y contribuir a la satisfacción simultánea de otras. Esta forma de abordarlas tiene ventajas evidentes sobre una concepción en que la interacción no ha sido considerada, y un sentido opuesto a aquellas que inhiben o destruyen las iniciativas que los propios seres humanos desarrollan para abordar sus necesidades. Por ejemplo, la sobrevaluación que se da a los bienes que puede generar el mercado, en relación a los que puede producir la familia.

Los bienes económicos, universo de preocupación de la ciencia económica, están culturalmente determinados y son sólo un subconjunto de los bienes requeridos para enfrentar las necesidades humanas. Sin embargo, debemos tener en cuenta que aunque la temática económica no agota las preocupaciones del desarrollo, sin una economía eficiente el desarrollo no pasa de ser una ilusión.

Es evidente que si el desarrollo tiene que ver con alcanzar niveles razonables de calidad de vida, que sean estables en el tiempo y posibles para el conjunto de la población, el enfoque de las Necesidades Humanas entrega un punto de partida importante para el estudio de un desarrollo humano y ecológico.

El valor que hemos otorgado a las fuentes mencionadas en la satisfacción de las necesidades humanas nos hace pensar que la estabilidad, mejoramiento, protección legal y legitimidad de ellas en la sociedad deben ser materias prioritarias en la agenda de un desarrollo humano y ecológico. De igual modo, la sensibilidad por las culturas locales que han sido capaces de alcanzar frágiles equilibrios para construir su calidad de vida deben preservarse y ser protegidas de fuerzas que pueden fácilmente erosionarlas.

La superación de la pobreza, que sin duda es una temática central en los estudios del desarrollo, demanda una respuesta en materia de salud, alimentación, techo y abrigo. La existencia de la pobreza descalifica la vigencia de cualquier enfoque de desarrollo que no sea capaz de eliminarla o, al menos, de reducirla significativamente, ya que las capacidades humanas no están siendo potenciadas y las fuentes que deben aportar a la calidad de vida están ausentes o no están funcionando como corresponde.

Las propuestas convencionales a la pobreza cubren un amplio rango de alternativas. Estas van desde la entrega permanente de subsidios hasta la inversión en capital humano, creando destrezas para actuar en el mercado de trabajo. Sin embargo, la incapacidad de derrotar la pobreza, muestra que dichos enfoques son insuficientes para lograr el efecto buscado.

La síntesis requerida debe también movilizar las capacidades humanas, hacer conciencia sobre las fuentes de recursos disponibles, incorporar las vocaciones al momento de desarrollar destrezas y crear innovaciones tecnológicas que potencien la creatividad humana y sean ecológicamente compatibles.

La generación de ingresos, por tanto, es importante; sin embargo no debería oscurecer el valor de los otros recursos, los que por su naturaleza no se transan en el mercado. Poner un énfasis excesivo en lo que es escaso y hacer de la capacidad de compra la solución al desafío de las necesidades humanas es un camino errado para un desarrollo humano, y es transformar la pobreza en una condición endémica.

Si queremos acercarnos a un desarrollo que sea respetuoso del medio ambiente, se necesita que los seres humanos puedan: a) relacionar las respuestas que se construyan para responder a las necesidades humanas con el concepto de enriquecimiento progresivo de la calidad de vida. Para que esto ocurra cada persona, la familia y la comunidad deben sentirse herederas de un pasado y portadoras de un legado para las generaciones futuras, y b) valorar el medio ambiente como una fuente generadora de energías útiles a toda la gama de necesidades humanas.

Innovación tecnológica

La segunda área tiene que ver con la naturaleza de las opciones tecnológicas para acceder a una eficiencia productiva creciente. Para la teoría económica convencional la opción tecnológica la determinan los precios relativos de los factores productivos, y sólo existe la escasez relativa; mientras que para la economía ecológica el criterio de sustentabilidad exige que las tecnologías, además de ser económicamente rentables, sean compatibles ecológicamente.

Particularmente la economía ecológica señala que el capital escaso, ya no es aquel construido por el hombre, sino el de tipo natural y que, por tanto, la productividad de los recursos naturales es la última que se puede sacrificar¹⁸. También existen diferencias en la forma de tratar la extracción de recursos naturales y la entrega al medio ambiente de los desechos propio de procesos de transformación imperfectos¹⁹.

Al día de hoy, América Latina debe pensar en una revolución tecnológica basada en conceptos económicos y ecológicos, teniendo en consideración que los recursos públicos para investigación agronómica se han visto drásticamente reducidos. También, debe tenerse presente que la agenda de los Centros de Investigación Agrícola, no incluye la búsqueda de tecnologías que consideren la dotación y deterioro de recursos de los pequeños productores.

Si se logra que la investigación se centre en la protección de los ecosistemas, no desplace mano de obra y eviten la contaminación excesiva, se generaría un tipo de conocimiento tecnológico útil para el conjunto de la agricultura, reduciendo el dualismo tecnológico que caracteriza al campo latinoamericano.

Este esquema de innovación se vería enormemente potenciado si la agricultura no fuese castigada por los efectos directos e indirectos de la política económica. Igualmente, si no se subsidian tecnologías contaminantes y se genera un clima de opinión favorable para potenciar la demanda por bienes libres de contaminación, dándoles el carácter de bienes superiores y que, por tanto, deben ser compensados como tales con un precio superior.

También es necesario que la política de desarrollo agrícola y rural valore las prácticas de la agricultura sustentable por las externalidades positivas que genera²⁰, las que al mejorar el hábitat tienen un impacto en la salud de la población, y al mejorar la productividad de los recursos agrícolas atenúa la pobreza presente y futura.

Íntimamente ligado a este tema está la formación de profesionales capaces de desarrollar no sólo las investigaciones básicas y adaptativas, sino también de realizar la labor de difusión y asesoría técnica a los productores.

Contabilidad nacional

Una tercera área de discrepancia surge de las implicancias que tiene para el bienestar de la población la lógica que guía a las cuentas nacionales.

A juicio de quienes apoyan la economía de la vida real, existen importantes actividades que afectan la vida de las personas e inciden en el éxito en la lucha contra la pobreza y en la protección del medio ambiente, que son invisibles para la política económica.

Especial atención se pone en el trabajo no remunerado de la mujer dueña de casa, en la contribución del sector informal y en la contabilización de las actividades extractivas.

El origen de cada una de estas discrepancias tiene que ver con situaciones históricas y conceptuales específicas.

El trabajo doméstico no remunerado no es integrado a las cuentas nacionales porque no se trata de una actividad que tenga una contrapartida monetaria, por tanto no corresponde a lo que se considera una actividad económica propiamente tal.

En el caso del sector informal se produce una dificultad práctica para contabilizar sus transacciones, ya que en general este tipo de actividades no lleva contabilidad, no paga impuestos, ni leyes sociales.

También ocurre algo similar con la agricultura campesina, en lo que respecta a la generación de bienes que tienen por destino el consumo familiar.

Las situaciones planteadas son marginadas porque a juicio de la ciencia económica tienden a congelar recursos, en vez de movilizarlos a actividades donde pudieran tener una mayor productividad. En este caso el argumento sale del campo de la dificultad operativa para situarse a un nivel conceptual. Para la economía son actividades que no llevan al progreso económico, por tanto deben ser desincentivadas; mientras que para un enfoque de desarrollo humano y ecológico, lo que interesa es captar las fuentes de bienestar, ya que ellas son las que mejoran la calidad de vida.

El consumo de los activos naturales presenta un caso distinto, ya que por definición dichos activos no han sido el fruto de una inversión económica y, por lógica, no está sujeto a depreciación. Por esta razón, la tala de un bosque nativo se contabiliza como ingreso, hecho que enriquece al país, siendo que ha habido una pérdida patrimonial.

La economía ecológica plantea que posiblemente el hecho de que las convenciones fueron definidas cuando el subsistema económico dentro del ecosistema era de tamaño irrelevante, hizo que se diera un tratamiento erróneo al consumo de recursos naturales que tiene serias implicancias para la preservación de los patrimonios naturales, especialmente cuando el crecimiento económico es intensivo en este tipo de recursos.

Usando una metodología trabajada por investigadores del World Resource Institute se anticipó lo que sería el colapso de la pesca de sardina en el norte de Chile, debido a la falta de políticas adecuadas e insuficiencias institucionales. El estudio señala que para el período 85/89 dicha actividad decreció en un $-2,2\%$, mientras las cuentas nacionales señalaban un crecimiento del $6,5\%$. Es decir, en dicho período la expansión de la actividad pesquera se hizo, muy posiblemente, a costa del consumo de stock de dicha especie y no al flujo disponible que generaba dicho capital²¹.

Otro estudio en relación a la madera plantea que es factible diseñar una política de subsidio que sea periódico y diferenciado, que haga posible un manejo del bosque de acuerdo a su edad y a la calidad del suelo, para así contrarrestar los sesgos negativos implícitos en las señales que envía el mercado, las que subvaloran el bosque en pie, al no reflejar la existencia de externalidades positivas²².

Por esta vía, un país puede caminar aceleradamente hacia un agotamiento de sus recursos naturales sin que las estadísticas que miden el ingreso nacional reflejen esa tendencia. La economía siendo la ciencia que explica cómo los mercados reflejan la escasez relativa de los bienes, ha supuesto que los recursos naturales son abundantes y que no constituyen un capital que debe ser amortizado, ya que nadie invirtió en su existencia.

Lo señalado constituye un error conceptual, ya que el valor de un activo no radica en su costo de inversión, sino en el valor actualizado de los ingresos futuros que generar.

Lo comentado lleva a la necesidad de contar con un indicador que permita ver si el bienestar de una sociedad determinada es sostenible en el largo plazo, como puede ser el Producto Interno Neto (PIN). Este indicador incorpora la depreciación de los recursos naturales en el cálculo del Ingreso Nacional.

La vigencia del problema planteado es enorme si pensamos que el ajuste estructural plantea integrar las economías de la región al mercado internacional, hecho que da a las exportaciones un rol protagónico en el crecimiento económico, en la generación de divisas y en la dinamización de otros sectores de la economía.

Lo anterior nos está indicando que la convención vigente para registrar la actividad económica llevar al diseño de políticas que, en nombre del bien común, beneficiarán al interés privado.

Externalidades

Una cuarta área tiene que ver el tratamiento relativo a las externalidades, derechos de propiedad y asignación de precios a recursos libres. Al respecto la economía ecológica plantea que la asignación de precios a bienes libres hace crecer el Producto Geográfico Bruto (PGB), creándose para el país específico la contradicción de ser más rico pero en los hechos gozar de un menor bienestar, ya que bienes libres se han transformado en bienes escasos y, por tanto, se requiere pagar para tener acceso a ellos.

Por su parte se señala que la asignación de derechos de propiedad sobre los recursos naturales reconoce solamente los derechos del propietario individual, al margen del impacto que el uso de esos recursos tenga en otros.

Si por ejemplo en una cuenca un maderero ha recibido una concesión sobre los bosques en las tierras altas, los daños que su acción de talar el bosque provoque a los pequeños productores en los restantes pisos ecológicos, no ser n su problema. Por el contrario, si se desea evitar erosión y cambios en los regímenes de las aguas, deben ser los productores los que deban compensar al maderero por no poder obtener todo el beneficio esperado de su bosque. Este ejemplo muestra la interacción entre aspectos institucionales, intereses personales y el manejo adecuado o degradante del ambiente²³.

Intervención del gobierno

Una quinta área, en la cual existe un desencuentro con la postura económica neoclásica, tiene que ver con la dimensión institucional.

La economía ecológica y el neoestructuralismo reivindican el derecho de toda sociedad de tomar decisiones colectivas, rechazando la idea que señala que en las áreas en que el mercado no funciona el nivel de bienestar es más alto si no hay intervención alguna del gobierno. Especial mención se pone en la necesidad de limitar el volumen de energía que se extrae del ecosistema, el control de la población y la distribución de los frutos del progreso. La necesidad de usar mecanismos de mercado en un contexto de incapacidad institucional para proteger el medio ambiente demanda una acción concertada del Parlamento, Gobierno y Poder Judicial.

Se requieren leyes modernas, que permitan la utilización creativa de los recursos, la fiscalización de dicho uso y los premios y castigos correspondientes. En este sentido los impuestos, derechos de propiedad o de contaminación, tarificación y subsidios son mecanismos para corregir las señales de precios que reciben los agentes económicos.

A pesar de lo señalado se debe precisar que existen bases para armonizar algunos de los puntos en conflicto. De hecho, se están haciendo esfuerzos desde la ciencia económica convencional por encontrar formas de ampliar su capacidad explicativa y propositiva. Así, por ejemplo, se señala que ya en la década de los 40, el economista inglés Hicks definió el ingreso de manera tal que incorpora el concepto de sustentabilidad temporal. En economía el ingreso se define como el monto máximo que

el receptor podría consumir en un período determinado sin reducir la cantidad de consumo posible futuro. De aquí se deduce que una adecuada interpretación de los fenómenos económicos es aquella que postula que una sociedad debe solventar sus necesidades con el fruto de sus activos y no con el consumo de los mismos.

De esta manera se puede afirmar que si un nivel determinado de bienestar para ser financiado exige una disminución del stock de capital natural, compromete su propia sustentabilidad futura.

Otro gran tema en discusión tiene que ver con la justicia distributiva entre generaciones. Este hecho da una gran fuerza a la necesidad de contar con una teoría económica que sea capaz de responder a este tipo de desafío, que tienen no sólo una dimensión técnica, sino que también ética. Se trata de armonizar el bienestar de la generación presente con el bienestar de aquella que la sucederá. En un estudio realizado por de Janvry y otros autores para el IFAD se entregan criterios para definir proyectos que aporten a la equidad, a la sustentabilidad o a ambas conjuntamente²⁴.

III. HACIA UN DESARROLLO RURAL HUMANO Y AGROECOLÓGICO (DRHA)

El enfoque de desarrollo humano y ecológico sirve de punto de partida para la elaboración de enfoques sectoriales, que teniendo una misma fuente de inspiración incorporen las variables propias de cada sector.

Debido a que nuestro interés está puesto en el ámbito de la agricultura y de la sociedad rural, con un sesgo importante por la economía y comunidades campesinas, nuestra tarea consiste en plantear los ejes centrales de un desarrollo rural humano y agroecológico.

El énfasis puesto en la condición humana tiene diversas explicaciones. Una de ellas es la superación de la pobreza a través del desarrollo de capacidades específicas de las personas, que permiten aspirar a una calidad de vida superior. Las capacidades que se han incorporado son las que permiten mejorar el ingreso, enriquecer la seguridad alimentaria, enriquecer el hábitat, y fortalecer la capacidad de gestión social y económica. Algunas de ellas se desarrollan a nivel de personas y otras a nivel de familia y de la comunidad.

De este modo se trata de evitar la permanente incorporación y exclusión de importantes segmentos sociales en la vida económica, fenómeno que destruye la autoestima y genera profundas inseguridades en los sectores más desprotegidos.

Estas capacidades deben ayudar a que se generen actores sociales capaces de mejorar la calidad de vida de los integrantes de la familia pobladora y campesina. Estos actores nacen de la transformación de familias compuestas por seres humanos pasivos en núcleos integradas por sujetos con una voluntad explícita de desarrollarse.

El proceso que se plantea requiere de inversiones en dos grandes áreas, en los deteriorados stocks de capital que tiene la familia y su comunidad, y en todas aquellas fuentes generadoras de bienestar que puedan responder a las diversas categorías de Necesidades Humanas.

A nivel espacial la estrategia del DRHA, se plantea abordar la microrregión o microcuenca, espacio en el cual se podría organizar un desarrollo impulsado por las inversiones señaladas, las que armonizarían la eficiencia económica con la eficiencia ecológica y la eficiencia humana. Este desarrollo debe entenderse plenamente articulado a los procesos económicos, sociales, políticos e institucionales que viva el país.

Esta lógica responde a la vocación de restaurar las armonías perdidas a nivel de la biosfera y del ser humano, y ubican el funcionamiento de la economía en la perspectiva de las Necesidades Humanas.

El proceso de desarrollo del DRHA debe entenderse como una dinámica gradual, que se ve limitada y potenciada por las energías y recursos que existan a nivel de base, pero que también encuentran un apoyo o restricciones que surgen de la economía y de la estructura social e institucional del país.

Aún más, hoy día es necesario incluir además los ciclos expansivos y depresivos de la economía internacional, así como las fluctuaciones en los precios y en las cantidades demandadas de los diversos bienes que genera la agricultura.

IV. BIBLIOGRAFÍA

1. CEPAL. 1995. Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe. En Notas sobre la economía y El Desarrollo.
2. Altieri M. y A. Yurjevic. 1992. CLADES: An Agroecological Working Plan to Promote Sustainable Rural Development among Resources-Poor Farmers in Latin America. Paper presentado a la reunión sobre Agricultura Sustentable organizada por ILEIA. Filipinas.
3. Ekins P. and M. Max-Neef. 1992. Real Life Economics. Routledge. London.
4. Daly H. 1990. Sustainable Development: from concept and theory toward operational principles. Population and Development Review.

5. Morandé Pedro. 1993. El Hombre y el Medio Ambiente. Contribuciones Conceptuales sobre el Medio Ambiente. Diario El Mercurio, 7 de Junio 1993, Santiago, Chile.
6. Ivelic M. 1993. Estética y Medio Ambiente. Contribuciones Conceptuales sobre el Medio Ambiente. Diario El Mercurio, 7 de Junio 1993, Santiago, Chile.
7. Daly H. 1990. Steady-State Economics. Island Press.
8. CEPAL. 1990. Transformación Productiva con Equidad. Santiago, Chile.
9. Levine B. Barry. 1992. El Desafío Neoliberal. Grupo Editorial Norma. Santa Fe de Bogotá . Colombia.
10. Toynbee, Arnold. 1985. La Gran Aventura de la Humanidad. EMECE. Buenos Aires, Argentina.
11. Teilhard de Chardin. 1965. El Fenómeno Humano. Taurus. Madrid.
12. Huyghe, R. y Daisaku Ikeda. 1985. La Noche Anuncia la Aurora, Diálogo entre Oriente y Occidente. EMECE. Buenos Aires, Argentina.
13. Keynes. J.M. 1963. Economic Possibilities for Our Grandchildren. In Essays in Persuasion. New York. Norton.
14. Huyghe, R. y Daisaku Ikeda. 1985. La Noche Anuncia la Aurora, Diálogo entre Oriente y Occidente. EMECE. Buenos Aires, Argentina.
15. Daly H. 1991. Ecological Economics and Sustainable Development: From Concept to Policy. Environmental Department. The World Bank. Divisional Working Paper No 1991-24. Washington, DC.
16. Levine B. Barry. 1992. Un Manifiesto Liberal para América Latina en una Era de Desencanto. En: El Desafío Neoliberal. Grupo Editorial Norma. Santa Fe de Bogotá, Colombia.
17. Max-Neef M., A. Elizalde y M.Hopenhayn. 1986. Desarrollo a Escala Humana, una Opción para el Futuro. CEPAL. Santiago, Chile.
18. Georgescu-Roegan N. 1971. "The Entropy Law and the Economic Process". Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1971.
19. Boulding K. 1966. "The Economics of the Coming Spaceship Earth" in H. Jarret, ed., Environmental Quality in a Growing Economy. Baltimore: John Hopkins University Press.
20. de Janvry, Alain. R. Marsh, D. Runsten, E. Sadoulet and C. Zabin. 1989. Rural Development in Latin America. An Evaluation and a Proposal. IICA. Program Papers Series N° 12. June. Costa Rica.
21. Gómez-Lobo A. 1991. En "Desarrollo y Medio Ambiente." Joaquín Vial, compilador. CIEPLAN 1991.
22. Nicklitschek M. y E. Bobenriet. 1991. En "Desarrollo y Medio Ambiente", compilador Joaquín Vial. CIEPLAN 1991.
23. Dasgupta P. 1991. En "Desarrollo y Medio Ambiente", compilador Joaquín Vial. CIEPLAN 1991.
24. de Janvry A., E. Sadoulet y B. Santos. 1993. Project Appraisal for Sustainable Development: Notes for IFAD's Operational Guidelines. Mimeo.

**LAS NUEVAS TEORÍAS DEL
SUBDESARROLLO: EL PASO DE LAS
TEORÍAS DEL SUBDESARROLLO
A LOS ANÁLISIS CONTEMPORÁNEOS
DE LOS ESTUDIOS AFROAMERICANOS
Y NEOCOLONIALES**

Blanca Muñoz
Universidad "Carlos III" de Madrid

INTRODUCCIÓN

Lo que hace años creíamos superado, o en camino de su superación, reaparece con una virulencia inusitada. La pobreza, la miseria, la escasez de alimentos y recursos se han convertido en imágenes cotidianas. Los medios de comunicación difunden y divulgan, con su banalidad característica, “la representación de la pobreza”: niños moribundos, mujeres depauperadas, esquelética humanidad. ... que deambula por las pantallas televisivas del Primer Mundo. Un vagar que se hace costumbre y hábito; pero, también, espectáculo y distracción en las galas mediáticas de beneficencia navideña. En estas condiciones, la pregunta no deja de ser: ¿cuáles son las causas que persisten década tras década, año tras año, de este estado de pobreza de unos países y habitantes dejados en el más terrible de los desamparos?

Responder sobre el origen de la persistencia de la enorme miseria presente en extensas zonas de África, Asia y Latinoamérica, pero, asimismo, en el “cuarto mundo” occidental, nos lleva desgraciadamente, de nuevo, a replantearnos los fundamentos inamovibles de esta situación. Fundamentos que organizan e implantan “un orden” internacional que instala la pobreza como parte esencial de “ese mismo orden”. Ahora bien, el análisis sociológico y político que diferenciaba entre Teorías del Desarrollo y Teorías de la Dependencia, característico de los años sesenta y setenta del siglo XX, ha experimentado una mutación general en nuestros días. Estamos en una transformación drástica de las explicaciones e interpretaciones dadas a “ese estado” de penuria colectiva definida como *Subdesarrollo*. Después de la caída del Muro de Berlín y de los países del Este europeo, el saqueo del mal llamado Tercer Mundo ha entrado en una fase que bordea casi la piratería y el bandidaje. Y, sin embargo, el expolio de los países “subdesarrollados” se presenta en los medios de comunicación como un asunto lleno de tópicos y de manidas ideas que, como una retahíla de trivialidades, se difunden de forma habitual, acostumbrando a los receptores-consumidores del Primer Mundo a las imágenes del horror.

Por tanto, a continuación se tratará de situar *las variaciones interpretativas* que han experimentado los análisis sobre la perpetuación del

Subdesarrollo y cómo se ha pasado de unas primeras explicaciones darwinistas sociales dadas en el siglo XIX a un neodarwinismo más sofisticado y complejo. En las páginas que siguen, trataremos de situar las primeras teorías que sobre “los otros países” aparecieron en los siglos XVIII y XIX, para proseguir con la permanencia de gran parte de sus planteamientos, sólo que ahora, desgraciadamente, convertidos en argumentos más cínicos e ideológicos.

LAS PRIMERAS TEORÍAS SOBRE LOS “OTROS PUEBLOS”

Si nos remontamos al inicio del conocimiento de la existencia de sociedades distintas de las europeas es indudable que la conquista de América, en mil cuatrocientos noventa y dos, sienta las bases del “descubrimiento” de otros pueblos muy diferentes de los conocidos hasta la fecha. La ampliación de los límites del mundo conocido, del *Finisterre*, rompía no sólo con los confines geográficos cuanto, sobre todo, con las fronteras mentales. Una nueva cosmovisión, la renacentista, se abría a la sofocante mirada teológica de la Edad Media. Es cierto, no obstante, que ya Marco Polo con su *“Libro de las Maravillas”* había introducido una naciente curiosidad por la misteriosa sociedad China, secularizando poco a poco las mentalidades y las concepciones del mundo. El viejo orden geocéntrico se desplomaba, y, con él, el heliocentrismo copernicano-galileiniano se consolidaba por todas las estructuras de la sociedad.

Ahora bien, la gran disputa teológica no tardará en llegar: ¿tendrán alma “los salvajes”? ... Las discusiones sobre “la humanidad” de los nuevos pueblos encontrados no pueden ocultar las ansias por las nuevas riquezas. El padre Bartolomé de las Casas tendrá que denunciar la destrucción de las Indias y la avidez de los conquistadores¹. De esta situación, hay un tema que se va a repetir a lo largo de los tiempos en los que recientes “Dorados” van a ser colonizados: el debate sobre el tipo de “esencia humana” que tienen las razas encontradas. Esta controversia se hará común en las discusiones que los grupos dominantes entablen ante el surgimiento de nuevos sujetos sociales. Bárbaros, indígenas, mujeres u obreros serán valorados en su aparición histórica como sujetos pertenecientes a la Naturaleza. Su particularidad en cuanto idiosincrasia extraña será la negación de su condición cultural y humana. Así, su esencia dis-

¹ Casas, B. de las: *Historia de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951. Actualmente se encuentra en proceso de edición las Obras Completas en Alianza Editorial.

tintiva se perfilará ideológicamente como conducta salvaje o maquina. Entre estos dos estereotipados términos se repetirá el carácter irreflexivo e irracional de los nuevos sujetos que van apareciendo en la Historia.

Esta estrategia ideológica se constituirá paulatinamente en la coartada del poder. La Teología en los tiempos de la conquista americana, la antropología spenceriana en los momentos de la colonización anglosajona en Asia y en la India. En todos los casos, "el Otro" carecerá de alma y no será más que una simple especie "natural" entre las especies biológicas y zoológicas. No obstante, es paradójica la dirección que va a emprender el descubrimiento de "los otros pueblos". Por un lado, el extrañamiento más absoluto va a caracterizar la interpretación de sus costumbres y prácticas sociales hasta llegar a la negación de su esencia humana. Pero, por otro, el deslumbramiento también se va a dejar notar en las Utopías históricas de Moro, Campanella, e incluso Bacon. Los "pueblos salvajes" son ahora presentados como "pueblos felices". Los "buenos salvajes" van a ser una de las imágenes más perdurables durante los siglos XVII y XVIII. Los libros "*Cartas Persas*" de Montesquieu y "*Emilio*" de Rousseau serán representativos de esta percepción bondadosa de las nuevas sociedades.

Las "*Cartas Persas*" estarán escritas con el propósito de presentar paradójicamente las costumbres de la sociedad europea². Montesquieu jugará con el extrañamiento ante el despotismo existente en el ambiente parisino de finales del reinado de Luis XIV. Rica y Usbek son los dos persas que, epistolariamente, refieren los hábitos y tradiciones de una nobleza en declive y de una decadente burguesía que empieza a ascender socialmente. Frente a la corrupción y envilecimiento de una Francia de enormes desigualdades, el mundo persa aparece bajo el exotismo de la sensualidad del harem oriental y asiático. Montesquieu contrapondrá dos sociedades en las que la hipocresía domina la europea y la voluptuosidad prevalece en la asiática. Como solución, en la fábula de los trogloditas, Montesquieu propondrá que sólo un derecho justo podrá perfeccionar a individuos y comunidades. Derecho que en "*El espíritu de las leyes*" se constituirá en el núcleo de una nueva concepción del poder. Sin embargo, lo singular de las "*Cartas Persas*" provendrá del reconocimiento de "otro pueblo" muy diferenciado del francés y de sus costumbres. Este recuerdo evocador de Persia hecho por Montesquieu, sin embargo, introduce la gran mayoría de tópicos que recorrieron la imaginación europea sobre Asia. El erotismo, pues, con el que se describen las tradiciones per-

² Montesquieu, Ch. L. de Secondat: *Oeuvres Complètes*. París, Gallimard, 1949-1951.

sas se convertirá en uno de los prejuicios más arraigados del pensamiento occidental durante siglos. Europa será así “la sociedad racional”, mientras que Oriente se describirá como un lugar misterioso y apasionado. Este estereotipo reaparecerá de manera persistente en los relatos de viajeros y exploradores del siglo XIX, introduciéndose como uno de los errores más obstinados y continuados de la percepción de las sociedades orientales.

Ahora bien, si el autor de “*El espíritu de las leyes*” comparó dos tipos de costumbres en gran medida imaginarias, Rousseau, por su parte, en “*Emilio, o de la educación*” no confrontará dos sociedades sino dos tipos humanos: “*el hombre civilizado*” y “*el hombre salvaje*”. Emilio será educado en los principios de una instrucción libre y autónoma que le perfeccione como individuo y ciudadano. El sentido ilustrado de la sociedad con el lema kantiano del *Sapere aude!* recorre la obra rousseauiana. El descubrimiento libre de la Naturaleza con la inicial exaltación prerromántica de la belleza originaria del mundo, se contrapone a la podredumbre social en la que la avaricia, el vicio y, en general, la competición entre los individuos, dominan la totalidad de las relaciones humanas. Pero Emilio brillará por su hondura ética frente a la frivolidad parisina que conocerá en su viaje a la ciudad. En ambos casos, Montesquieu y Rousseau identificarán civilización con corrupción, y bondad con primitivismo. Esta perspectiva, sin embargo, se modificará con el desarrollo, a lo largo del siglo XIX, de la colonización anglosajona por Asia y África.

La colonización *endógena* inglesa frente a la *exógena* española y portuguesa tendrá una estructura y objetivos muy diferenciados. Las colonizaciones *exógenas* se caracterizarán por producirse mediante guerras de colonización en las que colonizados y colonizadores lucharán hasta llegar a dominar o ser dominados por medios externos. La edificación de ciudades y la repoblación de ellas son los signos de este tipo de colonización. Por su parte, la colonización *endógena* se distinguirá por su índole más sofisticada y subyacente. La esclavitud de la población se irá haciendo a partir de una sutil estrategia de introducción de costumbres ajenas mediante la captación de las élites locales que se sienten más identificadas con los colonizadores que con sus mismos compatriotas. Las élites de la India, antes de la independencia, serían un singular ejemplo de este proceso de infiltración ideológica. Pero, a la par, el envío de científicos sociales (los antropólogos británicos de principios del siglo XIX serán representativos de este procedimiento) permitirá el conocimiento exacto y objetivo del conjunto de tradiciones y sistemas de “las otras sociedades”. De este modo, la colonización anglosajona se va a caracterizar por

aunar ideología y militarismo de una forma diferente a como la colonización hispana utilizó la creencia religiosa en su penetración colonial³.

En efecto, el catolicismo sirvió como ideología justificadora de la conquista española en Iberoamérica. Sin embargo, y como ya se ha comentado con anterioridad, las voces críticas como la del padre Las Casas denunciaron el atropello con el que se iban colonizando los nuevos territorios. Estas voces críticas, no obstante, apenas existieron en la colonización inglesa. Al contrario, el Darwinismo Social de Herbert Spencer va a propiciar una exculpación de la opresión de amplias zonas de Asia y África⁴. Mas, antes de pasar al análisis de esta corriente teórica, es fundamental referirnos a una novela que está considerada como una de las Contrautopías más significativas del siglo XVIII: "*Robinson Crusoe*" de Daniel Defoe.

En "*Robinson Crusoe*" aparece la contrautopía del hombre capitalista. Tras el naufragio, la supervivencia de Robinson nos será expuesta como la lucha del hombre frente a la Naturaleza y frente al medio. La soledad y el desamparo se convierten en el elemento básico para construir un entorno cómodo y adaptado a sus nuevas necesidades. En este medio hostil la medición del tiempo será la primera imposición del recuerdo de la civilización perdida. Pero, también, la rutina se establece como forma de existencia. En la narración se describirá con pormenor todos los detalles de la nueva situación. El relato se altera desde el momento en el que "los salvajes" se presienten en la isla. Es aquí en donde aparece la figura contrapuesta de *Viernes*.

Viernes es el esclavo, pero, también, el prisionero y hombre oprimido y dominado por un amo que es *antes propietario* que señor y jefe. La relación de dominación que se establece entre *Robinson* y *Viernes* se fundamenta en un sometimiento despótico a los dictados utilitaristas y pragmáticos del naufragio. Pero lo esencial de dicha relación será la consideración de *Viernes* como *cosa*, como propiedad que pertenece a un dueño que, en ningún momento, le percibirá ni considerará como persona. La cosificación será la clave central para entender el mercado de esclavos. En ningún punto de la narración se considerará a *Viernes* un individuo, y mucho menos un semejante. Solamente se percibe al "otro" en cuanto mercancía o mano de obra. En la novela se describe con frío e inhumano detalle las nuevas formas de individualismo posesivo⁵. Esta nueva forma

³ Fieldhouse, D. K.: "*Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*". Madrid, Siglo XXI, 1984.

⁴ Jones, G.: "*Social Darwinism and English Thought*". Brighton, Harvester, 1980.

⁵ Macpherson, C.B.: "*La teoría política del individualismo posesivo*". Barcelona, Fontanella, 1970.

de personalidad humana y social provendrá del capitalismo de la primera colonización por Asia y por África. Un modelo psicológico en el que desaparece el sentimiento clásico de *empatía* con los otros individuos que ya no serán percibidos como seres humanos, sino como esclavos, cosas o competidores.

En "*Robinson Crusoe*" se distingue ya la mentalidad ideológica que se ha ido conformando en las élites del siglo XIX. El proceso colonizador desembocará en una doble estructura: la *explotación interior* del proletariado europeo y la *dominación exterior* de las poblaciones colonizadas. En ambos casos, las minorías hegemónicas subyugan habitantes y pueblos, edificando una tenebrosa economía alimentada con la sangre de cientos de generaciones. Son los sombríos barracones de los niños de "*Oliver Twist*" y los tétricos callejones de las víctimas de *Jack el Destripador* en la hipócrita y puritana sociedad victoriana. El colonialismo y el imperialismo someten cuerpos y conciencias. Pero, asimismo, desarrollan ideologías y doctrinas en consonancia con los nuevos *Robinsones posesivos*.

La mentalidad de la burguesía propietarista se implanta colectivamente; y mientras esto ocurre, Herbert Spencer elabora la más característica justificación teórica de la desigualdad colectiva: el Darwinismo Social.

Es cierto que la teoría de la *desigualdad entre las razas humanas* fue una creación del marqués de Gobineau. Frente a la perspectiva rousseauiana de la *igualdad entre los seres humanos*, Gobineau defenderá las diferencias, desde el punto de vista de la imposibilidad de conciliar las diversas culturas y etnias del planeta. Enfrentado al pensamiento de la Ilustración, el marqués de Gobineau defenderá la *lucha de razas* como parte básica de la comprensión de la realidad⁶. Esta *lucha de razas* establecerá una doble estrategia defensiva de las élites de poder en los comienzos de la sociedad industrial. En primer lugar, se contrapondrá la *lucha de razas* a la *lucha de clases*, convirtiendo en un asunto biológico lo que era un proceso de sobreexplotación de la fuerza de trabajo. Y en segundo término, se desplazarán hacia "los otros pueblos" las tensiones y conflictos que el primer proceso de acumulación de capital estaba, lógicamente, produciendo. De este modo, el temor al Marxismo y al movimiento obrero desembocará en unas respuestas teóricas en las que la ideología defensiva del poder va a introducir una serie de argumentaciones en las que la desigualdad y la injusticia se defienden desde planteamien-

⁶ Gobineau, J. A., de: "*Selected Political Writings*". Londres, Cpe, 1970.

tos *biologicistas* y *organicistas*. La cristalización del biologicismo en el Darwinismo Social, entonces, será uno de los casos más curiosos para analizar por su posterior influencia histórica. En efecto, Herbert Spencer extrapoló de una manera indebida los hallazgos biológicos de Charles Darwin al terreno de la naciente ciencia sociológica. Pero lo que en Darwin era comprobación y constatación empírica, en Spencer se tratará de simples argumentaciones imaginarias no documentadas. Así, en la obra de Spencer van a converger el Conservadurismo de Edmund Burke con los principios de la biología darwinista, en los que la teoría de la *selección natural de la especie* servirá de cobertura para respaldar los principios ideológicos del capitalismo industrial. Sin embargo, tanto en el Conservadurismo de Burke como en el Darwinismo Social de Spencer hay un punto común en el que coinciden los diferentes paradigmas: *el principio de jerarquía*.

La jerarquía social será la gran preocupación de las minorías dominantes ante el avance de los movimientos obreros y las primeras revueltas coloniales que aspiran a la independencia y a la libertad. De esta forma, Burke y Spencer expresarán las intenciones subyacentes de las élites asustadas ante la aparición de nuevas concepciones políticas frente a los procesos de dominación y explotación colectivos⁷. Por consiguiente, la diferenciación entre *minorías* y *mayorías* se convertirá en el problema central de los procesos históricos no sólo desde finales del siglo XIX sino, especialmente, del siglo XX.

Se puede considerar que las primeras teorías sobre “los otros pueblos” van a estar organizadas desde la perspectiva de las nuevas burguesías coloniales que ideológicamente justifican su dominio económico y político. En estas condiciones, los argumentos con los que se justificarán los privilegios minoritarios no estarán alejados de los utilizados para defender su posición social en las metrópolis. No obstante, hay un elemento que, en gran medida, diferencia la dominación que se ejerce sobre el proletariado industrial de la que se aplica sobre los trabajadores indígenas. Se tratará del tema del *biologicismo naturalizante*; es decir, los pueblos colonizados son presentados como “salvajes” que se sitúan en una posición intermedia entre la Naturaleza y la Civilización. Con ello, la colonización será explicada como “una necesidad” de “civilizar a los salvajes”, quedando justificada la colonización económica en cuanto “adaptación de los indígenas” a los beneficios del trabajo “civilizador”.

⁷ Macpherson, C. B.: “Burke”. Madrid, Alianza Editorial, 1984.

Si comparamos los dos tipos de justificación ideológica desarrollados por los sectores hegemónicos a lo largo del siglo XIX en sus explicaciones sobre los hábitos del proletariado y las costumbres de los indígenas, se observa un evolucionismo diferenciador. El proletariado es presentado como “víctima de sus vicios”, mientras que los nativos son explicados como “dominados por la ignorancia”. Vicio e ignorancia se definen como las taras que “los civilizadores” deban limar para lograr sociedades “en orden”. Este esquema intelectual característico del Darwinismo Social se transmitirá posteriormente a las teorías de la Modernización que a lo largo del Siglo XX considerarán que el subdesarrollo tiene su explicación en “la incapacidad” de las sociedades dependientes para establecer un sistema de valores con el que desarrollar tales sociedades. Los valores, en su sentido abstracto, serán así los culpables del lamentable estado de las sociedades asiáticas, africanas y latinoamericanas. Mas, la polisemia de las palabras no deja dudas y, de esta manera, mientras que el atraso es causado por *unos valores simbólicos*, el colonialismo irá incrementado sus valores económicos en sus cuentas y balances de resultados. La explotación social y económica, sin embargo, no será objeto de análisis en el pensamiento de Spencer o de Malthus. Muy al contrario, el biologicismo naturalizante que convierte a “los otros” (obreros, mujeres, nativos...) en seres pertenecientes a la Naturaleza y no a la Historia, ejercerá una influencia inequívoca cuando la Primera Guerra Mundial cierre esta fase de acumulación capitalista.

La Primera Guerra Mundial pondrá el punto final a una era en la que la colonización por Asia, África e Iberoamérica consolidó una geopolítica internacional que dividía el planeta entre países industriales avanzados y países desindustrializados atrasados. Esta situación tras la Segunda Guerra Mundial dará paso a una etapa en la que las teorías sobre qué se puede considerar como subdesarrollo reflejen las contradicciones de una posguerra que se dividirá en países de la órbita soviética y países de la órbita norteamericana. En esta división, dos perspectivas van a ser las representativas de dicho antagonismo: *las teorías de la Modernización y las teorías de la Dependencia*⁸. Ambas teorías darán respuestas contrapuestas, e incluso antagónicas, a los problemas provenientes de esta división del mundo en dos bloques irreconciliables.

⁸ Galindo, M.A. y Malgesini, G.: “*Crecimiento económico. Principales teorías desde Keynes*”. Madrid, McGraw-Hill, 1993.

SOBRE LA DEFINICIÓN DEL CONCEPTO DE SUBDESARROLLO: LAS TEORÍAS DE LA MODERNIZACIÓN Y LAS TEORÍAS DE LA DEPENDENCIA

En los años setenta y ochenta del siglo XX la geopolítica internacional va a estar marcada por la “Guerra Fría” en un enfrentamiento entre los países dependientes de los Estados Unidos y los países del Este europeo del bloque soviético. En estas condiciones, la “Guerra Fría” se extenderá desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta el año 1989 en el que el Muro de Berlín aparece como el punto de inflexión de una etapa nueva de las relaciones internacionales. Mas, hasta este año mil novecientos ochenta y nueve, las teorías que tratan de explicar y analizar el Subdesarrollo se van a estructurar en dos líneas fundamentales anteriormente citadas: las teorías de la Modernización y las teorías de la Dependencia. Sin embargo, antes de precisar las características de los dos enfoques reseñados, se hace previo un análisis sobre qué puede entenderse por países subdesarrollados.

Para definir el concepto de *subdesarrollo* son variadas las explicaciones que tratan de perfilar un conjunto de características que describan qué puede considerarse como las características de una sociedad subdesarrollada⁹. En este sentido, los aspectos que definen el Subdesarrollo serían:

- La tasa demográfica superior a la de los países desarrollados, pero presentando, al mismo tiempo, una fuerte mortalidad infantil y juvenil.
- Fuerte endeudamiento internacional y, a la par, economías dependientes del exterior con sectores productivos empobrecidos.
- Los sectores productivos de los países subdesarrollados tendrán en gran medida propiedad extranjera, creándose una gestión transnacional de los recursos naturales y materias primas de estas sociedades.
- Sociedades muy diferenciadas socialmente y con una gran desigualdad en el reparto de la renta *per cápita*. La diferente distribución de la riqueza crea una minoría sumamente privilegiada frente a una mayoría en condiciones de miseria absoluta.

Tras la descolonización de numerosos países africanos, asiáticos y latinoamericanos llevada a cabo fundamentalmente en las primeras déca-

⁹ Lacoste, Y.: “*Geografía del Subdesarrollo*”. Barcelona, Ariel, 1984.

das del siglo XX, esta situación de Subdesarrollo dio como consecuencia, después del final de la Segunda Guerra Mundial, un orden internacional basado en un enfrentamiento entre los dos bloques dominantes: el bloque representado por los países de la órbita soviética y los países de influencia norteamericana. Pero, también, el surgimiento de los países no alineados supuso un tercer grupo de recientes Estados centrados en su reconstrucción económica y su salida de la dependencia del exterior.

En la década de los años sesenta surgirá una intensa preocupación por explicar cuáles son las causas profundas del Subdesarrollo. De una manera general, se puede afirmar que surgen dos concepciones teóricas sobre el tema. Las teorías de la Modernización tienen una fuerte influencia del funcionalismo norteamericano y del análisis económico desarrollado por la Escuela de Chicago. Walt Rostow expresará las ideas principales de la corriente de la Modernización¹⁰. Según Rostow, el Subdesarrollo no es sino una etapa hacia el Desarrollo y, por tanto, serán necesarias una serie de fases hasta llegar a un estado de progreso y avance colectivos. Estas etapas explicadas de manera sucinta se resumirían en:

- a) La sociedad tradicional dominada por los sistemas de parentesco y la economía precapitalista. El predominio de la agricultura y de los sectores primarios gravitarían como una rémora económica y productiva.
- b) De la sociedad tradicional la siguiente etapa para salir del Subdesarrollo consistiría en un paso intermedio hacia el despegue ("take off") económico y demográfico. El predominio de dictaduras, sin embargo, retardaría este período. No obstante, en esta etapa se irían poniendo los fundamentos para acceder al despegue económico, político y social.
- c) El despegue ("take off") industrializaría los sectores productivos mediante un crecimiento de los factores no sólo productivos sino, asimismo, empresariales y educativos, canalizando la productividad hacia la aparición de una sociedad de consumo en la que se integrasen a las poblaciones de los países en vías de desarrollo.

Para las teorías de la Modernización, en consecuencia, el consumo de masas se entendía como el más alto grado del desarrollo económico y social que se conjuntaría con el modelo de democracia liberal al estilo del

¹⁰ Ferguson, J. M: "*Historia de la Economía*". México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

de las sociedades occidentales. En estas condiciones, las teorías de la Modernización se complementaban con los planteamientos neoweberianos en los que los aspectos motivacionales tenían una fundamental relevancia. Por ejemplo, Lipset y los neoweberianos situaban sobre los cambios políticos y el papel de las élites locales, tal y como Schumpeter había expuesto en su obra *"Imperialismo y clases sociales"*, la salida de la situación de empobrecimiento y subdesarrollo. Sin embargo, el golpe de estado de Pinochet en Chile, el once de septiembre de mil novecientos setenta y tres, pondrá en evidencia la incapacidad del paradigma de la Modernización para explicar los complejos procesos que actúan en las sociedades subdesarrolladas.

El fracaso explicativo de las teorías de la Modernización orientará un nuevo tipo de teorías más acordes con los planteamientos de los teóricos críticos e indigenistas. Por tanto, las teorías de la Dependencia continuarán en la línea de análisis comenzado por Rosa Luxemburgo en su libro *"La acumulación del capital"*. Para Luxemburgo, la lógica del capitalismo será la de una acumulación ampliada y acelerada en los países subdesarrollados. Pero en ese proceso los conflictos bélicos y la concentración económica expansiva de la economía capitalista finalizarán haciendo entrar en una profunda y permanente crisis al conjunto del sistema. El resultado conllevará la formación de movimientos revolucionarios que conducirá al cambio general de sistema económico y social. Esta posición va a ser considerada en profundidad por los autores de la teoría de la Dependencia en cuanto estudio del crecimiento, o del estancamiento, de los países subdesarrollados a causa de relaciones de intercambio desigual. De esta forma, las relaciones de intercambio entre países ricos y países pobres, así como la nueva división internacional del trabajo, centrarán los estudios de André Gunder Frank, Jeanne Deward, Jean Bailly, Patrick Florian, Paul A. Baran o los primeros análisis de Samir Amin. El *desarrollo del subdesarrollo* se considerará la consecuencia de una división internacional del trabajo y del funcionamiento estructural de los mecanismos internacionales de regulación económica como, por ejemplo, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Afirmará André Gunder Frank:

"El subdesarrollo actual de América Latina es resultado de su participación secular en el proceso del desarrollo capitalista mundial, según creo haber demostrado en mis estudios sobre la historia económica y social de Chile y Brasil. De mi historia de Chile se desprende que la conquista no sólo integró plenamente a este país en la expansión y el desarrollo del sistema

capitalista mundial, mercantilista primero e industrial después, sino que también introdujo en la economía interna, y hasta en la sociedad de Chile, la estructura monopolística metrópoli-satélite, así como el desarrollo del capitalismo. Dicha estructura penetró muy rápidamente en Chile, y en cierto modo lo impregnó completamente. Desde entonces, a lo largo de la historia mundial y de la de Chile, durante los períodos de colonialismo, del librecambio, del imperialismo y del actual, Chile ha quedado cada vez más marcado por la estructura económica, social y política del subdesarrollo de los satélites. Este desarrollo del subdesarrollo prosigue actualmente debido a la satelización creciente de Chile por la metrópoli mundial y a la polarización de su economía interna.”¹¹.

Este texto fue escrito por Gunder Frank en el año mil novecientos setenta y uno, dos años después con el triunfo del Frente Popular de Salvador Allende se confirmarían sus previsiones sobre la estrechísima dependencia entre subdesarrollo y desarrollo en el ámbito de la posesión de las materias primas y el intercambio real con las instituciones económicas internacionales. El golpe de Estado pinochetista corroboró la existencia de un proceso de acumulación de capital en el que los intereses extranjeros en los países empobrecidos impedían el crecimiento económico y la distribución interior de la renta y de la riqueza. Es más, la Comisión para América Latina en conexión con el Fondo Monetario impusieron políticas librecambistas que arruinaron definitivamente a grandes grupos sociales, deteriorando las condiciones de vida de la población hasta provocar, de nuevo, una mortalidad infantil y social que condenó a generaciones enteras a su destrucción.

En suma, la alteración de los precios en operaciones bursátiles y con políticas inflacionistas y devaluadoras confirmaron a A. Emmanuel en “*L'échange inégal*” los planteamientos de A. Gunder Frank y de P. Jalée en su obra “*Le Tiers Monde dans l'économie mondiale*”; es decir, cómo se deterioraban económica y socialmente los países subdesarrollados por la acción de los problemas derivados de la inflación de precios que los países desarrollados creaban en el mal llamado Tercer Mundo. El antiproteccionismo y el librecambismo generaban una relación estructural de intercambio en la que se obstaculizaba, precisamente, ese “despegue” al que

¹¹ VV.AA.: “*La formación del Subdesarrollo*”. Barcelona, A. Redondo editor, 1969. págs. 11-12.

Rostow valoraba en "*The Stages of Economic Growth*" como el comienzo del desarrollo de los países subdesarrollados. Patrick Florian criticando la limitación del análisis de A. Emmanuel sobre las tasas de beneficio y las políticas de precios extenderá su planteamiento a los diferentes ritmos de acumulación en los que actúa el proceso productivo mundial, así:

“El desarrollo del capital a escala mundial se caracteriza por la desigualdad de los ritmos y la combinación, lo que significa que los procesos productivos nacionales, que no son sino partes del proceso productivo mundial, se desarrollan de forma desigual (la acumulación del capital y el desarrollo de las fuerzas productivas se hacen a ritmos diferentes), pero también están englobados y combinados en el proceso productivo mundial. Ello implica que no se puede hablar del intercambio entre países o entre regiones sin precisar previamente las condiciones del intercambio, es decir, las relaciones de dominación existentes dentro del proceso productivo mundial.”¹².

Las relaciones entre los sectores económicos interiores y los sectores económicos exteriores, —en los autores de la Dependencia y a lo largo de las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX—, centrarán su estudio sobre los procesos objetivo de intercambio entre zonas desarrolladas y subdesarrolladas. Sin embargo, y pese a su importante contribución a la hora de aclarar los procesos de acumulación de capital en la conexión entre metrópolis dominantes y zonas sometidas a su control, no se analizaron otros aspectos que consolidaban esas relaciones de intercambio desigual. Nos referimos a los fenómenos ideológicos y culturales inseparables de la dependencia económica y productiva. El economista egipcio Samir Amin participó en una primera etapa de su obra en el análisis del intercambio desigual entre países colonizados y países dominantes. El libro de Samir Amin "*El desarrollo desigual*" (1973) será un punto de inflexión entre las teorías de la Dependencia y los posteriores análisis sobre la llegada de una Globalización en la que nuevos elementos estarán conduciendo a una depauperación sin precedentes¹³. De la teoría de "*El desarrollo desigual*" a su libro "*El capitalismo en la era de la Globalización*" pasarán casi treinta años, durante ellos Samir Amin constatará el cambio de las estrategias de dominación internacional y, espe-

¹² VV. AA.: O. cit., pág. 165.

¹³ Amin, S.: "*El intercambio desigual*". Barcelona, Fontanella, 1974. pág. 13.

cialmente, el papel que van adquiriendo los fenómenos ideológicos en “la nueva sociedad”. Así, Amin completa el examen de la Dependencia económica al considerar las transformaciones culturales que acompañan la llegada de la Globalización y su impacto sobre las zonas empobrecidas del planeta.

En “*El desarrollo desigual*” Amin comprobaba la desigual acumulación de capital como consecuencia de la colonización que desde el Siglo XIX había mantenido en fase precapitalista o feudal a las zonas del planeta, paradójicamente, poseedoras de las primordiales materias primas imprescindibles para el desarrollo capitalista. Sin embargo, en esta dialéctica entre economía precapitalista (África, Asia y Latinoamérica) y economía capitalista (Norteamérica y Europa occidental) será la extracción de *excedentes* lo que convierta a unas zonas en subdesarrolladas y a otras en desarrolladas. Afirmará Samir Amin:

“El análisis de una formación social concreta debe, pues, organizarse en torno al del modo de generación de excedentes característico de esta formación, de las transferencias eventuales de excedente de o hacia otras formaciones, y de la distribución interna de este excedente entre los distintos participantes (clases y grupos sociales). La condición de existencia de una formación de clases es que el desarrollo de las fuerzas productivas (o sea, el grado de división del trabajo que lo acompaña) sea suficiente para que aparezca un ‘excedente’, es decir, un sobrante de la producción sobre el consumo necesario para asegurar la reconstitución de la fuerza de trabajo. Este concepto de excedente adquiere, según los modos de producción, formas diferentes, no mercantiles (tributos, renta en especies, etc.), o mercantiles; en estos últimos casos, se utilizara el término de ‘plusvalía’. En el modo de producción capitalista, la ‘ganancia’ es la forma específica que adquiere la plusvalía cuando se redistribuye en proporción a los capitales avanzados. Como una formación social es un complejo organizado de varios modos de producción, el excedente generado en esta formación no es homogéneo; suma excedentes de origen distinto. Una cuestión esencial estriba en saber, con respecto a tal o cual formación concreta, cuál es el modo de producción predominante, o sea, la forma predominante del excedente. Una segunda cuestión es la de en qué proporción vive la sociedad del excedente que ella misma ha generado y del excedente

transferido que proviene de otra sociedad; dicho de otro modo: ¿cuál es el lugar relativo en que se sitúa para ella el comercio lejano? La distribución de este excedente entre las clases sociales, definidas en relación a los diferentes modos de producción característicos de la formación, y los grupos sociales cuya existencia está en relación a los diferentes modos de articulación de estos modos de producción, es lo que configura a la formación.”¹³.

Para Amin, no hay duda sobre el lugar que el excedente tiene en el proceso de desarrollo desigual. En concreto, la diferente asignación de los sobrantes productivos no sólo genera un subdesarrollo dentro del desarrollo, sino que, también, es el núcleo de la desigualdad entre zonas del planeta que han sido colonizadas y no colonizadas. En efecto, la acumulación del capital, como escribió en su esencial libro Rosa Luxemburgo, ha sido el origen y la causa del origen de los países empobrecidos a lo largo del siglo diecinueve. La necesidad de unas zonas en estado precapitalista, pero que al mismo tiempo eran las poseedoras de las materias primas, ha conllevado unos procesos bélicos y de dominación que se han ido agudizando conforme tales materias iban siendo imprescindibles para la pervivencia del capitalismo en su estructura. Por ello, de la necesidad del carbón en los inicios de la Revolución Industrial se ha pasado a la imposición del petróleo como energía necesaria y vital para las sociedades postindustriales. Pero en estas necesidades energéticas, los conflictos bélicos y la subordinación económica y política se han agravado hasta convertir a las zonas empobrecidas, y dejadas sin excedentes, en auténticos Auschwitz de destrucción y muerte.

La trayectoria seguida por Amin desde “*La acumulación a escala mundial*” y “*El desarrollo desigual. Ensayos sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*” hasta “*El capitalismo en la era de la globalización*” supone la mutación geopolítica de las teorías sobre la transición del Tercer Mundo hacia un modelo económico socialista en fase regresiva y, al mismo tiempo, la edificación neocolonial del neoliberalismo global. Frente a la esperanza de llegar a construir un modelo económico, social y político democrático e igualitario, el economista egipcio comprueba que la brecha entre países pobres y ricos se hace cada vez más profunda y lejana. Esta situación hará que Amin escriba uno de los libros más penetrantes en el estudio del capitalismo en la era de la globalización. En este sentido, los cambios introducidos por la Globalización, para Samir Amin, se resumen en:

- El poder mundial ya no está en función de países sino de corporaciones empresariales de carácter transnacional. Estas corporaciones, por consiguiente, se organizarán jerárquicamente por encima de países y continentes.
- Como consecuencia de este gobierno corporativo transnacional, se hacen campañas de todo tipo contra los países y naciones independientes.
- Este debilitamiento de los Estados nacionales llevará a lo que Amin denomina como la *reaparición de los neotribalismos*, creándose una sociedad dual en la que se globaliza por arriba, en los sectores hegemónicos, generándose necesidades desde el punto de vista informático y tecnológico; mientras que se fomentan, por abajo, en los sectores populares, un paradójico multiculturalismo en el que se ensalzan las costumbres y creencias más arcaicas y primitivas de cada sociedad.
- Como consecuencia de lo anterior, aparecen y reaparecen guerras étnicas de otras épocas de estas sociedades (por ejemplo, las guerras tribales entre Hutus y Tutsis). Conflictos bélicos, en consecuencia, que bloquean el desarrollo de sus sociedades, creándose antagonismos de muy difícil solución. Las hambrunas y las emigraciones forzosas van a tener, en gran medida, su origen y perpetuación en tales conflictos.
- La desaparición de las clases medias en Latinoamérica o el mundo árabe es otro de los problemas fundamentales de la economía globalizada. Los casos de Argentina o Ecuador serán representativos del ataque frontal que los Estados nacionales están recibiendo en esta era de la economía globalizada.

En definitiva, Samir Amin propondrá una Nueva Agenda para la reconstrucción del Tercer Mundo. Su propuesta la resume en las frases finales de su libro "*El capitalismo en la era de la globalización*":

“Lisa y llanamente, la crisis no se resolverá hasta que las fuerzas populares y democráticas no sean capaces de dominar la sociedad y unirla de nuevo. Pero cualquier hegemonía eficaz depende de la presencia de instrumentos ideológicos y estratégicos, en cuya creación tiene una gran responsabilidad la intelectualidad. Su misión es establecer vínculos entre su propio pensamiento productivo y las aspiraciones o acciones de las clases populares, convirtiéndolos en sus asociados sociales; de otra forma, ambas partes están condenadas a seguir socialmente aisladas.

No hará falta insistir en que, en esta fase inicial de reconstrucción, la cuestión clave no es precisamente la toma del poder. La tarea inicial es, por el contrario, la reconstrucción del poder social de las clases populares, erosionado por la crisis actual.”¹⁴.

La evolución de los teóricos de la Dependencia hacia el análisis de la Globalización, desde la década de los años noventa del siglo XX, es indicativa del interés que los fenómenos ideológicos, comunicativos y culturales van a ir adquiriendo conforme se implanta la nueva economía transnacional. En este sentido, los aspectos culturales van a recibir un interés primordial no sólo en la Teoría de los Sistemas Mundiales de Immanuel Wallenstein, sino también en la actual Teoría de la Globalización.

En nuestro estudio sólo haremos referencia a Immanuel Wallenstein en lo relacionado con su explicación de los Sistemas Mundiales en conexión con los procesos de la cultura y de la ideología. Sin embargo, la importancia de su análisis no deja dudas de la innovación que significó la publicación de su libro “*El moderno sistema mundial*”¹⁵. En él, se sitúa entre mil cuatrocientos cincuenta y mil seiscientos cincuenta el desarrollo de la economía capitalista y su modelo de sociedad. Para Wallenstein, el capitalismo se articula a partir de tres niveles: lo que denomina centro o países centrales colonizadores, la *semiperiferia* o países intermedios entre la explotación y ser, a su vez, explotadoras y la periferia o aquellos países que aportan las materias primas a las metrópolis de los países centrales. Todo este proceso ha conllevado una expansión geográfica que origina una división del trabajo a escala mundial, y que, asimismo, consolida un sistema de relaciones internacionales caracterizado por el desarrollo desigual, tal y como también había comprobado Samir Amin.

La prolija descripción del funcionamiento histórico a partir del cual se edifica el capitalismo, se establece mediante una organización del mercado que divide el planeta en un inmenso mercado en el cual, de nuevo, los excedentes económicos generarán zonas muy delimitadas de desarrollo y subdesarrollo. Los países centrales, en esta división del trabajo a escala mundial, se expansionarán mediante una mano de obra cualificada que unida a los comerciantes y sus industrias crearán un tipo de sociedades con una fuerte división social y cultural de clases sociales. Los paí-

¹⁴ Amin, S.: “*El capitalismo en la era de la globalización*”. Barcelona, Paidós, 1998. pág. 181.

¹⁵ Wallenstein, I.: “*El moderno sistema mundial*”. Madrid, Siglo XXI, 1984. Dos volúmenes.

ses de la semiperiferia se caracterizarán por unos trabajadores poco cualificados que se especializarán en muy pocas áreas industriales, mientras que en la periferia el trabajo forzoso y, sobre todo, el mercado de esclavos permitirá la creación de unos excedentes extraordinarios en las metrópolis colonizadoras. En estas condiciones, la Teoría de los Sistemas Mundiales explica mediante el esquema *centro-periferia* el papel del desarrollo desigual en el sistema interestatal de Estados. Sin embargo, Wallenstein radicalizó su interés por los procesos de expansión colonial, minusvalorando el papel de las ideologías en la culminación de la división internacional del trabajo. Así, los factores culturales quedaron relegados ante la profusión de datos estadísticos y cuantitativos con los que comprueba ese proceso de expansión colonial internacional. Aquí, la interrelación entre el análisis de Wallenstein y el estudio sobre la sociedad cortesana de Norbert Elías se hace complementario. Especialmente porque los excedentes económicos para Elías son dirigidos hacia un tipo de sociedad, la cortesana, en la que el lujo y el gasto ostentatorio consumen gran parte de esos excedentes¹⁶. Quizá se puede considerar, en cierto modo, que el desarrollo ideológico de los países centrales no queda suficientemente explicado, por ejemplo, en el detalladísimo análisis de Wallenstein sobre el tema del oro y de su acumulación internacional.

Ahora bien, la influencia esencial de la Teoría de los Sistemas Mundiales provendrá de sus repercusiones posteriores en el análisis sobre la investigación histórica de las causas objetivas de “la pobreza de las naciones”. La centralidad de los procesos económicos de “*El moderno sistema mundial*” fue matizada unos años después con la publicación de “*El capitalismo histórico*”. Este pequeño estudio, comparado con los voluminosos tomos de la obra principal de Wallenstein, sin embargo, aporta una original reflexión sobre la *racionalización* en los países colonizados. Weber consideró que la economía capitalista establecía un tipo de racionalidad en la que la conexión entre medios y fines se organizaba a partir del criterio de utilidad. La racionalidad intencional guiaba la economía del beneficio, pero prevaleciendo *los medios sobre los fines*. El triunfo de la *razón instrumental*, a la que pocos años después del fallecimiento de Weber la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt consideraría como la causante de una situación histórica de dominación generalizada, conllevará el cálculo del rendimiento utilitarista frente a la ética y los criterios morales como parte fundamental del triunfo del capitalismo. Ahora bien, Weber centró su investigación sobre este modelo de raciona-

¹⁶ Elías, N.: “*La sociedad cortesana*”. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

lidad en “*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*” en los países que Wallenstein clasificó como los pertenecientes al *centro*. En este sentido, faltaba específicamente un análisis de la racionalización en los países de la semiperiferia y la periferia. En “*El capitalismo histórico*” se comentará:

“Pero, si deseamos comprender las formas culturales que adoptan estas luchas, no podemos permitirnos el lujo de tomar las ‘tradiciones’ al pie de la letra, y en particular no podemos permitirnos el lujo de suponer que ‘las tradiciones’ son de hecho tradicionales.”¹⁷

Fue en beneficio de quienes deseaban facilitar la acumulación de capital como se crearon las fuerzas de trabajo en los lugares adecuados y al nivel más bajo posible de remuneración. Hemos comentado ya cómo la remuneración inferior de las actividades económicas periféricas de la economía-mundo fue posible gracias a la creación de unidades domésticas en las que el trabajo asalariado desempeñaba un papel secundario como fuente de ingresos. Una de las formas en que tales unidades fueron ‘creadas’, es decir, presionadas para que se estructuraran, fue la ‘etnización’ de la vida comunitaria en el capitalismo histórico. Lo que entendemos por ‘grupos étnicos’ serán los grupos a los que estaban reservados ciertos papeles ocupacionales/económicos en relación con otros grupos de este tipo que vivían en las proximidades geográficas. La simbolización externa de este reparto de la fuerza de trabajo era la ‘cultura’ distintiva del grupo étnico: su religión, su lenguaje, sus ‘valores’, su conjunto particular de normas de comportamiento cotidiano.”¹⁷

Wallenstein destaca la racionalización de la economía-mundo aplicada al rasgo distintivo de las sociedades colonizadas: *la etnización*. Y bajo este concepto se subrayan aquellos aspectos ligados con la pertenencia grupal de índole primaria. Las unidades domésticas organizarán la conducta socializada de la población sobre las costumbres étnicas de los grupos incorporados por el capitalismo a las nuevas formas de producción industrial. Con ello, se produce un fenómeno paradójico: trabajadores en un tiempo-espacio del complejo y sofisticado capitalismo industrial y, paralelamente, unos hábitos y conductas cotidianas caracterizadas por los valores preindustriales. De esta forma, la etnización “ayudó” a la sobreexplotación de los países colonizados, o como el mismo Wallenstein matiza:

¹⁷ Wallenstein, I.: “*El capitalismo histórico*”. Madrid, Siglo XXI, 1987. págs. 66-67.

“La etnización de la fuerza de trabajo mundial ha tenido tres consecuencias principales que han sido importantes para el funcionamiento de la economía-mundo. Ante todo, ha hecho posible la reproducción de la fuerza de trabajo, no en el sentido de proporcionar suficientes trabajadores de cada categoría a los niveles de expectativas de ingresos apropiados en términos tanto de las cantidades totales como de las formas que tomarían los ingresos de la unidad doméstica. Además, precisamente porque la mano de obra estaba etnizada, su reparto era flexible. La movilidad ocupacional y geográfica a gran escala ha sido facilitada, y no dificultada, por la etnia. Bajo la presión de unas condiciones económicas cambiantes, todo lo que se necesitaba para cambiar el reparto de la fuerza de trabajo era que algunos individuos emprendedores tomaran la iniciativa en el reajuste ocupacional o geográfico y fueran recompensados por ello: esto ejercía rápidamente un efecto natural de ‘atracción’ sobre otros miembros del grupo étnico para modificar su ubicación en la economía-mundo.

En segundo lugar, la etnización ha proporcionado un mecanismo incorporado de formación de la mano de obra, asegurando que una buena parte de la socialización en tareas ocupacionales se realizara dentro del marco de unas unidades domésticas étnicamente definidas y no a costa de los que emplean mano de obra asalariada o de los Estados.

En tercer lugar –y lo que es probablemente más importante– la etnización ha consolidado la jerarquía de los papeles ocupacionales / económicos, proporcionando un fácil código para la distribución de la renta global, revestida de la legitimación de la ‘tradicición’.”¹⁸.

Las trampas de la etnización han posibilitado un trasvase de trabajadores cuya consecuencia ha sido la desestructuración de las fuerzas laborales de sus respectivos países. Pero el precio de esa desestructuración no ha dejado de ser sino el ascenso de una terrible xenofobia que enfrenta a unas culturas y grupos entre sí. Para Wallenstein, la racionalización en los países subdesarrollados convierte en “materia prima” a la población que pasa a ser “un producto” más para exportar a los países del *centro*. Al mismo tiempo, “los mecanismos de defensa” puestos en juego por el pro-

¹⁸ Wallenstein, I.: O. cit., págs. 67-68.

ceso de colonización serán explicados por Wallenstein al plantear cómo, de inmediato, la xenofobia de la poblaciones de los países receptores acompañará a los movimientos demográficos de población subdesarrollada, impidiendo así la posibilidad del posible surgimiento de una nueva forma de cohesión entre trabajadores. De esta forma, a los procesos de abaratamiento de la mano de obra siempre se añadirá el fenómeno de la discriminación de esa misma mano de obra por efecto de la entrada en competencia con los trabajadores menos cualificados de las sociedades receptoras de tal inmigración. Como se afirma en “*El capitalismo histórico*”:

“El racismo ha servido como ideología global para justificar la desigualdad. Pero ha sido mucho más. Ha servido para socializar a los grupos en su propio papel dentro de la economía. Las actitudes inculcadas (los prejuicios, el comportamiento abiertamente discriminatorio en la vida cotidiana) han servido para establecer el marco del comportamiento legítimo y apropiado para uno mismo y para los demás en su unidad doméstica y su grupo étnico. El racismo, como el sexismo, ha funcionado como ideología autorrepresiva, modelando las expectativas y limitándolas.”¹⁹.

En consecuencia, Wallenstein planteará las estrategias a partir de las que se organizan *el centro, la semiperiferia y la periferia* no sólo desde el punto de vista de la Economía o la Demografía cuanto, a la par, en esa organización subyacen dos elementos que introducen y radicalizan las diferencias entre los mismos trabajadores: el racismo y los nacionalismos. Para Wallenstein, con el racismo se quiebran los elementos que pudieran posibilitar el nacimiento de *una concepción cosmopolita* de sociedad común e igualitaria para todas las razas y pueblos del planeta. Del mismo modo, también el nacionalismo encorseta y divide a los trabajadores mediante una cosmovisión en la que “los Otros” son los enemigos por sus tradiciones, valores o códigos de conducta. En esta situación, la ruptura de la solidaridad entre los trabajadores actúa en forma generalizada en economías en las que se producen fenómenos de competencia exacerbada. Con ello, el Capitalismo Histórico, como lo define Wallenstein, no pierde ninguna ocasión de quebrantar y dividir a la clase obrera. Tal y como estudió Arrigui en “*Colonos, campesinos y multina-*

¹⁹ Wallenstein, I.: O. cit., pág. 69.

cionales”, los trabajadores africanos acabarán componiendo una emigración conservadora, desde el punto de vista según el cual su unidad social es la familia extensa y, asimismo, su evolución social en sus países de origen no ha organizado ni ideado aún movimientos ni sindicatos obreros capaces de desarrollar acciones políticas en defensa de sus derechos laborales y colectivos²⁰. Según Arrigui, ello comporta que se rompe la unidad entre trabajadores a partir de la división de *las múltiples diferencias* (raza, género, etnia, linaje...). Por consiguiente, las trampas de la etnicidad concluyen en la consolidación de una geopolítica internacional cuya finalidad determinante es la extracción de los excedentes a través de la *racionalización ideológica de las diferencias*. Resume Wallenstein las siguientes conclusiones:

“Tras estos cambios culturales forzosos se ocultaban dos motivos principales. Uno de ellos era la eficiencia económica. Si de unas determinadas personas se esperaba que se comportaran de determinada manera en el terreno económico, era eficiente tanto enseñarles las normas culturales requeridas como erradicar las normas culturales rivales. El segundo era la seguridad política. Se creía que si las llamadas élites de las áreas periféricas se ‘occidentalizaran’, se las apartaría de sus ‘masas’ y por consiguiente serían menos proclives a las revueltas, y ciertamente menos capaces de organizar a sus seguidores en una revuelta.”²¹.

Por tanto, *la racionalización*, tal y como analizó Max Weber, se ha llevado a cabo en todas las áreas del planeta. En las del centro, la racionalización ideológica ha cristalizado en el avivamiento de los prejuicios hacia los otros grupos sociales y raciales; al mismo tiempo, en las semi-periferia y la periferia se han difundido ideologías en las que se les ha hecho actuar en la dirección de percibirse a sí mismos como “diferentes”. Este multiculturalismo de “los diferentes” oculta una de las estrategias más peligrosas puestas en marcha: *la negación del sentido de universalidad de todos los pueblos y de todos los individuos*. Wallenstein concluirá su análisis del Capitalismo Histórico, precisamente, defendiendo un modelo económico sin explotación y con un permanente sentido universalista del significado de la sociedad humana, así finaliza su análisis

²⁰ Arrigui, “*Colonos, campesinos y multinacionales*”. Madrid, Comunicación, 1978.

²¹ Wallenstein, I.: O. cit., pág. 73.

defendiendo para todos "...un sistema histórico que maximiza la igualdad y la equidad, un socialismo que incrementa el control de la humanidad sobre su propia vida (la democracia) y libere la imaginación".²².

La Teoría de los Sistemas Mundiales, encabezada especialmente por Immanuel Wallenstein, ha completado en gran medida la primera Teoría de la Dependencia al estilo de la formulada por André Gunder Frank. Sin embargo, la trayectoria de la investigación sobre el Subdesarrollo especialmente en sus procesos ideológicos y culturales ha desembocado en los últimos años en una Teoría de la Globalización que trata de situar, de nuevo, cómo se producen unos sistemas de pensamiento que gravitan de una manera general sobre las poblaciones tanto desarrolladas como subdesarrolladas, permitiendo unos sistemas de representación de la realidad en los que *la ficción, lo ideológico y lo objetivo* se entrelazan indistinguiblemente.

El analista más relevante en el examen del funcionamiento ideológico de la cultura y de la comunicación en la zona de la semiperiferia y de sus consecuencias sociales y culturales es, sin duda, Armand Mattelart. Mattelart, se ha centrado de manera preferente en la colonización ideológica en los países dependientes de Latinoamérica. Por ejemplo, su libro "*América Latina en la encrucijada telemática*" (en colaboración con Héctor Schmucler) se enfrenta al problema actual del papel de las nuevas tecnologías y las recientes técnicas de comunicación en los países de la periferia²³. Asimismo, el tema de los efectos de la Cultura de Masas y, en concreto, de los comics infantiles sobre las poblaciones de los países semiperiféricos dio lugar a uno de los libros más celebrados sobre el tema "*Para leer 'el pato Donald'*". En él, Ariel Doffman y Armand Mattelart investigaron sobre la penetración de un profundo proceso de aculturación infantil y juvenil a partir del tebeo de la industria comunicativa de Walt Diney. La relevancia que este libro tuvo en el ámbito comunicológico fue de primera magnitud, influyendo objetivamente su análisis hasta nuestros días. Este estudio sobre la propagación de valores, símbolos, e incluso prejuicios, del "*american way of life*" a partir de personajes muy estereotipados y reconocibles por el gran público (el mismo pato Donald y sus sobrinos, Daisy o el tío Gilito), resultó ser una de las obras fundamentales a la hora de comprobar cómo a través de publicaciones banales y aparentemente "inocentes" se introducía una compleja cosmovisión colectiva

²² Wallenstein, I. : O. Cit., pág. 101.

²³ Mattelart, A. y Schmucler, H.: "*América Latina en la encrucijada telemática*". Barcelona. Paidós, 1984.

de carácter ideológico absolutamente acorde con los procesos de colonización económica, productiva y política²⁴.

Ahora bien, en el área de la Teoría de la Globalización sus libros más representativos son "*La Comunicación-Mundo*"²⁵ y, fundamentalmente, "*La mundialización de la Comunicación*". Centrándonos en este último libro, Mattelart se propone estudiar el funcionamiento de las redes y flujos transnacionales de información en el contexto geopolítico de la globalización. Según Mattelart, nos encontramos en un temible desfase entre redes tecnológicas y concepciones culturales elaboradas sobre la realidad de muy diversa índole. Por ejemplo, la necesidad de afirmación de su identidad en los países de la periferia y semiperiferia conlleva unas contradicciones, que el capitalismo globalizador encauza a través de su poderoso sistema tecnocientífico en el que las industrias de la Comunicación y de la Cultura acabarán produciendo una *monocultura* cuya finalidad será unificar y fragmentar al resto de cosmovisiones culturales históricamente estructuradas. Con ello, la monocultura se convierte en la *geopolítica de las redes tecnológicas de la economía posnacional*. Pero, a la vez, fractura indudablemente el conjunto de los sistemas de valores y procesos simbólicos que puedan hacer frente a dichas redes de comunicación e información. Mattelart comentará a este respecto:

‘La humanidad se está instalando en la monocultura –escribía el antropólogo Claude Lévi-Strauss a principios de los años ochenta–. Se dispone a producir la civilización en masa como la remolacha. Su corriente no constará sino de este plato único.’²⁶

Un dilema ha impregnado progresivamente las reflexiones sobre el futuro de la cultura en el mundo, ante el empuje de los universales simbólicos del consumo de masas y de las redes en tiempo real. Hay quienes consideran que la instauración de un *McMundo* resulta inevitable, por ser la monocultura la contrapartida del libre cambio y de la formación de los bloques económicos. En las antípodas de esta representación colectiva, otros piensan que no se plantea la homogeneización en un mundo desgarrado por las fracturas sociales y económicas, por las tensiones nacionalistas. Para estos últimos, es más bien la *guerra santa* del integristismo la que se ha convertido en el símbolo de la situación del planeta.

²⁴ Mattelart, A. y Dorfmann, A.: "*Para leer 'el pato Donald'*". México, Siglo XXI, 1974.

²⁵ Mattelart, A.: "*La Comunicación-Mundo*". Madrid, Fundesco, 1993.

²⁶ Mattelart, A.: "*La mundialización de la Comunicación*". Barcelona, Paidós, 1998.

“¿En qué medida estas posiciones, situadas en los dos extremos, pueden explicar la complejidad del futuro de la cultura, de las culturas? ¿Cómo situar esta fase histórica de la evolución de nuestras sociedades sin caer en la facilidad y en las trampas de palabras que son declinaciones sucesivas de las nociones de homogeneización, estandarización y masificación, que o han cesado de proliferar?”²⁷.

Mattelart constata la formación de un fenómeno de homogeneización cultural y comunicativa en un contexto de tensiones políticas derivadas de las contradicciones entre zonas de diferente estructura de desarrollo social. La monocultura, en consecuencia, ejercerá un férreo control sobre las imágenes que se difunden en el Primer y Segundo Mundo sobre el Subdesarrollo y sus causas. Pero no sólo hay una rígida vigilancia sobre las representaciones de la pobreza, también las agencias internacionales de noticias condicionan la difusión de tales imágenes. La agencia Reuter, la Upi o la France Press reflejan un Tercer Mundo caracterizado por las catástrofes naturales y el “salvajismo” de sus poblaciones. Ante esta situación, Mattelart analizará el proceso de una integración comunicativa que devendrá después en una unificación ideológica extremadamente peligrosa ante un futuro lleno de incertidumbres.

La conclusión, por consiguiente, de las teorías que van desde las de la Modernización y la Dependencia hasta la de los Sistemas Mundiales y la actual de la Globalización, se resume en que nos encontramos en la encrucijada de un movimiento de integración económica que, al mismo tiempo, trata de generar unas redes comunicativas y culturales que asuman la función de unificar el sistema de valores en los que el concepto de *universalidad*, entendido en su significado ilustrado, quede absolutamente silenciado. Podríamos considerar que la nueva Guerra Fría que estamos viviendo se dirige, preferentemente, contra todos aquellos mensajes y valores que sitúan el cosmopolitismo democrático, derivado del uso de la racionalidad ilustrada en aras de un bien común colectivo para todos los habitantes del planeta. Como concluye su análisis Mattelart citando a Edgar Morin: “Nuestra esperanza debe abandonar la salvación. Por ello prefiero hablar de esperanza trágica.”²⁸.

²⁷ Mattelart, A.: O. cit., págs. 104-105.

²⁸ Mattelart, A.: O. Cit. pág. 123.

LA INTERPRETACIÓN DEL SUBDESARROLLO EN LA ERA POSMODERNA

Se puede afirmar que el movimiento de países no alineados supuso la esperanza de poder salir del Subdesarrollo mediante acciones organizadas y conjuntadas mutuamente entre los países empobrecidos. La posibilidad de crear un tercer grupo de naciones medidoras entre la órbita de los países de influencia norteamericana y los países de influencia soviética alentó la confianza en llegar a un mínimo desarrollo desde el que empezar a reconstruir el orden internacional.

Sin embargo, la crisis del petróleo de mil novecientos setenta y tres, y sobre todo el endurecimiento de la Guerra Fría a causa de esta crisis, destruyeron la eventual oportunidad de reconstruir los países del Tercer Mundo. Precisamente, la crisis del petróleo va a conllevar un fortalecimiento de los organismos “vigilantes” de la perpetuación de la economía transnacional como el Banco Mundial o el Fondo Monetario. En estas condiciones, durante los años ochenta del siglo pasado, las tensiones internacionales agravarán los problemas del Subdesarrollo hasta que en el año mil novecientos ochenta y nueve al derribarse el Muro de Berlín se asiste a un radical cambio de las relaciones internacionales con procesos tales como el desmembramiento de la Unión Soviética, la aparición de países nuevos en el Este de Europa y, fundamentalmente, el empeoramiento de las condiciones económicas y sociales de los países subdesarrollados con convulsiones y desequilibrios económicos y bélicos impensables hasta la fecha.

Esta situación de reajuste de las estructuras económicas, políticas y sociales coincide con una readaptación ideológica de los valores, los símbolos colectivos y los códigos de conducta de las poblaciones que asisten, sin percibirlo en su gran mayoría, a una mutación extremada de las estructuras internacionales. El fortalecimiento de la economía, entonces, creada por los defensores de los modelos neoliberales se corresponderá con la aparición de un nuevo tipo de ideología, en concordancia con la perspectiva neoliberal de entender la realidad como un mundo dividido en países pobres y ricos. La Posmodernidad, por tanto, aparecerá como la respuesta cultural del nuevo proceso de organización económica y política internacional. A este respecto, Perry Anderson comentará en relación al libro principal de la corriente posmoderna “*La condición posmoderna*” de Francois Lyotard lo siguiente:

“Así, la condición posmoderna, anunciada como la muerte de los grandes relatos, acaba con la resurrección casi inmortal en

la alegoría del desarrollo. La lógica de ese extraño desenlace está inscrita en la trayectoria política de Lyotard. Desde los años setenta, mientras el comunismo existía como alternativa al capitalismo, éste era el mal menor, y Lyotard incluso podía celebrarlo sardónicamente, por contraste, como un orden placentero. Una vez se hubo desintegrado el bloque soviético, la hegemonía del capital se hizo menos agradable. Su triunfo ideológico parecía vindicar justamente aquella clase de narrativa legitimadora cuyo epitafio Lyotard se había lanzado a escribir. Más que enfrentarse a la nueva realidad en el plano político, prefirió la solución de sublimarla metafísicamente.”²⁹.

La crítica de Perry Anderson a Lyotard se centrará en los aspectos que serán denominados como “metarrelatos”; es decir, el rechazo a los ideales de la Modernidad son presentados como “narraciones” que han de ser “aparcadas y superadas” por la Historia. Y en esas “narraciones” se meten en el mismo saco los temas siguientes:

- Los procesos de cambio histórico que habían sido el motor esencial de la concepción ilustrada de la realidad desde Vico hasta Marx.
- La negación del sentido de racionalidad entendida a partir de las reflexiones de Kant y Hegel, en cuanto que la razón se despliega en la Historia en un proceso ininterrumpido.
- Asimismo, la quiebra del modelo educativo defendido por Lessing o por Rousseau que partía del *perfeccionamiento* de las facultades humanas, en su conjunto, como la misión y fundamento del sentido educativo de la sociedad.
- Y, a la par, todas las características anteriores cristalizaban en una *concepción de la Historia*, según la cual los procesos de construcción histórica deberían ser enfocados hacia la creación de unas sociedades plenamente pacificadas y desarrolladas.

En suma, la Modernidad –cuyos ideales se expresaban sin lugar a dudas en la monumental “*Enciclopedia*”– pasa a ser el blanco de las aceras críticas de la Posmodernidad que dicta su defunción sin aportar pruebas inequívocas de tal muerte. Sin embargo, el pensamiento posmoderno traerá aparejadas una serie de características que se van a ir observando en la creación de teorías, no sólo sobre el Subdesarrollo, sino en

²⁹ Anderson, P.: “*Los orígenes de la Posmodernidad*”. Barcelona, Anagrama, 2000. pág. 52.

general en todo el ámbito de la reflexión estética e intelectual y, en este sentido, entre tales características estarían:

- La modificación de la razón crítica e ilustrada convertida en *razón cínica*.
- La *banalización y frivolización* como actitudes psicológicas y sociales ante la existencia y la realidad.
- Y, especialmente, la estrecha interrelación entre Neoliberalismo económico y actitudes intelectuales y creativas de la Posmodernidad.

Por consiguiente, la implantación de esta perspectiva se percibirá en la totalidad de los fenómenos colectivos, incluyendo, lógicamente, el análisis del Desarrollo y del Subdesarrollo. Por ello, la reconstrucción del pensamiento sobre las causas de *la pobreza de las naciones* va a necesitar un difícil y lento caminar reconstructivo en un contexto internacional en el que, cada vez en mayor medida, "*el pensamiento débil*" se impone con un poder arrasador y asolador³⁰. En conclusión, la reelaboración del análisis sobre el Subdesarrollo va a emprender caminos nuevos, siendo los Estudios Afroamericanos, los Estudios Neocoloniales o la innovadora obra de Edward Said, quienes traten de salir del silencio que empieza a extenderse sobre la enorme pobreza y desigualdad colectivas que, otra vez, se quieren presentar ideológicamente como consecuencia de "causas naturales y accidentales".

a) Los Estudios Afroamericanos

En los inicios de la década de los años ochenta del siglo XX, el movimiento de la Posmodernidad entra con una fuerte virulencia en todos los ámbitos del conocimiento. La Posmodernidad que nació, según Beyne, en mil novecientos setenta y tres con la demolición de un bloque de viviendas sociales en la ciudad norteamericana de San Luis, se extenderá en cuanto pensamiento hegemónico por las disciplinas centradas, preferentemente, en los aspectos del estudio de *las identidades colectivas*³¹. Los planteamientos de las Teorías de la Modernización o las Teorías de la Dependencia, por tanto, son sustituidos por la problemáti-

³⁰ VV. AA.: "*El pensamiento débil*". Madrid, Cátedra, 1990.

³¹ Beyne, K. von: "*La teoría política del siglo XX*". Madrid, Alianza Universidad, 1994.

ca de la *equivalencia* entre distintas culturas, estableciéndose un paralelismo entre las diversas formas culturales de diferentes etnias y grupos raciales.

Los *Estudios Afroamericanos* formarán parte de un conjunto muy variado de perspectivas que se van a denominar como *subjetividades híbridas*. Esto es, concepciones espirituales y cosmovisivas en las que lo africano cobra una extraordinaria centralidad. Abdul Alkalimat en su libro "*Introduction to African American Studies*"³² señalará la existencia de un discurso específico diferente del discurso cultural occidental. Se trataría de unos modos de razonamiento en los que la raza negra expondría su idiosincrasia particular mediante la reivindicación de temas tales como los estudios sociológicos, estéticos o culturales referidos a las comunidades "silenciadas" como, por ejemplo, las africanas y tribales.

El rechazo, no obstante, del concepto de *negritud* se hace explícito al identificar tal término con las representaciones de la colonización y su iconografía. Hay, pues, un rechazo radical a los estereotipos que tanto la literatura como el cine ha ido creando sobre "los otros pueblos". La película más representativa de tales estereotipos sería, sin duda, "*Lo que el viento se llevó*", auténtico manifiesto de una visión connotativa de la raza negra valorada desde la condición de "raza de esclavos". En esta configuración se enfrentan dos formas de entender la realidad como son los norteamericanos sudistas y los norteamericanos abolicionistas, pero que, no obstante, mantienen en un segundo y secundario plano a los personajes negros. Para los estudios Afroamericanos, por tanto, se estaría ante un tipo de ideología dominante en la que los prejuicios asumen formas muy variadas de difusión y propagación. En estas condiciones, se reivindica la africanidad en cuanto forma cultural distinta, e incluso divergente, de la cultura anglosajona dominante y predominante. Esa diferencia será fundamental en los *Black Studies*. Maulana Karenga, uno de los principales estudiosos sobre el tema, afirma que del *Black Power*, de los años setenta del siglo XX, hemos pasado a una nueva variedad de los *Cultural Studies* como son los *Black Studies*. Se trataría, entonces, de una lógica evolución ideológica desde la práctica política de los años sesenta y setenta hasta la creación intelectual de unos análisis muy documentados, llevados a cabo en la década de los años noventa, sobre las aportaciones de la cultura africana a la cultura de Norteamérica. Los estudios afro-norteamericanos examinarían no sólo las aportaciones de las etnias africanas

³² Alkalimat, A.: "*Introduction to African American Studies*". Chicago, Twenty-first Century Books, 1986.

sobre la sociedad anglosajona, sino también un tipo nuevo de creación estética e intelectual proveniente de la interacción entre dos cosmovisiones absolutamente diferenciadas. El Jazz o las influencias de la africanidad sobre las innovaciones pictóricas de las neovanguardias de los años ochenta y noventa en Estados Unidos son ejemplos de esa síntesis creativa a la que Maulana Karenga dedica su investigación³³.

Sin embargo, los Estudios Afroamericanos conllevarán un profundo problema desde su constitución. En este punto, hay que referirse al hecho de la inserción de estos estudios dentro de la corriente de la Segunda Generación de la Escuela de Birmingham o Segunda Generación de los Estudios Culturales³⁴. El encuadramiento en esta corriente introduce algunas de las características ideológicas que han sido consideradas representativas del pensamiento de la Posmodernidad; es decir, se han destacado en exceso aspectos insignificantes y triviales de la cultura afroamericana. Desde este punto de vista, lo étnico se ha estudiado con grandes ribetes de folclorismo, contraponiendo así un cierto pintoresquismo a las tradiciones intelectuales más elaboradas de la cultura humanista-racional. Ese rechazo a la cultura intelectual de mayor seriedad creativa e intelectual será la gran rémora del análisis que, desde coordenadas posmodernas, interpreta el valor y la solidez de las "otras culturas". Por tanto, habría que considerar que, en cierta medida, se introducirán nuevos estereotipos en relación a la cultura afroamericana, sólo que ahora estos nuevos tópicos vendrían revestidos de una frivolidad que contrapone "lo vital e instintivo" de la cultura negra frente a "la solemnidad y el aburrimiento" de la cultura blanca. Y en esta visión posmoderna de las culturas todos salimos perdiendo. Pero, a continuación, analizaremos de una manera más pormenorizada los nuevos estereotipos culturales que esa corriente denominada como *Multiculturalismo* está introduciendo, subyacentemente, en la comprensión objetiva de unas culturas por otras.

En suma, la distancia entre unas culturas y otras se han radicalizado desde finales de la década de los años noventa del siglo XX. Para comprender este fenómeno se hace fundamental situar las características sociopolíticas y económicas que están condicionando el tan aireado proceso de la Globalización. Estas características se podrían resumir del modo siguiente:

³³ Karenga, M.: "Introduction to Black Studies". Los Ángeles, the University of Sankore Press, 1993.

³⁴ Muñoz, B.: "Modelos Culturales. Teoría sociopolítica de la Cultura". Barcelona, Anthropos, 2005.

- a) La concentración económica cada vez más agrupada en unos consorcios empresariales que diversifican sus producciones en una organización geopolítica del planeta que queda tajantemente dividida en *países centrales, países semiperiféricos y países periféricos*.
- b) A esta concentración económica se corresponde una concepción política que tiene en los organismos internacionales (ONU, FAO, OMS...) su consolidación práctica.
- c) Mas, el funcionamiento económico y político del proceso de la Globalización no tendría su consecución sin la creación de unos procesos sociales y culturales que adaptan las imposiciones económicas a procesos colectivos (emigraciones, despoblamientos, expatriaciones...) y, a su vez, estos fenómenos colectivos generan procesos ideológicos y valorativos (multiculturalismo, posmodernidad, sistemas religiosos y de creencias arcaicos...) compatibles con los sistemas comunicativos transnacionales.

En conclusión, esta situación está determinando la formación de un conjunto de teorías que, por un lado, introducen la situación que se está denominando como *identidades híbridas*³⁵; pero, por otra parte, tales identidades no deben analizarse en correlación con los procesos de reorganización económica y política que se produjeron en las últimas décadas del siglo XX. Así, la Posmodernidad y sus muy variados aspectos han consolidado *una interpretación de la realidad* basada en un *acriticismo* con enormes componentes de adaptación y asimilación de los “mapas cognitivos”, como los definía Frederic Jameson, que provienen de los gestores de la nueva organización geopolítica³⁶.

Para Alkalimat, los estudios Afroamericanos representan un alegato frente a quienes buscaron silenciar una realidad cultural en permanente creación. Sin embargo, el problema central de los Estudios Afroamericanos va a provenir de una de las dificultades señaladas por los críticos de la Posmodernidad: *la fragmentación*. En este sentido, se asiste a “la reconstrucción” de lo que ha sido considerado como representativo de la africanidad. Pero en lugar de enfrentarse a una crítica, e incluso a una autocrítica, del papel jugado por los grupos hegemónicos africanos en el mantenimiento de la situación de pobreza y subdesarrollo carac-

³⁵ Jameson, F. y Zizek, S.: “*Estudios Culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*”. Buenos Aires, Paidós, 1998.

³⁶ Jameson, F.: “*La estética geopolítica*”. Barcelona, Paidós, 1995.

terísticos, se enfoca la cuestión como un tema relativo fundamentalmente a lo racial y casi a lo etnográfico. Se pierde así la posibilidad de llevar más allá de lo meramente folclórico, la revisión de las causas profundas que han originado el estado de dependencia africana. La colonización, por ejemplo, apenas se analiza en todas las dimensiones que implicó su expansión. Tampoco se estudian las repercusiones ideológicas que teorías como el Darwinismo Social tuvieron en la consolidación de una teoría de las razas que influyó de manera tan directa sobre el Nazismo y el Fascismo. De este modo y pese a que los Estudios Afroamericanos se han institucionalizado en las Universidades norteamericanas (en 1968 se creó en el San Francisco State College, el primer Departamento de estos estudios), se podría considerar que todavía no se ha avanzado en la renovación de los paradigmas teóricos sobre el origen y perpetuación del Subdesarrollo. Por ello, la Posmodernidad ha gravitado como una enorme y desmesurada losa sobre la renovación y replanteamiento de las principales interpretaciones dadas sobre el significado de la africanidad y de sus estructuras profundas.

Frente a los tópicos y estereotipos habituales sobre lo africano y lo europeo, una autora como Bell Hooks (seudónimo de la norteamericana Gloria Watkins, nacida en 1952 y profesora en el City College de Nueva York) revisará el concepto de *identidad afroamericana* a partir de la recuperación del significado de clase social, género y raza, incidiendo en el lacaniano y foucaultiano tema de los *Otros sin Historia*. Tal y como planteó Michel Foucault, hay una microfísica del poder que subyace bajo los grandes relatos oficiales que han ido “tomando acta” de los acontecimientos. Esa microfísica se muestra en todo su esplendor en las *representaciones de “los extraños”*. Esto es: aquellos sujetos que no han sido considerados de “primer nivel” como, por ejemplo, hombres blancos, maduros y dueños o gestores de la economía dominante. Los Otros (obreros, mujeres, colonizados, niños, minusválidos...) son tipificados bajo la consideración convencional de “raros y extraños”. Para Bell Hooks (nombre real de la bisabuela negra de Gloria Watkins), resultan “raros”, no obstante, la gran mayoría de la población del planeta. Y son considerados como “los normales” una pequeñísima minoría que, sin embargo, poseen los recursos económicos, políticos y comunicativos mundiales. Esta paradoja no sólo se presenta en el plano de los hechos, cuanto fundamentalmente en el ámbito de los imaginarios colectivos y sus representaciones. En “*Black Looks: Race and Representation*” (1992)³⁷, Hooks Bell se interro-

³⁷ Bell, H.: “*Black Looks: Race and Representation*”. Boston, South End Press, 1992.

ga sobre cómo en la Sociedad de Consumo “se construye” el problema de la desigualdad de las razas, las clases sociales y los géneros masculino-femenino. La negritud que había sido objeto de relevantes debates en las décadas de los sesenta y setenta, ahora, después de la caída del Muro se presenta como un objeto más entre las mercancías ofertadas para consumo del hombre blanco, anglosajón y acomodado. De esta forma, la mujer, negra y necesitada “se ofrece” como un consumo ampliado para los deseos y ansias del consumidor-receptor de las sociedades actuales. Comentaré Hooks Bell a este respecto:

“En los debates actuales acerca de raza y diferencia, la cultura de masas es la que declara públicamente y perpetúa la idea de que puede ser placentero reconocer y disfrutar las diferencias raciales. Convertir la Otridad en mercancía ha tenido mucho éxito porque se ofrece como un nuevo deleite, más intenso, y más satisfactorio que los modos comunes de hacer y sentir. En la cultura comercial, la etnicidad se convierte en especia, condimento que puede animar el platillo aburrido que es la cultura blanca dominante. Se transgreden y se hacen explícitos los tabúes culturales en torno a la sexualidad y el deseo cuando los medios de información bombardean a la gente con un mensaje de diferencia que ya no se basa en la suposición de que ‘las rubias se divierten más’, según proclamaba la supremacía blanca. La ‘diversión real’ se logra al traer a la superficie todas esas ‘molestas’ fantasías y anhelos inconscientes acerca del contacto con el Otro, insertados en la estructura profunda secreta (no tan secreta) de la supremacía blanca. De muchas maneras es un renacimiento contemporáneo del interés por lo ‘primitivo’ con un matiz claramente posmoderno.”³⁸

La oferta sexual de una prostitución incrementada por las nuevas inmigraciones forzadas de los países del Tercer Mundo hacia los mal llamados países “avanzados”, significa que los Otros son percibidos, otra vez, como subordinados y sometidos no sólo a las necesidades materiales de los dueños del planeta, cuanto, también, a sus deseos irracionales fomentados con estrategias subconscientes a través de los medios de comunicación de masas y sus machacones mensajes.

Por consiguiente, un aspecto nuevo se investigará en los nuevos estu-

³⁸ Bell, H.: O. cit., pág. 728.

dios Afroamericanos, en los que Bell Hooks-Gloria Watkins ocupa un lugar de primera magnitud: la conversión en consumo de los individuos y de sus imágenes que llegan a un Primer Mundo dominado por la lógica de las mercancías, tal y como “el primer” Baudrillard en su fundamental estudio sobre *“La génesis ideológica de las necesidades”*³⁹. La comercialización de “los nuevos cuerpos emigrados” (mujeres, adolescentes e incluso niños) a través de consumos de todo tipo (Internet, callejero, televisivo...), confirma el planteamiento de la autora norteamericana, según el cual el racismo ha adquirido otras formas diferentes y más sofisticadas del tipo de xenofobia de décadas anteriores. En la actualidad, el mercado del sexo y de la prostitución expresa mejor que ningún otro fenómeno un racismo de nuevo cuño: *la escalofriante y cruel sobreexplotación de los débiles*. Un texto incidirá en este sentido:

“La jerga contemporánea de la clase obrera inglesa juguetonamente hace convergir el discurso del deseo, de la sexualidad y del Otro, al evocar la frase de tomar “un pedacito del Otro” como una manera de hablar del encuentro sexual. Coger es el Otro [*Fucking is the Other*]. Al desplazar la noción de Otredad de la raza, la etnicidad y el color de la piel, el cuerpo surge como un sitio de controversia en que la sexualidad es el Otro metafórico que amenaza con controlar, consumir y transformar mediante la experiencia del placer. Deseado y buscado, el placer sexual altera al sujeto que lo acepta, y deconstruye las nociones de voluntad, control y dominación coercitiva. La cultura comercial en Estados Unidos explota las ideas convencionales acerca de raza, género y deseo sexual al ‘trabajar’ la idea de que la diferencia racial marca a la persona como Otro y la suposición de que la acción sexual expresada dentro del contexto de un encuentro sexual interracial es una experiencia convertidora que altera la posición y la participación de la persona en la política cultural contemporánea. La promesa seductora de este encuentro es que contrarrestará la fuerza aterradora del statu quo que hace que la identidad sea fija, estática, una condición de contención y muerte. Y esta voluntad de transgredir los límites raciales dentro del campo de lo sexual es la que erradica el temor de que uno debe ajustarse siempre a la norma de permanecer ‘seguro’. La diferencia puede seducir precisa-

³⁹ Baudrillard, J.: *“La génesis ideológica de las necesidades”*. Barcelona, Anagrama, 1976.

mente porque la imposición dominante de la igualdad es una provocación que aterra.”⁴⁰.

Es precisamente la falsa “nivelación de las razas a través del deseo sexual” lo que convierte en un cinismo descarado *la nueva xenofobia de consumo* a la que Bell Hooks hace referencia en sus análisis. En efecto, los Otros serán considerados bajo los estereotipos imaginarios de la Sociedad de Consumo, y entre estos estereotipos estarán:

- El erotismo como la relación principal entre las diferentes razas.
- El refuerzo del estereotipo de la sensualidad de las Otras culturas.
- La reducción a relación meramente carnal del conocimiento entre los Otros pueblos y países.

En consecuencia con lo anterior, estamos ante la aparición de un nuevo racismo característico de las Sociedades de Consumo en las que la mercantilización como proceso básico hace resurgir el tema marxiano de la *cosificación y el fetichismo*. Cosificación en cuanto que *los sujetos* sin poder son convertidos en *cosas*; mientras que *las cosas* “se humanizan” convirtiéndose en “personajes” activos y símbolos de *status* y poder. En este ciclo despiadado se establecerán unos límites muy precisos y delimitados en las relaciones entre las razas, las clases y los géneros. Y tales límites van a definirse en función del *Deseo de lo Imaginario*. Un deseo creado y proyectado por, y desde, los Medios de Comunicación de Masas en los que el mundo de la moda y el deporte repetirán miles de veces “las posibilidades” que se abren en el “mundo desarrollado” a aquellos individuos que sobresalen o por su belleza o por su agilidad deportiva. El nuevo Darwinismo Social se impone desde la banalidad y la insustanciabilidad posmodernas. Y con esa banalidad se desarrollarán nuevos prejuicios y estereotipos colectivos; sólo que, ahora, estos estereotipos se harán cada vez más difíciles de detectar en una primera y acrítica mirada.

b) Los análisis Neocoloniales

Si los Estudios Afroamericanos se han interrogado sobre la posibilidad de deconstrucción de las imágenes estereotipadas sobre las identidades africanas y afroamericanas. A su vez, hay que referirse al surgimien-

⁴⁰ Bell, H.: O. cit., pág. 729.

to de los análisis Neocoloniales como una nueva perspectiva de indagación sobre las trivialidades comunes que la difusión del Subdesarrollo como “condición natural” de las sociedades no-occidentales están creándose en las sociedades del primer Mundo. Los prejuicios sobre “los otros pueblos” van a ser el objeto de estudio preferente de los teóricos del Neocolonialismo.

La figura más relevante de los estudios sobre el Neocolonialismo es Gayatri Chakravorty Spivak (India, 1942). Spivak se ha dado a conocer con dos libros en los que se enfrenta al surgimiento de un nuevo modelo de colonización “amable”, caracterizado por una afabilidad que “suaviza” el horror de la miseria, convirtiendo en espectáculo afilantropico un nuevo tipo de colonización que no sólo se extiende por el ámbito geográfico de los países empobrecidos, sino también por las psicologías colectivas de las poblaciones de los países desarrollados. Para Spivak, la colonización del siglo XIX se organizaba sobre un sistema militar al que acompañaba un pequeño grupo de científicos sociales, (especialmente, antropólogos) que iban, al mismo tiempo, estudiando las costumbres de los pueblos colonizados. Las colonizaciones endógenas, —entendidas bajo esta terminología, aquellas, como ya hemos comentado más adelante, en las que el conocimiento de las culturas conquistadas se hacía determinante para adentrarse en todas sus estructuras—, caracterizó la expansión anglosajona por África y Asia. Sin embargo, los procesos de descolonización ejercieron una doble orientación. En principio, las potencias extranjeras tuvieron que rendirse ante la evidencia de la toma del poder por parte de las poblaciones conquistadas, por ejemplo, lo sucedido en la India. Pero, asimismo, las nacientes burguesías nacionales empezaron a sentirse identificadas con los valores y modos de vidas de los colonizadores, creándose una curiosa simbiosis entre colonizados y ex-colonizadores, cuyas consecuencias aún estamos viviendo. Pero de todo este proceso, lo que mayor relevancia va a suponer provendrá de la dualización de las sociedades del Tercer Mundo. La división entre una élite autóctona absolutamente identificada con sus antiguos colonizadores y una masiva población tratada, y sometida, del mismo modo que en los momentos en los que la potencia extranjera que ejercía el poder, dará origen a una neocolonización con características y singularidades propias.

En efecto, Spivak en *“The Post-Colonial Critic: Interviews, Strategies, Dialogues”*⁴¹ expone su tesis de “un humanismo benévolo” que

⁴¹ Spivak, G. Ch.: *“The Post-Colonial Critic: Interviews, Strategies, Dialogues”*. Nueva York, Routledge, 1990.

sirve de coartada para perpetuar la dependencia de los países empobrecidos por el Subdesarrollo. El planteamiento de Spivak se va a articular en el análisis de una dominación cuya violencia material se acompaña de una cínica doctrina humanitaria cuya difusión mediática se basa en la dulcificación de la pobreza. A esta ideología será a la que Spivak denomine como “el humanismo benévolo” caracterizado por los siguientes aspectos:

- La división del planeta en un mundo social y tecnológicamente avanzado y otro mundo de costumbres primitivas y salvajes, pero en esta interesada dicotomía no se explican los procesos históricos que han llevado a esta diferenciación tan extremada de “las dos sociedades”.
- La difusión de una ideología según la cual el estancamiento del Tercer Mundo tiene su origen en “la vagancia y en la incapacidad ociosa” de las poblaciones de estos países para gobernarse. Por ello, estas poblaciones tienen que aspirar a “parecerse a nosotros”, como irónicamente afirmará Spivak.
- El paternalismo con el que se trata a los ciudadanos de los países empobrecidos. Spivak comenta cómo en algunos discursos presidenciales de dirigentes de los países subdesarrollados se habla de “nuestros indios” o del “tipismo de nuestros aborígenes”. En este punto, la indulgencia paternal esconde un sentido propietario sobre las poblaciones de estos países, que las mismas élites autóctonas mantienen como si se tratase de un grupo diferente no sólo en cuanto a su capital simbólico y cultural, cuanto también por la percepción que de sus compatriotas tienen como ajenos y extraños a ellos mismos.
- El “humanismo benevolente”, pues, le parece a Spivak una estrategia cínica de “comprensión de los otros pueblos”. El sarcasmo y la impudicia con las que se hablan de Derechos Humanos a poblaciones que son expoliadas de sus recursos mediante conflictos bélicos o sabotajes políticos, consolida un orden geopolítico internacional articulado sobre la injusticia y la arbitrariedad.

En consecuencia, los teóricos de los estudios Neocoloniales están realizando el más completo análisis sobre cómo “una falsa filantropía” colabora en el mantenimiento de la pobreza en los países dependientes. En *“In Other Worlds: Essays in Cultural Politics”*, Spivak realiza el repaso más pormenorizado sobre una forma de cultura política en la que las buenas intenciones de las ONG son utilizadas complementariamente con la

introducción de los consorcios transnacionales en las sociedades subdesarrolladas. Pero en donde Spivak llevará su análisis más completo sobre la temática del “humanismo benevolente” y su negación del Sujeto Subalterno será en “A Critique of Postcolonial Reason: Toward a History of the Vanishing Present” (1999)⁴². En este sentido, se polemiza con Foucault y Deleuze sobre el problema de la Subjetividad y, en concreto, del individuo cuya identidad se ha elaborado a partir de unos modelos sociales ajenos a los dominantes. Así, Spivak reivindica el aspecto central de los Estudios Neocoloniales entendidos como Estudios Subalternos sobre “los sujetos sin Historia” a los que Michel Foucault se refirió en su obra:

“Séanos permitido ahora considerar los márgenes (uno podría decir también el silencioso, silenciado centro), del circuito marcado por esta violencia epistémica, los hombres y mujeres entre el campesinado iletrado, los aborígenes, los más bajos estratos del subproletariado urbano. De acuerdo con Deleuze y Foucault (en el primer mundo, bajo la estandarización y reglamentación del capital socializado, aunque no parezcan reconocer esto), y, *mutatis mutandis*, la ‘feminista del Tercer Mundo’ metropolitana, sólo interesada en la resistencia dentro de la lógica del capital, los oprimidos, si se les da la oportunidad (el problema de la representación no puede aquí evadirse), y en camino hacia la solidaridad mediante alianzas políticas (una temática marxista está en funcionamiento aquí), pueden hablar y conocer sus condiciones. Debemos enfrentar ahora la siguiente pregunta en el otro lado de la división internacional del trabajo respecto del capital socializado, dentro y fuera del circuito de la violencia epistémica de la ley y la educación imperialista...) puede hablar el subalterno?”⁴³

Se trataría, por consiguiente, de una redefinición de la Subjetividad Histórica a partir de la posibilidad de expresar experiencias diferentes de las que han caracterizado a lo que Spivak llama “la gente”. Esto es, quienes no pertenecen ni “a los grupos dominantes extranjeros” ni a “los grupos dominantes indígenas”. Los grupos macroestructurales de población

⁴² Spivak, G. Ch.: “A Critique of Postcolonial Reason: Toward a History of the Vanishing Present”. Cambridge, Harvard University Press, 1999.

⁴³ Spivak, G. Ch.: O. cit., pág. 83.

estarían compuestos por las clases subalternas en cuanto “la diferencia demográfica entre el total de la población de la India (por ejemplo) y todos aquellos que hemos descrito como la elite”⁴⁴. Para Spivak, la subalteridad es la *identidad-en-la-diferencia* que no ha sido estudiada ni por los estructuralistas ni, desde luego, por los postestructuralistas. La experiencia-de-la-inferioridad no se pone en duda por el “humanismo benevolente”, al que una cierta tendencia a “romantizar” a los Otros vuelve a la construcción ideológica colonial de unos Sujetos sin voz y palabra. Y, en el caso extremo, el silencio ilimitado sobre “los Otros dentro de los Otros”. Mujeres, niños, castas supeditadas y parias son tachados y excluidos, incluso, dentro de los mismos intelectuales aborígenes. En “*A Critique of Postcolonial Reason*” se comenta a este respecto:

“Una joven de dieciséis o diecisiete años, Bhubaneswari Bhaduri, se ahorcó en el modesto departamento de su padre en el norte de Calcuta, en 1926. El suicidio fue un enigma, pues, dado que Bhubaneswari menstruaba en ese momento, estaba claro que no se trataba de un caso de embarazo ilícito. Aproximadamente una década después, se descubrió, en una carta que le había dejado a su hermana mayor, que pertenecía a uno de los muchos grupos envueltos en la lucha armada por la Independencia de la India. Le habían encargado un asesinato político. Incapaz de enfrentar la tarea aunque consciente de la necesidad práctica de ofrecer confianza, se mató.”⁴⁵.

Este hecho que puede quedarse en una anécdota, desde el punto de vista de un observador ideológicamente hegemónico, recopila todos los tópicos y estereotipos sobre la presentación de la mujer en la perspectiva “habitual”. Incluso, la referencia al suicidio como resultado de un amor ilícito se descarta “dado que Bhubaneswari menstruaba en ese momento”. De este modo, tanto en la descripción del suicidio como en el contexto en el que se produce, la construcción ideológica del subalterno está en profunda dependencia de la producción colonial de la cual el *Sujeto Subalterno Representable* sigue dependiendo. Spivak a partir de este suceso reconstruye la historia familiar y materna de la muchacha Bhubaneswari Bhaduri. La madre ha sido una activa líder del movimiento por la Independencia de la India, siguiendo la hija los pasos heroicos y

⁴⁴ Spivak, G. Ch.: O. cit., pág. 85.

⁴⁵ Spivak, G. Ch.: O. cit., pág. 153.

combativos maternos. Sin embargo, en una sociedad en la que la jerarquía social está tan estrictamente ordenada, el silencio y el mutismo rodeará el hecho. Así,

“En esta lectura, el suicidio de Bhubaneswari Badhuri constituye una no enfática reescritura subalterna *ad hoc* del texto social del suicidio *sati*, así como el recuento hegemónico de la llameante y combativa *Durga* familiar. Las posibilidades emergentes de disentir en ese recuento hegemónico de la madre combativa están bien documentadas y popularmente bien recordadas a través del discurso de los líderes y participantes masculinos en el movimiento de Independencia. El subalterno como mujer no puede ser escuchado o leído.”⁴⁶

El oprimido dentro de los oprimidos será uno de las problemáticas centrales de los Estudios Neocoloniales. Como estudiaron Leerom Medovoi en “*Can the Subaltern Vote?*”⁴⁷ y Abena Busia en “*Silencing Sycorax: On African Colonial Discourse and the Unvoiced Female*”⁴⁸, hay una historia indígena patriarcal tan semejante como la occidental y colonial. Por tanto, los Estudios Neocoloniales y Poscoloniales no embellecen idílicamente a los Otros pueblos. Muy al contrario, cuando Gayatri Spivak se preguntaba “*Can the Subaltern Speak?*”, estaba haciendo una profunda crítica al “paternalismo benevolente” que percibe el multiculturalismo como folclore y tipismo. El Sujeto Subalterno ejerce el poder sobre otros Sujetos que conforman un tercer grupo en la subalteridad.

En suma, el replanteamiento de la obra de Michel Foucault a través de los Grupos de Estudios Subalternos (hay varios Grupos en Latinoamérica y en Asia) renueva el análisis del Subdesarrollo al complejizar sus argumentos. La crítica a la Razón Poscolonial llevada a cabo por Spivak y el Grupo de Guha introduce, en cierto sentido, el tema hegeliano de la dialéctica de las conciencias en el espacio de la Subalteridad y la apropiación de “la cultura del amo” por parte de dominado. Así, la experiencia de la inferioridad, como se define la situación de dominación ideológica, clasifica de una manera objetiva los niveles de dominación social. Los grupos dominantes extranjeros y los grupos dominantes indí-

⁴⁶ Spivak, G. Ch.: O. cit., pág. 154 y sigs.

⁴⁷ Medovoi, L.: “*Can the Subaltern Vote?*”. *Socialist Review*, Julio-Sept., 1990.

⁴⁸ Busia, A.: “*Silencing Sycorax: On African Colonial Discourse and the Unvoiced Female*”. *Cultural Critique*, nº 14, 1990.

genas constituyen una élite compacta con valores y estilos de vida muy semejantes y comunes. *Esa élite al identificarse con las élites hegemónicas transnacionales se ha convertido en un impedimento evidente para el desarrollo de sus sociedades.* Este problema va a requerir, en los años venideros, estudios pormenorizados sobre cómo se han producido esos mecanismos de identificación y asimilación de carácter tan manifiesto.

En consecuencia con lo anterior, los Estudios Neocoloniales han posibilitado establecer perspectivas nuevas en las líneas de investigación sobre el Subdesarrollo, que tengan en cuenta los recientes procesos culturales e ideológicos que se están produciendo en la última década del Siglo XX y primeras del Siglo XXI. Con ello, se avanza en una ampliación de los múltiples fenómenos que edifican el desequilibrio internacional entre unos países tecnológicamente muy desarrollados, y otros sometidos a una subordinación inaceptable desde el punto de vista del progreso y del bien común. A este respecto, un autor como Edward Said ha incidido en la formación de una neocolonización ideológica que hace persistir los recelos de unas y otras áreas geopolíticas del planeta. Edward Said, por tanto, retomará temas centrales de los Estudios Afroamericanos y Neocoloniales con el objetivo de comprender en dónde se sitúan las variables ideológicas, que hacen persistir los mismos tópicos y estereotipos de unas culturas en relación a las otras. Said utilizará la Crítica Cultural y la Crítica Literaria en cuanto modelo de investigación que aclaran *las representaciones estereotipadas* de índole ideológica⁴⁹.

Para Said, los estereotipos construidos durante la época de la colonización siguen lastrando en la neocolonización actual. El orientalismo y el tipismo serán la carga ideológica que persiste gravitando pesadamente sobre la representación de "los Otros". Tal es el peso de los prejuicios y estereotipos difundidos sobre los países e individuos sometidos a la continuada dominación histórica. Así, hasta que no se logre percibir colectivamente a éstos en una realidad histórica común organizada por criterios de progreso y universalidad, aún no habremos salido, desgraciadamente, de la fase del Darwinismo social y cultural que ha prevalecido hasta nuestros días.

En suma, Edward Said reivindica *una nueva visión* de la realidad⁵⁰. Y en este proyecto, los análisis Neocoloniales han reclamado una mirada diferente, incontaminada y libre sobre la pluridimensionalidad de las sociedades e individuos actuales.

⁴⁹ Said, E.: "Orientalismo". Madrid, Libertarias, 1990.

⁵⁰ Said, E.: "Cultura e imperialismo". Barcelona, Anagrama, 1996.

¿ES POSIBLE UNA CONCLUSIÓN?: DEL DESARROLLO SOSTENIBLE A UNA NUEVA ÉTICA SOBRE EL DESARROLLO RACIONAL

Hemos repasado en este estudio algunos de los planteamientos que se están proponiendo en relación a los nuevos procesos sociales, políticos y económicos que condicionan a los mal llamados “países subdesarrollados”. En este sentido, es innegable que el mayor problema con el que se encuentran las poblaciones del siglo XXI, proviene de la persistencia del estado de sobreexplotación en el que una inmensa parte del planeta se encuentra⁵¹. A este respecto, las teorías del Desarrollo Sostenible han aportado una actual perspectiva para establecer unas líneas de investigación que posibiliten una transformación profunda de los marcos de la organización económica y política internacional y de sus procesos⁵².

Sin embargo, dos deberían ser los aspectos básicos en la consecución de un Desarrollo Sostenible que mantuviese el necesario sentido ético y solidario de una acción global para salir de la pobreza: conservación de los recursos y distribución equitativa de éstos. La conservación de los recursos y al servicio del bien general es el primer imperativo en el objetivo de posibilitar la supervivencia no sólo de las sociedades cuanto, paradójicamente, del mismo planeta Tierra. Esta cuestión tan obvia, sin embargo, aún no ha sido interiorizada por los gestores económicos, políticos e ideológicos del planeta. Y en esa ceguera se olvidan a las futuras generaciones de humanos, animales y plantas. Tal olvido es la espada de Damocles que gravita sobre nuestro hoy y sobre el cercano futuro. Y, asimismo, *la distribución equitativa de los recursos* es otro de los imperativos categóricos esenciales sin el que será factible la continuidad de la vida de nuestras sociedades. Por tanto, los imperativos de una Sociedad Sostenible y Solidaria no pueden dejar de ser:

- a) La distribución justa de los recursos mediante una transformación de los organismos económicos internacionales en la dirección de una auténtica democratización de las Relaciones Internacionales.
- b) La investigación, la ciencia y la tecnología han de ser reguladas,

⁵¹ Muñoz, B.: “*La Cultura Global. Medios de Comunicación, Cultura e Ideología en la sociedad globalizada.*” Madrid, Pearson, 2005.

⁵² Estevan, A.: “*De la economía a la ecología.*” Madrid, Trotta, 1995. También, Sosa, N. M.: “*Ética ecológica.*” Madrid, Libertarias, 1994.

también, internacionalmente en función de la protección de la salud y la vida de las poblaciones en el presente y en el futuro.

- c) El derecho a la vida digna, a la educación y a la veracidad informativa deben ser considerados como parte imprescindible de un Desarrollo Sostenible integral de los individuos y de las sociedades.

Tales deberían ser los pilares de una concepción del Desarrollo Sostenible en clave cosmopolita, como afirmaba en el Siglo XVIII el filósofo Inmanuel Kant en su imperecedero libro "*La Paz perpetua*"⁵³. Es hora ya que volvamos a los clásicos ideales ilustrados pero aplicados a las nuevas condiciones científicas del Siglo XXI. La síntesis entre un progreso racional para todos los habitantes del planeta debe conjuntarse con una ética que considere un "Nosotros" frente al ideológico y perverso concepto de "los Otros". Una ética y una cultura que defiendan *los valores de la universalidad de la razón en progreso* como el imperativo de imperativos que debe constituirse en el auténtico e ineludible núcleo del Desarrollo Sostenible. Frente a las cínicas posiciones posmodernas o neoliberales no podemos olvidar parafraseando y como afirmaba Hegel: que mientras quede un solo individuo hambriento o explotado en el planeta, todos seguiremos siendo esclavos de la injusticia, del egoísmo y de la irracionalidad. Romper la lógica de la dialéctica irracional entre amos y esclavos significará entrar, por fin, en la Historia auténticamente hecha y construida por seres dignos, racionales y humanos.

⁵³ Kant, I.: "*La Paz perpetua*". Madrid, Tecnos, 1996.

**LAS BASES SOCIOLOGICAS
DE LA AGROECOLOGIA Y EL DESARROLLO
RURAL SUSTENTABLE**

Eduardo Sevilla Guzmán

1. NOTA INTRODUCTORIA: SOBRE LA NATURALEZA DE LA AGROECOLOGÍA¹

La Agroecología, en su primer manual sistemático (Altieri, 1987; 1^o edición en castellano de 1985), fue definida como “las bases científicas para una agricultura ecológica”. Su conocimiento habría de ser generado mediante la orquestación de las aportaciones de diferentes disciplinas para, mediante el análisis de todo tipo de procesos de la actividad agraria, en su sentido más amplio, comprender el funcionamiento de los ciclos minerales, las transformaciones de energía, los procesos biológicos y las relaciones socioeconómicas como un todo. En la probablemente más acabada caracterización de la Agroecología, hasta ahora realizada, se desvela, en gran medida, el funcionamiento ecológico necesario para conseguir hacer una agricultura sustentable (Gliessman 1997). Y ello sin olvidar la equidad, es decir, la búsqueda de la Agroecología de un acceso igualitario a los medios de vida. La integralidad del enfoque de la Agroecología requiere, pues, la articulación de sus dimensiones técnica y social (Sevilla Guzmán y González de Molina 1993).

En los últimos años la Agroecología se está poniendo de moda al pretender utilizarla como una mera técnica o instrumento metodológico para comprender mejor el funcionamiento y la dinámica de los sistemas agrarios, y resolver la gran cantidad de problemas técnico-agronómicos que las ciencias agrarias convencionales no han logrado solventar. Sin embargo, esta dimensión restringida que está consiguiendo bastante predicamento en el mundo de la investigación y la docencia como un saber esencialmente académico, carece en absoluto de compromisos socioambientales. En esta manera de entender la Agroecología, las variables sociales funcionan para comprender la dimensión entrópica del deterioro de los recursos naturales en los sistemas agrarios; se asume su importancia pero no se entra en la búsqueda de soluciones globales que excedan el ámbito

¹ Quiero agradecer a Graciela Ottmann el haberme acompañado durante la redacción de este trabajo, que es en gran medida suyo por haber introducido una gran cantidad de ideas enriqueciendo sustancialmente el mismo.

de la finca o de la técnica concreta que se pone a punto. En realidad esta adulteración de la Agroecología o *Agroecología débil* no se diferencia en mucho de la agronomía convencional y no supone más que una ruptura parcial de las visiones tradicionales.

En un sentido amplio, la Agroecología tiene una dimensión integral en la que las variables sociales ocupan un papel muy relevante ya que aunque parta de la dimensión técnica antes apuntada, y su primer nivel de análisis sea la finca; desde ella, se pretende entender las múltiples formas de dependencia que el funcionamiento actual de la política y de la economía genera sobre los agricultores. El resto de los niveles de análisis de la Agroecología (Guzmán; Gonzáles de Molina y Sevilla Guzmán, 2000) consideran como central la matriz comunitaria en que se inserta el agricultor, es decir, la matriz sociocultural que dota de una praxis intelectual y política a su identidad local y también a su red de relaciones sociales. La Agroecología pretende, pues, que los procesos de transición en finca, de agricultura convencional a agricultura ecológica, se desarrollen en este contexto sociocultural y político y supongan propuestas colectivas que transformen las formas de dependencia anteriormente señaladas. Para ello, la Agroecología (que por su naturaleza ecológica pretende evitar el deterioro de los recursos naturales) ha de rebasar el nivel de la producción para introducirse en los procesos de circulación, transformando sus mecanismos de explotación social (evitando, así, el deterioro que, la veleidad del “valor de cambio”, genera en la sociedad). Aparece así la Agroecología como desarrollo sustentable, es decir, la utilización de experiencias productivas de agricultura ecológica para elaborar propuestas de *acción social colectivas* que desvelen la lógica depredadora del modelo productivo agroindustrial hegemónico, para sustituirlo por otro que apunte hacia una agricultura socialmente más justa, económicamente viable y ecológicamente apropiada (Guzmán, Gonzalez de Molina y Sevilla Guzmán, 2000).

Ello tiene implicaciones importantes: el lugar destacado que el análisis de los agroecosistemas otorga a las variables sociales acaba por implicar al investigador en la realidad que estudia, al aceptar, en pie de igualdad con su conocimiento, el conocimiento local generado por los productores. Más aún, las nuevas propuestas productivas, en su dimensión de desarrollo social, requieren una *investigación acción participativa* que destruya la naturaleza de “objeto estudiado”: los productores, al ser éstos el núcleo central en el diseño y toma de decisiones de dichas propuestas. Ello desemboca normalmente en un fuerte compromiso ético con la solución de los problemas ambientales, pero también de los sociales como

forma perdurable de solventarlos. No es de extrañar, pues, que la Agroecología haya surgido precisamente a través de una interacción entre los productores (que se revelan ante el deterioro de la naturaleza y la sociedad que provoca el modelo productivo hegemónico) y los investigadores y docentes más comprometidos en la búsqueda de alternativas.

De acuerdo con la experiencia acumulada en los últimos quince años a través de la dinámica de acompañamiento a las experiencias pioneras de agricultura ecológica en Andalucía, y a la confrontación de esta praxis con el conocimiento acumulado sobre el tema por el núcleo inicial de autores que han tratado de conceptualizar el manejo ecológico de los recursos naturales en Latinoamérica desde finales de los años setenta y comienzos de los ochenta (Hernández Xolocotzi, 1985-7; Gliessman, 1977; Altieri, 1985), es posible proponer una definición de Agroecología (obtenida mediante las técnicas participativas caracterizadas en otro lugar: Sevilla Guzmán, 1999) con un cierto sello andaluz. Así puede definirse como manejo ecológico de los recursos naturales a través de formas de acción social colectiva que presenta una alternativa al actual modelo de manejo industrial de los recursos naturales, mediante propuestas surgidas de su potencial endógeno, y pretende un desarrollo participativo desde los ámbitos de la producción y la circulación alternativa de sus productos, intentando establecer formas de producción y consumo que contribuyan a encarar la crisis ecológica y social, y con ello a enfrentarse al neoliberalismo y la globalización económica.

Su estrategia tiene una naturaleza sistémica, aunque los productores obviamente no la denominen así. Interpretamos que su práctica es sistémica porque parte de la finca, de la organización comunitaria de sus grupos de pertenencia en los pueblos, y del resto de los marcos de relación de sus ámbitos de acción social en las sociedades rurales articulados en torno a la dimensión local. Allí, se encuentran los sistemas de conocimiento local y/o campesino portadores del potencial endógeno que permite potenciar la biodiversidad ecológica y sociocultural a través de sus experiencias productivas.

Con tales acciones político-productivas se coincide en lo sustancial con la propuesta agroecológica que surge en Latinoamérica de forma paralela a la construcción andaluza (Cf también: Altieri, 1990; Gliessman, 1990, 1997 y Toledo, 1986, 1990 y 1991). Tal diversidad puede ser el punto de partida de sus agriculturas alternativas, desde las cuales se pretende el diseño participativo de métodos de desarrollo endógeno (Guzmán González y Sevilla Guzmán, 2000) para el establecimiento de dinámicas de transformación hacia sociedades sostenibles (Sevilla Guzmán and Woodgate, 1997).

La crisis de la modernidad se refiere a los dos problemas centrales con que se encara en la actualidad la humanidad, y que surgen de la percepción que las “modernas sociedades avanzadas” tienen; tanto de la sociedad, como de la naturaleza. Primero, por su búsqueda incuestionable de un “equitativo crecimiento económico” que no hace sino provocar una mayor fractura entre el bienestar de los ricos y los pobres. En lugar de “subir” a los marginados y “bajar” a los privilegiados respecto a la riqueza; utilizan la “cortina de humo de la democracia” para justificar el hecho cruel de que los beneficios materiales de tal crecimiento solo se acumulen en aquellos ámbitos donde se genera mas desigualdad (Sachs, 1992; Beck, 1998)). El segundo problema se refiere a la crisis ecológica. El conocimiento científico de las “modernas sociedades avanzadas” ha construido socialmente los recursos naturales como “las fuerzas originarias e indestructibles del suelo” que, a modo de inanimados insumos, pueden inyectarse de capital y ser incorporados a las dinámicas de desarrollo. Como resultado de esta percepción, las estructuras y los procesos ecológicos están siendo sustituidos por estructuras y procesos industriales rompiendo las bases de reproducción de los ciclos e intercambios de los elementos vivos de la biosfera (Naredo, 1987; Martínez Alier, 1987, 1992 y 1998).

La respuesta a tales problemas se está llevando a cabo a través de las estructuras “globales” de poder, generadas por la articulación transnacional de los estados, mediante las organizaciones internacionales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Estas han elaborado un discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad que presenta los problemas ecológicos y sociales como susceptibles de ser solucionados por la extensión de la ciencia convencional, la tecnología industrial y las “llamadas estructuras democráticas” a todo el planeta. (W.C.E.,1987; Sachs, 1993 ; E. Sevilla y A. Alonso Mielgo, 1995 ; Fernández Duran et al, 1995). Sin embargo, como hemos apuntado más arriba, el aumento del poder desde “el progreso” tecnoeconómico está siendo crecientemente oscurecido por la producción de riesgo...(y la) ...lógica de la producción y distribución de riesgos se desarrolla en comparación con la lógica de la distribución de riqueza” (Beck, 1992: 12-13). Así, mientras que la ciencia y la tecnología industrial han mantenido hasta aquí el equilibrio entre el crecimiento de la población y la producción de alimentos, las consecuencias medioambientales de este logro parecen amenazar las bases ecológicas de la vida misma. Como Beck (1992) sugiere, nuestro sentido industrial del “estar en riesgo” es tanto producto de nuestro modo de vida industrial, como de una crisis medioambiental “real”. El riesgo se identi-

fica con nuestra dependencia de un sistema de producción, distribución y consumo experto y globalizado, que nos aliena de las demás personas y del resto de la naturaleza. Tales sistemas están produciendo ya consecuencias inesperadas –como es la pérdida de hábitat natural y la vida salvaje, así como la encefalia bovina, también llamada enfermedad de las “vacas locas”, episodio acaecido en Gran Bretaña– y cuando esto ocurre frecuentemente somos capaces de responder. Debido a su complejidad, estos riesgos pueden ser extremadamente difíciles, si no imposibles de interpretar, como resultado de los ásperos debates entre científicos y políticos que frecuentemente presenciamos. El resultado de todo esto es la asunción oficial de un discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad (Sevilla y Alonso, 1995; Sevilla y Woodgate, 1997 y 1998).

La agroecología implica una definición alternativa de sostenibilidad basada en la ecología (Steve Gliessman, 1997), en el concepto de coevolución, el cual es usado para explicar el desarrollo paralelo de las características morfológicas o fisiológicas de dos especies, de forma tal que cada una de ellas depende de la otra para continuar su reproducción. El concepto ha sido utilizado por Richard Norgaard (1994), para caracterizar el desarrollo paralelo, a lo largo de la historia, de la naturaleza y la sociedad. En un tiempo histórico ínfimo, la transformación industrial de la naturaleza, a través de la ciencia y las tecnologías energéticas –altamente concentradas y entrópicamente degradantes– ha deteriorado gravemente, y en algunos casos ya de forma irreversible, las bases de renovabilidad de los recursos naturales. Este simple hecho nos obliga a identificar y rehabilitar tales mecanismos de reproducción. (Conway, 1987, 1990; Conway et. al., 1994). La agroecología intenta abordar este proyecto partiendo de un análisis de las vías por las cuales las culturas tradicionales han capturado el potencial agrícola de los sistemas sociales y biológicos en el curso de la coevolución. Tal potencial está presente en sus sistemas de conocimiento (Toledo, 1990 y 1991; Norgaard, 1994).

Los sistemas de conocimiento local, campesino o indígena tienen, a diferencia del conocimiento científico, en su naturaleza, estrictamente empírica, y en su pertenencia a una matriz sociocultural o una cosmovisión contraria a la teorización y la abstracción (Toledo, 1992; Altieri, 1990). La ciencia, por el contrario, reivindica la objetividad, la neutralidad cultural y la naturaleza universal como elementos centrales de su pesquisa. Dicho con otras palabras, la ciencia reclama un contexto independiente de la cultura y la ética. El problema, con tal reclamo y desde una perspectiva agroecológica, es que cuando nos aproximamos a la artificialización de los recursos naturales, nos encontramos con que la naturaleza

es producto tanto del contexto biofísico como de la cultura con la que se interactiva (Víctor Manuel Toledo en E. Sevilla y M. González de Molina, 1993; Beck, 1998).

Ello no debe ser entendido como el rechazo a la “ciencia convencional”: simplemente significa que esta forma de conocimiento juega un rol limitado en la resolución de los problemas, ya que no puede confundirse, como sucede comúnmente, con la sabiduría. La ciencia debe ser entendida como una vía de generación de conocimiento entre otras, mientras que la sabiduría, además de una forma de acceso al conocimiento, incorpora un componente ético esencial, aportado por la identidad sociocultural de donde surge.

La hegemonía del discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad, mencionado al referirnos a la respuesta a la crisis de la modernidad, está basado en un proceso de recíproca legitimación entre los beneficiarios del crecimiento económico y el “sistema social de la ciencia”. Los primeros reclaman la autoridad basándose en la ciencia, mientras que la ciencia es ensalzada por el poder de los “patrones” de la estructura global del poder político y económico, que financian la investigación y la extensión de aquella (Funtowic & Raveltz, 1994). El dominio de este discurso sobre todas las formas de conocimiento distinto al científico convencional, tiende a excluirlas a los espacios de la mitología y la superstición; el enfoque agroecológico pretende rescatarlas y revalorizarlas, consciente de que el conocimiento local, campesino e indígena que reside en los grupos locales, adecuadamente potenciado puede encarar la crisis de modernidad, al poseer el control de su propia reproducción social y ecológica.

Consecuentemente, es central para la agroecología demostrar que la sabiduría, como sistema de conocimiento contextualizador de las esferas biofísica y cultural, posee la potencialidad de encontrar los mecanismos de defensa frente a la realidad virtual construida: tanto por el discurso ecotecnocrático como por la negación del conocimiento local, campesino e indígena; cooptado, irónicamente por ejemplo, a la hora de registrar sus derechos genéticos de propiedad sobre las semillas (Funtowic and Ravetz, 1990 y 1994).

Cada agroecosistema posee un potencial endógeno en términos de producción de materiales e información (conocimiento y códigos genéticos) que surge de la articulación histórica de cada trozo de naturaleza y de sociedad; es decir, de su coevolución. Tal potencial tiende a ser degradado y aniquilado, tanto en sus aspectos sociales como ecológicos, por los procesos de la modernización industrial. La agroecología busca utilizar y desarrollar dicho potencial, en lugar de negarlo y remplazarlo por

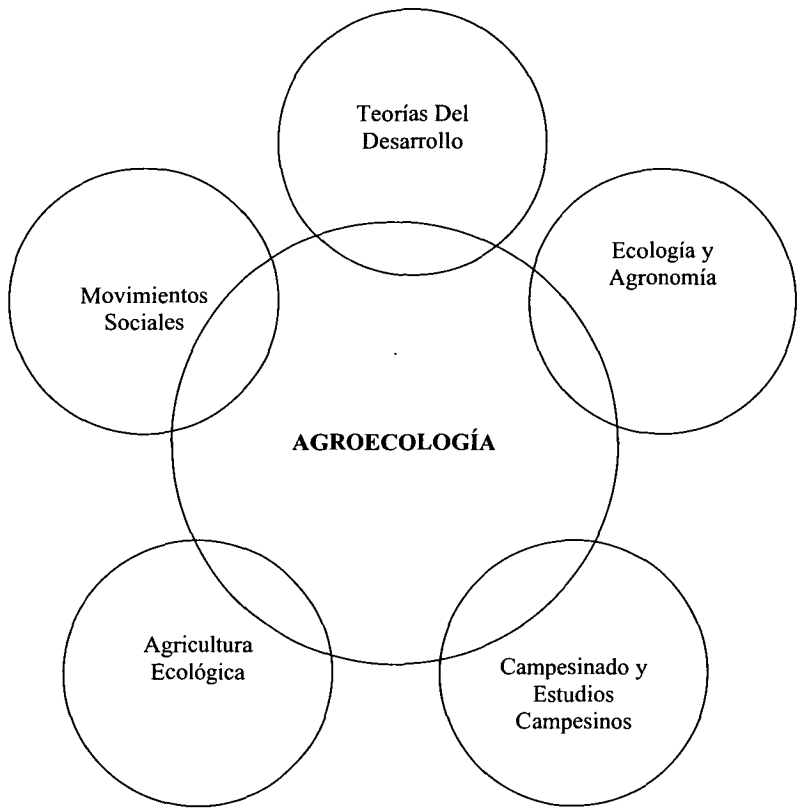
las estructuras y procesos industriales. En nuestra opinión, los aspectos sociales del potencial endógeno deben ser fortalecidos a partir de la dinámica de la lucha de los grupos locales que se resisten al proceso de modernización industrial de los recursos naturales. Mientras las dimensiones ecológicas están articuladas en el núcleo de la diversidad genética de los agroecosistemas que tales grupos reclaman mantener, el rol de los agroecólogos no consiste sólo en investigar los aspectos técnicos del potencial endógeno, sino también en implicarse en las luchas políticas y éticas de los grupos locales que buscan mantener sus recursos junto con su identidad, y ello tanto en el Centro como en la Periferia.

Los posteriores desarrollos del potencial endógeno descansan sobre el manejo ecológico de los sistemas biológicos. Éste difiere del modo industrial de uso de los recursos naturales (Gadgil and Guha, 1992) y tiende a reforzar, en lugar de destruir, los mecanismos de reproducción de la naturaleza. Una de las características centrales de la agroecología es su respeto por las estructuras y los procesos ecológicos, de los cuales, como una especie asociada, se puede conseguir su reproducción social a través de formas de acción social colectiva; en los "campos de acción" (Touraine, 1981; Giddens, 1993; Sevilla-Guzmán, 1991) en que los movimientos sociales puedan articularse a las esferas de la producción y circulación alternativas: los ejemplos pueden encontrarse tanto en el Centro como en la Periferia (Sevilla-Guzman and ISEC Team, 1994; M. Altieri, 1998).

Resumiendo, lo hasta aquí argumentado respecto a la Agroecología, durante la década de los años ochenta fue tomando forma una propuesta de manejo ecológico de los recursos naturales. Las bases de dicha propuesta poseen una doble naturaleza, científica y práctica que, hemos tratado de representar en la figura 1. Las bases científicas poseen una naturaleza interdisciplinaria convergiendo tanto desde las ciencias naturales (Ecología y Agronomía) como desde las ciencias sociales (en los campos, también interdisciplinarios, del desarrollo y los estudios campesinos). Las bases prácticas o, más propiamente, las bases sociológicas están integradas por la Agricultura Ecológica (tanto en los estilos modernos provenientes del Norte, como en los estilos históricos –agriculturas campesinas o indígenas– provenientes del Sur); los Movimientos Sociales (tanto a través de la contribución de los nuevos –movimientos ambientalistas, pacifistas y feministas, entre otros– como de los movimientos sociales históricos, como el jornalero).

La contribución de los movimientos sociales a la Agroecología podría ser esquematizada a través de lo podría denominarse como "las formas de

FIGURA 1
BASES CIENTÍFICAS Y SOCIOLOGICAS DE LA AGROECOLOGÍA



conciencia” agroecológica. Éstas son: la conciencia de especie (la explotación ecológica intergeneracional o, en otra palabras, los recursos naturales no son la herencia a nuestros hijos, sino el préstamo de nuestros nietos), la conciencia de clase (explotación económica intrageneracional), conciencia de identidad (discriminación étnica), conciencia de género (discriminación de la mujer) y la conciencia de explotación generacional (discriminación a niños y viejos).

En efecto, la Agroecología introduce como uno de sus elementos centrales la búsqueda de la equidad, cosa que han hecho tanto los movimientos sociales históricos (como el jornalero al cuestionar el proceso de apropiación latifundista de la tierra) como los nuevos movimientos sociales ante-

riormente considerados. Existen no obstante movimientos sociales híbridos, como son, el movimiento ambientalista de los Chipko, en la India Himalaya (Rangan, 1996); el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, rebelado en Chiapas (Collier, 1994), o el movimiento de los Sin Tierra en Brasil. Muchos de estos movimientos sociales se organizan, en la actualidad, como disidencia de la articulación del neoliberalismo económico con la globalización, a través de la organización transnacional de los estados –FMI, BM y OMC– fundamentalmente. Estas nuevas formas de disidencia están comenzando a generar una “praxis intelectual y política” de gran valor, que parece adoptar la Agroecología como una herramienta clave (Cf. MAELA, 2000 y la revista Agroecología e Desenvolvimento Rural Sustentavel).

2. SOBRE LOS CONCEPTOS DE DESARROLLO Y DESARROLLO RURAL EN EL PENSAMIENTO CIENTÍFICO CONVENCIONAL COMO PRECEDENTE DE LA AGROECOLOGÍA

En su acepción más amplia el concepto de desarrollo significa el despliegue de las potencialidades de una identidad, sea ésta biológica o socio-cultural. Se trata de alcanzar un estado superior o más pleno que el preexistente, tanto cuantitativa como cualitativamente. El aspecto cuantitativo del desarrollo se llama crecimiento; es decir, el aumento natural de tamaño por adicción de material a través de la asimilación o el acrecentamiento. La dimensión cualitativa del desarrollo hace referencia a los aspectos energéticos que permiten el despliegue o consecución de la mayor plenitud, la cual, aunque no suela ser así, puede realizarse sin crecimiento.

La conceptualización pionera, con suficiente rigor, del desarrollo surge a mediados del siglo XVIII en las Ciencias Naturales, cuando Caspar Friedrich Wolff (1733/1734) define el desarrollo embrionario como el crecimiento alométrico (variación de las relaciones entre las partes) hacia la forma apropiada del ser. Sin utilizar la palabra desarrollo, pero profundizando el concepto e introduciendo en él la noción de avance hacia formas más perfectas, Darwin un siglo más tarde acuñó el vocablo de evolución como sinónimo de desarrollo al elaborar su Teoría de la Evolución de las Especies. Aunque su probable utilización primera en las Ciencias Sociales tuvo lugar en el siglo XIX por Ibn Jadun, y aunque el inicio de la teoría sociológica de la evolución y su conceptualización guarde el legado de las teorías evolucionistas de la Filosofía de la Historia (desde Giambattista Vico hasta Herder y Hegel), sin embargo, se

debe a Karl Marx la más completa conceptualización del concepto de desarrollo, al introducir éste en el proceso histórico.

No obstante, dentro del pensamiento científico liberal, el concepto de desarrollo al ser aplicado a la economía adquiere una fuerte dimensión etnocentrista, al identificarse su mayor plenitud o superioridad con la trayectoria histórica desplegada por la identidad sociocultural occidental y las formas de producción y consumo por ella elaboradas. El desarrollo puede así ser definido como el crecimiento económico (incremento del Producto Nacional Bruto) que va acompañado de un cambio social y cultural (modernización) y tiene lugar en una determinada sociedad, generalmente un estado-nación, como consecuencia de las acciones realizadas; esto implica la elaboración de una estrategia de planificación del cambio para mejorar la calidad de vida de su población. Y entendiendo por modernización, un nombre nuevo para un viejo proceso, el cambio sociocultural y político que las potencias coloniales imponían a sus colonias: su occidentalización. Es en este contexto como adquiere sentido el desarrollo.

En nuestra opinión, el mejor análisis hasta ahora realizado del concepto de desarrollo se debe a Gustavo Esteva, cuando señala que el desarrollo no puede desligarse de las palabras con las cuales se le formó - evolución, crecimiento, maduración. Del mismo modo, quienes la emplean actualmente no pueden liberarse de la red de sentidos que da una ceguera específica a su lenguaje, a su pensamiento y a su acción. No importa el concepto que se emplee o la connotación precisa que la persona que lo use quiera darle, la expresión se encuentra calificada y coloreada por significados acaso indeseables. La palabra implica siempre un cambio favorable, un paso de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, de lo peor a lo mejor. La palabra indica que uno lo está haciendo bien porque avanza en el sentido de una ley necesaria, ineluctable y universal y hacia una meta deseable. La palabra tiene hasta ahora el significado que le dio hace un siglo el creador de la ecología: Haeckel, desarrolló a partir de ese momento la palabra mágica con la que podemos resolver todos los misterios que nos rodean o que por lo menos nos puedan guiar a su solución. Empero, para dos terceras partes de la gente en el mundo este significado positivo de la palabra desarrollo -profundamente enraizado tras dos siglos de construcción social- es un recordatorio de lo que no es. Les recuerda una condición indeseable e indigna. Para escapar de ella necesitaban hacerse esclavos de las experiencias y los sueños de otros (Gustavo Esteva en W. Sachs, 1992: 10).

Cuando el desarrollo no se refiere al conjunto de una sociedad, sino que se centra en las áreas, sean rurales o urbanas, a las que se pretende

mejorar el nivel de vida de su población, a través de procesos de participación local mediante la potenciación de sus recursos propios, éste se define como Desarrollo Rural o Urbano. El primer paso para analizar el desarrollo rural-urbano consiste en detectar el trasfondo teórico de los esquemas de desarrollo que se desea potenciar. Aun cuando siempre se señale como objetivo la mejora del nivel de vida de la población del área implicada, a través de procesos de descentralización, participación local y potenciación de la utilización de recursos propios; el marco teórico del que surge tal desarrollo es el determinante último de la naturaleza de tales acciones. Lamentablemente la mayor parte de las acciones hasta ahora realizadas han sido implementadas desde la perspectiva del liberalismo económico histórico o desde el neoliberalismo, es por esa razón por lo que, en líneas generales, los resultados obtenidos no fueron todo lo satisfactorios que se hubiese deseado. Además, es necesario matizar que probablemente el fin último tampoco fuera en todos los casos el arriba señalado: mejorar el nivel de vida de la población, ya que desde sus orígenes, el concepto de desarrollo para la “periferia” ha estado vinculado a la idea de ayuda o cooperación para el desarrollo, desplegando por tanto una dimensión de imposición paternalista, “de arriba abajo” que anulaba las posibilidades de participación real de la población, por lo que, en muchos casos, tales acciones no han sido sino un intento para sentar las bases de una nueva forma de colonialismo sutil, que terminaba satisfaciendo únicamente las demandas de expansión de los intereses económicos de los “piases centrales” (Villasante, 1995 y 1998).

Durante una buena parte del siglo XIX y hasta entrado el XX se fue configurando como hegemónico el modelo productivo urbano-industrial, cuya lógica, de mover personas allá donde se concentraba el capital, fue consolidando una estructura de poder que situaba al campo y las comunidades rurales en una posición cada vez más marginada y dependiente frente a las ciudades que vieron incrementado su poder con la hegemonía industrial (Fernandez Durán, 1993). No obstante, las ciudades, lejos de ser espacios socioeconómicos homogéneos, se configuran nuevamente como un centro donde se acumulan la renta y los servicios, y una periferia constituida por grandes bolsas de pobreza provenientes de la migración rural. Los desequilibrios así generados trataron de mitigarse con políticas encaminadas a elevar el nivel de vida de la gente del campo definiéndose éstas como de Desarrollo rural o, en su caso, urbano (Long, 1978; Castells, 1972).

En otro lugar hemos interpretado la trayectoria histórica del desarrollo rural como el paso de la “cuestión agraria” a la “cuestión medioambiental”

(E. Sevilla Guzmán and G. Woodgate, 1997). Igualmente Castells interpreta el desarrollo urbano como el paso de la “cuestión urbana” a la “cuestión informacional” (1972 y 1998, 3 vol). La naturaleza de estos papeles (la Agroecología como desarrollo rural y las limitaciones de espacio) nos obliga a centrarnos en el desarrollo rural, aunque igualmente podríamos adentrarnos en una Agroecología como desarrollo urbano a través del diseño de estrategias participativas de agricultura ecológica-urbana.

El debate sobre la “cuestión agraria” planteaba cuál debería ser la naturaleza del manejo de los recursos naturales y, por tanto, el papel del campesinado en el proceso histórico. Dicho debate quedó cerrado a finales del siglo XIX ante el consenso tanto del pensamiento liberal como del marxismo al redefinir a la agricultura como una rama de la industria y relegar al campesinado a la posición de residuo anacrónico que, ineluctablemente, habría de ser sacrificado en los altares de la modernidad de naturaleza urbana (Castells, 1972 y S.Giner and E. Sevilla Guzmán, 1980). Sin embargo, de tal debate surgió una praxis intelectual y política “procampesina” que puede interpretarse como un precedente del desarrollo rural y que consideraremos en el siguiente apartado.

En el cuadro que presentamos a continuación (cuyo apoyo bibliográfico se encuentra en el citado trabajo: Sevilla Guzmán y Woodgate, 1997a) hemos seleccionado las teorías (o marcos teóricos) que, en nuestra opinión, han jugado un papel más importante en la implementación del desarrollo rural que, como veremos detalladamente en el siguiente apartado, hemos agrupado en tres categorías o “formas históricas de desarrollo rural”: el Desarrollo Comunitario; el Desarrollo Rural Integrado y el Desarrollo Rural Sostenible”. Todas ellas se inscriben en el desarrollo del “pensamiento científico convencional” que, aunque como epistemología constituya “el manejo del riesgo a no equivocarnos”, como estructura social se ve sometida a las presiones de la estructura de poder generada por los intereses económicos y políticos de las instituciones con ella interactuantes. Ello determina que, en muchos casos, el funcionamiento de la ciencia se ve mediatizado por fuerzas ajenas a la naturaleza última de su pesquisa: la caracterización, explicación y predicción de la realidad, tanto natural como social, para preservarla de cualquier forma de deterioro.

Las teorías o marcos teóricos que subyacen en cada forma histórica de desarrollo rural han sido agrupadas en “perspectivas teóricas”, que preceden en el cuadro a la denominación que hemos atribuido a cada uno de los tres tipos de desarrollo rural. La perspectiva teórica de la “sociología de la vida rural” (Newby y Sevilla Guzmán, 1983) esta integrada por el conjunto de teorías que pretenden mostrar la necesidad de introducir en

el manejo de los recursos naturales las tecnologías derivadas de las ciencias agropecuarias y forestales. Se trataba, pues, de generar los mecanismos que introdujeran en las comunidades rurales aquellos cambios socio-culturales que permitieran por parte de los campesinos el paso de una "agricultura como forma de vida" a otra vinculada al mercado en el que "el manejo de los recursos naturales pasa a ser un negocio". Así, los marcos teóricos que hemos seleccionado constituyen herramientas analíticas para el análisis del funcionamiento de las comunidades rurales, señalando las pautas de cambio que permitirían transformarlas hasta conseguir el nuevo objetivo: introducir "una civilización científica en el campo para hacerlo salir de su atraso".

**PERSPECTIVAS Y MARCOS TEÓRICOS DEL DESARROLLO RURAL
EN EL PENSAMIENTO CIENTÍFICO CONVENCIONAL**

Marcos Teóricos	Autores clave
Perspectiva teórica de la Sociología de la Vida Rural: Desarrollo Comunitario (DC)	
La comunidad "rururbana"	C. Galpin
El continuum rural-urbano	P. Sorokin and C. Zimmerman
Las bases de poder de la comunidad rural	W. Llyod Warner and others
Perspectiva teórica de la modernización agraria: Desarrollo Rural Integrado (DRI)	
Familismo amoral	E. C. Banfield
La imagen del bien limitado	G. Foster
La modernización de los campesinos	E. Rogers
Las etapas del crecimiento económico	W.W. Rostow / C. Clark
El dualismo económico	W.A. Lewis
La agricultura de altos inputs externos	T. Shultz / R. Weis
El cambio tecnológico inducido	V. Ruttan and A. de Janvry
Perspectiva de la sustentabilidad institucional: Desarrollo Rural Sostenible (RSR)	
Ecodesarrollo	I. Sachs
Farming Systems Research	Enfoque francófilo (e.g. M. Servillote, 1996) Enfoque anglófilo (e.g.D. Gibbon, 1991)
Farmer and People First	R. Chambers / M. Cernea

Como veremos en el siguiente apartado, la infraestructura organizativa a través de la cual se llevaría a cabo tal transformación, lo constituye el Desarrollo Comunitario a través de la transferencia tecnológica de los servicios de extensión agraria y su difusión planetaria a través de la Revolución Verde.

La perspectiva teórica de la “modernización agraria” es presentada en el cuadro mediante la agrupación de los “marcos teóricos” o teorías que, en nuestra opinión, son más relevantes respecto a señalar la necesidad de industrializar la agricultura con inputs externos. Tales teorías, provenientes de diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales, analizan en general el concepto de campesinado para adaptarlo al nuevo contexto de la referida industrialización. Los marcos teóricos de naturaleza antropológica (“Familismo amoral” y “Teoría del bien limitado”) tratan de explicar el comportamiento de los campesinos al resistirse a la forma de desarrollo propuesta, mediante comportamientos calificados, por la identidad socio-cultural europea legitimada por su ciencia, como insolidarios o sin pautas éticas fuera de su unidad doméstica. La teoría de la modernización de los campesinos, de naturaleza sociológica, pretende diseñar los mecanismos para romper dicha resistencia a aceptar la imprescindible competitividad del mercado así como la secularidad, empatía y la propensión del logro vinculado a la lógica del lucro. El resto de las teorías modernizadas, señaladas en el cuadro, poseen una naturaleza económica, mostrando el camino para el desarrollo (“las etapas del crecimiento económico”), cómo transformar la agricultura tradicional en otra de “altos inputs externos” rompiendo, así, el “dualismo económico” de los países subdesarrollados, al transformar las formas campesinas atrasadas de producir y consumir en estilos de vida modernos; ello se obtendría mediante un “cambio tecnológico inducido”, a través de la investigación en tecnologías apropiadas. La implementación de estas propuestas constituye la “forma histórica de Desarrollo Rural Integrado (DRI) que consideraremos en el apartado siguiente.

En dicho apartado mostraremos el impacto social y ecológico de estas propuestas teóricas del desarrollo rural mediante su forma histórica primera: el desarrollo comunitario. Surgió éste en USA ya entrado el siglo XX, cumpliéndose sus objetivos de “crear una civilización científica en el campo” (Gillette). Igualmente tuvieron éxito los esquemas del DRI respecto a modernizar a los campesinos (Rogers), transformándolos en empresarios agricultores (Weitz), proporcionándoles tecnologías de altos insumos propiamente adecuadas (Shultz) y generando cambios tecnológicos inducidos (Ruttan). Empero, no sucedió lo mismo con las propues-

tas teóricas agrupadas en la que hemos definido, en el cuadro que estamos explicando, como Perspectiva de la Sostenibilidad Institucional que da lugar al Desarrollo Sostenible (DRS). En otro lugar hemos definido esta perspectiva como el "discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad" (Alonso Mielgo y Sevilla Guzmán, 1995 y 1998), ya que pretendió encarar la crisis medioambiental y social actual, sin modificar la naturaleza industrial que posee el manejo de los recursos naturales de su modelo productivo. Los marcos teóricos que la integran definen un tipo de Desarrollo Rural Sostenible (DRS) con esquemas de Ecodesarrollo (Sachs) donde se pretendía articular el conocimiento local, campesino o indígena con tecnologías de naturaleza industrial, lo que fue instrumentado por los organismos internacionales mediante polémicas implementaciones en numerosos países latinoamericanos (Leff, 1994 y 1998).

La, probablemente más relevante, propuesta teórica de las hasta aquí consideradas es la que aparece en el cuadro como el enfoque interdisciplinario del Farming Systems Research y que por sus múltiples aportaciones, susceptibles de utilizar dentro de la Agroecología, como desarrollo, vamos a considerar con un mayor detenimiento. Es posible diferenciar claramente dos enfoques dentro del Farming System Research: por un lado, el enfoque tradicional, de naturaleza anglosajona, y, por otro, el posterior enfoque del INRA-SAT (Institute Nationale de la Recherche Agronomique-Systemes Agraries et le Dèveloppement) que surge en 1979 en Francia como consecuencia de la crítica de R. Dumont a la enseñanza agrícola que no considera la diversidad de las estructuras agrarias ni la rigidez de las recomendaciones técnicas, poniendo en riesgo los recursos naturales y el legado cultural agrario. Hénin y Sebillote inician la "investigación en finca" en Francia, con una nueva concepción agronómica, introduciendo el concepto de itinerarios técnicos y redefiniendo el concepto de "sistema de cultivos". Los análisis sistémicos del SAT se refieren a: 1) el funcionamiento y evolución de las fincas en sus contextos técnico, económico y social; 2) el estudio de las herramientas para la toma de decisiones; 3) la generación de tecnologías de manejo conjunto de cultivos y ganado; 4) los sistemas agrarios y el uso del suelo y 5) los sistemas agrarios, de producción y procesado de productos alimentarios (Bonnemaire, 1994). La figura que adquiere un protagonismo desde una perspectiva, tanto teórica como institucional, en la orientación anglófila del Farming Systems Research es, sin duda, David Gibbon, quien diferencia los siguientes rasgos como característicos de este enfoque: a) investigación orientada hacia el agricultor; b) enfoque sistémico; c) búsqueda rápida para resolver problemas; d) enfoque interdisciplinario

(incluyendo a sociólogos y antropólogos, los cuales habían sido marginados del trabajo en equipo realizado por los organismos internacionales); e) experimentación en finca; f) participación de agricultores en el desarrollo de tecnologías; g) enfoque holístico y, h) desarrollo dinámico e interactivo de los proyectos implementados (Gibbon, 1994). Aunque dentro del amplio abanico de enfoques del Farming Systems Research hay, como hemos señalado anteriormente, aportaciones próximas a la Agroecología como Desarrollo Rural Sustentable, la mayor parte de dichos enfoques no cumplen muchos de los rasgos señalados por Gibbon en su intento de definición (Cf. Sevilla Guzmán and Woodgate, 1997b y Sevilla Guzmán et al, 1995).

El marco teórico de "Los agricultores primero" (Farmer First) fue generado por la persona que organiza la transformación del Farming Systems Research: Robert Chambers, claramente vinculado al ecologismo de los organismos internacionales y de los Bancos multilaterales (Alonso y Sevilla Guzmán, 1995), en una posibilidad de elección "contingente" entre el desarrollo rural como "turismo" y el desarrollo rural como "ecología de los pobres" (Martínez Alier, 1998). Robert Chambers, criticando el desarrollo rural convencional, analiza los seis sesgos del sistema internacional de conocimiento y prestigio, con las subsiguientes prebendas: a) el sesgo del asfalto, que hace referencia a que los funcionarios coloniales y los "académicos-científistas" sólo trabajan en los bordes de lo urbano, ya que la distribución internacional (centro-periferia) del conocimiento posee un prejuicio espacial que determina la imperceptibilidad de la pobreza más allá de donde llega el asfalto o de las proximidades de los caminos rurales; b) el sesgo de los contactos, según el cual los citados "outsides" sólo trabajan donde ya se han realizado anteriores proyectos de desarrollo y, por lo tanto, se tienen "contactos" y existen "datos sobre la zona"; c) el sesgo del potencial humano, según el cual hay que trabajar con líderes locales, hombres, receptores de innovaciones (visión etnocentrista) y con los más activos (visión aún más etnocentrista); d) el de la comodidad, es decir, el sesgo por el cual solamente se trabaja en las estaciones secas, ya que las condiciones climáticas son más favorables; d) el de la delicadeza con los pobres (sesgo de la diplomacia), lo que se traduce en que es muy importante ser diplomático y mostrarse educado y tímido al hablar sobre la pobreza del país, región o pueblo estudiado; e) el sesgo de la profesionalidad, por el cual es necesario no involucrarse en problemas ajenos a nuestra especialidad (Chambers, 1983). Mediante el debate generado por esta crítica se sientan las bases metodológicas de la "agricultura participativa" (Cornwall, Guijt and Welbourn, en Scoones

and Thompson, 1994) y los diagnósticos participativos que a pesar de su, en no pocas ocasiones, instrumentalización de la gente, permite mediante la aplicación de la “investigación acción participativa” (Fals-Borda, 1986 y 1987) al desarrollo urbano (Villasante, 1995 y 1998) o al rural (Guzmán et al, 2000) alcanzar la praxis intelectual y política de la Agroecología.

3. UNA INTERPRETACIÓN AGROECOLÓGICA DE LAS FORMAS HISTÓRICAS DE DESARROLLO RURAL-URBANO

Antes de pasar al análisis de la implementación de las perspectivas teóricas, hasta aquí consideradas, mediante “formas históricas de desarrollo rural” merece la pena que consideremos, aunque sea esquemáticamente, un precedente no tenido en cuenta por el pensamiento científico convencional, que puede considerarse como una “protoforma histórica de desarrollo rural”. Tal experiencia es conocida por la historiografía como la “Ida hacia el pueblo”.

Hasta las primeras décadas del siglo XX, en que aparece el desarrollo comunitario como invento norteamericano de la “Perspectiva teórica de la vida rural” (Farm Life and Rural Social Life Studies), que hemos analizado antes, no existe, en nuestra opinión, ninguna forma de actuación conocida que pueda denominarse propiamente desarrollo rural, salvo el movimiento intelectual y político conocido como la “ida hacia el pueblo”. Surge éste en la coyuntura política de la abolición de la servidumbre que tuvo lugar en 1861 en Rusia. En torno a Chernyshevsky (un intelectual revolucionario) se nuclean una serie de grupos de obreros y estudiantes urbanos que constituirán la Zemlia i Volia (Tierra y Libertad) y que a finales de los sesenta iniciarían una migración de jóvenes de las ciudades al campo, convencidos del “instinto socialista” del campesinado, buscando una alianza mediante la fórmula del fundirse con el pueblo. Se entendía por tal, el establecer un intercambio de conocimientos que permitiera iniciar un diálogo de igual a igual entre los campesinos y los intelectuales, generando lo que en la actualidad se conoce como investigación-acción participativa o como desarrollo participativo de tecnologías agrarias, cuando se aplica a nivel de finca (Guzmán, González de Molina, Sevilla Guzmán, 2000) Este movimiento desarrolló fórmulas de acción social colectivas de naturaleza simétrica (campesinos-intelectuales), tratando de demostrar la realidad de la “teoría de la marcha atrás”. En otras palabras, se pretendía impedir la penetración del capitalismo en

las comunidades rurales, para evitar la desintegración sociocultural y económica que se había producido en las sociedades de los países europeos que habían iniciado sus procesos de industrialización. El surgimiento de grupos de estudiantes decididos a analizar el movimiento campesino y trabajar por sus intereses no era algo nuevo, ya que en los años sesenta venía sucediendo de forma gradual y clandestina, con una fuerte autonomía local y con una organización altamente fragmentada. Durante los años 1873-74, la emigración de jóvenes al campo, para vivir en las mismas condiciones que el campesinado, pasa a ser un movimiento que adquiere un carácter masivo, abarcando más de 30 provincias, principalmente en las zonas del Volga, el Don y el Dnieper. No se trataba de enseñar a los campesinos imponiéndoles los ideales del “socialismo occidental”, sino, por el contrario, de recoger de ellos sus necesidades reales ante el convencimiento de que los campesinos eran conscientes de “las ventajas del atraso”. Fue una explosión romántica de fe en los instintos socialistas del campesinado ruso, al tiempo que un deber ético hacia los demás. Los miles de hombres y mujeres que marcharon a los pueblos durante aquellos años respondían así a una obligación moral consigo mismos y con el campesinado: pretendían demostrar que la ayuda mutua era el motor de la historia (Shanin en Sevilla Guzmán and Woodgate, 1997a).

Las técnicas participativas y los métodos de extensión que pretendieron desarrollar recordaban claramente a lo que Alexander Chayanov llamaría más tarde “agronomía social”. No obstante, los resultados del movimiento de “ida hacia el pueblo” fueron muy desalentadores. Sus jóvenes entusiastas fueron a menudo arrestados por la policía con la colaboración activa de aquellos a quienes deseaban preparar para la futura revolución o levantar con una inmediata insurrección. Los campesinos rusos se mostraron mucho menos receptivos a las ideas socialistas de lo que habían creído los intelectuales revolucionarios. El movimiento populista había atravesado una gran experiencia; faltaba analizarla y sacar conclusiones. Ello fue lo que llevó a cabo más tarde el neopopulismo de Chayanov y su escuela de agrónomos rusos (Shanin, 1984; Sevilla Guzmán y Heiser, 1988: ambos en Sevilla Guzmán and Woodgate, 1997a), como veremos al considerar los marcos teóricos del Pensamiento Alternativo.

Es posible diferenciar, haciendo una abstracción de la multitud de experiencias realmente existentes de desarrollo rural-urbano, tres formas históricas: el Desarrollo Comunitario, el Desarrollo Rural Integrado (en el caso de zonas rurales) o Desarrollo Local (en el caso de zonas urbanas) y el Desarrollo Sostenible, común para ambas. En el siguiente cuadro presentamos una cronología de dichas formas históricas.

La génesis teórica de la primera forma histórica de desarrollo rural-urbano tuvo lugar en los años 20-30 del siglo XX en USA, concretamente en las tradiciones sociológicas conocidas como "Sociología de la Vida Rural", ya considerada, para el Desarrollo Rural y la Escuela de Chicago, para el Desarrollo Urbano. Desde esta perspectiva urbana se trataba de estudiar los "ghettos" o bolsas de pobreza étnicamente diferenciada intentando generar inútilmente estructuras sociales de integración a la Comunidad (Castell, 1972). No obstante, lo relevante

CUADRO 1. LA AGRICULTURA EN LAS FORMAS HISTÓRICAS DE DESARROLLO RURAL (EN DÉCADAS)

FORMA HISTÓRICA	Países del Norte		Países del Sur	Implicación de la agricultura
	USA	Resto Norte		
Comunitario	20-30	60-70	40-60	Alta
Integrado	50-60	70-80	60-80	Media
Sostenible	90-00	90-00	90-00	Baja

para el argumento de estos papeles es la implementación política, a nivel global, del debate en torno a la naturaleza (campesina o industrial) del manejo de los recursos naturales. Ello tuvo lugar por medio de la introducción masiva de semillas de alto rendimiento vinculadas a paquetes de agrotóxicos, dentro del proceso que convino en denominarse "revolución verde"; su instrumentalización práctica puede ser interpretada como la primera forma histórica del desarrollo rural-urbano: el desarrollo comunitario. Ello es así, si aceptamos como "definición operativa" de desarrollo rural la esbozada más arriba: elevar el nivel de vida de la población rural ante la desorganización social y la pérdida de diversidad sociocultural generada por el avance del modelo productivo urbano-industrial. En efecto, el conjunto de acciones para satisfacer las necesidades básicas de la población en materia educativa, sanitaria y de mejora de infraestructuras constituían claramente actividades de desarrollo rural, aunque su objetivo último fuera la generación de un proceso de mercantilización creciente de sus estructuras productivas agrarias, pretendiendo con ello incrementar la productividad de la agricultura introduciendo formas de manejo de naturaleza industrial a través de los paquetes que acompañaban a las semillas mejoradas (P.W. Preston, 1985; Hulme and Turner, 1990).

Desde una perspectiva agroecológica la “revolución verde”, y por tanto el Desarrollo Comunitario, como primera forma histórica de Desarrollo Rural, puede interpretarse como la última fase de un proceso masivo de descampesinización. En efecto, si aceptamos la definición de campesinado que propone la Agroecología como una forma de manejo de los recursos naturales que allá donde no ha recibido presiones expúreas ha mantenido los mecanismos de reproducción biótica de los ecosistemas que artificializaba (Altieri, 1991), habremos de concluir que ésta ha mantenido históricamente la sustentabilidad ecológica (Gliessman, 1978 y 1989; E. Sevilla Guzman y M. Gonzalez de Molina, 1993). Sin embargo, ello solo pudo ser así porque el manejo de los recursos naturales estaba inserto en matrices socioculturales que preservaban tal epistemología conservacionista (Toledo, 1989 y 1993).

El proceso de descampesinización, empero, tiene raíces más profundas vinculadas, por un lado, a depredación sociocultural sufrida por los llamados “pueblos sin historia” y al “imperialismo ecológico” desplegado por la identidad sociocultural occidental (Wolf, 1982; Crosby, 1986). Y, por otro lado, a la idea de naturaleza acuñada por la Ilustración, primero, y por el Liberalismo histórico, después, de que ésta, la naturaleza, constituye algo separado del hombre y susceptible de ser dominada por él a través de la razón, pudiendo ser reducida a la condición de mero factor productivo susceptible de privatización, mercantilización y cientificación (Ploeg, 1993 y Guzmán et. al., 2000). Así, para finales de la década de los 40 ya se había producido, en el denominado “primer mundo” o “centro de la economía mundo”, la implantación hegemónica de un modo industrial de uso de los recursos naturales (Gadgil and Guha, 1992) en el que los mecanismos de reproducción biótica de los mismos podían ser forzados según las exigencias del mercado, ya que “la ciencia podría, a través del capital, sustituir los elementos naturales deteriorados por él (Martinez Alier; 1994). Faltaba, pues, concluir el proceso en el resto del mundo; tarea que, en buena medida, llevó a cabo el Desarrollo Comunitario en su acompañamiento a la Revolución Verde, primero, y en su despliegue por la “periferia del centro”, después, incluyendo aquí las zonas rurales europeas no intensificadas todavía por la agricultura industrializada.

En este contexto, la primera forma histórica de Desarrollo Rural puede ser definida como una estrategia vinculada a las acciones agronómicas de extensión que pretendía generar formas autogestionarias de acción social colectiva para conseguir: a) la aceptación de estilos de agricultura industrializada por parte de la población local; b) incrementar el

nivel de vida de la población o en los casos extremos satisfacer sus necesidades básicas; y, c) construir mecanismos de organización comunitaria para obtener la participación local en la maquinaria modernizadora de la administración estatal para transferir tecnologías externas y homogeneizar así el manejo de los recursos naturales, tornando con ello su naturaleza en industrial.

Esto supuso, respecto al manejo de los recursos naturales, que la fertilidad natural del suelo y su consideración como algo vivo fuera sustituida por su utilización como un soporte inerte alimentado por química de síntesis. El aire y el agua dejaron de ser un contexto interrelacional con otros seres cuyas funciones podrían utilizarse, a modo de control sistémico, en la producción de bienes para el acceso a los medios de vida, para transformarse definitivamente en meros insumos productivos cuyos ciclos y procesos naturales podrían ser forzados hasta obtener un máximo rendimiento, según las demandas del mercado, sin considerar el grado de reversibilidad del deterioro causado por dicho forzamiento. Y, finalmente que la biodiversidad fuera obviada, despreciándose el proceso de coevolución que la había generado (V. Shiva, 1996; G. Guzmán et al, 2000: 40-60).

Peter Rooset ha analizado en forma lúcida y esquemática los resultados de esta primera forma histórica de desarrollo rural de la siguiente manera: “en primer lugar el permiso para que la tierra de cultivo sea comprada y vendida como bienes de consumo y sea permitida la acumulación de áreas por unos pocos...; en segundo lugar, la carencia de capacidad de negociación por los agricultores familiares y los trabajadores del campo ante los productores e intermediarios, recibiendo cada vez una parte menos de las ganancias del campo; y, finalmente, la degradación de los suelos, la generación de nuevas plagas, malezas y enfermedades por las tecnologías dominantes destruyendo las bases de la producción futura y tornando cada vez más difícil y costoso el mantenimiento de las cosechas” (P. Rooset, 1998).

Resumiendo, la implementación de la “revolución verde”, a través del Desarrollo Comunitario como primera forma histórica del desarrollo rural, supuso para el llamado “tercer mundo” la sustitución masiva de los terrenos comunales por la propiedad privada superconcentrada y el desalojo generalizado de formas sociales de agricultura familiar por latifundios agroindustriales. Y para ambos: el centro y la periferia, la sustitución definitiva de los ciclos cerrados de energía y materiales del manejo campesino por la utilización masiva de insumos externos procedentes de las multinacionales a través de los bancos especuladores.

El imparable avance del modelo productivo agroindustrial había

generado tan fuertes desequilibrios rural-urbanos que las políticas de desarrollo rural se mostraron imprescindibles para mitigar los costes sociales que exigía la instauración de la modernidad. Es así como en la mitad de los años sesenta se inician múltiples actividades intentando mejorar el nivel de vida de la población rural surgiendo la forma histórica que hemos denominado como Desarrollo Rural Integrado (DRI), para hacer justicia al apellido más conocido con el que se calificaba a tales acciones. En Europa las denominaciones de estas acciones fueron de armónico (buscando un equilibrio intersectorial); integrado, propiamente dicho (potenciando la agricultura a tiempo parcial, después calificada como pluriactividad), y ecodesarrollo (introduciendo el objetivo de evitar la degradación medioambiental), el cual tuvo una amplia difusión posterior en Latinoamérica donde adquirió prevalentemente las denominaciones de autocentrado (pretendiendo romper las formas de dependencia externa), endógeno (potenciando lo local), y local (movilizando a las poblaciones implicadas).

En un interesante trabajo de Miren Etxezarreta presenta una recopilación de los estudios más significativos de desarrollo rural integrado, de los que la autora obtiene una valiosa conceptualización del tema en los siguientes términos:

“El Desarrollo Rural Integrado consiste esencialmente en potenciar esquemas de desarrollo en el ámbito rural que tienen como objetivo la mejora del nivel de vida de la población del área implicada y no el crecimiento económico indiscriminado de un país. Para ello, se estimula el establecimiento de esquemas de actividad económica de base territorial, descentralizados y con un fuerte componente de decisión local, que movilice a la población en la prosecución de su bienestar mediante la máxima utilización de sus recursos propios, humanos y materiales. Se considera este método más adecuado para lograr el objetivo propuesto que la utilización de tecnología y recursos que provienen del exterior, para los que se propugna una fuerte adaptación a las situaciones y necesidades locales. Se postula una integración de las facetas materiales, sociales y personales de la comunidad local, que estimule una mayor participación social y la consecución de la dignidad de sus habitantes, así como la articulación de estas comunidades con la sociedad en general de una manera más armónica y equitativa” (Etxezarreta, 1988:80-1).

Con respecto al núcleo central de problemas que se pretende abordar desde la aplicación de los esquemas del DRI, hemos de señalar que éstos responden principalmente a la necesidad de establecer una mayor flexibilidad productiva y del empleo, tanto desde una perspectiva espacial, como de distribución de la población. No obstante, los objetivos que pretende cubrir el DRI vienen determinados por una diversidad de problemas que han sido abordados desde distintos enfoques. Básicamente estos problemas son: a) el paro estructural generado por la incapacidad de absorber la mano de obra procedente del sector agrario por parte de la industria en las áreas urbanas; b) los fuertes desequilibrios regionales generados por el desarrollo regional entre áreas urbanas/rurales, de forma general, y específicamente entre las zonas de alta productividad agrícola, incorporadas al proceso global de desarrollo capitalista, y aquellas otras descolgadas del sistema; c) en íntima relación con el punto anterior, hay que mencionar los desequilibrios demográficos ocasionados por el éxodo rural hacia las zonas industrializadas y que en el caso de ciertas áreas marginales ha llegado a provocar su despoblamiento; d) por último, los teóricos del DRI establecen un fuerte debate en torno a la cuestión de la planificación y gestión de este tipo acciones. Si bien todos ellos participaban de la idea de incorporar a la población implicada en la toma de decisiones, no estaban, sin embargo, de acuerdo en el papel que el Estado debe tener en estos procesos.

Por último, hay que destacar la diferencia de objetivos que las estrategias del DRI se plantean en su aplicación al “primer mundo”, con respecto a los programas iniciales desarrollados en los países “pobres”. Como ya hemos comentado anteriormente, en este último caso el objetivo principal de los programas de Desarrollo Comunitario, primero, y de las acciones de DRI, después, era cubrir las necesidades básicas y paliar la situación de malnutrición de la población. Sin embargo, en la versión ultimada del DRI para los países “desarrollados”, el objetivo primordial es abordar el paro y reactivar social y económicamente áreas con un fuerte declive. La estrategia para ello es, como hemos visto, fomentar la pluriactividad económica, partiendo de la premisa de que las áreas deprimidas no pueden competir con los sistemas agrarios modernizados, y bajo el argumento de que tradicionalmente las comunidades rurales han mantenido una estructura económica diversificada; en base a esta premisa, se fomentará el establecimiento de nuevas actividades que están provocando la terciarización de las economías rurales empobrecidas. La mayoría de las acciones de DRI van encaminadas a desarrollar el turismo rural de estas áreas; sin tener en cuenta la vocación agraria de la mismas y obvian-

do que, incluso la realización de actividades turísticas, aprovechando la calidad del paisaje de las mismas, debería suponer el mantenimiento de los sistemas agrarios tradicionales que han dado forma a ese paisaje y lo han conservado históricamente.

Las pautas genéricas del despliegue del DRI son aplicables a todo el mundo, aun cuando el contexto histórico y la coyuntura intelectual exijan pequeñas matizaciones. Empero, en general puede afirmarse que el DRI supuso un ajuste necesario para la expansión del modo industrial de uso de los recursos naturales, y para la recomposición de los espacios rurales: por un lado, en pequeños “focos altamente productivos y modernos”, y por otro, en grandes espacios “atrasados” en los que se buscaba actividades no agrarias para generar renta, ya que el proceso modernizador no aceptaba sus condiciones naturales para implementar su agricultura, la cual, no obstante, se iba introduciendo como un mecanismo erosionador del conocimiento local que transformaba en invisibles los estilos de manejo no industrializados. En muchos lugares de Latinoamérica, donde el “desarrollo comunitario” no había llegado, el DRI jugó el papel de apoyo a la sanidad, educación e infraestructuras, industrializando y mercantilizando un manejo cada vez más vinculado al mercado.

En general, el DRI fue un mecanismo “expropiador de los agricultores” en la búsqueda de soluciones para mejorar su acceso a los medios de vida. Por ello no es de extrañar que, como veremos en el apartado próximo, el conjunto de experiencias alternativas de desarrollo rural emergentes en toda Latinoamérica “avant la lettre” pretendan recuperar los rasgos básicos de la agricultura tradicional que aparecen en el reservorio socioeconómico y éticoproductivo del campesinado que se resiste, a través de mecanismos difíciles de entender por la lógica del lucro (James C. Scott, 1985) a la modernización urbanoindustrial del campo. En este sentido, el comportamiento de los agricultores latinoamericanos de resistencia a la trayectoria seguida por el desarrollo rural, evidencia una resistencia a las políticas institucionales de modernización seguida por la articulación transnacional de los estados a través de sus organismos internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización Mundial del Comercio, preferentemente).

A partir de los años ochenta, tales organismos adoptan como etiqueta la “sostenibilidad”, promoviendo por todo el mundo el mismo tipo de acciones que hasta entonces se venían realizando, pero con un barniz ecologista de preservación de los recursos naturales: aparece así la forma histórica de Desarrollo Rural Sostenible (DRS). El concepto de desarrollo sostenible implementado oficialmente por los organismos internacio-

nales es el resultado de la interacción entre, por un lado, el quehacer científico y, por otro, las presiones de los centros de poder de la sociedad, que utilizan éste para legitimar sus formas de dominación. No es este lugar para escrutar su gestación teórica (A. Alonso Mielgo y E. Sevilla Guzmán; 1995 y 1999) mediante un proceso de elaboración científico-institucional, donde las conceptualizaciones iniciales y los razonamientos empíricos quedaban subordinados a las presiones de las transnacionales sobre los Estados que de manera hegemónica rigieron tal proceso. (Daly, 1994).

Baste decir que el desarrollo sostenible responde al falso discurso ecologista diseñado por los organismos internacionales, a través de una construcción teórica ecotecnocrática que transmite el mensaje de que el planeta está en peligro, no porque los países ricos hayan desarrollado una forma de producción y consumo despilfarradora de energía y recursos, contaminante y destructora de los equilibrios naturales, sino, porque los "países pobres" tienen un gran crecimiento de población y deterioran la naturaleza, debido a su pobreza y degradante apropiación de los recursos naturales, mediante la tala de bosques y su esquilante agricultura (científicamente marginalizada). La solución para los organismos internacionales institucionalizados y los bancos multilaterales de desarrollo está en el proceso de globalización económica que, a través de un desarrollo sostenible, permita la generalización del consumo del Centro a las masas de la Periferia, en rápida multiplicación, mediante "la indispensable realización del potencial de crecimiento económico", buscando "la igualdad de oportunidades" en las sociedades "modernas y avanzadas" y la "satisfacción de sus necesidades básicas" en los "países menos desarrollados".

En el Informe Brundtland, locus intelectual de tal propuesta (al considerar la naturaleza del manejo deseable de los recursos naturales en las experiencias productivas que habrían de desarrollar las tareas anteriormente señaladas), considera que "la industria es de importancia fundamental para la economía de las sociedades modernas y un motor indispensable del crecimiento" por lo que la agricultura que se ha "convertido prácticamente en una industria" gracias a las "nuevas tecnologías, la Revolución Verde, y a sus nuevas técnicas de cultivo de tejidos y de ingeniería genética podrán generar (otras) variedades de plantas capaces de retener el nitrógeno del aire, progreso que afectará espectacularmente a la industria de fertilizantes, pero que reducirá también la amenaza de la contaminación causada por los productos agroquímicos" (CMMAD, 1988: 68 y ss.). Así pues, el manejo industrial de los recursos naturales es un requisito imprescindible para este tipo de "desarrollo oficial".

El DRS, obviamente, habría de plegarse a tales requisitos, es decir, a la aplicación del manejo industrial de los recursos naturales en las zonas rurales que se resisten a su aceptación a través de la introducción de actividades no agrarias que contribuyan al proceso de privatización, mercantilización y cientificación de los recursos naturales, establecido por el modelo productivo urbanoindustrial y “ajustado” económicamente por el desarrollo rural, en las distintas formas históricas hasta ahora consideradas. En este sentido, el proceso de descampesinización hasta ahora delimitado se ve reforzado por el DRS.

Así, con su implementación desde la década de los 90, el proceso de mercantilización creció en espiral, de tal manera que un número creciente de tareas e inputs básicos de la producción y de la subsistencia campesina fueron asignados a través de los mercados; los agricultores acabaron dependiendo para su subsistencia más del mercado que de la naturaleza. De una situación en la que la reproducción de los grupos domésticos era altamente autónoma, se ha pasado a una situación en la que la reproducción depende del mercado y no de los agroecosistemas (“reproducción dependiente”, según Jan Dowe van der Plöeg, 1993). Razón por la que los agricultores familiares contribuyen hoy, igual que las grandes explotaciones, al deterioro del medio ambiente agrario. Su subsistencia depende en mayor medida del flujo de nutrientes (fertilizantes), de la defensa contra plagas y enfermedades (fitosanitarios), y que el flujo de combustibles (gasóleo o electricidad) para las máquinas y tractores no se detenga o alcance precios prohibitivos, que de la calidad ambiental de sus parcelas y del entorno que las rodea. Todo ello es el producto de un desarrollo rural sin la agricultura, ya que los agricultores quedan excluidos de incorporar su conocimiento local al diseño de los métodos a través de los cuales pueden incrementar su nivel de vida. Es la planificación urbanoindustrial la que establece cuáles son sus necesidades y cuál debe ser su articulación con la sociedad mayor.

4. UNA PROPUESTA AGROECOLÓGICA DE DESARROLLO RURAL A MODO DE CONCLUSIÓN

A modo de conclusión, queremos hacer una recapitulación final. Así, al principio de este trabajo introducimos la importancia de la dimensión social de la Agroecología; fundamentando que ésta sólo adquiere su naturaleza última al articular los aspectos técnicos (la aplicación de la ecología al manejo de los recursos naturales en el desarrollo

llo participativo de tecnologías en finca) con los aspectos sociales que generen un acceso equitativo a los recursos. Después realizamos una incursión teórica por el pensamiento científico convencional, mostrando las aportaciones que, desde las Ciencias Sociales, configuraron las herramientas a través de las cuales se implementaría, después, el desarrollo rural. Al hacerlo, mostramos críticamente la evolución de la naturaleza del manejo de los recursos naturales que subyace a los diseños de las distintas formas históricas de desarrollo rural. La trayectoria seguida se mueve desde la “cuestión agraria” (actores intervinientes en la artificialización de la naturaleza) a la “cuestión medioambiental” (modificar el manejo para evitar el deterioro creciente de la naturaleza). Continúa con una interpretación agroecológica de la implementación del desarrollo rural, donde las múltiples acciones desarrolladas son clasificadas en tres categorías, mostrando su impacto ecológico y social.

En este último apartado pretendemos, a través de una reflexión desde la Agroecología, mostrar el nuevo modelo de desarrollo rural que puede surgir de ésta mediante una esquemática presentación de la evolución del pensamiento alternativo surgido de la crítica y réplica al pensamiento científico convencional, anteriormente analizado. La acumulación teórica de lo que en otro lugar hemos definido como la acumulación teórica del “Pensamiento Alternativo” hacia la agroecología (Sevilla Guzmán y Woodgate, 1997a). En efecto, si definimos el pensamiento alternativo como el conjunto de propuestas que se enfrentan al modelo productivo agroindustrial actualmente hegemónico a lo largo de su configuración histórica, y consideramos que éstas surgen de una crítica a los marcos teóricos del pensamiento científico convencional anteriormente analizados, nos es posible, como en el caso anterior agrupar las distintas propuestas teóricas en “perspectivas” más amplias que comparten el núcleo central de elementos de cada propuesta individual. Así, frente a la perspectiva de la “sociología de la vida rural” (que fundamenta el Desarrollo Comunitario para introducir un manejo industrial de los recursos naturales que sustituya al manejo campesino de los mismos), dentro del pensamiento científico convencional, aparece aquí una “perspectiva neonarodnista y marxista heterodoxa”. A través de ella se critica la desorganización social generada en las comunidades rurales por el proceso de privatización, mercantilización y cientifización de la agricultura que introduce el desarrollo del capitalismo. La Agronomía Social de Chayanov recoge el legado de la “antigua tradición europea de estudios campesinos” que reivindica la existencia de bienes comunales (todo aquello que la naturaleza nos

ofrece para el acceso de los medios de vida de la población) para elaborar una propuesta que, utilizando como modelo el manejo campesino de los recursos naturales, pretende evitar la desorganización social de las comunidades rurales. La “teoría de los espacios vacíos de capitalismo” es una conceptualización relativa a la existencia de una lógica que, aunque formalmente parezca plegarse a los designios del mercado, realmente se aleja de ella para emerger en los momentos pertinentes con formas asociativas de producción y circulación (teoría de cooperación vertical) y que critica la falsa participación en el establecimiento de estrategias socioeconómicas (la acumulación primitiva socialista).

La “Perspectiva de las Teorías de la Dependencia”, parte de un análisis crítico de la génesis y evolución del funcionamiento de la “economía mundo”, para evaluar el impacto a nivel local (Colonialismo Interno y Teorías de la Articulación) y hacer propuestas de cambio (Teorías de la Transición), preservando la identidad (Etnodesarrollo) de las comunidades rurales.

De forma análoga, la Perspectiva de los Estudios Campesinos considera la necesidad de rescatar la solidaridad campesina histórica, frente a la lógica depredadora del modelo urbano agroindustrial (Economía Moral) para, mediante un análisis de las especificidades ecosistémicas (Ecotipos Campesinos y Antropología Ecológica), hacer propuestas de desarrollo local (Neorodismo Marxista) basadas en las “tecnologías campesinas”. Se llega así a la Agroecología en los términos en que ha sido definida en la introducción y cuyos marcos teóricos más relevantes aparecen reseñados en el cuadro de la página siguiente.

Como vimos al esquematizar el concepto de agroecología, para ésta, el diseño de modelos agrarios alternativos de naturaleza ecológica constituye el elemento a través de cual se pretende generar esquemas de desarrollo sostenible, utilizando como elemento central el conocimiento local y las huellas que a través de la historia éste genera en los agroecosistemas, produciendo arreglos y soluciones tecnológicas específicas de cada lugar; o dicho con otras palabras, generando lo “endógeno”. Sin embargo, hemos visto como la articulación transnacional de los estados, a través de los organismos internacionales, ha generado un falso discurso medioambiental, estableciendo una falsa definición oficial de sostenibilidad. Es importante, por ello, precisar aquí que es “lo sostenible” para la agroecología.

Anteriormente hemos expuesto, siguiendo a Steve Gliessman, que la sostenibilidad no es un concepto absoluto, sino que por el contrario, ésta

PERSPECTIVAS Y MARCOS TEÓRICOS DEL DESARROLLO RURAL EN
EL PENSAMIENTO ALTERNATIVO.

Marcos teóricos	Autores clave
Perspectiva teórica del neonarodnismo y marxismo heterodoxo	
Los espacios vacíos de capitalismo	R. Luxemburg
La cooperación vertical	N. Bukarin
La acumulación primitiva socialista	E. Preobrazhensky
Agronomía social	A. Chayanov
Perspectiva teórica de las teorías de la dependencia	
Centro-periferia / economía mundo	A. Gunder Frank, I. Wallerstein
Colonialismo interno	A. Gorz, P. Casanova González, M. Hecter
Teorías de la articulación	C. Bettelheim, P.P. Rey C. Meillassoux, R. Montoya
Teorías de la transición	M. Godelier, H. Alavi
Ecodesarrollo	G. Bonfil Batalla; R. Stavenhagen
Perspectiva teórica de los estudios campesinos	
La economía moral	K. Polanyi; E.P. Thompson
La estructura social agraria	B. Galeski
Ecotipos históricos campesinos	E. Wolf, K. Wittfogel, S. Mintz
Antropología ecológica	A. Vayada; R. Rappaport
Neonarodnismo marxista	T. Shanin, M. Godelier
Tecnologías campesinas	A. Palerm; Hernández Xolocotzi
Perspectiva teórica de la agroecología	
Economía ecológica y ecología política	J. Martínez Alier; J.M. Naredo
Aspectos ecológicos y agronómicos	M.A. Altieri; S. R. Gliessman
Coevolución etnoecológica	V. M. Toledo; R.B. Norgaard
Neonarodnismo ecológico	E. Sevilla Guzmán; M. Gzález de Molina

sólo existe mediante contextos generados como articulación de un conjunto de elementos que permiten la perdurabilidad en el tiempo de los mecanismos sociales y ecológicos de reproducción de un etnoecosistema. El contexto de sostenibilidad puede ser así definido como: a) la ruptura de las formas de dependencia que ponen en peligro los mecanismos de reproducción, sean estas de naturaleza ecológica, socioeconómica y/o política; b) la utilización de aquellos recursos que permiten que los ciclos de materiales y energía existentes en el agroecosistema sean lo más cerrados posibles; c) la utilización de los impactos benéficos que se derivan de los ambientes ecológico, económico, social y político existentes en los distintos niveles, desde el predial hasta el de “sociedad mayor”; d) la no alteración sustantiva del medio ambiente cuando tales cambios, a través de la trama de la vida, pueden implicar transformaciones significativas en los flujos de materiales y energía que permiten el funcionamiento del ecosistema: lo que significa la tolerancia o aceptación de condiciones biofísicas en muchos casos adversas; e) el establecimiento de los mecanismos bióticos de regeneración de los materiales deteriorados, para permitir el mantenimiento a largo plazo de las capacidades productivas de los agroecosistemas; f) la valorización, regeneración y/o creación de conocimientos locales, para su utilización como elementos de creatividad, que mejoren el nivel de vida de la población definida desde su propia identidad local; g) el establecimiento de circuitos cortos para el consumo de mercancías, que permitan una mejora de la calidad de vida de la población local y una progresiva expansión espacial, según los acuerdos participativos alcanzados por su forma de acción social colectiva y, finalmente, h) la potenciación de la biodiversidad, tanto biológica como sociocultural. Esta definición agroecológica de sostenibilidad sólo adquiere sentido a través de la clarificación teórica del concepto de “endógeno” que pasamos a considerar.

Aun cuando etimológicamente endógeno signifique “nacido desde dentro” (Van der Ploeg and Long, 1994), su significado dista mucho de tener un carácter estático: el cambio social no sólo es ubicuo, sino que, además, se produce con gran intensidad y vigor en los sistemas tradicionales de manejo de los recursos naturales. Allí donde tales sistemas, por su durabilidad en la historia, han probado ser sostenibles, el cambio social y la innovación tecnológica son una constante, aunque en la mayor parte de los casos resulten invisibles a los “ojos urbanos”. La agroecología articula lo tradicional (con sostenibilidad histórica) con lo nuevo (de naturaleza medioambiental). Es sólo uniendo ambas características como la agroecología llega a garantizar un riesgo mínimo en la degradación que

sobre la naturaleza y la sociedad produce la artificialización de los ecosistemas, por un lado, y los mecanismos de mercado, por otro.

Teniendo claro todo lo anterior, "lo endógeno" no puede visualizarse como algo estático que rechaza lo externo; por el contrario, lo endógeno "digiere" lo de fuera mediante la adaptación a su lógica etnoecológica de funcionamiento, o, dicho con otras palabras, lo externo pasa a incorporarse a lo endógeno cuando tal asimilación respeta la identidad local y, como parte de ella, la autodefinición de calidad de vida. Sólo cuando lo externo no agrade a las identidades locales, se produce tal forma de asimilación.

Los mecanismos de asimilación de lo externo por parte de la localidad tienen lugar a través de actores locales, quienes incorporan a sus "estilos de manejo de los recursos naturales" aquellos elementos externos que no resultan agresivos o antitéticos a su lógica de funcionamiento. Es por ello por lo que los procesos de modernización, como forma de agresión que impone una homogeneidad sociocultural, son rechazados por aquellos estilos que mantienen una lógica de funcionamiento de naturaleza endógena. Empero, las fuerzas sociales existentes en la localidad son heterogéneas, por lo que determinados "estilos de manejo de los recursos naturales" incorporan acríticamente los elementos modernizantes, viéndose sujetos a su forma de erosión ecológica y sociocultural. Para entender, por tanto, cabalmente "lo endógeno" es necesario comprender lo que aquí hemos denominado "estilos de manejo de los recursos naturales".

La génesis teórica del concepto de "estilo de cultivar" (Style of Farming) se desarrolla en los Países Bajos y se debe a E. W. Hofstee (1957) y la Escuela de Wageningen su primera configuración, y a Bruno Bebenuti y Jan Douwe van der Ploeg (1994) su configuración empírica. Tal concepto hace referencia a la articulación de: a) el repertorio cultural existente vinculado a una forma de manejo; b) la organización específica de los elementos internos de la explotación agraria concreta; c) el modo de interpretar y modelar las relaciones del predio con el mercado y la tecnología y; d) la forma de gestión y la política administrativa de la citada finca. Además, el concepto de "estilo de cultivar" posee, en nuestra opinión, una gran potencialidad analítica para caracterizar y explicar la heterogeneidad de "lo endógeno". Así, con el objetivo de intentar definir las diversas formas específicas de manejo de los recursos naturales existentes en una comunidad rural, elaboramos hace algunos años (Sevilla Guzmán y González de Molina, 1993: 73-79) el concepto de "forma social de explotación (en su doble acepción referente tanto a la explotación de los recursos naturales, como del trabajo humano) como la forma específica de

relación o combinación entre el trabajo humano, los saberes, los recursos naturales y los medios de producción con el fin de producir, distribuir y reproducir los bienes y servicios socialmente necesarios para la vida". Aunque la denominación no fue muy acertada, el concepto en sí mismo nos permitió la reelaboración del "Style of Farming"; una aplicación empírica de ello aparece desarrollada en el capítulo correspondiente a "el desarrollo endógeno en las zonas rurales: acertando en un blanco móvil". En este trabajo, como continuidad teórica de lo hasta aquí expuesto, utilizamos el concepto de "estilos de manejo de los recursos naturales" haciendo referencia al espacio sociocultural y ecológico que existe entre el hombre y los recursos naturales, generado como consecuencia de la coevolución en el interior de un específico etnoecosistema. Un "estilo de manejo de los recursos naturales" significa, pues, la generación de aquellos arreglos entre los elementos de la biosfera (aire, agua, tierra y diversidad biológica) y la matriz cultural que permite su articulación, generando tecnologías específicas locales. Ello significa la aparición de un propio repertorio cultural y ecológico, que no es sino producto de los intercambios generados entre el trozo de la naturaleza, que adquiere una identidad específica en la coevolución, y los continuos elementos externos que dinamizan ésta, introduciendo un cambio sociocultural y una alteración de la sucesión ecológica, retardándola y simplificando el ecosistema en comparación con su estado preagrícola. Aunque en el ecosistema exista un menor número de especies y tipos biológicos, el legado cultural introducido mediante la domesticación conlleva un acervo cultural que, aunque simplifica también la estructura del suelo y la diversidad de las distintas poblaciones vivas, vigoriza la circulación de nutrientes generando a su vez un más rápido crecimiento y una mayor vulnerabilidad del sistema. En definitiva, el hombre artificializa, a través de la cultura, la naturaleza dejando impresa en ella su huella e introduciendo así su específica identidad. Por tanto, es falsa la creencia generalizada de que la identidad concreta de una localidad es producto de su aislamiento. Por el contrario, las respuestas socioculturales y ecológicas, resultado de la coevolución, son producto tanto del manejo de los recursos naturales como de las explicaciones que la cultura atribuye a los resultados obtenidos; cuando las respuestas son adecuadas a la propia localidad y sus condiciones concretas y específicas se produce la generación de un potencial de posibilidades y limitaciones.

Lo más relevante de las respuestas socioculturales y ecológicas generadas desde lo local lo constituyen los mecanismos de reproducción y las relaciones sociales que de ellas surgen. Es en los procesos de trabajo, y

en las instituciones sociales generadas en torno a ellos, donde aparece la auténtica dimensión de lo endógeno. Lo que pretende la agroecología es activar ese potencial endógeno, generando procesos que den lugar a nuevas respuestas y/o hagan surgir las viejas (si estas son sustentables). El mecanismo de trabajo a través del cual se obtiene dicha activación lo constituye el fortalecimiento de los marcos de acción de las fuerzas sociales internas a la localidad. Es así como se lleva a cabo la apropiación por parte de los actores locales de aquellos elementos de su entorno –tanto genuinamente locales como genéricamente exteriores– que les permiten establecer “nuevos cursos de acción”. Estas nuevas estrategias de acción deben ser garantes del incremento de la biodiversidad; con respecto a las formas de relación con los recursos naturales, éstas deben atender no sólo a la utilización de los mismos, sino a su conservación, empleando para ello tecnologías respetuosas con el medio y, además, deben permitir la apertura de espacios en la administración que garanticen la participación local. En definitiva, la agroecología como desarrollo rural sostenible consiste en la búsqueda de lo local para, desde allí, recrear la heterogeneidad del medio rural a través de formas de acción social colectivas.

REFERENCIAS

- Alonso, L. E. (1991), “Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación” en José Vidal-Beneyto (ed) España a debate: II La Sociedad (Coordinado por Miguel Beltrán. Madrid: Tecnos) pp.71-98.
- Alonso Mielgo, A. y E. Sevilla Guzmán, (1995) “Sobre el discurso ecotecocrático de la sostenibilidad”, en A. Cadenas (ed.) Agricultura y desarrollo sostenible (Madrid: MAPA, Serie Estudios). Existe otra versión en Renglones Revista del ITESO, Guadalajara. Mexico, 1998.
- Altieri, M.A., (1985) Agroecología. Bases Científicas de la Agricultura Alternativa (Valparaíso: CETAL, 1985), hay edición inglesa en (Boulder: Westview Press, 1987).
- Altieri, M.A., 1987, Agroecology: the Scientific Basis of Alternative Agriculture. Boulder Colorado: Westview Press.
- Altieri, M.A., (1990) Agroecology and Small Farm Development, (Ann Arbor: CRC PRESS).
- Altieri, M.A, 1991, “¿Por qué estudiar la agricultura tradicional?” en Agroecología y Desarrollo, Año I, (1), pp. 16-24.
- Altieri, M.A., 1998, “Riesgos ambientales de los cultivos transgénicos: una evaluación agroecológica” en Revista del Movimiento Agroecológico de América Latina y el Caribe. Hoja a Hoja de MAELA. Año 8. Nº 13 (segunda época). Noviembre.
- Archetti, E. P. and S. Aass, 1978, Peasant Studies : An Overview” in Howard Newby (ed) International Perspectives in Rural Sociology(New York : John Wiley).

- Beck, U. (1992) *The Risk Society* (Hay traducción castellana en Barcelona: Paidós)
- Beck, Ulrich, Anthony Giddens y Scott Lash (1994) *La sociedad Reflexiva*. (Madrid: Alianza).
- Beck, U. (1998) *¿Que es la globalización?*, (Barcelona: Paidós).
- Bonnemaire, Joseph, 1994, "Farming Systems Research/Extension. Approache and the European Context": INRA Experience in Creating a Research Structure for Agrarian Systems and Development in France", en J.B. Dent & M.J. McGregor (eds.), 1994.
- Castells, M, 1972, *La Question Urbaine*. París: Françoise Maspero.
- Castells, M, 1998, *La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*. 3 vol. Madrid: Alianza Editorial
- Chambers, R., 1983, *Rural Development: Putting the last first*, London: IT Publications.
- CMMAD, 1988, *Nuestro futuro común*. Madrid. Alianza Editorial.
- Collier, GA, 1994, *Basta! Land and the Zapatista Rebellion in Chiapas*. Oakland CA.: Food First.
- Conway, G.R. (1987): "Agroecosystem Analisis" en *Agricultural Administration*, Vol. 20:31-55;.
- Conway, G.R. (1990). "The properties of Agroecosystems" en *Agricultural Systems*, Vol. 24, pp.:95-118.
- Conway, G.R., y Edward B. Barbier, (1990) *After the Green Revolution*, (London: Earthscan Publications).
- Cornely, S, 1977, *Planeamiento y participación ciudadana*. Buenos Aires; ECRO.
- Cornwall, A., Guijt, I. and Welbourn, A. 1994. "Acknowledging process: challenges for agricultural research and extension methodology". En Scoones, I. & J. Thompson (eds.), *Beyond farmer first. Rural people's knowledge agricultural research and extension practice..* London. Immediate Technology Publications Ltd.; pp. 98-117.
- Crosby, A. *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe. 900-1900*. Cambridge University Press.
- Daly H. 1973, *Toward A Steady Estate Economy*. San Francisco: W.H. Freeman.
- Dent, J.B. & M.J. McGregor (eds.), 1994, *Rural and Farming Systems Analysis. European Perspectives*. Wallingford: CAB International.
- Dobson, A., 1992, *Green Political Thought* London: Routledge
- Dube, S. C., 1985 *Indian Changing Villages: Human Factors in Community Development*. London Routledge and Kegan Paul.
- Esteve, G and I Illich, 1986, 'El Desarrollo: Metáforo, Mito, Amenaza', *Tecno-política, Mexico D.F.: Sorremans*.
- Extezarreta Zubizarreta, M. (ed.) 1988. *Desarrollo rural integrado*. Serie Estudios, MAPA. Madrid.
- Fals-Borda, O. (1986) *Conocimiento y Poder popular*. Bogot : Siglo XXI.
- Fals-Borda, O. (1987) "The application of participatory action-research (PAR)" en Gibbon, David, 1994, "Farming Systems Research/Extension: Background Concepts, Experience and Networking", en J.B. Dent & M.J. McGregor (eds.), 1994.
- Fernandez Duran y otros (1995) *FM, Banco Mundial y GATT. 50 años bastan. El libro del Foro Alternativo. Las otras voces del planeta*. (Madrid: tAIAA).
- Fernandez Durán, R. y Sevilla Guzmán, E. (1999) "La resistencia contra la globalización económica y el neoliberalismo" en Ricaldi, T. *Una nueva mirada a la ecología humana*. (Cocabamba: CESU/UNESCO)

- Fernández Latin America. *International Sociology*, Vol. 2, n° 4; pp. 329-347.
- Funtowic, S. and Jerry Ravetz (1990) *Uncertainty and Quality in Science and Polity* Kluwer, Dordrecht.
- Funtowic, S. and Jerry Ravetz (1994) *Epistemología Política: ciencia con la gente*. Buenos Aires: Centeo editor de América Latina.
- Gadgil, M. & R. Guha (1992) *This Fissured Land*. (Delhi: Oxford University Press).
- Gadgil, M. and R. Guha (1992) *This Fissured Land*. (Delhi: Oxford University Press). Durán, R 1993, *La Explosión del Desorden: La metrópoli como espacio de la crisis global*.
- Giner, S. y Sevilla Guzmán, E. (1980) "The Demise of the Peasant: some Reflections on Ideological Inroads into Social Theory" in *Sociología Ruralis*. vol XXX, n° 1 and 2; pp 13-27.
- Gliessmas, SR, (ed) 1978, *Seminarios Regionales Sobre Agroecosistemas con Enfoque en el Estudio de Tecnología Agrícola Regional*. Cárdenas, Tabasco, Mexico: CSAT.
- Gliessman, S.R., (ed) 1989, *Agroecology. Researching the Ecological Basis for Sustainable Agriculture* (New York Springer-Verlag).
- Gliessman, S.R., (1990) "Understanding the basis of Sustainability for Agriculture in the Tropics" en Clive A. Edwards et. al., *Sustainable Agricultural Systems* (Ankley, Iowa: Soil and Water Conservation Society).
- Gliessman, S.R., (1997) *Agroecology. Researching the Basis for Sustainable Agriculture* (New York: Verlang).
- González de Molina, M y E. Sevilla Guzmán, "Una propuesta de diálogo entre socialismo y ecología: el neopopulismo ecológico" en *Ecología Política*, n° 3, 1.992; pp. 121-135
- Guha, R and J Martinez Alier, 1997, *Varieties of Environmentalism: Essays North and South*. London: Earthscan
- Guzmán Casado, G; Pouliquen, Y; Alonso Mielgo, A. and Sevilla Guzmán, E. 1996. "The process of agroecological transition in two andalusian regions: Antequera (Málaga) and Campiña Baja (Córdoba)". *Proceedings of the Second European Symposium on Rural and Farming Systems Research*. Granada: Junta de Andalucía.
- Guzmán Casado, G.I., A. Alonso, Y. Pouliquen y E. Sevilla, 1997. *Las metodologías participativas de investigación: un aporte al desarrollo local endógeno*. En II Congreso de la Sociedad Española de Agricultura Ecológica. Universidad Pública de Navarra. Pamplona.
- Guzmán Casado, M Gonzalez de Molina y E. Sevilla Guzmán (2000). *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*, Madrid: Mundi-Prensa.
- Habermans, J. 1968. *Toward a Rational Society*. Heinemann. London.
- Habermans, J. 1972. "Science and Technology as Ideology". En Barry Barnes (ed.), *Sociology of Science* Penguin. Harmondsworth.
- Habermans, J. 1981 *Cognition and Human Practice*. Beacon Press.
- Habermans, J. 1989. *El discurso filosófico de la modernidad*. Taurus. Madrid.
- Hann and Jan Douwe van der Ploeg (eds.) *Endogenous Rural Development in Europe: Theory method and practice* (Brussels: European Commission, 1994).
- Hecht, S., 1987, "The evolution of the Agroecological Thought" in Altieri, MA, *Agroecology: the Scientific Basis of Alternative Agriculture*. Boulder Colorado: Westview Press.
- Hernández Xolocotzi, E. 1985-87. *Xolocotzia*, Obras de Efrín. *Revista de Geografía Agrícola*. Universidad Autónoma de Chapingo. México. Dos tomos.

- Hofstee, E. W. 1957. Rural life and rural welfare in the Netherlands. Government Printing and Publishing Office. The Hague.
- Iturra, R., (1993) "Letrados y campesinos: el método experimental en Antropología económica" en Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina Navarro (eds.), Campesinado, Ecología e Historia (Madrid: La Piqueta).
- Krimsky and Wrubel, 1996, Agricultural Biotechnology and the Environment: Science, Policy and Social Issues. University of Illinois Press, Urbana.
- Lappe, F. M, J. Collins and Peter Rosset with L.Esparza. World Hunger. (New York: Food First & Grove Press).
- Leff, E., (1986) Ecología y Capital (México: Siglo XXI).
- Leff, E., 1994, Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable, México: Siglo XXI, pp. 320-321
- Leff, E. (1998), Saber ambiental. México: Siglo XXI.
- Long, N. 1977. An Introduction to the Sociology of Rural Development. Tavistock Publications. London.
- Long, Norman (1977) Introduction to the Sociology of Rural Development (London: Tavistock). Long, Norman (ed) (1989) Encounters at the interface. A Perspective on Social Discontinuities in Rural Development (Wageningen: Agricultural University).
- Long, Norman, (1992) Battlefields of Knowledge (London: Routledge).
- MAELA, (1999) Perspectivas del movimiento agroecológico latinoamericano en el nuevo milenio. (Cochabamba: AGRUCO).
- Martinez Alier, J. (1987) Ecological Economics (Oxford: Basil Blackwell).
- Martinez Alier, J. (1992) De la economía ecológica al ecologismo popular (Barcelona: Icaria).
- Martinez Alier, J, 1995, De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular. Montevideo: REDES. Barcelona: Icaria.
- Martínez Alier, J. 1998. La economía ecológica como ecología humana. Fundación César Manrique. Madrid.
- Martínez Alier, J. and R. Guha, (1998) Varieties of Environmentalism. (London : Earthscan).
- Martínez Alier, J. y Schlüpmann, K. 1991. La Ecología y la Economía. Fondo de Cultura Económica. México.
- Naredo, JM, 1987, La Economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico. Siglo XXI: Madrid.
- Newby, H y E. Sevilla Guzmán 1983 Introducción a la Sociología Rural Madrid: Alianza.
- Norgaard 1994, Development Betrayed: the end of progress and a coevolutionary re-orientation of the future. New York and London: Routledge.
- Palerm, A, 1980, Antropología y Marxismo México: Nueva Imagen.
- Pfister, C., 1990, "The Early Loss of Ecological Stability in an Agrarian Region", en P. Brimblecombe y C. Pfister (eds), The silent Countdown. Essays in European Environmental History. Berlin: Springer-Verlag, pp. 37-55.
- Ploeg, J.D. van der and Long, A. (eds). 1994. Born From Within. Practice and Perspectives of Endogenous Rural Development. Van Gorcum, Assen. The Netherlands.
- Ploeg J.D. van der (1990), Labour, markets, and agricultural production. Boulder: Westview Press.

- Ploeg J.D. van der (1993), "El proceso de trabajo agrícola y la mercantilización", en E. Sevilla Guzmán y M. Gonzalez de Molina (eds.), *Ecología, campesinado e historia*. Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1993, pp. 153-196.
- Preston, P. V. (1985), *New Trends in Development. Essays in Development and Social Theory*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Reijntjes, C., B. Harverkort & A. Waters-Bayes, (1992) *Framing for the Future. An Introduction to Low-External-Inputs and Sustainable Agriculture* (London: McMillan). Hay edición castellana en (Montevideo: Nordan-Comunidad, 1995).
- Riechmann, J y Francisco Fernandez Buey, (1.994) *Redes que dan libertad: Introducción a los nuevos movimientos sociales*. (Barcelona : Ediciones Paidós Ibérica)
- Rissler and Mello, 1996, *The Ecological Risks of Engineering Crops*. MIT Press, Cambridge.
- Rooset; P, 1998, *Mitos de la revolución verde* (Oakland: Food First).
- Sachs W (Ed) (1993) *Global Ecology: a New Arena of Political Conflict*. Zed Books, London, UK.
- Sachs, W (ed) 1992, *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*. London: Zed Books. Hay versiones castellanas en Perú: PRATEC, 1996 y Bolivia: AGRUCO, 1998.
- Scoones, I., (1991) *The Violence of the Green Revolution* (Penang, Malasia: Third World Network).
- Scoones, I., and John Thompson, (1994) *Beyond Farmer First*.(London: Intermediate Technology Publications).
- Scott, James (1985), *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. Massachussets: Yale University Press.
- Sevilla Guzmán, E. (1.991)" Una propuesta de desarrollo rural endógeno para Andalucía" en *Revista de Estudios Regionales*, nº 31. (Universidades de Andalucía) pp.251-264.
- Sevilla Guzmán, E. (1999) "Asentamientos rurales y agroecología en Andalucía" en *Cuadernos Africa, América Latina*. Nº 35. Monográfico: Relaciones Norte-Sur.
- Sevilla Guzmán and ISEC team (1.994), "The Role of Farming System Research/Extension in Guiding Low Inputs System toward Sustainability. An Agroecological Approach for Andalusia", en J. B. Dent and M. J. McGregor (eds.); pp. 305-319.
- Sevilla-Guzmán, E. y Antonio Alonso Mielgo, (1995) "Sobre el discurso ecotecnocrático de la sostenibilidad", en Alfredo Cárdenas (ed.) *Agricultura y desarrollo sostenible* (Madrid: MAPA, Serie Estudios).
- Sevilla Guzmán, E. "Agroecología en Europa : una experiencia educativa surgida en Latinoamérica" en J. Perez Moreno y R.. Ferrera Cerrato (eds) *Nuevos Horizontes en Agricultura: Agroecología y Desarrollo Sostenible* (Montecillo, México :Colegio de Postgraduados en Ciencias Agricolas, 1996) pp 1-34.
- Sevilla Guzmán, E, 1997. "Origen, evolucao e perspentivas do desenvolvimento sustentavel" en Jaecione Almeida e Zander Navarro(ed) *Recontruindo a Agricultura. Idéias e ideais na perspectiva do desenvolvimento rural sustentável*.(Porto Alegre:Editora da Universidade do Rio Grande do Sul, Brasil, UFRGS.
- Sevilla Guzmán, E. y M. González de Molina (1993). *Ecología, campesinado e historia*. La Piqueta. Madrid.

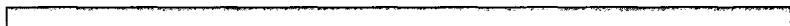
- Sevilla Guzmán, E. et al., 1995, "The Role of Farming Systems Research/ Extension in Guiding Low Input Systems towards Sustainability: an Agroecological Approach for Andalusia" in JB Dent and MJ McGregor (eds) *Rural and Farming Systems Analysis: European Perspectives*. Wallingford: CAB International.
- Sevilla Guzmán and Woodgates, 1997a, 'Sustainable Rural Development: Forma industrial Agriculture to Agroecology' in M Redclift and G Woodgate *The International handbook of Environmental Sociology*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Sevilla Guzmán, E. and Woodgate, G. 1997b. "From Farming System Research to Agroecology" en Javier Calatrava et al, *Proceeding of the Second European Congress on Farming Systems Research and Extension*. Granada: Junta de Andalucía.
- Shanin, T., 1971, *Peasant and Peasant Societies*, Harmondsworth: Penguin.
- Shanin, T., 1990, *Defining Peasants*. Oxford: Basil Blackwell
- Shiva, V, 1996, "Recursos" en W. Sachs.
- Sieferle, R. P., 1990, "The energy sistem.. A Basic concept of Environmental History". P. Brimblecombe y C. Pfister (eds), *The silent Countdown essay in European Environmental History*. Berlin: Springre-Verlag.
- Spedding, C.R.W., (1988) *An Introduction to Agricultural Systems* (London: Elsevier) pp.
- Stavenhagen R. (1990) *The Ethnic Question* (Hong Kong : United Nations)
- Sunkel, O and N Gligo, (eds) 1980, *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina*. Mexico D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Toledo, V.M. (1985) *Ecología y autosuficiencia alimentaria*, México: Siglo XXI
- Toledo, V.M. (1989) "The Ecological Rationality of Peasant Production" en Miguel Altieri and S. Hecht, *Agroecology and Small-Farm Development*, Boca Raton: CRC Press.
- Toledo, V.M. (1.986): "Vertientes de la Ecología Política" en *Ecología Política*, no 0.
- Toledo, V.M. (1.991)"La resistencia ecológica del campesinado mexicano, in *Memoria de Angel Palerm, Ecología Política*, nº 1.
- Toledo, V.M. (1993), "La racionalidad ecológica de la producción campesina" en E. Sevilla Guzmán y M. González de Molina (eds).
- Toledo, V.M. (1995), "Campesinidad, agroindustrialidad, sostenibilidad: los fundamentos ecológicos e históricos del desarrollo rural", en *Cuadernos de trabajo del grupo interamericano para el desarrollo sostenible de la agricultura y los recursos naturales*. nº 3, 29 páginas.
- Touraine, A. (1.981) *The Voice and the Eve: An Analys of Social Movements* (Cambrige: University Press).
- Touraine, A. et. al. 1990, *Movimientos sociales, hoy*. Barcelona: Hacer.
- Touraine, A. (1998) *¿Podemos vivir juntos?* (México: FCE)
- Villasante, Tomas R.. 1995, *Las democracias participativas*, Madrid: HOAC.
- Villasante, Tomas R, 1998a, "De los movimientos sociales a las democracias prticipativas", en Manuel Delgado y Juan Gutierrez
- Villasante, Tomas R, 1998b, *Cuatro redes para vivir mejor.De las redes sociales a las programaciones integrales*. Buenos Aires: Lumen/Humanitas.
- Warman, A, 1988, "Los Campesinos en el Umbral de un Nuevo Milenio" *Revista Mexicana de Sociología*, año L (1), enero-marzo 1988, pp.3-12.
- Wolf, E.R., 1982, *Europe and the People Without History*, Berkeley: University of California Press.

- World Commission on Environmental and Development (1987). Our common future. Oxford University Press. London.
- Wrigley E.A., 1989, "Dos tipos de Capitalismo, dos tipos de crecimiento" *Estudis d'Història Econòmica*, nº1, pp 89-109.
- Wrigley E.A., 1993, *Cambio, continuidad y azar. Carácter de la revolución industrial inglesa*. Barcelona: Crítica.

**REDES PARA MEJOR-VIVIR,
MÁS ALLÁ DE LOS DILEMAS
DEL DESARROLLO LOCAL**

Tomas R. Villasante

*Miembro del CIMAS, Observatorio Internacional de Ciudadanía
y Medio Ambiente Sustentable*



1. LOS GRITOS DE LAS PERIFERIAS

Lo que se llama desarrollo local habitualmente parece unas medidas sectoriales económicas más que una concepción territorial integral. Pero los problemas locales no son sólo económicos, ni se pueden resolver con políticas de empleo, aunque también hagan falta. Empecemos por retomar un tema preocupante, como un “analizador” o suceso candente, que hoy muchos estamos comentando por lo que pueda tener de futuro entre nosotros: la revuelta de los jóvenes de barrios periféricos franceses y también de varios países europeos. Es algo que no es nuevo en cuanto a rebeldías de los jóvenes en barrios vulnerables, sensibles, marginados, etc. Lo que es nuevo es la generalización tan rápida entre unas ciudades y otras, y lo que supone de amenaza de nuevas formas de contestación tanto para los próximos años como para nuevos territorios a los que se pudiera extender. Es muy importante empezar por los dolores del “habitar”, porque ahí se concretan problemas de espacios, de culturas, de desempleos, de organización, etc.

En el caso de las periferias francesas no se trata de una revuelta islámica en principio, y recuerdan mucho los fenómenos de Caracas, de Córdoba, o de Los Ángeles, de hace años. La misma forma de anunciar la prensa (8-N-05) “Los disturbios se cobran la primera muerte” parece no tener en cuenta las muertes de jóvenes anteriores. Es la sociedad del orden que no entiende a estas bandas juveniles, aunque las haya estado formando con el vocabulario provocativo y descalificante de sus políticos, con la violencia de los video-juegos o de las películas de la TV,... Estos jóvenes sienten que no tienen nada que perder. “No tienen interés en ser ciudadanos y es mejor romper”... “conseguimos cosas: salimos en la televisión y van a dar pasta a los barrios”... “cuando no hay violencia en los barrios se olvida a sus habitantes”... (Yazid Kherfi, El País, 9-N-05). En el fondo es la única vía que les queda para pedir socorro, para integrarse en la sociedad que no les deja otras formas de integración. Salir en los telediarios, aunque sea así es existir. Si les quitan a la policía de proximidad, las ayudas a las asociaciones, etc., a los adultos de esos barrios, es que fracasa esa vía moderada (por cierto defendida por muchas

entidades islámicas). Y triunfa la polarización de los conflictos, y el a ver quién es más macho: ¿el estado penal con más cárceles, o mi banda que es más salvaje que ninguna, más “escoria” que ninguna?

Ni el modelo USA, ni el Inglés, ni el Francés, no es una cuestión de formas de distintos tipos de guetos, sino de haber creado guetos urbanísticos y sociales. Da lo mismo que la marginación sea étnicosocial o socioeconómica, o una mezcla de ellas con lo urbanístico, pues acaban retroalimentándose tanto en lo económico como en lo territorial como en lo simbólico. En Estados Unidos las culturas musicales de los jóvenes lo vienen anunciando desde hace tiempo, y en Europa sólo acaban de empezar a dar los mismos síntomas. Nos lo están diciendo en los “grafitis”, en las canciones “rap”, etc. Son los “gritos” (J. Holloway) de unas generaciones “sin futuro”. Alguien ha dicho que se trata de “ritos de paso”... ¿pero hacia dónde? No son ritos de paso hacia una sociedad adulta integrada. Sus padres, después de trabajar toda la vida se encuentran sin trabajo, y sus asociaciones apenas son reconocidas, sólo el delito o el fundamentalismo se ven reconocidos por los medios de comunicación. Hace años así me lo explicaba una grupo de jóvenes ante una cámara en Parla, que preferían “dar un palo” que ponerse a “trabajar como burros y, como su padre, acabar despedido y borracho...”

“Socialismo o barbarie” decía el movimiento social europeo hace años. Y como no conseguimos lo primero, pues ahora está llegando lo segundo. La falta de perspectivas vitales abre un nuevo proceso, que por lo menos no va a dejar que perviva la hipocresía y el cinismo de la pura represión sin más. Es la “explosión del desorden” (Fernández-Durán) que aunque no se le vea salida fácil, nos sitúa en un nuevo escenario, no sólo del terrorismo “externo”, sino en los problemas “internos” que no vamos a poder eludir de ninguna manera. Las medidas represivas de expulsar a parte de la población o de recrudescer los controles de entrada, de aumentar las cárceles, de poner más policía en todas partes, no harán más que tensar aún más las situaciones conflictivas. Pueden ganar votos o parar algunos estallidos, pero de fondo la situación de violencia estructural se vivirá peor por el conjunto de los ciudadanos. Sobre todo los sectores medios urbanos, porque quienes puedan vivir en sus urbanizaciones de lujo súperaisladas y muy vigiladas, o quienes se muevan en los guetos sin control y abandonados socialmente, no van a vivir tan mal como los centros y las zonas urbanas de transición estas tensiones a medio plazo. Estamos en la “nueva edad media” (U. Eco, años 70) donde cada cual se refugia en sus castillos, sus bosques, sus chozas, sus gremios, etc.

Las medidas de urgencia del Gobierno francés parece que no han

entendido la cuestión que se plantea. Además de la represión sin más, de tipo policial “duro”, aparecen otras de tipo “blando” que tratan de restaurar más de lo que ya tenían (y habían suprimido). Poner más dinero para empleo y para Agencias de Renovación urbana y de Cohesión social, y para Asociaciones civiles. Poner a 5.000 pedagogos en los colegios de estos barrios, y citar a entrevistas personales a “todos los jóvenes de menos de 25 años” al servicio de empleo. No aparecen medidas comunitarias ni participativas con las redes sociales de estas poblaciones, más allá de algunas reuniones simbólicas para la prensa. Son medidas cuantitativas en la cuestión del dinero, y cualitativas en la cuestión de las agencias profesionales, pero los poderes decisivos los siguen manteniendo lejos de estas comunidades barriales. Incluso en los análisis se contraponen los valores “republicanos” contra los “comunitaristas” (Vidal-Beneyto). Pero no es cuestión de más profesionales o de más dinero, que traten de acallar el ruido de fondo, sino del modelo de toma de decisiones, de que las redes sociales de estos barrios y de toda la ciudad puedan manifestar sus necesidades de forma integral y guiar planes que den soluciones a lo que plantean: Dignidad, Democracias participativas, y Recursos.

Existen metodologías participativas que permiten responder a estas exigencias en los barrios tal como las tratamos de poner en práctica, pero desde la implicación de importantes redes de la propia población involucrada. No se trata de mitificar las comunidades, pues efectivamente pueden estar manipuladas por fundamentalismos, o por clientelismos varios, pero tampoco de escudarse en estas dificultades para no contar con los síntomas dichos por sus propios afectados. Y lo primero es autodiagnosticar o hacer un análisis participativo con las principales redes contrapuestas que siempre hay en cualquier barrio. Se trata de ir avanzando hacia priorizar algunas causas que bloquean los procesos y construir una idea-fuerza, que haga recobrar la dignidad para habitar estos espacios marginados. Pero no basta con ideas o proyectos, sino que han de organizarse con esquemas democrático-participativos, es decir, toma de decisiones desde abajo, para ir construyendo alternativas viables a cada problema. Y para esto es para lo que se van a ir requiriendo los recursos, y los cronogramas de aplicación de acciones concretas, y las evaluaciones y monitoreos, etc. Al final nos pararemos en algunos pasos metodológicos para avanzar en la construcción de procesos comunitarios participativos, pero antes cabe plantear para qué los queremos.

Aunque no sepamos a dónde vamos a llegar, aunque no sepamos el modelo final que acabará construyéndose, sí podemos saber de dónde

partimos, de qué síntomas podemos estar hablando como punto de arranque. Si queremos vivir mejor lo primero es identificar cuáles son las problemáticas de las que queremos partir, y después podemos también plantearnos cómo podemos abordarlas. Ante los síntomas podemos plantearnos los objetivos y los medios para tratar de solucionar los problemas, más que prefijar unos fines-metas determinados, y para conseguirlos organizar los medios que presuntamente nos llevarían con cierta seguridad. Desconfiamos de que los fines puedan prefijarse identificándolos con precisión, y de que éstos puedan justificar los medios a usar para alcanzar tales fines. Más modestamente preferimos partir de unos objetivos, es decir, un “objeto”, objetos que se lanzan pero que no prefiguran donde pueden llegar, pues todo dependerá de la relación entre los síntomas reconocidos, las metodologías construidas para abordarlos, y los efectos no previstos de antemano.

Así, planteado el enfoque, nos vamos a centrar en destacar algunas contradicciones entre las más preocupantes de nuestro espacio-tiempo, justificando su elección por sus notables repercusiones en nuestras sociedades, y abordando las formas concretas cómo las redes de sujetos se plantean metodologías y estrategias ante ellos. Pretendemos profundizar en cuatro redes que responden a cuatro síntomas, y que nos abren cuatro elementos paradigmáticos para repensar y para actuar en nuestras sociedades, de forma que consigamos estilos de vida para mejor-vivir. El objetivo del “bienestar” se matiza por el de “mejor-vivir” porque, aunque los dos conceptos son polisémicos, el de bienestar parece hacer referencia a un “estar” más pasivo que el “vivir”, y a un “bien” más absoluto que un “mejor” siempre relativo. Desconfiamos de que podamos saber cuál es el “bien” ante una pluralidad de situaciones siempre mejorables, y también desconfiamos de que se pueda “estar” instalados en tal situación, cuando los procesos vitales siempre están abriendo nuevos retos y potencialidades.

Nuestros objetivos no apuntan tanto a un modelo de estado o sociedad del bienestar con unas metas muy predeterminadas, con unos programas normativos prefigurados al margen del espacio-tiempo concreto y de las redes de sujetos en presencia, sino que son unos objetivos más abiertos, aunque intentando poner una mayor precisión de lo habitual en la metodología y la programación, a partir de los síntomas concretos de los que partimos. La justificación no tratamos de encontrarla tanto en una moral universalista y utópica, muchas veces descontextualizada, sino más bien en la voluntad de superar los principales síntomas detectados, y en que la metodología y programación se justifiquen por sí mismas. Es decir,

que partan de prácticas de las redes de sujetos que ya existan realmente (aunque no sean mayoritarias), y que como tales prácticas constituyan en sí mismas procesos creativos, emancipadores, innovadores, vitales, abiertos, etc. Por lo mismo no sólo no renunciamos a la expectativa de nuevos valores, sino que los pretendemos construir en los propios procesos, con independencia de que se puedan alcanzar para una sociedad futura. Serían así los medios que se usan los que justifican los fines, y no al revés.

Algunos objetivos construidos por las políticas progresistas y de los movimientos sociales emancipatorios siguen siendo ambiguos y necesitarían de mayores precisiones tal como buena parte de la literatura actual intenta. Por ejemplo: desarrollo sustentable, democracia participativa, economía social, identidad emancipadora, sociedad civil, etc. Aquí tratamos de salir de tales caos de conceptos, tan manipulados por unos y otros que sirven casi para justificar cualquier práctica. Vamos a tratar de referirnos, en la medida de lo posible, a qué prácticas y a qué redes de sujetos concretos nos referimos. Cuáles son la coherencia o sinergia que pueden alcanzar al ponerlos en relación concreta. Intentamos encontrar las palabras y los conceptos adecuados, pero aun así siempre es preferible apoyarnos en algunas situaciones lo más concretas posibles como puntos de partida, y que los conceptos se puedan abrir desde ahí a nuevas realidades a construir. Vamos por tanto a reconstruir algunos síntomas y algunas redes que ya tenemos en presencia, y a partir de ahí proponer las generalizaciones oportunas que apunten para procesos de mejor-vivir.

2. ALGUNAS CONTRADICCIONES DE FONDO

1.- Una primera contradicción podría agrupar el amplio campo de lo territorial, es decir, las preocupaciones de los movimientos populares urbanos, los ecologistas, etc. Los síntomas no los determinamos nosotros, sino que es la propia sociedad la que los muestra a través de aquellas expresiones populares de protesta o de innovaciones que plantea por sí misma. Los problemas con los territorios urbanos o naturales están en todas partes, y son muy variados. Hace unos años se trataba de conseguir más de todo lo que faltaba en cada lugar, o sea mayor nivel de vida, pero hoy la cuestión se está replanteando hacia el concepto de calidad de vida, que no es lo mismo. Se trata de adecuar mejor a cada comunidad lo que precisa en concreto, teniendo en cuenta al tiempo la sustentabilidad para el futuro. El problema es que la explotación de la naturaleza no se puede plantear como si no tuviese consecuencias, en un consumismo sin lími-

tes. Hay que compatibilizar las necesidades construidas socialmente con las políticas/servicios que no pongan en peligro a otros ámbitos espaciales, y ni a las futuras generaciones. Hay que reequilibrar el desarrollo, y esto es uno de los principales síntomas de nuestro tiempo.

Algunos elementos paradigmáticos nuevos aparecen en la problemática de los síntomas y de los nuevos movimientos sociales, aunque a veces los propios sujetos no sean muy conscientes de todo lo que implican sus prácticas. Algunos conceptos recientes como la diversidad/complejidad, fractales/holograma, reflexividad/recursividad, constructivismo/praxis, etc., están significando todo un giro fundamental en las ciencias. Veamos algunos ejemplos: El territorio posee una gran diversidad en sí mismo, es un ecosistema con diversos grados de complejidad (interna y externa) de relaciones. Su simplificación hacia una monoactividad lo hace más frágil y dependiente ante cualquier crisis, por eso tener más de una sola cosa es un síntoma problemático frente a tener diversificados los recursos y las actividades. Calidad de vida no es tener mucho de una cosa, sino diversas cosas en relación adecuada a cada espacio-tiempo, lo que permite mantener una compleja red de “satisfactores” del ecosistema local, desde donde poder actuar.

Lo “pequeño es hermoso”, no para encerrarse en ello, sino para poder aprehenderlo y moverse con soltura y confianza, para poder adecuarlo a las necesidades específicas de cada sujeto y de cada grupo humano, y desde esa relación de calidad poder abrirse a otras realidades más amplias. La metáfora del holograma dice que todas las relaciones de lo macro están en lo micro, y al revés, que las relaciones “fractales” (fracturadas de una misma forma, tantas veces como queramos) de lo micro pueden incidir en lo macro porque en sus interferencias conectan con ese mismo tipo de relaciones en lo macro. No hay una jerarquía necesaria de lo macroterritorial sobre los espacios comunitarios, pues éstos pueden encontrar sus grietas de resistencia y alternativas a los modelos dominantes. El principio de “reflexividad” también ayuda a contrarrestar una lógica de causa-efecto muy determinista. El ejemplo, de una práctica comunitaria minoritaria en un margen del sistema puede hacer reflexionar sobre el modelo dominante y transformarlo. Los efectos no queridos de algunas causas centrales en un territorio se convierten así en nuevas causas, y dan lugar a procesos de manera circular, o espiral y no lineal, de forma muy distinta a como lo pretendían los determinismos lineales de la historia.

El territorio es un proceso en permanente construcción, un espacio-tiempo en expansión, no un dato que tomar como objetivo al margen de nuestra actividad. Somos parte de ese proceso y con nuestra praxis esta-

mos siempre construyendo los datos del territorio, los que queremos y los que no queremos. Podemos hacer abstracciones académicas objetivistas, mapas, pero éstos ya están proyectando sentidos sobre el territorio. Los síntomas los podemos abstraer, como en este texto, pero con tal operación estamos desencadenando nuevos procesos, nuevas praxis, que sin duda desbordan lo que pretendíamos acotar. Reconocer estos síntomas no nos facilita tener un diagnóstico objetivista del territorio, pero sí nos puede colocar en procesos cuya probabilidad de eficiencia es más alta para solucionar algunos de los principales problemas planteados. Partir de los síntomas de la explotación del territorio es tan necesario como tener los pies en el suelo.

2.- Otra contradicción de nuestro tiempo es la explotación del trabajo, que desde hace tanto tiempo tratan de combatir los movimientos obreros y campesinos. La apropiación del plus-valor para la acumulación del capital al margen de los intereses y control de los propios trabajadores ha generado, y sigue haciéndolo, fuertes movimientos laborales en todos los países. Aunque ahora la solución del llamado “socialismo real” esté en profunda crisis, no por eso los síntomas que ha provocado y provoca el sistema de acumulación de capital dejan de existir, aun cuando los movimientos tomen otras formas tanto en los países enriquecidos como en los empobrecidos. Lo cierto es que la explotación del trabajo sigue siendo una realidad sentida por los trabajadores y provoca diversos síntomas preocupantes tanto para la economía como para la calidad de vida de la población.

El actual sistema de acumulación del capital tiende a una simplificación de los sistemas de producción, de acumulación y de distribución, porque trata de controlar desde unos vértices situados en las grandes empresas de los países enriquecidos todos los procesos. Desde las semillas hasta los trabajadores siempre se intenta reducirlos a un criterio de especialización en función de la rentabilidad económica de la empresa, con lo que se acaban mutilando otros aspectos como el de la biodiversidad de los recursos naturales, que a corto plazo no tienen tanta rentabilidad monetaria; o los otros aspectos de etnodiversidad cultural de los trabajadores que es sustituida por las rutinas de los trabajos superespecializados para que son requeridos. Así la creatividad de los ecosistemas y de las culturas tecnológicas tiende a perderse, y la relación que existe entre ellas. Más aún, la economía globalizada tiende a reducirse a la centralidad de los aspectos financieros, frente a las economías productivas que son hoy muy dependientes de aquélla, lo que implica uno de los síntomas más preocupantes del actual contexto mundial.

Las propuestas reivindicativas de los movimientos obreros y campesinos sí han actuado reflexivamente sobre los sistemas de acumulación y redistribución del capital y del estado a lo largo del siglo XX, pues ante el peligro de movimientos radicales se han sabido hacer algunas reformas y negociar soluciones parciales en distintos contextos. No hay sólo un determinismo de clase objetiva, sino procesos constructivos que tienen mucho que ver tanto con la conciencia social de los trabajadores organizados como de la sociedad en general. La implicación subjetiva de los trabajadores y su praxis, tanto en los procesos de lucha social como en los de producción en los centros de trabajo, marcan la diferencia entre unas formas de producción y otras, y su eficiencia material y social. Las leyes de los estados, o los organigramas de las empresas, no son más que indicadores parciales de un momento de la cultura del trabajo de esa comunidad concreta. Con las nuevas tecnologías se podría entrar en mayores creatividades y mayor implicación, desde una mayor autonomía de los trabajadores, pero los síntomas parece que van por otros caminos.

3.- Otra contradicción, que aquí vamos también a abordar desde aquellos paradigmas de la complejidad, es el de las relaciones de poder, la explotación de los otros por ser diferentes del modelo dominante. Su dominación por el hecho de estar en otras redes culturales sometidas y que no están emancipadas de los patrones de conducta de la sociedad y estado constituidos. Es el poder del patriarcado no sólo en cuestión de género, sino también sobre los hijos, y sobre cualquier "otro" proponiendo un modelo único de conducta y de éxito en nuestra sociedad: hombre maduro, blanco, ejecutivo, rico, etc. La propia democracia representativa propone la reducción de la complejidad de las posibles posiciones en la sociedad a unas cuantas opciones electorales entre las que elegir una. La gobernabilidad nos lleva a la simplificación de la enorme pluralidad social hacia un tipo medio de votante y a un tipo medio de programa de gobierno. ¿Dónde se quedó la complejidad de las diferencias de género, de edades, de etnias, etc. ? La explotación de todas esas capacidades culturales que son usadas como folklore, como elementos secundarios, necesarios para la reproducción de la sociedad para que no explote, pero que no son valorados en toda su potencia constitutiva de la creatividad humana.

Lo personal es político, es poder en las relaciones cotidianas. Los movimientos de mujeres nos lo han recordado y puesto en práctica desde la casa hasta los centros de estudios, desde el trabajo hasta la representación formal. La lucha contra el modelo patriarcal comienza con las y los hijos, y es tarea tanto del varón como de la mujer el fomentar la potencia de la complejidad de las diferencias, de la democracia en lo cotidiano con

distribución de responsabilidades, etc. Pero este síntoma del hábito del poder como dominación se repite en la escuela, en el trabajo, en las iglesias, en el ejército, en la administración, etc., y también hay rastros en muchos movimientos sociales. Está en el estado y en la sociedad porque ha sido construido desde lo micro, en las relaciones diarias; y desde lo macro se vuelve a lo local y cotidiano a través de los ejemplos propuestos (personalidades, etc.) por los medios de comunicación. Pero el poder no tiene por qué ser sólo dominación de un modelo sobre los otros posibles, puede ser también entendido como potencia, como capacidad de entender la complejidad y complementarse desde las diferencias, para ser más adecuado a las características peculiares de cada situación, y ser así también más eficaces.

El postulado “de cada uno según su capacidad y a cada uno según sus necesidades” fue planteado en encuesta a los norteamericanos, según cuenta Chomsky, y muchos opinaron que tal planteamiento pertenecía a la Constitución de los Estados Unidos, cuando en realidad es casi la única frase marxista referente a lo que sería una sociedad utópica comunista. Pero tal aceptación general, desde tradiciones tan dispares, ¿es suficiente para cambiar las cosas? ¿puede replantear las conductas sobre el poder en lo cotidiano, en los movimientos sociales, en los colegios, en trabajos, en administraciones democráticas? ¿El tratar de llegar a este efecto se puede convertir en causa de reorganización del poder? Los síntomas más bien parecen al revés, la institucionalización en leyes y reglamentos predomina sobre los procesos instituyentes. La democracia en lo micro y en lo macro se entiende más como una serie de normas, donde la tradición mayoritaria se impone sobre las minoritarias, que como un libre juego de innovaciones creativas que pueden aportar savia nueva a nuestras viejas costumbres desgastadas y poco eficientes. Sin duda, recurrir a las mayorías puede ser un freno contra minorías autoritarias, pero hay que tener cuidado de que las burocracias así legitimadas no acaben con la creatividad de otras minorías instituyentes, con la democracia como construcción permanente desde lo popular, como implicación constructiva de la ciudadanía.

4.- Entre las contradicciones de explotación que venimos considerando no debemos olvidar el de la explotación de uno mismo. Son los miedos que se transmiten de generación en generación y que nos paralizan personal y comunitariamente. Los movimientos de educación liberadora, las terapias de tipo personal y grupal, los movimientos éticos y por la libertad de costumbres, etc., muestran que los humanos estamos muy atados no sólo por razones territoriales, económicas, o de poder, sino tam-

bién por el temor a los ancestros y la presencia de ritos, dogmas, costumbres y “tabús” que no nos atrevemos a superar, y que se instalan más allá de los controles racionales de cada persona y de cada grupo social. Parece como si hubiese que buscar una identidad perdida a la que ser fiel, y que de ello depende nuestra felicidad y nuestra autenticidad, cuando en realidad casi siempre estamos construyendo o reconstruyendo nuevas identidades para nosotros y para los grupos con los que interactuamos. La fidelidad al mito de una identidad ancestral originaria a veces nos impide iniciar la tarea de la reconstrucción de las tradiciones de las que venimos, y sobre todo planteamos la creatividad de nuevos procesos plurales y abiertos donde podamos desarrollar todas nuestras capacidades. No es en la simplicidad de un modelo a imitar donde podemos encontrar nuestras posibles identificaciones, sino en la complejidad de relaciones, en los contrastes y paradojas de las relaciones con los otros.

“No somos lo que somos, sino lo que hacemos para cambiar lo que somos” nos dice con acierto Eduardo Galeano. Nos paralizamos tratando de buscar lo que somos como si eso estuviese determinado desde algún lugar misterioso. Estamos inmersos en redes sociales muy variadas y que nos condicionan, desde las comunicaciones mundiales hasta los afectos familiares, pero en todas esas redes estamos también influyendo; y además también podemos cambiarnos de unas redes a otras para construir lo que estamos siendo. Al final somos productos híbridos y complejos que podemos encontrar y aprovechar las diferentes redes y relaciones en las que nos movemos para construir algunas soluciones a alguna de nuestras necesidades. La autoestima y la “autopoiesis” no pueden convertirse en mitos por los que podemos hacer cualquier cosa como en el mundo de la fantasía. Pero en cambio la “autoecoorganización”, que plantea Edgard Morin, por ejemplo, nos permite saber desarrollar las potencialidades personales y grupales, en nuestros ecosistemas, para tratar de superar los determinismos tanto biológicos, como económicos, como socioculturales. No cabe duda que estamos condicionados por un espacio-tiempo concreto, pero desde ahí somos nosotros quienes tenemos que construir sus sentidos posibles.

Somos “sujetos en proceso” según expresión de J. Kristeva y de J. Ibañez, es decir, que estamos atravesados por diversos procesos ecológicos y sociales con los que tenemos que estar construyendo lo que vayamos a hacer y ser. Los propios datos (“objetivos”, “de partida”) son también una construcción social, que pueden tener diversos sentidos, incluso algunos paradójicos, de tal forma que donde a uno le entra el miedo para hacer tal tarea, a otro es lo que le anima para superar tal carencia. Este

síntoma, la explotación sobre nosotros mismos, tiene además el problema añadido de la interiorización personal y/o grupal de las conductas y de los hábitos, hasta tocar la profundidad de lo preconsciente, y por eso necesita de prácticas en lo cotidiano y en lo grupal que ayuden a romper las inercias. Praxis desbloqueadoras en lo cotidiano, como algunas que hacían los “situacionistas”, pueden a veces ayudar a crear sinergias grupales o de movimientos sociales para mover energías muy paralizadas. Todos estos síntomas son conocidos por todos nosotros, en las redes sociales en que nos movemos, y constituyen los síntomas, contradicciones y explotaciones de nuestras sociedades en la medida en que nosotros mismos los reproducimos, en nuestras rutinas y hábitos. Por eso nos planteamos pasar ahora a cómo podemos actuar en esas redes, para construir otros desarrollos alternativos posibles. No sólo hablar de los síntomas problemáticos y de algunos objetivos generales con los que se contraponen, sino sobre todo de las redes de sujetos sociales en que se apoyan y cómo actuar en ese medio.

3. LAS REDES QUE CONSTRUYEN ALTERNATIVAS

Lo que podemos construir es lo que ya se está construyendo en alguna parte, aunque sea en embrión y aisladamente, y entonces la tarea es generalizarlo adaptando tal experiencia a otros contextos. Lo que podemos construir es lo que las redes sociales están dispuestas a asumir y a desarrollar a partir de sus problemas más sentidos, a partir de sus contradicciones y necesidades, abriendo así una pluralidad de alternativas y procesos diversos que se irán definiendo, recortando o mejorando, según se vayan construyendo. Lo que podemos desarrollar tiene que estar atento a los efectos de algunas sinergias más generales que, como “efectos mariposas”, a veces se expanden por nuestras sociedades con noticias de construcciones alternativas: desde algún gobierno local o regional hasta movimientos sociales o foros de movimientos, que abren nuevas perspectivas. Aquí nos vamos a plantear algunas de las redes que están en construcción a partir de algunos de los síntomas señalados, y abriendo prácticas innovadoras para la transformación de lo local y de lo global. Nos interesa sobre todo la metodología de trabajo de estas redes, el cómo hacer las cosas, más incluso que las ideologías de donde vengan, o a qué contenidos se apunten.

Hay unas redes que están siempre en reconstrucción a escala personal o grupal, de ellas vamos a hablar, pero por ser las más inmediatas y evi-

dentes, las vamos a dejar para el final. También están las redes de tipo local, redes asociativas, del tercer sector, etc., y estas redes, como las de tipo personal-grupal, son las que nos van a abrir las perspectivas sobre cómo podemos operar desde nuestra vida cotidiana, en comparación con lo que están haciendo muchos grupos, asociaciones y movimientos sociales en todo el mundo. Pero donde no se suele reparar tanto desde las conductas locales es en los ámbitos regionales y globales, donde los aspectos de coordinación, y de nuevas propuestas de valores y de economías, no están tanto a la orden del día, no es una reflexión que cotidianamente se haga dentro de la lógica de construir alternativas. Y no cabe duda que es muy importante, trascendental en un mundo globalizado, que las redes supra-locales puedan dar sentido a las tareas que se vienen desarrollando en ámbitos más concretos y locales. Por eso vamos primero a plantear lo que se está haciendo en la construcción de valores globales alternativos por el sistema de redes, y también lo que se está haciendo en algunas regiones o ciudades mediante redes económicas y políticas, para contribuir a otro tipo de alternativas a las tradicionales del mercado y del Estado. Aunque la construcción de ejemplos suela ser de lo local a lo global, aquí vamos a plantear las cuatro redes desde los enfoques macro hasta hacerlos descansar en las experiencias de lo más cotidiano y local.

1.- Redes internacionales de pensamiento/acción. La desorientación de los progresistas ante la falta de un modelo o meta final que les anime a construir sus utopías se ha ido cambiando por la idea de juntarse desde todas las corrientes con diversas tendencias emancipadoras, construidas desde lo local, para ir hasta reuniones, coordinadoras o foros internacionales donde discutir y reenfocar los sentidos que puedan tener sus movimientos. No parece que haya un posible modelo unitario, pero ejercitar el “pensando globalmente” está sirviendo para delimitar un cierto campo, área, o espacio donde poner en común valores alternativos a los del actual sistema dominante. Desde los primeros años noventa cada vez que se juntan en una reunión mundial los jefes de estado o el Fondo Monetario Internacional, o cualquier otro organismo semejante, también se articula en paralelo un Foro Alternativo, donde asociaciones, movimientos y personalidades de todo el mundo tratan de dar contestación a los graves problemas de la humanidad, ya que muy poco se espera de las delegaciones oficiales. Así, con muchas contradicciones, y poco a poco, se han ido tejiendo unas redes para preparar esas contracumbres mundiales, y además esas redes se siguen manteniendo por comunicaciones electrónicas, y para activar también algunas campañas internacionales contra las guerras, en defensa del medio ambiente y otras causas de urgencia a escala

planetaria. No existe ninguna internacional de partidos políticos o de empresas que pueda competir hoy con la repercusión de estos Foros y que esté en esta tarea de construir los valores alternativos para los nuevos tiempos que se avecinan.

Ciertamente estamos ante coordinaciones y foros donde su estructura es sólo de red de comunicaciones y pensamiento, pero pocas veces se ha visto crecer una red con tal velocidad, pues desde Río de Janeiro (1992) hasta Estambul (1996) se ha multiplicado su número y repercusión de manera sin precedentes (de algunos miles a 25.000 asistentes). Y con los Foros Sociales Mundiales esto se está generalizando a todo el planeta. No se confía en estos foros que los Estados y las empresas vayan a cumplir las resoluciones que se les recomiendan, y menos de forma completa e inmediata; pero sí que pueda haber ciertos acuerdos básicos entre las organizaciones sin ánimo de lucro, no gubernamentales, y movimientos de base, para que estos valores puedan ser difundidos en todo el mundo, y se pueda empezar a construir a escala regional y local procesos concretos que inicien alternativas al despilfarro y degradación de lo humano y lo vivo del planeta. Incluso algunas redes pasan a ser operativas política o económicamente, en algún sector especial, y sobre todo como demostración de qué nuevos tiempos se están empezando a construir. Las redes de comercio ecológico, justo y solidario tienen poca significación en cuanto a las cantidades económicas en que se mueven, pues ponen en relación a algunas pequeñas producciones con núcleos de pocos consumidores, pero en cambio tienen una muy alta significación no sólo para esos productores y consumidores muy concretos, sino como propaganda de las formas alternativas de mercado que son posibles. Y lo mismo podemos decir de otros movimientos (tipo Greenpeace, Amnistía Internacional, etc.) que se plantean acciones directas con gran repercusión en los medios informativos, y que actúan en defensa del medio ambiente, los derechos humanos, etc. No sólo se está en la construcción teórica de nuevas alternativas, sino también en los efectos de demostración de que las ideas pueden convertirse en acciones concretas.

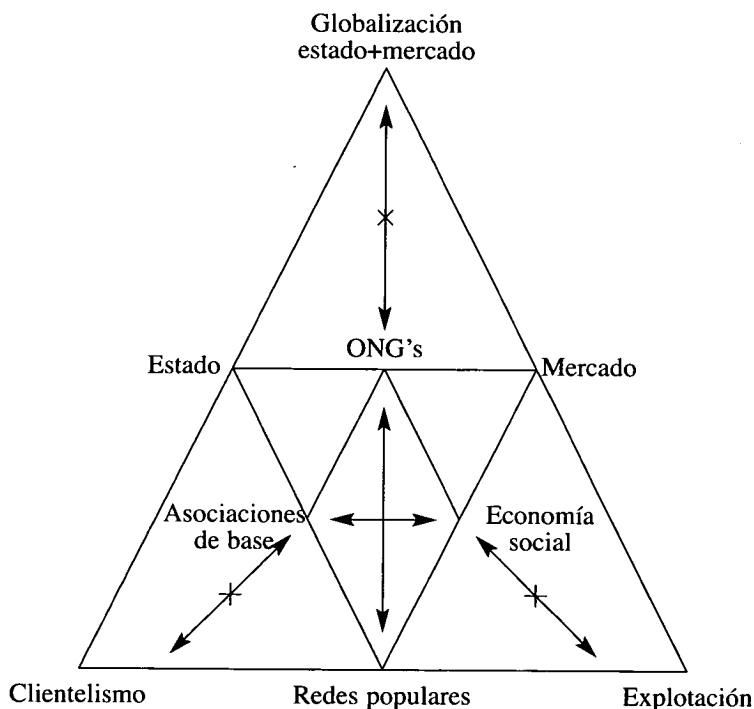
¿Por qué esta repercusión tan rápida y tan amplia en la construcción de nuevos valores a escala internacional cuando se parte de un abanico tan disperso de grupos básicamente locales? Hay algo en común en los estilos de hacer de la mayoría de estos grupos, hay también problemas comunes que preocupan seriamente sobre el medio ambiente, la pobreza y los derechos humanos; y aunque las tradiciones de que se parte sean tan distintas y las alternativas no estén muy claras, en los caminos a recorrer y en los procedimientos a corto plazo sí se pueden construir y se constru-

yen acuerdos básicos. Es decir, hay estructuras de relaciones en lo macro y en lo micro, dentro y fuera de las entidades, que nos permiten reconocer cómo podemos intentar resolver los problemas tanto a escala local como a escala global. Las relaciones no lucrativas y no gubernamentales, desde el tercer sector, parecen generar una confianza en el estilo de hacer las cosas que no tienen ni gobiernos ni empresas, aun a pesar de que en las ONG y las asociaciones civiles no todo es trigo limpio. Desde luego si desde alguna red es posible pensar que se pueden construir alternativas para defender los derechos de los ecosistemas y de los humanos esa es la que están haciendo los foros internacionales de pensamiento/acción.

Un holograma es un dispositivo de interferencias que muestra cómo el todo puede estar en cada una de las partes, y cómo el todo no es simplemente la suma de elementos muy diferentes. Son un tipo de relaciones internas entre los elementos las que se repiten tanto en lo pequeño como en lo grande, y por eso se reconocen como semejantes. También entre grupos locales y redes internacionales hay una serie de elementos y de relaciones en común; estilos que se reconocen entre los movimientos locales y los globales, formas de transparencia, dinámicas creativas, etc., y además el rechazo a los valores, la acumulación monetarista-especulativa del mercado y del poder y la burocracia exclusiva de los gobiernos. Y así se va construyendo un “holograma de valores” que llegan hasta los foros internacionales desde las prácticas locales de los grupos y movimientos. El eco de algunas prácticas locales de una parte del mundo puede llegar enseguida a la otra parte si es que consigue conectar con esos estilos de hacer las cosas alternativas, y responde a los grandes problemas de la vida y de la humanidad.

Actualmente muchos siguen discutiendo entre los valores del mercado (libre iniciativa, etc.) y los del estado (planificación, etc.) como si esto reflejase ser más progresista o conservador, cuando ni el comportamiento del mercado tiene casi nada de libre por estar sometido a las grandes finanzas internacionales, ni el estado puede planificar de acuerdo con los intereses populares por las mismas razones globales de la competitividad. Es decir, que hoy el problema que nos debe preocupar está más polarizado desde los acuerdos tipo “estado + mercados globalizados” por arriba —que son los que se enfrentan contra las asociaciones políticas—, y producciones locales, por abajo. Localmente los problemas están en los clientelismos de algunos gobiernos, y en la informalidad y violencia de algunos mercados, lo que dificulta que el tercer sector asociativo pueda tener una autonomía propia para poder construir su tercer sistema de valores. Un tercer sistema de valores, frente a los de la competitividad del mercado y a los de las burocracias de los estados, se esta construyendo,

pero sus dificultades son grandes porque este campo necesita marcar sus fronteras frente a los otros campos que lo dominan y lo rodean. Un esquema interpretativo podría ser:



Este esquema se puede leer como un rombo que delimitan las ONG, las Asociaciones, la Economía social y las Redes populares, dentro del cual es posible construir valores alternativos, pero siempre distinguiéndolos del Globalismo, y de los clientelismos localistas de los gobiernos, y de la explotación e informalidad que está conectada a algunas lógicas internacionales y delictivas del mercado. Hay ideologías desde el estado (regionales, locales), y producciones desde el mercado (sociales, populares), así como asociaciones, ONG, y economías del tercer sector, que pueden colaborar en un amplio campo de confrontación contra la especulación y despilfarro de la globalidad. En estos momentos lo más importante es que estas redes de nuevos valores internacionales no pierdan su autonomía (política, económica), ni el contacto con las experiencias más concretas y alternativas que están surgiendo desde diversas necesidades populares.

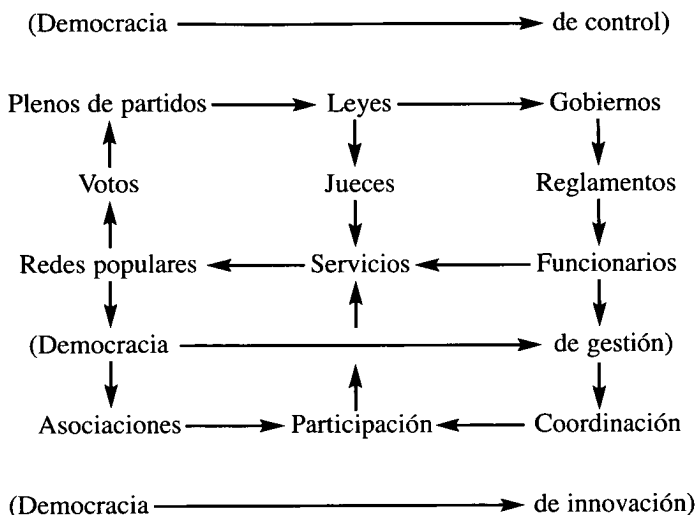
2.- Redes regionales de economías populares sustentables. Están surgiendo en algunas regiones (Kerala, India), grandes ciudades (Porto Alegre, Brasil), comarcas (zonas cafeteras en Centroamérica), o cinturones municipales de metrópolis (Villa el Salvador, Perú) experiencias muy interesantes donde los acuerdos entre estado, mercado y tercer sector se orientan desde una nueva lógica. Se trata de impulsar economías locales o regionales más allá de los microemprendimientos que se quedaban en experiencias interesantes pero muy limitadas por el tamaño de la producción, del consumo y de la financiación. En estos casos hay un papel importante del estado regional o local, pero siempre para hacer una planificación muy participativa, donde las decisiones se toman auto o cogestionadas con el tercer sector civil, e incluso donde bastantes empresas locales (ante las agresiones de las transnacionales) acuerdan estrategias con el tercer sector y el gobierno local. Hemos de tener en cuenta que los propios municipios y las universidades públicas son muchas veces quienes tienen más empleados y mueven más capital entre las empresas de una ciudad.

La formulación de estas prácticas suele responder a un frente socio-político que en cada circunstancia tiene un nombre diferente, pero cuyas ideologías han aceptado compartir poder con las organizaciones populares, y retroalimentarse con las experiencias de los movimientos concretos que salen desde las redes civiles. Puede ser el “presupuesto participativo” (Porto Alegre y otras metrópolis de Brasil) donde el presupuesto de inversión municipal se somete a discusión descentralizada por barrios y luego se decide en un foro paralelo a la propia cámara municipal. O bien puede ser un foro del tercer sector como en Seattle (USA) donde se vienen construyendo los “indicadores de calidad de vida” (según la Agenda 21 de Río de Janeiro) participadamente, y con los que la prensa y los ciudadanos van a juzgar las políticas públicas. Pueden ser sistemas de autogestión urbana (Villa El Salvador, 300.000 h.) donde desde la comunidad no sólo se planifica el hábitat, sino también se desarrolla su zona industrial, la educación básica o los servicios de radio y televisión propia, todo con la participación de sus habitantes desde hace 35 años. Pueden ser también “planes estratégicos” en algunas ciudades donde participan los pequeños empresarios, la economía social, las universidades, los sindicatos y las asociaciones de base, para poder defenderse de los planes de la globalidad frente a los recursos locales, y aprovechar las sinergias internas para poder hacer un desarrollo endógeno y sustentable.

Las propuestas suelen coincidir en disponer de un organismo de participación donde se van a discutir los principales criterios de programación de las actividades, al estilo de los Consejos Económicos,

Ecológicos, y Sociales (CEES). El papel de estos organismos puede tener desde unos criterios puramente de control, como la elaboración de estudios e indicadores concretos para poder evaluar las políticas y sus resultados, hasta programar parte del presupuesto público o negociar las estrategias coordinadas de diferentes sectores empresariales que puedan ser claves para la región en cuestión. El papel de un respaldo financiero y legal a este tipo de iniciativas, en un mercado con ciertos elementos de autorregulación y protección, son aspectos que pueden sacar de situaciones críticas a muchas economías populares o sociales de las localidades. Claro que hay que cambiar algunos criterios sobre desprotección de mercados, competitividad, y capitales especulativos que vengan a la región. La cuestión no es tanto captar “capitales golondrina” en el mercado global para un crecimiento rápido, desprotegiendo lo local, sino basarse más en lo endógeno para que el desarrollo pueda ser verdaderamente sustentable. Esto implica menos inversiones espectaculares, aunque mayor seguridad interna de lo social y lo ecológico de la zona, y por tanto tiene que haber un cambio de valores (y de los indicadores que los miden) como tarea pedagógica de toda esta red que acuerda trabajar estratégicamente.

Estas redes necesitan de negociaciones y acuerdos que no se queden en simples lógicas electorales, es decir, de respaldo de las mayorías contra algunas minorías autoritarias, o a favor de políticas de buena gestión redistributiva. Las economías populares sustentables necesitan de la implicación de amplios sectores sociales y no sólo de un respaldo ocasional de tipo electoral. Hoy la productividad de una empresa o de una ciudad no puede basarse tan sólo en el cumplimiento burocrático de las leyes por los empleados o por los ciudadanos. El reto está en conseguir sistemas de implicación de los trabajadores y de los ciudadanos en aquellas tareas que ellos pueden realizar mejor que nadie. La sustentabilidad de una política productiva o de una política de salud está en los pasos educativos (de implicación participativa) a que se pueda o se quiera llegar en cada caso. La democracia entendida como delegación desde unos individuos anónimos para que unos pocos gobiernen en nombre de las mayorías que se vayan formando, es un principio reduccionista que legitima los acuerdos legales, y es una protección defensiva muy interesante contra los abusos de poder de algunas minorías, pero no sirve para organizar la motivación participante de las redes de ciudadanos en las estrategias comunes que se necesitan hoy en día. Un esquema de las posibles vías de complementación democrática podría ser:



La democracia de control, de los representantes mediante los votos, permite que aquellos que representen mejor al tipo medio de ciudadano gobiernen, y esto está bien, pero también acaba por reducir el sistema democrático a la reproducción de los intereses medios de la sociedad y a que los funcionarios se burocraticen en el cumplimiento de sus servicios. Cada paso que se da, de las Redes populares muy complejas al sistema de votación, a los acuerdos entre partidos (ya pocos), a las Leyes, al Gobierno, a la interpretación de los reglamentos por los funcionarios, y de éstos a la atención de los servicios, es una nueva reducción: de las complejas casuísticas de las que se partía a la simplificación del trato del funcionario sobre el ciudadano. El funcionario gestiona igual para todos en el mejor de los casos y no puede atender a las situaciones diferenciadas de cada cual, de cada red popular de intereses, de cada situación concreta y local. Además el voto da participación delegada para hacer las leyes pero le queda muy distante el gestionarlas. Como mucho hay unos jueces que velan para que se cumplan los procedimientos y los servicios, pero la democracia queda muy lejos de la gestión en sí, y mucho más de una gestión adecuada a cada situación concreta y que permita innovaciones apropiadas para cada recurso humano y natural. La democracia en la gestión y en la innovación necesita otros cauces más creativos y participativos que, sin negar los sistemas de control mediante el voto delegado, le permita a la democracia responder a situaciones de mayor complejidad.

Los ejemplos que hemos señalado y otros varios que se están ejercitando en diversas partes del mundo de cara a la planificación y a la programación “estratégicas” por sectores o por localidades, pueden ser una buena base para poder seguir construyendo democracia y ciudadanía en nuestras regiones. Las redes de gestión y de innovación deben permitir rescatar toda la potencia que tienen los ciudadanos cuando se implican en una tarea, toda su creatividad compleja, la suma de esfuerzos, las redes asociativas y las redes informales. Algunas producciones en serie se pueden conseguir por procedimientos burocráticos, pero la producción de calidad necesita que el factor humano esté implicado en la tarea. Si se quiere producir una economía y una ciudad sustentables hay que contar con la capacidad especialmente de los más creativos, no solo con las burocracias y las leyes. Es decir, estamos apostando porque se generalicen redes de “complejidad estratégica” a través de los diversos mecanismos democráticos de la gestión y de la innovación que den juego no solo a los aparatos administrativos agilizándolos, sino también descentralizando las iniciativas complejas que nacen de sentir las necesidades y de tratar de resolverlas.

Hasta aquí no se está argumentando sólo la democracia participativa como un deber moral, aunque lo sea, sino a partir de tratar de hacer más eficaz la sociedad en la que vivimos. Lo ético sobre todo estaría en ser plenamente consecuentes con la capacidad de rescatar todas las potencialidades que los distintos sujetos y redes tienen para hacer una sociedad que responda a las necesidades que se planteen. Por desgracia, algunos planes estratégicos de empresas y de ciudades argumentan la necesidad de la participación para implicar a sectores de trabajadores o de empresarios, pues esto ya se ve como algo muy valioso hoy en día, pero no permiten que en el proceso tales redes se consoliden y tomen sus propios caminos. Por los ejemplos que conocemos creemos que el camino de la participación (aunque sea restringida) se va haciendo necesario para todos, y que a partir de esas situaciones hay ciertas posibilidades para que podamos construir una democracia que nos defienda de engaños “globalistas” y sea creativa desde la potencialidad de las redes locales.

3.- Redes asociativas del tercer sector y del tercer sistema. Las redes de tipo internacional y de tipo regional y/o metropolitano tienen varios problemas para consolidarse y extenderse, ya que se mueven en un medio muy adverso, el de la globalización neoliberal. Por eso estas redes deben retroalimentarse constantemente con las redes más locales desde desarrollos alternativos. No podrían existir ni las redes de economías populares ni las redes alternativas internacionales si no existiesen redes de experiencias

locales, que son la fuente de innovación y construcción social de cualquier otro proceso de cambio supralocal. Al mismo tiempo las experiencias locales, los microemprendimientos, las asociaciones de base, etc., necesitan de redes más amplias para no quedarse aisladas y sin perspectivas. De esta manera las coordinaciones (tanto las territoriales regionales como las globales, más especializadas) les pueden permitir a las asociaciones locales y a sus redes trascender de su constitución básicamente defensiva, y muy concreta para algún problema de lo cotidiano, a una visión más amplia del desarrollo alternativo integral. Pero aunque el pensamiento pueda ser más global, la acción tiene que tener raíces muy locales.

Un “plan estratégico” puede surgir desde algunas empresas de un sector afectadas por una nueva coyuntura, o bien desde un gobierno municipal emprendedor que quiera desarrollar la Agenda Local 21, por ejemplo. Pero los ejemplos que conocemos de iniciativas empresariales o municipales son muy distintos de los que surgen de las iniciativas populares. Los intereses de los gobiernos o de las empresas tienden a simplificar las estrategias a aquellos aspectos centrales que consideran prioritarios desde sus urgencias: necesitan resultados a corto plazo (electorales o de acumulación de capital). Por eso debemos prestar mucha atención a cómo se construyen estas redes, cuáles son los motores principales, cuáles las relaciones y dinámicas internas de los muy diversos intereses en juego. Las redes internas y externas de las asociaciones, ONG, empresas de economía social, y todo lo que se viene considerando tercer sector, pasan a ser muy importantes, pues no se trata de un simple complemento de una programación integral, sino precisamente el cemento que puede consolidar o resquebrajar toda la construcción en marcha. Nuestros estudios se han centrado en estos aspectos del tercer sistema civil, de la construcción de la hegemonía o de la implicación de redes sociales en los programas, porque es donde se juega la sustentabilidad social de los proyectos.

El tercer sector no tiene poder económico ni administrativo significativo, y por eso no se le suele tener en cuenta desde los otros dos sectores, pero sí tiene poder comunicativo, tanto en las redes informales locales como prestigio ante los medios de comunicación. No hace falta que se planteen grandes afiliaciones, simplemente que exista un grupo capaz de tocar un punto sensible que entiendan las otras redes asociativas y sobre todo las redes informales de la vida cotidiana. No es un problema de tener más recursos económicos o de ser muy representativos por el número de asociados, esas son lógicas prestadas o inducidas por los otros sectores, sino de mantener una comunicación ágil y fluida con la sociedad, o al menos con aquella red civil desde donde se surge. El arraigo comunicati-

vo puede ser que aparezca ante el gran público como fruto del azar como de una movilización puntual, pero lo importante es cómo se han venido construyendo en la práctica de todos los días las relaciones entre las diversas redes de lo cotidiano en la localidad. Detectamos redes de asociaciones, plataformas que pueden estar preocupadas por un tema puntual y concreto de una localidad, cuya actividad es una tarea a largo plazo, educativa, reivindicativa, defensiva frente a una amenaza, constructiva de un servicio, etc. Esos tejidos sociales aparentemente tan fragmentados, y sin horizontes integrales, sin embargo tienen una importancia trascendental para cualquier programación, pues contienen las potencialidades más interesantes para articular la mejor calidad de vida local a medio y largo plazo.

El proyecto puede ser muy interesante y muy trabajado por expertos, pero si la población no lo asume como propio, si no conecta con las redes de comunicación cotidiana, se quedará en un buen deseo administrativo o empresarial. La cultura ciudadana no se construye ni en las escuelas ni en campañas electorales, ni en las empresas ni en la televisión, sino que todas estas instituciones han de alimentarse de lo que ocurre en la calle, en las redes de comentario local y cotidiano. Son estas mediaciones comunicativas las que han de conocer los medios institucionalizados, y desde ahí es desde donde se pueden construir los “conjuntos de acción”, lo que le da operatividad real a los proyectos y programas. Las relaciones y mediaciones populares tienen sus propios códigos de confianzas y desconfianzas, sus tópicos, estereotipos, ideologías, etc., que arman la comunicación antes de que llegue cualquier proyecto. Es preciso conocer estas motivaciones y estas posiciones previas, sus códigos y sus contradicciones, para poder construir desde esos intereses y no tratar de forzar a contracorriente buenos planteamientos, que pueden caer en saco roto o incluso ser muy contraproducentes.

Hemos encontrado, en nuestros trabajos de redes sociales en ámbitos locales, cuatro escalones de códigos diferenciados. La conjugación de estos códigos es lo que puede hacer más eficaz la comunicación y las dinámicas entre unas instancias y otras, tanto en los movimientos sociales como en la comunicación mediática, como en el desarrollo local, etc., y por eso el análisis de redes debe estar en la base de la construcción de estrategias locales y supralocales. Podemos resumir estos códigos para poder ejemplificar una red, de tal manera que podamos mostrar los 4 grados de tipos de comunicación que son más habituales; y luego ver como se abre desde el centro hasta sus periferias, y cómo en cada apertura vamos encontrando algunos subconjuntos, sectores o “conjuntos de acción” que son los que reinterpretan y actúan sobre los acontecimientos. Para hacer una breve descripción, esquemáticamente podrían ser:

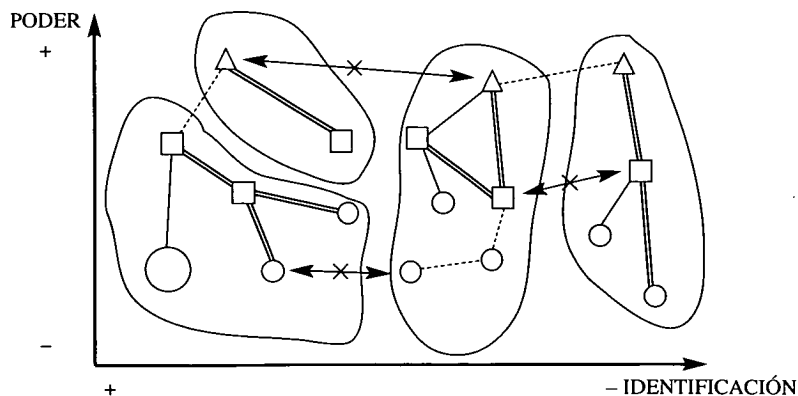
(RIP) - Representaciones de las Imágenes del Poder (comunicación icónica, por TV y periódicos, con ciertos distanciamientos de lo local y cotidiano; significación de "ellos", los que tienen influencia, la administración, etc.).

(GAFI) - Grupos Animadores Formales e Ideologizados (comunicación local, con símbolos y discursos formalizados, una ideología articulada: religiosa, o política, o de expertos, o de animación social, etc.; o sea, grupos minoritarios pero con actividades significativas).

(SIACE) - Sectores Informales Activos Comunicadores de Estereotipos (redes de amigos o de conocidos, de parientes o de vecinos, donde se comentan informalmente los sucesos cotidianos, pero siempre desde los tópicos que constituyen a cada sector: pandilla juvenil, señores que juegan al dominó, vecinas de la misma escalera, etc. Algunas personas ejercen de Comunicadores de mayor influencia según los temas).

(BASES) - Bases Informales Potenciales (para la mayoría de las personas la comunicación en las redes informales no tiene por qué ser calificada, por lo que se escuchan los tópicos sobre deportes, artistas, el clima, etc., pero al tiempo se están construyendo las confianzas y desconfianzas sobre los "otros", al conocer como son y opinan en lo común y cotidiano).

RADIOGRAFÍA DE REDES/CONJUNTOS DE ACCIÓN EN UNA COMUNIDAD (CONFIANZAS/CONFLICTOS)



Relaciones: Conflicto \longleftrightarrow
 Débiles
 Regulares ———
 Confianza = = =

Conjuntos de acción

Actores: RIP \triangle GAFI \square SIACE \circ BASES \circ

Se pueden construir esquemas gráficos que funcionan en base a redes comunicativas, y que para cada tema particular tienen una forma de agrupación diferente. Para un tema concreto podemos conocer cuál es el mapa o sociograma por donde circula y se construye la información, teniendo en cuenta que la clave está en los “conjuntos de acción”, o cuasi-grupos, o redes particulares que están en funcionamiento dentro de todo el sistema. Si partimos de estas mediaciones de las redes con sus densidades fuertes y débiles, desconexiones para unos temas y confianzas para otros, entonces podemos tratar de construir los proyectos precisamente a partir de esos “conjuntos de acción” procurando que reúnan lo más dinámico de las respectivas redes. No se trata sólo de qué es lo que se construye, sino ante todo desde dónde se construye, con qué sujetos podemos y debemos construir las propuestas de mejor-vivir. Aunque las causas estén claras no siempre hay las confianzas suficientes para afrontar los problemas, pues las educaciones patriarcales y los miedos construidos durante las experiencias cotidianas frenan los intentos de solucionar incluso las cosas más evidentes. Por eso son necesarios estos “conjuntos reflexivos” que actúan sobre las causas desde los potenciales efectos.

Algunos de estos “conjuntos de acción” reúnen algunos tipos de sinergias entre diversos códigos que permiten proponer y construir unos “programas de acción integral y sustentables”. Es decir, propuestas que dan confianza porque han sido creadas desde los mismos tópicos y mediaciones que hay en los sociogramas y en las dinámicas participativas locales. Las confianzas en los efectos que se pueden generar actúan como nuevas causas que desbloquean los procesos que impedían acometer de frente las causas más estructurales con las que la población no se atrevía. El problema muchas veces no es que no se conozcan cuáles son las causas últimas de los problemas, o incluso conocer cuáles son las soluciones que serían más adecuadas, sino que no hay confianza en las propias fuerzas, en los medios y las mediaciones, para abordar tareas que se sabe son complejas y cuya resolución es a medio o largo plazo. Incluso, si es que ya se puso en marcha el proceso y aún no se identificaron bien las causas o los objetivos, todo esto se pueden ir reconstruyendo y mejorando sobre la marcha, siempre que los “conjuntos de acción” sean los más creativos y dinámicos posibles.

Construir un proceso en que los conjuntos preexistentes puedan confluir para formar un conjunto de ciudadanía más amplio, una dinámica más sinérgica y autopropulsada, es la clave de una buena red del tercer sector, capaz de dar pasos para construir un tercer sistema de valores. Este tercer sector y estas redes son las claves de cualquier estrategia por-

que están en el medio de las importantes redes regionales o internacionales y las desconocidas redes de cotidianidad, que aunque las usamos constantemente no les damos valor apenas. En las redes periféricas, informales y sus conductas cotidianas están las bases sobre las que se construyen tanto la reproducción como la transformación de las sociedades concretas aunque no se tenga conciencia de ello.

4.- Redes informales y conductas transversales. He dejado para el final las redes que siempre existen, lo que debería ser lo más evidente, pero que sin embargo suelen presentarse como cosas muy complicadas, pues continuamente se nos está hablando del individualismo de nuestro tiempo y de la necesidad de encontrar identidades muy claras y distintas para poder actuar en la sociedad. Cuando nos ponemos a buscar trabajo, cuando pretendemos divertirnos, en general lo hacemos a través de redes de amistad, familiares o de vecindad, etc. Lo de la individualidad lo deberíamos matizar, pues aunque sea cierto que los intereses generales y abstractos no prevalecen, tampoco lo hacen las utilidades particularistas del individuo, ya que éste siempre construye sus preferencias a través de las redes de comunicación en que se mueve. La mayoría de las decisiones que tomamos están tomadas en función de las construcciones sociales dominantes en nuestro entorno vital (trabajo, familia, amistades, vecindad, propaganda, etc.), donde el utilitarismo tiene que ver tanto como las convenciones solidarias, o como “el qué dirán”. La lógica de los pequeños grupos y de las redes informales, de los estilos de vida y de las conductas cotidianas pasa a tener así un valor central para plantear adecuadamente las formas de un mejor-vivir.

Parece difícil también mantener la ilusión de encontrar una identidad clara y definitiva para cada persona, grupo o red, cuando se mezclan constantemente tantas influencias queridas y no queridas de las diferentes redes sociales en las que participamos. Las conductas a adoptar ante lo que se nos viene encima (desde las presiones del trabajo, la familia, el ocio, el habitat, etc.) pasan a tener una dimensión social importante, porque se trata de saber cómo pasar de unas redes a otras, de unos “conjuntos de acción” a otros, de tal forma que personas y grupos no nos tengamos que quedar necesariamente en la repetición de pautas acordadas tanto por nuestros antepasados como por las instituciones actuales. Tenemos que encontrar estrategias de vida e identidades que en su mezcla y sucesión nos permitan sortear las peores situaciones, y enfocarnos hacia las mejores posibilidades dentro de lo que cabe. Desde luego, desde el trabajo de años con experiencias en entrevistas personales y grupales, lo que se deduce es que coexisten en cada sujeto diversas redes de iden-

tificación, que incluso pueden ser contradictorias, y que muestran algunas identificaciones claramente paradójicas. Uno puede pensar inicialmente que se trata de procesos de alienación, pero al ser tan frecuentes y reiterativos, más bien deberíamos concluir que se trata de defensas que todos utilizamos en las conversaciones, y también de estrategias de sobrevivencia y hasta de alternativas, que en algunos casos despistan al entrevistador y consiguen sus objetivos.

El problema suele estar más en las técnicas para detectar esas redes, que en las redes mismas, en la manía de encasillar en identidades a las personas y los movimientos sociales, porque así es más cómodo para quien escribe un libro o explica una lección. Pero lo cierto es que muchas personas en las redes populares adoptan estrategias múltiples según el papel que les toca jugar en los distintos ámbitos y consiguen así vivir mejor. Los nuevos movimientos sociales también adoptan estrategias de identidades plurales y cambiantes, con lo que estos síntomas nos deberían colocar en una lógica que pueda dar cuenta de estas paradojas sociales. No se trata de entender cuál es la identidad de cada uno, sino de poder reflexionar sobre su práctica, para desde ella poder hacer más creativa y operativa la conducta a adoptar. Las identidades siempre son construidas, es decir, son identificaciones en proceso, por eso lo más interesante es saber cómo se conforman y cómo consiguen mezclar los diferentes elementos. Incluso cómo pretenden ser identidades puras (ancestrales o utópicas) para diversas estrategias, aunque nunca consigan serlo. El juego de las identidades se suele plantear mediante dilemas, blanco-negro, bien-mal, sí-no, etc. Pero este reduccionismo de las identidades no permite entender toda la complejidad de los procesos de construcción de las identificaciones múltiples y paradójicas que se juegan en las redes de la vida cotidiana. Una lógica compleja permite razonar desde los "tetralemas", desde conductas sucesivas y transversales, por ejemplo, ante las relaciones de poder de cualquier red.

Ante las instancias del sistema de relaciones instituido, uno puede adoptar una posición de aceptación o de oposición, desarrollar lo instituido si uno está convencido de ello, o bien intentar que otros sean quienes dirijan las instituciones, con mayor o menor grado de oposición a lo actual. Pero tanto unos como otros no se salen con eso del marco institucional, y aunque se opongan están aceptando las reglas del juego, aceptando una línea con unos grados de identidades que ya están previamente construidos. Pero hay también, por lo menos, otras dos posibilidades, tanto de no entrar en el juego dicotómico como de aceptar y no aceptar (al mismo tiempo) tal juego. Uno puede intentar crear su propio sistema

de relaciones con nuevas reglas de juego, y colocarse al margen de la situación anterior. Otra conducta también puede ser aceptar las reglas declaradas del juego pero jugar de tal modo que se muestre su inconsistencia, que no responden a la realidad. En un esquema de posiciones y conductas no sólo caben dos posiciones y las intermedias, sino que podemos pensar en una variedad sorprendente y en movimiento entre varios polos, con muchas contestaciones posibles ante las demandas que nos encontramos. Podemos responder, por ejemplo:

	Identidad hacia fuera (pragmática):	Identidad hacia dentro (ideológica):
Lo Instituido:	SI (Conversa) (Conquista) : : :	No (Perversa) (Oposición) : : :
Lo Instituyente:	SI, pero NO (Reversiva) (Desborde)	Ni SI, ni NO (Subversiva) (Aislamiento)

Estas conductas permiten muchas posiciones entre las respuestas señaladas, y lo habitual es que tanto las personas como los grupos adoptemos estrategias adecuadas que se combinan según las situaciones que nos toque vivir. No hay una identidad única, cada una tiene sus problemas, y además es necesario tanto lo instituido como lo instituyente en un proceso democrático; y también algo de identidades ideológicas y de conductas pragmáticas, si es que queremos ser operativos en la construcción de sentidos en la realidad. Lo interesante es que gracias a este cuadro de conductas además de la de mantener lo que hay o de reformar su gestión, también se puede pensar en salirse de lo que se dio como instituido, negando su legitimidad, o bien jugar con ello para sobrepasarlo en la práctica. En el primer caso el riesgo es quedarse aislado al construir una identidad tan distinta de la comúnmente aceptada; en el segundo el riesgo es aceptar una cierta identidad esquizofrénica, por entrar en el juego de lo que se declara formalmente, aunque al llevarlo a la práctica se desborde en nuevas prácticas instituyentes. Muchos movimientos de emancipación social son los que nos han mostrado la utilidad de esta posición rebelde en lo concreto y cotidiano, cuya identificación está construyén-

dose en el propio proceso. Las identidades no permanecen de una vez por todas ni en los sujetos ni en los movimientos, sino que van cambiando según las redes en que se van moviendo y según las circunstancias se lo van demandando, transversalmente.

Los procesos prácticos siempre abren nuevas posibilidades que dinamizan más allá de lo previsto las dinámicas de las redes sociales. Frente a los procesos de algunas teorías, que pretenden poner en casillas cada conducta, cabe también construir desde la "praxis": abrir nuevas reflexiones a partir de los nuevos síntomas que surgen de los propios procesos. Para que las redes de tipo local, regional o internacional funcionen, no se queden estancadas y sean conjuntos de acción a favor de la ciudadanía y el mejor-vivir, es necesario que surjan conductas instituyentes y con repercusiones pragmáticas en la reordenación de las redes existentes. Por eso el tipo de actividad grupal siempre tiene que estar "en proceso", constituyéndose con nuevas iniciativas. Como una célula, que si no se está retroalimentando de su ecosistema externo, si no está moviendo sus estructuras internas, si no se está reproduciendo, es que no está viva. Estas conductas son las que facilitan los cambios en lo transversal de unas redes a otras, de unos momentos más pragmáticos a otros más ideológicos, del proceso de lo instituyente a las conquistas en lo instituido, y vuelta a empezar, etc. Lo importante es que cada grupo o persona pueda reflexionar sobre su praxis y decidir por dónde quiere seguir en la construcción de su ciudadanía y su mejor-vivir.

Por ejemplo, en el tema de la democracia es más interesante una "iniciativa legislativa popular" (ILP) que un referendun sobre un tema importante del desarrollo local. Porque en el referendun la pregunta se suele hacer desde lo ya constituido, contestando solo sí o no, y con un debate un poco maniqueo y no muy amplio en el tiempo. En cambio, en la iniciativa legislativa la recogida de firmas suele partir de algún grupo o red con implantación local, y por lo mismo la construcción de la pregunta o demanda sale más de los síntomas candentes, el debate se hace más desde las redes populares, y finalmente se puede llegar a hacer un debate parlamentario, o un referendun, o algo semejante, con el reconocimiento de canales directos desde la ciudadanía, que va a potenciar nuevas experiencias de que lo sociopolítico no es algo exclusivo de los partidos. La experiencia vital, y práxica, sobre cómo moverse en las redes de comunicación y poder (grandes y pequeñas), es algo que esta propuesta de "cuatro redes" no puede dejar de lado, porque finalmente no es tanto lo que se consigue de cosas palpables en cada proceso, como lo que se aprende de conductas y praxis emergentes y gratificadoras. Dos dimen-

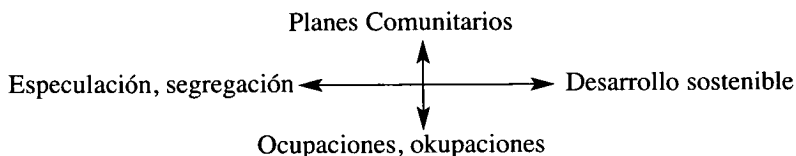
siones en toda programación se deben conjugar siempre: una parte inmediata, visible, de contenidos manifiestos, y otra más latente, pedagógica, a largo plazo, que es la que da sustentabilidad a los procesos.

4. DE LOS DILEMAS A LOS TETRALEMAS

El “habitar” tiene que ver con el “hábitat”, pero no se reduce a sus aspectos espaciales o tecnológicos o económicos. Es una distinción importante para que podamos considerar los “para qué” unidos a los “para quiénes”, los contenidos espaciales que se pretenden en relación con los sujetos que ha de vivir y sus redes de uso y convivencia. Estas cuestiones a veces se pasan con conceptos genéricos, como habitabilidad, calidad de vida, democracia, ... donde aparentemente todos coincidimos, pero que cada cual entiende cosas muy distintas cuando los concretamos a lo largo de los procesos. Si no se aclaran los problemas y las paradojas que pueda haber escondidos en ellos, el campo donde nos hemos de mover, y al menos que es lo que no queremos, acabarán por surgir las disputas cuando menos se lo piense. Al principio no es necesario cerrar tanto que es lo que queremos muy en concreto, pues cada cual acabaría por excluir incluso a los más cercanos. Es preferible empezar por excluir lo que no queremos, pues esto nos permite delimitar un campo con varias posibilidades para una posible construcción colectiva. Así podemos mantener algunos objetivos generales, sobre todo si establecemos distinciones lo más claras posibles con lo que serían sus contrarios.

Por ejemplo, en el campo del habitar, podemos establecer una primera distinción entre el urbanismo de especulación y segregación que se ha venido dando y el objetivo de desarrollo sostenible o sustentable. Es un primer paso para empezar a rechazar lo que no queremos, aunque en esta dicotomía no quede concreto ni siquiera si es sostenible (tecnológicamente, desde arriba) o sustentable (metiendo sustento, desde abajo). Parece que necesitaremos construir participadamente indicadores que nos concreten en cada caso cuánto de cada cosa se precisa para cada momento del proceso. Por ejemplo, otro eje más emergente desde las practicas habituales estaría entre los Planes Comunitarios de un lado, y las Ocupaciones (de familias necesitadas) y Okupaciones (de grupos alternativos) del otro. Como vemos dentro de cada práctica y concepto aparecen a su vez nuevas distinciones que van precisando que es lo que vamos queriendo hacer, cuánto de tal o cual aspecto y cuánto de aquel otro. Son campos donde hemos de ir tomando decisiones en el proceso, y que no

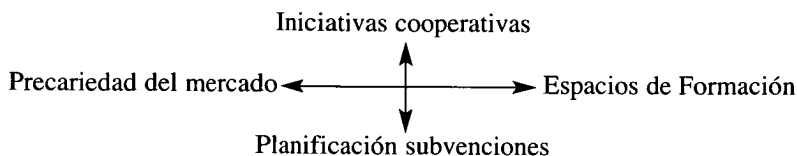
dependen de lo idónea que sea en abstracto una idea, sino de lo que están dispuestos a realizar las personas y grupos implicados. Hay muchas formas de oponerse a la especulación y la segregación de un territorio, pero cuál sea la combinación adecuada a cada caso es algo que sólo es viable y deseable que se construya con las propias redes sociales en proceso.



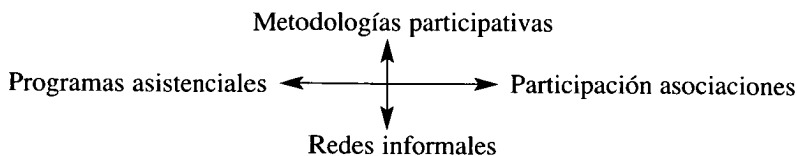
Podemos seguir profundizando en estos juegos de distinciones, construyendo estos tetralemas que superan los dilemas iniciales. Siempre hay un primer eje dominante que nos permite delimitar en contra de qué estamos, y que nos pone de acuerdo a los participantes en estas primeras tomas de decisiones en un campo que debemos ir profundizando bastante más. Siempre podemos ir construyendo nuevos ejes emergentes, cuando vayan siendo planteados por los implicados, para que las decisiones puedan ser participativas y así mejor asumidas por el conjunto. En el caso de los Planes Comunitarios sin duda hay muchas formas de realizarlos, y lo mismo es el caso de las “ocupaciones” de tierras o de edificios. Lo más importante nos parece que es saber que estamos moviéndonos en campos de decisiones no cerradas, sino al ritmo de la construcción colectiva, dependiendo de las fuerzas sociales en presencia y sus intereses. Los tetralemas entonces nos sirven para no cerrar de antemano los procesos, y para devolver a los grupos y sectores una democracia y un procedimiento antespeculativo.

Pero también debemos tener en cuenta los aspectos económicos para los procesos de reurbanización por ejemplo. La precariedad estructural de muchos de los habitantes de estos barrios segregados es un elemento clave para establecer estrategias viables que no se queden en el mero diseño arquitectónico de viales y edificios. Hemos visto demasiados edificios con premios a su diseño, que se han convertido por sus usos en todo lo contrario de lo que se pretendía, ante la imposibilidad de las familias de atenerse a la capacidad de mantenimiento que se requería. Por ejemplo, lo que se diseñó para garaje también se puede usar como almacén o como taller o como tienda. Establecer distinciones sobre las iniciativas de trabajo que los sujetos de cada caso pueden asumir es prioritario para no hacer todos los diseños con tipologías iguales y poco concretas a los usos que se van a dar.

Frente a la precariedad estructural del mercado en que se sitúan muchos sectores cabe plantearse una Regulación de espacios para la Formación y el Trabajo en las reurbanizaciones. Pero dentro de este objetivo también cabe otro eje emergente, entre sistemas de iniciativas Cooperativas, o las Subvenciones planificadas aunque sean improductivas desde el punto de vista del mercado. Más tetralemas se nos abren en este campo.

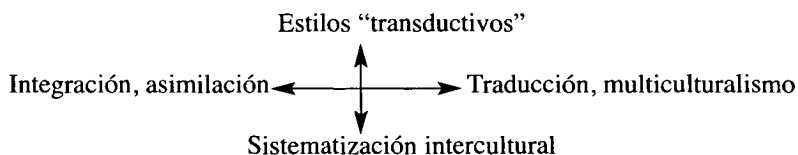


La organización de estos procesos es otro campo, por ejemplo, que no debemos olvidar para poder aprovechar toda la potencialidad de las iniciativas en juego. Por un lado tenemos a las administraciones públicas y sus profesionales que hacen Programas más o menos asistenciales en función de necesidades que creen observar en el mejor de los casos, y en función de las campañas de prensa y polémicas entre los partidos más frecuentemente. En el otro polo de este dilema aparecen las Asociaciones de diverso tipo que reclaman formas participativas, dado su mayor conocimiento de las necesidades de los sectores que se ven involucrados en cada proceso. Pero tampoco aquí las cosas son tan sencillas como esta polémica sobre participación más o menos, pues dentro de lo participativo también se dan redes informales que a veces son clientelares de tal o cual dirigente o grupo social o político. El eje emergente en estos procesos nos confronta a las redes corporativas con sus intereses particulares con las metodologías participativas de los “conjuntos de acción”, por ejemplo. Pues hay metodologías para que los vicios profesionales, o de las asociaciones o de las redes informales puedan limitarse, y en cambio fomentarse los ambientes creativos y solidarios desde las iniciativas participativas.



Las cuestiones culturales y simbólicas siempre están presente al considerar el habitar. Y hay diversas formas que no siempre han de pasar por

la integración a asimilación a la cultura dominante. Sin duda que las primeras dicotomías se plantean entre el afán de los que viven en un lugar y que suelen pretender que los demás se acoplen a sus costumbres, y de otro lado el respeto a las multiculturales formas de vida de cada cual, y que a lo más que podemos llegar es a “traducir”, hacer inteligibles, unas y otras culturas. En la práctica la cosa suele ser más compleja, y se dan diferentes grados de interculturalidad, porque se van produciendo diversas formas de “sistematización” entre lo que aportan unas y otras culturas. Pero en el eje emergente se nos vuelven a plantear los problemas de saber cuál sea la buena sistematización o las traducciones acertadas. Como mucho podremos rechazar el inmovilismo de la integración a una cultura que no acepta cambiar ni crecer, el regreso a una identidad pura, que por inexistente sólo puede encubrir una imposición a quienes no la compartan enteramente. Pero también se pueden plantear estilos creativos en el eje emergente que no supongan una sola sistematización, sino la apertura de saltos “transductivos” a variadas propuestas desde las culturas diversas.



La presentación de estos tetralemas pretende, en primer lugar, desbloquear los dilemas en que muy a menudo nos encierran en callejones sin salida los planteamientos tanto de los promotores de los procesos como los propios usuarios, cuando no se “levanta el foco” de lo más inmediato, y no se ve más allá de donde nos duele a cada uno. Estas distinciones no son sólo conceptuales, sino que apuntan a un proceso de profundización en practicas diversas y posibles. Sirven para hacernos algunas preguntas, muchas veces con las mismas frases recogidas de sectores de la población que no suelen ser oídos (jóvenes, minorías, etc.) y que abren los procesos más allá de debates interminables entre dirigentes muy polarizados. Es en esta complejidad de contradicciones y paradojas donde surge la creatividad, cuando se consigue generar un ambiente adecuado a la confianza de que entre todos los presentes podemos construir caminos que nos resulten viables y que respondan a buena parte de nuestras necesidades. Construir los “para qué” no es algo tan evidente que podamos hacer al principio de un proceso en toda su concreción. Se trata más de

un proceso de cierta duración donde se van encadenando dilemas y tetralemas, donde lo más importante es rescatar toda la creatividad de los sectores potencialmente implicados. Y no tanto por ser muchos los que acuden a asambleas masivas, sino por poder aportar cada cual en conversaciones, en talleres o reuniones, donde la gente pueda aprovechar una construcción colectiva desde los diferentes intereses en juego.

5. METODOLOGÍAS PARTICIPATIVAS: PASOS DE UN PROCESO

1.-Lo primero, como hemos visto, es participar en lo que nos une de dolor o de síntomas, lo que queremos superar. Tiene que haber una predisposición inicial que una a unas personas o grupos ante algo que no les convence, y por lo mismo se abren caminos de convergencia entre los más decididos. La participación debe generarse desde el principio, aunque sea con poca gente, con un buen ambiente construir confianzas y luego ya se podrá ir ampliando. Es preferible ir cargando las “baterías” en el proceso, que no empezar con mucha gente, con mucha “batería”, e irse descargando por mal ambiente. Es probable que al empezar lo que aparezcan son dicotomías y dilemas, frente a esto está aquello otro, y con estas confrontaciones simples echemos a caminar. Lo primero es saber cuál parece ser el problema que nos reúne, y para quién es un problema. No es preocupante si a medida que avanzamos nos vamos dando cuenta que las cosas son más complejas, que hacen falta metodologías que no se queden en la superficie de los temas sino que profundicen y aprovechen la creatividad de la mayoría de las iniciativas posibles. Los análisis más complejos y construcción de los tetralemas puede venir más adelante. Para empezar con que nos pongamos en lo que no queremos, y que haya un buen ambiente de colaboración puede ser suficiente.

2.- Lo segundo es hacer un “plan de trabajo” con un “grupo motor”, es decir, con un grupo mixto de las personas voluntarias y de profesionales que se van a poner a trabajar. Al principio aparecen distintos intereses que hay que saber manejar desde posiciones poco prepotentes, más bien autocríticas, que se pueda saber qué es lo bueno que aporta cada cual pero también los límites que tiene cada aportación. Por ejemplo, no se puede esperar de las administraciones que sepan de todo o que pretendan dirigir porque lo tengan escrito en un programa. Pero sí se les puede pedir que aporten medios físicos y económicos, pues es el fruto de los impuestos de la ciudadanía para hacer políticas públicas. No se puede esperar que los dirigentes sociales sean los más representativos, pero sí que haya grupos

o personas muy activas que se avengan a colaborar. La ciudadanía no tiene por qué tener la verdad sobre lo que está pasando y por qué es así o de otro modo, pero aporta donde está el punto de arranque, la vivencia sin la cual no entendemos el fondo del problema. No se puede pretender que los técnicos tengan la solución al momento, pero sí que ayuden con metodologías en un proceso que vaya ganando en rigor y creatividad. Para que nos hagamos las preguntas que más convienen al proceso es para lo que se necesitan profesionales y no para tener que aceptar que sepan de todo.

3.- En tercer lugar cabe estructurar y organizar las demandas, a partir de las preguntas por las necesidades tanto las más sentidas como las más estructurales. Ni las demandas se pueden resumir igual para toda una comunidad, ni son tampoco tan individuales que no constituyan conjuntos de intereses de cierta similitud. Es decir, se puede ir a encontrar alguna "muestra" que responda a las distintas tipologías sociales de los grupos y sectores con presencia local, y que esto se pueda construir participadamente con el grupo motor inicial o en algún taller para hacer un "mapeo" de la localidad. No sólo nos van a interesar qué grupos o sectores tienen intereses económicos diferentes, sino también qué posiciones culturales mantienen acerca del problema de referencia. Con estas dos variables podríamos tener un cuadro de doble entrada, pero además también nos interesa el tipo de relaciones de cotidianidad, confianzas y desconfianzas, que históricamente se han ido construyendo. Así tendremos un análisis de redes además de un cuadrante de condicionantes más estructurales. Agrupar y autoorganizar las demandas según los conjuntos de acción presentes es lo que nos permitirá avanzar al siguiente paso.

4.- Pasar, en cuarto lugar, a devolver estas informaciones, sus protestas y sus propuestas, al conjunto más amplio que se pueda de personas involucradas. Se trataría de técnicas para detectar de forma participada los "nudos críticos", los bloqueos, sobre los que prioritariamente debemos centrar nuestra atención. Ya que no vamos a poder resolver todos los problemas, empecemos por aquellos en que hay más consenso sobre su capacidad de bloquear o de potenciar el proceso. Aquí cabe coordinar esfuerzos para entrar en los tetralemas, más allá de quién formuló tal o cual posición. Priorizamos algunos caminos que puedan resultar más colectivos y más creativos, coordinando intereses y voluntades, más allá de una votación de mayorías y minorías, sino tratando de sumar consensos, con los conjuntos de acción más amplios posibles y más dinámicos. Coordinar redes sociales para un modelo de ciudad que supere los estrechos intereses particulares de tal o cual visión corporativa. Aquí los criterios del habitar entre los participantes deberían llegar a la mayor refle-

xividad posible, profundizando en sus propias razones, y construyendo posiciones comunes más allá de los intereses particulares de cada colectivo en particular. No se puede esperar que todo el mundo esté de acuerdo, pero sí que las principales posiciones se puedan articular en propuestas que desbloqueen los problemas planteados, para que el proceso dé un salto y tenga capacidad de ilusión en las personas que están participando y las potencialmente beneficiadas.

5.-En quinto lugar hay que hacer aterrizar en programas y proyectos más concretos todo lo que se está planteando. También esto se puede hacer de manera participada, ajustando a necesidades más específicas cada proceso. Así, por ejemplo, concretando un esquema organizativo para la toma de decisiones que sea democrático participativo en su funcionamiento interno; es decir, cómo aprovechar con una Comisión de Seguimiento común las Mesas de trabajo específicas, y las tareas de coordinación entre sí, y también con los sectores de la gente en sus redes informales y cotidianas. Concretando una Idea-fuerza con capacidad de atraer a buena parte de los afectados por el problema, que les anime en la puesta en marcha de sus vidas implicándoles en el proceso emprendido; es decir, poner en marcha “analizadores construidos” o eventos capaces de movilizar las voluntades a favor del proceso. También es necesario ir concretando los recursos económicos (dónde poder obtenerlos); y concretar los medios (lugares disponibles y los medios de información); los tiempos que cada cual puede dedicar (de los profesionales y de los voluntarios), para que todo ello tenga una credibilidad y viabilidad, más allá de los voluntarismos bienintencionados. Esto es hacer un “programa de acción integral y sustentable”.

6.- El sexto y último punto a no olvidar es la participación en la ejecución y monitoreo del proceso. Se trata de hacer el seguimiento con comisiones de control y apoyo a las rectificaciones que sin duda se tendrán que producir. Ningún plan o proyecto, por bien hecho que esté, ajusta a la realidad sin más, sino que siempre hay que estar haciendo ajustes según las circunstancias que se van presentando. Así pues, los cronogramas que hacemos no son para ser cumplidos tal cual, sino para saber, y justificar en cada caso, por qué nos desviamos en tal o cual momento. Disponer de un cronograma del conjunto de los proyectos sectoriales nos permite poder compararlos entre sí en su grado de realización y de sinergias, pero también para compararlos con la marcha de un cronograma de tareas comunes. En el cronograma de las tareas comunes hemos de ir siguiéndole el ritmo a la difusión hacia la población, y a la consulta a la misma en determinados momentos, a la autoformación de los grupos y

mesas de trabajo, y a la toma de decisiones, en sus momentos concretos. De esta forma se puede hacer una evaluación continua de cara al monitoreo, es decir, de cara a poder ir rectificando de forma participativa ante los imprevistos que se irán sin duda produciendo. El habitar es un proceso que ha de estar siempre ajustándose a las nuevas realidades que la misma vida va produciendo.

Habitar es algo más que alojarse. Si partimos de situaciones conflictivas que se están dando en algunos barrios de nuestras periferias y que acabarán por perturbar las ciudades enteras, es para que se vea con hechos contundentes qué es lo que se está escondiendo en las formas de urbanización que nos estamos procurando en este cambio de siglo. Ni en las grandes urbanizaciones superprotegidas se podrá estar a gusto, nunca sabiendo si se está encerrado en jaula de oro, o si al salir alguien estará esperando para vengarse (con razón o sin ella). Las distinciones que proponemos es un ejercicio de salud mental para ver que no tenemos que quedarnos en los primeros dilemas que se nos plantean. Que es posible ir construyendo otros ejes emergentes, entrar en procesos de complejización de las problemáticas hasta dar con salidas y propuestas que se ajusten más a los amplios conjuntos de acción que están demandando las soluciones más creativas y operativas para sus necesidades. Y que todo esto se puede hacer con muchas técnicas y metodologías participativas que hay disponibles y que están demostrando dar buenos frutos. No nos detenemos en ejemplos concretos o casuísticas particulares porque para eso ya hay colecciones de libros que las cuentan (algunos están en la bibliografía), sino que hemos querido destacar algunos pasos importantes de un proceso, algo así como las preguntas que no se nos debe olvidar contestar para saber si estamos haciendo un proceso participativo y creativo.

IV. BIBLIOGRAFÍA

- Adell, R. y Martínez, M. (2004) "¿Dónde están las llaves?" La Catarata. Madrid.
- Aguilera, A. (1994) De la economía ambiental a la economía ecológica. Icaria-Fuhem. Barcelona.
- Alberquerque, Boisier, etc. (1996) Globalización y gestión del desarrollo regional. Jornadas de Economía Crítica. Madrid.
- Arocena, J. Y otros (1989) Descentralización y Desarrollo local. Cuadernos CLAHE. Montevideo.
- Azcueta y otros (1993) Modelos organizativos de los movimientos sociales. Red CIMS. Madrid.
- Burga, Delpech (1988) Villa El Salvador. CIED. Lima.

- Coraggio, J. L. (2004) *La gente o el capital. Desarrollo local y economía del trabajo.* Espacio. Buenos Aires.
- Davis, M. (2001) "Control urbano: la ecología del miedo" Virus. Bilbo.
- Debord, G. (1976) "La sociedad del espectáculo" Castellote. Madrid.
- Eco, U. et al. (1974) "La nueva edad media" Alianza. Madrid
- Fernández Durán, R. (1993) "la explosión del desorden". Fundamentos. Madrid.
- Freire, P. (1970) *Pedagogía del oprimido.* Siglo XXI. Madrid.
- Friedman, Weaver (1981) *Territorio y función.* IEAL. Madrid.
- Galtung, J. (1984) "Hay alternativas". Tecnos. Madrid.
- Holloway, J. (2002) "Cambiar el mundo sin tomar el poder". El Viejo Topo. Barcelona.
- Ibañez, J. (1994) *Por una sociología de la vida cotidiana.* Siglo XXI. Madrid.
- Jara, O. (1998) "Para sistematizar experiencias". Alforja. Costa Rica.
- Jerez, A. Y otros (1997) *¿Trabajo voluntario o participación? Elementos para una sociología del Tercer Sector.* Tecnos. Madrid.
- Lefebvre, H. (1969) *El derecho a la ciudad.* Península. Barcelona.
- Lipietz, A. Choisir L'Audace. La Decouverte. Paris.
- Max Neef y otros (1993) *Desarrollo a escala humana.* Nordan. Montevideo
- Naredo, J.M. (1996) "Ciudades para un futuro sostenible" Habitat II. Ministerio de Obras Públicas. Madrid.
- Palazuelos, Albuquerque, etc. (1988) *Dinámica capitalista y crisis mundial.* Akal. Madrid
- Santos, B.S. (2003) "La caída del angelus novus". ILSA. Bogotá.
- Sassen, S (2003) "Contra geografías de la globalización". Traficantes de sueños. Madrid
- Situacionistas (1997) "La creación abierta y sus enemigos. La Piqueta. Madrid.
- Vázquez Barquero (1993) *Política económica local.* Pirámide. Madrid.
- Villasante et al. (1989) "Retrato de chabolista con piso". IVIMA-ALFOZ. Madrid.
- Villasante, T.R. (1995) "El habitar (ciudadano) frente al habitat (segregado)". En Cortes, L. "Pensar la vivienda". Talasa. Madrid.
- Villasante, T.R. (1998) *Cuatro redes para mejor-vivir.* Lumen humanitas. Buenos Aires.
- Villasante, Montañés, Marti (2000) "La investigación social participativa". El Viejo Topo. Barcelona
- Villasante, Montañés, Martin (2001) "Procesos locales de creatividad social". El Viejo Topo. Barcelona.
- Villasante, Garrido (2003) *Metodologías y presupuestos participativos.* IEPALA-CIMAS. Madrid.
- Villasante, T. R. (2006) *Desbordes creativos.* La Catarata. Madrid.

CAPITAL SOCIAL Y DESARROLLO ECONÓMICO

*Francisco Herreros Vázquez
Unidad de Políticas Comparadas.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)*

1. INTRODUCCIÓN

A lo largo de las últimas décadas, los análisis acerca de los factores determinantes del crecimiento económico han empezado a ampliar su número de variables. A las dos formas tradicionales de capital, el capital físico y el capital humano, ha venido a unirse una tercera variedad aparentemente algo más intangible: el capital social. Referido normalmente al conjunto de recursos, en términos tanto de información como de relaciones de reciprocidad y de confianza, derivados de la pertenencia a distintos tipos de redes sociales, el capital social y sus efectos sobre el desarrollo económico ha sido objeto de una creciente atención por parte de investigadores y políticos. Hay estudios que sostienen que el capital social tiene efectos beneficiosos para el desarrollo del capital humano, para la reducción de los costes de transacción asociados al intercambio económico, para favorecer el crecimiento de las tasas de inversión, o para promover el incremento del Producto Interior Bruto. Todo un programa del Banco Mundial centrado en el capital social analiza cómo el desarrollo del capital social en las comunidades rurales de países en desarrollo, tales como Bolivia, Burkina Faso o Indonesia, puede ayudar a reducir los niveles de pobreza.

En parte, los estudios acerca de la influencia de variables sociales en el desarrollo económico fueron anticipados por los análisis del papel de la confianza en la reducción de costes de transacción, por parte de la nueva economía institucional, al menos desde *The Limits of Organization*, de Arrow (1974), y los esfuerzos dentro de la llamada “sociología económica” por incorporar conceptos sociológicos (como por ejemplo un modelo distinto de actor) al análisis económico (Smelser y Swedberg 1994). Pero ha sido el surgimiento de los estudios sobre el capital social, a partir fundamentalmente del trabajo ya clásico de Robert Putnam (1993) *Making Democracy Work*, lo que ha situado a este tipo de variables, digamos “sociales”, dentro del arsenal de variables explicativas del desarrollo económico.

En este trabajo analizaré cuál es el papel del capital social en el desarrollo económico. En primer lugar, me ocuparé de la definición de capital

social, teniendo en cuenta que uno de los problemas más recurrentes dentro de la literatura de capital social ha sido la falta de precisión en la definición del concepto. A continuación revisaré la evidencia existente acerca del papel del capital social en el desarrollo económico. Por último, me referiré a los mecanismos explicativos que vinculan el capital social con variables como el crecimiento económico o la reducción de la pobreza.

2. ¿QUÉ ES EL CAPITAL SOCIAL?

Los estudios en torno al capital social han presentado una amplia variedad de definiciones de este concepto. Coleman (1990: 103) ofrecía una definición funcional del capital social como “algunos aspectos de la estructura social que facilitan ciertas acciones de individuos situados en el seno de esa estructura”. Bourdieu (1985: 248), por su parte, consideraba que el capital social es “el agregado de recursos reales o potenciales que están asociados a la posesión de una red duradera de relaciones de reconocimiento mutuo más o menos institucionalizadas”. Existen otras definiciones de capital social centradas más bien en aspectos tales como valores y actitudes de los ciudadanos que determinan cómo se relacionan unos con otros. Por ejemplo, el capital social ha sido definido como una forma de “fraternidad”, o de actitudes orientadas al bien de la comunidad (Funk, 1998; Booth y Richards 1998; Shah 1998: 470; Newton, 1997, 1999), o prácticas sociales, costumbres e instituciones que fortalecen la sociedad civil (Grew 1999: 407). En líneas generales, estas definiciones, digamos “culturalistas”, del capital social han tenido una importancia crecientemente marginal dentro de esta línea de investigación.

Lo cierto es que, a pesar de que las definiciones acerca del capital social son ciertamente muy variadas, a partir de los numerosos estudios empíricos realizados en las últimas dos décadas en torno a este concepto se puede deducir que, al menos, hay dos elementos que deberían estar presentes en toda definición de capital social: la pertenencia a algún tipo de relación social, y la presencia de relaciones de confianza. Podríamos considerar al capital social, siguiendo a Bo Rothstein (2005: 66), como la suma de los contactos sociales del individuo multiplicados por la calidad de las relaciones de confianza dentro de esas relaciones sociales. El capital social, por lo tanto, tendría desde el punto de vista del individuo un aspecto cuantitativo (el número de relaciones sociales) y un aspecto cualitativo (la intensidad de las relaciones de confianza). La pertenencia a las redes sociales, dependiendo de su cantidad y su calidad, proporcionaría

al individuo recursos que pueden ser empleados para realizar acciones no alcanzables en ausencia de ese capital social. Esos recursos pueden ser, por ejemplo, información y obligaciones de reciprocidad derivados de relaciones de confianza (Herreros 2004), y la capacidad de movilizarlos y el grado en el cual pueden ser movilizados dependería de la fortaleza de los vínculos dentro de las redes sociales (Lin 2001). Es decir, cuando un individuo tiene una relación fuerte de confianza con otro dentro de una red social, el primero podrá tener acceso a recursos proporcionados por el segundo (por ejemplo, información sobre una oferta de trabajo, o poder solicitarle un préstamo): cuanto más fuerte es la relación entre los miembros de una red social, más probable es que se compartan e intercambien recursos.

Un elemento clave de toda definición de capital social es, por tanto, la confianza. Este, a su vez, es un concepto que ha sido objeto de distintas definiciones. Algunas de las más influyentes son las realizadas desde el punto de vista de la teoría de la elección racional. Un primer ejemplo de esta perspectiva lo encontramos en la definición de confianza de Coleman (1990), pero probablemente la más extendida definición de confianza como expectativa racional es la de Hardin (2002), que considera la confianza como un “interés encapsulado”: la expectativa de que el depositario de la confianza encapsula en su propio interés los intereses del que ha depositado confianza en él. Desde una perspectiva algo más alejada de los supuestos de la elección racional, la confianza ha sido definida por Sztompka (1999: 21) como “una apuesta sobre las futuras acciones contingentes de los otros”. Podríamos entender, en general, que la confianza es una creencia acerca de las preferencias y las acciones de los otros. Para ser racional, esa creencia debería basarse en la información disponible acerca de lo dignos de confianza que son los demás. Dado que en muchas ocasiones esa información es muy limitada, la confianza normalmente será una creencia sujeta a una fuerte incertidumbre.

En suma, el capital social comprendería, al menos, tres elementos: redes sociales, confianza y recursos, y podría definirse como los recursos derivados de la pertenencia a redes sociales, recursos cuya importancia e accesibilidad dependen de la calidad de los vínculos de confianza dentro de las redes sociales.

Al tratarse de una forma de capital, al igual que el capital físico y el capital humano, el capital social puede ser objeto de inversión. El individuo puede invertir en relaciones sociales para aumentar sus reservas de capital social, y a un nivel más elevado, comunidades locales y Estados podrían igualmente invertir recursos en la creación de capital social.

¿Cuáles serían los efectos derivados de esa inversión para el desarrollo económico? En el siguiente apartado analizaremos cuáles han sido algunos de los resultados más relevantes de las investigaciones empíricas realizadas acerca de los efectos del capital social sobre ciertas variables económicas.

3. LA EVIDENCIA: ESTUDIOS EMPÍRICOS SOBRE CAPITAL SOCIAL Y DESARROLLO ECONÓMICO.

Los análisis empíricos de los efectos del capital social sobre el desarrollo económico son a estas alturas relativamente numerosos. Podemos encontrar entre ellos evidencia empírica de los efectos beneficiosos del capital social sobre el crecimiento económico, el aumento de las tasas de inversión, la reducción de la pobreza, de las desigualdades, el desarrollo rural en países pobres, la creación de capital humano y efectos indirectos sobre variables económicas a través de una mejora de la eficacia de las instituciones públicas en regiones y países ricos en capital social. Los indicadores de capital social empleados en los distintos estudios han estado generalmente relacionados con la pertenencia a asociaciones y la confianza. En *Making Democracy Work*, Putnam (1993: 92-95) empleaba un indicador compuesto de capital social que incluía pertenencia a asociaciones, lectura de periódicos, voto en referenda e incidencia del voto a candidatos individuales en elecciones generales. Salvo el indicador de pertenencia a asociaciones, el resto ha sido obviado en posteriores estudios empíricos de capital social, o bien porque eran indicadores demasiado referidos al caso estudiado por Putnam (Italia), o bien porque de hecho estaban demasiado alejados de lo que se pretende medir con el concepto de capital social. Junto con la pertenencia a asociaciones, los estudios empíricos realizados en la última década, incluidos los de Putnam (2000) sobre los Estados Unidos, han considerado que la confianza generalizada (confianza en extraños) debe incluirse en toda medición del capital social. Normalmente, la confianza generalizada se mide de acuerdo con la pregunta de encuesta: “En general, ¿piensa usted que se puede confiar en la mayoría de la gente?”, aunque en ocasiones se emplean preguntas generales ligeramente diferentes o preguntas específicas referidas a confianza en grupos sociales concretos.

La mayor parte de los análisis empíricos sobre los efectos del capital social sobre la economía son estudios de un solo caso, o bien en un momento determinado, o bien, como en el caso del estudio de Putnam

(2000) sobre el declive del capital social en Estados Unidos, a lo largo de un período de varias décadas. Los estudios comparados son más raros. Un ejemplo notable de estos últimos es el análisis de 29 países de Knack y Keefer (1997). En este trabajo se analiza la influencia del capital social, medido mediante indicadores de confianza generalizada, cumplimiento de normas cívicas y pertenencia a asociaciones, sobre la renta per cápita y las tasas de inversión. Las conclusiones son en gran medida favorables a la relación entre capital social y desarrollo económico. Las variables de confianza generalizada y cumplimiento de normas cívicas mostraban una fuerte relación con crecimiento económico, con renta per cápita, y, en menor medida, con inversión. Además, la interacción entre confianza generalizada y renta per cápita mostraba que la confianza tiene un efecto mayor sobre el bienestar en países pobres. La pertenencia a asociaciones, sin embargo, no mostraba en este análisis ningún efecto, ni positivo ni negativo, sobre el crecimiento económico. Otro ejemplo de análisis comparado es el de Inglehart (1999), sobre datos de más de 60 países, donde se muestra una fuerte relación de la confianza interpersonal con el desarrollo económico.

Los análisis comparados permiten controlar por muchas más variables que los análisis de un solo país, y por ello resultan especialmente interesantes a la hora de aislar los efectos del capital social sobre el desarrollo económico. Especialmente interesante resultaría evaluar cómo el capital social interactúa con diversos contextos institucionales a la hora de generar (o no) desarrollo económico, pero esto en general ha estado ausente de los análisis empíricos sobre el capital social. Un problema de los análisis comparados en un solo momento en el tiempo es la evaluación de la dirección de la causalidad. Es posible que sea en realidad el desarrollo económico lo que influya en los niveles de capital social, y no al revés. En este sentido, por ejemplo, algunos estudios a nivel individual acreditan que el capital social está de hecho concentrado en los grupos sociales de mayores ingresos y mayor nivel educativo (Wuthnow, 2002). Otros estudios detallados sobre el caso norteamericano corroboran esta conclusión en lo que se refiere a la participación en asociaciones (Verba, Schlozman y Brady, 1995). Similares resultados se encuentran en estudios sobre el capital social en Gran Bretaña (Hall 2002: 38) y Francia (Worms 2002: 154). A nivel comparado entre países, también parece que hay una relación entre crecimiento económico (y niveles de igualdad) y confianza interpersonal (Uslaner, 2002), y entre grado de libertad económica y confianza interpersonal (Berggren y Jordhal 2004). Quizá estudios detallados de casos en los que se expanda el período de tiempo considerado,

por una parte, y en donde se puedan especificar más detalladamente los mecanismos de la relación entre indicadores de capital social y de desarrollo económico, por otra, puedan ayudar a determinar mejor cuál es la dirección de la causalidad, o incluso plantear nuevas hipótesis acerca de esta relación (Rueschemeyer 2003).

El estudio de caso sobre capital social más conocido es, por supuesto, *Making Democracy Work*, de Putnam. Como es sabido, en este trabajo, Putnam analiza el desempeño institucional de los gobiernos regionales en Italia desde la década de 1970. Putnam sugiere que es de hecho el capital social el que promueve el desarrollo económico, y no al revés. A comienzos del siglo XX, las diferencias en capital social entre las regiones italianas no se traducían en diferencias en desarrollo económico. Las regiones del centro y del norte de Italia, más ricas en capital social, no disfrutaban entonces de niveles de bienestar significativamente mayores que las del sur de Italia. Pero en el momento en que empezó a desarrollarse una economía industrial, el factor clave que llevó a la diferenciación en desarrollo económico entre el norte y el sur de Italia fueron las diferencias iniciales en capital social. Esta idea ha sido sostenida por Putnam igualmente en su estudio sobre el declive del capital social en Estados Unidos. Por ejemplo, señala cómo uno de los factores clave del éxito del *Silicon Valley* en California ha sido la presencia de redes horizontales de cooperación formal e informal entre los líderes de empresas establecidas en el área. La presencia de este capital social entre los líderes empresariales ayudó a que se estableciera un enfoque cooperativo en lugar de puramente competitivo (Putnam, 2000: 324). También se muestra en este estudio que el capital social está fuertemente relacionado con la creación de capital humano: dentro de Estados Unidos, los Estados con mayores reservas de capital social presentan mejores resultados educativos (Putnam, 2000: 299). Esto vendría a confirmar los resultados obtenidos por otros análisis de los efectos del capital social sobre la creación de capital humano. Por ejemplo, Coleman (1988) sostenía que la presencia de capital social en la familia juega un papel importante en la creación de capital social en la siguiente generación. Mediante un estudio de los logros educativos de diferentes comunidades en Estados Unidos, mostraba cómo las relaciones entre padres e hijos podían ayudar a la educación de estos últimos. Un resultado similar es alcanzado en el estudio de Teachman, Paasch y Carver (1997).

Otro grupo de estudios empíricos sobre el capital social y el desarrollo económico son los referidos a cómo la forma y la intensidad de las redes sociales afectan al desarrollo económico en comunidades pequeñas,

habitualmente rurales y en muchos casos de países en vías de desarrollo. Christiaan Grootaert (2001) estudia el papel de las asociaciones locales en el éxito y la sostenibilidad de proyectos de desarrollo en varias comunidades rurales de Bolivia, Burkina Faso e Indonesia. Estas asociaciones locales incluyen grupos proveedores de servicios sociales, sindicatos agrarios y asociaciones directamente relacionadas con actividades agrarias. Para todas las comunidades rurales analizadas, se muestra que el capital social en el seno de los hogares reduce considerablemente la probabilidad de pobreza. En un estudio más detallado sobre Burkina Faso se muestra que los beneficios económicos de la pertenencia a asociaciones son más fuertes en el caso de asociaciones heterogéneas (Grootaert, Oh y Swamy 2000), algo que había sido igualmente defendido para el caso de los Estados Unidos por Putnam (2000). En el caso de Tanzania, Narayan y Prichett (1999) concluyen igualmente que la cantidad y la calidad de la vida asociativa es importante para explicar los ingresos de las familias, y, en general, el desarrollo económico de comunidades enteras. Estudios como los de Grootaert y Narayan y Prichett están relacionados con los análisis de cómo comunidades locales superan sus problemas de acción colectiva para la gestión de recursos comunes, como por ejemplo obras de irrigación o recursos pesqueros. El análisis pionero del problema probablemente se encuentre en Ostrom (1990). Parte de sus análisis apuntaban en cierta medida a que la presencia o no de capital social podía ser el factor principal para explicar el éxito o el fracaso de la gestión de un recurso común. Los factores que explican el fracaso de acuerdos para gestionar recursos comunes son, según Ostrom (1990: 21), la falta de comunicación y la incapacidad de desarrollar confianza entre los miembros de la comunidad. Por el contrario, el desarrollo de normas institucionales favorecedoras de la acción colectiva en el seno de comunidades puede verse favorecida por la presencia de capital social, en forma de redes sociales y relaciones de reciprocidad (Ostrom, Gardner y Walker 1994: 239). Los estudios de pesquerías en Turquía o de obras de irrigación en el sur de California muestran que las posibilidades de una acción colectiva exitosa dependen en gran medida de la superación de mutuas desconfianzas y de la inversión en capital social. Una conclusión que se puede derivar de todos estos resultados es que una estrategia de desarrollo de regiones pobres requiere para ser exitosa de la existencia de capital social entre las comunidades locales. En general, las estrategias “desde arriba”, sin la participación de las comunidades locales y sin promover que estas comunidades se autoorganicen y superen sus problemas de ausencia de capital social, probablemente se enfrentará a muchos obs-

táculos. Esto no supone que las autoridades públicas no puedan participar activamente en estrategias de desarrollo local. De hecho, su participación es necesaria, pero normalmente para que sea exitosa se requiere una combinación dinámica de estrategias “desde arriba” y “desde abajo” (Woolcock 1998: 180). Esto supone que las autoridades públicas deben favorecer la autoorganización de las comunidades locales y aplicar las leyes de forma imparcial de manera que no se favorezcan a unos grupos locales sobre otros. En este sentido, unas autoridades públicas imparciales pueden ayudar a que las comunidades locales superen sus problemas de ausencia de capital social. Tal como han demostrado en sus análisis acerca del cumplimiento de la ley en varias comunidades norteamericanas Tyler y Huo (2002), la clave para que las decisiones legales sean acatadas es la imparcialidad de las mismas. Si todos piensan que la ley es imparcial, y todos saben que todos lo piensan, lo normal es que cada individuo confíe en que su vecino cumplirá la ley, lo cual es una base para que se desarrollen relaciones normales de confianza entre los miembros de una comunidad. En este sentido, en su estudio del papel de las organizaciones locales en el desarrollo rural, Esman y Uphoff (1984) concluían que para que las estrategias de desarrollo local fueran efectivas, requerían tanto una red de agencias gubernamentales que proporcionen los servicios públicos asociados a una mayor productividad como organizaciones locales, tales como cooperativas o asociaciones agrarias. Por tanto, los estudios empíricos acerca de las estrategias de desarrollo local no excluyen el papel del Estado, pero señalan que para que ese papel tenga éxito es necesaria la presencia de capital social en la comunidad a la que van dirigidas esas estrategias. En el caso de las asociaciones de riego en Taiwan (Fung 1997), por ejemplo, la clave de su exitosa gestión de un recurso común parece residir en la presencia de un fuerte capital social entre los campesinos, fuertes relaciones de confianza y reciprocidad que permiten que la comunicación de información sea sencilla y se resuelvan conflictos con relativa facilidad, así como la existencia de normas sociales que enfatizan la relación de dependencia mutua entre los campesinos. Pero también las autoridades públicas han jugado un papel en este caso, favoreciendo la coordinación y reduciendo costes de transacción asociados con la negociación de los términos de la cooperación. En los estudios de caso de Putnam y Feldstein (2003) sobre varias comunidades locales en Estados Unidos, se otorga una mayor importancia a la construcción de capital social “desde abajo” que al papel de las autoridades públicas. Los ejemplos de Putnam y Feldstein, que incluyen asociaciones para la mejora educativa en Rio Grande (Texas), asociaciones de vecinos y sindicatos

en Boston, y asociaciones de desarrollo urbano en Portland, destacan el papel de la “autoorganización” de las comunidades locales, a menudo gracias a la intervención de empresarios políticos surgidos del seno de la propia comunidad. No obstante, en algunos casos, notablemente en el de las estrategias de renovación urbana en Portland, los autores reconocen que la aportación de estructuras que fomenten el activismo ciudadano por parte del Ayuntamiento también es un factor importante para el éxito de las estrategias de desarrollo (Putnam y Feldstein, 2003: 247).

Por lo tanto, parece que existe una creciente evidencia empírica acerca de los efectos positivos del capital social sobre el desarrollo económico, tanto en análisis comparados entre países como en estudios más en profundidad de casos. En muchos de estos estudios, sin embargo, no queda del todo claro por qué el capital social tiene esos efectos beneficiosos sobre el desarrollo económico, ni, de hecho, si la dirección de la causalidad va realmente desde el capital social al desarrollo económico o más bien en la otra dirección. Para avanzar en ambas cuestiones es necesario especificar los mecanismos que pueden vincular el capital social, especialmente la confianza generalizada, con el desarrollo económico. De ello me ocuparé en la siguiente sección.

4. LOS MECANISMOS

¿Cuáles son los mecanismos que vinculan el capital social con el desarrollo económico? Hasta ahora hemos visto que hay amplia evidencia de que esa relación de hecho existe. Ahora se trataría de establecer cuál es la forma de la relación. Si realmente la dirección de la causalidad va desde el capital social al desarrollo económico, ¿cuáles son los factores que determinan que unos determinados niveles de capital social estén correlacionados con unas tasas correspondientes de desarrollo económico?

Una de las formas más prometedoras para conectar el capital social con el desarrollo económico es recurriendo a la idea de las relaciones de confianza como forma de reducir costes de transacción. Se trata de una idea que está apuntada en Arrow (1974: 23), y que tiene cierto desarrollo en la nueva economía institucional, especialmente en Williamson (1985). Los costes de transacción en el intercambio económico incluyen los costes de redactar, negociar y salvaguardar el cumplimiento de un acuerdo. Esta literatura asume que los agentes económicos son limitadamente racionales: el comportamiento individual pretende ser racional, pero sólo

lo es de manera limitada. Ello es debido a una combinación entre la complejidad de las decisiones, que en muchas ocasiones implican asimetrías informativas entre las partes, y la limitada capacidad cognitiva del individuo. Esta racionalidad limitada supone, por ejemplo, que los agentes económicos, a la hora de realizar un intercambio, pueden no estar completamente seguros acerca de las preferencias de los demás. Su interlocutor puede pretender ser honesto pero de hecho actuar de forma oportunista. Una forma de solucionar este problema, defendida, por ejemplo, por Williamson (1985), es recurrir a jerarquías, tales como las empresas, en la toma de decisiones económicas. Otra forma enfatiza el papel de las relaciones de confianza (Torsvik 2000). La existencia de relaciones de confianza entre las partes reduciría los costes de transacción, dado que ambas partes confiarían en que el otro va a cumplir lo pactado. En este sentido, podemos considerar que las relaciones de confianza reducen los costes de transacción al menos de dos formas: reduciendo los costes *ex ante* (redacción, negociación) y *ex post* (supervisión del cumplimiento) de un contrato entre los miembros de una relación de confianza y ayudando al cumplimiento de un contrato de agencia en el caso de comunidades cerradas en las que impera la confianza y que sistemáticamente contratan a los mismos agentes. A continuación me referiré a ambos casos.

Un ejemplo del primer caso es mencionado por Coleman (1990: 92-93): el gestor del departamento noruego del banco Hambros, en Londres, decide prestar una cantidad importante de dinero a un armador noruego. El trato se formaliza por medio de una simple llamada de teléfono, sin ningún otro tipo de formalidad ni contrato escrito. En este ejemplo, hay una relación de confianza entre los dos individuos. El gestor del banco de Londres conoce al armador noruego, sabe que es digno de confianza, y por ello le presta el dinero directamente. Esto reduce considerablemente los costes de transacción inherentes a la redacción del contrato y la negociación de sus términos, y probablemente reduzca también los costes de supervisión de su cumplimiento. El gestor del banco de Londres puede tener una ulterior garantía de que el armador noruego cumplirá su parte del acuerdo en el caso de que se trate de una relación duradera. En una relación de ese tipo, el armador tendrá interés en hacer honor a la confianza que se ha depositado en él, porque de lo contrario perderá los beneficios futuros derivados de futuras transacciones con el banco londinense. En suma, el armador tiene un interés en mantener su reputación de que es digno de confianza. Si esto es así, lo más racional será realizar esfuerzos para ganarse una reputación de honestidad (Dasgupta 1988: 62).

La otra forma en la cual la confianza puede reducir costes de transac-

ción es disminuyendo los costes de supervisión inherentes en un contrato de agencia. En un contrato de agencia, el principal encarga al agente la realización de una determinada tarea que él no puede realizar directamente. Los problemas de este tipo de contratos son normalmente la presencia de asimetrías informativas entre agente y principal, por un lado, y la presencia de intereses conflictivos entre ellos, por otro. El principal carece de información acerca de cuáles son las preferencias del agente, no sabe si va a cumplir diligentemente con su cometido o si va más bien a dedicar el mínimo esfuerzo. Dado que en muchas ocasiones no puede observar directamente el comportamiento del agente, tiene que establecer algún tipo de incentivo para que el agente cumpla con su parte del contrato. Una forma de solucionar este problema se da en comunidades pequeñas donde los principales tienen relaciones de confianza mutua entre sí y contratan sistemáticamente a los mismos agentes. Este era el caso de la comunidad de comerciantes judíos "maghribi" durante en el siglo XI en el Mediterráneo estudiada por Avner Greif (1989, 1992). Se trataba de una comunidad de comerciantes judíos que vivieron en el califato abbasí hasta la primera mitad del siglo X, momento en el que emigraron a Egipto y el Norte de África. Estos comerciantes se enfrentaban a la complejidad y la incertidumbre del comercio a lo largo del Mediterráneo a través de asociados y agentes. A esa complejidad y esa incertidumbre se añadían las limitaciones de la tecnología comunicativa del siglo XI, lo que hacía en la práctica enormemente costoso negociar sobre la base de contratos comprensivos. Uno de los principales problemas concretos a los que se enfrentaban estos comerciantes es el de que sus agentes en puntos lejanos del Mediterráneo ofrecieran informes verdaderos sobre el negocio encomendado. Para superar estos problemas de agencia, los comerciantes maghribi se basaron en sus relaciones de confianza, relaciones que reflejaban la necesidad de cada uno de ellos de mantener una reputación de ser dignos de confianza para no perder beneficios futuros. Estas relaciones de confianza permitían que en el caso de que uno de los agentes incumpliera su contrato, la información de transmitiese rápidamente a toda la comunidad de comerciantes, que automáticamente renunciaban a emplear en el futuro a ese agente. Esto era un poderoso incentivo para que los agentes se mantuvieran honestos. En este argumento, por lo tanto, juega un papel muy importante la capacidad de transmisión de información a través de la red social. En términos generales, en una relación entre vendedor y cliente, si miembros de la red social del comprador han tenido experiencias pasadas con ese vendedor en particular, pueden proporcionar información valiosa al comprador acerca de

lo digno de confianza que es el vendedor. Esto ha sido estudiado por Buskens y Weesie (2000) para el mercado de coches usados.

El papel clave del capital social en la reducción de costes de transacción en los intercambios económicos ayudaría a explicar por qué, de acuerdo con Putnam (1993), las regiones del centro y el norte de Italia, ricas en capital social, mostraban unos indicadores económicos sólo ligeramente superiores a las del sur de Italia, pobres en capital social, a principios del siglo XX, mientras que a finales del siglo las diferencias en riqueza y bienestar se habían exacerbado. Los costes de transacción aumentan a medida que crece la complejidad de los intercambios comerciales. En sociedades predominantemente agrarias (como en buena medida Italia a finales del siglo XIX) los costes de transacción son pequeños, pero se multiplican en las sociedades industriales. Por ello las diferencias en capital social se dejaron sentir en el terreno económico con más fuerza a medida que Italia pasaba a ser un país industrial.

Por lo tanto, si consideramos que la confianza es un concepto básico dentro de toda definición razonable de lo que es capital social, la reducción de costes de transacción por medio de la confianza sería la vía principal a través de la cual el capital social promueve el desarrollo económico. Este papel de la confianza, por entenderlo de otra manera, quedaría englobado dentro de su papel más amplio de promover la cooperación. Podemos entender esta idea recurriendo al conocido ejemplo del dilema del prisionero. Como es bien sabido, en el juego de dos jugadores y una sola ronda de dilema del prisionero, el único equilibrio posible es aquel en el que ambos no cooperan. Hay al menos dos formas de superar este dilema. Una de ellas supone repetir indefinidamente el juego (o bien, lo que es más realista, suponer que ninguno de los jugadores sabe cuál será la ronda final). En el caso de que ambos jugadores valoren suficientemente el futuro, un equilibrio posible del juego (pero sólo uno de los posibles) es que ambos jugadores adopten estrategias de cooperación condicional del tipo tit-for-tat (comenzar cooperando y luego realizar el movimiento adoptado por el otro jugador en la ronda anterior), y, por tanto, que el resultado sea la mutua cooperación. Aunque a menudo se ha considerado que la confianza puede no tener ningún papel que jugar en este caso (Axelrod 1986: 172), lo cierto es que se puede introducir la confianza en la solución cooperativa del dilema del prisionero iterado considerando que hay incertidumbre acerca de si el otro jugador es lo suficientemente paciente para llevar a cabo una estrategia cooperadora (Kydd, 2000). En las soluciones cooperativas habituales al dilema del prisionero iterado, como la de Axelrod, se asume que los pagos de cada jugador son de cono-

cimiento común de ambos jugadores. Si hay incertidumbre sobre si el otro jugador va a cooperar o no, quizá la confianza pueda jugar un papel en alcanzar un resultado cooperativo: sólo si ambos jugadores confían en la voluntad cooperativa del otro se alcanzará una combinación de estrategias como *tit-for-tat*.

La segunda forma en la cual la confianza puede propiciar la cooperación es asumiendo que en un dilema social, como por ejemplo el dilema al que se enfrentan los usuarios de un recurso común, como un banco de pesca, las preferencias no son tanto de un dilema del prisionero, sino de lo que se denomina “juego de seguro”. Es decir, suponer que los pescadores no pretenden pescar individualmente todo lo que puedan, hasta agotar el banco pesquero, sino que preferirían llegar a un acuerdo de imposición de cuotas de pesca para garantizar la supervivencia del banco, pero no estarían dispuestos a cumplir el acuerdo si piensan que los otros no lo van a respetar. En este caso, la confianza puede ser crucial. Si todos confían en que los demás jugadores respetarán los términos del acuerdo, el resultado puede ser la mutua cooperación (Dasgupta 2002). En general, la confianza probablemente tiene un papel más importante en solucionar dilemas de coordinación como el señalado que en resolver problemas de acción colectiva más similares al dilema del prisionero (Herreros 2003), y se puede pensar que muchas de las situaciones analizadas en los estudios empíricos sobre desarrollo local que mencionábamos en el apartado anterior se tratan precisamente de problemas de coordinación, y no de dilemas del prisionero.

Hemos visto, en suma, que la confianza puede jugar un papel esencial en la reducción de costes de transacción, dentro de un papel más general en solucionar problemas de acción colectiva. Como ya hemos mencionado, el papel de la confianza en la reducción de costes de transacción es en cierta medida una alternativa a las jerarquías, defendidas, entre otros, por Williamson (1985). Pues bien, en ocasiones también se ha sostenido que el capital social puede colaborar al desarrollo económico haciendo más fluida la transmisión de información en las jerarquías. Esta tesis ha sido defendida quizá de manera más célebre por Fukuyama (1995, 1998), que señala cómo la presencia de fuertes reservas de capital social en forma de confianza interpersonal es un factor importante en el surgimiento de grandes corporaciones en países como Estados Unidos, Japón y Alemania. Esta idea, no obstante, ha sido puesta en duda de manera algo más rigurosa por Miller (1992, 2001). Es cierto que las jerarquías se enfrentan a fuertes problemas de asimetrías informativas que implican costes. En una empresa fuertemente jerárquica como Ford, analizada por

Miller (1992), los problemas de la dirección para supervisar los esfuerzos de los trabajadores y los de los trabajadores para determinar cuáles son las intenciones de la dirección son especialmente severos. Una solución es el establecimiento de relaciones de confianza entre trabajadores y empresarios. Como hemos visto, esto en gran medida reduce los problemas inherentes a las relaciones de agencia. Pero la solución no es tan sencilla. Un problema que tiene la dirección en una empresa jerárquica para ganarse la confianza de sus trabajadores es su falta de credibilidad. Miller (2001) asume que la confianza es necesaria dentro de las empresas, porque de esa manera se mejora la eficiencia: los trabajadores están más dispuestos a realizar inversiones personales en esfuerzo o en capital humano, si confían en que los gestores de la empresa no van a despedirlos para obtener beneficios a corto plazo. La solución de Miller (2001: 320) para obtener la confianza de los trabajadores es la delegación de decisiones clave a un administrador con diferentes preferencias: por ejemplo, la maximización de la productividad, más que la maximización de beneficios a corto plazo. Un problema con esta solución es que el compromiso no es lo suficientemente creíble: el propietario puede despedir al administrador si considera que la prioridad debe ser de nuevo la maximización de beneficios a corto plazo (Herrerros y Criado 2003: 58). Quizá una señal alternativa más prometedora para convencer a los trabajadores de que la dirección de la empresa es digna de confianza son los “salarios de eficiencia”: un salario por encima del de mercado con la intención de vincular más al trabajador a la empresa. Este salario de eficiencia podría ser interpretado como una señal lanzada al empleado de que se confía en él (Wielers 1997).

5. CONCLUSIÓN

En este trabajo hemos visto cómo el capital social puede ser una variable importante para explicar diversos aspectos del desarrollo económico, desde la creación de capital humano, a la reducción de la pobreza y la puesta en práctica de planes de desarrollo local. A estas alturas ya existe una red relativamente tupida de estudios empíricos que parecen haber demostrado al menos que existe una relación entre el capital social, entendido como relaciones de confianza derivadas de la pertenencia a redes sociales, y distintas variables económicas. Todos estos estudios contribuyen a una literatura ya existente que defendía el papel de variables, digamos, “sociales”, como la confianza, en el desarrollo económi-

co, y cuyos autores más destacados se movían en el ámbito de la nueva economía institucional y la sociología económica.

Un problema aún presente de estos estudios es la dirección de la causalidad entre variables económicas y capital social. Este problema de causalidad es difícil de solucionar exclusivamente a través de los estudios empíricos disponibles, por lo que es conveniente acudir a explicaciones basadas en mecanismos. En este trabajo he sostenido que el principal mecanismo que vincula el capital social con el desarrollo económico es la capacidad de la confianza para solucionar problemas de acción colectiva, y más específicamente, reducir costes de transacción en el intercambio económico.

REFERENCIAS

- Arrow, Kenneth J. 1974. *The Limits of Organization*. New York y Londres: W. W. Norton & Company.
- Axelrod, Robert. 1986. *La evolución de la cooperación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Berggren, Niclas y Henrik Jordahl. 2004. "Free to Trust? Economic Freedom and Social Capital". Presentado en el *Annual Meeting of the Public Choice Society and Economic Science Association*.
- Booth, John A. y Patricia Bayer Richard. 1998. "Civil Society and Political Context in Central America". *American Behavioral Scientist* 42 (1): 33-46.
- Bourdieu, Pierre. 1985. "The Forms of Capital", en ed. J. G. Richardson, *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. New York: Greenwood.
- Buskens, Vincent y Jeroen Weesie. 2000. "An Experiment on the Effects of Embeddedness in Trust Situations. Buying a Used Car". *Rationality and Society* 12 (2): 227-253.
- Coleman, James S. 1988. "Social Capital in the Creation of Human Capital". *American Journal of Sociology* 94: 95-120.
- Coleman, James S. 1990. *Foundations of Social Theory*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Dasgupta, Partha. 1988. "Trust as a Commodity". En Diego Gambetta ed. *Trust. Making and Breaking Cooperative Relations*. Oxford: Basil Blackwell.
- Dasgupta, Partha. 2002. "Social Capital and Economic Performance: Analytics". En Ostrom y Toh Kyegong Ahn eds. *Social Capital: A Reader*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Esman, Milton J. y Norman T. Uphoff. 1984. *Local Organizations. Intermediaries in Rural Development*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.
- Fukuyama, Francis. 1995. "Social Capital and the Global Economy". *Foreign Affairs* 74 (5): 89-103.
- Fukuyama, Francis. 1998. *La confianza*. Barcelona: Ediciones B.
- Fung Lam, Wai. 1997. "Institutional Design of Public Agencies and Coproduction: A Study of Irrigation Associations in Taiwan". En Peter Evans ed. *State-Society Sinyery. Government and Social Capital in Development*. Berkeley: University of California Press.

- Funk, Carolyn L. 1998. "Practicing What We Preach? The Influence of a Societal Interest Value on Civic Engagement". *Political Psychology* 19 (3): 601-614.
- Greif, Avner. 1989. *The Organization of Long-Distance Trade: Reputation and Coalitions in the "Geniza" Documents and Genoa During the Eleventh and the Twelfth Centuries*. Ann Arbor, Michigan: UMI Dissertation Services.
- Greif, Avner. 1992. "Institutions and International Trade: Lessons from the Commercial Revolution". *American Economic Review* 82 (2): 128-133.
- Grew, Raymond. 1999. "Finding Social Capital: The French Revolution in Italy". *Journal of Interdisciplinary History* 29 (3): 407-433.
- Grootaert, Christiaan. 2001. "Does Social Capital help the Poor? A Synthesis of Findings From the Local Level Institutions Studies in Bolivia, Burkina Faso and Indonesia". Banco Mundial: Local Level Institutions Working Paper 10.
- Grootaert, Christiaan, Gi-Taik Oh y Annad Swamy. 2000. "Social Capital and Development Outcomes in Burkina Faso". Banco Mundial: Local Level Institutions Working Paper 7.
- Hall, Peter. 2002. "Great Britain: The Role of Government and the Distribution of Social Capital". En Robert D. Putnam (ed.). *Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*. Oxford: Oxford University Press.
- Hardin, Russell. 2002. *Trust and Trustworthiness*. Nueva York: Russell Sage.
- Herrerros, Francisco. 2003. "The Dilemma of Social Democracy in 1914. Chauvinism or Social Dilemma?" *Rationality and Society* 15 (3): 325-344.
- Herrerros, Francisco. 2004. *The Problem of Forming Social Capital. Why Trust?* Nueva York: Palgrave.
- Herrerros, Francisco y Henar Criado. 2003. "In Whom We Trust? The Development of Interpersonal Trust Inside Associations". *European Political Science* 2 (3): 56-61.
- Inglehart, Ronald. 1999. "Trust, Well-Being and Democracy". En Mark E. Warren ed. *Democracy and Trust*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Knack, Stephen y Philip Keefer. 1997. "Does Social Capital Have an Economic Payoff? A Cross-Country Comparison". *The Quarterly Journal of Economics* 112 (4): 1251-1288.
- Kydd, Andrew. 2000. "Overcoming Distrust". *Rationality and Society* 12 (4): 397-424.
- Lin, Nan. 2001. *Social Capital. A Theory of Social Structure and Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Miller, Gary J. 1992. *Managerial Dilemmas. The Political Economy of Hierarchy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Miller, Gary J. 2001. "Why is Trust Necessary in Organizations? The Moral Hazard of Profit Maximization", in Karen S. Cook (ed.) *Trust in Society*. New York: Russell Sage.
- Narayan, D. y L. Prichett. 1999. "Cents and Sociability: Household Income and Social Capital in Rural Tanzania". *Economic Development and Cultural Change* 47: 871-97.
- Newton, Kenneth. 1997. "Social Capital and Democracy". *American Behavioral Scientist* 40 (5): 575-586.
- Newton, Kenneth. 1999. "Social Capital and Democracy in Modern Europe", en eds. Jan W. Van Deth, Marco Maraffi, Ken Newton y Paul F. Whiteley, *Social Capital and European Democracy*. Londres: Routledge.

- Ostrom, Elinor. 1990. *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ostrom, Elinor, Roy Gardner y James Walker. 1994. *Rules, Games and Common-Pool Resources*. Michigan: The University of Michigan Press.
- Putnam, Robert D. 1993. *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Putnam, Robert D. 2000. *Bowling Alone. The Collapse and Revival of the American Community*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Putnam, Robert D. y Lewis M. Feldstein. 2003. *Better Together. Restoring the American Community*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Rothstein, Bo. 2005. *Social Traps and the Problem of Trust*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rueschemeyer, Dietrich. 2003. "Can One or a Few Cases Yield Theoretical Gains?". En James Mahoney y Dietrich Rueschemeyer eds. *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shah, Dhavan V. 1998. "Civic Engagement, Interpersonal Trust, and Television Use: An Individual-Level Assessment of Social Capital". *Political Psychology* 19 (3): 469-496.
- Smelser, Neil J. y Richard Swedberg. 1994. "The Sociological Perspective on the Economy". En Smelser y Swedberg eds. *The Handbook of Economic Sociology*. Princeton: Princeton University Press.
- Sztompka, Piotr. 1999. *Trust. A Sociological Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Teachman, Jay D., Kathleen Paasch y Karen Carver. 1997. "Social Capital and the Generation of Human Capital". *Social Forces* 75 (4): 1343-1359.
- Torsvik, Gaute. 2000. "Social Capital and Economic Development. A Plea for Mechanisms". *Rationality and Society* 12 (4): 451-476.
- Tyler, Tom R. y Yuen J. Huo. 2002. *Trust in the Law. Encouraging Public Cooperation with the Police and Courts*. Nueva York: Russell Sage.
- Uslaner, E. 2002. *The moral foundations of trust*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Verba, S., L. Schlozman y H. Brady. 1995. *Voice and Equality. Civic Voluntarism in American Politics*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Wielers, Rudi. 1997. "The Wages of Trust. The Case of Child Minders". *Rationality and Society* 9 (3): 351-371.
- Williamson, Oliver E. 1985. *The Economic Institutions of Capitalism*. Nueva York: The Free Press.
- Woolcock, Michael. 1998. "Social Capital and Economic Development: Towards a Theoretical Synthesis and Policy Framework". *Theory and Society* 27 (2): 151-208.
- Worms, Jean-Pierre. 2002. "France: Old and New Civic and Social Ties in France". En Robert D. Putnam (ed.). *Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*. Oxford: Oxford University Press.
- Wuthnow, R. 2002. "The United States: Bridging the Privileged and the Marginalized?". En Robert D. Putnam (ed.). *Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*. Oxford: Oxford University Press.

CAPITAL SOCIAL Y DESARROLLO EN ZONAS RURALESⁱ

Eduardo Moyano Estrada



RESUMEN

En este trabajo el autor revisa el concepto de “capital social” y plantea su utilidad para el análisis de las dinámicas de desarrollo. En primer lugar, analiza el carácter polisémico de este concepto, mostrando cómo ha sido definido de modo diferente desde los diversos enfoques teóricos de la sociología. En segundo lugar, comenta algunas de las dimensiones del concepto de capital social, fundamentalmente las de *embeddedness* (enraizamiento) y *autonomy* (autonomía), y selecciona aquellas que resultan de mayor utilidad para el análisis de los procesos de desarrollo. En tercer lugar, siguiendo el modelo de M. Woolcock, el autor presenta, redefiniéndolo, un marco teórico en el que sitúa las distintas dimensiones del capital social para analizar las dinámicas “descendentes” (*top-down*) y “ascendentes” (*bottom-up*) de desarrollo en las zonas rurales. La tesis fundamental que está implícita en este marco teórico es que el concepto de capital social es útil para analizar los procesos de desarrollo si se amplía para incluir dimensiones que den cuenta no sólo de las relaciones de integración intracomunitaria, sino también de la capacidad y autonomía de los individuos para relacionarse con grupos externos a su propia comunidad, así como de la sinergia entre instituciones y de su eficiencia y credibilidad.

ABSTRACT

In this paper, the author reviews the concept of social capital and poses its usefulness to analyse of dynamics of development. Firstly, he analyses the polysemic nature of this concept, showing how it has been defined in different ways from the sociological approaches. Secondly, he comments some of dimensions of the social capital, particularly those of *embeddedness* and *autonomy*, and selects those dimensions that are more useful to analyse the processes of development. Thirdly, according to the model elaborated by M. Woolcock, the author redefines it and presents a theoretical framework where the dimensions of social capital are placed and combined to each others to analyse the bottom-up and top-down

dynamics of development. The most important idea of this paper is that the concept of social capital is useful if its definition is extended to include some new dimensions that take into account not only the processes of social integration within the rural communities, but also the autonomy of individuals to establish social and economic relations with external individuals and groups, as well as the synergy between local institutions and their efficiency.

PALABRAS CLAVE: Políticas de desarrollo, Sociedad rural, Cambio social, Sociología del desarrollo

KEY WORDS: Development policies, Rural society, Social change, Sociology of Development

DATOS BIOGRÁFICOS: Doctor Ingeniero Agrónomo (Sociología Rural) por la Universidad de Córdoba (1982). Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (1983). Actualmente es Profesor de Investigación (catedrático) del CSIC y Vicedirector del Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA) en Córdoba (Andalucía, España). Sus trabajos de investigación versan sobre acción colectiva y articulación de intereses, desarrollando análisis comparados sobre las organizaciones de naturaleza representativa (sindicatos, asociaciones profesionales y federaciones de cooperativas) a nivel europeo, con especial referencia a la agricultura, la política agraria y el desarrollo rural. En 1996 recibió el Premio Arco Iris al mejor estudio sobre cooperativismo por su trabajo sobre las federaciones de cooperativas en la agricultura europea, y en 2001 el gobierno francés le concedió la Orden del Mérito de la República por sus trabajos sobre asociacionismo agrario en la UE.

INTRODUCCIÓN

Muchos estudios sobre el desarrollo de las zonas rurales vienen destacando la existencia de importantes diferencias en materia de bienestar y calidad de vida entre sociedades situadas en un mismo ámbito geográfico y dotadas de recursos económicos similares. Tales estudios muestran, en efecto, cómo existen comunidades locales que no han logrado alcanzar unas cotas mínimas de bienestar ni organizar adecuadamente sus recursos, junto a otras similares que sí han sabido aprovecharlos y están mejor articuladas para llevar a cabo proyectos individuales o colectivos. Puede inclu-

so que ambas sociedades hayan sido objeto preferente de similares programas de desarrollo recibiendo fondos económicos de parecida magnitud. La realidad nos dice, sin embargo, que mientras en unas zonas esos programas no han tenido el éxito esperado, en las otras sus efectos han superado con creces las expectativas. Estas últimas se convierten además en centros de atracción de nuevas inversiones, al comprobarse que ofrecen un dinamismo que no existe en las otras comunidades y que son garantía para la buena realización de los proyectos que se ponen en marcha: sus instituciones funcionan con eficiencia, sus recursos humanos son cualificados, existe seguridad jurídica para la iniciativa privada, la ciudadanía confía en sus gobernantes y éstos en las capacidades de su población; en definitiva, son sociedades en las que hay confianza entre los ciudadanos para emprender proyectos colectivos, confianza que se transmite hacia el exterior contribuyendo a dar una buena imagen de su comunidad y su entorno institucional.

Estos contrastes en los resultados de los programas de desarrollo han originado una ingente cantidad de estudios intentando explicar sus causas (Halfacree, Kovac y Woodward, 2002; Pérez Correa y Sumpsi, 2002; Pérez Yruela et al. 2003). Después de la hegemonía, primero, de los estudios basados en los enfoques de la modernización, y, más tarde, del predominio de los que explicaban el problema del subdesarrollo a partir de las teorías de la dependencia, o de los que insistían en recetas orientadas a la liberalización de los mercados y la reducción del intervencionismo estatal en la economía como la mejor vía para impulsar las iniciativas locales, más recientemente se han venido realizando algunos trabajos que enfatizan la importancia de aspectos como la confianza, los flujos de información o las normas de reciprocidad existentes en una comunidad. El Banco Mundial, en su Informe de 1997, ya señalaba cómo en algunos estudios se estaba demostrando el potencial impacto de estos otros factores no económicos sobre el desarrollo de las comunidades locales –factores a los que el Informe agrupaba ya bajo la noción de “capital social” (pág. 114 del Informe del Banco Mundial, citado por J. Fedderke et. al., 1999). Para ilustrarlo, dicho Informe ponía algunos ejemplos concretos de comunidades africanas donde se podía comprobar la relación directa entre su grado de bienestar y el nivel de capital social. En algunas regiones europeas donde se vienen aplicando desde hace casi quince años programas de desarrollo dentro de las iniciativas europeas Leader, también podemos encontrar estas diferencias entre comunidades, diferencias que están dando lugar a interesantes estudios sobre el impacto de estos programas en las zonas ruralesⁱⁱ.

Como señala M. Woolcock (1998 y 2000), los estudios sobre el desarrollo han recuperado, redefiniéndola, la vieja noción de “capital social”,

ofreciendo la posibilidad de establecer puentes entre disciplinas hasta ahora separadas en el análisis de estos problemas (economía, ciencia política, sociología, antropología, psicología social, historia,...). En este artículo presentaremos, en primer lugar, la noción de “capital social”, ofreciendo un breve recorrido por el pensamiento sociológico, de modo que podamos encontrar sus fuentes intelectuales. En segundo lugar, se revisarán críticamente los dos más importantes enfoques que han intentado estudiar los problemas del desarrollo a partir de esta noción, a saber: el enfoque del empresariado en grupos étnicos y el enfoque del institucionalismo histórico. Finalmente, se presenta el marco teórico elaborado por M. Woolcock (1998), como un modelo-síntesis que intenta superar las insuficiencias mostradas por esos dos enfoques, y lo discutiremos a la luz de los problemas que plantean las políticas de desarrollo en las zonas rurales.

BREVE APROXIMACION AL ENFOQUE DEL CAPITAL SOCIAL

El enfoque del “capital social” utiliza una noción que no es nueva, sino que hunde sus raíces en los primeros trabajos de las ciencias sociales. La idea de que es necesario que existan determinadas normas de cooperación para guiar las transacciones mercantiles, puede ya encontrarse en D. Hume y E. Burke, si bien de un modo ambivalente. Por su parte, A. Smith ya señaló en su *Teoría de los Sentimientos Morales* que el mercado necesitaba de ciertas instituciones y normas de carácter moral para funcionar eficientemente, dado que su capacidad de autorregulación es limitada. Los trabajos de los primeros sociólogos franceses del siglo XIX y, más tarde, los realizados en el marco de las tradiciones marxista, durkheimiana y weberiana de la sociología clásica, enfatizaron el papel de las instituciones y las normas sociales, planteando muchas de las ideas que ahora se incluyen dentro de la noción de capital social. Debates similares rodearon la entrada de la sociología en las universidades norteamericanas a través de la de Chicago a principios del siglo XX: el énfasis en la autonomía de las fuerzas sociales como factores determinantes en la configuración del desarrollo urbano, servía para diferenciar a los primeros sociólogos de los economistas.

En los años 60, economistas neoclásicos, como Th. Schultz (1963) y G. Becker (1962), señalaron que la existencia de una población formada por ciudadanos con buenos niveles de salud y formación (estudios, educación,...) y bien preparados profesionalmente, es un factor determinante para la buena utilización de los tres factores considerados entonces como básicos en el crecimiento económico: el trabajo, la tierra y el capi-

tal. A ese otro factor le llamaron “capital humano”, considerando que sin él de poco servía la presencia de estos otros tres factores básicos a la hora de impulsar el desarrollo económico. Más tarde, al final de los años 80, sociólogos, politólogos y algunos economistas –que trabajaban en el campo de la “nueva sociología económica” y que intentaban situarse en una posición intermedia combinando enfoques macro y micro sociológicos para explicar el comportamiento económico de los individuos (Swedberg, 1991, y Swedberg y Smelser, 1994)– consideraron que el capital físico (tierra y capital) y el capital humano (nivel de estudios) eran insuficientes para explicar las diferencias en los procesos de desarrollo entre comunidades. Consideraban que en estos procesos intervenían otros factores no económicos de gran importancia explicativa, que, sin embargo, no eran tenidos en cuenta en los análisis. Por eso, añadieron un tercer factor, que llamaron “capital social”, recuperando una noción que estaba siendo utilizada en el campo de la sociología desde final de los años 60 en áreas diversas de investigaciónⁱⁱⁱ. En esta nueva forma de capital incluían determinados tipos de normas, valores y creencias (como la confianza entre vecinos, el respeto a la palabra dada o la credibilidad de las instituciones), así como redes sociales (de ahí que también suela denominarse “capital relacional”), que, según esta perspectiva teórica, son importantes para el desarrollo porque favorecen la realización de acciones colectivas en beneficio de la propia comunidad y repercuten en el buen aprovechamiento de los otros dos tipos de capital (Fedderke et al, 1999).

No obstante, y precisamente por no ser una noción de nuevo cuño, la utilización de la noción de capital social presenta el problema de que los autores que lo han recuperado en sus estudios sobre el desarrollo, lo han hecho sin prestar mucha atención ni a su historia intelectual, ni a su status ontológico, sino simplemente enfatizando aquellas dimensiones del mismo que les son más útiles para sus particulares propósitos investigadores. Por ello, nos encontramos con una noción polisémica que no presenta una acepción única en la comunidad científica, sino una gama de significados según la dimensión enfatizada.

LA NOCIÓN DE “CAPITAL SOCIAL” EN LOS ESTUDIOS SOBRE DESARROLLO

Aunque los primeros estudios que utilizaron la noción de capital social, tal como hoy se entiende, datan, como se ha señalado, de finales de los años 70, el avance más significativo se produjo al final de los 80 y

durante toda la década de los 90. Tal avance fue inducido por dos perspectivas diferentes dentro de lo que se denominaba la “nueva sociología del desarrollo”, a saber: en el nivel micro, la perspectiva de los llamados estudios étnicos sobre el empresariado, asociados en gran medida a los trabajos de A. Portes (1998) y A. Portes y J. Sensenbrenner (1993); y en el nivel macro, la perspectiva de los estudios institucionalistas sobre las relaciones Estado-sociedad civil, asociados a trabajos como los de P. Evans (1995 y 1996). Estas perspectivas venían realizando sus investigaciones con escasa conexión entre sí, y eso a pesar de que proponían ideas susceptibles de ser utilizadas en una síntesis que podía haber sido de gran fertilidad para los estudios del desarrollo. En efecto, ambas perspectivas utilizaban dos dimensiones fundamentales del capital social: *embeddedness* –que en español podría traducirse como enraizamiento, incrustación o inserción– y *autonomy* (autonomía).

Con respecto a la dimensión de *embeddedness* querían enfatizar la tesis –ya planteada por K. Polanyi en su clásica obra *The Great Transformation* (1957) si bien introducida en la sociología contemporánea por M. Granovetter (1985)– de que, frente a la teoría neoclásica de la maximización de utilidades, toda acción económica está enraizada (*embedded*) en relaciones sociales. Su principal corolario era que lo que distingue a unas empresas de otras no son sus cualidades formales e informales, sino las estructuras y redes de relaciones personales que existen entre y dentro de ellas.

Tal como se ha señalado, la tesis del *embeddedness* fue incorporada a lo largo de los años 80 en las investigaciones sobre el desarrollo, tanto en los estudios centrados en el nivel macro, como en el nivel micro. Tres ideas comunes a esos estudios surgieron de los resultados de sus investigaciones empíricas. La primera –que recogía literalmente la tesis de M. Granovetter– es la de que todas las formas de intercambio económico están enraizadas (*embedded*) en relaciones sociales; de ahí que muchas instituciones económicas sólo pueden explicarse por las relaciones sociales en las que están insertas –se puede poner el ejemplo de pequeñas empresas, tales como muchas explotaciones familiares agrarias, cuya permanencia no puede explicarse con criterios de viabilidad económica, sino por su funcionalidad social–. La segunda idea es la de que el proceso de enraizamiento (*embeddedness*) se produce de distintas formas: como lazos sociales, como prácticas culturales, como contextos políticos,... todas ellas con efectos importantes en la conformación de las oportunidades y constricciones a los que se enfrentan los individuos cuando emprenden proyectos de desarrollo. La tercera es la de que los beneficios que, en

una comunidad concreta, se obtienen de ese proceso de enraizamiento van siempre acompañados de costes, y que el cálculo de esos beneficios y costes cambia conforme avanza el proceso de desarrollo. Así, lo que en una fase inicial puede ser catalogado como beneficio, en una fase más avanzada puede haberse convertido en un coste para la continuidad del proceso de desarrollo. Por ejemplo, la existencia de un alto grado de enraizamiento de los individuos en su comunidad puede ser un factor positivo en una primera fase –al facilitar la ayuda mutua y la solidaridad entre los individuos–, pero una vez que el proceso está avanzado, ese stock de capital social en forma de integración puede convertirse en vehículo de nepotismo o corrupción, y, en consecuencia, ser una traba para que dicha comunidad dé un salto cualitativo en su desarrollo.

Con el fin de establecer si el proceso de enraizamiento (*embeddedness*) en una situación dada provoca costes o beneficios para el desarrollo, algunos analistas comenzaron a sugerir que era necesario complementar esa dimensión del capital social con una segunda dimensión: la de *autonomy* (autonomía). Esta segunda dimensión se refiere a dos aspectos relevantes para las dinámicas del desarrollo: el primero, referido al nivel micro, hace alusión al grado en que los miembros de una comunidad tienen posibilidad de acceder a grupos o áreas de interés situados fuera de la propia comunidad; el segundo, referido al nivel macro, alude al grado en que los responsables políticos locales son independientes respecto de las élites económicas a la hora de tomar sus decisiones, y al grado en que tales responsables políticos están, como señala M. Woolcock (1996 y 2000), impregnados de un *ethos* profesional que les lleva a perseguir el bien colectivo y a reclutar y dar recompensas en función de los méritos y no del tráfico de influencias. Para que el capital social se convierta en un factor positivo en el desarrollo de una comunidad sería necesario, por tanto, que las relaciones sociales entre sus miembros estén impregnadas de esas dos dimensiones: *embeddedness* –enraizamiento en la propia comunidad y en el grupo de pertenencia– y *autonomy* –capacidad de los individuos para relacionarse con grupos más amplios^{iv}.

En la realidad empírica, ambas dimensiones se manifiestan de diversas formas, teniendo cada una de ellas efectos diferentes sobre las dinámicas de desarrollo, efectos que deben ser objeto de análisis en cada caso. Centrándonos, por ejemplo, en la realidad de las zonas rurales, y más concretamente en organizaciones como las cooperativas agrarias, la dimensión de *embeddedness* –es decir, la identificación de los socios con el correspondiente proyecto cooperativo– es una condición necesaria por sus efectos positivos en una primera fase, pero no suficiente para hacer

que el proceso de desarrollo sea sostenible en el largo plazo. En efecto, una vez constituida la cooperativa y alcanzado su proyecto inicial un cierto grado de desarrollo, es cuando se hace necesario que sus asociados y su consejo rector tengan capacidad para establecer relaciones autónomas con actores económicos externos a la propia cooperativa, o incluso externos a la propia comunidad local, con objeto de avanzar en la dinámica del desarrollo evitando que el proyecto se estanque en una dimensión excesivamente localista. Es entonces cuando la dimensión de autonomía resulta imprescindible, pues un excesivo grado de enraizamiento (*embeddedness*) de sus miembros en la comunidad local puede tener efectos negativos para afrontar proyectos de cooperación más ambiciosos. Otro ejemplo sería el de los “grupos de desarrollo rural” creados en el marco de la ya mencionada iniciativa europea Leader, grupos que constituyen una vía de enraizamiento de la población y de identificación con proyectos de desarrollo local, muy útil para el arranque de las dinámicas de desarrollo, pero que si no se abren y cooperan con otros grupos pueden convertirse en una rémora para avanzar en esas dinámicas (Moyano, 2005).

Hasta el final de los años 80, la búsqueda de una combinación óptima de esas dos dimensiones del capital social (*embeddedness* y *autonomy*) se convirtió en el elemento fundamental del marco teórico que la nueva sociología del desarrollo utilizaba para analizar los niveles macro y micro de los procesos de desarrollo económico. Se pensaba que, encontrando para cada realidad empírica, la combinación óptima de esas dos dimensiones, podrían resolverse algunos de los llamados “dilemas de la acción colectiva” –el problema de explicar por qué la gente coopera en ausencia de mecanismos de carácter obligatorio– que han ocupado a los investigadores sociales desde el comienzo de la sociología como disciplina científica. Hacia mediados de los años 90, sociólogos que trabajaban en el ya mencionado campo del empresariado étnico y del neoinstitucionalismo advirtieron de la dificultad de encontrar la combinación óptima de ambas dimensiones del capital social, debido a que las relaciones sociales enraizadas (*embedded*) y autónomas (*autonomous*) pueden manifestarse de modo diferente en los niveles micro y macro de los procesos de desarrollo.

De acuerdo con esa argumentación, el sentido de las nociones de enraizamiento (*embeddedness*) y autonomía (*autonomy*) no sería el mismo en los niveles micro y macro. Así, por ejemplo, mientras que, en el nivel micro, la noción de enraizamiento (*embeddedness*) se refiere a los lazos intracomunitarios que se establecen entre los individuos en una comunidad y a las estrechas relaciones de éstos con sus grupos primarios de pertenen-

cia, en el nivel macro dicha dimensión se refiere al grado de interacción entre el Estado (organismos y entidades públicas) y la sociedad civil (asociaciones y demás formas vertebradas de articulación de intereses) en el ámbito local o comarcal. Por su parte, la dimensión de autonomía (*autonomy*) se refiere en el nivel micro a las redes extracomunitarias —es decir, las redes que establecen los miembros de una comunidad local con los de otras comunidades distintas de la suya—, mientras que, en el nivel macro, se refiere a la capacidad (eficiencia) y credibilidad de las instituciones encargadas de gestionar los asuntos colectivos (sean entidades públicas o privadas) en una comunidad. De ahí se deduce que la noción de “capital social” puede presentarse en la práctica de diversas formas según cómo se combinen estas dos dimensiones (*embeddedness* y *autonomy*) en los niveles macro y micro de los procesos de desarrollo. De la combinación de esas dos dimensiones, y a la luz de determinadas experiencias, algunos estudios empíricos han señalado que altos niveles de capital social (en su dimensión de enraizamiento) pueden ser positivos en la medida en que dan a los individuos de una comunidad apoyo y acceso a recursos privilegiados, al tiempo que reducen los costes de transacción (Fedderke et al, 1999); pero también han señalado que pueden ser negativos si restringen las posibilidades de expresión y autonomía individual o si favorecen el *free-riding* (el gorroneo) sobre los recursos de la comunidad (Olson, 1965 y 1982).

Este modelo de análisis, surgido, como se ha señalado, de los trabajos sobre el empresariado étnico, es útil porque da interesantes claves sobre varias cosas: sobre cómo pueden “crearse” las dimensiones positivas del capital social en aquellas comunidades donde tales dimensiones están ausentes o están erosionándose; sobre cómo los aspectos negativos del capital social pueden ser disipados o superados; o sobre cómo relaciones mutuamente beneficiosas entre comunidades e instituciones externas a ellas pueden ser promovidas y mantenidas en el tiempo. Estos últimos elementos han sido tratados con más detalle por los neoinstitucionalistas. Así, autores como D. Rueschemeyer y P. Evans (1985) arguyen que la capacidad del Estado para promover el desarrollo depende de su voluntad y capacidad para construir a nivel local un aparato burocrático-administrativo eficiente y creíble que haga posible la coordinación de intercambios cada vez más complejos entre actores económicos, tesis que ha despertado un interesante debate sobre el rol del Estado y sus relaciones con la sociedad civil en los procesos de desarrollo. En ese debate se plantean dos cuestiones diferentes: de un lado, la capacidad del Estado para inducir capital social en zonas donde la sociedad civil está débilmente articulada, y de otro, su función ante situaciones en las que la sociedad

civil está bien dotada de asociaciones que reclaman canales adecuados de interlocución con los poderes públicos.

Tal modelo, basado en la combinación de las dimensiones de enraizamiento (*embeddedness*) y de autonomía (*autonomy*) en los niveles micro y macro, comenzó a encontrar problemas cuando se intentaba aplicarlo al análisis dinámico de los procesos de desarrollo; es decir, cuando lo que se quería analizar no eran sólo las condiciones que permiten iniciar con éxito la fase de implementación de tales procesos, sino también conocer los factores que pueden condicionar su viabilidad y sostenibilidad en el medio y largo plazo. Con objeto de superar las limitaciones del modelo elaborado por la perspectiva étnica del empresariado y por la perspectiva neoinstitucionalista, M. Woolcock (1998) propone un modelo-síntesis al que dedicaremos el próximo apartado.

UN MODELO-SÍNTESIS

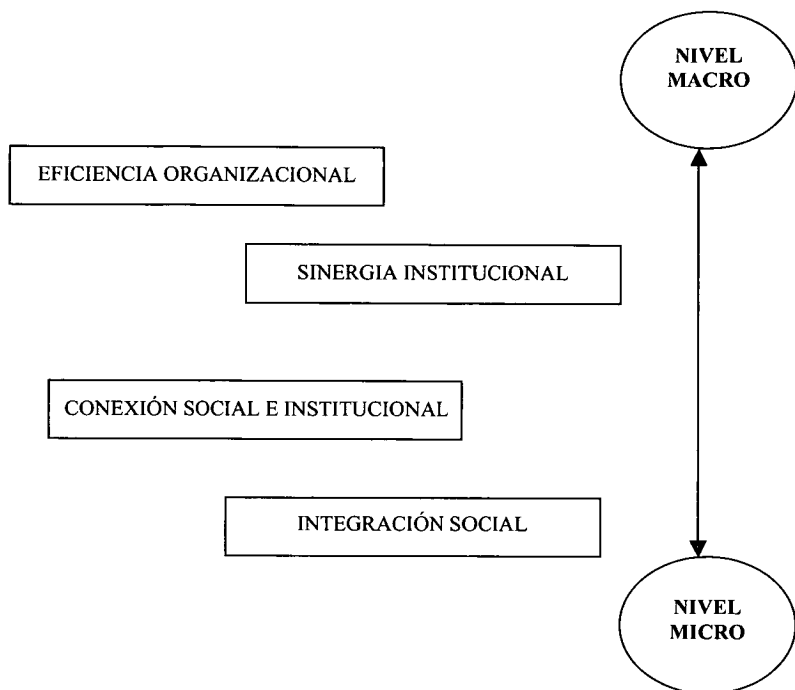
Si queremos que la noción de capital social mantenga su estatus como concepto significativamente importante en los niveles teórico y empírico, debe ser ampliada. No basta con entender el capital social como un recurso que ayuda a los grupos sociales a superar los *dilemas estáticos* de la acción colectiva –los problemas de la cooperación entre los individuos en proyectos de tipo colectivo– por muy importantes que éstos sean. La gran aportación de M. Woolcock consiste en plantear la necesidad de que el modelo bidimensional del capital social debe ser ampliado incorporando otras dimensiones que permitan resolver los llamados *dilemas dinámicos* del desarrollo, es decir, los que surgen cuando el éxito de una determinada acción colectiva en pro del desarrollo influye de tal modo en las relaciones sociales dentro de una comunidad, que es necesario que éstas se coordinen para garantizar que el desarrollo siga teniendo éxito en el futuro. En esta misma línea puede situarse el trabajo ya comentado de J. Fedderke et al. (1999), publicado con posterioridad al de M. Woolcock y en el que se analizan distintos escenarios dinámicos del desarrollo y se plantea la utilidad del enfoque del capital social para desentrañar los dilemas de la cooperación. No obstante, por considerar que las aportaciones de J. Fedderke et al. se limitan a los procesos de desarrollo económico –concretamente a los factores que inciden en el crecimiento de la renta y del PIB en una sociedad–, creemos de mayor interés presentar el modelo de M. Woolcock, que es más amplio y puede aplicarse a dinámicas de desarrollo que no estén centradas sólo en los aspectos económicos.

M. Woolcock considera necesario como ejercicio previo definir con más detalle los conceptos de enraizamiento (*embeddedness*) y autonomía (*autonomy*) y analizar mejor cómo se manifiestan en los niveles macro y micro. En el nivel micro, amplía el concepto de *embeddedness* –que en el modelo bidimensional se refería, sobre todo, a los lazos sociales intra-comunitarios, y más concretamente a las relaciones de los individuos con los de su propio grupo de pertenencia– y lo sustituye por el de *integration* (integración) –incluyendo también las relaciones de los individuos con otros miembros de la comunidad, aunque no de su mismo grupo de pertenencia–; el concepto de *autonomy* (autonomía) –que hacía referencia en el modelo bidimensional a la participación de los individuos en redes extracomunitarias– es sustituido en su modelo ampliado por el de *linkage* (conexión) –incluyendo la interacción de los individuos con las instituciones de la sociedad civil y los lazos estables que mantienen con ellas–. En el nivel macro, el concepto de *embeddedness* –referido en el modelo bidimensional a las relaciones Estado-sociedad civil– es sustituido ahora por el de *synergy* (sinergia institucional) –incluyendo la cooperación entre instituciones, sean públicas o privadas–; el concepto de *autonomy* –que en el modelo bidimensional se refiere a la capacidad, competencia y credibilidad de las instituciones políticas locales– es ampliado y sustituido por el de *organizational integrity* (integridad o eficiencia organizacional) –incluyendo la eficiencia de la burocracia administrativa tanto en las instituciones públicas locales como en las organizaciones privadas^{vi}.

Estas cuatro dimensiones amplían el concepto de capital social y lo hacen más útil para analizar las dinámicas de desarrollo en zonas rurales, combinando los niveles macro y micro (Figura nº I). Nos referiremos a ellas en adelante con los términos utilizados en español: integración social, conexión socioinstitucional, sinergia entre instituciones y eficiencia organizacional^{vii}.

De igual modo que diferentes combinaciones de “integración social” y “conexión socioinstitucional” conducen a diferentes resultados en los procesos de desarrollo a nivel micro, así también diferentes combinaciones de “eficiencia organizacional” y “sinergia entre instituciones” conducen a distintos resultados en el nivel macro. Estas cuatro dimensiones del capital social (integración, conexión, eficiencia y sinergia) pueden combinarse haciendo interactuar en los niveles macro y micro, y dando cuenta así de un amplio rango de dinámicas de desarrollo a lo largo de una especie de *continuum*, en uno de cuyos extremos se situaría lo que M. Woolcock denomina “individualismo anárquico” –en la que las cua-

FIGURA 1
DIMENSIONES DEL CAPITAL SOCIAL



Fuente: A partir de ilustraciones de M. Woolcock (1998).

tro dimensiones del capital social brillan por su ausencia– y en el otro extremo una dinámica de “autonomía positiva” –caracterizada por la presencia significativa de esas cuatro dimensiones–. Lo importante a tener en cuenta del modelo es que una misma dimensión de capital social puede tener distintos efectos en materia de desarrollo según con cual de las otras dimensiones aparece combinada, lo que plantea interesantes debates. También hay que considerar que las dinámicas de desarrollo pueden ser ascendentes (*bottom-up*) –donde predomina la participación de la comunidad local en la definición de las estrategias de desarrollo–, descendentes (*top-down*) –donde el protagonismo corresponde a los poderes públicos de un nivel territorial superior al de la comunidad local–, o resultado de una combinación de ambas –que es lo más frecuente–,

siendo diferentes los efectos del capital social en cada una de esas situaciones. Aunque sólo sea a efectos analíticos y con objeto de clarificar las bases de este debate, analizaremos a continuación los efectos que se derivan de la combinación de las cuatro dimensiones del capital social en cada una de esas dinámicas (o tipos ideales) de desarrollo (Tablas nº 1 y 2), a sabiendas de que en la práctica nunca suelen darse en estado puro (sea ascendente o descendente), sino mezcladas de elementos y factores de diversa naturaleza (pública, privada, individual, corporativa, comunitaria, económica, cultural, religiosa, étnica,...).

LOS PROCESOS ASCENDENTES (*BOTTOM-UP*) DE DESARROLLO

En los procesos ascendentes de desarrollo (Tabla nº 1), la dimensión de “integración” constituye una importante fuente de capital social, ya que capacita a los miembros de una comunidad local a intercambiar entre sí servicios y recursos escasos —desde información para encontrar empleo, hasta el cuidado de los niños o la utilización común del transporte—. Cuanto más intensos sean tales lazos de integración social en una comunidad y más se extienda la mutua confianza entre sus miembros, mayor será el stock de esta forma de capital social. No obstante, surge un dilema, por cuanto que más capital social de este tipo no necesariamente significa que sea la mejor vía para el éxito de las estrategias de desarrollo. Por ejemplo, si el sentimiento de confianza mutua y el intercambio de servicios y recursos se extienden sólo a los miembros de la familia o a los parientes más cercanos, no es probable que eso sea un factor positivo para el desarrollo de la comunidad, ya que lo único que hace es reforzar las lealtades étnicas y familiares de los individuos, desincentivando la movilidad social y las relaciones extragrupalas.

Esta situación, típica de las comunidades campesinas, fue calificada por R. Bandfield (1958) de *familismo amoroso*, dándose en ella un alto nivel de enraizamiento comunitarista e “integración social”, pero la ausencia de autonomía y “conexión socioinstitucional”. Esta noción se ha utilizado para explicar el escaso impacto que tiene en las estrategias de desarrollo local la existencia de una alta densidad asociativa de tipo primario (basada en peñas, asociaciones recreativas, cofradías, asociaciones religiosas,...) en una determinada sociedad, dado que es una red enraizada en lazos comunitaristas que da pocas posibilidades a las relaciones extragrupalas. Asimismo, es una idea también utilizada para el debate sobre los riesgos de introducir en los países en vía de desarrollo las polí-

TABLA 1			
Estrategias bottom-up (ascendentes) del desarrollo			
		Integración social (relaciones intracomunitarias)	
		Nivel bajo	Nivel alto
Conexión (relaciones extracomunitarias)	Nivel bajo	Individualismo amoral	Familismo amoral
	Nivel alto	Anomia	Oportunidades de autonomía
<i>Fuente: A partir de ilustraciones de Woolcock (1998).</i>			

ticas que, al estilo de los programas Leader de la UE, dan mucho protagonismo a la sociedad civil, ya que, en ausencia de una sociedad civil autónoma y bien articulada, tales estrategias ascendentes pueden ser monopolizadas por las oligarquías locales y sus redes de clientelismo (Graziano da Silva, 2002; Ortega y Marcio Nunes, 2005).

Otra situación, bastante rara es verdad –y que M. Woolcock cita utilizando el excelente análisis realizado por la antropóloga M. Mead de la tribu IK en Uganda–, es la que algunos autores han denominado *individualismo amoral*, en la que no hay un sentimiento generalizado de confianza mutua entre los ciudadanos de una comunidad –y ni siquiera confianza entre los miembros de una familia– y en la que los individuos viven, por alguna circunstancia, aislados de toda forma de red social. Es una especie de situación hobbesiana en la que están ausentes tanto la dimensión de “integración social”, como la dimensión de “conexión socioinstitucional”, situación que, en el caso de las sociedades avanzadas, puede observarse en los grupos de los “sin techo” o de algunos pobres que se dedican a la mendicidad.

Una tercera situación, generalmente asociada a la llegada masiva de nuevas poblaciones a los barrios urbanos, es la de “anomia”, donde los individuos tienen libertad (recién conquistada) y oportunidades para participar en un amplio rango de actividades, pero carecen de una base estable de valores comunitarios que los guíen, apoyen y den identidad a sus acciones. Es una situación en la que está presente la dimensión de “conexión socioinstitucional” –en la forma de unos individuos que, a su modo, se buscan la vida a través de una amplia gama de relaciones con otros

sujetos y de aprovechamiento de las oportunidades que le ofrece el entorno institucional-, pero no la de “integración social”. Todos los estudios empíricos realizados a ese respecto con comunidades de inmigrantes muestran que allí donde no hay suficiente “identidad comunitaria” –en forma de redes sociales o familiares de apoyo–, el arranque de las estrategias de desarrollo es muy difícil y suelen tener poco éxito en lo que se refiere a sus efectos sobre la comunidad local. En comunidades pobres, por tanto, es necesario que se dé una adecuada combinación de “conexión” y de “integración”. Trasladando las reflexiones sobre esta tercera situación a las dinámicas de desarrollo en las zonas rurales cabe destacar el caso de emprendedores individuales que, aprovechando sus buenas conexiones con el entorno socioeconómico e institucional exterior, han sabido tener éxito en sus iniciativas, pero cuyo esfuerzo, aislado del conjunto de la comunidad local, ha tenido un impacto limitado en el desarrollo del territorio al no haber servido para impulsar proyectos más amplios de cooperación. En otros casos, sin embargo, estas iniciativas individuales han sido auténticos revulsivos y motores del desarrollo al haber sabido “integrarse” en el territorio aprovechando los recursos productivos y humanos disponibles^{viii}.

M. Granovetter (1985) estudió estos dilemas *bottom-up* del desarrollo observando que los individuos y grupos que intentan crear empresas y emprender proyectos colectivos se enfrentan, por un lado, al problema de la insuficiente solidaridad entre ellos –que genera una falta de confianza–, y por otro, al problema de la solidaridad incontrolada –que produce excesivas demandas de tipo clientelar no guiadas por criterios de racionalidad–. En estas comunidades, para que tengan éxito las estrategias de desarrollo, los grupos e individuos necesitan forjar y mantener relaciones que trasciendan el ámbito de su grupo primario de pertenencia. Un stock de capital social en la forma de “integración” puede ser útil en una primera fase, ya que permite iniciar las estrategias de desarrollo, pero debe ser complementado más tarde con la construcción de nuevas formas de capital social basadas en el establecimiento de lazos y “conexiones” (*linkages* en la terminología de M. Woolcock) –con grupos e instituciones externas a la propia comunidad. En el área de los estudios sobre el desarrollo de las zonas rurales, se ha comprobado cómo unas estrategias ascendentes adecuadas pueden hacer que los individuos y grupos se identifiquen con una idea supramunicipal de comarca –ya sea construida sobre bases culturales, ya sea sobre bases meramente instrumentales– que trascienda el ámbito de las identidades locales y sea el caldo de cultivo propicio para abordar proyectos de coo-

peración interterritorial. Este es el caso de ámbitos territoriales donde no hay una clara identidad comarcal ni ha existido nunca una cultura de cooperación entre municipios –bien porque los municipios son lo suficientemente grandes como para considerarse autosuficientes y ser comarcas en sí mismos, o bien porque los municipios son demasiado pequeños y aislados entre sí–; en estos casos, unas estrategias adecuadas de desarrollo permiten inducir la cooperación intermunicipal en pro de una visión más amplia de los problemas comunes al territorio.

LOS PROCESOS DESCENDENTES (*TOP-DOWN*) DE DESARROLLO

Las dinámicas internas de las comunidades rurales que emprenden proyectos de desarrollo no suceden aisladas, sino en contextos históricos concretos y en específicos sistemas políticos de regulación que pueden fortalecer o socavar la capacidad de los grupos e individuos de la sociedad civil para organizar sus propios intereses colectivos. A su vez, tales grupos pueden jugar un importante papel en la configuración y resultados de las políticas públicas. La naturaleza de las relaciones sociales es, por tanto, crucial para comprender tanto los proyectos y posibilidades de los actores socioeconómicos, como su eficacia en conformar la voluntad y capacidad del Estado –y otros grandes actores corporativos– para actuar de un modo favorable al desarrollo. Centrarse en analizar las condiciones que hacen posible una mejor complementariedad y cooperación efectivas entre el Estado y la sociedad civil, y más generalmente entre los sectores público y privado, nos ayuda a forjar una vía intermedia entre los rígidos modelos socialistas, las prescripciones comunitaristas y las simplistas doctrinas del libre mercado, a la hora de explicar los problemas del desarrollo. La vía que propone M. Woolcock permite comprender mejor la función que desempeñan las relaciones Estado-sociedad en los procesos de desarrollo, arguyendo que, en la práctica de estos procesos, se da una diversidad de resultados según cómo se combine el tipo de estructura organizacional del Estado y su articulación con la sociedad civil. Al igual que se hizo en el análisis de los procesos *bottom-up*, tal diversidad es analizada por M. Woolcock combinando las distintas dimensiones del capital social (ver Tabla nº 2) en una especie de gradación de situaciones, que ilustra con distintos ejemplos de países en vía de desarrollo.

La primera situación, que sería la más desfavorable para emprender políticas de desarrollo, es la de los que M. Woolcock denomina “Estados

TABLA 2			
Estrategias top-down (descendentes) del desarrollo			
		Eficiencia organizacional (eficiencia de las instituciones)	
		Nivel bajo	Nivel alto
Sinergia institucional (cooperación Estado/ sociedad civil)	Nivel bajo	Anarquía (Estados colapsados)	Ineficiencia (Estados débiles)
	Nivel alto	Corrupción, nepotismo, expoliación (Estados depredadores)	Cooperación, interlocución, (Estados favorables al desarrollo)

Fuente: A partir de ilustraciones de Woolcock (1998).

colapsados” –utilizando el término de I. Zartman (1995)–, poniendo como ejemplo algunos países pobres donde reina la anarquía y donde la presencia de los poderes públicos a nivel local es prácticamente inexistente; es una situación en la que, utilizando los conceptos de M. Woolcock, se diría que no hay ni “eficiencia organizacional” ni “sinergia institucional”.

Una segunda situación es la que, tomando el término utilizado por P. Evans (1992), podría denominarse “Estados depredadores”, en la que hay Estado, pero no una burocracia estatal competente y eficiente a nivel local, lo que conduce a corrupciones rampantes y a la expoliación de la propiedad privada y los bienes comunales (donde los hubiera) y a la violación de los derechos humanos. Utilizando la terminología del marco teórico de M. Woolcock, diremos que ésta es una situación en la que hay un aceptable nivel de “sinergia institucional” –hay un aparato estatal formalmente constituido y bien relacionado con las instituciones de la sociedad civil, y hay cooperación entre éstas–, pero no hay nada de “eficiencia organizacional” –el aparato estatal es poco eficiente e incluso corrupto, y las estructuras administrativas de las asociaciones civiles acaban también impregnándose de esa cultura de la ineficiencia y el clientelismo–; esta situación puede encontrarse en muchos países en vías de desarrollo, donde las oligarquías locales campean por sus respetos atrapando los recursos de los programas de desarrollo rural ante la mirada ingenua de las ONG (Graziano da Silva, 2002).

Una tercera situación es la de los Estados (o comunidades) débiles e ineficientes (Migdal, 1988), en la que se da un aceptable e incluso ele-

vado nivel de “eficiencia organizacional” –hay aparatos estatales, gestionados de forma eficiente por funcionarios sometidos al imperio de las leyes, que impregnan de esa cultura de la eficiencia al resto de las asociaciones de la sociedad civil–, pero donde se aprecia un casi inexistente nivel de “sinergia institucional” –no existe cooperación entre las organizaciones de la sociedad civil, ni se da una adecuada interacción con la sociedad civil, bien porque el aparato estatal no es capaz de responder adecuadamente a las demandas de los ciudadanos, bien porque la sociedad civil no está lo suficientemente articulada como para plantear iniciativas viables de desarrollo–. Esta situación es frecuente en algunas comunidades rurales atrasadas, donde su débil vertebración hace que los programas de desarrollo inducidos desde los poderes públicos no encuentren la receptividad necesaria para hacerlos viables una vez desaparecida la inicial tutela estatal. De este modo, los proyectos de desarrollo acaban siendo proyectos permanentemente asistidos, que duran lo que dura el apoyo público.

Algunos enfoques de la teoría del desarrollo ven en estas tres situaciones al Estado como el problema y no como la solución. Pero, según M. Woolcock, sería necesario analizarlas desde esa otra tradición, hoy algo ya olvidada, que ve al Estado, al mercado y a la sociedad civil, como productos de un entorno institucional y cultural históricamente dado, pero también como factores que contribuyen a la creación de dicho entorno. Desde ese punto de vista, sería teóricamente posible definir una cuarta situación en la que se produce una interacción dinámica y sostenida entre, de un lado, un Estado competente y responsable de sus funciones, y, de otro, los distintos ámbitos de la sociedad civil a los que presta sus servicios. Es ésta una situación que podría identificarse como la más favorable al desarrollo, donde se da un elevado nivel tanto de “sinergia institucional” como de “eficiencia organizacional”. En ella emerge una estructura institucional favorable al desarrollo, gracias a que el Estado establece un marco adecuado para canalizar las demandas de la sociedad civil mediante un proceso continuo de negociación e interlocución (es lo que P. Evans, 1995, llama *embedded autonomy*) asegurando tanto la gobernabilidad de los procesos políticos como la gobernanza en la gestión de los asuntos públicos (Uslaner, 1999). Esa dinámica cooperativa impregna las iniciativas individuales y posibilita el encuentro entre instituciones locales tradicionalmente separadas, induciendo el debate y la reflexión sobre los problemas del territorio desde una perspectiva supralocal. La cooperación entre los responsables políticos de distintos municipios para definir estrategias de desarrollo comarcal que trasciendan el ámbito local en

un contexto marcado por la globalización, es un buen ejemplo de este tipo de situaciones (Moyano y Garrido, 2003)^{ix}.

Es importante señalar que si bien este tipo de enfoque se centra en las relaciones Estado-sociedad civil, lo que en él se dice puede ser válido para cualquier otra forma de procesos de desarrollo ascendentes en los que se implican agencias no gubernamentales que tienen que relacionarse con los grupos e individuos de las comunidades rurales a las que dirigen sus programas. De ahí que las conclusiones de los estudios realizados desde este enfoque tengan gran utilidad para explicar una amplia gama de dinámicas de desarrollo en zonas rurales: desde aquellas en las que el protagonismo lo asume el Estado a través de políticas públicas directamente aplicadas por su aparato estatal, hasta aquellas otras en las que el protagonismo lo asumen los propios grupos organizados de la sociedad civil o incluso las organizaciones no gubernamentales (ONG) que actúan en dichas zonas.

Después de haber analizado por separado los dilemas *bottom-up* y *top-down* del desarrollo, M. Woolcock apuesta por una combinación de ambas estrategias como forma solvente de asegurar el éxito de las políticas de desarrollo. Señala, que, en muchas ocasiones, el fracaso de esas políticas se debe a que no se resuelven adecuadamente y de forma integrada los dilemas que acompañan a esos dos niveles del proceso de desarrollo: en unos casos, se centran en resolver los dilemas *bottom-up*, pero olvidan los *top-down* y viceversa.

CONCLUSIONES

Las teorías sobre los procesos de desarrollo han intentado explicar por qué algunas sociedades son capaces de crear y mantener entornos institucionales que conducen al éxito de tales procesos y al bienestar de su población y otras no. Con esa finalidad han analizado las condiciones que hacen posible en una sociedad la existencia de unas relaciones adecuadas de interlocución entre los poderes públicos y la sociedad civil, es decir, unas relaciones que permitan la participación de los distintos actores socioeconómicos en los procesos políticos de toma de decisiones a nivel local y que, al mismo tiempo, eviten el monopolio de las élites y favorezcan la implicación sin exclusiones de todos los grupos sociales en la definición de las estrategias de desarrollo. Si el “capital social” lo hemos definido como un determinado tipo de relaciones personales e institucionales en una comunidad, y si hemos planteado la idea de que puede ser

un recurso positivo o negativo para el desarrollo, la cuestión sería conocer cuáles son las condiciones que hacen posible la existencia de un capital social favorable. Lo importante a tener en cuenta es que tales condiciones son condiciones históricas, y por tanto sometidas a procesos cambiantes, de tal modo que hoy pueden acrecentar el stock de capital social de una comunidad, pero mañana erosionarlo. De ahí que sea necesario estudiarlas en cada caso, desagregando sus distintas dimensiones (integración, conexión, sinergia y eficiencia), desentrañando sus raíces sociales y culturales y analizando el entorno en el que deben desenvolverse.

Las teorías del desarrollo que dominaron en los años 70 y 80, y parte de los 90, y que enfatizaban la importancia del libre mercado, de las privatizaciones y de los gobiernos democráticos mínimos en las estrategias desarrollistas, han dado muy poca importancia a esos otros factores ligados a las dimensiones del capital social que hemos estudiado aquí. Las diferencias entre unos países y otros en materia de desarrollo no pueden ser explicadas ni por las teorías neoutilitaristas —que dicen que eso es debido simplemente a que los agentes implicados tienen distintas actitudes hacia la cooperación y que el Estado es el problema y no la solución—, ni por las explicaciones culturales de las teorías de la modernización, ni por los argumentos de las teorías de la dependencia —que enfatizan la importancia de la explotación centro-periferia—. Para comprender esas diferencias, señala M. Woolcock (2000), se debe incorporar un análisis de las relaciones sociales existentes en cada comunidad y de la naturaleza histórica de las relaciones Estado-sociedad civil dentro de ella. Es imposible comprender las posibilidades de unas políticas de desarrollo sin conocer las características de las relaciones sociales existentes tanto en el nivel micro como macro, ni sin saber cómo se articulan estos niveles entre sí, ni cómo ese tipo de articulación ha emergido históricamente en cada comunidad*.

Combinando diversas tradiciones teóricas, el enfoque moderno del capital social ofrece un marco teórico de gran utilidad para responder a esas cuestiones, siempre que tengamos en cuenta cuáles son los fundamentos básicos de este enfoque. Por ello, creemos que los trabajos sobre capital social deberían centrarse menos en el debate sobre las definiciones —debate hasta ahora fértil para clarificar ideas y nociones, pero que corre el riesgo de agotarse— y más en estudiar las fuentes de donde surge, ya que, como hemos señalado a lo largo de este artículo, los costes y beneficios del capital social suelen presentarse asociados a una determinada fuente, cuya funcionalidad para el éxito de los procesos de desarrollo puede cambiar a lo largo de tales procesos. Así, una determinada fuen-

te de capital social –por ejemplo, unas relaciones sociales basadas en una estrecha integración entre los miembros de una comunidad–, que en una primera fase produce efectos beneficiosos para el desarrollo, puede, cuando el proceso esté más avanzado, producir costes y perjuicios para la continuidad de dicho proceso.

Por eso, es muy importante tener en cuenta el contexto de las políticas de desarrollo –si es un contexto marcado por estrategias ascendentes o descendentes o por una combinación de ambas– para ver en qué sentido pueden desplegarse las relaciones sociales e institucionales favorables para el éxito de una determinada estrategia o programa de actuación en una comunidad concreta. Como señala M. Woolcock (1998 y 2000), los resultados (positivos o negativos) de una determinada combinación de relaciones sociales e institucionales pueden ser un buen indicador del capital social existente en una comunidad, pero sólo eso, un indicador, que no debe ser confundido con el capital social que refleja. El capital social es precisamente esa combinación de relaciones sociales, una combinación que no es a priori ni buena ni mala, sino que sus consecuencias dependen del estadio en que nos encontremos del proceso de desarrollo y del contexto en el que se despliega. Sabiendo eso, unas políticas adecuadas de desarrollo pueden intervenir sobre las dimensiones del capital social en una comunidad, favoreciendo aquella combinación de relaciones sociales e institucionales –es decir, un determinado tipo de capital social– que sea más positiva para el crecimiento económico, la dinámica participativa, la eficiencia del aparato estatal,...

En definitiva, las diferencias entre unas zonas rurales y otras en materia de desarrollo pueden comprenderse mejor cuando se las ve como resultado de procesos históricos en los que se da una determinada combinación de relaciones sociales e institucionales. La estructura del Estado, la naturaleza y grado en que éste se implica en la sociedad civil y la forma en que ésta se estructura al nivel de las comunidades rurales, son los factores clave que explican el éxito o el fracaso de los procesos de desarrollo en estas zonas. Como señala A. Greif (1994), el crecimiento económico no es una simple función de la tecnología y las preferencias de los ciudadanos, sino un complejo proceso en el que la organización de la sociedad juega un papel significativo, pero que refleja, a su vez, procesos económicos, culturales, políticos e históricos; de ahí que sean muy convenientes los estudios históricos comparados. Estos factores han sido considerados por algunos enfoques de las teorías de desarrollo como epifenómenos, dándoles una importancia secundaria, en beneficio de los resultados macroeconómicos de las políticas desarrollistas. Las más recientes

aproximaciones a los problemas del desarrollo, como esta del capital social, prestan atención a las bases institucionales de estos procesos, sin que ello signifique negar la importancia que tiene obtener unos resultados macroeconómicos adecuados.

En resumen, el enfoque desarrollado por M. Woolcock, ampliando las dimensiones del capital social, tiene el mérito de posibilitar la entrada de los aspectos sociopolíticos en una aproximación multidisciplinar a los problemas del desarrollo en zonas rurales. Antropólogos, economistas, historiadores, sociólogos, politólogos, geógrafos y responsables políticos, tienen posibilidad de participar en un debate común sobre estos problemas gracias precisamente al marco que ofrece este enfoque amplio del capital social.

DESARROLLO Y REESTRUCTURACIÓN RURAL: REFLEXIONES ACERCA DEL DESARROLLO LOCAL DE LAS ÁREAS RURALES¹

Luis Camarero, Manuel González***

**UNED.*

***Universidad Pablo de Olavide.*

¹ El presente texto tuvo su origen en la ponencia presentada en el VII Congreso Nacional de Sociología de Alicante (2003) que fue publicada en la revista Sociología de la Universidad de Porto. El debate en el grupo de Sociología Rural y su discusión en el Seminario de Estudios Rurales motivaron una nueva redacción más completa, que en algún caso hizo que afirmaciones anteriores fueran en este documento no sólo matizadas sino incluso contradichas. Agradecemos a todos y a todas que han intervenido en los debates sus sugerencias y especialmente sus críticas.

El desarrollo rural suele ser considerado un caso particular y específico de desarrollo local. Aun más, es concebido como la expresión paradigmática e ilustrativa de éste, dado que, comparativamente, las comunidades rurales suelen suponerse relativamente más simples. La importancia que tiene la consideración localista del desarrollo rural la pone en evidencia que, por ejemplo, los principales programas de desarrollo rural –LEADER o PRODER–, se gestionen mediante los denominados Grupos de Acción Local. En la misma línea resulta expresivo el hecho de que sobre el desarrollo rural se hayan venido añadiendo continuamente adjetivos que redundan en su carácter de desarrollo pensado localmente: endógeno, integrado. Las líneas que siguen muestran, sin embargo, algunas de las dificultades e inconvenientes que produce la reducción y simplificación del desarrollo rural a un enfoque únicamente local.

En un texto anterior (Camarero y González: 2005) se mostraron algunos procesos socioeconómicos que afectan y caracterizan la realidad actual de las áreas rurales españolas. Procesos como la dualidad urbano-rural de los agricultores, la creciente masculinización de las áreas rurales o el carácter claramente extralocal de los mercados laborales rurales. Así se pone en evidencia que existe un proceso creciente de urbanización de los agricultores, pero además que los agricultores residentes en núcleos urbanos tienen perfiles claramente distintivos: son jóvenes y están insertos en una agricultura de carácter más productivo e industrializada, frente a los agricultores rurales, envejecidos y cuya actividad viene determinada por otros condicionantes. Es decir, existe una desvinculación entre residencia rural y actividad agraria. Los estudios de commuting rural señalan que la mayor parte de los activos rurales trabajan fuera de la localidad².

Además de síntomas reveladores de la nueva relación que se establece entre áreas rurales y urbanas, estos procesos que configuran la forma

² Más de la mitad de los residentes rurales cambia diariamente de municipio de residencia por motivos laborales. (Camarero y Oliva: 2005). Un análisis más detallado sobre la intensidad del commuting rural puede verse en Oliva (2006).

actual de las estructuras sociales del medio rural, no pueden ser explicados sino por procesos de orden general, por los cambios sociales y económicos experimentados por la sociedad española. En este sentido estos procesos demandan marcos explicativos y causales que superan con creces el ámbito diferencial de los propios espacios y sociedades rurales y, por ende, su carácter local. Así, por ejemplo, los mercados laborales o los cambios en las actividades y en las estructuras productivas de las áreas rurales –lo que ha venido denominándose reestructuración rural–, sólo pueden ser comprendidos en los nuevos contextos de lo que de forma simplificada ha venido llamándose sociedad de la información. Sociedad que se caracteriza, entre otras cosas, por la creciente desvinculación entre las actividades y el espacio. Sin embargo este creciente distanciamiento entre actividades y espacio es producto de los procesos de globalización económica y social del mundo contemporáneo.

Precisamente por ello, la reducción del desarrollo a marcos locales resulta insuficiente por el carácter transversal y territorialmente amplio de los distintos procesos socioeconómicos. Con todo, simultáneamente se constata una importante emergencia de las identidades locales. Emergencia que se interpreta como reacción a los propios procesos de globalización económica y, sobre todo, social. Y en este sentido la puesta en valor de lo local resulta fundamental como propia estrategia de desarrollo rural.

Es decir, el carácter local del desarrollo rural resulta paradójico. Por una parte observamos que el funcionamiento de las sociedades rurales no puede reducirse al ámbito de la comunidad local y por otra parte se destaca la crucial importancia que lo local tiene en el desarrollo económico de las áreas rurales.

Distintos estudios comparados a nivel europeo comienzan a preguntarse por el carácter local del desarrollo rural. El proyecto DORA (Dynamics of Rural Areas) llevado a cabo por el Instituto Arkelton (Bryden y Hart, 2003), o el estudio RUREMPLO (Vid. Terluin y Post: 2000 y Terluin, 2003). RUREMPLO investiga 18 áreas de estudio de la Unión Europea Continental³. Esta amplia investigación analiza las dinámicas de empleo a través de tres dimensiones –recursos locales, actividades económicas y actores–. Las conclusiones del estudio empírico apuntan a la existencia de un modelo combinado de desarrollo endógeno y

³ En lo que respecta a España se incluyen como casos de estudio Zamora, como región atrasada y Albacete como región innovadora. El proyecto DORA es más limitado y no incluye España.

exógeno, a la importancia del desarrollo comunitario así como al valor que tiene el capital local en su sentido más amplio⁴, conclusiones que coinciden con los planteamientos de Bryden, director del proyecto DORA.

Estos estudios vienen a mostrar, en consecuencia, la trascendencia de lo que se ha venido denominando como intangibles económicos o, desde otros ámbitos, economía postproductiva (Halfacree: 1997). Y aquí reside otra de las paradojas del carácter local del desarrollo: si precisamente buena parte del éxito y de las tendencias más recientes del desarrollo rural inciden en la puesta en valor de lo local, en el rescate de los elementos patrimoniales e históricos, en la incorporación de las identidades comunitarias y en el fortalecimiento de las redes sociales, todo ello adquiere sentido, es decir llega a tener valor en función de procesos de cambio cultural, léase posmodernos, generados en un ámbito global y en buena medida independientes de las comunidades locales.

En esta reflexión sobre las relaciones entre desarrollo rural y local se indagará primero en el sentido original y “latente” del desarrollo rural y en las interpretaciones teóricas sobre los cambios sociales de las áreas rurales. Y se señalará cómo el fuerte agrocentrismo, –político y teórico– es precisamente uno de los Talones de Aquiles del propio modelo de desarrollo, pero también la fuente de atribución de un carácter de desarrollo pensado localmente. A continuación se observará cómo la oportunidad económica de las áreas rurales, en su carácter actual de economía posproductiva –o en su versión más pragmática en términos de multifuncionalidad–, no es función exclusiva de lo que ha venido llamándose capitales intangibles. Precisamente este proceso de “capitalización” sólo es posible dentro del contexto de la inserción de las áreas rurales en los procesos globales de la economía del signo.

1. EL SURGIMIENTO DEL MODELO DE DESARROLLO RURAL

Las distintas crisis de la década de los 70 –energética primero e industrial después–, comienzan a evidenciar durante la década de los ochenta la dimensión global en la que se insertan las relaciones económicas. Evidentemente las áreas rurales no son inmunes a este proceso de globalización. En este contexto la “política rural”, como intención que tras-

⁴ Putnam (1993) habla de capital económico, humano y social. Bryden en un sentido más amplio los denomina “recursos inmovilizados”.

ciende a la política meramente agraria, alcanzará carta de naturaleza en la Unión Europea a través de la Comunicación de la Comisión al Consejo y Parlamento Europeo denominada "El futuro del mundo rural" (1988). Dicho documento presentará un análisis sobre el proceso de "reestructuración agraria" y distintas estrategias tendentes a la diversificación económica de las economías rurales.

Este documento inicial, de claro contenido político, servirá para justificar cambios en la PAC así como la reforma de los Fondos Estructurales. Reforma que propiciará la consolidación de la Iniciativa Comunitaria LEADER en 1991. Es en ese momento cuando comienza la preocupación y se originan las políticas para el desarrollo de las áreas rurales. Este documento destacaba tres grandes problemas de las áreas rurales europeas: la presión del mundo urbano, el declive rural y la existencia de zonas marginales. Sin embargo, una lectura atenta del documento muestra que bajo estos problemas se esconde fundamentalmente un modelo de política agraria.

Se constata así una paradójica situación: la alta productividad agraria y el declive de las áreas rurales. En este sentido conviene recordar que a principios de la década de los 80 se introducen los sistemas de cuotas en la producción de leche para comenzar a controlar la producción excedentaria. En Europa se observa que la producción alimentaria crece por encima de la demanda. Las políticas de desarrollo rural comienzan a sancionar el progresivo distanciamiento entre actividades agrarias y poblaciones rurales, es decir, bajo el epíteto de desarrollo rural se empieza a plantear un desarrollo agrario que se impone sobre las poblaciones rurales.

Para interpretar este cambio de óptica, que origina el modelo actual de desarrollo rural en Europa, conviene mirar hacia el exterior. El hecho clave para el establecimiento de políticas de desarrollo rural no agrarias lo produce la presión de Estados Unidos, léase las empresas y corporaciones que en él residen, por liberalizar el mercado mundial de productos alimentarios. Se acusa a Europa de producir mucho y de restar competitividad a las exportaciones alimentarias estadounidenses al tener una agricultura fuertemente subvencionada.

La clave reside en la Ronda de Uruguay del GATT que comienza en 1986. Como señalan Etxezarreta y Viladomíu (1997), es la primera vez que el GATT se ocupa de los temas agrarios. La Ronda de Uruguay duró siete años. Fueron precisamente las desavenencias entre Europa y Estados Unidos en materia de mercados agrarios quienes bloquearon un acuerdo que no llegó hasta 1994.

Dentro de este contexto, se elaboran las políticas de desarrollo rural,

y el origen e intención de estas políticas es una reconversión importante del sector agrario. Así, las medidas que se plantean bajo la denominación de mejoras estructurales tienden al establecimiento de un modelo industrial de agricultura. En este sentido hay que entender, por ejemplo, que empiecen las políticas de jubilación y abandono de tierras de titulares mayores o el fomento del corporativismo a través de las Organizaciones Comunes de Mercados.

Por otra parte, estas políticas insertan a la agricultura familiar en un modelo de complementariedad. Es decir la actividad agraria se prefiere en manos de grupos industriales mientras que de las familias agrícolas se solicita que reduzcan su producción –se reducen así los costes de la PAC–, y como alternativa de rentas se les implica en los procesos de desarrollo rural.

Resulta importante recordar los orígenes del desarrollo rural en Europa, y conviene tener presente que el desarrollo rural, antes que promovido por una lógica de mantenimiento del bienestar en las áreas rurales, es fundamentalmente un mecanismo de “intervención invisible” sobre el modelo de desarrollo agrario. Por una parte, fomenta el desmantelamiento de la agricultura familiar, globalizando definitivamente la agricultura europea. Y, por otra parte, mediante el mecanismo de la multifuncionalidad, continúa dirigiendo fondos a la actividad agraria que no son computables como subvenciones directas. Marsden et al. (1993) así lo muestran al hacer notar que la propuesta “original” de MacSharry, origen de la reforma de la PAC, se ve sustancialmente modificada. Tal propuesta casaba los objetivos sociales y ambientales con la reducción de la protección de los mercados exigida por el GATT. Así, el apoyo previsto para el mantenimiento de los pequeños productores se transfiere a los grandes.

Este mecanismo de “equilibrio”, que muestra unas intenciones y que tiene otras, desarrolla una importante confusión teórica. Confusión que, como se verá, procede de un análisis incompleto de los procesos de reestructuración rural y del papel efectivo de transformación que tiene la propia política de desarrollo.

Este modelo que caracteriza el devenir de la agricultura europea choca de plano con la realidad de buena parte de las áreas rurales, inmersas en un proceso de desagrarización en las que se van añadiendo otros usos y funcionalidades que son destacados desde la perspectiva de la reestructuración rural.

La situación de los 80 produce un importante cambio de visión en la relación entre agricultura y ruralidad en el contexto de la globalización.

De forma que, desde algunos ámbitos, comienza a señalarse la emergencia de un nuevo régimen agrario posproductivista.

2. LA HERENCIA DE LA REESTRUCTURACIÓN RURAL

De forma paralela a la implantación de las políticas de desarrollo rural tiene lugar el debate teórico sobre los cambios socioeconómicos de las áreas rurales, debate que será conocido como reestructuración rural. La tesis de la reestructuración, desde sus formulaciones iniciales –véase el texto recopilatorio de Marsden, Lowe y Whatmore (1990), precisamente titulado “*rural restructuring*”⁵–, tiene una amplia difusión. Además de los cambios en el modelo agrario, muestra la diversificación de actividades, el cambio de usos territoriales, las variaciones en las tendencias de emigración rural o fenómenos como la contraurbanización. Todo ello desde una perspectiva teórica –el regulacionismo– y un interés aplicado –el desarrollo local– y la incorporación de la metodología de actores. Clocke y Goodwin (1992) señalan de forma sintética la agenda de la reestructuración a través de tres preguntas: qué ofrecen las áreas rurales a la acumulación de capitales en el orden de regulación posfordista –reestructuración económica–, qué ofrecen las áreas rurales en el plano de las identidades postmodernas –reestructuración sociocultural⁶– y, en tercer lugar, qué hace el estado para hacer las áreas rurales atractivas y porqué –reestructuración política–.

La tesis de la reestructuración origina un intenso debate sobre la transición del régimen productivista al posproductivista. El “régimen agrario productivista” (Lowe et al. 1993; Marsden et al. 1993) se define como “un compromiso hacia una agricultura expansionista e intensiva, dirigida industrialmente, con el territorio dedicado principalmente a la producción y al aumento de la productividad” (Lowe et al. 1993). Este modelo se origina en la posguerra y comienza a evidenciar fuertes contradicciones en la década de los ochenta, pues produce excedentes y no elimina la marginalidad de las áreas rurales.

El modelo posproductivista o régimen posproductivo agrario (PPAR) en palabras de Wilson (2001) resulta conceptualmente antagónico al régi-

⁵ Una anticipación de los principales cambios puede encontrarse en otro recopilatorio Bradley y Lowe (1984).

⁶ Se trata de la transposición del “self” postmoderno en el concepto de “idilio rural”.

men productivista. En este sentido se señala: ideológicamente, la pérdida de la centralidad de la agricultura en la sociedad; la diversidad de los actores que intervienen en la regulación, pues frente al monopolio de las organizaciones corporativas agrarias ahora intervienen también otros grupos políticos urbanos; y en cuanto a la producción agraria, el cambio de las lógicas de industrialización y estandarización por otras de diversificación, pluriactividad y, especialmente, el ocaso del pensamiento de autosuficiencia alimentaria nacional. Es decir, de un modelo agrario que responde a intereses exclusivamente agrarios, el modelo posproductivista pasa a ser un modelo en el que la agricultura se inserta más allá de la producción alimentaria: una agricultura no destinada únicamente para alimentar los sistemas urbano-industriales, y un medio rural destinado al mantenimiento de la calidad ambiental y alimentaria basado en la diversidad.

Esta interpretación vinculada al pensamiento productivo agrario sigue sosteniendo la importancia que tiene la agricultura como fuente principal y, en alguna medida, reivindicando su papel de liderazgo en el desarrollo rural. No es de extrañar que desde esta concepción distintos autores señalen que los agricultores siguen actuando productivamente. Véase el irónico artículo de Walford (2003) titulado: “El productivismo ha muerto. Larga vida al productivismo”.

Sin embargo, frente al régimen posproductivista existe otra línea heredera y a la vez seminal de la reestructuración rural que incorpora el cambio cultural de las sociedades contemporáneas –léase posmodernidad– y cuyos exponentes son Murdoch y Pratt (1993 y 1994), en el debate que establecen con Philo (1992 y 1993), y otros autores como Halfacree (1995 y 1997). Esta línea ha sido por lo general muy contestada, o quizás dicho de forma más precisa, ha resultado incómoda para la mayor parte de los autores. La incomodidad de estas líneas de investigación deviene en el hecho de que centran sus análisis en un espacio que es comprendido a través de su construcción social, de la proyección de identidades sobre él. Así, el espacio rural es un espacio social no necesariamente agrario. En último término, en el caso de Philo, abren la investigación a grupos y colectivos sociales que aparecen invisibilizados en las áreas rurales. En definitiva, los conceptos clásicos de “comunidad” o “localidad” son concebidos no como categorías anteriores a la reflexión sino como categorías políticas.

Pero esta línea, tal vez hoy periférica en los estudios rurales, resulta central para comprender los ejes de investigación y de desarrollo actuales del desarrollo rural, como se verá en las páginas que siguen. Acaso,

¿no es la principal estrategia de desarrollo la atribución de identidades a espacios locales?

Sin embargo, la mayoría de los analistas han optado por una línea que podría denominarse pragmática y, así, olvidarse o evitar la reflexión en torno a los procesos sociales que configuran la ruralidad actual. Y admitir, sin mayor preocupación, que el cambio en las áreas rurales es producto fundamentalmente de la acción de las políticas de desarrollo. En este sentido, resulta claramente llamativa la sustitución progresiva, pero sancionada político-administrativamente, de la noción de posproductivo por multifuncional⁷.

El cambio que ha centrado la atención de los analistas rurales ha sido el proceso de desagrarización social. La diversificación de actividades no ha sido sino otra forma de llamar al proceso de desagrarización. Desagrarización significa que la actividad agraria pierde la centralidad que tiene en la organización social, territorial y política para las poblaciones residentes en el medio rural. El término “diversificación de actividades” mantiene una importante inercia conceptual respecto de la ruralidad agrarizada. Llamada diversificación unas veces, pero también “actividades complementarias”, y en la actualidad agricultura multifuncional, ha sido habitualmente utilizada como sinónimo de este proceso de cambio. Para este conjunto de autores, son las políticas de desarrollo rural quienes efectivamente están transformando el medio rural, y estas políticas tienen la oportunidad de seguir manteniendo el equilibrio de las sociedades rurales. Si bien la agricultura pierde peso es una actividad compatible y sustentadora de otros usos ambientales, alimentarios y recreativos. El agricultor deja de ser únicamente productor agropecuario para convertirse en multiproductor vinculado al territorio. En el fondo, desde esta perspectiva se presupone la mutua dependencia de lo rural y lo agrario. Pero así se invisibiliza cualquier otro proceso de cambio⁸ y se condena al desarrollo rural, en cuanto proceso social de cambio, a un tipo de desarrollo reducido a lo local y dependiente políticamente de los grupos socioeconómicos dominantes.

⁷ Un seguimiento de este debate en la geografía rural puede seguirse en McCarthy (2005).

⁸ Pero recuérdese que el debate de la reestructuración y el posterior modelo posproductivo iban más allá. En primer lugar partían de la constatación de tendencias preexistentes e independientes de las propias iniciativas de desarrollo rural. En segundo lugar el proceso de reestructuración era producto de los procesos que operaban en el nuevo modo de organización de los sistemas capitalistas en el contexto de la globalización y sobre modelo algunos autores añadían la incidencia del cambio cultural de las sociedades postindustriales.

3. MÁS ALLÁ DE LA REESTRUCTURACIÓN RURAL: LA IMPORTANCIA DE LOS ELEMENTOS SIMBÓLICOS, RELACIONALES E INSTITUCIONALES EN EL DESARROLLO RURAL

En las últimas décadas se han sumado numerosas y autorizadas voces (Polanyi, 1992; Grannovetter y Swedberg, 1992; Mingione, 1994; Callon, 1998; Bourdieu, 2003) a la crítica de la visión estrictamente mercantilista de la economía. Entre otras consecuencias, ello ha facilitado la comprensión de los contenidos socioculturales en los objetos y procesos económicos, hasta el punto de que algunos autores han comenzado a definir el modelo económico actual como un “capitalismo cultural” (Rifkin) o “economías de signos y espacios” (Lash y Urry, 1996). Economía de signos en cuanto el énfasis en la producción material –de objetos– se desplaza a la producción de significados –el significado de los propios objetos, de determinadas prácticas–. Los signos se conjugan con el espacio en la medida en que éste, como territorio, es un soporte privilegiado de significados –natural, singular, marginal, tradicional, mítico...–, los cuales se transfieren a los productos de ese territorio o a las prácticas que en él se realizan⁹.

La integración del desarrollo rural en el marco de las economías de signos y espacios se puede explicar, en principio, por el hecho de que el conjunto de una economía local tiene una fuerte dependencia de la imagen territorial en cuanto imagen colectiva. Esto permite transferencias de unas empresas, actividades o sectores, a otros dentro del ámbito local o regional¹⁰. Sin embargo, una situación de interdependencia no es necesariamente sinónimo de cooperación consciente y voluntaria, ya que una imagen territorial de marca se va a configurar por la suma de las acciones de los productores o las empresas locales, establezcan o no relaciones cooperativas intencionales entre ellos. A pesar de los factores que refuerzan la integración local no todo es idílico en las economías territoriales, ya que a menudo se observa como los distintos agentes económicos de una zona compiten

⁹ En esa producción cultural, en lo que afecta al medio rural, se utilizan a menudo atributos como natural –“turismo verde”–, típico –“pan de pueblo”–, tradicional –“receta tradicional”–, identitario –“nuestra leche”, “de nuestra tierra”–...

¹⁰ Por ejemplo, la imagen de calidad de las producciones agroalimentarias del Bierzo (León), de Navarra, o el “Label” de Galicia Calidade, que abarca una gran diversidad de productos.

por recursos escasos —como pueden ser el suelo o el agua¹¹—, o a veces se van a plantear problemas de compatibilidad de usos entre las distintas actividades.

Abundando sobre la dimensión relacional del desarrollo local, los teóricos de este ámbito señalan la importancia de las relaciones personales, cara a cara, entre los agentes económicos, lo que se ha venido a denominar como reciprocidad (Polanyi, 1989; Mingione 1994). En las economías rurales ese carácter recíproco se ve todavía más remarcado por la pequeña escala, lo que a veces lleva a la personalización de los conflictos, aunque también facilita la puesta en práctica de mecanismos informales que permiten satisfacer intereses concurrentes. Sobre la existencia de estos fenómenos en localizaciones industriales se dispone de abundantes experiencias —como en el caso de los “distritos industriales” de la “Tercera Italia” (Becattini, 1988)—. Lo que es relativamente novedoso es su identificación en las zonas rurales, especialmente en aquellas de carácter emergente en torno a actividades distintas de la industria (González Fernández, 2002).

Otro elemento de las nuevas economías rurales es el cambio cualitativo y la creciente expansión de la intervención estatal, en un contexto general marcado por las políticas neoliberales, paradójicamente poco favorables a ésta. Intervención cada vez más asentada y normalizada, reconocible por la multiplicidad de agencias que tienen presencia en los espacios rurales —como la UE, el Estado, las autonomías, entes supramunicipales, ayuntamientos—, las cuales desarrollan diferentes funciones de modernización de infraestructuras y servicios, regulación de la actividad económica o apoyo a la iniciativa privada. Todo ello a través de la promoción del desarrollo rural, con las medidas contenidas en las políticas y programas comunitarios, estatales y autonómicos.

Como consecuencia de todo lo anterior, lo que algunos, desde una perspectiva indudablemente modernista, denominaban como “mundo rural” caracterizándolo como atemporal, inalterable en su esencia y decadente, ha cambiado sin desaparecer. Se nos muestra, si lo miramos de manera atenta y detallada, como un conjunto variado de escenarios sometidos a profundos procesos de cambio socioeconómico (ver cuadro 1), que trascienden hasta permitir que la sociedad construya una representación general de la ruralidad en términos a menudo positivos.

¹¹ Véase sobre el caso del agua: Pedreño et al. (2005).

CUADRO 1

Los grandes procesos socioeconómicos de cambio en el medio rural

Proceso	Transformación que implica
Reestructuración	<ul style="list-style-type: none"> - Conexión e integración con el sistema económico global. - Diversificación de sectores y actividades. - Reorganización local (empleo, innovación, división espacial del trabajo)
Intervención estatal	<ul style="list-style-type: none"> - Intervención administrativa y regulación de las actividades económicas. - Incremento de las agencias administrativas con presencia (UE, Estado, Autonomías...). - Diversificación de las funciones de la administración a escala local (infraestructuras, regulación, promoción del desarrollo...).
Semantización	<ul style="list-style-type: none"> - Reforzamiento del papel del territorio como soporte de significados. - Transferencia de los valores territoriales a los productos o servicios. - Énfasis en la elaboración simbólica. - Tensión entre el éxito (masificación, banalización) y la (auto)regulación.
Integración	<ul style="list-style-type: none"> - Dependencia de la imagen colectiva en cuanto generadora de sinergias. - Reciprocidad y mecanismos informales de regulación. - Circulación de capital entre sectores y actividades. - Interdependencia y necesidad de compatibilización de actividades.

Fuente: Camarero y González Fernández, 2005.

4. LA CONSTRUCCIÓN SOCIOPOLÍTICA DEL DESARROLLO RURAL

La perspectiva de la reestructuración se ha centrado preferentemente en las dimensiones demográficas y socioeconómicas de las transformaciones acontecidas en lo rural, obviando otro aspecto crucial de éstas: su vertiente sociopolítica más “micro”. El término “sociopolítico”, frente a lo que proponen las visiones reduccionistas, de corte institucionalista –las cuales reducen el campo político a los aspectos mas formales, relaciona-

dos con lo legal y administrativo—, debe ser entendido en su acepción más extensa, esto es, como el conjunto de relaciones de poder que se dan en una sociedad, tanto a nivel micro como macro. El esfuerzo por comprender el carácter sociopolítico del desarrollo nos lleva también a precisar este último término, ya que “desarrollo” es un concepto polisémico y que tampoco escapa a la connotación ideológica (González Fernández y Camarero 1999). Para ello es necesario identificar la génesis del concepto más general de desarrollo, vinculada a dos de los elementos centrales del proyecto modernizador, como son el principio evolucionista y la doctrina del progreso. Respecto al primero, el concepto de desarrollo recoge el principio “uniformista”, de universalidad causal, que hay detrás de las ideas evolucionistas. Así, ya que “no hay varias formas de Evolución con ciertos rasgos en común, si no una Evolución desarrollándose por todas partes y de la misma manera”, como dirá Spencer (Cit. en Peel, 1997: 51), desaparece la distinción entre naturaleza y sociedad, de tal manera que el desarrollo de las sociedades no será diferente al que se produce en el reino biológico u orgánico. Por otro lado, la doctrina del progreso —como “avance lento y gradual de la sociedad humana desde la ignorancia y la inseguridad primitiva hacia unas formas de civilización cada vez más altas” (González Seara, 1995: 444)—, implica que el desarrollo, además de natural y necesario, es unilineal y acumulativo.

La concepción moderna, o más bien modernista, del desarrollo tiene aún hoy una notable vigencia, sobre todo en las ideas de sentido común al respecto, pero también en los discursos académicos. Con todo, en estos es más fuerte la concepción voluntarista e intervencionista del desarrollo, que entiende por éste al conjunto de instrumentos —aunque con especial énfasis en los formales, institucionales— que persiguen el progreso social o comunitario. Recoge, por tanto, la mencionada perspectiva que identifica lo político con lo legal-administrativo, lo que conduce al paradigma tecnoburocrático del desarrollo.

El enfoque sociopolítico descansa, por el contrario, en tres grandes principios que serán desarrollados a continuación. En primer lugar, en el reconocimiento del pluralismo social, de lo que resulta una consideración del desarrollo como resultado de la disputa entre agentes sociales diferentes, numerosos y de naturaleza dispar (en sus posiciones, intereses, relaciones...), lo que promueve una concepción del desarrollo como algo no predeterminado ni nunca enteramente previsible. En segundo término, se fundamenta en la ruptura del principio materialista, al reconocer la importancia de los aspectos inmateriales y cognitivos —cristalizados en grandes cosmovisiones, modelos genéricos de desarrollo, estrategias,

patrones locales...– en la pugna entre tales agentes. Aspectos cognitivos que, en su dimensión más genérica, explican la puesta en valor de la categoría “rural” en la actualidad. Por último, pone de manifiesto las dinámicas de conflicto–consenso que se establecen entre los distintos agentes.

Los plurales agentes del desarrollo rural

A menudo se han presentado las dinámicas que afectan a las sociedades rurales en términos maniqueos: como fruto del enfrentamiento entre “los de dentro” y “los de fuera”, lo local contra lo global, la ciudad contra el campo. Otras veces, en el análisis de los cambios sociales en lo rural nos contentamos con observar lo más evidente: las relaciones formalizadas de aquellos grupos o agentes que hubiesen obtenido un reconocimiento institucional. Frente a este tipo de planteamientos se sitúa la perspectiva pluralista. Para esta, los actores o agentes relevantes para comprender los distintos escenarios de cambio en las sociedades rurales contemporáneas –aunque no exclusivamente en éstas– tienen una naturaleza múltiple, abierta y circunstancial. Así, según el contexto, identificaremos distintos agentes económicos –a su vez internamente diferenciados según la orientación de sus actividades, su dimensión...–, agentes institucionales, políticos... Pero estos sólo dibujan el lado más formal del campo de la acción social, por lo que también los fenómenos sociales se explican en torno a características grupales como el género y/o la generación, la etnia, la vinculación con lo local –autóctonos, nuevos residentes...– o agrupamientos definidos en torno a rasgos menos estructurales, como son los estilos de vida, las ideologías...

Plurales agentes que, por tanto, se encuentran en variados y complejos escenarios. Los cuales vienen a menudo definidos por la relación de fuerzas que se han venido dando en los contextos societales globales –Sociedad Tradicional, Industrial, Postindustrial–, si bien en muchos casos sin que exista una secuencia mecánica que marque el paso de unas a otras situaciones. Más bien encontramos –ya que no deben confundirse los modelos interpretativos con la realidad– un solapamiento de las formas de estructuración genuinas de cada uno de esos contextos: en esto las sociedades rurales resultan paradigmáticas, pues en ellas conviven las viejas clases agrarias, las nuevas clases medias, los empresarios agrarios modernizados...

Escenarios, por tanto, en los que se dan diversas interacciones entre lo global y lo local; marcados por la búsqueda de la dominación o hege-

monía entre los agentes sociales, por la defensa de sus intereses; definidos por la pugna a la hora de definir la estrategia de desarrollo... Agentes que emplean, a tal efecto, recursos de naturaleza no sólo material, sino también inmaterial: es el caso de las ideologías, los discursos y las actitudes.

De los recursos materiales a los contenidos cognitivos y pragmáticos

Ya que, como se ha visto, la orientación del desarrollo no está escrita en la propia naturaleza, será el resultado del despliegue de recursos materiales, pero también cognitivos y pragmáticos, por parte de plurales agentes sociales. Esta afirmación puede concretarse utilizando para ello las propias experiencias del desarrollo rural.

Comenzando por los recursos cognitivos, se distinguirán algunos especialmente relevantes para la comprensión del desarrollo rural. En primer término, el que podría denominarse "*modelo genérico de desarrollo rural*". Este no sería sino un conjunto de grandes referentes que marcan las coordenadas básicas de la acción social en ese ámbito. Si bien beben de un sustrato plural, a veces son postulados por las agencias y los grupos dominantes en un contexto determinado. Los dos "modelos genéricos de desarrollo rural" más relevantes en la actualidad son el de modernización y el de desarrollo territorial (González Fernández, 2002), perfectamente perceptibles, por ejemplo, a través de la lectura de las orientaciones de la primera PAC –modernizadora–, frente a la doctrina agrícola y de desarrollo de la UE en los últimos años –de acento territorial–.

El modelo genérico, a la hora de orientar el desarrollo local, tiene un cierto carácter vago, difuso, pero también flexible, en cuanto se halla constituido por valores y referentes necesariamente universales, ya que han de resultar operativos en muy distintos escenarios. De una manera u otra se persigue una cierta normalización de la existencia colectiva. Para identificar esta, se introduce el concepto de "estrategias", entendidas como acciones de medio alcance regidas por referentes cognitivos e intereses grupales. El concepto de estrategia, por tanto, permite reconocer que al menos determinadas prácticas económicas se rigen por un patrón social –el parentesco en el caso de las estrategias familiares–. Se concilia así, como plantea Mingione (1994) la acción económica y social desde el punto de vista conceptual.

Otro recurso con el que cuentan los agentes sociales a la hora de orientar la acción colectiva, de manera coherente con sus intereses parti-

culares, lo constituye lo que se ha denominado “patrón de desarrollo”. Este resulta más concreto en sus contenidos, y es entendido como interpretación aplicada, a escala local, del modelo genérico: como éste tiene un carácter representacional, referencial, normativo, con el que a través de la imposición de un área de sentido común –consenso– se pretenden institucionalizar determinadas estrategias y prácticas que acaban por dirigir la acción económica –aunque no exclusivamente ésta– de una parte de los agentes sociales de un escenario local (González Fernández, 2002).

Los patrones de desarrollo productivistas y posproductivistas¹² descansan en una serie de valores promovidos por los “modelos genéricos”, si bien se traducen en propuestas concretas: se apuesta por la ganadería intensiva o extensiva; se protege y regula un espacio natural o no; se construyen nuevas carreteras o se arreglan las que existen; se apuesta por un turismo de masa o de pequeña escala...

El patrón productivista apuesta por la mejora de las infraestructuras, por la tecnología, por la intensificación productiva... Responde, en definitiva, al principio homogeneizador, al cálculo cuantitativo, a un principio de organización competitivo que se corresponde con el predominio del sector manufacturero. Por el contrario, en la medida en que promueve antes una “economía de signos” que una “economía productiva”, el patrón de desarrollo posproductivista concede una mayor importancia a la gestión, la planificación del desarrollo, la búsqueda de la diferenciación... En definitiva, cuestiones de orden cualitativo, simbólico, organizativo sobre los aspectos instrumentales, de manera coherente con el predominio del sector terciario.

Pero además de estos materiales cognitivos, no se pueden dejar de tener en cuenta los usos y prácticas de los agentes, los cuales son a la vez producto y causa de aquéllos. Producto, en cuanto las prácticas y usos son guiadas por las distintas formas de pensamiento colectivo a las que se ha aludido. Causa, en cuanto los productos cognitivos son elaborados desde la experiencia –individual o grupal– frente a realidades tangibles. Este último extremo se entenderá mejor si se observa cómo el éxito o fracaso de determinadas prácticas económicas, cómo la modernización lechera del ganado vacuno, el turismo rural... (esfera de las prácticas) han llevado a un

¹² Ambos constituyen referentes que han servido para identificar las posiciones básicas del conflicto en torno a la ampliación del “Parque Nacional Picos de Europa” (González Fernández, 2002). No obstante, no agotan el abanico de posiciones, así en el caso empírico aludido se acaba identificando un tercer patrón de desarrollo, de carácter más posibilista, que fue caracterizado como “posproductivista instrumental”.

cambio en la concepción del desarrollo (esfera cognitiva) por parte de los agentes sociales del medio rural y, por tanto, a orientar sus ulteriores apuestas económicas, cerrando así el ciclo material – cognitivo.

La creación de un marco normativo e identitario: entre el conflicto y el consenso

La yuxtaposición de modelos, patrones, intereses, prácticas... pone sobre el tapete la cuestión de la tensión entre convivencia y conflicto en una ruralidad movilizadora e itinerante (Vicente-Mazariegos 1991). La cuestión es como interactúan los distintos actores en el seno de una sociedad al mismo tiempo sometida a un profundo proceso de individuación –con lo que esto supone para las estructuras de vida colectiva del pasado–, pero en la que a la vez se reconoce una fuerte homogeneización de determinadas fracciones de las sociedades locales con los grandes agrupamientos sociales, los cuales desbordan lo local y, a veces, incluso la esfera estatal.

Por eso, frente a las rígidas formas de la vida comunitaria en la ruralidad tradicional, observamos hoy una negociación constante del orden local. La vida colectiva discurre bajo el signo de la provisionalidad, mientras se debate –o lucha– por asignar al espacio local una funcionalidad principalmente productiva o reproductiva; por orientarlo hacia estrategias de consumo masivo o restringido; por convertirlo en un lugar donde dominen las instituciones colectivas o los individuos, donde se impongan unas u otras normas, donde, al fin, se consoliden unas u otras hegemonías.

Pero la provisionalidad no determina que las sociedades rurales estén marcadas por un conflicto permanente. Más bien supone que se hallan implicadas en una continua fabricación de consensos y hegemonías. Para entender esto hay que partir de entender el consenso no como situación idílica de conjunción de voluntades, sino como la imposición de un orden social legitimado por la fuerza de los hechos, por las diferentes capacidades, por el poder de los distintos agentes sociales

El consenso tiene, ante todo, un carácter normativo, con lo que cristaliza las formas de vida y pensamiento coherentes con unos intereses plurales y yuxtapuestos, pero jerarquizados. Y aquí es donde juega un papel fundamental la identidad, ya que es el soporte de los contenidos normativos de la colectividad. La identidad ha sido definida como aquella construcción cultural –por tanto simbólica–, que define el sentido de

pertenencia a un grupo. Sus atributos vienen definidos histórica e intersubjetivamente, a menudo de manera mítica, a través de la idealización de la tradición. Pero no tiene sólo un soporte ideal, sino que a menudo los valores identitarios se sitúan en objetos materiales –un alimento, una forma de vestir, una forma de consumo...– o en el propio territorio. La identidad, por tanto, y dado su carácter normativo, es un referente fundamental para la acción social y la inclusión/exclusión: sus formas son, al fin y al cabo, los principios constituyentes del consenso social, aunque este siempre sea provisional y se halle permanentemente sujeto a revisión¹³.

5. LO RURAL COMO ESPACIO REPRESENTACIONAL PARA LA SOCIEDAD GLOBAL

Resulta evidente que, en la sociedad en general, el término “rural” ha pasado en las últimas décadas de sinónimo de marginalidad y decadencia a referente de excelencia, bienestar o calidad de vida. Dicho de otro modo, y aun asumiendo la persistencia de una cierta ambivalencia en ese sentido, hemos asistido a la puesta en valor de los continentes y contenidos de la ruralidad: espacio, productos, prácticas. En definitiva al reforzamiento del ruralismo y a la aparición del neorruralismo. Ello a pesar de que algunos de los procesos aquí reseñados no son siempre identificables en la diversidad de espacios que pueden acogerse al adjetivo “rural”, y lo son menos las situaciones en las que conducen al crecimiento económico y al bienestar colectivo.

Pero, ante todo, la ruralidad se valoriza globalmente porque pasa a ser un elemento importante en la construcción identitaria de las sociedades postindustriales. Dicho de otro modo, si lo rural es connotado positivamente (por encerrar valores de naturalidad, sociabilidad, tradición...) y

¹³ En este sentido podrían explicarse las significativas y continuas diferencias o disonancias que se observan entre el impacto de los programas de desarrollo rural y el reconocimiento de los mismos por parte de la opinión pública, tal y como han sido mostradas por Garrido y Moyano (2002). Estos autores han encontrado bajos niveles de capital social, lo que resulta llamativo dentro del voluminoso contexto de las acciones institucionales de desarrollo y de la importancia de las mismas a nivel político. Diferencias también evidentes en el Agrobarómetro de Andalucía (IESA, 2004), donde se observa gran desconocimiento de las actividades de desarrollo rural y destaca una apuesta agrarista por parte de la opinión pública. Ello sin embargo nos confirma que no existe un reconocimiento unitario de actores, ni una identidad generalizada.

resulta ser un elemento importante en la identidad social, esos valores se van a convertir en referentes para la acción colectiva. Así, "la ruralidad es, primeramente, la representación del tipo deseado de organización socioeconómica" (Mormont, 1987: 19), con lo que el espacio rural se convierte en "el soporte de las reivindicaciones sobre calidad de vida y en la fuente de inspiración para una argumentación crítica del desarrollo económico" (1997: 27). Por eso decimos que lo rural es un espacio representacional (Lefebvre, 1974), ya que determinados grupos sociales aspiran a que sus –supuestas– características guíen el cambio social (González Fernández, 2002). El posproductivismo es una de las manifestaciones más visibles de esos procesos de orientación de las prácticas sociales desde modelos de acción (Halfacree, 1997), y está muy vinculado a las nuevas clases medias, que tienen un fuerte protagonismo en lo que ocurre en el conjunto de la sociedad contemporánea. Sus prácticas residenciales, por ejemplo, en las que se busca la calidad ambiental, la privacidad, el diálogo con la tradición –a menudo reinventada–, los llevan a ser uno de los grupos protagonistas de los procesos de contraurbanización. Lo que conllevaría que el objeto de la Sociología Rural "podría definirse como un conjunto de procesos a través de los cuales los agentes construyen una visión de lo rural en función de sus circunstancias y les define a ellos en relación a la distribución en segmentos sociales, y por tanto encuentran su identidad y a través de tal identidad hacen causa común" (Mormont, 1990: 41).

La puesta en valor de la ruralidad es consecuencia, por tanto, de nuevas estrategias de cambio social, que se van a concretar en el ahondamiento de la diferenciación social a través del ejercicio de estilos de vida cada vez más elaborados, en los que la movilidad resulta ser un elemento esencial. Además de en las estrategias residenciales, el fenómeno de la movilidad y de la diferenciación de las prácticas sociales tiene en el turismo rural una de sus más evidentes manifestaciones. Aunque también tiene que ver con el apoyo institucional a la innovación y a la búsqueda de alternativas al turismo convencional, el turismo rural o verde es una expresión de la sofisticación cultural de las prácticas económicas, así como de la aparición de valores favorables a la naturaleza y del aumento de la movilidad y del tiempo de ocio.

La sociedad contemporánea se ha movido, en consecuencia, del tópico de la ruralidad decadente al tópico de la ruralidad emergente, utilizándolo como herramienta –representacional– para el cambio social. Sin embargo, lo que hay detrás del imaginario rural es, como se ha planteado más arriba, un conjunto diverso y dispar de situaciones. No debemos

olvidar, por tanto, que el desarrollo rural es un fenómeno complejo, y su concreción en términos positivos, como crecimiento y bienestar es, además, muy selectiva.

6. LAS CONEXIONES LATENTES ENTRE SIGNIFICADOS Y PROCESOS. AMBIGÜEDADES DE LO LOCAL

Murdoch y Pratt (1997) han analizado el concepto de ruralidad a partir de distintas topologías: región, red y espacio fluido. Han llamado la atención sobre el carácter diferencial de los significados de la ruralidad en función de distintas lógicas de interpretación. La topología de región configura un espacio cerrado, donde el marco de relaciones se reduce a los términos de la exclusión: dentro o fuera. La metáfora de la red –y las interpretaciones que en ella se sustentan– concibe un espacio integrado en una malla de relaciones lineales. El concepto de espacio fluido (fluidity), remite a un espacio difuso, que permite relaciones en distintos niveles y dimensiones no lineales.

Concebir lo rural como espacio fluido nos acerca al continuum espacio temporal mientras permite una aproximación realista a la ruralidad contemporánea: "lo rural es contingente, fluido, desvinculado de cualquier punto de referencia socioespacial de carácter necesario y estable" (Ibid.: 58). Posibilita, además, concebir y comprender su múltiple heterogeneidad, en términos económicos, políticos, de procedencia de sus poblaciones, de estilos de vida... Nos invita, en definitiva, a entender que los protagonistas de los flujos no son ya categorías inmutables y ahistóricas –como se concebía al campesinado–, sino "entidades sociales en movimiento": una gran diversidad de agentes sociales transformados en interacción y sometidos a distintos contextos o escenarios.

Los diálogos entre agentes locales y agentes globales, la elaboración de códigos que permitan, por ejemplo, la significación de lo rural en sus distintos sentidos de preservación (de la naturaleza, de la calidad alimentaria o de modos tradicionales y sostenibles de vida), tienen una conexión, en algunos casos casi causal, con procesos estructurales como la desagrarización, el envejecimiento, la masculinización o la movilidad. Procesos estos que se convierten en el entorno sobre el que sus habitantes elaboran distintas estrategias. En otro lugar (Oliva y Camarero 2002) se ha introducido precisamente la noción de paisaje social para referirse al marco que suponen sobre la vida cotidiana y el

devenir vital las distintas estructuras sociodemográficas en un espacio de flujos.

Aunque los distintos procesos estructurales se suelen entender y presentar sin relación con los distintos significados de la ruralidad, de hecho están relacionados. En las construcciones local-identitarias no está ausente el reflejo de las distintas tendencias sociodemográficas dominantes en lo rural, sino que por el contrario la importancia de éstas queda incorporada, aunque sea de forma no explícita o latente, y lo que es principal, con una afección muy variable por distintas categorías sociales.

Observemos, por ejemplo, el interés creciente por la producción de alimentos artesanales y de calidad, incluso la diferenciación de estos productos en “productos de autor”, productos con apellidos de productor que van más allá incluso de las meras denominaciones de origen. Este interés social está en consonancia con la situación advertida de fuerte diferenciación del carácter de los agricultores en el hábitat (Camarero y González: 2005). El agricultor rural es un productor envejecido y familiar, frente al agricultor urbano, más joven, asalariado o directivo vinculado a una agricultura industrial, indiferenciada y de gran escala. En definitiva una tendencia hacia la marginalidad y pequeña escala del agricultor rural frente al agricultor urbano, el productor. Por ello, en la medida en que la agricultura actual tiende a convertirse en una agricultura de productores urbanos, la adscripción de la ruralidad a productos tradicionales y de autor no hace sino sancionar la distinción anterior de forma que incluso las producciones agrarias de los habitantes rurales, el mantenimiento de la producción tradicional es ahora una estrategia postproductiva¹⁴. Así, investigaciones muy reflexivas como la realizada por Winter (2003) señalan, por ejemplo, que el nuevo interés sobre el consumo de productos agrarios supera ampliamente el concepto de calidad; en cierta medida este constituye una excusa. Winter sugiere que hay un trasfondo de acuerdo en mantener el localismo al que contribuyen productores rurales y consumidores urbanos, como marco defensivo frente a procesos de indiferenciación globalizada.

¹⁴ Como ejemplo puede extraerse la siguiente interpretación que sugieren los datos del Agrobárometro de Andalucía. Como se comentó anteriormente los andaluces hacen una definición agrarista de su medio rural (Vid. nota 13). Sin embargo, esto no quiere decir que soporten una idea de inmovilismo e incluso de atraso como podría desprenderse en una primera lectura. Por el contrario este resultado es precisamente el producto de un discurso urbano más elaborado, en el que priman la calidad alimentaria y el soporte identitario que ésta primera produce como valores postmateriales.

También el interés institucional del desarrollo rural en la promoción del turismo rural tiene relación con la intensa situación de masculinización en que se encuentran las áreas rurales. En este caso la negociación entre los actores es clara. El argumento sociotécnico es que los hoteles rurales promueven el empleo femenino, especialmente el empleo femenino dentro de un contexto familiar; de hecho, desde la PAC, se denomina a estas actividades como “complementarias”. Así, se argumenta, la desfamiliarización agraria podría conducir a una familiarización en actividades turísticas de desarrollo. Con ello se consiguen dos objetivos, se inserta a las áreas rurales en los circuitos de consumo turístico y se “arraigan” mujeres en el territorio¹⁵. ¿No plantea así, el desarrollo rural un pacto (contrato) social de convivencia?

Explorando la conexión entre los distintos significados que se atribuyen a la ruralidad y los distintos procesos que la atraviesan se puede ir más allá. Los distintos procesos apuntados suponen una clara distinción socioespacial. De hecho, el espacio rural se ha construido tradicionalmente desde la diferenciación. Las sociedades campesinas son el ejemplo paradigmático. Hoy observamos la pervivencia de la diferenciación en las áreas rurales pero desde la perspectiva, no de la exclusión, sino de la distinción. Así los tradicionales procesos de marginalidad, de inserción periférica en los mercados laborales o en la actividad económica, conviven con otros procesos que la literatura ha denominado clásicamente como “gentrification”, y que en el caso español, sin adquirir un estricto componente de clase, constituyen la categoría de los nuevos residentes. En este caso, el tercer proceso apuntado, la movilidad pendular, no es causa argumental de los significados sino producto. No podrían entenderse las altas tasas de movilidad sino fuera por la importancia que –además de determinadas formas de nomadismo laboral, especialmente femenino–, tienen los nuevos residentes. Nuevos residentes, que se diferencian claramente en cuanto a estatus socioeconómico, y que separan en el espacio ocupación y residencia. Precisamente construyen esta diferenciación en función de la atribución prístina, natural e integrada de los núcleos rurales, es decir proyectan el “idilio rural” en las propias localidades.

Resulta excesivo el peso y la reducción que se ha hecho de lo rural a su carácter de local. Así no es de sorprender que el propio *Journal of Rural Studies* en 2004 (Hodge y Monk: 2004) publicara una Editorial en

¹⁵ Otra cuestión es que esta relación tenga sentido real, más allá, de una construcción ideológica de los mercados de trabajo rurales y sobre todo de la categoría de “mujer rural”.

la que mostraba seis “falacias asentadas” –stylised fallacies– sobre la situación socioeconómica de las áreas rurales inglesas.

- El descenso de la agricultura ha tenido un impacto significativo en las economías rurales.
- El despoblamiento es una situación crónica de las áreas rurales.
- Los ingresos de las áreas rurales son siempre más bajos que en las áreas urbanas.
- Los mercados rurales de trabajo son siempre más reducidos y con salarios más bajos que en las áreas urbanas.
- Los altos precios de la vivienda rural fuerzan la emigración rural.
- Hay una constante reducción de servicios motivada por el despoblamiento de las áreas rurales.

Para cada uno de estos enunciados acaban encontrando que no se cumplen o que las consecuencias que se derivan de ellos no son las lógicas y, por lo tanto, no tienen el poder que se les atribuye. Nótese que esta media docena de proposiciones están presentes de manera implícita o explícita en cualquier proyecto de desarrollo rural. La conclusión es clara, el énfasis localista respecto a las áreas rurales tal vez condicione hoy enfoques poco pragmáticos. O, dicho de otra forma, tal vez contribuya a mantener los problemas sobre los que se quiere actuar.

Así, por ejemplo, Hodge y Monk (2004), cuando analizan la primera falacia –el descenso de la actividad agraria ha tenido efectos negativos sobre las áreas rurales–, señalan que a partir de este enunciado las políticas de desarrollo confían en que la reactivación de la agricultura en las áreas rurales puede contribuir a invertir la situación. Pero la cuestión es: El declive de las economías rurales, ¿está directamente motivado por el proceso de desagrarización, o tiene por el contrario otras causas? ¿La desagrarización, siempre, ha producido declive económico? La respuesta es, no siempre. ¿Puede confiarse en un planteamiento agrocéntrico como motor del desarrollo rural? La respuesta es, según estos autores, a veces sí, pero a veces no.

Sin embargo, y así se ha visto en las páginas anteriores, a pesar de que el reduccionismo local sea hoy un obstáculo para avanzar en el desarrollo rural, es también el carácter local uno de los motores fundamentales para el desarrollo rural. La clave para deshacer la paradoja es considerar otras interpretaciones de lo local al margen de la noción física, territorial y comunitaria que se le atribuyen, es decir comprender el carácter local en clave identitaria. La concepción de la identidad local, como todo pro-

ceso identitario, es relacional. La identidad local no es una categoría absoluta, sino una categoría de “consenso fuerte” de muchos y muy diversos actores y, desde luego, no necesariamente ni estrictamente locales. En definitiva, por una parte hay que ser conscientes de que los procesos sociales son globales, en el sentido más laxo posible, pero también que los recursos locales —el elemento central del desarrollo—, lo son por atribución de significados. En este sentido los “capitales intangibles” no tienen una existencia propia, sino que son soportados por una intensa negociación política¹⁶.

En definitiva, el hábitat, la antigua variable ecológica, sigue siendo funcional como criterio espacial de segmentación social. Sin embargo, esta diferenciación ya no es dual, ni tampoco gradual o continua, sino confusa: no hay gradientes de distinción, porque ya no es un espacio región, como en las sociedades campesinas, donde podía hablarse de polos rurales y urbanos; tampoco es un espacio reticular, la organización jerárquica de los asentamientos durante el proceso de modernización, que permitía hablar de continuum socioespacial; es un espacio fluido, un territorio líquido. Hay movilidad espacial creciente pero muy diferenciada por distintas categorías sociales¹⁷, la diferenciación en la movilidad hace que ahora los territorios no puedan ser entendidos en su reducción zonal o espacial. Así, una comunidad local se despliega en múltiples territorios diferenciados por clase, por edad, por etnia, por género... Territorios que resultan fluidos por sus innumerables itinerarios y trayectos distintivos. Y parafraseando un término reciente pero de gran resonancia en las ciencias sociales, el de modernidad líquida (Bauman, 2002), una ruralidad que se apropia identitariamente de lo local para funcionar como extralocal, tal vez habrá que considerarla, en definitiva, como líquida también.

¹⁶ En este sentido resulta muy ilustrativa la investigación de Garrod, Wornell y Youel (2006). Estos autores muestran cómo el potencial del turismo rural aumenta en la medida en que se incluyen los recursos turísticos dentro del ámbito del “capital ambiental”. Es decir su discusión va en la línea de gestionar “economías de signos”. Entre sus hallazgos aparece cómo la construcción del turismo rural en función del “idilio rural” no funciona bien. El peso que ello supone sobre las poblaciones rurales acaba produciendo disonancias. Su propuesta es cambiar de posición a los recursos turísticos dentro de las partidas contables de los bienes intangibles. Es decir, lo que hasta ahora se encuadraba en el “capital de la tradición”, o de la historia, pase a sumarse en la partida de “capital ambiental”, y todo ello como nueva fórmula para poner de acuerdo a todos los agentes, intermediarios y gestores del turismo rural y generar sinergias en las inversiones privadas y públicas.

¹⁷ No todos los grupos sociales tienen las mismas oportunidades y acceso a la movilidad. La movilidad es un recurso y su acceso introduce nuevas fuentes de desigualdad. Vid. por ejemplo la interesante reflexión al respecto de Kaufmann et al. (2004).

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. (2002): *Modernidad líquida*. Buenos Aires, FCE.
- Becattini, G. (1988): "Los distritos industriales y el reciente desarrollo italiano". En *Sociología del Trabajo*, nº 5.
- Bourdieu (2003): *Las estructuras sociales de la economía*. Anagrama. Barcelona.
- Bradley, A. and P. Lowe eds (1984): *Locality and rurality: economy and society in rural regions*. Norwich, Geo Books.
- Bryden, J.M. y Hart, J.K. (2003): *Why Local Economies Differ? The Dynamics of Rural Areas in the European Union*. Edwin Mellon Press.
- Callon, M. (Ed.) (1998): *The laws of the markets*. Blackwell. Oxford.
- Camarero, L. y Oliva, J. (2005): "Los Paisajes Sociales de la ruralidad tardomoderna". En: *Atlas de la España Rural*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. pp. 426-435.
- Camarero, L. y González, M. (2005): "Los procesos recientes de transformación de las áreas rurales españolas: una lectura desde la reestructuración ampliada". En: *Sociología. Revista de la Facultade de Letras. Universidade de Porto*. 15, pp. 95-123.
- Clocke, P. y Goodwin, M. (1992): "Conceptualizing countryside change: from post-Fordism to rural structured coherence". En: *Transactions of Institute of British Geographers*, nº 17, pp. 321-336.
- Etxezarreta, M. y Viladomíu, L. (1997): "El avance hacia la internacionalización: Crónica de una década de la agricultura Española". En: Gómez Benito, C. y González, J.J. *Agricultura y Sociedad en la España Contemporánea*. Madrid, MAPA-CIS.
- Garrido, F. Mauleón, J.R. y Moyano (2002): "Rural restructuring and effects of rural development policies in Spain". In K. Halfacree et al. eds, *Leadership and Local Power in European rural Development*. Hampshire, Ashgate.
- Garrido, F. y Moyano, E. (2002): "Capital social y desarrollo en zonas rurales: un análisis de los programas Leader II y Proder en Andalucía", *Revista Internacional de Sociología* 33.
- Garrod, B. Wornell, R. y Youel, R. (2006): *Re-conceptualising rural resources as countryside capital: The case of rural tourism*. En: *Journal of Rural Studies*, nº 22, pp. 117-128.
- Gómez Benito, C., González J.J. y Sancho Hazak (1999): *Identidad y profesión en la agricultura familiar*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- González Fernández, M. (2002): *Sociología y Ruralidades. La construcción social del desarrollo rural en el Valle de Liébana*. Madrid, MAPA.
- González Fernández, M. y Camarero, L.A. (1999): "Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la Postmodernidad". En *Política y Sociedad* nº 31.
- González Seara, L. (1995): *El poder y la palabra*. Tecnos. Madrid.
- Grannovetter, M. y Swedberg, R. (1992): *The sociology of economic life*. Boulder. Westview Press.
- Halfacree, K. H.(1995): "Talking about rurality: social representations of the rural as expressed by residents of six English Parishes." En: *Journal of Rural Studies*, nº 11, pp. 1-20. (1997): Contrasting roles for the post-productivist countryside. A postmodern pers-

- pective on counterurbanisation. En Cloke, P. y Little, Jo: *Contested Countryside Cultures*. Londres. Routledge.
- Hodge, I. y Monk, S. (2004): "The economic diversity of Rural England: stylised fallacies and uncertain evidence". En: *Journal of Rural Studies*, nº 20, pp. 263-272.
 - Hoggart, K. and A. Paniagua (2001a) What rural restructuring? En *Journal of Rural Studies*, 17.
 - Hoggart, K. and A. Paniagua (2001b) The restructuring of rural Spain? En *Journal of Rural Studies*, 17.
 - Kaufmann, V.; Bergman, M.M. and Joy, D. (2004) "Motility: Mobility as Capital", *International Journal of Urban and Regional Research*, 745-56.
 - Lash, S.; Urry, J. (1996): *Economies of signs & spaces*. Londres. Sage.
 - Lefebvre, H. (1974): *La production de l'espace*. Paris. Anthropos.
 - Lowe, P.; Murdoch, J.; Marsden, T.; Munton, R.; y Flynn, A. (1993): «Regulating the new rural spaces: the uneven development of land.» En: *Journal of Rural Studies*, nº 9, pp. 205-222.
 - McCarthy, J. (2005): "Rural geography: multifunctional rural geographies –reactionary or radical?" En: *Progress in Human Geography*, nº 29, Vol. 6. pp. 773-782.
 - Marsden, T., Lowe, P., and Whatmore, S. (eds) (1990) *Rural Restructuring: Global Processes and their Responses*, Londres. Fulton.
 - Marsden, T. Murdoch, J. Lowe, P. Munton, R. y Flynn, A. (1993): *Constructing the countryside*. Londres, UCL Press.
 - Mingione, E. (1994): *Las sociedades fragmentadas*. Madrid. Mº de Trabajo.
 - Mormont, M. (1987): "Rural nature and urban natures". En *Sociologia Ruralis*. Vol XXVII - 1.
 - Mormont, M. (1990): "Who is rural? How to be rural?" En Marsden et al.: *Rural Restructuring*. Londres. David Fulton Publishers.
 - Mormont, M. (1997): "A la recherche des spécificités rurales". En Jollivet, M.: *Vers un rural postindustriel*. París. L'Harmattan.
 - Murdoch, J.; Pratt, A. (1993): "Rural Studies: modernism, postmodernism and the post-rural". En: *Journal of Rural Studies*, nº 9, pp. 409-427.
 - Murdoch, J.; Pratt, A. (1994): "Rural Studies and Power the power of rural studies: A reply to Philo" En: *Journal of Rural Studies*, nº 10, pp. 83-87.
 - Murdoch, J.; Pratt, A. (1997): "From the power of topography to the topography of power". En Cloke, P. y Little, Jo: *Contested Countryside Cultures*. Londres. Routledge.
 - Oliva, J. (2006): "Movilidad y estrategias de arraigo rural". En: *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*.
 - Oliva, J. y Camarero, L. (2001): "Shifting rurality: The Spanish Countryside after De-peasantisation and De-agrarianisation", en Granberg, L.; Kovach, I. And Tovey, H. *Europe's Green Ring*. Aldershot, Ashgate.
 - Oliva, J. y Camarero, L. (2002): *Paisajes Sociales y Metáforas del Lugar*. Pamplona, UPNA.
 - Pedreño, A.; Baños, P. y Costantini, B. (2005): "Construcción Social y Dimensión Pública de las problemáticas medioambientales: Una invitación a la sociología del desierto y del agua. En: Camarero, L. (Ed.): *Medio Ambiente y Sociedad. Elementos de Explicación Sociológica*. Madrid, Thomson. pp. 335-378.

- Philo, C. (1992): "Neglected rural geographies: a review" En: *Journal of Rural Studies*, nº8, pp. 193-207.
- Philo, C. (1993): "Postmodern Rural Geography? A reply to Murdoch and Pratt." En: *Journal of Rural Studies*, nº 9, pp. 429-436.
- Pedreño, A. (1999): *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales. Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*. Madrid. MAPA.
- Peel, J. D. (1997): "Herbert Spencer: The Evolution of a Sociologist". En Boudon et al.: *The classical tradition in Sociology*. Volumen II. Sage Londres.
- Polanyi, K. (1989): *La gran transformación*. La piqueta. Madrid.
- Polanyi, K. (1992): "The economy as instituted process". En Grannovetter, M. y Swedberg, R.: *The sociology of economic life*. Boulder. Westview Press.
- Putnam, R. (1993): *Making Democracy Work*. Civic traditions in modern Italy, Princeton NJ: Princeton University Press.
- Sampedro, M.R. (1996): *Género y ruralidad: las mujeres ante el reto de la desagrarización*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Terluin, I.J. (2003): "Differences in economic development in rural regions of advanced countries: an overview and critical analysis of theories". En: *Journal of Rural Studies*, nº 19, pp. 327-344.
- Terluin, I.J. y Post, J.H. (Eds.) (2001): *Employment Dynamics in Rural Europe*. CABI Publishing, Wallingford.
- Vicente-Mazariegos (coord.) (1991): "Las trayectorias de la Ruralidad en la Sociedad Itinerante." En *Política y Sociedad*, nº 8.
- Walford, N. (2003): "Productivism is allegedly dead, long live productivism. Evidence of continued productivist attitudes and decision-making in South-East England". En: *Journal of Rural Studies*, nº 19, pp. 491-502.
- Wilson, G.A. (2001): "From productivism to post-productivism... and back again? Exploring the (un)changed natural and mental landscapes of European agriculture". En: *Transactions of Institute of British Geographers*, nº 26, pp. 77-102.
- Winter, M. (2003): "Embeddedness, the new food economy and defensive localism". En: *Journal of Rural Studies*, nº 19, pp. 23-32.

**SOBRE ALGUNOS COSTES SOCIALES
Y ECOLÓGICOS DE LA ALIMENTACIÓN
ACTUAL**

Ernest Garcia
Departamento de Sociología y Antropología Social
Universitat de València.

En este trabajo se exponen y comentan algunos impactos sociales y ecológicos de la dieta actual, poniendo el acento en los costes que comportan dichos impactos. Se entiende aquí por "dieta" no sólo la estricta composición material de la misma, sino sobre todo su "forma social": su interrelación con la desigualdad social, con los procesos de producción, con la geografía de los mercados, con el debilitamiento de la comunidad local, con los cambios en las formas de vida, con la crisis ecológica, etc. Es decir, el referente de las observaciones que se desarrollan a continuación es el proceso social de la alimentación.

Este escrito forma parte de las actividades del proyecto de investigación "Saber científico-técnico y participación ciudadana en la innovación social" (SEJ2005-03119), que ha contado con una ayuda del Programa Nacional de Ciencias Sociales, Económicas y Jurídicas.

LA PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN Y CONSUMO DE ALIMENTOS COMO HECHO SOCIAL UNIVERSAL

El interés sociológico de la alimentación parece no necesitar una justificación especial. La producción, distribución y consumo de la comida constituyen uno de los hechos sociales universales, junto con no muchos otros (el nacimiento, el sexo, la muerte), que todas las sociedades han de organizar según procesos y reglas determinados. Como se ha señalado, es uno de los rasgos compartidos a partir de los cuales puede mantenerse la esperanza de superar la dificultad de la traducción intercultural y de poner algún freno al relativismo (Benton y Craib, 2001).

La centralidad de las formas de organizar socialmente la alimentación es ya visible en los intentos de comprender las primeras fases de la evolución humana. A modo de ejemplo, mencionaré la llamada "hipótesis de la abuela". Se trata de una conjetura introducida (Hawkes et al., 1998) para intentar dar cuenta de la selección positiva de un período de vida relativamente prolongado después de la menopausia —un rasgo que distingue a los humanos de otros primates y que, aparente-

mente, no confiere ninguna ventaja evolutiva, ningún refuerzo a la transmisión de los propios genes a las generaciones siguientes. De acuerdo con la misma, la importante contribución de las abuelas a la recolección de alimentos —especialmente tubérculos abundantes en el suelo pero difíciles de extraer y por tanto poco accesibles para los individuos en la primera fase de la infancia— permitió incrementar el éxito reproductivo de sus hijas, manteniendo con vida a una parte más grande de la descendencia de éstas. La mencionada conjetura tiene implicaciones significativas, también, en lo que respecta a la división del trabajo en las primeras fases de la evolución humana; por ejemplo, cuestiona la centralidad de la caza en la provisión de alimentos y, por tanto, la del macho cazador como breadwinner en las primeras formas de organización familiar. Se ha señalado asimismo su significado en lo que respecta a los orígenes de la cultura, apuntando la probable contribución de un grupo social (el de las mujeres de edad avanzada) relativamente liberado del esfuerzo reproductivo directo, con relativamente más tiempo disponible y depositario de conocimientos basados en la experiencia sumamente importantes en grupos dependientes de la transmisión oral de los mismos.

Durante milenios, la motivación básica del conflicto social pudo resumirse en una sola frase: "¡tengo hambre!". Y, en consecuencia, el interés por la producción y la distribución social de los alimentos pudo considerarse poco menos que evidente. En la actualidad, la relación entre el crecimiento demográfico y la provisión de comida suficiente es un elemento central en la problemática mundial, así como en numerosas sociedades particulares, sobre todo en el llamado Tercer Mundo. En las sociedades tardomodernas (de industrialismo maduro, posindustriales o como se las quiera llamar), sin embargo, el hecho de que una alimentación relativamente abundante parezca asegurada para la gran mayoría de la población ha convertido la sociología de la alimentación en un asunto menor, relativo si acaso a ciertas manifestaciones del consumo posicional o de distinción, o a la discusión crítica de las modalidades del consumo de masas.

El punto de vista que se mantendrá aquí es que el análisis sociológico de la dieta en las sociedades tardomodernas apunta ahora a nuevos referentes, relativos a la generación y la distribución social de los riesgos, a la tensión entre lo local y lo "global", a dimensiones interterritoriales e intergeneracionales de la desigualdad, al propio concepto de bienestar, al deterioro de los sistemas naturales que soportan la vida, etc.

EL PUNTO DE PARTIDA: EL ESTADO DE LA CUESTIÓN EN LA SOCIOLOGÍA DE LA ALIMENTACIÓN

La respuesta a la pregunta acerca de cuál ha sido el resultado de los cambios producidos en la alimentación a lo largo del siglo XX, tal y como ha sido formulada por la sociología de la modernización, puede resumirse así: "una cocina más variada y una comida más abundante son más ampliamente accesibles que nunca" (Mennell, 1985: 321). Según la fórmula de este mismo autor, la tendencia dominante ha sido de contrastes en disminución y variedad en aumento, como dos aspectos de un mismo proceso. De acuerdo con su análisis, han ido reduciéndose las diferencias en la alimentación entre las clases sociales, entre las cuatro estaciones del año, entre la comida de diario y la de las festividades, entre la dieta de la ciudad y la del campo, entre la "alta cocina" y la cocina popular... Simultáneamente, la difusión de novedades a través de recetarios, la incorporación de platos internacionales y la diversificación de las motivaciones para optar por un tipo u otro de alimentos, han generado más variedad.

La adecuación de este punto de vista (y, en todo caso, de su continuidad en la fase más reciente de la modernización) ha sido cuestionada desde cuatro perspectivas diferentes (Warde, 1997). Algunos estudiosos han insistido en que los cambios han desembocado en una diversidad individual arbitraria: "Comer está convirtiéndose en una práctica cada vez menos social y más estrictamente individual" (Fischler, 1980: 947). La modernidad, argumenta este autor, ha acentuado la paradoja del omnívoro, en vez de regularla (la paradoja consiste en que el omnívoro necesita variedad, pero los alimentos desconocidos pueden resultar venenosos). La consecuencia ha sido la ausencia de criterios y referencias sólidos, y la ansiedad que de ello se deriva. Fischler ha dicho en alguna ocasión que el resultado de todo esto ha sido la sustitución de la gastronomía por la gastroanomia. De acuerdo con una segunda línea de análisis, en la evolución de la dieta vendría produciéndose algo similar a lo que ocurre en otros ámbitos del consumo en el modelo posfordista: la uniformización característica de la cultura de masas estaría dando paso a un pluralismo muy marcado, que no acentúa sólo la diversidad, sino también las diferencias y los contrastes entre los diferentes grupos de consumidores. Por el contrario, hay quien sostiene —y ésta es la tercera línea de crítica— que la homogeneización y simplificación características del consumo de masas en una sociedad de masas siguen intensificándose: ésta es, esquematizándola más o menos, la tesis de la mcdonaldización de la sociedad

(Ritzer, 1993; Schlosser, 2001). Por último, hay quien ha insistido en que la diferenciación social, siguiendo líneas de clase, de género o territoriales, persiste y está lejos de disolverse.

Warde mantiene que las cuatro tendencias mencionadas (diversificación individual, nichos de mercado especializados, homogeneización masificada y redefinición de los consumos posicionales o de distinción) se mezclan de forma inextricable, sin que ninguna de ellas pueda considerarse dominante, pero incidiendo todas ellas en el supuesto resultado de la modernización y cuestionándolo de múltiples formas. Como resultado, concluye, mejor que mantener la tesis de un único proceso de desigualdades decrecientes y posibilidades de elegir crecientes, sería hablar de un ámbito marcado por un conjunto de antinomias notablemente conflictivo: las existentes entre la novedad y la tradición, entre la preocupación por la salud y el capricho, entre la búsqueda de lo barato y la extravagancia, entre la comodidad y el cuidado. Y, ciertamente, trazas de todo ello pueden encontrarse con facilidad al examinar la oferta y las opciones de consumo de alimentos en las sociedades actuales.

UN VISTAZO A LOS DATOS: LOS CAMBIOS MÁS RECIENTES EN LA DIETA

Para enmarcar la forma de alimentarse en el universo del consumo contemporáneo habría que aludir a algo como lo siguiente. En diferentes sociedades, en distintos lugares del mundo, el proceso de modernización ha tenido como resultado un modelo de consumo que presenta, en general, los rasgos siguientes: una concentración creciente de las organizaciones y estructuras de distribución y comercialización, a menudo con una implantación transnacional y con un masivo y multimillonario apoyo publicitario; una dieta con mucha proteína animal y con una significativa presencia de alimentos y bebidas muy procesados y envasados y transportados a largas distancias; una movilidad basada en el automóvil privado en el marco de un sistema de transporte organizado al servicio del mismo; una forma de alojamiento caracterizada por el aumento de la superficie construida y por la tendencia a la suburbanización; una cultura de "usar y tirar", marcada por la moda, la poca durabilidad y reparabilidad de los productos y la elevada producción de residuos (García y Duart, 1998; Almenar, Bono y García, 2000). El modelo de consumo así resumido es muy homogéneo en los ámbitos sociales más modernizados. Indica el estilo de vida de casi todos los grupos sociales en los países

industrializados y de las minorías más o menos amplias de clase media en los países en vías de desarrollo.

En ese contexto, los datos secundarios acerca de la evolución de la dieta (accesibles en fuentes tales como la encuesta continua de presupuestos familiares o el informe anual sobre alimentación del Ministerio de Agricultura) revelan un cuadro particularmente complejo. La primera constatación es que en España se sigue comiendo más de lo necesario y, en particular, más de lo recomendable desde el punto de vista de la salud en proteína animal y grasas (cabe señalar, en todo caso, que las diferencias entre comunidades autónomas son considerables). Dentro de este marco, la cantidad total de alimentos consumidos en los hogares parece haber descendido algo en términos reales durante la última década del siglo XX, tanto si se considera la cuestión en moneda constante como en cantidades físicas. Diversos factores pueden haber contribuido a este hecho, entre ellos los cambios en la composición demográfica, las alteraciones en la composición de los productos debidas al alto grado de procesamiento previo a la compra, la disminución de los trabajos que requieren un gasto elevado de energía somática, la difusión de la preocupación por perder peso y algunos otros cambios en los estilos de vida. El descenso es particularmente acusado en lo que respecta a los productos que requieren elaboración, y más acusado cuanto más elaboración requieren: verduras y legumbres, carne y pescado, incluso frutas. De los grupos de alimentos básicos, sólo los cereales presentan una sorprendente recuperación, parcialmente vinculada al ascenso muy grande de toda clase de productos muy procesados, listos para comer. Aunque sólo he estudiado el detalle menudo de todo esto para la sociedad valenciana (García, 2006), creo que los rasgos generales de la descripción arriba resumida pueden generalizarse sin demasiado temor a cometer errores de bulto.

Una síntesis apretada de los cambios producidos en el período más reciente podría formularse como sigue. El desarrollo, desde los sesenta a los noventa, implicó la sustitución de los guisos de olla por la carne y el pescado a la plancha. La "globalización", por su parte, parece implicar que incluso pelar un plátano requiere más tiempo del disponible. Todo lo que no puede consumirse directamente sacado de la nevera o recalentado en un horno rápido disminuye su presencia en la dieta. Rasgos éstos que se extienden también, seguramente, a muchas de las comidas realizadas fuera del hogar (sobre todo en lugares conectados más o menos directamente con la actividad formalmente regulada: comedores de empresa o escolares, etc.). Es decir, en lugares donde la cocina y los ritos de consumo responden en buena medida a las mismas reglas. Pese a las resisten-

cias derivadas de la tradición cultural y del prestigio siempre renovado de los alimentos que "saben como antes", el resultado de conjunto apunta a la extinción simultánea de la dieta mediterránea, la cocina de la abuela y la comida en familia, como efecto de la escasez de tiempo en la acelerada sociedad contemporánea y de la capacidad de la industria agroalimentaria y de las grandes cadenas de distribución para responder a la demanda fundamental: ¡rápido y barato! El nuevo paradigma de la alimentación en las proximidades más o menos inmediatas del Mare Nostrum parece ser la telepizza con cocacola light (cada cual en su cuarto, surfando en internet).

A continuación, se comentarán algunos efectos sociales y ambientales de esta concreta forma social de la alimentación, caracterizada por la producción agroindustrial, la distribución a través de grandes organizaciones, la presencia relativamente alta de proteína animal, la participación creciente de productos muy procesados y el transporte de los alimentos a largas distancias.

EL IMPACTO AMBIENTAL DE LA DIETA

Desde el punto de vista de la sostenibilidad medioambiental, el cuadro es notablemente contradictorio, si es examinado según la regla cualitativa que, en materia de dieta, identifica "ecológico" con orgánico, local, fresco y bajo en la cadena trófica.

Recordaré brevemente los criterios que justifican la regla arriba apuntada. La agricultura y la ganadería ecológicas reducen sustancialmente el uso de inputs químicos (drásticamente en lo relativo a fertilizantes y a tratamientos fitosanitarios y en menor medida, aunque a veces también de modo muy considerable, en lo que respecta al consumo de energía fósil y de agua). También tienden a presentar un balance energético mucho más positivo que la agricultura moderna convencional. Los productos locales presentan obviamente menos requerimientos de transporte y tienen en consecuencia un coste energético menor; en relación con ello, ofrecen buenas oportunidades de reducir los impactos asociados a la conservación, envasado y procesamiento. Los alimentos frescos tienden también a presentar menores costes ecológicos en lo relativo al transporte y, obviamente, al envasado, conservación y procesamiento. Por último, los costes energéticos asociados a cada transición en la cadena trófica hacen que, en general, el impacto ambiental de la dieta sea menor cuanto más próxima esté ésta a una composición vegetariana. Si se mide el impacto ambien-

tal por la superficie de suelo productivo, el consumo de agua, etc., por cada caloría producida, entonces el consumo de carnes rojas tiene un impacto ambiental más alto que el de carnes blancas, huevos o lácteos, y éstos a su vez más que el de productos vegetales.

Las relaciones implicadas en estos criterios no son estrictamente lineales y ocasionalmente admiten excepciones. Por ejemplo, el consumo de tomates en Escandinavia puede ser energéticamente más costoso si se cultivan localmente en invernaderos que si se importan de Almería (Carlsson-Kanyama, 1997). O, por poner sólo otro ejemplo, opciones morales o culturales aparte, el hecho de que los humanos no competimos con los rumiantes por la hierba convierte en ecológicamente razonable el consumo de una cantidad de carne de bovino o de ovino compatible con el suministro renovable de los prados (y cosas parecidas podrían decirse de cerdos, pollos y otros animales de corral). Todo esto puede cuantificarse si se hace preciso un análisis concreto (Böge, 1996; Coley et al., 1998; Heller y Keoleian, 2000; Pirog et al., 2001), pero la regla arriba apuntada es, en términos generales, más que consistente. Y de hecho, suele aplicarse según la forma cualitativa y cuasi-ordinal con que la he presentado aquí para estudios a gran escala o para comparaciones internacionales (Lappé, 1991; Brower y Leon, 1999; Matthews y Hammond, 1999; Lorek y Spangenberg, 2001).

La evolución más reciente de la alimentación en España apunta a una tendencia creciente de sus costes ambientales, ya considerablemente elevados desde que culminó la etapa del desarrollo, en la década de los setenta del siglo pasado. La única contratendencia apreciable sería, si acaso, el aparente estancamiento (o incluso decrecimiento) del consumo de los productos que implican mayor presión sobre los sistemas naturales (carnes rojas, pescado): aunque éste es aún relativamente muy elevado, parece haberse moderado apreciablemente, al menos en las comidas realizadas en casa. La preocupación por los efectos de la alimentación sobre la salud, la ampliamente difundida convicción de que una dieta con menos carne y grasas es más saludable, puede estar impulsando este efecto, así como el menor desgaste físico en el trabajo y el difundido deseo de guardar la línea. (Conviene, sin embargo, apuntar una reserva: el recuento de las cantidades físicas podría ser muy sensible a la diferencia entre el peso de los productos frescos y el de las partes comestibles muy procesadas incorporadas a los platos preparados o a algunas modalidades actuales de presentación en los mercados –y, como consecuencia, el recuento de las cantidades físicas podría resultar engañoso a la hora de registrar adecuadamente el consumo real bruto que es el dato más rele-

vante para estimar el impacto ecológico; el decrecimiento podría entonces ser menor de lo que parece). Respecto a los otros tres criterios no hay muchas dudas acerca de cuál continúa siendo la tendencia dominante: la evolución más reciente en las zonas productoras de agricultura y ganadería intensivas, el espectacular incremento en cantidad y diversidad de los productos muy procesados (ultracongelados, precocinados, preparados, etc.) y la deslocalización y desestacionalización cada día más visibles continúan reforzando la dependencia de la dieta actual respecto a los combustibles fósiles y aumentando la presión ejercida sobre el planeta para obtenerla.

Es cierto que, en los últimos años, se ha registrado un incremento relativamente muy alto de la producción de alimentos ecológicos (y una relativa consolidación de los correspondientes nichos de mercado especializados). La difusión de la conciencia ambientalista y las reiteradas alarmas en materia de riesgo alimentario (desde las vacas locas al debate sobre transgénicos o sobre la gripe del pollo) han potenciado este efecto. Sin embargo, el fenómeno mencionado no ha alcanzado (o, si se prefiere, no ha alcanzado aún) el peso necesario para alterar las conclusiones arriba apuntadas. Sí, puede decirse que la agricultura ecológica va bien, siempre que por ello se entienda que flota como una cáscara de nuez sobre el mar apocalíptico de la agroindustria.

ALIMENTACIÓN Y ACCESO DESIGUAL A LOS RECURSOS

No es sólo la deforestación de la Amazonía lo que, de manera oculta, subrepticia, se hace presente en nuestras mesas (Teitel, 1992; Tansy y d'Silva, 1999). También la miseria del mundo. El hecho de que la tercera parte de la producción mundial de grano se destine al engorde de animales y no a la alimentación humana es una de las más hondas transferencias de riqueza de la historia de la humanidad (Rifkin, 1992). En la actualidad, hay aproximadamente 0,2 ha de tierra cultivable por persona en el mundo. Para una población como la prevista para mediados del siglo XXI, la cifra estará alrededor de 0,16 ha. Y la alimentación de las sociedades industrializadas requiere entre 0,4 y 0,6 ha por persona. Claramente, no es generalizable: comer y beber como se hace hoy en Gasteiz o en Valencia no es un futuro posible para toda la humanidad.

La población mundial ha atravesado en el siglo XX por una extraordinaria fase de expansión, partiendo de 1.634 millones de personas en 1900 y superando los 6.000 millones a finales de 1999. La mayor parte

de ese crecimiento se ha concentrado en la segunda mitad del siglo (la cifra en 1950 era de 2.520 millones) y su ritmo ha sido más rápido en las zonas menos desarrolladas del planeta. Las proyecciones realizadas por los organismos internacionales especializados en el tema coinciden en que continuará creciendo, aunque a una tasa más baja, hasta por lo menos el año 2050, situándose entonces entre 7.900 y 10.900 millones (de no impedirlo un colapso de alcance inimaginable).

El excepcional crecimiento demográfico registrado en la segunda mitad del siglo XX, unido a la tendencia expansiva que aún se manifiesta —debida en buena medida al momento o inercia derivada de una gran proporción de personas jóvenes en el conjunto de la población— ha revitalizado en las últimas décadas las preocupaciones que se han descrito tradicionalmente como malthusianas (Pimentel y Pimentel, 1979; Pimentel y Hall, 1989). Hasta hoy, el motivo más clásico de dichas preocupaciones (la relación entre población y producción de alimentos) se ha visto minimizado por el incremento, no menos extraordinario, de la producción mundial de cereales (y algo similar podría decirse acerca de la producción de carne y de la pesca). Sin embargo, la expansión de las sociedades humanas y las diversas manifestaciones de la existencia de límites naturales a dicha expansión parecen ir aceleradamente sobre la misma vía pero en sentido contrario, lo que ha renovado la preocupación al respecto.

Me referiré a propósito de ello a un trabajo de síntesis sumamente preciso en los detalles y sensible a la multiplicidad de los factores relevantes y a la complejidad de sus interrelaciones (Smil 2001). Este autor sostiene que una combinación adecuada de recetas económicas y técnicas ya bien conocidas y contrastadas, medidas de protección medioambiental y ajustes en la composición de la dieta podría proporcionar una nutrición adecuada a la próxima y más amplia generación sin deteriorar irremediablemente los sistemas naturales de soporte de la vida. Esta conclusión relativamente optimista —"alentadoramente malthusiana", dice Smil— se basa en un minucioso argumento cuyos pasos principales se resumen a continuación:

1) A escala mundial, la disponibilidad de tierra cultivable no es todavía un factor limitante. Más apremiante es la situación relativa al uso del agua, que sí se aproxima a un estrés global, con manifestaciones regionalmente muy agudas. El suministro de nitrógeno parece garantizado, si bien la alteración del ciclo de este nutriente supone problemas de contaminación muy difíciles de gestionar. La seguridad alimentaria puede verse amenazada por la extrema simplificación de los ecosistemas agrí-

colas que caracteriza a las técnicas de cultivo modernas, por lo que resulta necesario adoptar medidas que frenen la reducción de la diversidad de especies y la erosión genética intraespecífica. 2) Hay un relativo margen para frenar la degradación de los suelos por erosión, salinización y empobrecimiento biológico que resulta de la explotación agrícola intensiva, aunque el incremento de las concentraciones de ozono troposférico y, sobre todo, los efectos del calentamiento global, pueden dificultar notablemente esta tarea. 3) Es posible mejorar significativamente la eficiencia en el uso del agua mediante sistemas descentralizados de captación, técnicas de riego más ahorrativas, cultivo en ciertos lugares de plantas más resistentes a la sal y otras medidas; algo similar ocurre con los fertilizantes (Smil considera que la absorción de nitrógeno por las plantas podría ser mejorada en un 20 o 30 por cien a través de una combinación de técnicas ya conocidas). 4) Es posible seguir consumiendo alimentos de origen animal, aunque ese consumo debería ajustarse a lo obtenido a partir de rumiantes que pastan en terrenos no aptos para el cultivo de plantas digeribles por los humanos y a partir de animales que pueden mantenerse con una variada combinación de residuos orgánicos; a ello podría sumarse lo producido mediante acuicultura, siempre que ésta tuviera en cuenta restricciones ecológicas derivadas de la contaminación, la selección positiva de la resistencia a agentes patógenos y la notable ineficiencia en la conversión energética de algunas de las especies carnívoras más comerciales. 5) Dado que las pérdidas que se producen durante la cosecha y después de la misma, así como las derivadas de la putrefacción del pescado, son muy elevadas (en algunos países llegan a alcanzar el 10% de la producción de cereales, el 25% de otros productos vegetales y proporciones incluso superiores de la pesca), el margen para mejorar los aprovechamientos es significativo. 6) Los cálculos habituales sobre necesidades de energía y proteínas podrían tal vez ajustarse a la baja (una conjetura que el autor que comento apoya en la extrema flexibilidad de los humanos como convertidores de la energía contenida en los alimentos y en la compleja combinación de factores diversos —edad, sexo, volumen del cuerpo, niveles de actividad física, condiciones ambientales y otros— que influye en el nivel de las necesidades). 7) La composición de la dieta se ha descompensado durante la modernización, pero podría volver a reajustarse: aunque una corriente poderosa, animada por la agroindustria y por los servicios de comida rápida, empuja en el sentido de un desequilibrio todavía mayor, diversas reacciones sociales ante problemas de obesidad y de mayor incidencia de enfermedades coronarias y de ciertos tipos de cáncer se mueven en sentido contrario.

La argumentación de Smil es alentadora en la medida en que establece de un modo plausible la posibilidad de alimentar a la población humana previsible en las próximas décadas. Es malthusiana en la medida en que hace depender esa posibilidad de la adopción de una serie de medidas preventivas impuestas por los límites ecológicos. Ahora bien, tal posibilidad depende de un complejo conjunto de condiciones sociales relativas a los ajustes institucionales, los cambios culturales, la coordinación de las políticas y los márgenes de flexibilidad para corregir errores que habrían de coincidir en el escaso tiempo disponible para que los asuntos humanos se encaminaran efectivamente en esa dirección. Dicho de otra manera: hacer que el hambre desaparezca como motivo básico del conflicto social en el siglo XXI exigiría dosis de impulso innovador, estabilidad política, cohesión social y cooperación internacional muy superiores a las que hoy parecen existir. Por otra parte, el relativo optimismo del autor que comento depende también de la confianza en que podrá mantenerse el suministro abundante de petróleo barato (una condición cuyo realismo puede muy bien ponerse en entredicho, a la vista de la información que viene acumulándose sobre el inminente "pico del petróleo").

La interrelación entre factores socioculturales y factores ecológicos es dramáticamente visible en la problemática de la alimentación. Como se ha apuntado antes, la superficie arable por persona va a moverse en las próximas décadas entre 0,2 y 0,15 ha. Ahora bien, asociar una idea de escasez, de suficiencia o de abundancia a esas cifras es algo que depende de cuánta tierra sea necesaria para alimentar adecuadamente a una persona. Y esto es algo que depende a su vez de las condiciones medioambientales, de la tecnología y de otros factores. Entre ellos, en un grado muy significativo, de la dieta:

"Las necesidades totales de tierra en un mundo de nueve o diez mil millones de personas dependerán mucho de la composición media de sus dietas y de la intensidad del cultivo. Una dieta casi exclusivamente vegetariana producida por una agricultura muy intensiva no requeriría más de 700-800 m²/persona. Una dieta china razonablemente equilibrada de finales de los 1990s —ofreciendo unas 2.800 kcal/día con aproximadamente el 15 por ciento de ese total obtenido de productos animales— se produce a partir de un promedio de 1.100 m²/persona por métodos que van del cultivo muy intensivo al cultivo extensivo de una sola cosecha (...). Por contra, la dieta occidental, con su alta proporción de carne y productos lácteos, exige hasta 4.000 m²/persona (...)" (Smil 2001:38).

Es instructivo constatar que la influencia de un rasgo sociocultural de este tipo puede ser lo suficientemente fuerte para establecer la diferencia entre la suficiencia y la escasez de algo tan "físico" como la tierra.

DESLOCALIZACIÓN/RELOCALIZACIÓN

La fuerte tendencia a deslocalizar la producción de alimentos supone, además de muchas otras cosas, un cambio fundamental en la relación histórica entre la ciudad y el campo. Esa relación fue siempre de explotación, pero también de dependencia mutua: las ciudades vivieron a costa de las tierras agrícolas y los espacios naturales cercanos a ellas, simplificándolos y degradándolos para extraer sus recursos; al mismo tiempo, en muchas ocasiones, controlaron los niveles de esa explotación, para no esquilmar en exceso su propia base de subsistencia. El desarrollo de las ciudades modernas ha ido en paralelo con la obtención de alimentos y recursos naturales (energía, agua, etc.) procedentes de regiones cada vez más lejanas. Al eliminarse la proximidad, se ha generado la ilusión de que la dependencia ha desaparecido, pero tal ilusión es engañosa: la ciudad global depende también de un entorno agrario (y natural), pero la geografía del mismo es dispersa y a menudo inidentificable. No es en modo alguno una exageración afirmar que las llamadas "ciudades globales" de hoy se mantienen mediante la explotación del planeta entero.

La cuestión ahora es que, en un mundo que se encuentra ya más allá de los límites al crecimiento y en que la provisión de combustibles fósiles baratos se aproxima a su máximo posible, se plantea la necesidad de reconstruir la relación entre los asentamientos humanos y sus entornos agrícolas más cercanos (y, también, entre las personas en unos y en otros: como dicen en algunas cooperativas japonesas (Imhoff, 1996), una agricultura sostenible es ante todo una que tiene "cara y ojos", en la que se ha restablecido el contacto directo entre productores y consumidores de alimentos).

El suministro de alimentos (junto con algunos otros bienes y servicios básicos: energía, agua, educación, salud, atención comunitaria...) forma parte de los temas prioritarios en las nuevas propuestas de relocalización (Douthwaite, 1996). Esas propuestas tratan de ofrecer una respuesta a las tensiones derivadas de la crisis ecológica: en un mundo de energía escasa y de ecosistemas sobrecargados, los asentamientos humanos deberán reducir su huella ecológica; y el fomento de la proximidad es una de las recetas más fiables para tal finalidad. Intentan, también, proporcionar

seguridad frente a la inestabilidad característica de los flujos en el mundo de la "globalización": un suministro próximo es más controlable, menos volátil y más digno de confianza.

· En no pocas ocasiones, la conflictividad asociada a todo esto es bien visible. La conservación de los campos se ve amenazada en muchos lugares por la presión urbanizadora, por la marginación de los pequeños productores y por la competencia de precios (es el caso, por ejemplo, de la histórica huerta de Valencia (AA.VV., 1999)). Como consecuencia, muchas de las mejores tierras agrícolas del mundo están desapareciendo justo cuando más necesarias van a resultar, cuando la presión demográfica y la escasez de energía van a devolverles dramáticamente el papel esencial que habían tenido en todas las civilizaciones anteriores. La conciencia de esta situación, unida al interés en aumento por la trazabilidad de los alimentos, a la búsqueda de seguridad frente a los riesgos alimentarios, a la demanda creciente de productos de la agricultura orgánica y a diversos motivos de identidad comunitaria, está dando lugar en muchas partes del mundo a la reaparición de mercados locales de agricultores, a la constitución de cooperativas de consumo o al nacimiento de nuevas modalidades de agricultura urbana. La tensión entre deslocalización y relocalización encuentra en la producción y consumo de alimentos uno de sus terrenos de prueba más característicos: bajo este prisma, la presión norteamericana ante la Organización Mundial del Comercio, orientada a suprimir las denominaciones de origen (una de las referencias locales mejor establecidas en el sistema alimentario europeo), es mucho más que una pequeña guerra comercial.

ESTRÉS CRÓNICO, MALA COMIDA Y EROSIÓN DEL BIENESTAR

La falta de tiempo en la acelerada sociedad contemporánea condiciona la forma social de alimentarnos y, de hecho, se ha convertido en uno de los más poderosos motores ocultos que vienen impulsando la expansión del complejo agroindustrial.

El tiempo se ha vuelto escaso como un efecto más del desarrollo. El desarrollo es un proceso que expande la esfera económica a costa de otras dos esferas de las que se obtienen también servicios que satisfacen necesidades humanas: los intercambios no mercantiles ni burocráticos con otras personas y las funciones útiles de la naturaleza. Para poder ganar más dinero, dedicamos menos tiempo a los demás y destruimos el medio ambiente. Para compensar las pérdidas sufridas en contactos humanos y

servicios de la naturaleza, hay que esforzarse aún más a fin de ganar aún más dinero. La falta de tiempo que de ello resulta afecta a todas las facetas de la alimentación, desde la producción, el procesado y la distribución de los alimentos hasta la cocina y las costumbres en la mesa. La bien establecida conexión entre las situaciones de stress y la mala alimentación (Steptoe et al., 1998) se torna crónica, se convierte en habitual.

Por esta vía, los tópicos de la sociología de la modernización sobre el consumo alimentario resultan también cuestionados: no es cierto que cada vez comemos más y mejor. Aunque quizás conviene matizar más esta afirmación: tal vez fue así en algún momento del proceso de modernización (al menos para las sociedades beneficiarias de ese proceso); pero eso no implica que el efecto positivo continúe produciéndose. En una sociedad como la española, donde aún está viva la memoria del hambre asociada a las condiciones terribles que siguieron al establecimiento de la dictadura franquista, no tiene mucho sentido negar que el desarrollo trajo consigo una alimentación más abundante, segura y variada. La cuestión es más bien si, una vez alcanzado ese nivel (lo que probablemente tuvo lugar en algún momento en torno a 1980), la mejoría ha continuado; o si, más bien, el período más reciente viene registrando un cierto deterioro (cualitativo, sí más no).

Dejaré abierta la cuestión, aunque mi opinión es que, efectivamente, los celos, los miedos y las angustias omnipresentes acerca de la alimentación, las alarmas recurrentes en este ámbito, son el síntoma de un cierto deterioro, de una paulatina erosión del bienestar. Esto es, a fin de cuentas, lo que viene planteando el movimiento Slow Food: que producción local y cuidadosa, diversidad y estacionalidad, características y calidades locales, estabilidad económica, cuidado del entorno, salud y calidad de las relaciones humanas son diferentes facetas de un mismo problema.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1999). *Els valors de La Punta. 18 arguments en defensa de l'horta*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Almenar, R.; Bono, E.; Garcia, E. (dirs.) (2000). *La sostenibilidad del desarrollo. El caso valenciano*. Valencia: Universitat de València/Fundació Bancaixa.
- Beardsworth, Alan; Keil, Teresa (1997). *Sociology of the Menu. An Invitation to the Study of Food and Society*. London: Routledge.
- Benton, Ted; Craib, Ian (2001). *Philosophy of Social Science. The Philosophical Foundations of Social Thought*. New York, Palgrave.
- Böge, S. (1996). "Freight transport, food production and consumption in the United States

- and in Europe, or how far can you ship a bunch of onions in the United States?". Wuppertal Papers n° 56, Wuppertal Institut für Klima, Umwelt, Energie.
- Brower, M.; Leon, W. (1999). *The consumer's guide to effective environmental choices. Practical advice from the Union of Concerned Scientists*. New York: Three Rivers Press.
 - Carlsson-Kanyama, A. (1997). "Weighted average source points and distances for consumption origin: Tools for environmental impact analysis". *Ecological Economics* 23: 15-23.
 - Carlsson-Kanyama, A. (1998). "Food consumption patterns and their influence on climate change". *Ambio* 27 (7): 528-534.
 - Coley, D.A.; Goodlife, E.; MacDiarmid, J. (1998). "The embodied energy of food: The role of diet". *Energy Policy* 26 (6): 455-459.
 - Douthwaite, R. (1996). *Short circuit. Strengthening local economies for security in an unstable world*. Foxhole (Devon): Green Books.
 - Durning, A.T. (1992). *How much is enough? The consumer society and the future of the Earth*. London: Earthscan.
 - Fernández-Armesto, Felipe (2001). *Food. A History*. London, Macmillan.
 - Fischler, Claude (1980). "Food habits, social change and the nature/culture dilemma". *Social Science Information* 19: 937-953.
 - Garcia, Ernest (2006). "Consumo y sostenibilidad en el País Valenciano, 1980-2000". *Papers-Revista de Sociologia* 82: 97-120.
 - Garcia, Ernest; Duart, Pura (1998). "Consumo y sustentabilidad en la Comunidad Valenciana". *Revista Internacional de Sociología (RIS)* 19-20: 247-278.
 - Goody, Jack (1982). *Cooking, Cuisine and Class. A Study in Comparative Sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
 - Harris, M. (1994). *Bueno para comer. Enigmas de alimentación y cultura*. Madrid: Alianza Editorial.
 - Hawkes, K.; O'Connell, J.F.; Blurton Jones, N.G.; Alvarez, H.; Charnov, E.L. (1998). "Grandmothering, menopause, and the evolution of human life histories". *Proceedings of the National Academy of Sciences USA* 95: 1336-1339.
 - Heller, M.C.; Keoleian, G.A. (2000). *Life-cycle-based sustainability indicators for assessment of the U.S. food system*. University of Michigan, Center for Sustainable Systems, Report n° CSS00-04.
 - Imhoff, D. (1996). "Community supported agriculture: Farming with a face on it", en Mander, J. y E. Goldsmith (eds.), *The case against the global economy. And for a turn toward the local*. San Francisco: Sierra Club Books, 425-434.
 - Lappé, F.M. (1991). *Diet for a small planet*. San Francisco: Food First.
 - Lorek, S.; Spangenberg, J.H. (2001). "Environmentally sustainable household consumption. From aggregate environmental pressures to indicators for priority fields of action". Wuppertal Institut für Klima, Umwelt, Energie, Wuppertal Papers n° 117.
 - Matthews, E.; Hammond, A. (1999). *Critical consumption trends and implications. Degrading earth's ecosystems*. Washington: World Resources Institute.
 - McIntosh, Wm. Alex (1996). *Sociologies of Food and Nutrition*. New York: Plenum Press.
 - Mennell, Stephen (1985). *All Manners of Food. Eating and Taste in England and France from the Middle Ages to the Present*. Oxford: Blackwell.

- Mennell, Stephen; Murcott, Anne; van Otterloo, Anneke H. (1992). *The Sociology of Food. Eating, Diet and Culture*. London: Sage.
- Murcott, Anne (1983). *The Sociology of Food and Eating*. Gower House: Gower.
- Pimentel, D.; Hall, C.W. (1989). *Food and natural resources*. San Diego (CA): Academic Press.
- Pimentel, D.; Pimentel, M. (1979). *Food, energy and society*. New York: Wiley.
- Pirog, R.; Van Pelt, T.; Enshayan, K.; Cook, E. (2001). *Food, fuel, and freeways. An Iowa perspective on how far food travels, fuel usage, and greenhouse gas emissions*. Ames: Iowa State University/Leopold Center for Sustainable Agriculture.
- Rifkin, J. (1992). *Beyond beef. The rise and fall of cattle culture*. Nueva York: Dutton.
- Ritzer, George (1993). *The McDonaldization of Society*. Thousand Oaks: Pine Forge Press.
- Rosenblatt, R. ed. (1999). *Consuming desires. Consumption, culture, and the pursuit of happiness*. Washington: Island Press.
- Ryan, J.; Durning, A. (1997). *Stuff. The secret lives of everyday things*. Seattle: Northwest Environment Watch.
- Schlosser, E. (2001). *Fast food nation. What the all-american meal is doing to the world*. London: Penguin.
- Smil, V. (2001). *Feeding the world. A challenge for the twenty-first century*. Cambridge (MA): The MIT Press.
- Steptoe, Andrew et al. (1998). "The effects of life stress on food choice", en Anne Murcott (ed.), *The Nation's Diet. The Social Science of Food Choice*. New York: Addison Wesley Longman.
- Tansy, G.; d'Silva, J. eds. (1999). *The meat business. Devouring a hungry planet*. London: Earthscan.
- Teitel, M. (1992). *Rainforest in your kitchen. The hidden connection between extinction and your supermarket*. Washington: Island Press.
- Warde, Alan (1997). *Consumption, Food and Taste. Culinary Antinomies and Commodity Culture*. London: Sage.
- Wood, Roy C. (1995). *The Sociology of the Meal*. Edinburgh: Edinburgh University Press.

NOTAS

ⁱUna versión inicial de este trabajo fue publicado en el año 2001 como artículo en el número 221, vol. 56, de la *Revista de Fomento Social*. El texto está basado en el artículo de M. Woolcock, “Social capital and economic development: toward a theoretical synthesis and policy framework”, *Theory and Society*, nº 27, 1998, cuya propuesta analítica es reorientada e interpretada a la luz de las dinámicas del desarrollo en las zonas rurales.

ⁱⁱLos programas de desarrollo rural Leader son una iniciativa de la Comisión de la Unión Europea dirigida a promover la diversificación de actividades en las zonas rural mediante una metodología ascendente (*bottom-up*) basada en la constitución de “grupos de desarrollo rural”. Estos programas se iniciaron a principios de la década de los 90 y han continuado hasta fechas recientes en distintas fases de ejecución (Leader I, II y Plus), existiendo ya importantes documentos de evaluación de sus resultados. En septiembre de 2005, estas iniciativas se han institucionalizado al haber sido integradas como un eje específico en el nuevo Reglamento europeo de desarrollo rural. Sobre la aplicación de la iniciativa Leader en Europa hay una amplia bibliografía de la que pueden destacarse los trabajos de Halfacree, Kovac y Woodward (2002). Sobre el nuevo Reglamento europeo de desarrollo rural puede verse Moyano (2005).

ⁱⁱⁱEn su acepción moderna, el concepto de “capital social” ya había sido utilizado con anterioridad a los citados trabajos de la nueva sociología económica del desarrollo. Primero, fue J. Jacobs (1961), luego P. Bourdieu (1986) y P. Bourdieu y J. C. Passeron (1990) y más tarde G. Loury (1977a y b), los que utilizaron este concepto. Quienes mejor lo han utilizado en investigaciones empíricas han sido el propio G. Loury —que lo utilizó en su estudio sobre adolescencia y relaciones familiares—, J. Coleman (1988) —en su estudio sobre el abandono de los centros escolares por los jóvenes estadounidenses—, R. Burt (1992) y R. Putnam —en su

estudio sobre Italia (1993) y, más recientemente, en estudios sobre la sociedad norteamericana, tomando como base las relaciones sociales que se desarrollan en las boleras (1995 y 2003)—, así como A. Portes (1998), A. Portes y P. Landolt (1996) y A. Portes y J. Sensenbrenner (1993) —en sus estudios sobre el empresariado en grupos étnicos—. En España, la escasa literatura que todavía existe sobre capital social está siendo acelerada en los últimos años con aportaciones desde la ciencia política, como las de J. R. Montero y M. Torcal (2000), C. Boix y N. Posner (1996) o J. Jordana (2000) y desde la sociología, como F. Herreros (2001 y 2002), F. Herreros y H. Criado (2001), E. Moyano y F. Garrido (2003), el número monográfico 94/95 de la revista *Zona Abierta* coordinado por F. Herreros y A. de Francisco (2001), o los trabajos surgidos en el marco de la revitalización de la tradición republicanista, que enfatiza la importancia de los valores cívicos y el capital social (Herreros, 2001); desde la economía puede destacarse el trabajo de F. Vega Redondo (2002) y el libro coordinado por F. Pérez García (2005) en el que se propone una medición del capital social.

^{iv}Fedderke et al. (1999) utilizan los conceptos de *transparency* (transparencia) —como equivalente al de *embeddedness*— y de *rationalization* (racionalización) —como equivalente al de *autonomy*— para analizar los procesos de desarrollo económico, procesos en los cuales la principal función del capital social es reducir los costes de transacción. Para Fedderke et al., cuyo trabajo se centra en las implicaciones del capital social para el desarrollo económico, la “transparencia” sería aquel aspecto del capital social que, al reducir los costes de transacción, facilita la distribución de información en cantidad y calidad entre los individuos de una comunidad, de modo que aumenta la certidumbre de éstos en sus relaciones económicas intracomunitarias; la “racionalización” sería aquel otro aspecto del capital social que, al aumentar el grado de formalización de las normas y valores de una comunidad en lenguajes más universales y menos particularistas, favorece las relaciones de sus miembros con individuos de otras comunidades para emprender proyectos conjuntos de desarrollo.

^vLa obra ya clásica de M. Olson (1965) sobre acción colectiva analiza el problema del *free-rider* en grupos que ofertan bienes públicos. Asimismo, en un trabajo posterior (Olson, 1982) plantea el problema de enquistamiento de determinadas instituciones (piensa en los sindicatos tradicionales) que jugaron una función positivas en etapas iniciales del

desarrollo, pero luego se convierten en un pesado lastre al no saber adaptarse a los cambios y coartar el dinamismo de la sociedad.

^{vi} Cada uno de esos nuevos conceptos tiene un referente clásico en la sociología. Así, en el nivel micro, la importancia del concepto de *integration* (integración social) es derivada inicialmente de las nociones durkheimianas de solidaridad orgánica y mecánica. La idea de *linkage* (conexión o lazos socioinstitucionales) procede de G. Simmel, quien reconocía que las comunidades pobres necesitaban generar lazos sociales que se extendieran más allá de los grupos primarios y alcanzaran a las instituciones de la sociedad civil, si querían salir de la pobreza y emprender proyectos duraderos de desarrollo. En el nivel macro de los procesos de desarrollo, surge la idea de *organizational integrity* (integridad organizacional), que tiene sus orígenes en M. Weber, cuando argüía que el desarrollo económico está íntimamente asociado a la emergencia de burocracias formales eficientes y a la universalización de las normas al proveer de bases seguras y predecibles para que los intereses y capacidades de los individuos puedan ser canalizados hacia proyectos colectivos. En ese nivel macro surge también la idea de *synergy* (sinergia entre instituciones), que es una aportación de los enfoques institucionalistas interesados en analizar las relaciones externas que las instituciones mantienen con su entorno exterior (Evans, 1996).

^{vii} La dimensión denominada *organizational integrity* en el modelo de Woolcock la denominamos aquí “eficiencia organizacional” para evitar confusión con el término *integration*. Una operacionalización del modelo de Woolcock mediante indicadores capaces de medir el nivel de capital social en las zonas rurales de Andalucía puede verse en Moyano y Garrido (2003). En ese trabajo se utilizaban los siguientes indicadores: confianza entre vecinos, participación en proyectos cooperativos, confianza en las instituciones, identidad comarcal, cooperación entre ayuntamientos, cooperación entre asociaciones, eficiencia de las instituciones públicas, eficiencia de las entidades asociativas privadas.

^{viii} En España hay algunos casos paradigmáticos, como el de la cooperativa del Valle de los Pedroches en el norte de la provincia de Córdoba (Pérez Yruela et. al., 2003).

^{ix} En las evaluaciones de los programas Leader en Andalucía, uno de los factores mejor valorados era la creciente identificación (cultural o estratégica) de los ciudadanos con la comarca, y la cooperación entre los

responsables políticos de los municipios para definir estrategias supralocales de desarrollo.

^x En esta misma línea trata J. Fedderke et al. (1999) el papel del Estado como inductor de determinadas formas de capital social que pueden tener efectos positivos para el desarrollo, aunque también negativos si entran en conflicto con el nivel de capital social existente en una comunidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bandfield, Edward (1958), *The Moral Basis of a Backward Society*, Free Press, Nueva York.
- Becker, Gary (1962), "Investment in human capital: a theoretical analysis", *Journal of Political Economy*, nº 70, pp. 9-49.
- Boix, Carles y Daniel N. Posner (1996), "Making Social Capital Work. A review of Robert Putnam's *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*", Working Paper Series de Harvard University Centre for International Affairs, pp. 96-104. (Hay una versión española de este artículo en Revista Española de Ciencia Política, vol. 1, nº 2, pp. 159-185, 2000).
- Bourdieu, Pierre (1986), "The forms of capital", en John Richardson (coord.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Greenwood Press, Westport.
- Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron (1990), *Reproduction in education, society and culture*, Sage, Londres (1ª versión en francés en 1970).
- Coleman, James (1988), "Social capital in the creation of human capital", *American Journal of Sociology*, nº 94, pp. S95-S120.
- Evans, Peter (1992), "The State as problem and solution: embedded autonomy, and structural change", in Stephan Haggard y Robert Kauffman (coord.), *The Politics of Economic Adjustment*, Princeton University Press, Princeton.
- Evans, Peter (1995), *Embeddedness Autonomy*, Princeton University Press, Princeton.
- Evans, Peter (1996), "Government Action, Social Capital and Development: Reviewing the Evidence on Synergy", *World Development*, vol 24, nº 6, pp. 1122.
- Fedderke, John et al. (1999), "Economic Growth and Social Capital. A critical reflection", *Theory and Society*, vol. 28, nº 5, pp. 709-745.
- Greif, Avner (1994), "Cultural beliefs and the organization of society: a historical and theoretical reflection on collectivist and individualist societies", *Journal of Political Economy*, nº 102, pp. 912-950.
- Granovetter, Mark (1985), "Economic action and social structure: the problem of embeddedness", *American Journal of Sociology*, nº 91, pp. 481-493.
- Graziano da Silva, José (2002), "El desarrollo local en contextos de globalización", *Revista Internacional de Sociología*, CSIC, Córdoba, nº 27, pp. 171-187.
- Halfacree, Keith; Imre Kovac, y Rachel Woodward (2002), *Leadership and Local Power in European Rural Development*, Ashgate, Aldershot.
- Herreros, Francisco (2001), "Social capital, associations and civic republicanism", en

- Michael Saward (coord.), *Democratic Innovation, Deliberation, Representation and Association*, Routledge, Londres.
- Herreros, Francisco (2002), "¿Son las relaciones sociales una fuente de recursos?. Una definición de capital social", *Papers*, Revista de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona, nº 67, pp. 129-148.
- Herreros, Francisco y Henar Criado (2001), "El problema de la formación de capital social. Estado, asociaciones voluntarias y confianza generalizada", *Zona Abierta*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, nº 94-95, pp. 201-235.
- Jacobs, Jean (1961), *The Life and Death of the Great American Cities*, Random House, Nueva York.
- Jordana, Jacint (2000), "Instituciones y capital social: ¿qué explica qué?", *Revista Española de Ciencia Política*, vol. 1, nº 2, pp. 187-210.
- Loury, Glenn (1977a), "The economic of discrimination: getting to the core of the problem", *Harvard Journal of African American Public Policy*, nº 100.
- Loury, Glenn (1977b), "A dynamic theory of racial income differences", en P.A. Wallace y A. Le Mund (coords.), *Women, minorities and employment discrimination*, Lexington Books, Lexington.
- Migdal, Joel (1988), *Strong Societies and Weak States: State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*, Princeton University Press, Princeton.
- Montero, José Ramón y Mariano Torcal (2000), "La formación y consecuencias del capital social", *Revista Española de Ciencia Política*, vol. 1, nº 2, pp.79-121.
- Moyano, Eduardo (2001), "El enfoque del capital social y su utilidad para el análisis de las dinámicas del desarrollo", *Revista de Fomento Social*, INSA-ETEA, Córdoba, vol. 56, nº 221, pp. 35-63.
- Moyano, Eduardo (2005), "Nuevas orientaciones de las políticas de desarrollo rural en la Unión Europea. A propósito del nuevo Reglamento FEADER", *Revista de Fomento Social*, INSA-ETEA, Córdoba, vol. 60, nº 238, pp.219-242.
- Moyano, Eduardo y Fernando Garrido (2003), "Capital social y desarrollo en zonas rurales. Una aplicación a los programas Leader y Proder en Andalucía", *Revista Internacional de Sociología*, CSIC, Córdoba, nº 33, pp. 67-96.
- Ortega, Antonio C. y Emanoel Marcio Nunes (2005), "Desarrollo rural y agricultura familiar en Brasil", *XII Informe de la Agricultura 2005*, Madrid, Fundación de Estudios Rurales, Madrid, pp. 200-206.
- Olson, Mancur (1965), *The Logic of Collective Action*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Olson, Mancur (1982), *The Rise and Decline of Nations*, Yale University Press, New Haven.
- Pérez Correa, Edelmira y José María Sumpsi (coords.) (2002), *Políticas, instrumentos y experiencias de desarrollo rural en América Latina y Europa*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación y Agencia de Cooperación Internacional, Madrid.
- Pérez García, Francisco (coord.), *La medición del capital social. Una aproximación económica*, Fundación BBVA, Bilbao.
- Pérez Yruela, Manuel et al. (2003), *La nueva concepción del desarrollo rural. Estudios de casos*, Colección Politeya, CSIC, Madrid.
- Polanyi, Karl (1957), *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston.

- Portes, Alejandro (1998), "Social capital: Its Origins and Application in Modern Sociology", *American Review of Sociology*, n° 24, pp. 1-24.
- Portes, Alejandro y Patricia Landolt (1996), "The downside of social capital", *The American Prospect*, n° 26, pp. 18-21.
- Portes, Alejandro y Julia Sensenbrenner (1993), "Embeddedness and immigration: notes on the social determinants of economic action", *American Journal of Sociology*, vol. 98, n° 6, pp. 1320-1350.
- Putnam, Robert (1993): *Making Democracy Work*, Princeton University Press, Princeton.
- Putnam, Robert (1995), "Bowling alone. American's declining social capital", *Journal of Democracy*, vol.6, n° 1, pp. 65-78.
- Putnam, Robert (2003), *El declive del capital social*, Galaxia Guttenberg-Círculo de Lectores, Barcelona.
- Rueschemeyer, Dietrich y Peter Evans (1985), "The state and economic transformation", en Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (coords.), *Bringing the State back*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Schultz, Theodor W. (1963), "Investment in human capital", *American Economic Review*, n° 51, pp. 1-16.
- Swedberg, Richard (1991), "Major traditions of economic sociology", *Annual Review of Sociology*, n° 17, pp. 251-276.
- Swedberg, Richard y Neil Smelser (coords.) (1994), *Handbook of Economic Sociology*, Princeton University Press, Princeton.
- Uslaner, Eric M. (1999): "Democracy and social capital", en M. E. Warren (ed.), *Democracy and Trust* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Vega Redondo, Francisco (2002), "Building up social capital in a changing world", *Documento de Trabajo WP-AD 2002-26*, diciembre, Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas, Valencia.
- Woolcock, Michael (1998), "Social capital and economic development: toward a theoretical synthesis and policy framework", *Theory and Society*, vol. 27, n° 2, pp. 151-208.
- Woolcock, Michael (2000), "Managing risk, shocks, and opportunities in developing economies: the role of social capital", en Gustav Ranis (coord.), *Dimensions of Development*, Yale Center for International and Area Studies, New Haven.
- Zartman, Ian (coord.) (1995), *Collapsed states. Disintegration and restoration of legitimate authority*, Lynne Rienner Publishers, Boulder.

BIBLIOGRAFÍA

1. Bell, D. Citado por Quim Brugué R. Gomá en Gobierno Local y Políticas Públicas. Capítulo I. 1997. Universidad Autónoma de Barcelona. España.
2. Del Castillo, J. (1995): Manual de Desarrollo Local. Administración de la Comunidad Autónoma del País Vasco, España.
3. Correa R. E. (1995): "Gobernabilidad, Participación y Medio Ambiente". En Inserción Global y Medio Ambiente. V Encuentro Científico sobre Medio Ambiente. Informes Grupos de Trabajo. CIPMA.
4. Brugué, Q. y R. Gomà. 1997. Gobierno Local y Políticas Públicas. Universidad Autónoma de Barcelona. España.
5. Max-Neef, M., A. Elizalde y M. Hopenhayn. (1986): "Desarrollo a Escala Humana". En: Development Dialogue. CEP/AUR/Fundación Dag Hammarskjöld.
6. Vázquez B. A. (1988): Desarrollo Local. Ed. Pirámide. Madrid-España.
7. Comisión CEE. (1984): Las Regiones de Europa. Segundo informe periódico sobre la situación socioeconómica de las Regiones de la Comunidad. COM (84).
8. Vázquez B. A. (1996): El cambio del modelo de desarrollo regional y los nuevos procesos de desarrollo y difusión en España. Estudios territoriales Nº 20.

**PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE
AGRICULTURA, PESCA Y
ALIMENTACIÓN**

SERIE ESTUDIOS

PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN

SERIE ESTUDIOS

1. García Fernando, Manuel. *La innovación tecnológica y su difusión en la agricultura*. 1976. 300 p. (agotado).
2. *Situación y perspectivas de la agricultura familiar en España*. Arturo Camilleri Lapeyre et al. 1997. 219 p. (agotado).
3. *Propiedad, herencia y división de la explotación agraria. La sucesión en el Derecho Agrario*. Director: José Luis de los Mozos. 1977. 293 p. (agotado).
4. Artola, Miguel, Contreras, Jaime y Bernal, Antonio Miguel. *El latifundio. Propiedad y explotación, siglos XVIII-XX*. 1978. 197 p. (agotado).
5. Juan i Fenollar, Rafael. *La formación de la agroindustria en España (1960-1970)*. 1978. 283 p.
6. López Linage, Javier. *Antropología de la ferocidad cotidiana: supervivencia y trabajo en una comunidad cántabra*. 1978. 283 p.
7. Pérez Yruela, Manuel. *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931-1936)*. 1978. 437 p.
8. López Ontiveros, Agustín. *El sector oleícola y el olivar: oligopolio y coste de recolección*. 1978. 218 p.
9. Castillo, Juan José. *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España (la Confederación Nacional Católica Agraria, (1917-1924))*. 1979. 552 p.
10. *La evolución del campesinado: la agricultura en el desarrollo capitalista*. Selección de Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1979. 363 p.
11. Moral Ruiz, Joaquín del. *La agricultura española a mediados del siglo XIX (1850-1870). Resultados de una encuesta agraria de la época*. 1979. 228 p.
12. Titos Moreno, Antonio y Rodríguez Alcaide, José Javier. *Crisis económica y empleo en Andalucía*. 1979. 198 p.
13. Cuadrado Iglesias, Manuel. *Aprovechamiento en común de pastos y leñas*. 1980. 539 p.
14. Díez Rodríguez, Fernando. *Prensa agraria en la España de la ilustración. El semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos (1997-1808)*. 1980. 215 p.
15. Arnalte Alegre, Eladio. *Agricultura a tiempo parcial en el País Valenciano. Naturaleza y efectos del fenómeno en el regadío litoral*. 1980. 378 p.

16. Grupo ERA (Estudios Rurales Andaluces). *Las agriculturas andaluzas*. 1980. 505 p.
17. Bacells, Albert. *El problema agrario en Cataluña. La cuestión Rabassaire (1980-1936)*. 1980. 438 p.
18. Carnero i Arbat, Teresa. *Expansión vinícola y atraso agrario (1870-1900)*. 1980. 289 p.
19. Cruz Villalón, Josefina. *Propiedad y uso de la tierra en la Baja Andalucía. Carmona, siglos XVIII-XX*. 1980. 360 p.
20. Herán Haen, François. *Tierra y parentesco en el campo sevillano: la revolución agrícola del siglo XIX*. 1980. 268 p.
21. García Ferrando, Manuel y González Blasco, Pedro. *Investigación agraria y organización social*. 1981. 226 p.
22. Leach, Gerald. *Energía y producción de alimentos*. 1981. 210 p.
23. Mangas Navas, José Manuel. *El régimen comunal agrario de los Concejos de Castilla*. 1981. 316 p.
24. Tió, Carlos. *La política de aceites comestibles en la España del siglo XX*. 1982. 532 p.
25. Mignon, Christian. *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. 1982. 606 p.
26. Pérez Touriño, Emilio. *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*. 1983. 332 p.
27. Vassberg, David E. *La venta de tierras baldías. El comunitarismo agrario y la Corona de Castilla durante el siglo XVI*. 1983. 265 p.
28. Romero González, Juan. *Propiedad agraria y sociedad rural en la España mediterránea. Los casos valenciano y castellano en los siglos XIX y XX*. 1983. 465 p.
29. Gros Imbriola, Javier. *Estructura de la producción porcina en Aragón*. 1984. 235 p.
30. López López, Alejandro. *El boicot de la derecha y las reformas de la Segunda República. La minoría agraria, el rechazo constitucional y la cuestión de la tierra*. 1984. 452 p.
31. Moyano Estrada, Eduardo. *Corporatismo y agricultura. Asociaciones profesionales y articulación de intereses en la agricultura española*. 1984. 357 p.
32. Donézar Díez de Ulzurum, Javier María. *Riqueza y Propiedad en la Castilla del Antiguo Régimen. La provincia de Toledo en el siglo XVIII*. 2.^a edición 1996. 580 p.

33. Mangas Navas, José Manuel. *La propiedad de la tierra en España. Los patrimonios públicos. Herencia contemporánea de un reformismo inconcluso*. 1984. 350 p. (agotado).
34. *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de Sociología Rural de España*. Compilador. Eduardo Sevilla-Guzmán. 1984. 425 p.
35. Colino Sueiras, José. *La Integración de la agricultura gallega en el capitalismo. El horizonte de la CEE*. 1984. 438 p.
36. Campos Palacín, Pablo. *Economía y Energía en la dehesa extremeña*. 1984. 335 p. (agotado).
37. Piqueras Haba, Juan. *La agricultura valenciana de exportación y su formación histórica*. 1985. 249 p.
38. Viladomiu Canela, Lourdes. *La inserción de España en el complejo sojamental*. 1985. 448 p.
39. Peinado García, María Luisa. *El consumo y la industria alimentaria en España. Evolución, problemática y penetración del capital extranjero a partir de 1960*. 1985. 453 p.
40. *Lecturas sobre agricultura familiar*. Compiladores: Manuel Rodríguez Zuñiga y Rosa Soria Gutiérrez. 1985. 401 p.
41. *La agricultura insuficiente. La agricultura a tiempo parcial*. Directora: Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1983. 442 p.
42. Ortega López, Margarita. *La lucha por la tierra en la corona de Castilla al final del Antiguo Régimen. El expediente de Ley Agraria*. 1986. 330 p.
43. Palazuelos Manso, Enrique y Granda Alva, Germán. *El mercado del café. Situación mundial e importancia en el comercio con América Latina*. 1986. 336 p.
44. *Contribución a la historia de la trashumancia en España*. Compiladores: Pedro García Martín y José María Sánchez Benito. 2.ª edición 1996. 512 p.
45. Zambrana Pineda, Juan Francisco. *Crisis y modernización del olivar español, 1870-1930*. 1987. 472 p.
46. Mata Olmo, Rafael. *Pequeña y gran propiedad agraria en la depresión del Guadalquivir*. 1987. 2 tomos. (agotado).
47. *Estructuras y regímenes de tenencia de la tierra en España: Ponencias y comunicaciones de II Coloquio de Geografía Agraria*. 1987. 514 p.
48. San Juan Mesonada, Carlos. *Eficacia y rentabilidad de la agricultura española*. 1987. 469 p.
49. Martínez Sánchez, José María. *Desarrollo agrícola y teoría de sistemas*. 1987. 375 p. (agotado).

50. *Desarrollo rural integrado*. Compiladora: Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1988. 436 p. (agotado).
51. García Martín, Pedro. *La ganadería mesteña en la España borbónica (1700-1836)*. 1988. 483 p.
52. Moyano Estrada, Eduardo. *Sinsicalismo y política agraria en Europa. Las organizaciones profesionales agrarias en Francia, Italia y Portugal*. 1988. 648 p.
53. Sevorlin, Claude. *Las políticas agrarias*. 1988. 230 p. (agotado).
54. *La modernización de la agricultura española*. 1956-1986. Compilador: Carlos San Juan Mesonada. 1989. 559 p.
55. Pérez Picazo, María Teresa. *El Mayorazgo en la historia económica de la región murciana, expansión, crisis y abolición (Ss. XVII-XIX)*. 1990. 256 p.
56. *Camino rural en Europa. Programa de investigación sobre las estructuras agrarias y la pluriactividad*. Montpellier, 1987. Fundación Arkleton. 1990. 381 p.
57. *La agrociudad mediterránea. Estructuras sociales y procesos de desarrollo*. Compilador: Francisco López-Casero Olmedo. 1990. 420 p.
58. *El mercado y los precios de la tierra: funcionamiento y mecanismos de intervención*. Compiladora: Consuelo Varela Ortega. 1988. 434 p.
59. García Álvarez-Coque, José María, *análisis institucional de las políticas agrarias. Conflictos de intereses y política agraria*. 1991. 387 p.
60. Alario Trigueros, Milagros. *Significado espacial y socioeconómico de la concentración parcelaria en Castilla y León*. 1991. 457 p.
61. Giménez Romero, Carlos. Valdelaguna y Coatepec. *Permanencia y funcionalidad del régimen comunal agrario en España y México*. 1991. 547 p.
62. Menegus Bornemann, Margarita. *Del Señorío a la República de indios. El caso de Toluca, 1500-1600*. 1991. 260 p.
63. Dávila Zurita, Manuel María y Buendía Moya, José. *El mercado de productos fitosanitarios*. 1991. 190 p.
64. Torre, Joseba de la. *Los campesinos navarros ante la guerra napoleónica. Financiación bélica y desamortización civil*. 1991. 289 p.
65. Barceló Vila, Luis Vicente. *Liberación, ajuste y reestructuración de la agricultura española*. 1991. 561 p.
66. Majuelo Gil, Emilio y Pascual Bonis, Ángel. *Del catolicismo agrario al cooperativismo empresarial. Sesenta y cinco años de la Federación de Cooperativas navarras, 1910-1985*. 1991. 532 p.
67. Castillo Quero, Manuela. *Las políticas limitantes de la oferta lechera. Implicaciones para el sector lechero español*. 1992. 406 p.

68. *Hitos históricos de los regadíos españoles*. Compiladores: Antonio Gil Olcina y Alfredo Morales Gil. 1992. 404 p.
69. *Economía del agua*. Compilador: Federico Aguilera Klink. 2.ª edición 1996. 425 p.
70. *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*. Compilador: Ramón Garrabou. 1992. 379 p.
71. Cardesín, José María. *Tierra, trabajo y reproducción social en una aldea gallega. (Ss. XVII-XX). Muerte de unos, vida de otros*. 1992. 374 p.
72. Aldanondo Ochoa, Ana María. *Capacidad tecnológica y división internacional del trabajo en la agricultura. (Una aplicación al comercio internacional hortofrutícola y a la introducción de innovaciones postcosecha en la horticultura canaria)*. 1992. 473 p.
73. Paniagua Mazorra, Ángel. *Repercusiones sociodemográficas de la política de colonización durante el siglo XIX y primer tercio del XX*. 1992. 413 p.
74. Marrón Gaité, María Jesús. *La adopción y expansión de la remolacha azucarera en España (de los orígenes al momento actual)*. 1992. 175 p.
75. *Las organizaciones profesionales agrarias en la Comunidad Europea*. Compilador: Eduardo Moyano Estrada. 1993. 428 p.
76. *Cambio tecnológico y medio ambiente rural. (Procesos y reestructuraciones rurales)*. Compiladores: Philip Lowe, Terry Marsden y Sarah Whatmore. 1993. 339 p.
77. Gavira Álvarez, Lina. *Segmentación del mercado de trabajo rural y desarrollo: El caso de Andalucía*. 1993. 580 p.
78. Sanz Cañada, Javier. *Industria agroalimentaria y desarrollo regional. Análisis y toma de decisiones locacionales*. 1993. 405 p.
79. Gómez López, José Daniel. *Cultivos de invernadero en la fachada Sureste peninsular ante el ingreso en la C.E.* 1993. 378 p.
80. Moyano Estrada, Eduardo. *Acción colectiva y cooperativismo en la agricultura europea (Federaciones de cooperativas y representación de intereses en la Unión Europea)*. 1993. 496 p.
81. Camarero Rioja, Luis Alfonso. *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. 1993. 501 p.
82. Baraja Rodríguez, Eugenio. *La expansión de la industria azucarera y el cultivo remolachero del Duero en el contexto nacional*. 1994. 681 p.
83. Robledo Hernández, Ricardo. *Economistas y reformadores españoles: La cuestión agraria (1760-1935)*. 1994. 135 p.
84. Bonete Perales, Rafael. *Condicionamientos internos y externos de la PAC*. 1994. 470 p.

85. Ramón Morte, Alfredo. *Tecnificación del regadío valenciano*. 1994. 642 p.
86. Pérez Rubio, José Antonio. *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura. 1940-1975*. 1994. 612 p.
87. *La globalización del sector agroalimentario*. Director: Alessandro Bonnano. 1994. 310 p.
88. *Modernización y cambio estructural en la agricultura española*. Coordinador: José María Sumpsi Viñas. 1994. 366 p.
89. Mulero Mendigorri, A. *Espacios rurales del ocio. Significado general y análisis en la Sierra Morena cordobesa*. 1994. 572 p.
90. Langreo Navarro, Alicia y García Azcárate, Teresa. *Las interprofesionales agroalimentarias en Europa*. 1994. 660 p.
91. Montiel Molina, Cristina. *Los montes de utilidad pública en la Comunidad Valenciana*. 1994. 660 p.
92. *La agricultura familiar ante las nuevas políticas agrarias comunitarias*. Miren Etxezarreta Zubizarreta et al. 1994. 372 p.
93. *Estimación y análisis de la balanza comercial de productos agrarios y agroindustriales de Navarra*. Director: Manuel Rapún Gárate. 1995. 438 p.
94. Billón Currás, Margarita. *La exportación hortofrutícola. El caso del albaricoque en fresco y la lechuga iceberg*. 1995. 650 p.
95. *California y el Mediterráneo. Historia de dos agriculturas competidoras*. Coordinador: José Morilla Critz. 1995. 499 p.
96. Pinilla Navarro, Vicente. *Entre la inercia y el cambio: El sector agrario aragonés, 1850-1935*. 1995. 500 p.
97. *Agricultura y desarrollo sostenible*. Coordinador: Alfredo Cadenas Marín. 1994. 468 p.
98. Oliva Serrano, Jesús. *Mercados de trabajo y reestructuración rural: Una aproximación al caso castellano-manchego*. 1995. 300 p.
99. *Hacia un nuevo sistema rural*. Coordinadores: Eduardo Ramos Real y Josefina Cruz Villalón. 1995. 594 p.
100. Catálogo monográfico de los 99 libros correspondientes a esta Serie.
101. López Martínez, María. *Análisis de la industria agroalimentaria española (1978-1989)*. 1995. 594 p.
102. Carmona Ruiz, María Antonia. *Usurpaciones de tierras y derechos comunales en Sevilla y su "Tierra" durante el siglo XV*. 1995. 254 p.
103. Muñoz Torres, María Jesús. *Las importaciones de cítricos en la República Federal de Alemania. Un enfoque cuantitativo*. 1995. 174 p.
104. García Muñoz, Adelina. *Los que no pueden vivir de lo suyo: Trabajo y cultura en el campo de Calatrava*. 1995. 332 p.
105. Martínez López, Alberte. *Cooperativismo y transformaciones agrarias en Galicia, 1886-1943*. 1995. 286 p.

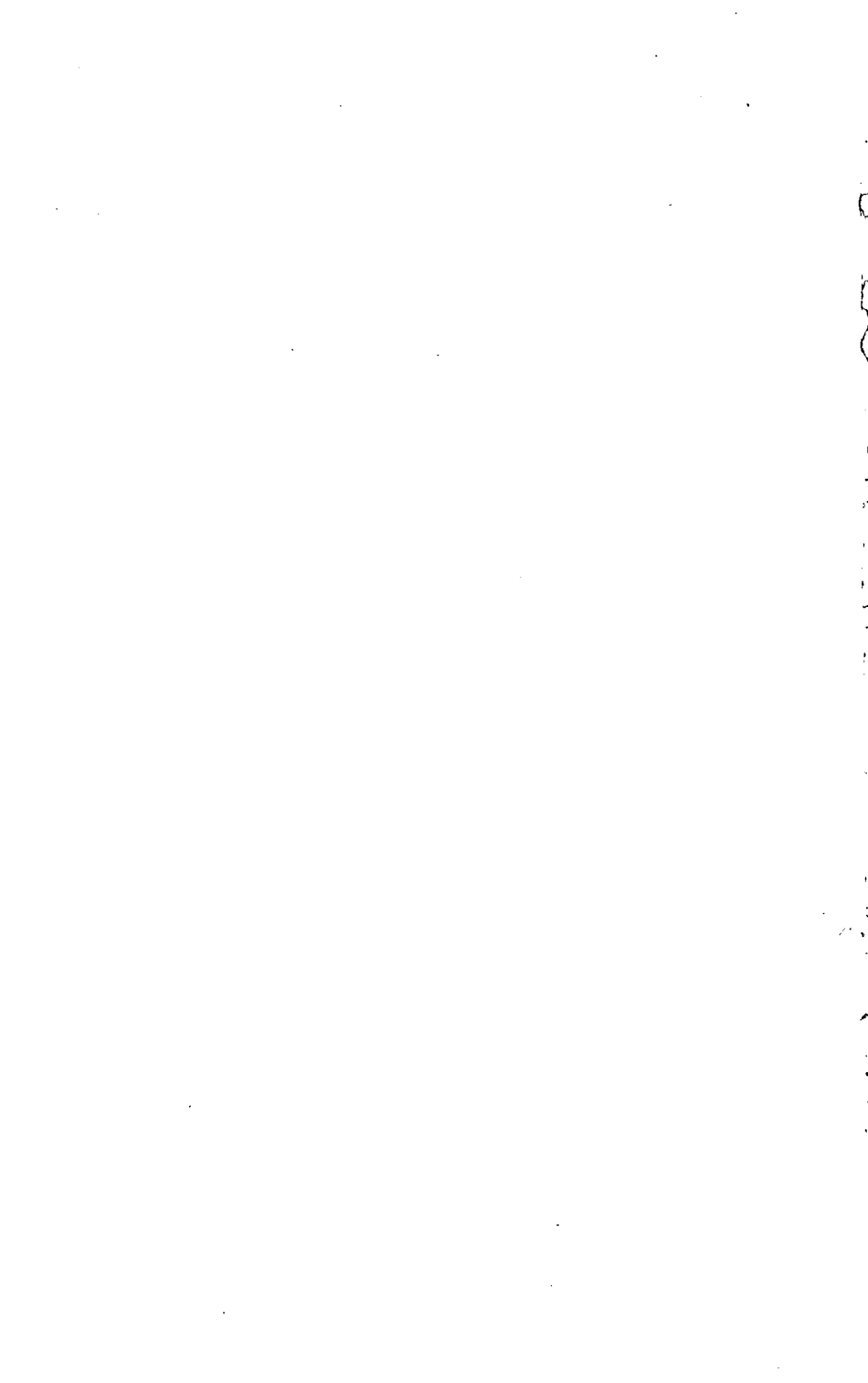
106. Cavas Martínez, Faustino. *Las relaciones laborales en el sector agrario*. 1995. 651 p.
107. *El campo y la ciudad (Sociedad rural y cambio social)*. Edición a cargo de M.^a Antonia García León. 1996. 282 p.
108. *El sistema agroalimentario español. Tabla input-output y análisis de las relaciones intersectoriales*. Director: Antonio Titos Moreno. 1995. 431 p.
109. Langreo Navarro, Alicia. *Historia de la industria láctea española: Una aplicación a Asturias*. 1995. 551 p.
110. Martín Gil, Fernando. *Mercado de trabajo en áreas rurales. Un enfoque integrador aplicado a la comarca de Sepúlveda*. 1995. 619 p.
111. Sumpsi Viñas, José María y Barceló Vila, Luis V. *La Ronda Uruguay y el sector agroalimentario español (Estudio del impacto en el sector agroalimentario español de los resultados de la Ronda Uruguay)*. 1996. 816 p.
112. Forgas i Berdet, Esther. *Los ciclos del pan y del vino en las paremias hispanas*. 1996. 562 p.
113. *Reformas y políticas agrarias en la historia de España (De la Ilustración al primer franquismo)*. Coordinadores: Ángel García Sanz y Jesús Sanz Fernández. 1996. 406 p.
114. Mili, Samir. *Organización de mercados y estrategias empresariales en el subsector del aceite de oliva*. 1996. 383 p.
115. Burgaz Moreno, Fernando J. y Pérez-Morales Albarrán, M.^a del Mar. *1902-1992. 90 años de seguros agrarios en España*. 1996. 548 p.
116. Rodríguez Ocaña, Antonio y Ruiz Avilés, Pedro. *El sistema agroindustrial del algodón en España*. 1996.
117. Manuel Valdés, Carlos M. *Tierras y montes públicos en la Sierra de Madrid (sectores central y meridional)*. 1996. 551 p.
118. Hervieu, Bertrand. *Los campos del futuro*. 1996. 168 p.
119. Parras Rosa, Manuel. *La demanda de aceite de oliva virgen en el mercado español*. 1996. 369 p.
120. López Iglesias, Edelmiro. *Movilidad de la tierra y dinámica de las estructuras en Galicia. Siglos XVI y XX. La casa de Alba*. 1996.
121. Baz Vicente, María Jesús. *Señorío y propiedad foral de la alta nobleza en Galicia*. 1996.
122. Giráldez Rivero, Jesús. *Crecimiento y transformación del sector pesquero gallego (1880-1936)*. 1996. 123 p.
123. Sánchez de la Puerta, Fernando. *Extensión y desarrollo rural. Análisis y praxis extensionistas*. 1996.

124. Calatrava Andrés, Ascensión y Melero Guilló, Ana María. *España, Marruecos y los productos agroalimentarios. Dificultades y potencialidades para las exportaciones de frutas y hortalizas*. 1996. 286 p.
125. García Sanz, Benjamin. *La sociedad rural ante el siglo XXI*. 1996.
126. Román Cervantes, Candido. *Propiedad, uso y explotación de la tierra en la comarca del campo de Cartagena. (Siglos XIX y XX)*. 1996.
127. *Estructuras agrarias y movimientos campesinos en América Latina (1950-1990)*. Coordinadores: León Zamosc, Estela Martínez y Manuel Chiriboga. 1996.
128. Casado, Santos. *Los primeros pasos de la ecología en España. Los naturalistas del cambio de siglo y la introducción a la ciencia ecológica (Coedición con el CSIC)*. 1996.
129. *Transformaciones agrarias y cultura material en Andalucía Oriental y Norte de Marruecos*. González Alcantud, J. A. et al. 1996.
130. Iriarte Goñi, J. I. *Bienes comunales y capitalismo agrario en Navarra. 1855-1935*. 1996.
131. Azcárate Luxán, Isabel. *Plagas agrícolas y forestales en España (Siglos XVIII y XIX)*. 1996.
132. Baumeister, Martín. *Campesinos sin tierra. Supervivencia y resistencia en Extremadura (1800-1923)*. 1996.
133. Domínguez Martín, Rafael. *La vocación ganadera del norte de España. Del modelo tradicional a los desafíos del mercado mundial*. 1996. 448 p.
134. Díaz Méndez, Cecilia. *Estrategias familiares y juventud rural*. 1997. 328 p.
135. Gonzalo, Manuel y Lamo de Espinosa, Jaime (Directores). *Oportunidades para la inversión y el comercio agroalimentario español en América*. 1997. 492 p.
136. Cadenas Marín, Alfredo y Cantero Talavera, Catalina. *Implicaciones agroalimentarias de la adhesión a la Unión Europea de los PECO*. 1997. 206 p.
137. Morilla Critz, José, Gómez-Pantoja, Joaquín y Cressier, Patrice (eds). *Impactos exteriores sobre el mundo rural mediterráneo*. 1997. 660 p.
138. Recopilación Ponencias Seminario. *La comercialización y la distribución de productos perecederos agroalimentarios y pesqueros*. 1998. 274 p.
139. Gonzalo, Manuel y Sainz Vélez, José (Directores). *El derecho público de la Agricultura: Estado actual y perspectivas*. 1998. 494 p.
140. Quintana, J.; Cazorla, A. y Merino, J. *Desarrollo rural en la Unión Europea: Modelos de participación social*. 1999. 258 p.

141. Andrés Pedreño Cánovas. *Del jornaleo agrícola al obrero de las factorías vegetales: Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*. 1999. 376 p.
142. Eduardo Ramos Real. *El desarrollo rural en la Agenda 2000*. 1999. 624 p.
143. Gonzalo, M. y Velarde Fuentes, J. *Reforma de la PAC y Agenda 2000: Nuevos tiempos, nueva agricultura*. 2000. 336 p.
144. García González, F. *Las estrategias de la diferencia. Familia y reproducción social en la Sierra (Alcaraz, s. XVIII)*. 400 p.
145. Recopilación Ponencias-Seminario. *Comercialización y distribución de productos pesqueros*. 2000. 344 p.
146. García Pascual, F. (Coordinador). *El mundo rural en la era de la globalización. Incertidumbres y potencialidades*. 2001. 544 p.
147. Ainz Ibarrondo, M.^a J. *El caserío vasco en el país de las industrias*. 2001. 368 p.
148. Sayady, S. y Calatrava, J. *Análisis funcional de los sistemas agrarios para un desarrollo rural sostenible: Las funciones productivas, recreativas y estéticas de la agricultura en la Alpujarra alta*. 2001. 332 p.
149. Compés López, R.; García Álvarez-Coque, J. M.^a y Reig Martínez, E. *Agricultura, comercio y alimentación. (La Organización Mundial del Comercio y las negociaciones comerciales multilaterales)*. 2001. 408 p.
150. González Fernández, M. *Sociología y Ruralidades (La construcción social del desarrollo rural en el Valle de Liébana)*. 2002. 512 p.
151. Segrelles Serrano, J. A. (Coordinador). *Agricultura y Espacio Rural en Latinoamérica y España. (Posibilidades y riesgos ante la mundialización de la economía)*. 2002. 408 p.
152. Piqueras Arenas, J. A. (Coordinador). *Bienes comunales. (Propiedad, poderes y apropiación)*. 2002. 260 p.
153. Lamo de Espinosa, Jaime (Director). *Visión del futuro de la agricultura europea*. 2002. 256 p.
154. García Sanz, Benjamín. *Sociedad Rural y Desarrollo*. 2002. 452 p.
155. Delgado Serrano, M.^a del Mar. *La política rural europea en la encrucijada*. 2004. 352 p.
156. Marrón Gaité, M.^a J.; García Fernández, G. (Coordinadores). *Agricultura, Medio ambiente y Sociedad*. 2004. 280 p.
157. Thierry Desrues. *Estado de Agricultura en Marruecos: Trayectoria de la política agraria y articulación de interés (1956-2000)*. 2004. 346 p.

158. Martín Cerdeñas, V. J. *Alimentación, Economía y Ocio*. 2004. 250 p.
159. Collantes Gutiérrez, Fernando. *El declive demográfico de la montaña española (1850-2000). ¿Un drama rural?* 2004. 364 p.
160. Etxezarreta Zubizarreta, Miren. *La Agricultura Española en la Era de la Globalización*. 2006. 742 p.
161. Díaz Méndez, C. y Dávila Díaz, M. *FAMILIA, TRABAJO Y TERRITORIO: Tres anclajes sociales dinámicos para la integración de las jóvenes en una sociedad rural difusa*. 2006. 280 p.
162. Arnalte Alegre, Eladio (Coordinador). *Políticas Agrarias y Ajuste Estructural en la Agricultura Española*. 2007. 393 p.
163. Cruz Souza, Fátima. *Género, psicología y desarrollo rural: La construcción de nuevas identidades*. 2006. 347 p.
164. Arnalte Alegre, Eladio, Camarero Rioja, Luis y Sancho Hazak, Roberto. *Los regantes. Perfiles productivos y socioprofesionales*. 2006. 496 p.
165. Herrera González de Molina, Antonio. *La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la transición española*. 2007. 470 p.





El interés de la "Sociología del Desarrollo" por tener un campo de acción legitimado ha sido una constante a lo largo de su corta historia. La prioridad dada a otras ciencias, principalmente la economía, en el campo de las transformaciones sociales en los países llamados atrasados o subdesarrollados, por unos, o dependientes, por otros, ha hecho que la sociología haya quedado como una ciencia auxiliar, a veces al servicio de intereses políticos y económicos que pretenden legitimar el dominio de los intereses de clase y de unas sociedades sobre otras. Efectivamente, la cristalización histórica en formas o "estilos" de desarrollo evidencian que las formas sociales de dominio, unidas a los modelos culturales, deben de tenerse en cuenta a la hora del estudio del análisis del desarrollo.

Por otra parte, la introducción inevitable de la perturbación medioambiental en el modelo de desarrollo capitalista dominante induce a tener en cuenta las diferencias de discurso de los actores en los países industrialmente avanzados y los de los países atrasados que pretenden incorporarse a los niveles de producción y consumo de los primeros. La propuesta de un modelo de desarrollo sostenible a nivel global se convierte en un campo de lucha política e ideológica imponente, donde los movimientos sociales en contestación al modelo de desarrollo capitalista dominante tienen cada vez mayor protagonismo.

Con objeto de explicar lo anterior, en la primera parte de este libro ha sido necesario realizar una revisión de las perspectivas de análisis y la puesta en evidencia de los principios ideológicos donde partían las diferentes escuelas de pensamiento: desde las escuelas economicistas- pasando por el funcionalismo sociológico americano, las teorías de la dependencia y el accionalismo-, hasta los planteamientos y discusiones sobre el factor medioambiental y la consecuencia de la propuesta sobre desarrollo sostenible. En la segunda parte se proponen unas muestras de planteamientos sobre la sostenibilidad y las dimensiones sociológicas que deben tener los análisis del desarrollo tanto a nivel micro como macrosociológico.



9 788449 107795



MINISTERIO
DE AGRICULTURA, PESCA
Y ALIMENTACIÓN

CENTRO DE PUBLICACIONES
Paseo de la Infanta Isabel, 1 - 28014 Madrid